



Un relato épico de familia, identidad,
amor, muerte y supervivencia.
La historia de una saga familiar
a lo largo del siglo xx.

"Un relato cautivador,
profundo, inolvidable"

DAVID MITCHELL

PACHINKO

Min Jin Lee

"Luminosa e impactante"

JUNOT DÍAZ

QUATERNI

六十九

PACHINKO

PACHINKO

Min Jin Lee

Traducción:

Eva González Rosales



PACHINKO by Min Jin Lee

Copyright © Van Kleeck Inc., 2017

All rights reserved

Spanish translation rights arranged with Van Kleeck Inc.,
through William Morris Endeavor Entertainment, LLC.

Copyright © 2018 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción: Eva González Rosales

PACHINKO. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Todos los personajes, organizaciones y acontecimientos citados en la novela son ficticios y obra de la imaginación de la autora.

ISBN: 978-84-947169-6-6

EAN: 9788494716966

IBIC: FV, FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Cuadratín

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Estugraf, S.L.

Depósito Legal: M-2713-2018

Impreso en España

21 20 19 18 (1)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

Para Christopher y Sam.

Índice

[Libro I. *Gohyang* / Tierra natal \(1910-1933\)](#)

[Libro II. Madre patria \(1939-1962\)](#)

[Libro III. Pachinko \(1962-1989\)](#)

[Agradecimientos](#)

[Glosario de palabras y expresiones coreanas y japonesas](#)

LIBRO 1

Gohyang / Tierra natal

1910 – 1933

«Patria es un nombre, una palabra. Y es fuerte, tanto que ningún mago ha pronunciado hechizo mayor y ningún espíritu ha respondido a una llamada más fuerte».

Charles Dickens

1

Yeongdo, Busan, Corea

La historia nos ha fallado, pero no importa.

A finales de siglo, un anciano pescador y su esposa decidieron aceptar huéspedes en su casa para ganar un dinero extra. Ambos habían nacido y crecido en la aldea de pescadores de Yeongdo, un islote de ocho kilómetros de largo junto a la ciudad portuaria de Busan. En su largo matrimonio habían tenido tres hijos, pero solo Hoonie, el mayor y más débil, había sobrevivido. Hoonie nació con el paladar hendido y un pie torcido, pero tenía hombros robustos, una constitución recia y la tez dorada. De joven todavía conservaba el carácter amable y reflexivo que había tenido de niño. Cuando Hoonie se cubría la boca deforme con las manos, algo que hacía por costumbre ante los desconocidos, se parecía a su atractivo padre, pues ambos tenían los mismos ojos grandes y risueños. Unas cejas oscuras adornaban su frente amplia, perpetuamente bronceada por el trabajo bajo el sol. Como sus padres, Hoonie no era de palabra fácil y algunos cometían el error de pensar que sufría algún retraso mental, pero eso no era cierto.

En 1910, cuando Hoonie tenía veintisiete años, Japón se anexionó a Corea. El pescador y su esposa, que eran ahorradores y muy trabajadores, decidieron vivir al margen de los aristócratas corruptos e incompetentes que gobernaban el país y que habían cedido su tierra natal a unos ladrones. Cuando el alquiler de la casa volvió a subir, la pareja trasladó su dormitorio al vestíbulo junto a la cocina para así incrementar el número de huéspedes.

La casa de madera donde llevaban más de tres décadas viviendo de alquiler no era grande, unos escasos cuarenta y seis metros cuadrados. Las puertas correderas de papel dividían el interior en tres cuartitos, y el pescador había

reemplazado el tejado de paja con goteras por tejas de arcilla roja, para beneficio de su casero, que vivía magníficamente en una mansión de Busan. Con el tiempo, la cocina se trasladó al huerto para dejar espacio a las ollas cada vez más grandes y al creciente número de mesas portátiles que colgaban de estacas en el muro de mampostería.

Por insistencia de su padre, Hoonie había aprendido a leer y a escribir coreano y japonés con el maestro de la aldea. Sabía lo suficiente para llevar el libro de cuentas de la hospedería y para hacer sumas de cabeza, de modo que no lo engañaran en el mercado. En cuanto aprendió a hacer esto, sus padres lo sacaron del colegio. En su adolescencia, Hoonie trabajaba casi tan bien como un hombre fuerte con dos buenas piernas que le doblara la edad; era hábil con las manos y podía llevar cargas pesadas, aunque no podía correr ni caminar rápidamente. Ni a Hoonie ni a su padre los vieron nunca con un vaso de licor. El pescador y su esposa habían criado a su único hijo, el tullido del pueblo, para que fuera listo y diligente, porque no sabían quién se ocuparía de él cuando murieran.

De ser posible que un hombre y su esposa compartieran un solo corazón, Hoonie hubiera sido este órgano de constante latido. El matrimonio había perdido a sus otros hijos: el menor por el sarampión y el mediano, que era un inútil, tras la cornada de un toro en un accidente absurdo. De pequeño, Hoonie solo se alejaba de casa para ir al colegio y al mercado, y al final, en su juventud, tuvo que quedarse allí para ayudar a sus padres. No habrían soportado decepcionarlo, y aun así lo querían lo suficiente para no mimarlo en exceso. Los campesinos sabían que un hijo malcriado era peor para una familia que un hijo muerto, y evitaban consentirlo demasiado.

Otras familias de la zona no tenían la suerte de contar con dos padres tan prudentes y en la península colonizada, como sucedía siempre que un país era golpeado por sus rivales o la naturaleza, los débiles (los ancianos, las viudas y los huérfanos) estaban más desesperados que nunca. Por cada casa que podía alimentar a uno más, había multitudes dispuestas a trabajar un día entero por un cuenco de granos de cebada.

En la primavera de 1911, dos semanas después de que Hoonie cumpliera veintiocho, la rubicunda casamentera de la aldea fue a ver a su madre.

La madre de Hoonie condujo a la casamentera a la cocina; tenían que hablar en voz baja porque los huéspedes dormían en las habitaciones. Era casi mediodía y los huéspedes que habían pasado la noche pescando ya habían

comido caliente, se habían lavado y se habían ido a la cama. La madre de Hoonie sirvió a la casamentera una taza de té frío de cebada, pero no dejó de trabajar para atenderla.

Naturalmente, la madre suponía qué quería la casamentera, pero no sabía qué decir. Hoonie nunca había pedido una esposa a sus padres. Era impensable que una familia decente dejara que su hija se casara con alguien con deformidades, ya que esas cosas pasarían inevitablemente a la siguiente generación. Ella nunca había visto a su hijo hablando con una muchacha; la mayoría de las chicas del pueblo lo evitaban y Hoonie era suficientemente prudente para no desear algo que no podía tener.

Desde el peculiar rostro de la casamentera, ancho y rosado, unos ojos negros de pedernal lo observaban todo con astucia. La mujer se cuidaba de decir solo cosas agradables. La madre de Hoonie era consciente de este escrutinio, sobre ella y cada detalle de la casa. La casamentera se lamió los labios como si tuviera sed y calculó el tamaño de la cocina con sus ojos severos.

Por el contrario, a ella le habría resultado muy difícil interpretar a la madre de Hoonie, una mujer callada que trabajaba desde que se despertaba hasta que se iba a la cama haciendo todo lo necesario para aquel día y el siguiente. Rara vez iba al mercado porque no tenía tiempo para perderlo en charlas ociosas, y enviaba a su hijo en su lugar. Mientras la casamentera hablaba, la madre de Hoonie permaneció tan inmóvil e inmutable como la mesa de pino macizo sobre la que estaba cortando los rábanos.

La casamentera fue la primera en sacar el tema. A pesar del desafortunado asunto de su pie y su labio leporino, estaba claro que Hoonie era un buen chico, educado y fuerte como una pareja de bueyes. Era afortunada por tener un hijo tan bueno, le dijo la casamentera, que menospreciaba a sus propios hijos: ninguno de sus muchachos se dedicaba a los libros o al comercio, pero no eran malos niños. Su hija se había casado muy pronto y vivía muy lejos. Todos estaban bien casados, suponía, pero eran unos vagos. No como Hoonie. Después de este discurso, la casamentera miró fijamente a la mujer de piel cetrina cuyo rostro seguía impassible, buscando algún signo de interés.

La madre de Hoonie mantuvo la mirada sobre el cuchillo afilado que manejaba con confianza: cada cubito de rábano era cuadrado y uniforme. Después de formar una montaña enorme de cubos de rábano blanco sobre la tabla de cortar, los pasó con un movimiento limpio a un cuenco. La pobre

mujer estaba escuchando con tanto interés las palabras de la casamentera que temía empezar a temblar de los nervios.

Antes de entrar en la casa, la casamentera había rodeado la propiedad para evaluar la situación financiera de la familia. Por lo que parecía, era seguro confirmar lo que decían los vecinos sobre su estabilidad económica. En el huerto junto a la cocina, las primeras lluvias de la primavera habían hecho crecer unos rábanos gordos y firmes que estaban listos para ser arrancados de la tierra marrón. Había abadejos y calamares cuidadosamente colgados de un largo tendedero, secándose al sol de primavera. Junto al cobertizo, en un corral limpio construido con piedra y mortero, había tres cerdos negros. La casamentera contó siete gallinas y un gallo en el patio trasero. En el interior de la casa, la prosperidad era más que evidente.

En la cocina había cuencos de sopa y arroz apilados sobre los estantes y trenzas de ajos y guindillas colgadas de las vigas bajas. En una esquina, junto a la pila, había una cesta enorme llena de patatas recién recogidas. El agradable aroma de la cebada y el mijo cociéndose en la arrocera negra flotaban por la pequeña casa.

Satisfecha con la cómoda situación de la casa de huéspedes en un país que cada vez era más pobre, la casamentera estaba segura de que incluso Hoonie podría conseguir una novia sana, así que se puso manos a la obra.

La chica vivía en el otro extremo de la isla, al otro lado de los densos bosques. Su padre, un agricultor, fue uno de los muchos que perdieron su arriendo tras las inspecciones topográficas del gobierno colonial. El viudo, castigado con cuatro hijas y ningún hijo, no tenía nada para comer excepto lo que encontraba en el bosque, el pescado que no conseguía vender y la caridad ocasional de unos vecinos igualmente empobrecidos. El honrado padre había suplicado a la casamentera que encontrara marido a sus hijas solteras, ya que para una virgen era mejor casarse con cualquiera que buscar comida cuando todos estaban hambrientos y la virtud se pagaba caro. La muchacha, Yangjin, era la más pequeña de sus cuatro hijas y la más fácil de colocar porque era demasiado joven para quejarse y al menos tendría para comer.

Yangjin tenía quince años y era dulce y tierna como un ternero recién nacido, dijo la casamentera.

—Sin dote, por supuesto, pero el padre seguramente no espera demasiados regalos. Un par de gallinas ponedoras, quizá, tela de algodón para las hermanas de Yangjin, seis o siete sacos de mijo para pasar el invierno. —Al

no escuchar ninguna protesta ante el cómputo de regalos, la casamentera se envalentonó—: Puede que una cabra. O un cerdo pequeño. La familia es muy pobre y los precios de las novias han bajado mucho. La chica no necesitará ninguna joya.

La casamentera se rio un poco.

Con un movimiento de su gruesa muñeca, la madre de Hoonie roció el rábano con sal marina. La casamentera no sabía que la madre de Hoonie estaba reflexionando, calculando lo que podía ofrecer. Haría cualquier cosa para reunir el precio demandado, sorprendida como estaba por las ilusiones y esperanzas que habían despertado en su pecho, pero su rostro siguió compuesto y reservado. No obstante, la casamentera no era tonta.

—Qué no daría yo por tener un nieto algún día —dijo la mujer, usando su táctica final sin dejar de mirar el rostro bronceado y arrugado de la dueña de la hospedería—. Tengo una nieta pero ningún nieto, y la niña llora demasiado. Recuerdo lo que sentía al acunar en mis brazos a mi primer hijo. ¡Qué felicidad! Era tan blanco como una cesta de pasteles de arroz de Año Nuevo... suave y tan tierno como la masa caliente. ¡Tan rico que me apetecía darle un bocado! Bueno, ahora no es más que un enorme zángano —añadió, sintiendo la necesidad de verter una queja después de tanto afecto.

Al final, la madre de Hoonie sonrió porque aquella imagen era igualmente potente para ella. ¿Qué anciana no desearía un nieto, sobre todo cuando tal idea había sido impensable antes de aquella visita? Apretó los dientes para calmarse y levantó el cuenco. Lo agitó para repartir la sal.

—La muchacha tiene una cara bonita, sin marcas de viruela. Está bien educada y obedece a su padre y a sus hermanas. Y no es demasiado morena. Es poquita cosa, pero tiene las manos y los brazos fuertes. Le vendría bien engordar un poco, pero es comprensible. Está siendo una época difícil para la familia.

La casamentera sonrió, mirando la cesta de patatas de la esquina, como para sugerir que allí la chica podría comer tanto como quisiera.

La madre de Hoonie dejó el cuenco sobre la encimera y se dirigió a su visitante.

—Hablaré con mi marido y mi hijo. No podemos permitirnos una cabra o un cerdo. Podríamos enviar algodón con el resto de cosas para el invierno. Tendré que preguntarlo.

Los novios se conocieron el día de la boda y Yangjin no se asustó al ver la cara de Hoonie. Tres personas de su aldea habían nacido así. Había visto terneros y cerdos con aquella misma deformación. Una chica que vivía cerca de su casa tenía un bulto que parecía una fresa entre la nariz y el labio leporino y el resto de niños la llamaban Fresa, un apodo que a ella no le molestaba. Cuando su padre le dijo que su marido sería como Fresa pero con un pie torcido, Yangjin no lloró. Su progenitor le dijo que era una buena chica.

Hoonie y Yangjin se casaron tan discretamente que, si la familia no hubiera enviado pasteles de arroz a los vecinos, estos los habrían acusado de tacañería. Incluso los huéspedes se sorprendieron cuando la novia apareció para servir el desayuno el día después de la boda.

Cuando se quedó embarazada, a Yangjin le preocupaba que su hijo heredara las deformidades de Hoonie. Su primer hijo nació con el paladar hendido pero tenía buenas piernas. Hoonie y sus padres no se angustiaron cuando la matrona les mostró al niño. «¿Te importa?», preguntó Hoonie a Yangjin, y esta le contestó que no, porque no le importaba. Cuando Yangjin se quedó sola con su primogénito, delineó la boca del pequeño con el dedo índice y la besó; nunca había querido a nadie tanto como a aquel bebé. Murió de una fiebre a las siete semanas. Su segundo hijo tenía la cara perfecta y buenas piernas, pero enfermó con diarreas y fiebre y también murió antes de la celebración de su *baek-il*. Sus hermanas, que seguían solteras, culpaban a la mala calidad de su leche y le aconsejaron que fuera a ver a un hechicero. Hoonie y sus padres no aprobaban esa idea, pero Yangjin fue a verlo sin que nadie lo supiera cuando se quedó embarazada por tercera vez. A mitad de embarazo, enfermó y se resignó a la posibilidad de que ese hijo muriera también. Lo perdió por la viruela.

Su suegra iba al herborista y le preparaba infusiones curativas. Yangjin se bebía hasta la última gota marrón del vaso y se disculpaba por el gasto. Después de cada nacimiento, Hoonie iba al mercado y le compraba las mejores algas para hacer una sopa que sanara su vientre; después de cada muerte, le llevaba del mercado pasteles dulces de arroz todavía calientes. «Tienes que comer. Debes recuperar las fuerzas», le decía.

Tres años después de la boda murió el padre de Hoonie, y tres meses después lo siguió su esposa. Los suegros de Yangjin nunca le habían negado

comida ni ropa. Aunque no había conseguido darles un heredero, nunca la habían golpeado o criticado.

Al final Yangjin dio a luz a Sunja, su cuarto hijo y la única niña, y la pequeña sobrevivió. Hasta que cumplió tres años, sus padres no durmieron una noche entera sin comprobar repetidas veces que la pequeña seguía respirando. Hoonie hacía muñequitas a su hija con las hojas de las mazorcas de maíz y renunciaba a su tabaco para comprarle dulces; aunque los huéspedes querían que Hoonie comiera con ellos, los tres comían siempre juntos. Hoonie quería a su hija como sus padres lo habían querido a él, pero descubrió que no podía negarle nada. Sunja era una niña de aspecto normal con una risa pronta y alegre, pero para su padre era una belleza cuya perfección lo asombraba. Pocos padres en el mundo querían a sus hijas tanto como Hoonie, que parecía vivir para hacer sonreír a su niña.

El invierno en el que Sunja cumplió trece años, Hoonie murió de tuberculosis. En su entierro, Yangjin y su hija estaban inconsolables. A la mañana siguiente, la joven viuda se levantó de la cama y regresó al trabajo.

2

Noviembre, 1932

El invierno que siguió a la invasión japonesa de Manchuria fue difícil. Ráfagas cortantes atravesaban la pequeña hospedería y las mujeres tenían que meterse algodón entre las capas de ropa. Los huéspedes, repitiendo lo que oían en el mercado de boca de aquellos que podían leer los periódicos, decían que aquello se llamaba Depresión y que estaba ocurriendo en todo el mundo. Los americanos pobres pasaban tanta hambre como los rusos pobres y los chinos pobres. En nombre del Emperador, incluso los japoneses estaban sufriendo privaciones. No había duda de que los cautos y fuertes sobrevivirían a aquel invierno, pero se daban con frecuencia sucesos tristes: niños que se iban a la cama para no levantarse, niñas que vendían su inocencia por un cuenco de fideos, ancianos que huían para morir en soledad y que los jóvenes pudieran comer.

Dicho esto, los huéspedes seguían esperando sus comidas y una casa vieja necesitaba reparaciones. Cada mes tenían que pagar el alquiler al insistente administrador del propietario. Con el tiempo, Yangjin había aprendido a manejar el dinero, a tratar con los proveedores y a negarse a aceptar las condiciones que no le convenían. Contrató a dos hermanas huérfanas para que la ayudaran con la casa. Ya no era la adolescente descalza que se presentó ante aquella puerta con una muda limpia envuelta en un trozo de tela, sino una viuda de treinta y siete años que regentaba una hospedería.

Yangjin tenía que ocuparse de Sunja y ganar dinero; por suerte, tenían aquel negocio aunque la propiedad no fuera suya. El primer día de cada mes, cada huésped pagaba veintitrés yenes por la pensión completa, aunque cada vez era más difícil que alcanzara para comprar cereal y carbón para

calentarse. No podía subir los precios porque los hombres no ganaban suficiente dinero pero debía alimentarlos igual, así que preparaba caldos espesos y nutritivos con huesos y sazonaba las verduras del huerto para elaborar sabrosas guarniciones. A final de mes, cuando quedaba poco dinero, racionaba el mijo y la cebada y las pocas cosas que había en la despensa; si quedaban pocos cereales, realizaba deliciosas tortitas con harina de legumbres y agua. Los huéspedes le llevaban el pescado que no conseguían vender en el mercado, así que de vez en cuando había cangrejos o caballa, que conservaba con especias para sumarla a las comidas todavía más escasas que sin duda habrían de llegar.

Seis huéspedes dormían por turnos en la única habitación de invitados: los tres hermanos Chung, de Jeollado, pescaban por la noche y dormían durante el día; dos jóvenes de Daegu y un viudo de Busan trabajaban en la lonja y se iban a dormir al atardecer. Todos dormían juntos en la pequeña habitación, pero nadie se quejaba porque en aquella hospedería vivían mejor que en sus respectivos hogares. Las camas estaban limpias y la comida era abundante. Las chicas lavaban bien la ropa y la dueña de la casa la remendaba para que les durara otra estación. Ninguno de estos hombres podía permitirse una esposa, así que aquella solución era buena para ellos. Aunque una esposa les habría proporcionado cierto consuelo físico, los hijos necesitarían comida, ropa y un techo; además, las mujeres de los pobres solían ser quejicas y lloronas, de modo que los huéspedes estaban conformes con su situación.

El aumento de los precios y la escasez de dinero eran agobiantes, pero los huéspedes casi nunca se retrasaban en el pago. De vez en cuando pagaban a los hombres que trabajaban en el mercado con mercancías que no se vendían, y Yangjin aceptaba un tarro de aceite para cocinar en lugar de algunos yenes del hospedaje. Su suegra le había explicado que tenía que ser muy buena con los huéspedes, pues siempre había otros sitios donde podrían alojarse. «Los hombres tienen opciones de las que las mujeres carecen», decía. Al final de cada estación, si quedaba alguna moneda, Yangjin la guardaba en la cazuela de barro oculta detrás del panel del armario donde su marido había guardado los dos anillos de su madre.

A la hora de comer, Yangjin y su hija servían el menú en silencio mientras los huéspedes hablaban animadamente sobre política. Los hermanos Chung

eran analfabetos, pero seguían las noticias con atención y les gustaba analizar el destino del país en la mesa de la hospedería.

A mediados de noviembre, la pesca estaba siendo mejor de lo esperado. Los hermanos Chung acababan de despertar y los huéspedes del turno de noche regresarían pronto a casa para dormir. Los hermanos pescadores tomaban su comida principal antes de salir al mar. Bien descansados y llenos de energía, parecían convencidos de que Japón no conquistaría China.

—Sí, esos canallas pueden darle un mordisco, pero no conseguirán comérsela entera. ¡Con China eso es imposible! —exclamó el mediano de los Chung.

—Esos enanos no podrán apoderarse de un reino tan importante. ¡China es como nuestro hermano mayor! Japón no es más que una manzana podrida —gritó el hermano menor, Tonel, golpeando la mesa con su vaso de té caliente—. ¡China expulsará a esos hijos de puta! ¡Ya lo veréis!

Los pobres se burlaban de su poderoso colono en el interior de los deslucidos muros de la hospedería. No temían a la policía colonial porque esta no se molestaría en amonestar a un trío de pescadores con ideas rimbombantes. Los hermanos se jactaban de la fortaleza de China; después de la traición de sus propios gobernantes, deseaban con todo su corazón que otra nación se mantuviera fuerte. Corea llevaba ya veintidós años bajo el dominio japonés. Los dos más jóvenes nunca habían vivido en una Corea que no estuviera gobernada por Japón.

—*Ajumoni* —dijo Tonel cordialmente—. *Ajumoni*.

—¿Sí?

Yangjin sabía que quería repetir. Era un joven enclenque que comía más que sus dos hermanos juntos.

—¿Podría tomar otro cuenco de tu deliciosa sopa?

—Sí, sí, por supuesto.

Yangjin fue a buscar la sopa a la cocina. Tonel terminó de comer y los hombres se marcharon a trabajar.

Los huéspedes del turno de noche llegaron poco después, se asearon y cenaron rápidamente. Después de fumar sus pipas, se fueron a dormir. Las mujeres recogieron las mesas y tomaron una cena sencilla, en silencio porque los hombres estaban dormidos. Las criadas y Sunja limpiaron la cocina y fregaron las piletas sucias. Yangjin comprobó el carbón antes de prepararse para ir a la cama. Seguía pensando en la charla de los hermanos sobre China.

Hoonie solía escuchar con atención a todos los hombres que le llevaban noticias; asentía, exhalaba con decisión y se levantaba para seguir con sus tareas. «No importa —decía—, no importa». Capitulara China o se vengara, habría que arrancar las malas hierbas del huerto, habría que tejer alpargatas si querían tener zapatos, y habría que mantener alejados a los ladrones que a menudo intentaban robarles sus pocas gallinas.

El dobladillo húmedo del abrigo de lana de Baek Isak se había congelado hasta quedarse tieso, pero al final encontró la hospedería. El largo viaje desde Pionyang lo había agotado. A diferencia de lo que ocurría en el nevado norte, el frío de Busan era engañoso. El invierno en el sur parecía más suave, pero el viento gélido del mar se colaba en sus pulmones debilitados y lo congelaba hasta los huesos. Cuando se marchó de casa, Isak se sentía con fuerza suficiente para hacer el viaje en tren, pero estaba agotado y sabía que tenía que descansar. Había encontrado el camino desde la estación de ferrocarril de Busan hasta el pequeño barco que cruzaba hasta Yeongdo, y una vez en tierra, el carbonero de la zona lo acompañó hasta la puerta de la hospedería. Isak exhaló y llamó, a punto de derrumbarse y seguro de que, si dormía bien durante la noche, estaría mejor por la mañana.

Yangjin acababa de meterse en su cama forrada de algodón cuando la criada más joven llamó al marco de la habitación donde todas las mujeres dormían juntas.

—*Ajumoni*, ha llegado un caballero. Quiere hablar con el señor de la casa. Ha dicho algo sobre su hermano, que estuvo aquí hace años. El caballero quiere quedarse. Esta noche —dijo la criada sin aliento.

Yangjin frunció el ceño. ¿Quién sería aquel que preguntaba por Hoonie? El siguiente mes haría tres años de su muerte.

Su hija Sunja estaba ya dormida sobre el suelo caliente. Roncaba ligeramente y su cabello suelto y ondulado por las trenzas que llevaba durante el día se extendía sobre la almohada como un resplandeciente rectángulo de seda negra. A su lado apenas quedaba espacio suficiente para que las criadas se acostaran cuando terminaran su trabajo.

—¿No le has dicho que el señor falleció?

—Sí. Se ha sorprendido. El caballero dice que su hermano escribió al señor pero que nunca obtuvo respuesta.

Yangjin se incorporó y echó mano del *hanbok* de muselina que acababa de quitarse y que estaba doblado pulcramente junto a su almohada. Se puso el chaleco acolchado sobre la falda y la chaqueta. Con un par de movimientos diestros, se recogió el cabello en un moño.

Al ver al recién llegado, entendió por qué no lo había echado la criada. Era como un pino joven, erguido y elegante, e inusualmente atractivo: tenía los ojos risueños y rasgados, la nariz recta, el cuello largo, la frente pálida y tersa. No se parecía en nada a los canosos huéspedes que pedían la comida a gritos y se burlaban de las criadas por no estar casadas. El joven llevaba un traje de estilo occidental y un abrigo grueso. Los zapatos de cuero importados, el maletín de cuero y su sombrero desentonaban en el pequeño recibidor. Por su aspecto, debía tener dinero suficiente para costearse una habitación en una de las posadas grandes del centro donde se hospedaban los mercaderes y comerciantes. Casi todas las posadas de Busan donde los coreanos podían alojarse estaban completas, pero por una buena suma sería posible conseguir algo. Por el modo en el que vestía, podría haber pasado por un japonés rico. La criada lo miraba fijamente, con la boca ligeramente abierta, esperando que le permitieran quedarse.

Yangjin hizo una reverencia sin saber qué decir. Su hermano había enviado una carta, era cierto, pero ella no sabía leer. Cada pocos meses pedía al maestro del pueblo que le leyera el correo, pero aquel invierno no había tenido tiempo de hacerlo.

—*Ajumoni* —dijo el joven con una reverencia—, espero no haberla despertado. Cuando bajé del *ferry* ya había oscurecido. No he sabido lo de su marido hasta ahora. Siento la triste noticia. Soy Baek Isak. Vengo de Pionyang. Mi hermano, Baek Yoseb, se alojó aquí hace muchos años.

Tenía un suave acento del norte y sus modales eran educados.

—Esperaba alojarme aquí unas semanas antes de ir a Osaka.

Yangjin se miró los pies descalzos. La habitación de invitados estaba llena, y un hombre como aquel esperaba su propio dormitorio. A aquella hora de la noche sería difícil encontrar a un barquero que lo llevara de vuelta a la península.

Isak sacó un pañuelo blanco de su pantalón y se cubrió la boca para toser.

—Mi hermano estuvo aquí hace casi diez años. Me pregunto si lo recuerda. Él admiraba mucho a su marido.

Yangjin asintió. Recordaba al mayor de los hermanos Baek porque no era

un pescador ni nadie que trabajara en el negocio del pescado. Su nombre de pila era Yoseb, el nombre de un personaje de la Biblia. Sus padres eran cristianos y habían fundado una iglesia en el norte.

—Pero su hermano... Ese caballero no se parecía demasiado a usted. Era bajito, con gafas redondas de montura metálica. Se dirigía a Japón y se quedó aquí varias semanas antes de marcharse.

—Sí, sí. —El rostro de Isak se alegró. No había visto a Yoseb en más de una década—. Vive en Osaka con su esposa. Fue él quien escribió a su marido. Insistió en que me alojara aquí y me recomendó su estofado de bacalao. «Mejor que el de casa», me dijo.

Yangjin sonrió. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Mi hermano me dijo que su marido era muy trabajador.

Isak no mencionó el pie zambo ni el paladar hendido, aunque, por supuesto, Yoseb había mencionado aquellas cosas en sus cartas. Isak había sentido curiosidad por conocer al hombre que había superado tales dificultades.

—¿Ha cenado? —le preguntó Yangjin.

—Estoy bien. Gracias.

—Podríamos prepararle algo para comer.

—¿Cree que podría descansar aquí? Sé que no me esperaba, pero han sido dos días de viaje.

—No tenemos ninguna habitación vacía, señor. Este lugar no es grande, como puede ver...

Isak suspiró y después sonrió a la viuda. Aquel era su problema, no el de ella, y no quería que se sintiera mal. Buscó su maletín. Estaba cerca de la puerta.

—Por supuesto. Entonces debería regresar a Busan para buscar un lugar donde alojarme. Antes de marcharme, ¿conoce alguna hospedería por aquí cerca que pudiera tener una habitación libre para mí?

Se irguió, no queriendo parecer desanimado.

—No hay nada por aquí cerca, y nosotras no tenemos ninguna habitación vacía —dijo Yangjin. Si lo acomodaba con los demás, el olor del resto de hombres quizá le disgustaría. Por mucho que las lavara, era imposible eliminar el olor a pescado de sus ropas.

Isak cerró los ojos y asintió. Se giró para marcharse.

—Apenas queda espacio en el lugar donde duermen los huéspedes. Verá, solo hay una habitación. Tres hombres duermen en ella durante el día y otros

tres durante la noche, dependiendo de sus horarios de trabajo. Tenemos justo el espacio suficiente para un hombre más, pero no es demasiado cómodo. Puede echar un vistazo si quiere.

—Estará bien —dijo Isak, aliviado—. Le estoy muy agradecido. Puedo pagarle el mes entero.

—Puede que sea más estrecho de lo que acostumbra. No había tantos hombres aquí cuando su hermano se hospedó con nosotros. No estábamos tan atareados entonces. No sé si...

—No, no. Me conformo con una esquina donde tumbarme. Es tarde, y el viento es muy fuerte esta noche.

De repente, Yangjin se sintió avergonzada por la condición de su casa de huéspedes, aunque nunca antes se había sentido así. Si el hombre quería marcharse a la mañana siguiente, le devolvería su dinero, pensó.

Le dijo cuál era la tarifa mensual que tenía que pagar por adelantado. Si se marchaba antes del final del mes, le devolvería la parte proporcional. Le cobró veintitrés yenes, igual que a un pescador. Isak contó el dinero y se lo entregó con ambas manos.

La criada dejó la maleta del viajero en la habitación y fue al almacén a buscar un colchoncillo limpio. El hombre necesitaría agua caliente de la cocina para lavarse. La muchacha bajó los ojos, pero sentía curiosidad por él.

Yangjin ayudó a la criada a preparar la cama e Isak las observó en silencio. Después, la criada le llevó una palangana llena de agua caliente y una toalla limpia. Los chicos de Daegu dormían el uno junto al otro, y el viudo se había acostado con los brazos sobre la cabeza. La cama de Isak estaba junto a la del viudo.

Por la mañana, los hombres se quejarían un poco por tener que compartir el espacio con otro huésped más, pero lo cierto era que Yangjin no había podido echarlo.

3

Al amanecer regresó la barca de los hermanos Chung. Tonel descubrió inmediatamente al nuevo huésped, que seguía dormido en la habitación.

Sonrió a Yangjin.

—Me alegra que una mujer tan trabajadora tenga tanto éxito. La noticia de tu buena cocina ha llegado a los oídos de los ricos. ¡Lo siguiente será recibir huéspedes japoneses! Espero que le hayas cobrado el triple de lo que pagamos nosotros, los pobres.

Sunja negó con la cabeza, pero él no se dio cuenta. Tonel tocó la corbata que colgaba del traje de Isak.

—Así que esto es lo que los *yangban* se ponen alrededor del cuello para parecer importantes. Parece una horca. ¡Nunca había visto una de estas cosas de cerca! Aaah... ¡Qué suave! —El hermano más joven se frotó las mejillas con la corbata—. Puede que esto sea seda. ¡Una horca de seda de verdad!

Se rio a carcajadas, pero Isak ni siquiera se movió.

—Tonelillo, no toques eso —dijo Gombo con severidad. El hermano mayor tenía la cara cubierta de marcas de viruela y, cuando se enfadaba, su piel picada enrojecía. Desde la muerte de su padre, él había cuidado de sus dos hermanos.

Tonel soltó la corbata. Parecía avergonzado. No quería enfadar a Gombo. Los hermanos se lavaron, comieron y se fueron a dormir. El nuevo invitado siguió durmiendo junto a ellos. Una tos amortiguada salpicaba su sueño de vez en cuando.

Yangjin fue a la cocina para pedir a las criadas que se ocuparan del nuevo huésped en caso de que despertara. Debían tener una comida caliente preparada para él. Sunja estaba lavando batatas en la esquina y no levantaba la vista cuando su madre entraba o salía de la habitación. La semana anterior

habían hablado solo lo imprescindible. Las criadas no entendían qué había pasado para que Sunja estuviera tan callada.

Los hermanos Chung despertaron a última hora de la tarde, comieron de nuevo y fueron al pueblo a comprar tabaco antes de echarse a la mar. Los huéspedes de la noche todavía no habían regresado del trabajo, así que la casa se quedó tranquila un par de horas. La brisa marina penetraba en las porosas paredes y por los bordes de las ventanas, causando una corriente considerable en el pasillo corto que conectaba las habitaciones.

Yangjin estaba sentada con las piernas cruzadas cerca de uno de los puntos calientes del suelo calefactado de la habitación donde dormían las mujeres. Estaba remendando unos pantalones, una de la media docena de prendas en el montón de ropa desgastada de los huéspedes. La ropa de los hombres no se lavaba con la frecuencia adecuada, ya que no tenían mudas suficientes y no querían molestar.

—Pero si va a ensuciarse otra vez... —se quejaba Tonel, aunque sus hermanos mayores preferían la ropa limpia. Después de lavarla, Yangjin remendaba lo que podía, y al menos una vez al año cambiaba los cuellos de las camisas y chaquetas que ya no podían ser reparados o limpiados. Cada vez que el nuevo huésped tosía, levantaba la cabeza. Intentó concentrarse en sus pulcras puntadas en lugar de en su hija, que estaba fregando el suelo. Barrían el suelo de papel encerado amarillo dos veces al día con una escoba corta, y después lo fregaban a mano con un trapo limpio.

La puerta delantera de la casa se abrió lentamente y tanto la madre como la hija levantaron la mirada de su labor. Jun, el carbonero, había venido a cobrar.

Yangjin se levantó del suelo para recibirlo. Sunja hizo una reverencia mecánica y regresó a su trabajo.

—¿Cómo está tu mujer? —le preguntó Yangjin. La esposa del carbonero tenía el estómago sensible y de vez en cuando tenía que guardar reposo.

—Esta mañana se levantó y se fue al mercado. No hay quien evite que esa mujer salga a trabajar. Ya sabes cómo es —dijo Jun con orgullo.

—Eres un hombre con suerte.

Yangjin sacó su monedero para pagarle el carbón de la semana.

—*Ajumoni*, si todos mis clientes fueran como tú, nunca pasaría hambre. ¡Siempre me pagas cuando toca! —exclamó, riéndose alegremente.

Yangjin sonrió. Todas las semanas se quejaba de que nadie pagaba a

tiempo, pero la mayoría de la gente prefería comer menos para pagarle, ya que aquel invierno hacía demasiado frío para pasarlo sin carbón. El carbonero era además un hombre rollizo que tomaba una taza de té y un tentempié en cada casa de su ruta; nunca había pasado hambre, ni siquiera en aquellos años de escasez. Su esposa era la mejor vendedora de algas del mercado y ganaba una buena suma.

—El capullo ese que vive bajando la calle, Lee-seki, no me ha pagado lo que me debe...

—Las cosas no son fáciles. Todo el mundo está pasando dificultades.

—No, las cosas no son nada fáciles, pero tu casa está llena de huéspedes porque eres la mejor cocinera de Kyungsangdo. ¿El pastor está aquí alojado? ¿Le encontraste una cama? Yo le dije que tu besugo es el mejor de Busan.

El hombre olfateó el aire, preguntándose si podría comer algo antes de marcharse a la siguiente casa, pero no olió nada sabroso.

Yangjin miró a su hija y Sunja dejó de fregar el suelo para ir a la cocina y prepararle al carbonero algo de comer.

—Pero ¿sabes? El joven ya había oído hablar de tu cocina porque su hermano se alojó en tu casa hace diez años. Ah, ¡el estómago tiene mejor memoria que el corazón!

—¿El pastor?

Yangjin parecía desconcertada.

—El joven del norte. Me lo encontré anoche mientras vagaba por las calles buscando tu casa. Baek Isak. Un tipo muy elegante. Lo acompañé hasta aquí y habría entrado, pero tenía que entregar un pedido a Cho-seki, que al final encontró el dinero para pagarme después de un mes dándome largas...

—Oh.

—Como sea, le conté al pastor los problemas de estómago de mi mujer y cuánto trabaja en el mercado y ¿sabes? Me dijo que rezaría por ella en ese mismo momento. ¡Entonces bajó la cabeza y cerró los ojos! No sé si creo en esas cosas, pero no me parece que hagan ningún mal a nadie. Es un joven muy guapo, ¿verdad? ¿Se ha marchado ya? Debería saludarlo.

Sunja le llevó una taza de té de cebada caliente, una tetera y un cuenco de humeantes batatas en una bandeja de madera y la dejó ante él. El carbonero se dejó caer sobre un cojín del suelo y devoró las batatas asadas. Masticó concienzudamente antes de seguir hablando.

—El caso es que esta mañana le pregunté a mi mujer cómo se sentía. ¡Me

dijo que no estaba mal y se fue a trabajar! Puede que la oración sirviera de algo, después de todo.

—¿Es católico? —Yangjin no pretendía interrumpirlo con tanta frecuencia pero no había otro modo de conversar con Jun, que podía hablar sin parar durante horas. Para ser un hombre, solía decir su marido, el carbonero era demasiado charlatán—. ¿Sacerdote?

—No, no. No es sacerdote. Esos son otros. Baek es protestante. De esos que pueden casarse. Va camino de Osaka, donde vive su hermano. No recuerdo haberlo conocido.

El hombre siguió masticando en silencio y tomó dos pequeños sorbos de su taza de té.

Antes de que Yangjin tuviera la oportunidad de decir nada, Jun continuó:

—Ese Hirohito se apoderó de nuestro país, nos robó la tierra, el arroz, el pescado, y ahora se está llevando a nuestros jóvenes. —Suspiró y dio otro bocado a la batata—. Bueno, no culpo a los jóvenes por marcharse a Japón porque aquí no se puede hacer dinero. Es demasiado tarde para mí, pero si tuviera un hijo... —Jun hizo una pausa, porque no tenía hijos y ese pensamiento lo entristecía—. Lo enviaría a Hawái. Mi esposa tiene un sobrino muy listo que trabaja allí, en una plantación de azúcar. El trabajo es duro pero ¿y qué? Al menos no trabaja para esos cabrones. El otro día, cuando fui al muelle, esos hijos de puta me dijeron que no podía...

Yangjin frunció el ceño ante sus palabras malsonantes. Como la casa era tan pequeña, las chicas de la cocina y Sunja, que estaba fregando el dormitorio, lo escucharían todo, y no había duda de que estarían prestando atención.

—¿Te sirvo más té?

Jun sonrió y le acercó su taza vacía con ambas manos.

—Es culpa nuestra por perder el puto país, lo sé —continuó—. Esos malditos aristócratas hijos de puta nos vendieron. Ni uno solo de esos *yangban* idiotas tiene cojones suficientes.

Tanto Yangjin como Sunja sabían que las chicas estarían en la cocina riéndose de la diatriba del carbonero, que no variaba de semana en semana.

—Puede que sea un paleta, pero soy un trabajador honrado y jamás habría permitido que unos japoneses se quedaran con nuestro país. —Sacó un pañuelo blanco y limpio de su abrigo cubierto de tizne y se sonó la moqueante nariz—. Cabrones... Será mejor que siga con mis entregas.

La viuda le pidió que esperara mientras iba a la cocina. Acompañó al carbonero a la puerta y le entregó un hatillo de tela lleno de patatas recién recolectadas. Una escapó del hatillo y rodó por el suelo. El carbonero la recuperó y se la metió en uno de los profundos bolsillos de su abrigo.

—No hay que perder nunca nada valioso.

—Son para tu mujer —dijo Yangjin—. Salúdala de mi parte, por favor.

—Gracias.

Jun se puso los zapatos rápidamente y se alejó de la hospedería.

Yangjin se quedó junto a la puerta, observando su marcha, y no volvió a entrar hasta que lo vio meterse en la siguiente casa.

Desprovista de la palabrería arrogante del fanfarrón, la casa parecía más vacía. Sunja estaba de rodillas, terminando de fregar el pasillo que conectaba la sala de estar con el resto de la casa. La muchacha tenía el cuerpo firme, un pálido bloque de madera muy parecido al de su madre con una gran fuerza en las manos diestras, brazos con buenos músculos y piernas poderosas. Su constitución, baja y ancha, era ideal para el trabajo duro, y había poca delicadeza en su rostro y extremidades. Aun así, era bastante atractiva físicamente; más interesante que guapa. Allá donde iba, Sunja llamaba la atención por su energía y vivacidad. Los huéspedes la cortejaban, pero ninguno había tenido éxito. Sus ojos oscuros brillaban como relucientes piedras de río sobre una superficie blanca y pulida y, cuando se reía, no podías evitar reírte con ella. Su padre, Hoonie, la había consentido desde su nacimiento y, desde muy pequeña, Sunja había convertido la felicidad de su progenitor en su prioridad. Tan pronto como aprendió a caminar, lo siguió como una leal mascota, y aunque admiraba a su madre, tras la muerte de su padre su carácter cambió de la alegría a la reflexión.

Aunque ninguno de los hermanos Chung podía permitirse una esposa, Gombo, el mayor, había dicho en más de una ocasión que una chica como Sunja sería una mujer excelente para un hombre que quisiera prosperar. Tonel la adoraba, pero se contentaba con admirarla como a una cuñada mayor, aunque ambos tenían dieciséis años. Si alguno de los hermanos pudiera casarse, sería Gombo, el primogénito, quien tomaría una esposa antes que los demás. Nada de eso importaba ya, puesto que Sunja había renunciado recientemente a todas sus perspectivas de futuro. Estaba embarazada y el

padre del bebé no podía casarse con ella. Sunja se lo había confesado a su madre una semana antes pero, por supuesto, nadie más lo sabía.

—*¡Ajumoni, ajumoni!* —chilló la mayor de las criadas desde la habitación donde dormían los huéspedes. Yangjin corrió hacia allí. Sunja soltó su trapo para seguirla.

—¡Hay sangre! ¡En la almohada! ¡Y está empapado en sudor!

Bokhee, la mayor de las dos hermanas, respiró profundamente para calmarse. No era propio de ella levantar la voz y no quería asustar a las demás, pero no sabía si el huésped estaba muerto o agonizando y temía acercarse a él.

Nadie habló durante un minuto. Después, Yangjin pidió a la sirvienta que saliera de la habitación y esperara junto a la puerta.

—Es tuberculosis, creo —dijo Sunja.

Yangjin asintió. La apariencia del huésped le recordaba a la de Hoonie en sus últimas semanas.

—Ve a la botica —ordenó Yangjin a Bokhee, pero después cambió de idea—. No, no, espera. Puede que te necesite.

Isak estaba dormido. Tenía la cabeza sobre la almohada y estaba sudando y enrojecido, desconocedor de las miradas de las mujeres. Dokhee, la más joven, acababa de llegar de la cocina y contuvo un grito. Su hermana la hizo callar. Cuando el huésped llegó la noche anterior, su palidez grisácea no era apreciable, pero a la luz del día su atractivo rostro tenía un tono ceniza, el color turbio del agua de lluvia en un frasco. Su almohada estaba punteada de numerosas salpicaduras diminutas y rojas.

—*Uh-muh...* —murmuró Yangjin, asombrada y ansiosa—. Tenemos que trasladarlo de inmediato. Podría contagiar a los demás. Dokhee, bonita, saca todo lo de la despensa. Date prisa.

Lo acomodaría en la despensa donde su marido había dormido mientras estaba enfermo, pero habría sido mucho más fácil si hubiera podido caminar hasta la parte de atrás de la casa en lugar de que ella tuviera que trasladarlo.

Yangjin tiró de la esquina del camastro para intentar despertarlo.

—¡Pastor Baek, señor! ¡Señor! —Yangjin le tocó la parte superior del brazo—. ¡Señor!

Isak abrió los ojos por fin. No recordaba dónde estaba. En su sueño había estado en casa, descansando cerca del manzanal; los árboles eran un carnaval de flores blancas. Cuando volvió en sí, reconoció a la dueña de la hospedería.

—¿Va todo bien?

—¿Tiene tuberculosis? —le preguntó Yangjin. Él seguramente lo sabría. Negó con la cabeza.

—No, la tuve hace dos años. Pero me recuperé y he estado bien desde entonces.

Isak se tocó la frente y notó el sudor en el nacimiento del pelo. Levantó la cabeza y le resultó pesada.

—Oh, vaya —dijo, al ver las manchas rojas sobre la almohada—. Lo siento mucho. No habría venido aquí de haber sabido que podía contagiaros. Debería marcharme. No quiero ponerlos en peligro.

Isak cerró los ojos porque se sentía muy cansado. Había sido enfermizo durante toda su vida, y su más reciente infección tuberculosa solo había sido una de las muchas enfermedades que había sufrido. Sus padres y sus médicos no querían que fuera a Osaka; solo su hermano Yoseb había creído que sería lo mejor para él, ya que el clima en Osaka era más cálido que en Pionyang. Además, Yoseb sabía que Isak no quería que lo consideraran un inválido, el modo en el que lo habían tratado la mayor parte de su vida.

—Debería regresar a casa —dijo Isak, con los ojos todavía cerrados.

—Morirá en el tren. Empeorará antes de empezar a recuperarse. ¿Puede sentarse? —le preguntó Yangjin.

Isak se incorporó y se apoyó contra la pared fría. Se había sentido cansado en el viaje, pero ahora era como si un oso estuviera empujándolo. Contuvo el aliento y se giró hacia el muro para toser. La pared se llenó de puntitos de sangre.

—Se quedará aquí. Hasta que mejore —dijo Yangjin.

Sunja y ella se miraron la una a la otra. Ellas no habían enfermado cuando Hoonie lo hizo, pero tenían que proteger de algún modo a las muchachas, que no habían estado allí entonces, y a los huéspedes.

Yangjin lo miró.

—¿Puede caminar un poco, hasta la parte de atrás de la casa? Tenemos que separarlo de los demás.

Isak intentó levantarse pero no pudo. Yangjin asintió. Pidió a Dokhee que fuera a buscar al boticario y a Bokhee que regresara a la cocina para preparar la cena de los huéspedes.

A continuación, pidió a Isak que se tumbara en la cama y la arrastró lentamente, deslizándola hacia el almacén, del mismo modo que había

trasladado a su marido tres años antes.

—No pretendía causaros ningún mal —murmuró Isak.

El joven se maldijo en silencio por su deseo de ver el mundo que había más allá del lugar donde había nacido y por engañarse a sí mismo pensando que estaba lo suficientemente bien para ir a Osaka, a pesar de haber notado que jamás se repondría de aquella enfermedad. Si contagiaba a alguna de las personas con las que había estado en contacto, el peso de sus muertes caería sobre sus hombros. Si tenía que morir, esperaba hacerlo rápidamente para salvar a los inocentes.

4

Junio, 1932

A principios de verano, menos de seis meses antes de que el joven pastor llegara a la hospedería y cayera enfermo, Sunja conoció al nuevo corredor de la lonja, Koh Hansu.

La brisa marina era fría la mañana que Sunja fue al mercado a comprar para la casa de huéspedes. Había ido al mercado abierto de Nampo-dong cuando solo era un bebé en la espalda de su madre, y más tarde, de niña, había dado la mano a su padre mientras se dirigían allí, camino que tardaban más de una hora en hacer debido a su pie malformado. La tarea era más divertida con su padre que con su madre, porque todos los de la aldea lo saludaban por el camino con mucho cariño. La boca deforme de Hoonie y sus pasos torpes parecían desaparecer cuando los amables vecinos lo detenían para preguntarle por la familia, la hospedería y los huéspedes. Hoonie nunca contaba demasiado, pero su hija sabía, incluso entonces, que muchos buscaban su muda aprobación, la reflexiva mirada de sus ojos sinceros.

Después de la muerte de Hoonie, Sunja se había hecho cargo de las compras de la hospedería. Su ruta nunca se desviaba de lo que su padre y su madre le habían enseñado: primero, los productos frescos; a continuación, los huesos para la sopa en el carnicero; después un par de artículos de las *ajummas* del mercado. La irresistible mercadería de estas mujeres, agachadas ante cuencos llenos de especias y largas hileras de peces sable resplandecientes o besugos regordetes capturados unas horas antes, se exponía sobre paños encerados turquesas y rojos extendidos sobre el suelo. El amplio mercado de marisco (uno de los más grandes de este tipo de Corea) se extendía sobre la rocosa playa alfombrada de guijarros y trocitos de piedra, y

las *ajummas* voceaban sus mercancías tan fuerte como podían, cada una desde su cuadrado de lona.

Sunja estaba comprando algas a la mujer del carbonero, que vendía las de mejor calidad, cuando esta se dio cuenta de que el nuevo corredor la miraba.

—Menudo sinvergüenza. ¡Cómo te mira! ¡Si casi tiene edad para ser tu padre! —La *ajumma* de las algas puso los ojos en blanco—. Que sea rico no le da derecho a ser tan descarado con una chica decente de buena familia.

Sunja levantó la mirada y vio al forastero, vestido con un traje occidental de colores claros y zapatos de cuero blanco. Estaba con el resto de corredores de la lonja junto a las oficinas de chapa ondulada y madera. Koh Hansu, con su sombrero panamá crudo como el de los actores en los carteles de las películas, destacaba entre el resto de hombres de ropa oscura como un elegante pájaro con plumas de un blanco lechoso. La estaba mirando fijamente, apenas prestando atención a los hombres que hablaban a su alrededor. Los corredores controlaban las compras al por mayor de todo el pescado que pasaba por allí. No solo tenían el poder de fijar los precios, también podían castigar a cualquier capitán o pescador negándose a comprar sus capturas; además, podían negociar con los funcionarios japoneses que controlaban el muelle. Todos los trataban con deferencia y pocos se sentían cómodos cuando andaban cerca, por lo que los corredores rara vez se mezclaban con la gente que no formaba parte de su grupo. Los huéspedes de la casa los consideraban intrusos arrogantes que se llevaban todos los beneficios de la pesca pero manteniendo el olor del pescado lejos de sus manos suaves y blancas. No obstante, los pescadores estaban obligados a llevarse bien con aquellos hombres, porque tenían dinero contante y sonante para comprar y podían concederles anticipos cuando la pesca no había sido buena.

—Es lógico que una muchacha como tú llame la atención de algunos hombres caprichosos, pero este es demasiado descarado. Nació en Jeju, pero vive en Osaka. He oído que habla perfectamente en japonés. Mi marido dice que es más listo que todos los demás juntos, pero que no te puedes fiar de él. ¡*Uh-muh!* ¡Todavía está mirándote!

La *ajumma* de las algas se puso colorada hasta el cuello.

Sunja negó con la cabeza, pues no quería comprobarlo. Cuando los huéspedes coqueteaban con ella, los ignoraba y seguía con su trabajo; esta

vez no se comportaría de otro modo. En cualquier caso, las *ajummas* del mercado solían exagerar.

—¿Tienes algas de las que le gustan a mi madre?

Sunja fingió interés por los montones rectangulares de algas secas, dobladas como si fueran telas y separadas en hileras según su calidad y precio.

La *ajumma* parpadeó, volviendo en sí, y envolvió una porción grande de algas para Sunja. La muchacha contó las monedas y aceptó el paquete con ambas manos.

—¿Cuántos huéspedes tiene tu madre ahora?

—Seis. —Sunja podía ver al hombre, que ahora hablaba con otro corredor, por el rabillo del ojo. Todavía miraba en su dirección—. Está muy ocupada.

—¡Claro que sí! Sunja, corazón, la vida de una mujer es trabajar y sufrir. Es mejor que te pille prevenida, ¿sabes? Ya casi eres una mujer, así que alguien debería decirte esto: el hombre con el que te cases determinará tu calidad de vida. Un buen hombre te dará una vida decente, pero junto a un hombre malo vivirás un infierno... Sea como sea, espera siempre sufrir, y sigue trabajando duro. Nadie se preocupa de las pobres mujeres... solo nosotras mismas.

La señora Jun se dio unas palmaditas en la barriga, que tenía permanentemente hinchada, y se dirigió al siguiente cliente, permitiendo que Sunja regresara a casa.

En la cena, los hermanos Chung mencionaron a Koh Hansu, que había comprado toda su pesca.

—Para ser corredor, no está mal —dijo Gombo—. Prefiero a los listos como él que no toleran tonterías. Koh no regatea. El precio es el precio, y suele ser bastante justo. No me parece que intente joderte como los demás, pero no puedes decirle que no.

Tonel añadió entonces que el proveedor del hielo le había dicho que el corredor de Jeju era increíblemente rico. Pasaba en Busan solo tres noches a la semana y vivía en Osaka y Seúl. Todos lo llamaban «Jefe».

Koh Hansu parecía estar en todas partes. Siempre que ella estaba en el mercado, él aparecía y no ocultaba su interés. Aunque Sunja intentaba pasar por alto sus miradas y seguir con sus recados, le ardían las mejillas en su presencia.

Una semana después, habló con ella por primera vez. Sunja acababa de

terminar la compra y caminaba sola por la carretera hacia el *ferry*.

—Señorita, ¿qué vas a cocinar para cenar esta noche en la hospedería?

Estaban solos, pero no demasiado lejos del bullicio del mercado.

Sunja lo miró y se alejó rápidamente sin contestar. Le latía el corazón con fuerza, estaba atemorizada y esperaba que no estuviera siguiéndola. Durante el viaje en *ferry* intentó recordar su voz: era la voz de una persona fuerte que intentaba ser amable. Tenía además un ligero acento de Jeju, un alargamiento de ciertas vocales; no hablaba como la gente de Busan. Había pronunciado la palabra «cenar» de un modo curioso, y ella había tardado un instante en descubrir a qué se refería.

Al día siguiente, Hansu se acercó a ella cuando se dirigía a casa.

—¿Por qué no estás casada? Ya tienes edad suficiente.

Sunja apresuró el paso y lo dejó atrás. Él no la siguió.

Aunque nunca contestaba, Hansu insistía en hablar con ella. Siempre le hacía una pregunta, nunca decía otra cosa y nunca la repetía, pero siempre que la veía, si Sunja estaba lo suficientemente cerca para oírlo, le decía algo y ella se alejaba sin decir palabra.

Hansu no se sentía desalentado por su falta de respuestas; si ella hubiera intentado entablar una conversación, la habría considerado vulgar. Le gustaba su aspecto: el brillante cabello trenzado, el pecho abundante debajo de la blusa blanca y almidonada, su largo fajín bien atado y sus pasos rápidos y seguros. En sus manos jóvenes se veía el trabajo; no eran las manos suaves y deliberadas de las chicas de las casas de té ni las manos finas y pálidas de las aristócratas. Su cuerpo agradable era compacto y redondeado; sus brazos, cubiertos por las mangas largas y blancas, parecían tiernos y consoladores. La secreta privacidad de su cuerpo lo excitaba, ansiaba ver su piel. Aquella chica, que no era la hija de un hombre rico ni la de un hombre pobre, tenía algo diferente en su porte, una especie de resolución. Hansu había descubierto quién era y dónde vivía. Sus hábitos de compra eran los mismos cada día. Por la mañana acudía al mercado y se marchaba inmediatamente después de la compra sin entretenerse. Él sabía que, con el tiempo, se conocerían.

Fue la segunda semana de junio. Sunja había terminado sus compras del día y se dirigía a casa cargada con una cesta en cada brazo. Tres estudiantes japoneses adolescentes, con sus chaquetas de uniforme sin abotonar, se dirigían al muelle para pescar. Hacía demasiado calor para mantenerse

sentado y los chicos se habían saltado las clases. Cuando vieron a Sunja, que iba en dirección al *ferry* de Yeongdo, los muchachos la rodearon entre risas. Un estudiante delgado y pálido, el más alto de los tres, agarró uno de los melones amarillos y alargados de su cesta y lo lanzó sobre la cabeza de Sunja a sus amigos.

—Devolvedme eso —les dijo Sunja en coreano, esperando que no fueran a subir al *ferry*. Ese tipo de incidentes ocurrían a menudo en la península, pero había pocos japoneses en Yeongdo. Sunja sabía que era importante alejarse de los problemas rápidamente. Los estudiantes japoneses molestaban a los niños coreanos, y algunas veces ocurría lo contrario. Se advertía a los niños coreanos más pequeños que nunca caminaran solos, pero Sunja tenía dieciséis años y era una joven fuerte. Suponía que los japoneses la habían confundido con alguien menor e intentó sonar más autoritaria.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —preguntaron en japonés, riéndose—. No te entendemos, zorra apestosa.

Sunja miró a su alrededor, pero nadie parecía estar observándolos. El conductor del *ferry* estaba ocupado hablando con otros dos hombres y las *ajummas* a las afueras del mercado estaban entregadas a su trabajo.

—Devolvédmelo ahora mismo —dijo con firmeza, y extendió la mano derecha. Tenía la cesta alojada en el interior del codo y cada vez le era más difícil mantener el equilibrio. Miró fijamente al chico delgado, que era una cabeza más alto que ella.

Los muchachos se rieron y continuaron murmurando en japonés, que Sunja no comprendía. Dos de ellos se lanzaron el melón una y otra vez mientras el tercero buscaba en la cesta que la joven llevaba en el brazo izquierdo y que temía soltar.

Los muchachos eran de su edad o más jóvenes, pero estaban en forma y llenos de una energía impredecible.

El tercer chico, el más bajito, sacó los rabos de buey del fondo de la cesta.

—Los *yobos* no solo comen perros, ¡ahora también les roban la comida! ¿Las chicas como tú coméis huesos? Zorra estúpida.

Sunja golpeó el aire intentando recuperar los huesos para la sopa. La única palabra que entendió fue *yobo*, que normalmente significaba «cariño» aunque los japoneses la usaban peyorativamente para referirse a los coreanos.

El muchacho bajito sacó un hueso y lo olfateó. Hizo una mueca.

—¡Es asqueroso! ¿Cómo pueden los *yobos* comerse esta mierda?

—Oye, ¡que eso es muy caro! ¡Devuélvemelo! —gritó Sunja, incapaz de contener las lágrimas.

—¿Qué? No te entiendo, coreana estúpida. ¿Por qué no hablas japonés? ¡Todos los súbditos leales del emperador deben hablar japonés! ¿Es que tú no eres una súbdita leal?

El alto hizo caso omiso a los demás. Estaba evaluando el tamaño del pecho de Sunja.

—La *yobo* tiene unas tetas enormes. Las chicas japonesas son delicadas, no como estas conejas.

Asustada, Sunja decidió olvidarse de la compra y comenzar a caminar, pero los estudiantes la rodearon y le cortaron el paso.

—Vamos a exprimirle los melones. —El alto le agarró el pecho izquierdo con la mano derecha—. Muy bueno y jugoso. ¿Le doy un bocado?

Acercó la boca abierta a sus senos.

El más bajito sujetó la cesta de Sunja con firmeza para que no pudiera moverse y le retorció el pezón derecho entre el índice y el pulgar.

El tercero sugirió:

—Llevémosla a algún sitio y veamos qué hay debajo de esa falda tan larga. ¡Olvidad la pesca! Ella será nuestra captura.

El alto movió la pelvis en su dirección.

—¿No quieres probar un poco de mi anguila?

—Dejadme. Voy a gritar —dijo Sunja, pero sentía que se le cerraba la garganta. Entonces vio al hombre detrás del muchacho más alto.

Hansu agarró al joven por el cabello de la nuca con una mano y le cerró la boca con la otra.

—Acercaos —siseó a los demás, y contra todo pronóstico no abandonaron a su amigo, cuyos ojos estaban llenos de terror.

—Deberíais morir, hijos de puta —dijo en un japonés coloquial perfecto—. Si volvéis a molestar a esta señorita o vuelvo a ver vuestras feas caras por aquí, haré que acaben con vosotros. Pagaré a los mejores asesinos a sueldo para que os maten, a vosotros y a vuestras familias, y nadie descubrirá nunca cómo moristeis. Vuestros padres eran unos fracasados, por eso os marchasteis de Japón. No creáis que sois mejores que esta gente. —Hansu sonreía mientras decía esto—. Podría matarte ahora mismo y nadie movería un dedo para impedirlo, pero eso sería demasiado sencillo. Podría hacer que os atrapen, os torturen y os maten; solo tendría que ordenarlo. Hoy voy a dejarlo

en una advertencia porque estoy generoso, y porque estamos en presencia de una señorita.

Los dos muchachos permanecieron en silencio, observando los ojos desencajados de su amigo. El hombre del traje de color marfil y los zapatos de cuero blanco tiraba cada vez más fuerte del cabello del chico, que ni siquiera intentó gritar, porque podía sentir el aterrador poder de la fuerza inexorable del hombre.

El hombre hablaba exactamente igual que un japonés, pero sus actos hicieron que los chicos supusieran que era coreano. No sabían quién era, pero no dudaban de la veracidad de sus amenazas.

—Disculpaos, trozos de mierda —dijo Hansu a los chicos.

—Lo sentimos mucho.

Hicieron una reverencia formal ante Sunja.

Ella los miró fijamente, sin saber qué hacer.

Se inclinaron de nuevo y Hansu soltó el cabello del muchacho solo un poco.

Se dirigió a Sunja y sonrió.

—Han dicho que lo sienten. En japonés, por supuesto. ¿Te gustaría que se disculparan también en coreano? Puedo decirles que lo hagan. Puedo ordenarles que te escriban una carta, si quieres.

Sunja negó con la cabeza. El estudiante alto estaba llorando.

—¿Quieres que los lance al mar?

Estaba bromeando, pero ella no podía sonreír. Consiguió negar con la cabeza de nuevo. Aquellos muchachos se la habrían llevado a alguna parte, y nadie los habría visto hacerlo. ¿Por qué no temía Koh Hansu a los padres de los chicos? No había duda de que un estudiante japonés podía meter a un coreano adulto en problemas. ¿Por qué no estaba preocupado? Sunja comenzó a llorar.

—No pasa nada —le dijo Hansu en voz baja, y soltó al muchacho alto.

Los chicos volvieron a meter el melón y los huesos en los canastos.

—Lo sentimos mucho —dijeron de nuevo, haciendo una profunda reverencia.

—No volváis por aquí. ¿Queda claro, mierdas secas? —terminó Hansu en japonés mientras sonreía cordialmente para asegurarse de que Sunja no entendía su significado.

Los muchachos se inclinaron de nuevo. El alto se había orinado un poco en su uniforme. Se marcharon en dirección al pueblo.

Sunja soltó las cestas en el suelo y sollozó. Sentía los antebrazos como si fueran a caérsele. Hansu le dio una palmadita suave en el hombro.

—Vives en Yeongdo.

Ella asintió.

—Tu madre es la dueña de la hospedería.

—Sí, señor.

—Voy a llevarte a casa.

Ella negó con la cabeza. No podía mirarlo.

—Ya lo he importunado suficiente. Puedo volver sola a casa.

—Escucha, tienes que tener cuidado de no caminar sola o estar fuera por la noche. Si vas al mercado sola, debes mantenerte en las calles principales. Siempre a la vista del público. Ahora están buscando chicas. —Sunja no lo entendía—. El gobierno colonial. Para llevárselas a China, para los soldados. No te vayas con nadie. Seguramente será un coreano, un hombre o una mujer, que te dirá que hay un buen trabajo en China o Japón. Podría ser alguien a quien conoces. Ten cuidado, y no me refiero solo a esos muchachos estúpidos. Esos solo son unos capullos, pero incluso ellos podrían hacerte daño si no tienes cuidado. ¿Comprendes?

Sunja no buscaba trabajo y no comprendía por qué estaba contándole el hombre todo aquello. Nadie le había ofrecido nunca trabajar lejos de casa. Nunca dejaría a su madre, de todos modos, pero él tenía razón: una mujer podía ser destruida de muchos modos. Se decía que las mujeres de familias adineradas escondían cuchillos de plata en sus blusas para protegerse o suicidarse si las deshonraban.

Hansu le entregó un pañuelo y ella se secó la cara.

—Deberías irte a casa. Tu madre se preocupará.

La acompañó al *ferry*. Sunja dejó sus cestas en el suelo del transbordador y se sentó. Solo había otros dos pasajeros.

Inclinó la cabeza para despedirse de él. Koh Hansu estaba mirándola fijamente, pero su expresión había cambiado: parecía preocupado. Mientras el barco se alejaba del muelle, se dio cuenta de que no le había dado las gracias.

5

Mientras Koh Hansu la acompañaba al *ferry*, Sunja tuvo la oportunidad de observarlo de cerca sin distracciones. Incluso podía oler la loción mentolada de su cabello negro pulcramente peinado. Hansu tenía los hombros anchos y el torso grueso y fuerte de un hombre grande; sus piernas no eran muy largas, pero tampoco era bajo. Debía tener la misma edad que su madre, treinta y seis años. Su frente bronceada estaba ligeramente arrugada y sobre sus pómulos altos había manchas desvaídas y pecas. Su nariz (estrecha, con un nudo bajo un puente alto) lo hacía parecer japonés, y en la piel alrededor de sus fosas nasales había pequeños capilares rotos. Más negros que marrones, sus ojos oscuros absorbían la luz como un túnel largo y, cuando la miraba, le provocaba una sensación incómoda en el estómago. El traje de estilo occidental de Hansu era elegante y estaba bien cuidado; a diferencia de sus huéspedes, él no olía a trabajo ni a mar.

El siguiente día de mercado lo vio delante de las oficinas de los corredores con una multitud de empresarios y esperó hasta que él la viera para hacer una pequeña reverencia. Hansu asintió ligeramente y después regresó a su trabajo. Sunja fue a terminar con sus compras y, cuando caminaba hacia el *ferry*, él la alcanzó.

—¿Tienes tiempo? —le preguntó. Sunja estaba sorprendida. ¿A qué se refería?—. Para hablar.

La muchacha había pasado toda su vida rodeada de hombres. Nunca les había tenido miedo ni se había sentido incómoda en su presencia, pero con Hansu nunca encontraba las palabras que necesitaba. Para ella, era difícil incluso estar a su lado. Tragó saliva y decidió que no le hablaría de un modo distinto del que usaba con los huéspedes; tenía dieciséis años, no era una niña asustada.

—Gracias por tu ayuda del otro día.

—No fue nada.

—Debería habértelo dicho antes. Gracias.

—Quiero hablar contigo. Pero no aquí.

—¿Dónde?

Sunja sabía que debería haber preguntado «¿Por qué?».

—En la playa que hay detrás de tu casa. Junto a las enormes rocas negras, donde la marea es baja. Sueles hacer la colada allí, junto a la cala. —Quería que ella supiera que sabía algunas cosas de su vida—. ¿Puedes ir sola?

Sunja miró sus cestas de la compra. No sabía qué decirle, pero quería hablar con él un poco más. Sin embargo, su madre jamás se lo permitiría.

—¿Podrías escaparte mañana por la mañana? ¿Sobre esta hora?

—No lo sé.

—¿Por la tarde mejor?

—Después de que los hombres se marchen a trabajar, creo —se descubrió diciendo, y dejó morir sus palabras en el aire.

Él estaba esperándola junto a las rocas negras, leyendo un periódico. El mar era más azul de lo que recordaba y las nubes largas y delgadas parecían más pálidas; todo parecía más vibrante con él allí. La brisa agitaba las esquinas de su periódico y las agarró con firmeza, pero cuando la vio acercarse, plegó el periódico y se lo guardó bajo el brazo. No caminó hacia ella; dejó que ella se acercara a él. Sunja siguió caminando con firmeza con el enorme hato de la ropa sucia equilibrado sobre su cabeza.

—Señor —dijo, intentando no sonar temerosa. No podía inclinarse, así que rodeó el hato con las manos para soltarlo, pero Hansu se lo quitó de la cabeza rápidamente y ella enderezó la espalda mientras él dejaba la ropa sobre las rocas secas—. Gracias.

—Deberías llamarme *oppa*. No tienes ningún hermano, y yo tampoco tengo hermanas. Podrías ser mi hermanita.

Sunja no dijo nada. Hansu observó el suave oleaje y sus ojos se perdieron en el horizonte.

—Esto es agradable. No es tan bonito como Jeju, pero la sensación es similar. Tú y yo somos de las islas. Algún día, comprenderás que la gente de las islas es distinta. Tenemos más libertad.

A Sunja le gustaba su voz: era masculina, una voz sabia con un poso de melancolía.

—Seguramente pasarás aquí toda tu vida.

—Sí —contestó ella—. Este es mi hogar.

—Hogar... —repitió él, pensativo—. Mi padre tenía naranjos en Jeju. Nos mudamos a Osaka cuando yo tenía doce años, y ya no considero Jeju mi hogar. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño. —No le dijo que se parecía a los miembros de su familia materna, en los ojos y la frente amplia—. Tienes un montón de colada. Yo solía lavar mi ropa y la de mi padre. Lo odiaba. Una de las mejores cosas de ser rico es tener a alguien que te lave la ropa y te haga la comida.

Sunja había lavado ropa casi desde que podía caminar. No le importaba hacerlo. Planchar era más difícil.

—¿En qué piensas mientras lavas?

Hansu ya sabía todo lo necesario sobre la chica, pero eso era diferente de conocer sus pensamientos. Tenía la costumbre de hacer demasiadas preguntas cuando quería averiguar el carácter de alguien. La mayoría de la gente te exponía sus pensamientos con palabras y más tarde los confirmaba con sus actos. Había más gente sincera que mentirosa. Muy poca gente mentía bien. Lo que más lo decepcionaba en una persona era que resultara ser igual a todas las demás. Prefería a las mujeres listas antes que a las tontas, y a las trabajadoras antes que a las perezosas que solo sabían estar tumbadas.

—Cuando era niño, mi padre y yo solo teníamos una muda de ropa, así que, cuando la lavaba, intentábamos secarla durante la noche y nos la poníamos todavía húmeda por la mañana. Una vez... Creo que tenía diez, u once años. Puse la ropa mojada cerca de la estufa para que se secara antes y me fui a hacer la cena. Íbamos a comer gachas de cebada y yo tenía que removerlas sin parar en aquella cacerola barata para que no se pegara al fondo, y mientras estaba removiendo, noté un olor raro y resultó que se había quemado la manga de la chaqueta de mi padre y tenía un agujero enorme. Me echó una bronca tremenda. —Hansu se rio al recordar la golpiza que le dio su padre—. «¡En vez de cabeza tienes una calabaza vacía! ¡Menudo inútil tengo por hijo!».

Su padre, que se había bebido todas sus ganancias, nunca se había sentido culpable por su incapacidad para darle una buena vida y había sido muy duro con él, que había conseguido que sobrevivieran pidiendo, cazando y robando.

Sunja no había imaginado que una persona como Koh Hansu supiera hacer la colada. Su ropa era muy delicada y estaba perfectamente confeccionada. Ya lo había visto con varios trajes blancos y distintos zapatos blancos. Nadie más vestía como él.

Tenía que decir algo.

—Cuando lavo la ropa, pienso en hacerlo bien. Es una de las tareas que me gustan porque con ello consigo que algo sea mejor de lo que era antes. No es como un tiesto roto, que tienes que tirar.

Él sonrió.

—Llevaba mucho tiempo deseando estar contigo.

Una vez más, Sunja quería preguntar por qué, pero en cierto sentido eso no importaba.

—Tienes cara de buena —le dijo—. Pareces honesta.

Las mujeres del mercado se lo habían dicho antes. Sunja no sabía regatear y no lo intentaba. Sin embargo, aquella mañana no le había dicho a su madre que iba a encontrarse con Koh Hansu. Ni siquiera le había contado el incidente con los estudiantes japoneses. La noche anterior había dicho a Dokhee, que solía hacer la colada con ella, que lavaría la ropa ella sola, y la sirvienta se había alegrado mucho de librarse de la tarea.

—¿Tienes novio? —le preguntó Koh.

Sunja se ruborizó.

—No.

El hombre sonrió.

—Tienes casi diecisiete años. Yo tengo treinta y cuatro. Es exactamente el doble. Voy a ser tu hermano mayor y tu amigo. ¿Te gustaría?

Sunja lo miró fijamente a los ojos negros, pensando que nunca antes había deseado nada con más fuerza excepto cuando quiso que su padre se recuperara de su enfermedad. No pasaba un solo día en el que no pensara en su padre u oyera su voz en su cabeza.

—¿Cuándo haces la colada?

—Cada tres días.

—¿A esta hora?

Ella asintió. Suspiró profundamente con los pulmones y el corazón llenos de anticipación y sorpresa. Siempre le había encantado aquella playa: la interminable extensión de agua azul y verde pálido, los diminutos guijarros blancos rodeando las rocas negras entre el agua y la tierra pedregosa. El

silencio la hacía sentirse segura y satisfecha. Casi nadie iba allí nunca, pero ya no volvería a ver aquel lugar del mismo modo.

Hansu recogió una piedra suave y plana que había junto a su pie, negra con finas estriaciones grises. Sacó de su bolsillo un trozo de la tiza blanca que usaba para marcar las cajas de pescado y dibujó una X en ella. Se agachó y buscó en las enormes rocas que los rodeaban hasta encontrar una grieta en una roca que tenía la altura de un banco.

—Si tengo que regresar al trabajo antes de que tú hayas llegado, dejaré esta piedra en el hueco de la roca para que sepas que he venido. Si tú vienes y yo no estoy, quiero que dejes la piedra en el mismo sitio para que yo sepa que has venido a verme. —Le acarició el brazo y sonrió—. Sunja, será mejor que me vaya. Nos veremos otro día, ¿de acuerdo?

Ella lo observó mientras se alejaba y, tan pronto como se hubo ido, se agachó y abrió el hato para empezar a lavar. Tomó una camisa sucia y la empapó en el agua fría. Todo había cambiado.

Tres días después volvió a verlo. No fue difícil convencer a las sirvientas para que la dejaran hacer sola la colada. Una vez más, él estaba esperando junto a las rocas, leyendo el periódico. Llevaba un sombrero claro con una banda negra. Estaba elegante. Actuó como si encontrarse con ella junto a las rocas fuera normal, aunque Sunja estaba aterrada por si los descubrían. Se sentía culpable por no haberle hablado de él a su madre, ni a Bokhee y Dokhee. Sentados en las rocas negras, Hansu y Sunja hablaron durante media hora. Él le hizo algunas preguntas extrañas: «¿En qué piensas cuando todo está tranquilo y no tienes demasiado que hacer?».

Nunca había un momento en el que Sunja no estuviera haciendo algo. La hospedería daba mucho trabajo y rara vez había visto a su madre desocupada. Después de decirle que siempre estaba atareada, se dio cuenta de que no era así. Había momentos cuando estaba trabajando que parecía que el trabajo no era tal, porque sabía hacerlo sin prestar demasiada atención. Podía pelar patatas o fregar el suelo sin pensar, y últimamente, siempre que tenía uno de estos momentos de tranquilidad mental, pensaba en él. Pero ¿cómo iba a decirle eso? Justo antes de irse, Hansu le preguntó qué era para ella un buen amigo, y Sunja le respondió que él lo era, porque la había ayudado cuando estaba en apuros. Él sonrió ante aquella respuesta y le acarició el cabello. Se

veían en la cala cada pocos días y Sunja se volvió más eficiente con la colada y el resto de tareas de casa para que nadie notara el tiempo que pasaba en la playa o el mercado.

Antes de cruzar el umbral de la puerta de la cocina para marcharse al mercado o a la playa, Sunja comprobaba su reflejo en la tapadera de metal pulido de la olla y se arreglaba la trenza que se había hecho aquella mañana. No tenía ni idea de cómo arreglarse para resultar encantadora o atractiva para un hombre, y menos uno tan importante como Koh Hansu, así que se esforzaba por estar al menos aseada y bien peinada.

Cuanto más lo veía, más fuerte se hacía su imagen en su mente. Sus historias le llenaban la cabeza de gente y lugares que nunca antes había imaginado. Él vivía en Osaka, una enorme ciudad portuaria de Japón donde decía que podías conseguir cualquier cosa con dinero y donde casi todas las casas tenían luz eléctrica y estufas para mantener el calor en invierno. Decía que Tokio era mucho más bullicioso que Seúl, que tenía más gente, tiendas, restaurantes y teatros. Había estado en Manchuria y Pionyang. Le describió cada uno de esos lugares y le aseguró que un día iría con él a aquellos sitios, pero ella no entendía cómo sería posible. No protestaba porque le gustaba la idea de viajar con él, la idea de estar con él más allá de los pocos minutos que pasaban en la cala. De sus viajes le traía caramelos de hermosos colores y galletas dulces. Hansu desenvolvía los caramelos y se los metía en la boca como una madre alimentando a su hija. Ella nunca había probado golosinas tan dulces y deliciosas: caramelos rosas importados de América, galletas de mantequilla de Inglaterra. Sunja tenía cuidado de tirar los envoltorios fuera de casa, porque no quería que su madre se enterara.

La chica estaba cautivada por sus palabras y sus experiencias, que eran mucho más extraordinarias que las aventuras de los pescadores u obreros que habían llegado de lugares lejanos, pero había algo incluso más novedoso y poderoso en su relación con Hansu, algo que nunca había esperado. Hasta que lo conoció, Sunja nunca había hablado a nadie de su vida: de las costumbres curiosas de los huéspedes, de sus conversaciones con las sirvientas que trabajaban para su madre, de sus recuerdos de su padre y sus asuntos privados. Ahora tenía a alguien a quien preguntar sobre cómo funcionaban las cosas fuera de Yeongdo y Busan. Hansu estaba ansioso por oír cómo le había ido el día; quería saber incluso qué soñaba. De vez en cuando, cuando ella no sabía cómo ocuparse de algo o de alguien, él le decía

qué debía hacer, pues tenía ideas excelentes sobre cómo resolver problemas. Nunca hablaban de la madre de Sunja.

Era extraño verlo haciendo negocios en el mercado porque cuando estaba con ella parecía otra persona: era su amigo, su hermano mayor, el que le quitaba el hato de la colada de la cabeza cuando se acercaba a él. «Con cuánta elegancia lo llevas», le decía, admirando lo firme y fuerte que era su cuello. Una vez le rozó la nuca ligeramente con sus manos recias y ella se sobresaltó, sorprendida ante aquella sensación.

Quería verlo a todas horas. ¿Con quién más hablaría, a quién más haría preguntas? ¿Qué hacía por las noches cuando ella estaba en casa atendiendo a los huéspedes, limpiando las mesas del comedor o durmiendo junto a su madre? Le parecía imposible preguntarle, así que se guardaba esas dudas.

Se vieron así durante tres meses, acostumbrándose a la compañía del otro. Cuando llegó el otoño hacía frío junto al mar, pero Sunja apenas notaba el aire gélido.

A principios de septiembre llovió durante cinco días seguidos y, cuando por fin aclaró, Yangjin pidió a Sunja que fuera al bosque de Taejongdae a recoger setas. A Sunja le gustaba hacerlo y se alegró de poder contar a Hansu aquel día que iba a hacer algo distinto a sus tareas habituales. Él viajaba y veía cosas nuevas a menudo; aquella era la primera vez que ella iba a hacer algo fuera de su rutina normal.

Estaba tan nerviosa que le contó de inmediato sus planes de ir a coger setas justo después del desayuno al día siguiente. Hansu no dijo nada durante algunos minutos. La miró, pensativo.

—Se me da bien encontrar setas y raíces silvestres. Sé distinguir las que te puedes comer de las que no. Cuando era niño, pasaba horas buscando raíces y setas. En primavera buscaba helechos *gosari* para secarlos. Solía cazar conejos para la cena con una honda. Una vez atrapé a un par de faisanes antes del atardecer; era la primera vez que comíamos carne en mucho tiempo. ¡Mi padre estaba encantado! —La expresión del hombre se suavizó—. Podríamos ir juntos. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte en el bosque? —le preguntó.

—¿Quieres venir?

Una cosa era hablar con Hansu dos veces a la semana durante media hora, pero no se imaginaba pasando el día con él. ¿Y si los veía alguien? Sunja notaba las mejillas calientes. ¿Qué se suponía que debía hacer? Se lo había contado y no podía evitar que fuera con ella.

—Nos veremos allí. Será mejor que regrese al mercado. —Hansu sonrió, de un modo distinto esta vez, como si fuera un niño, entusiasmado y radiante—. Encontraremos un montón de setas. Lo sé.

Rodearon a pie el perímetro exterior de la isla, donde nadie los vería juntos. La costa estaba más espectacular que nunca. A medida que se acercaban al bosque ubicado en el lado opuesto de la isla, los gigantescos pinos, arces y abetos parecían darles la bienvenida, adornados con tonos dorados y rojos como si llevaran sus ropas de fiesta. Hansu le habló de su vida en Osaka. Los japoneses no debían ser vilipendiados, dijo. En aquel momento estaban machacando a los coreanos y, por supuesto, a nadie le gustaba perder. Pero creía que si los coreanos dejaban de pelear unos con otros, probablemente derrotarían a Japón y harían cosas mucho peores a los japoneses.

—Allá donde vayas, la gente está podrida. No hay nadie bueno. ¿Quieres ver a un hombre muy malo? Haz que tenga más éxito del que nunca había imaginado. Verás lo bueno que es cuando descubra que puede hacer todo lo que quiera.

Sunja asentía mientras él hablaba, procurando recordar todas sus palabras, retener su imagen y entender lo que intentaba decirle. Coleccionaba sus historias como los cristales pulidos y las piedras de color rosa que solía recoger de niña en la playa; sus palabras la asombraban porque era como si la tomara de la mano y le mostrara un montón de cosas nuevas e inolvidables.

Por supuesto, había muchos temas e ideas que ella no comprendía, y a veces intentar aprender sin haber experimentado nada de aquello era difícil. No obstante, se embutía la mente igual que habría rellenado las tripas de un cerdo con la mezcla de morcilla. Se esforzaba por entender las cosas porque no quería que él pensara que era una ignorante. Sunja no conocía las letras ni en coreano ni en japonés. Su padre la había enseñado a sumar y restar un poco para que pudiera contar el dinero, pero eso era todo. Su madre y ella ni siquiera sabían escribir sus nombres.

Hansu había llevado una pañoleta para recoger setas él también. Su evidente entusiasmo por la excursión hacía que Sunja se sintiera mejor, pero todavía le preocupaba que alguien los viera. Nadie sabía que eran amigos. Se suponía que los hombres y las mujeres no podían serlo, pero tampoco eran novios. Él no había mencionado el matrimonio y, si quería casarse con ella,

tendría que hablar antes con su madre, pero no lo había hecho. De hecho, después de preguntarle si tenía novio no había vuelto a sacar el tema, y de eso habían pasado tres meses. Sunja intentaba no pensar qué mujeres habría en su vida. Para él no sería difícil encontrar chicas, y a menudo no comprendía su interés por ella.

La larga caminata hasta el bosque se le hizo corta. Parecía incluso más aislado que la cala, pero a diferencia del espacio abierto entre las rocas bajas y la extensión de agua verde azulada, allí se alzaban sobre ellos unos árboles inmensos. Era como entrar en la oscura y boscosa casa de un gigante. Se oían pájaros, y Sunja miró a su alrededor para descubrir de qué tipo eran. Entonces se fijó en el rostro de Hansu: había lágrimas en sus ojos.

—*Oppa*, ¿estás bien?

Él asintió. Había hablado durante todo el camino de sus viajes y del trabajo, aunque se quedó en silencio al ver las hojas coloreadas y los troncos nudosos de los árboles. Colocó la mano derecha en la espalda de Sunja y tocó el extremo de su trenza. Le acarició la espalda; después apartó la mano con cuidado.

Hansu no había estado en el bosque desde que era niño, antes de convertirse en un duro adolescente que trapicheaba y robaba junto a otros niños de la calle en Osaka. Antes de mudarse a Japón, las montañas boscosas de Jeju habían sido su santuario; conocía cada árbol del volcán Hallasan. Recordó los pequeños ciervos, con sus patas esbeltas y sus pasos afeminados y coquetos. El intenso aroma del azahar regresó a él, aunque no había naranjos en los bosques de Yeongdo.

—Vamos —dijo, adelantándose, y Sunja lo siguió. Menos de una docena de pasos después, Hansu se detuvo para arrancar con cuidado una seta—. Esta es la primera —anunció. Ya no lloraba.

No le había mentado. Hansu era un buscador de setas experto y conocía numerosas hierbas comestibles que incluso le explicó cómo cocinar.

—Cuando tienes hambre, aprendes qué puedes comer y qué no. —Se rio—. No me gusta pasar hambre. Bueno, ¿a dónde vamos? ¿En qué dirección?

—A unos minutos de aquí está el lugar donde mi madre solía recoger setas después de las lluvias cuando era pequeña. Ella es de esta parte de la isla.

—Tu cesta no es suficientemente grande. ¡Podrías haber traído dos y habrías tenido de sobra para secar para el invierno! Deberías regresar mañana.

Sunja sonrió.

—Pero, *oppa*, ¿si siquiera has visto el lugar!

Cuando llegaron al lugar donde su madre cogía setas, este estaba alfombrado por los hongos marrones que a su padre tanto le gustaban.

Hansu se rio, satisfecho.

—¿No te lo he dicho? Deberíamos haber traído algo con lo que cocinar. La próxima vez almorzaremos aquí. ¡Esto es demasiado fácil!

De inmediato empezó a recoger setas a puñados y a echarlas a la cesta que estaba en el suelo entre ellos. Cuando la llenó, empezó a guardarlas en su pañoleta, y cuando esta estuvo a rebosar, Sunja se ató el delantal alrededor de la cintura y recogió todavía más.

—No sé cómo voy a llevármelas todas —dijo—. Estoy siendo avariciosa.

—No eres lo suficientemente avariciosa.

Hansu se acercó a ella. Sunja podía oler su jabón y la gaulteria de la cera del cabello. Estaba afeitado y guapo. Le encantaba lo blanco que era su traje. ¿Por qué importaba eso? Los hombres de la hospedería no podían evitar ensuciarse. Su trabajo lo manchaba todo, y por mucho que frotaras era imposible sacar el olor a pescado de sus camisas y pantalones. Su padre le había enseñado a no juzgar a la gente por cosas tan superficiales: la ropa y las posesiones de un hombre no tenían nada que ver con su corazón y su carácter. Inhaló profundamente el aroma de Hansu mezclado con el purificador aire del bosque.

El hombre deslizó las manos por debajo de su chaqueta corta y ella no lo detuvo. Desató el largo fajín que sujetaba su blusa y la abrió. Sunja empezó a llorar en silencio y él la abrazó, con un arrullo consolador y grave. Ella permitió que la consolara mientras le hacía lo que quería. La tumbó sobre el suelo con cuidado.

—*Oppa* está aquí. No pasa nada. Todo va bien.

Mantuvo las manos bajo su trasero todo el tiempo y, aunque intentó protegerla de las ramitas y hojas, el lecho del bosque dejó ronchas rojas en la parte posterior de sus piernas. Cuando se separaron, él usó su pañuelo para limpiarle la sangre.

—Tu cuerpo es precioso. Jugoso como una fruta madura.

Sunja no podía decir nada. Lo había amamantado como a un bebé. Mientras se movía en su interior, haciendo eso que ella había visto hacer a cerdos y

caballos, estaba desconcertada por lo brusco e intenso que era el dolor, y se sintió agradecida cuando remitió.

Cuando se levantaron de la alfombra de hojas amarillas y rojas, Hansu la ayudó a arreglarse la ropa interior y después la vistió.

—Eres mi niña bonita.

Eso fue lo que le dijo cuando lo hicieron de nuevo.

6

Hansu había ido a Japón por negocios. Le prometió que tendría una sorpresa para ella cuando regresara. Sunja pensaba que era solo cuestión de tiempo que le hablara de matrimonio. Ella le pertenecía, y quería ser su esposa. No quería dejar a su madre, pero si tenía que mudarse a Osaka para estar con él, lo haría. Durante el día, se preguntaba qué estaría haciendo él en aquel momento. Cuando se imaginaba su vida lejos de ella, Sunja se sentía parte de algo más, de algo fuera de Yeongdo, fuera de Busan, e incluso fuera de Corea. ¿Cómo había podido vivir sin saber nada más allá de su padre y de su madre? Y aun así, eso era lo único que conocía. Estaba bien que una chica se casara y tuviera hijos, y cuando no le vino la menstruación, Sunja se alegró porque iba a darle un hijo.

Contó los días hasta su regreso, y si hubiera habido un reloj en la casa, habría contado las horas y los minutos. La mañana de su vuelta, Sunja corrió al mercado. Caminó junto a las oficinas de los corredores hasta que él la vio y, de un modo discreto, quedaron en verse en la cala la mañana siguiente.

Tan pronto como los huéspedes se marcharon a trabajar, Sunja reunió la colada y corrió a la playa, incapaz de esperar más. Cuando vio a su amor junto a las rocas, con un bonito abrigo sobre su traje, se sintió orgullosa de que un hombre como aquel la hubiera elegido a ella.

A diferencia del resto de veces, que se había acercado a él con pasos prudentes y femeninos, aquel día corrió impacientemente con el hato de la colada en sus brazos.

—*¡Oppa!* ¡Has vuelto!

—Te lo dije. Yo siempre vuelvo.

La abrazó con fuerza.

—Me alegro mucho de verte.

—¿Cómo está mi chica?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Espero que no vuelvas a irte pronto.

—Cierra los ojos —le dijo, y ella obedeció.

Hansu le abrió la mano derecha y colocó un disco grueso sobre su palma. El metal estaba frío.

—Es como el tuyo —dijo Sunja al abrir los ojos. Hansu tenía un pesado reloj de bolsillo de oro que había comprado en Inglaterra. Aunque de tamaño similar, el de Sunja era de plata bañada en oro, según dijo. Hacía un tiempo le había enseñado la diferencia entre la manecilla larga y la corta, y cómo leer la hora. Su reloj colgaba de una cadena de oro macizo con un ancla que atravesaba el botón de su chaleco.

—Tienes que presionar esto.

Hansu empujó la corona y el reloj se abrió para revelar una elegante cara blanca con números tallados.

—Es lo más bonito que he visto nunca. Gracias, *oppa*. Muchas gracias. ¿Dónde lo has conseguido?

No podía imaginar una tienda donde vendieran cosas así.

—Si tienes dinero, no hay nada que no puedas conseguir. Pedí que lo trajeran de Londres para ti. Así podremos saber exactamente cuándo nos encontraremos.

Sunja no podía imaginar una felicidad mayor de la que sentía en aquel momento.

Hansu le acarició la cara y la abrazó.

—Quería verte.

Ella bajó la mirada y se abrió la blusa. La noche antes se había bañado con agua caliente y había frotado cada poro de su cuerpo hasta que su piel se volvió roja.

Él le quitó el reloj de la mano y pasó el fino cordoncillo de su combinación a través de su aro.

—Compraré una cadena y un alfiler adecuado la próxima vez que vaya a Osaka.

Le bajó los tirantes para exponer sus senos y acercó la boca a ellos mientras le abría la falda.

Su sorpresa ante la urgencia del deseo de Hansu había disminuido desde la primera vez que hicieron el amor. Habían estado juntos muchas veces y el

dolor ya no era tan grande como había sido inicialmente. Lo que a Sunja le gustaba de hacer el amor eran las caricias suaves, así como el poderoso deseo del cuerpo de Hansu. Le gustaba cómo cambiaba su cara de seria a inocente en aquellos momentos.

Cuando él terminó, Sunja se cerró la blusa. En un par de minutos, Hansu tendría que regresar al trabajo y ella lavaría las sábanas de la hospedería.

—Estoy embarazada.

Hansu no dijo nada, sorprendido.

—¿Estás segura?

—Sí, eso creo.

—Bueno.

El hombre sonrió.

Sunja le devolvió la sonrisa, orgullosa de lo que habían hecho juntos.

—Sunja...

—¿Sí, *oppa*? —le preguntó, examinando su rostro serio.

—Tengo esposa y tres hijos. En Osaka. —Sunja abrió la boca y la cerró. No podía imaginarlo con otra persona—. Cuidaré bien de ti, pero no puedo casarme contigo. Mi matrimonio es legal en Japón y tendría problemas en el trabajo —le explicó con el ceño fruncido—. Haré todo lo que pueda para que estemos juntos. He estado pensando en buscarte una buena casa.

—¿Una casa?

—Cerca de tu madre. O, si lo prefieres, podría estar en Busan. Pronto llegará el invierno y no podemos seguir viéndonos en la playa.

Se rio. Le frotó los antebrazos, y ella se estremeció.

—¿Por eso fuiste a Osaka? Para ver a tu...

—He estado casado desde que era casi un niño. Tengo tres hijas.

Las hijas de Hansu no eran demasiado listas ni estaban muy interesadas en casi nada, pero eran dulces y sencillas. Una era lo suficientemente bonita para casarse, aunque las demás estaban demasiado delgadas, como su nerviosa madre, que parecía frágil y estaba continuamente preocupada.

—¡Puede que estés esperando un niño! —Hansu no pudo evitar sonreír ante la idea—. ¿Cómo te sientes? ¿Hay algo que te apetezca comer? —Sacó su cartera y extrajo un fajo de billetes—. Deberías comprar lo que quieras comer. Además, necesitarás tela para vestirte tú y el niño.

Ella miró el dinero pero no lo cogió. Tenía las manos en los costados. Él sonaba cada vez más entusiasmado.

—¿Te sientes distinta?

Le puso las manos sobre el vientre y se rio, encantado.

La esposa de Hansu, que era dos años mayor que él, llevaba años sin quedarse embarazada; rara vez hacían el amor. El año anterior, ninguna de sus amantes había tenido siquiera una falta en la menstruación, así que no se le ocurrió que Sunja pudiera tener un hijo. Hansu había planeado buscar a Sunja una casa pequeña antes del invierno, pero ahora le buscaría algo mucho más grande. La chica era joven y evidentemente fértil, así que podrían tener más hijos. Lo alegraba la perspectiva de tener mujer e hijos en Corea. Ya no era joven, pero su deseo sexual no había disminuido con la edad. En su ausencia, se había masturbado pensando en ella. Hansu no creía que el hombre estuviera diseñado para tener sexo con una sola mujer; el matrimonio le parecía antinatural, pero jamás abandonaría a una mujer que le hubiera dado hijos. Aunque creía que un hombre necesitaba varias mujeres, descubrió que prefería estar solo con aquella chiquilla. Adoraba la firmeza de su cuerpo, la plenitud de su pecho y sus caderas. Su rostro suave lo consolaba y había llegado a depender de su inocencia y adoración. Después de estar con ella, Hansu sentía que había pocas cosas que no pudiera hacer. Después de todo, era cierto: estar con una mujer joven hace que un hombre vuelva a sentirse como un muchacho. Presionó el dinero contra la palma de Sunja, pero ella dejó caer los billetes y estos se dispersaron por la playa. Hansu se agachó para recogerlos.

—¿Qué haces? —le preguntó, alzando un poco la voz.

Sunja apartó la mirada. Él estaba diciendo algo, pero ella no podía oírlo. Era como si su mente ya no consiguiera dar un significado a sus palabras: solo eran sonidos, golpes de ruido. Nada tenía sentido. ¿Tenía esposa y tres hijas en Japón? Había creído que era sincero y él había cumplido cada promesa que le había hecho. Había dicho que tendría una sorpresa para ella y le había llevado un reloj, pero la sorpresa que ella tenía para él, ya no quería que la supiera. Nada la había hecho sospechar que fuera un *jebi*, el tipo de hombre que revoloteaba de una mujer a la siguiente. ¿También hacía el amor con su esposa? ¿Qué sabía ella sobre los hombres, de todos modos?

¿Cómo era su mujer? Sunja quería saberlo. ¿Era guapa? ¿Era amable? No podría volver a mirar a Hansu a la cara. Bajó la mirada hasta su falda de muselina blanca, su raído dobladillo que seguía gris por mucho que lo lavara.

—Sunja, ¿cuándo puedo ir a hablar con tu madre? ¿Quieres que vayamos a

verla ahora? ¿Sabe lo del bebé?

Cuando mencionó a su madre, fue como si le diera una bofetada.

—¿Mi madre?

—Sí, ¿se lo has contado?

—No. No, no se lo he contado.

Sunja intentó no pensar en su madre.

—Compraré esa hospedería para vosotras y ya no tendréis que seguir atendiendo huéspedes. Cuidaréis del niño. Podríamos tener más hijos. Podrías tener una casa más grande si quisieras.

El hato de la colada junto a sus pies parecía resplandecer bajo el sol. Tenía trabajo que hacer. No era más que una pueblerina idiota que había dejado que un hombre la llevara al bosque. Cuando la había deseado en la playa, había dejado que dispusiera de su cuerpo como quisiera. Pero había creído que él la amaba como ella a él. Si no se casaba con ella, sería una puta ordinaria que habría sido deshonrada para siempre. Su hijo sería otro bastardo sin nombre. La hospedería de su madre se vería contaminada por su vergüenza. Llevaba un bebé en su vientre que no tendría un padre de verdad como el que había tenido ella.

—No volveré a verte jamás —dijo.

—¿Qué?

Hansu sonrió con incredulidad. Le rodeó los hombros con el brazo, pero ella se apartó.

—Si vuelves a acercarte a mí, me mataré. Puede que me haya comportado como una puta...

Sunja no pudo seguir hablando. Podía ver a su padre con claridad: sus preciosos ojos, el labio partido, su andar encorvado y lento. Cuando terminaba con el trabajo del largo día, le fabricaba muñecas con mazorcas de maíz y ramas. Si le quedaba una moneda en el bolsillo, le compraba un trozo de caramelo. Era mejor que estuviera muerto para que no pudiera ver la sucia criatura en la que su hija se había convertido. Él la había enseñado a respetarse, pero ella no lo había hecho. Había traicionado a su madre y a su padre, que no habían hecho nada más que trabajar duro y cuidarla como si fuera una joya.

—Sunja, mi niña bonita. ¿Qué te preocupa? No ha cambiado nada. —Hansu estaba confuso—. Cuidaré muy bien de ti y del bebé. Tengo dinero y tiempo para otra familia. Cumpliré con mis obligaciones. Mi amor por ti es muy

fuerte; es más fuerte de lo que nunca habría esperado. No lo digo a la ligera: si pudiera, me casaría contigo. Lo haría. Tú y yo somos parecidos. Nuestro hijo será muy querido, pero no puedo abandonar a mi esposa y mis tres hijas...

—Nunca me hablaste de ellas. Me hiciste pensar...

Hansu negó con la cabeza. La chica nunca antes lo había contrariado; nunca había oído una réplica de sus labios.

—No volveré a verte jamás —insistió. Él intentó retenerla y Sunja gritó—: ¡Apártate de mí, hijo de puta! No quiero tener nada que ver contigo.

Hansu se detuvo y la miró con la necesidad de reevaluar a la chica que tenía delante. El fuego de su cuerpo nunca se había expresado en palabras, pero ahora entendía que ella era diferente.

—Yo no te importo. En realidad no. —De repente estaba segura. Había esperado que él la tratara como sus padres la habían tratado, pero sabía que sus padres preferirían para ella cualquier trabajo honesto a ser la amante de un hombre rico—. ¿Y qué harás si es una niña? ¿O si nace como mi padre, con un pie torcido y sin labio superior?

Hansu arrugó la frente.

—¿Por eso no te has casado?

La madre de Sunja nunca había sacado el tema del matrimonio, aunque muchas muchachas de la aldea se habían casado antes que ella. Nadie había acudido a su madre con una propuesta y los huéspedes que coqueteaban con ella no lo hacían en serio. Puede que fuera por eso, supuso Sunja. Ahora que estaba embarazada, era consciente de repente de que podría dar a luz a un niño que tuviera las deformidades de su padre. Sunja limpiaba las tumbas de sus hermanos todos los años, y su madre le había contado que varios habían nacido con el paladar hendido. Hansu esperaba un hijo sano pero ¿y si ella no podía engendrarlo? ¿Lo rechazaría?

—¿Estabas intentando conseguir que me casara contigo? ¿Porque no podías casarte con un tipo normal?

Incluso Hansu fue consciente de la crueldad de sus palabras.

Sunja agarró su hato y corrió a casa.

El boticario Chu había tomado cariño al pastor de Pionyang y se alegró al verlo recuperado. Ya solo visitaba a Isak una vez a la semana y el joven parecía totalmente repuesto.

—Ya no necesitas pasar todo el día en la cama —le dijo el boticario—, pero no te levantes todavía.

Chu estaba sentado junto a Isak, que se hallaba tumbado en un camastro en el almacén. La corriente que entraba por los huecos alrededor de la ventana movía el flequillo blanco de Chu ligeramente. Subió la gruesa colcha hasta los hombros de Isak.

—¿Tienes frío?

—No. Estoy en deuda con usted y la *ajumoni*.

—Todavía estás demasiado delgado. —Chu frunció el ceño—. Quiero verte fuerte. Tu cara no tiene ninguna curva. ¿No te gusta la comida de aquí?

La dueña de la hospedería puso la misma expresión que si le hubieran echado una reprimenda.

—Las comidas son estupendas —protestó Isak—. Estoy comiendo mucho más de lo que pago de pensión. El menú aquí es mejor que en casa.

Isak sonrió a Yangjin y Sunja, que estaban en el pasillo.

Chu colocó la campana de su estetoscopio en el pecho de Isak y se inclinó. Su respiración sonaba fuerte y uniforme, similar a la semana anterior. El pastor parecía estar bien.

—Tose. —El boticario escuchó su pecho con atención—. Has mejorado, sin duda, pero has estado enfermo la mayor parte de tu vida. Y has sufrido tuberculosis antes. Tenemos que mantener la guardia.

—Sí, pero ahora me siento fuerte. Señor, me gustaría escribir a mi iglesia, en Osaka, para informar de las fechas de mi viaje. Si usted cree que puedo

viajar, claro está. Mi hermano me ha hecho prometer que primero conseguiría su permiso.

Isak cerró los ojos, como si rezara.

—Antes de que te marcharas de Pionyang, ¿tu médico consideró adecuado que viajaras solo a Osaka?

—Me dieron permiso, pero el médico y mi madre no estaban conformes con mi marcha. No obstante, a mi partida estaba fuerte, más de lo que había estado nunca. Pero, claro, después enfermé... No hay duda: debería haberles escuchado, pero me necesitaban en Osaka.

—Tu médico te dijo que no fueras, pero lo hiciste de todos modos. —Chu se rio—. Los jóvenes no pueden estar encerrados, supongo. Así que ahora deseas partir de nuevo, y esta vez quieres mi permiso. ¿Qué ocurriría si te pasara algo por el camino, o si enfermaras al llegar allí? —Negó con la cabeza y suspiró—. ¿Qué puedo decir? No puedo detenerte, pero pienso que deberías esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Al menos dos semanas más. Quizá tres.

Isak miró a Yangjin y Sunja. Se sentía avergonzado.

—Me siento fatal por haber sido una molestia y por haberos puesto en riesgo. Gracias a Dios, nadie ha enfermado. Lo siento mucho. Por todo.

Yangjin negó con la cabeza. El pastor había sido un huésped modélico; si acaso, el resto había mejorado su comportamiento al estar ante una persona tan bien educada. Isak había pagado el alojamiento a tiempo. La mujer se sentía aliviada porque su salud hubiera mejorado tanto.

Chu dejó a un lado su estetoscopio.

—No obstante, no deberías darte prisa en regresar a casa. El tiempo aquí es mejor para tus pulmones que en el norte, y el de Osaka es similar a este. Los inviernos no son tan severos en Japón.

Isak asintió. El clima había sido un argumento de peso para que sus padres accedieran a que fuera a Osaka.

—Entonces, ¿podría escribir a la iglesia de Osaka? ¿Y a mi hermano?

—¿Viajarás en barco hasta Shimonoseki, y después en tren? —le preguntó Chu, haciendo una mueca. El viaje sería de un día, dos como mucho contando los retrasos.

Isak asintió, aliviado porque el boticario estuviera indicándole que podía marcharse.

—¿Has estado saliendo?

—No más allá del patio. Usted dijo que no era una buena idea.

—Bueno, ahora puedes hacerlo. Deberías dar un buen paseo o dos cada día... cada uno más largo que el anterior. Tienes que fortalecer las piernas. Eres joven, pero has estado en la cama y sin salir de casa durante casi tres meses. —El boticario se dirigió a Yangjin—. Veamos si puede llegar hasta el mercado. Lógicamente, no debería ir solo. Podría caerse.

Chu dio una palmadita a Isak en el hombro antes de despedirse y prometerle que regresaría la semana próxima.

A la mañana siguiente, Isak terminó su estudio de la Biblia y sus oraciones y tomó el desayuno solo. Los huéspedes ya se habían marchado a trabajar. Se sentía suficientemente fuerte para ir a Osaka y quería hacer los preparativos para el viaje. Antes de dirigirse a Japón, su intención había sido visitar al pastor de la iglesia de Busan, pero no había tenido la oportunidad. No había contactado con él por miedo a contagiarlo. Sentía las piernas bien, no tan inseguras como antes. Había estado haciendo los ejercicios suaves que su hermano mayor, Samoel, le había enseñado cuando era pequeño. Como había pasado la mayor parte de su vida dentro de casa, había tenido que aprender a mantenerse en forma de modos poco habituales.

Yangjin acudió para llevarse la bandeja del desayuno. Le sirvió un té de cebada y él le dio las gracias.

—Creo que me gustaría dar un paseo. Puedo ir solo —dijo, sonriendo—. No tardaré mucho. Esta mañana me siento muy bien. No iré lejos.

Yangjin no pudo evitar palidecer. No podía mantenerlo enjaulado como si fuera un valioso gallo de su gallinero, pero ¿qué ocurriría si se caía? Los alrededores de la casa estaban desiertos. Si sufría un accidente paseando por la playa, nadie lo vería.

—No debería ir solo, señor.

Los huéspedes estaban en el trabajo o en el pueblo, haciendo cosas de las que ella no quería saber nada. En aquel momento no había nadie a quien pudiera pedirle que lo acompañara.

Isak se mordió el labio. Si no fortalecía sus piernas, tendría que retrasar el viaje.

—¿Sería una gran molestia...? —Hizo una pausa—. Sé que tiene mucho trabajo, pero quizá podría acompañarme a dar un paseo breve. —Era licencioso pedir a una mujer que paseara con él por la playa, pero si no salía

creía que se volvería loco—. Si no puede, lo comprendo. Daré un paseo muy corto junto al agua. Solo serán unos minutos.

De niño había sido un inválido privilegiado. Sus tutores y criados habían sido su compañía principal. Cuando hacía buen tiempo y no estaba bien para caminar, los criados o sus hermanos mayores lo llevaban en sus espaldas. Si el médico quería que tomara el aire, el jardinero ponía a Isak en una carretilla y lo paseaba por el jardín, dejando que el niño arrancara las manzanas de las ramas bajas. Isak casi podía oler el embriagador perfume de las manzanas, notar el peso de la fruta roja en sus manos y saborear el dulce crujido del primer bocado mientras su pálido jugo bajaba por su muñeca. Añoraba su hogar y se sentía como un niño enfermo de nuevo, encerrado en su habitación y suplicando permiso para ver la luz del sol.

Yangjin estaba sentada de rodillas, sin saber qué decir, con las manos pequeñas y ásperas sobre su regazo. No estaba bien que una mujer paseara con un hombre que no era de su familia. Ella era mayor que él, así que no temía las habladurías, pero Yangjin nunca había caminado junto a un hombre que no fuera su padre o su marido.

Él observó con atención su rostro preocupado. Se sentía fatal por causar tantas molestias.

—Ya ha hecho mucho por mí, pero yo no dejo de pedirle más.

Yangjin irguió la espalda. Nunca había disfrutado de un paseo por la playa con su marido. Las piernas y la espalda de Hoonie le habían causado un profundo dolor; él no se había quejado, pero tenía que conservar su energía para el trabajo. Cuánto debió desear poder correr como un niño normal, llenándose los pulmones de aire salado y persiguiendo las gaviotas... Cosas que casi todos los niños de Yeongdo habían hecho en su infancia.

Isak decidió esperar hasta que uno de los huéspedes pudiera acompañarlo.

—A veces soy muy egoísta —le dijo—. Lo siento.

Yangjin se incorporó.

—Necesitará su abrigo. Iré a buscarlo.

El intenso aroma de las algas, la jabonosa espuma de las olas a lo largo de la playa rocosa y el paisaje azul grisáceo, vacío excepto por las aves blancas que volaban en círculos sobre ellos... Las sensaciones eran casi imposibles de soportar después de pasar tanto tiempo en ese cuarto diminuto. El sol de la mañana calentaba la cabeza sin cubrir de Isak. Nunca se había emborrachado,

pero imaginaba que era así como se sentían los campesinos en el *Chuseok* después de beber demasiado.

Cuando llegaron a la playa, Isak se quitó los zapatos de cuero para llevarlos en las manos. Caminaba con seguridad, sin sentir ni rastro de la enfermedad en su cuerpo largo y flaco. No se sentía fuerte, pero se notó mejor que antes.

—Gracias —dijo, sin mirar a la mujer. Su rostro pálido resplandecía bajo la luz de la mañana. Cerró los ojos e inhaló profundamente.

Yangjin miró al joven sonriente. Poseía cierta inocencia, suponía, una especie de integridad infantil que no podía ser escondida. Apetecía protegerlo.

—Ha sido muy amable conmigo.

Yangjin descartó sus palabras con un ademán, sin saber qué hacer con su gratitud. Estaba triste. No tenía tiempo para paseos y estar fuera hacía que el peso que escondía en su corazón tomara una forma definida y la presionara desde el interior.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Su hija está bien?

Yangjin no respondió. Mientras caminaban por la playa se había sentido como si estuviera en otro sitio, aunque no sabía dónde exactamente. Aquel lugar no parecía la cala que había detrás de su casa, apenas a un par de metros del patio trasero. Estar con el joven pastor la desorientaba, aunque su inesperada pregunta rompió el delicado hechizo. ¿Qué había observado para que le preguntara por Sunja? Pronto se le hincharía el vientre y su estado sería obvio, pero todavía no se le notaba. ¿Qué pensaría el pastor cuando lo supiera? ¿Le importaría?

—Está embarazada.

En cuanto lo dijo, supo que hacía bien al contárselo.

—Debe ser difícil para ella, teniendo lejos a su marido.

—No tiene marido.

No era raro que Isak pensara que el padre del niño trabajaba en una mina o en una fábrica de Japón.

—¿Es un hombre...?

—Ella no quiere decir nada.

Sunja le había contado que estaba casado y tenía otros hijos. Yangjin no sabía nada más. Sin embargo, no quería contarle eso al pastor; era demasiado

humillante.

La mujer parecía desesperada. Los huéspedes le llevaban a Isak los periódicos para que los leyera en voz alta, y últimamente todas las noticias eran tristes. Notaba una abrumadora sensación de desolación en la gente. El país llevaba más de dos décadas bajo el gobierno colonial y nadie veía un final a aquella situación. Parecía que todos se habían rendido.

—Estas cosas ocurren en todas las familias.

—No sé qué va a ser de ella. Se ha arruinado la vida. Antes habría sido difícil que se casara, pero ahora... —Isak no lo comprendía y Yangjin se explicó—: Por la condición de mi marido. La gente no quiere eso en sus descendientes.

—Entiendo.

—Es difícil ser una mujer soltera, pero tener un hijo sin marido... Los vecinos no lo aprobarán. ¿Y qué será de ese niño sin un nombre? No podemos registrarlo con nuestro apellido.

Yangjin nunca había hablado tan libremente con un desconocido. La mujer siguió caminando, pero aminoró el paso.

Desde que supo la noticia, había intentado pensar algún modo de solucionarlo, pero no se le había ocurrido nada. Sus hermanas solteras no podían ayudarla y su padre había muerto hacía mucho. No tenía hermanos.

Isak estaba sorprendido, pero no demasiado. Había escuchado cosas parecidas antes. En una iglesia, donde se espera el perdón, se oyen todo tipo de cosas.

—El padre del niño... ¿No es posible localizarlo?

—No lo sé. Ella no habla de él. No se lo he contado a nadie, solo a usted. Sé que su trabajo es aconsejar a la gente, pero nosotras no somos cristianas. Lo siento.

—Usted me salvó la vida. Habría muerto si no me hubiera acogido y cuidado. Ha hecho mucho más por mí de lo que se espera que haga por sus huéspedes.

—Mi marido murió de eso. Usted es un hombre joven. Debería vivir una vida larga.

Siguieron caminando; Yangjin no parecía interesada en regresar. Miró fijamente el agua, de un color verde pálido. Le apetecía sentarse. De repente estaba muy cansada.

—¿Puedo decirle que lo sé? ¿Puedo hablar con ella?

—¿No está escandalizado?

—Por supuesto que no. Sunja parece una joven muy responsable, estoy seguro de que existe una razón. *Ajumoni*, sé que ahora debe parecerle terrible, pero un niño es un regalo de Dios. —La expresión triste de Yangjin no cambió—. *Ajumoni*, ¿cree en Dios?

Ella negó con la cabeza.

—Mi marido decía que los cristianos no son mala gente. Algunos fueron patriotas que lucharon por la independencia. ¿Verdad?

—Sí, mis profesores en el seminario de Pionyang lucharon por la independencia. Mi hermano mayor murió en 1919.

—¿Usted también está involucrado en política? —La mujer parecía preocupada; Hoonie le había dicho que no debía alojar a activistas porque podría ser peligroso—. ¿Su hermano?

—Mi hermano Samoel era pastor. Él me condujo a Cristo. Mi hermano era un hombre brillante. Valiente y amable.

Yangjin asintió. Hoonie había querido la independencia de Corea, pero creía que la prioridad de un hombre debía ser el bienestar de su familia.

—Mi marido no quería que siguiéramos a nadie. Ni a Jesús, ni a Buda, ni a un emperador. Ni siquiera a un líder coreano.

—Lo comprendo. Lo comprendo.

—Están ocurriendo muchas cosas horribles.

—Dios controla todas las cosas, aunque no comprendamos sus razones. A veces a mí tampoco me gustan sus actos. Es frustrante —dijo Isak, y Yangjin se encogió de hombros—. «Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio»¹ —recitó de uno de sus versículos favoritos aunque sabía que para Yangjin no significaba nada. Entonces se le ocurrió que ella y su hija no podían amar a Dios si no lo conocían—. Siento lo que estás sufriendo. No soy padre, pero creo que todos los padres sufren con sus hijos.

La dueña de la hospedería estaba perdida en su tristeza.

—Me alegro de que hayas podido caminar un poco hoy.

—Si no cree, lo comprendo —dijo Isak.

—¿Su familia hace el *jesa*?

—No.

Isak sonrió. En su familia nadie observaba los rituales para los muertos. Tampoco los protestantes a los que él conocía.

—Mi marido creía que no era necesario. Eso decía, pero aun así le preparo sus comidas favoritas y un altar en su honor. Lo hago por sus padres y por los míos. Mis padres lo consideraban importante. Fueron muy buenos conmigo. Limpio sus tumbas y las de todos mis bebés muertos. Hablo con los muertos, aunque no creo en fantasmas, porque hacerlo me hace sentir bien. Puede que eso sea Dios. Un Dios bueno no habría dejado morir a mis hijos. No puedo creer en eso. Mis bebés no habían hecho nada malo.

—Estoy de acuerdo. No habían hecho nada malo. —La miró pensativamente—. Pero un Dios que hace todo lo que creemos que es justo y bueno no sería el creador del universo, sería nuestra marioneta. No sería Dios. Hay más cosas de las que podemos conocer.

Yangjin no dijo nada, pero se sentía más tranquila.

—Si Sunja habla con usted, quizá sirva de ayuda. No sé cómo, pero podría ser.

—Le pediré que salga a pasear conmigo mañana.

Yangjin se giró para volver atrás. Isak caminó a su lado.

Cuando terminó de escribir la carta para su hermano, Isak se apartó de la mesa baja y abrió la estrecha ventana de la habitación. Inhaló profundamente el aire frío. El pecho no le dolió. Durante toda su vida, todos los que lo rodeaban habían hablado sobre su muerte temprana como una certeza. Había sido un niño enfermizo y durante su juventud había padecido grandes males en el pecho, corazón y estómago. Por tanto, poco se había esperado de su futuro. Cuando se graduó en el seminario, incluso a él le sorprendió estar vivo para verlo. Era extraño, pero toda aquella charla sobre su inevitable muerte no lo había desanimado. Casi se había acostumbrado a la muerte; su fragilidad había reforzado su convicción de que debía hacer algo importante mientras tuviera tiempo.

Su hermano Samoel, el mayor de los tres, nunca había estado enfermo pero murió joven. La policía colonial lo golpeó salvajemente después de una protesta y no sobrevivió al arresto. Isak decidió entonces que viviría una vida más valiente. Había pasado su juventud encerrado con su familia y tutores, y cuando más sano había estado era cuando asistía al seminario y trabajaba como ayudante del pastor en su iglesia. Mientras estuvo vivo, Samoel había sido una luz resplandeciente en el seminario y en la iglesia, e Isak creía que su difunto hermano seguía cuidándolo ahora como había hecho cuando era niño.

El mediano de los Baek, Yoseb, no era tan religioso como Samoel o Isak. Nunca le había gustado estudiar y, a la primera oportunidad, se marchó a Japón en busca de una vida diferente. Había aprendido el oficio de mecánico y trabajaba como capataz en una fábrica de Osaka. Había enviado a buscar a Kyunghee, la adorada hija de un amigo de la familia, y se habían casado en Japón. No tenían hijos. Había sido idea de Yoseb que Isak fuera a Osaka, y

también había sido él quien le había encontrado trabajo en la iglesia. Isak estaba seguro de que Yoseb comprendería su decisión de pedir a Sunja que se casara con él. Yoseb era una persona de mente abierta y naturaleza generosa. Isak puso la dirección al sobre y lo guardó en su abrigo.

Recogió la bandeja de su té y la llevó al umbral de la cocina. Le habían dicho en multitud de ocasiones que no tenía que llevar la bandeja a la cocina, que los hombres no tenían que entrar ahí, pero Isak quería hacer algo por las mujeres, que siempre estaban trabajando. Sunja estaba pelando rábanos cerca de la estufa. Llevaba su *hanbok* de muselina blanca debajo de un chaleco acolchado oscuro. Parecía incluso más joven de lo que era e Isak pensó que estaba adorable, tan concentrada en su tarea. Con la *chima* de cintura alta no podía saberse si estaba embarazada. Le era difícil imaginar cómo cambiaría el cuerpo de una mujer encinta. Él nunca había estado con una mujer.

Sunja corrió a por su bandeja.

—Déjemelo a mí, por favor.

Isak le entregó la bandeja y abrió la boca para decir algo, pero no estaba seguro de qué.

La muchacha lo miró.

—¿Necesita algo, señor?

—Me gustaría ir al pueblo hoy. Para ver a alguien.

Sunja asintió como si lo comprendiera.

—El señor Jun, el carbonero, ha pasado calle abajo y seguramente se dirige al pueblo. ¿Quiere que le pida que lo lleve?

Isak sonrió. Había planeado pedirle que lo acompañara, pero de repente había perdido su valor.

—Sí. Si la agenda del señor Jun lo permite, claro está. Gracias.

Sunja corrió a la calle para buscar al carbonero.

La iglesia había sido reconstruida a partir de la estructura de madera abandonada de un colegio. Estaba detrás de la oficina de correos. El carbonero se la señaló y le prometió que lo llevaría de vuelta a la hospedería más tarde.

—Tengo que hacer algunos recados —le dijo—. Y echaré su carta al correo.

—¿Conoce al pastor Shin? ¿Le gustaría conocerlo?

Jun se rio.

—He estado en la iglesia una vez. Con eso tuve suficiente.

Al carbonero no le gustaba la idea de ir a un sitio donde pedían dinero. Tampoco le gustaban los monjes que recaudaban limosnas. Por lo que a él respectaba, todo eso de la religión era un chanchullo para hombres acomodados que no querían trabajar de verdad. El joven pastor de Pionyang no parecía perezoso y nunca le había pedido nada, así que le caía bien. Dicho esto, lo cierto era que a Jun no le disgustaba la idea de que alguien rezara por él.

—Gracias por traerme hasta aquí.

—No ha sido nada. No se enfade porque no quiera ser cristiano. ¿Sabe, pastor Baek? No soy un buen hombre, pero tampoco soy malo.

—Señor Jun, es usted un hombre muy bueno. Fue usted quien me condujo a la hospedería la noche que me perdí, cuando estaba tan mareado que apenas podía decir mi propio nombre. No ha hecho otra cosa más que ayudarme.

El carbonero sonrió. No estaba acostumbrado a recibir halagos.

—Bueno, si usted lo dice. —Se rio de nuevo—. Estaré esperándolo al otro lado de la calle, en el puesto de empanadillas junto a la oficina de correos. Me reuniré con usted allí cuando haya terminado mis recados.

La criada de la iglesia llevaba un abrigo remendado de hombre demasiado grande para su cuerpo diminuto. Era sordomuda y se balanceaba suavemente mientras barría el suelo de la capilla. Al notar la vibración de los pasos de Isak, dejó lo que estaba haciendo y se giró sobresaltada. Agarró el palo de la desgastada escoba con fuerza, deteniéndola junto a sus pies con calcetines. Dijo algo, pero Isak no la entendió.

—Hola, he venido a ver al pastor Shin —anunció con una sonrisa.

La criada corrió hacia el fondo de la iglesia y el pastor Shin salió de su despacho de inmediato. Tenía cincuenta y pocos años. Unas gafas de montura gruesa cubrían sus ojos castaños y hundidos. Su cabello era todavía negro y lo mantenía corto. Llevaba la camisa blanca y los pantalones grises bien planchados. Todo en él parecía controlado y comedido.

—Bienvenido. —El pastor Shin sonrió al joven de aspecto amable que iba vestido al estilo occidental—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Soy Baek Isak. Mis profesores del seminario le escribieron en mi

nombre, creo.

—¡Pastor Baek! ¡Por fin estás aquí! Te esperaba hace meses. Me alegro de verte. Ven, mi despacho está en la parte de atrás. Allí se está un poco más caliente. —Antes de continuar, pidió a la criada que les llevara té—. ¿Cuánto tiempo llevas en Busan? No sabíamos cuándo pasarías por aquí. ¿Vas camino de la parroquia de Osaka?

Apenas le daba la oportunidad de contestar a todas sus preguntas. El pastor hablaba rápidamente, sin detenerse a escuchar las respuestas de Isak. Shin había asistido al seminario en Pionyang casi en la época de su fundación y estaba encantado de ver a un graduado reciente. Amigos que habían estado con él en el seminario habían sido profesores de Isak.

—¿Tienes algún sitio donde quedarte? Podríamos prepararte una habitación aquí. ¿Dónde están tus cosas?

El hombre estaba muy contento. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un nuevo pastor había pasado por allí. Muchos misioneros occidentales habían abandonado el país debido a la mano dura del gobierno colonial, y pocos jóvenes se unían al clero. Últimamente, Shin se había sentido solo.

—Espero que te quedes un tiempo con nosotros.

Isak sonrió.

—Discúlpeme por no haber venido a visitarlo antes. Mi intención era hacerlo, pero he estado muy enfermo, recuperándome en una hospedería de Yeongdo. La viuda de Kim Hoonie y su hija han estado cuidando de mí. La hospedería está más cerca de la playa que el *ferry*. ¿Las conoce?

El pastor Shin ladeó la cabeza.

—No, no conozco a demasiada gente en la isla de Yeongdo. Podría haber ido a visitarte allí. Tienes buen aspecto: un poco delgado, pero parece que nadie come lo suficiente últimamente. ¿Has almorzado? Podemos compartir nuestra comida.

—Ya he comido, señor. Gracias.

Cuando la criada les llevó el té, los dos religiosos se tomaron de las manos y rezaron, dando gracias por la llegada de Isak.

—¿Planeas marcharte a Osaka pronto?

—Sí.

—Bien, bien.

El pastor habló largo y tendido sobre los problemas a los que se estaban

enfrentando las iglesias. La gente temía asistir a misa, allí y en Japón, porque el gobierno no lo aprobaba. Los misioneros canadienses ya se habían marchado.

Aunque Isak estaba al tanto de las tristes noticias, se sentía preparado para enfrentarse a las dificultades. Sus profesores habían hablado de la oposición del gobierno con él. Isak se mantuvo en silencio.

—¿Estás bien? —le preguntó Shin.

—Señor, me preguntaba si podríamos hablar. Sobre el Libro de Oseas.

—¿Eh? Por supuesto.

El pastor Shin parecía desconcertado.

—Dios pide al profeta Oseas que se case con una ramera y críe a unos niños de los que no es padre. Supongo que el Señor lo hizo para enseñarle qué se siente al estar comprometido con una persona que continuamente te traiciona. ¿No es así? —le preguntó Isak.

—Bueno, sí, entre otras cosas. Y el profeta Oseas obedece la voluntad del Señor —dijo el pastor Shin con voz sonora. Aquella era una historia sobre la que había hablado antes.

—El Señor sigue comprometido con nosotros incluso cuando pecamos. Sigue amándonos. En cierto sentido, la naturaleza de su amor por nosotros es parecida a la de un matrimonio largo, o al afecto que sienten unos padres por un hijo imperfecto. Se pide a Oseas que sea como Dios al mantenerse junto a una persona que es difícil de amar. Nosotros somos difíciles de amar cuando pecamos; un pecado es siempre una ofensa al Señor.

Shin miró con atención el rostro de Isak para saber si lo estaba entendiendo. Isak asintió con seriedad.

—¿Cree que es importante que sintamos lo que Dios siente?

—Sí, por supuesto. Si quieres a alguien, no puedes evitar compartir su sufrimiento. Si nosotros amamos a nuestro Señor, no solo lo admiramos o lo tememos o queremos cosas de él: debemos reconocer sus sentimientos, su angustia ante nuestros pecados. Debemos comprender su sufrimiento porque el Señor sufre con nosotros, sufre como nosotros. Esto un consuelo, saber que no estamos solos en nuestro sufrimiento.

—Señor, la viuda de la casa de huéspedes y su hija me salvaron la vida. Llegué a su puerta con tuberculosis y cuidaron de mí durante tres meses.

El pastor Shin asintió con comprensión.

—Hicieron algo maravilloso. Una obra noble y amable.

—Señor, la hija está embarazada y el padre del bebé la ha abandonado. No está casada y el niño no tendrá apellido —le explicó Isak. Shin lo miró con gesto preocupado—. Creo que debería pedirle que se case conmigo. Si dice que sí, la llevaré conmigo a Japón. En ese caso, me gustaría que nos casara antes de irnos. Para mí sería un honor que...

El pastor Shin se cubrió la boca con la mano derecha. Los cristianos hacían cosas así (sacrificaban sus posesiones e incluso sus vidas), pero tales decisiones debían tomarse por una buena razón, y con sobriedad. San Pablo y San Juan dijeron: «Examinadlo todo»².

—¿Has escrito a tus padres sobre esto?

—No. Pero creo que lo comprenderían. Me he negado a casarme hasta ahora y ya no esperan que lo haga. Puede que se alegren.

—¿Por qué no has querido casarte?

—He estado enfermo desde que nací. Los últimos años he mejorado, pero recaí de nuevo de camino aquí. Nadie de mi familia esperaba que viviera más allá de los veinticinco años. Ahora tengo veintiséis. —Isak sonrió—. Si me casara y tuviera hijos, dejaría a una viuda joven y quizá algunos huérfanos.

—Sí, entiendo.

—Ya debería estar muerto, pero estoy vivo, señor.

—Y me alegro mucho de ello. Alabemos al Señor.

Shin sonrió al joven, sin saber cómo protegerlo de su deseo de hacer tal sacrificio. Más que nada, se sentía incrédulo. De no haber sido por las cariñosas cartas de sus amigos de Pionyang atestiguando la inteligencia y competencia de Isak, habría pensado que era un lunático religioso.

—¿Qué piensa la joven de esta idea?

—No lo sé. Todavía no he hablado con ella. La viuda me contó la situación de su hija ayer mismo. Y anoche, antes de mis oraciones nocturnas, se me ocurrió que había algo que podía hacer por ellas: dar a la mujer y al niño mi apellido. ¿Qué es mi apellido para mí? Es solo una cuestión de suerte que naciera hombre para así poder cederlo a mis descendientes. No es culpa de la joven haber sido abandonada por un canalla, y aunque el padre sea una mala persona, el niño que está por nacer es inocente. ¿Por qué debería sufrir él? Sin un apellido, lo aislarán.

Shin no podía discrepar. Isak continuó:

—Si el Señor me permite vivir, intentaré ser un buen marido para Sunja y un buen padre para su hijo.

—¿Sunja?

—Sí. La hija de la dueña de la hospedería.

—Tu fe es buena, hijo, y tus intenciones son loables, pero...

—Todos los niños deberían ser queridos. Los hombres y las mujeres de la Biblia rezaban y esperaban pacientemente la llegada de los hijos. Ser estéril es una desgracia, ¿no es cierto? Si no me caso y tengo hijos, será como si fuera estéril.

Isak nunca antes había articulado aquel pensamiento. Su deseo repentino de tener una esposa y una familia lo hacía sentirse extraño pero bien.

Shin sonrió débilmente al joven pastor. Después de perder a cuatro de sus hijos y a su esposa por el cólera cinco años antes, no podía hablar sobre desgracias: todo lo que decía le sonaba superficial y tonto. Al perderlos, su entendimiento del sufrimiento había cambiado. Lo que sabía sobre Dios y la teología se había vuelto más gráfico y personal después de la horrible muerte de su familia. Su fe no se había tambaleado, pero su carácter había cambiado, al parecer, para siempre. Era como si una habitación cálida se hubiera enfriado de repente, aunque siguiera siendo la misma estancia. Shin admiraba a aquel joven idealista en cuyos ojos brillaba la fe, pero como su mentor, quería que fuera prudente.

—Ayer por la mañana comencé a estudiar a Oseas y, un par de horas después, la *ajumoni* de la hospedería me habló de su hija embarazada. Aquella la noche lo supe: el Señor me había hablado. Nunca antes me había ocurrido, nunca había sentido tal claridad. ¿Alguna vez le ha pasado?

Isak buscó una duda en los ojos del otro pastor.

—Sí, me ha pasado, pero no siempre con tanta intensidad. Oigo la voz de Dios cuando leo la Biblia, de modo que creo comprender lo que sentiste, pero también existen las coincidencias. Tenemos que tener eso en cuenta. Es peligroso pensar que todo es una señal de Dios. Puede que Dios esté siempre hablándonos, pero nosotros no sabemos escucharlo —afirmó Shin. Se sentía incómodo al confesar su incertidumbre, pero le parecía que era importante hacerlo.

—Cuando era pequeño, recuerdo que al menos tres chicas solteras fueron abandonadas después de quedarse embarazadas. Una de ellas era criada en nuestra casa. Dos de las muchachas se suicidaron. Nuestra criada regresó a Wonsan con su familia y contó a todo el mundo que su marido había muerto.

Mi madre, una mujer que nunca miente, le aconsejó que dijera eso —dijo Isak.

—Ese tipo de cosas ocurren con mayor frecuencia hoy día —dijo Shin—. Es una época difícil.

—La *ajumoni* de la hospedería me salvó la vida, y es posible que yo pueda contribuir al futuro de esta familia. Siempre he querido hacer algo importante antes de morir. Como mi hermano Samoel.

Shin asintió. Sus amigos del seminario le habían contado que Samoel Baek había sido uno de los líderes del movimiento de independencia.

—Es posible que mi existencia llegue a ser importante... No a gran escala, como la de mi hermano, pero sí para algunas personas. Quizá pueda ayudar a esta joven y a su hijo. Y ellas me ayudarán también, porque tendré mi propia familia... Y eso es una gran bendición, se mire como se mire.

No era posible disuadir al joven pastor. Shin tomó aliento.

—Antes de que hagas nada, me gustaría conocerla. Y también a su madre.

—Les pediré que vengan. Si Sunja acepta casarse conmigo, por supuesto. Apenas me conoce.

—Eso no importa. —Shin se encogió de hombros—. Yo no vi a mi mujer hasta el día de la boda. Comprendo el impulso que te mueve a ayudar, pero el matrimonio es un pacto serio ante Dios. Ya lo sabes. Por favor, tráelas cuando puedas.

El viejo pastor puso las manos sobre los hombros de Isak y rezó por él antes de que se marchara.

Cuando Isak regresó a la casa de huéspedes, los hermanos Chung estaban repantingados en el suelo calefactado. Habían cenado y las mujeres estaban retirando los últimos platos.

—Ah, ¿el pastor ha estado dando un paseo por el pueblo? Entonces debe estar suficientemente bien para beber con nosotros.

Gombo, el hermano mayor, le guiñó un ojo. Los hermanos llevaban meses intentando que Isak bebiera con ellos.

—¿Qué tal la pesca? —les preguntó Isak.

—No hemos encontrado ninguna sirena —contestó Tonel, el más joven, decepcionado.

—Qué lástima —dijo Isak.

—Pastor, ¿quiere cenar ya? —le preguntó Yangjin.

—Sí, gracias.

Estar fuera le había dado hambre, y que su estómago volviera a pedirle comida era una sensación maravillosa.

Los hermanos Chung no tenían intención de sentarse adecuadamente, pero le dejaron espacio. Gombo le dio unas palmadas en la espalda como si Isak fuera un viejo amigo.

Entre los huéspedes, sobre todo entre los bonachones hermanos Chung, Isak se sentía un hombre en lugar del estudiante enfermizo que había pasado la mayor parte de su vida recluido entre libros.

Sunja colocó ante él una mesa baja repleta de guarniciones, una cacerola a rebosar de estofado y una generosa y redondeada porción de humeante mijo y cebada.

Isak bajó la cabeza en una oración y todos los demás permanecieron en silencio, sintiéndose incómodos, hasta que volvió a levantar la cabeza.

—Al guapo pastor le ponen mucho más mijo que a mí —se quejó Tonel—. Qué sorpresa.

Intentó hacer una mueca de enfado, pero Sunja no le prestó atención.

—¿Has comido? —Isak ofreció su cuenco a Tonel—. Aquí hay de sobra...

El hermano mediano de los Chung, el más sensato, apartó el brazo extendido del pastor.

—Tonel se ha comido tres cuencos de mijo y dos de sopa. Este nunca se pierde una comida. ¡Si no se alimentara bien, terminaría mordisqueándome el brazo! Es un cerdito.

Tonel golpeó a su hermano en las costillas.

—Los hombres grandes tienen grandes apetitos. Tú me tienes envidia porque las sirenas me prefieren a mí. Un día me casaré con una preciosa vendedora que trabajará para mí en el mercado hasta que me muera. Tú tendrás que repararte las redes solo. —Gombo y el hermano mediano se rieron, pero Tonel los ignoró. Se dirigió a Sunja—: Me comería otro cuenco de mijo. ¿Queda algo en la cocina?

—¿Quieres dejar algo para las mujeres? —replicó Gombo.

—¿No queda comida suficiente para las mujeres?

Isak soltó su cuchara.

—Sí, sí, hay comida de sobra para nosotras. Por favor, no se preocupe. Si Tonel quiere más comida, se la traeremos —le aseguró Yangjin.

Tonel parecía avergonzado.

—No tengo hambre. Vamos a fumarnos una pipa —dijo, buscando el

tabaco en sus bolsillos.

—Bueno, pastor Isak, ¿nos dejarás pronto para marcharte a Osaka? ¿O te unirás a nuestra tripulación para buscar sirenas? Ahora pareces suficientemente fuerte para tirar de las redes —dijo Tonel. Encendió la pipa y se la pasó a su hermano mayor antes de fumar—. ¿Por qué vas a dejar esta hermosa isla para irte a una ciudad fría?

Isak se rio.

—Estoy esperando una respuesta de mi hermano. Y, tan pronto como me sienta recuperado para viajar, me dirigiré a mi parroquia en Osaka.

—Piensa en las sirenas de Yeongdo. —Tonel señaló a Sunja, que se dirigía a la cocina—. En Japón no las hay así.

Isak levantó las cejas.

—Tu oferta es tentadora. Quizá debería buscarme una sirena para que venga conmigo a Osaka.

—¿El pastor está bromeando? ¡No me lo puedo creer!

Tonel golpeó el suelo, encantado.

Isak tomó un sorbo de té.

—Puede que una esposa me viniera bien en mi nueva vida en Osaka.

—Deja el té. ¡Vamos a darle a este soltero de oro bebida de verdad! —gritó Gombo.

Los hermanos se rieron a carcajadas, y el pastor también.

En la pequeña casa, las mujeres oían todo lo que los hombres decían. Ante la idea de que el pastor se casara, Dokhee se ruborizó, anhelante, y su hermana la miró como si estuviera loca. Sunja, en la cocina, vaciaba las bandejas de la cena; se agachó delante de la enorme palangana de metal y comenzó a lavar los platos.

Después de terminar la limpieza de la cocina, Sunja dio las buenas noches a su madre y se retiró al dormitorio improvisado que compartía con las criadas. Sunja solía irse a la cama a la misma hora que las demás, pero últimamente había estado más cansada que nunca y ya no le era posible esperar a que terminaran su trabajo. Despertar no era menos difícil; por la mañana, unas manos fuertes parecían agarrarla por los hombros para evitar que se levantara. La muchacha se desnudó rápidamente en la fría habitación y se deslizó bajo la colcha gruesa. El suelo estaba caliente; apoyó la cabeza en la almohada con forma de rombo y su primer pensamiento fue para él.

Hansu ya no estaba en Busan. La mañana después de su despedida en la playa, Sunja pidió a su madre que fuera al mercado en su lugar, con la excusa de que tenía náuseas y no podía alejarse del retrete. Durante una semana no fue al mercado. Cuando por fin volvió a su rutina habitual y fue al mercado a hacer la compra, Hansu ya no estaba allí. Cada mañana lo buscaba en la lonja, pero se había marchado.

El calor del *ondol* calentaba la cama donde estaba acostada; había tenido frío todo el día. Cuando por fin cerró los ojos, Sunja descansó las manos sobre la ligera curva de su vientre. Todavía no sentía al niño, pero su cuerpo estaba cambiando. La variación más notable y difícil de sobrellevar era el modo en el que se había agudizado su sentido del olfato: caminar entre los puestos de pescado la hacía sentir náuseas, y el peor era el olor de los cangrejos y las gambas. Notaba las piernas hinchadas, casi mullidas. No sabía nada sobre bebés. Lo que estaba creciendo en su interior era un secreto, un misterio incluso para ella. ¿Cómo sería el niño?, se preguntó. A Sunja le habría gustado hablar de todas esas cosas con Hansu.

Desde que confesó su estado a su madre, ninguna de ellas había vuelto a

hablar del embarazo. La angustia había profundizado las arrugas alrededor de la boca de su madre como si la desaprobación se hubiera instalado allí para siempre. Durante el día, Sunja trabajaba como siempre, pero por la noche, antes de quedarse dormida, se preguntaba si Hansu estaría pensando en ella y en su hijo.

Si hubiera accedido a ser su amante y esperar sus visitas, se habría quedado con ella. Habría ido a ver a su esposa e hijas en Japón siempre que hubiera querido. Aun así aquel acuerdo se le hacía imposible, insostenible incluso en su debilidad actual. Lo echaba de menos, pero no podía imaginarse compartiéndolo con otra mujer a la que él también quería.

Sunja había sido una tonta. ¿Por qué había supuesto que un hombre de su edad y posición no tenía esposa e hijos? Que quisiera casarse con una campesina ignorante habría sido absurdo, de hecho. Los hombres ricos tenían esposas y amantes, a veces incluso viviendo en la misma casa. Sin embargo, ella no podía ser su amante. Su padre, aunque tullido, había querido a su madre; no había nadie más pobre que Yangjin, pero él la había valorado. Mientras estuvo vivo, los tres comieron juntos a la misma mesa, en familia, después de que los huéspedes estuvieran servidos. Su padre podría haber comido antes que las mujeres, pero nunca quiso hacerlo. En la mesa, se aseguraba de que el plato de su madre tuviera tanta carne y pescado como el suyo. En verano, después de la larga jornada, se ocupaba del sembrado de sandías porque era la fruta favorita de su esposa. Cada invierno conseguía algodón nuevo para acolchar sus chaquetas, y si no había suficiente, decía que la suya no necesitaba relleno nuevo.

«Tienes el padre más bueno del mundo», decía a menudo su madre, y Sunja se había sentido orgullosa de su amor por ellas, igual que la niña de una familia rica se habría sentido orgullosa de los muchos sacos de arroz y montañas de anillos de oro de su padre.

No obstante, no podía dejar de pensar en Hansu. Durante sus encuentros en la cala, el cielo despejado y el agua de color jade habían desaparecido de su vista, dejando solo su imagen. Le resultaba asombrosa la rapidez con la que pasaba el tiempo cuando estaban juntos. ¿Qué historia increíble le contaría? ¿Qué haría ella para que se quedara aunque solo fueran unos minutos más?

Por eso, cuando la había llevado entre dos rocas para desatarle el largo cordón de su blusa, ella le había dejado hacer lo que quisiera aunque el viento frío le cortara la piel. Se había disuelto en la calidez de su boca y de su piel, y

cuando le deslizaba las manos bajo la falda, comprendía que aquello era lo que un hombre quería de su mujer. Hacer el amor la hacía sentirse despierta; su cuerpo parecía desear las caricias y su intimidad se adaptaba a su presión. Sunja había confiado en que él no haría nada que fuera malo para ella.

A veces, se imaginaba caminando hacia la playa con la colada sobre la cabeza y que él estaba esperándola en las rocas junto al agua clara, con el periódico agitándose ruidosamente en la brisa. Entonces le quitaba el hato de la cabeza, le tiraba de la trenza con suavidad y decía: «¿Dónde has estado, mi niña? Llevo esperándote desde el amanecer». La semana anterior había sentido su llamada con tanta fuerza que puso una excusa y corrió a la cala; por supuesto, fue en vano. La piedra marcada de tiza que solían dejar como mensaje ya no estaba en la grieta y se sintió desolada porque le habría gustado dibujar una X en una y dejarla en el hueco para demostrarle que lo había estado esperando.

Él se había preocupado por ella; esos sentimientos eran sinceros. No los había fingido, o eso pensaba, pero apenas era un consuelo. Sunja abrió los ojos de repente al oír las risas de las criadas en la cocina. No se oía a su madre. Dio la espalda a la puerta y se colocó la mano en la mejilla para imitar sus caricias. Él la tocaba continuamente cuando se veían, como si no pudiera evitar hacerlo; después de hacer el amor, sus dedos recorrían la curva de su rostro desde su barbilla pequeña y redonda a la curva de sus orejas y la extensión de su frente pálida. ¿Por qué nunca lo había tocado ella así? Sunja nunca había sido la primera en tocarlo, siempre era él quien lo hacía. En ese momento anhelaba tocar su rostro, memorizar la línea continua de sus huesos.

Por la mañana, Isak se puso su jersey de lana azul marino sobre su camiseta más cálida y una camisa de vestir, y se sentó en el suelo de la sala de estar usando una mesa baja como escritorio. Los huéspedes ya se habían marchado y la casa estaba en silencio excepto por los sonidos que hacían las mujeres trabajando. Tenía la Biblia abierta sobre la mesa; no había comenzado con su estudio matinal porque no podía concentrarse. Yangjin estaba en el pequeño vestíbulo junto a la sala de estar, ocupada con el brasero de picón. Quería hablar con ella pero, como le daba vergüenza, esperó. La mujer removió el picón usando un atizador y observó las brasas brillantes.

—¿Tiene frío? Se lo acercaré.

Yangjin se puso de rodillas y empujó el brasero hasta el lugar donde Isak estaba sentado.

—Deje que la ayude —dijo Isak, levantándose.

—No, quédese donde está. Solo hay que deslizarlo.

Así era como su marido, Hoonie, solía mover el brasero.

Mientras ella se acercaba, Isak miró a su alrededor para ver si alguien podía oírlos.

—*Ajumoni* —susurró—, ¿cree que ella querrá casarse conmigo? Si se lo pido.

La sorpresa abrió los párpados arrugados de Yangjin, que dejó caer el atizador. Recogió el palo de metal rápidamente y lo dejó a su lado con cuidado, como para corregir su movimiento anterior. Se sentó junto a Isak, más cerca de otro hombre de lo que había estado nunca excepto con su marido y su padre.

—¿Está bien? —le preguntó el pastor.

—¿Por qué? ¿Por qué haría eso?

—Creo que mi vida en Osaka sería mejor si tuviera una esposa. Ya he escrito a mi hermano. Sé que su esposa y él la recibirían bien.

—¿Y tus padres?

—Hace años que quieren que me case, pero yo siempre me he negado.

—¿Por qué?

—Porque siempre he estado enfermo. Ahora me siento bien, pero no es posible saber cómo y cuándo moriré. Sunja ya lo sabe. Para ella no sería una sorpresa.

—Pero usted sabe que ella está...

—Sí. Y también es probable que la convierta en una viuda joven. Y usted sabe que eso no es fácil, pero yo sería el padre de su hijo. Hasta que me muera.

Yangjin no dijo nada; ella misma había sido una viuda joven. Su marido fue un hombre honrado que había sacado todo el provecho posible a un nacimiento difícil. Cuando murió, ella estuvo segura de que había sido un hombre muy especial. Le habría gustado que estuviera allí para decirle qué hacer.

—No pretendo preocuparla —dijo Isak, viendo el desconcierto en su rostro—. Pensé que la idea le gustaría. Por el futuro del niño. ¿Cree que ella

aceptaría? Quizá prefiera quedarse aquí con usted. ¿Sería eso mejor para ella y para el niño?

—No, no. Por supuesto que sería mucho mejor que se marchara —contestó Yangjin, concedora de la dura verdad—. El niño tendría una vida terrible aquí. También salvaría la vida de mi hija. Si cuidara de ella, de buena gana le pagaría con mi vida. Le pagaría dos veces si pudiera.

Hizo una profunda reverencia, casi tocando con la cabeza el suelo amarillo, y se secó los ojos.

—No, no diga eso. Usted y su hija han sido ángeles conmigo.

—Hablaré con ella de inmediato, señor. Le estará muy agradecida.

Isak se quedó en silencio. Pensó cómo decir lo siguiente adecuadamente.

—No quiero que hable con ella —dijo, avergonzado—. Me gustaría preguntarle yo mismo, hablar sobre sus sentimientos. Me gustaría saber si algún día podría quererme.

Isak se sentía avergonzado porque, como cualquier otro hombre, quería una esposa que lo quisiera, no una que solo se sintiera en deuda con él.

—¿Qué opina?

—Debería hablar con ella.

¿Cómo podría Sunja no encariñarse con un hombre así?

Isak susurró:

—Esto no será ningún chollo para ella. Podría enfermarse de nuevo muy pronto. Pero intentaría ser un marido decente. Y querría al niño. Sería mío.

Isak se sentía feliz con la idea de vivir lo suficiente para criar a un niño.

—Por favor, hable con ella mañana. Dígale a ella todas esas cosas.

Su madre le contó las intenciones de Baek Isak y Sunja se preparó para ser su esposa. Si él se casaba con ella, su madre, la casa de huéspedes, ella misma y el niño se verían libres de una dura sentencia. Un hombre honrado de una buena familia daría su apellido a su hijo. Sunja no entendía sus razones. Su madre había intentado explicárselas, pero ninguna de ellas creía haber hecho por él algo tan inusual. Lo habrían hecho por cualquier otro huésped, y él incluso había pagado la cuenta. «Ningún hombre normal querría criar al hijo de otro hombre, a menos que sea un ángel o un tonto», le había dicho su madre.

No parecía un tonto. Quizá necesitaba un ama de casa, aunque eso no

parecía propio de él. Tan pronto como se sintió mejor, e incluso sin estar totalmente repuesto, Isak había llevado las bandejas de sus comidas al umbral de la cocina. Por las mañanas, sacudía su ropa de cama y doblaba el colchoncillo. Hacía más que el resto de los huéspedes. Nunca habría imaginado que un hombre educado de clase alta, que había crecido en una casa con criados, hiciera esas cosas.

Sunja se puso el grueso abrigo. Se calzó las sandalias de paja sobre dos pares de calcetines de algodón blanco y esperó junto a la puerta. El aire era gélido y húmedo. Quedaba poco más de un mes para la primavera, pero todavía parecía pleno invierno. Su madre había pedido al pastor que se reuniera con ella fuera porque no quería que las criadas los vieran juntos.

Isak apareció sosteniendo su sombrero de fieltro.

—¿Cómo estás?

El joven se detuvo a su lado, sin saber a dónde ir. Nunca antes había estado a solas con una chica; no de aquel modo, y jamás con la intención de pedirle matrimonio. Intentó comportarse como si solo fuera a aconsejar a una feligresa, algo que había hecho muchas veces en su localidad natal.

—¿Te gustaría ir al pueblo? Podríamos tomar el *ferry*.

La sugerencia se le ocurrió de repente.

Sunja asintió y se envolvió la cabeza con un pañuelo de muselina gruesa para cubrirse las orejas. Parecía una de las mujeres que vendían pescado en el mercado.

Caminaron en silencio hacia el *ferry* de Yeongdo sin saber qué pensarían de ellos los que los vieran juntos.

La embarcación de madera estaba casi vacía, así que se sentaron juntos durante el breve viaje.

—¿Tu madre ha hablado contigo? —le preguntó Isak, intentando mantener el control de la voz.

—Sí.

Isak miró el rostro joven y bonito de Sunja e intentó leerle el pensamiento. Parecía aterrada.

—Gracias —dijo Sunja.

—¿Qué opinas?

—Te estoy muy agradecida. Vas a quitarnos una carga muy pesada de los

hombros. No sabemos cómo compensarte.

—Mi vida no vale nada y de nada serviría si no le diera un buen uso. ¿No te parece?

Sunja jugó con el borde de su *chima*.

—Tengo una pregunta —dijo Isak.

La muchacha no levantó la mirada.

—¿Crees que podrías amar a Dios? —le preguntó, inhalando profundamente—. Si pudieras amar a Dios, entonces sabría que todo irá bien. Sé que es mucho pedir. Puede que ahora mismo no tenga sentido para ti, y que te tomará tiempo. Lo comprendo.

Aquella mañana, a Sunja se le había ocurrido que Isak podría preguntarle algo así y había pensado en aquel Dios en el que el pastor creía. En el mundo existían los espíritus; ella creía en ellos, aunque su padre no lo había hecho. Después de su muerte, había sentido que su padre estaba con ella. Cuando iban a visitar su tumba para celebrar el *jesa* sentía su consoladora presencia. Si los dioses y los espíritus existían, seguramente podría amar al dios de Isak, sobre todo si este era la razón por la que el pastor era una persona tan amable y considerada.

—Sí —contestó—. Podría.

El barco llegó al muelle e Isak la ayudó a bajar. En la península hacía más frío y Sunja se metió las manos en las mangas de la chaqueta para calentárselas.

El viento crudo les cortaba la piel. A Sunja le preocupaba que el amargo tiempo fuera malo para el pastor.

No sabían a dónde ir a continuación, así que ella le señaló la calle comercial principal, que no estaba lejos del *ferry*. Era el único lugar de la península a donde había ido con sus padres. Caminó en esa dirección sin pretender asumir el mando, pero a él no parecía importarle y siguió sus pasos.

—Me alegra saber que lo intentarás... Que intentarás amar a Dios. Significa mucho para mí. Creo que, si compartimos la fe, podríamos tener un buen matrimonio.

Ella asintió de nuevo sin comprender bien qué quería decir, aunque confiaba en que hubiera una razón de peso detrás de su petición.

—Nuestras vidas serán extrañas al principio. No obstante, pediremos a Dios su bendición, para nosotros y para el niño.

Sunja imaginaba que su oración actuaría como un grueso manto que los

protegería.

Las gaviotas los sobrevolaron, chillando estrepitosamente, y después se alejaron. Aunque el matrimonio tuviera una condición, para Sunja era sencillo aceptarla porque no había ningún modo en el que Isak pudiera poner a prueba su devoción. ¿Cómo demuestras que amas a Dios? ¿Cómo demuestras que amas a tu marido? Ella nunca lo traicionaría, trabajaría duro y cuidaría de él... Eso podía hacerlo.

Isak se detuvo delante de un pulcro restaurante japonés que servía fideos.

—¿Alguna vez has tomado *udon*? —le preguntó, levantando las cejas.

Ella negó con la cabeza.

Isak la condujo al interior. Todos los clientes eran japoneses y ella era la única mujer. El propietario, un japonés con un delantal immaculado, les dio la bienvenida en su propio idioma. La pareja hizo una reverencia.

Isak pidió en japonés una mesa para dos y el propietario se relajó al oír su idioma tan bien hablado. Charlaron amistosamente y les ofreció asientos al final de una mesa comunitaria, cerca de la puerta y sin nadie a su lado. Isak y Sunja se sentaron uno frente al otro, lo que hacía imposible que evitaran mirarse a la cara.

Sunja no sabía leer los menús pintados a mano en el contrachapado de las paredes, pero reconocía algunos de los números japoneses. Oficinistas y comerciantes se sentaban en tres largas mesas cubiertas de manteles encerados y sorbían los fideos de sus cuencos humeantes. Un chico japonés con la cabeza afeitada iba por las mesas sirviendo té marrón de una pesada tetera de latón. Al verla bajó la cabeza ligeramente.

—Nunca había estado en un restaurante —dijo Sunja sin poder contenerse, más por la sorpresa que por un deseo de hablar.

—Yo tampoco he estado en muchos, pero este sitio parece limpio. Mi padre siempre dice que eso es importante cuando comes fuera de casa. —Isak sonrió porque quería que Sunja se sintiera cómoda. El ambiente cálido del interior del restaurante había puesto color en su rostro—. ¿Tienes hambre?

Sunja asintió. Aquella mañana no había comido nada.

Isak pidió dos cuencos de *udon*.

—Es como el *kalguksu*, pero el caldo es diferente. Creo que te gustará. Estoy seguro de que en Osaka lo venden por todas partes. Allí todo será nuevo para nosotros.

A Isak cada vez le gustaba más la idea de que fuera con él.

Sunja ya había oído muchas historias sobre Japón porque Hansu se las había contado, pero no podía decirle eso a Isak. Hansu le había dicho que Osaka era un lugar enorme donde era difícil ver dos veces a la misma persona.

Isak la observó mientras hablaba. Sunja era una persona reservada. Ni siquiera hablaba demasiado con su madre o con las chicas que trabajaban en la hospedería. ¿Siempre era así?, se preguntó. Resultaba difícil creer que hubiera tenido un amante.

El pastor habló en voz baja porque no quería que lo oyeran los demás. Unió las manos como si rezara.

—Sunja, ¿crees que podrías llegar a quererme? Como marido.

—Sí.

La joven respondió sin vacilar porque creía que esa era la verdad. Ya le tenía cariño, y no quería que pensara lo contrario.

En ese momento, Isak se sintió ligero y limpio, como si sus pulmones enfermos hubieran recuperado la salud. Tomó aliento.

—Supongo que será difícil, pero ¿intentarás olvidarlo?

No quería que hubiera secretos entre ellos.

Sunja hizo una mueca. No esperaba que él hablara de eso.

—No soy diferente del resto de hombres —continuó, con el ceño fruncido—. Tengo mi orgullo, aunque sé que probablemente no está bien. Pero querré a ese niño, y te querré a ti y te respetaré.

—Haré todo lo posible por ser una buena esposa.

—Gracias —contestó Isak. Esperaba que llegaran a estar tan unidos como lo estaban sus padres.

Cuando llegaron los fideos, el joven inclinó la cabeza para bendecir la mesa y Sunja entrelazó los dedos, copiando sus movimientos.

10

Una semana más tarde, Yangjin, Sunja e Isak tomaron el *ferry* de la mañana hacia Busan. Las mujeres llevaban *hanboks* recién lavados de cáñamo blanco debajo de sus chaquetas acolchadas de invierno; habían cepillado el traje y el abrigo de Isak y habían pulido sus zapatos hasta que quedaron brillantes. El pastor Shin los esperaba después del desayuno.

Cuando llegaron, la criada reconoció a Isak y los condujo al despacho del pastor Shin.

—Aquí estáis —dijo el pastor mayor, levantándose de su asiento en el suelo. Hablaba con acento del norte—. Adelante, adelante.

Yangjin y Sunja hicieron una profunda reverencia. Nunca antes habían estado dentro de una iglesia. El pastor Shin era un hombre delgado cuyas ropas le quedaban demasiado grandes. Los dobladillos de las mangas de su viejo traje negro estaban deshilachados, pero el cuello blanco de su garganta estaba limpio y bien almidonado. Su ropa oscura sin arrugas parecía aplanar la curva en C de sus hombros.

La criada les llevó tres cojines que colocó cerca del brasero en el centro de la fría habitación.

Los tres invitados se quedaron de pie, incómodos, hasta que el pastor Shin tomó asiento. Isak se sentó a su lado y Yangjin y Sunja delante.

Una vez sentados, se mantuvieron en silencio mientras el pastor Shin daba inicio a la reunión con una oración. Cuando terminó, se tomó su tiempo para evaluar a la joven con la que Isak planeaba casarse. Había pensado mucho en ella desde la visita de Isak. Para preparar la entrevista, Shin había releído el Libro de Oseas. El joven elegante con su traje de lana gris oscuro contrastaba dramáticamente con la recia muchacha: el rostro de Sunja era redondo y plano y evitaba su mirada o por modestia, o por vergüenza. Nada en su

prosaica apariencia recordaba a la prostituta con la que el profeta Oseas se había visto obligado a casarse. La muchacha era, de hecho, común y corriente. A diferencia de su padre, el pastor Shin no creía que la cara determinara el destino de una persona; de haber tenido que tamizar el destino de Sunja a través de los ojos de su padre, no habría dicho que su vida fuera a ser fácil, pero tampoco que estuviera condenada. Miró su vientre, pero su estado no era evidente debajo del *chima* y el abrigo.

—¿Qué te parece la idea de irte a Japón con Isak? —preguntó a Sunja.

La muchacha levantó la mirada para bajarla de inmediato. No estaba segura de qué hacían los pastores exactamente, ni de cómo ejercían sus poderes. No creía que Shin e Isak usaran hechizos, como los chamanes, o cánticos como los monjes.

—Me gustaría saber qué piensas —dijo Shin, inclinándose hacia ella—. Di algo, por favor. No me gustaría que te marcharas de mi despacho sin que haya oído tu voz.

Isak sonrió a las mujeres sin saber qué pensar del severo tono de voz del pastor. Quería asegurarles que las intenciones del sacerdote eran buenas.

Yangjin colocó la mano con suavidad sobre la rodilla de su hija. Había esperado algún tipo de interrogatorio, pero no se había dado cuenta hasta entonces de que el pastor Shin podría pensar mal de ellas.

—Sunja, dile al pastor Shin lo que piensas del matrimonio con Baek Isak —le pidió Yangjin.

Sunja abrió la boca y la cerró. La abrió de nuevo y su voz sonó trémula.

—Le estoy muy agradecida. Al pastor Baek, por este enorme sacrificio. Trabajaré muy duro para servirle. Haré todo lo que pueda para que su vida en Japón sea mejor.

Isak frunció el ceño; sabía por qué decía eso, pero la opinión de Sunja lo entristecía igualmente.

—Sí —asintió Shin, uniendo las manos—. Este es, efectivamente, un gran sacrificio. Isak es un hombre joven de buena familia, y no puede ser fácil para él someterse a este matrimonio, dada tu situación.

Isak levantó la mano derecha para protestar, pero mantuvo silencio en deferencia a su superior. Si el pastor Shin se negaba a casarlos, sus padres y profesores se preocuparían.

—Tú te has buscado este problema, ¿no es cierto?

Isak no soportaba ver la expresión dolida de Sunja. Quería llevarse a las

mujeres de vuelta a la hospedería.

—Cometí un grave error. Siento mucho lo que le he hecho a mi madre, y la carga que voy a ser para el buen pastor.

Las lágrimas llenaron los ojos oscuros de Sunja. Parecía incluso más joven de lo que era.

Yangjin tomó a su hija de la mano, sin saber si eso estaba bien o mal, y rompió a llorar ella también.

—Pastor Shin, la joven está sufriendo mucho —dijo Isak.

—Debe reconocer su pecado y desear el perdón. Si lo pide, nuestro Señor la perdonará —replicó Shin lentamente.

—Supongo que eso es lo que quiere.

Isak no quería que Sunja se acercara a Dios de aquel modo. Pensaba que el amor hacia Dios debía llegar naturalmente, y no por miedo al castigo.

El pastor Shin miró a Sunja con dureza.

—¿Sí, Sunja? ¿Quieres ser perdonada por tu pecado?

No sabía si la chica comprendía qué era el pecado. ¿Se lo habría explicado el joven Isak, en su euforia por convertirse en una especie de mártir o profeta? ¿Cómo iba a casarse con una pecadora que no había renunciado al pecado? Y aun así, aquello había sido precisamente lo que Dios había pedido al profeta Oseas. ¿Lo comprendía Isak?

—Estar con un hombre sin casarse es un pecado a los ojos de Dios. ¿Dónde está ese hombre? ¿Por qué debe pagar Isak por tu pecado? —le preguntó Shin.

Sunja intentó secarse las lágrimas de sus mejillas ruborizadas usando la manga de su chaqueta.

La criada, aunque era sorda, entendía parte de lo que se estaba diciendo porque sabía leer los labios. Sacó un trapo limpio del bolsillo de su bata y se lo entregó a Sunja. Le hizo un gesto para que se secara la cara y Sunja sonrió.

El pastor Shin suspiró. Aunque no quería angustiar más a la muchacha, se sentía obligado a proteger a aquel joven bondadoso.

—¿Dónde está el padre de tu hijo, Sunja? —le preguntó.

—No lo sabe, señor Shin —contestó Yangjin, aunque ella misma sentía curiosidad por conocer la respuesta—. Está muy arrepentida. —Entonces se dirigió a su hija—: Díselo al pastor... Dile que quieres el perdón del Señor.

Ni Yangjin ni Sunja sabían qué significaba eso. ¿Celebrarían un ritual, como cuando ofrecen al chamán una cerda y dinero para que las cosechas

crezcan? Baek Isak nunca había mencionado eso del perdón.

—¿Me perdona? ¿Podrá perdonarme? —preguntó Sunja al anciano.

El pastor Shin sintió lástima por la niña.

—Sunja, no está en mis manos perdonarte —contestó.

—No lo comprendo —dijo ella, mirando por fin al pastor Shin. Le goteaba la nariz.

—Sunja, lo único que tienes que hacer es pedir al Señor que te perdone. Jesús ha pagado nuestras deudas, pero aun así tienes que pedir perdón. Promete que no volverás a pecar. Arrepiéntete, niña, y no peques más.

El pastor Shin intuía que ella quería aprender. Algo se revolvió en su interior y recordó que el niño que la chica llevaba en su vientre no había hecho nada malo. Entonces pensó en Gomer, la díscola esposa de Oseas, que no se arrepintió y más tarde volvió a engañarlo de nuevo. Frunció el ceño.

—Lo siento mucho —repitió Sunja—. No volveré a hacerlo. Jamás estaré con otro hombre.

—Tiene sentido que quieras casarte con este joven. Sí, él quiere casarse contigo y ocuparse del niño, pero yo no sé si esto es sensato. Me preocupa que esté siendo demasiado idealista. Su familia no está aquí y yo tengo que asegurarme de que todo irá bien.

Sunja asintió y sus sollozos comenzaron a remitir.

Yangjin tragó saliva, porque había temido aquello desde que Baek Isak mencionó que tenían que hablar con el pastor Shin.

—Pastor Shin, creo que Sunja será una buena esposa —declaró Isak—. Cásenos, por favor. Me gustaría tener su bendición. Sé que habla desde una profunda y sensata preocupación, pero creo que esta es la voluntad del Señor. Creo que este matrimonio me beneficiará a mí tanto como beneficiará a Sunja y al niño.

El pastor Shin exhaló.

—¿Sabes lo difícil que es ser la esposa de un pastor? —preguntó a Sunja.

La joven negó con la cabeza. Su respiración era ya más estable.

—¿Se lo has contado? —preguntó a Isak.

—Seré el pastor adjunto. No creo que se espere mucho de ella. La congregación no es grande. Sunja es muy trabajadora y aprende rápido —dijo Isak. Sin embargo, no había pensado demasiado en ello. La esposa del pastor de su comunidad en Pionyang había sido una gran señora, una mujer incansable que, a pesar de tener ocho hijos, había trabajado junto a su marido

para cuidar de los huérfanos y servir a los pobres. Cuando murió, los parroquianos lloraron como si hubieran perdido a una madre.

Isak, Sunja y Yangjin permanecieron sentados en silencio sin saber qué más hacer.

—Debes jurar que serás fiel a este hombre. Si no lo eres, caerá sobre tu madre y tu difunto padre una deshonra aún mayor de la que ya has causado. Debes pedir perdón al Señor, niña, y también fe y valor para crear un nuevo hogar en Japón. Debes buscar la perfección. Allí, los coreanos debemos comportarnos del mejor modo posible, porque tienen muy mala imagen de nosotros. No les des la oportunidad de atacarnos. Un mal coreano puede arruinar la imagen de miles de coreanos buenos. Y un mal cristiano puede dañar a decenas de miles de cristianos en todas partes, sobre todo en un país de no creyentes. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Quiero hacerlo —dijo ella—. Y quiero ser perdonada, señor.

El pastor Shin se puso de rodillas y colocó la mano derecha sobre el hombro de Sunja. Rezó mucho tiempo por ella y por Isak. Cuando terminó, se levantó, hizo que la pareja se incorporara y los casó. La ceremonia terminó en cuestión de minutos.

Mientras el pastor Shin iba con Isak y Sunja a la delegación municipal y la comisaría de policía local para registrar el matrimonio, Yangjin se dirigió a la calle comercial con paso rápido y deliberado. Quería correr. Había muchas palabras de la ceremonia de boda que no había comprendido. Dadas las circunstancias, sería ridícula y desagradecida si se quejara, pero a pesar de su naturaleza práctica, Yangjin había esperado algo mejor para su única hija. Aunque sabía que debían casarse de inmediato, no había deseado que la boda tuviera lugar ese mismo día. Su boda con Hoonie tampoco había durado más de unos minutos. Puede que eso no importara, se dijo a sí misma.

Cuando llegó a la tienda de arroz, golpeó el grueso marco de la puerta corredera antes de entrar. En la tienda no había clientes. Un gato de rayas se restregaba contra los zapatos de paja del dependiente, ronroneando alegremente.

—*Ajumoni*, ha pasado mucho tiempo —la saludó Cho con una sonrisa. En el cabello recogido de la viuda de Hoonie había más gris del que recordaba.

—Hola, *ajeossi*. Espero que tu esposa y tus niñas estén bien —dijo Yangjin,

y Cho asintió—. ¿Podrías venderme arroz blanco?

—Vaya, debes tener un huésped muy importante en tu casa. Lo siento, pero no puedo vendérselo. Ya sabes para quién es todo.

—Tengo dinero para pagarlo —insistió Yangjin, poniendo el monedero de tela sobre el mostrador. Era Sunja quien había bordado las mariposas amarillas sobre la tela de loneta azul del monedero, un regalo de cumpleaños de hacía dos años. El monedero estaba medio lleno y Yangjin esperaba que fuera suficiente.

—Me queda muy poco arroz, y si vienen clientes japoneses y no puedo vendérselo, me meteré en un lío. Compréndelo. Créeme, no es que no quiera vendértelo a ti.

—*Ajeossi*, mi hija se ha casado hoy —dijo Yangjin, intentando no llorar.

—¿Sunja? ¿Con quién? ¿Con quién se ha casado? —Cho todavía podía ver a la pequeña agarrada de la mano de su tullido padre—. ¡No sabía que estaba prometida! ¿Hoy mismo?

—Con un huésped del norte.

—¿El tuberculoso? ¡Qué locura! ¿Cómo has dejado que tu hija se case con un hombre enfermo? Puede caerse muerto en cualquier momento.

—Va a llevársela a Osaka. Su vida será más fácil allí que viviendo en una hospedería con tantos hombres —le explicó, esperando poner fin a aquello.

No estaba contándole la verdad y Cho lo sabía. La chica debía tener dieciséis o diecisiete años. Sunja era un par de años menor que su segunda hija; era un buen momento para casarla, pero ¿por qué se casaría él con ella? Jun, el carbonero, había dicho que era un tipo elegante de familia rica. Además, ella tenía enfermedades en su sangre. ¿Quién querría eso? Aunque suponía que en Osaka no habría muchas chicas.

—¿Te hizo una buena oferta? —le preguntó Cho, mirando el monedero con el ceño fruncido. Kim Yangjin no habría podido dar a un hombre como aquel una dote decente; a la dueña de la hospedería apenas le quedaba un par de monedas después de alimentar a los pescadores hambrientos y a las dos pobres hermanas a las que no debería haber acogido.

Sus propias hijas se habían casado hacía años. El año anterior, el marido de la más joven tuvo que huir a Manchuria porque la policía iba tras él por organizar manifestaciones, así que ahora Cho alimentaba a los hijos de ese gran patriota vendiendo su mejor mercancía a los clientes japoneses que su yerno habría expulsado de buena gana del país. Si sus clientes japoneses

dejaran de comprarle, la tienda de Cho cerraría al día siguiente y su familia se moriría de hambre.

—¿Necesitas arroz suficiente para un banquete de boda? —preguntó, sin saber cómo pretendía pagar la mujer algo así.

—No. Solo un poco, para ellos dos.

Cho asintió. La mujer, poquita cosa y de aspecto cansado, no podía mirarlo a los ojos.

—No puedo venderte mucho —repitió.

—Solo quiero un poco para la cena de los novios... Para que coman arroz blanco de nuevo antes de marcharse de casa.

Los ojos de Yangjin se llenaron de lágrimas y el vendedor de arroz apartó la mirada. Cho odiaba ver llorar a las mujeres. Su abuela, su madre, su esposa y sus hijas, todas ellas lloraban sin parar. Las mujeres lloraban demasiado, pensó.

Su hija mayor vivía al otro lado del pueblo con un hombre que trabajaba en una imprenta, y su hija menor y sus tres niños vivían en casa con él y su esposa. Por mucho que se quejara de los gastos que le ocasionaba mantener a su hija y a sus nietos, trabajaba duro y ofrecía su mercancía a cualquier cliente japonés dispuesto a pagar el precio porque no podía pensar en no mantener a su familia; no podía imaginar que sus niñas tuvieran que vivir lejos, en un país donde los coreanos no eran mejor tratados que el ganado. No podía imaginar perder su carne y su sangre ante aquellos hijos de puta.

Yangjin contó los billetes de yen y los colocó sobre la bandeja de madera en el mostrador junto al ábaco.

—Una bolsa pequeña, si tienes. Quiero que coman hasta hartarse. Con lo que quede, les prepararé pasteles.

Yangjin empujó la bandeja con el dinero hacia Cho. Si seguía negándose, acudiría a todas las tiendas de arroz de Busan, pero su hija tendría arroz blanco el día de su boda.

—¿Pasteles? —Cho se cruzó de brazos y se rio. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había oído hablar a una mujer de hacer pasteles con arroz blanco? Esos días parecían muy lejanos—. Supongo que me traerás uno.

La mujer se secó los ojos mientras el vendedor iba al almacén a buscar el poco arroz que apartaba para ocasiones como aquellas.

Finalmente, los huéspedes les permitieron lavar sus ropas de trabajo. Ya ni siquiera ellos mismos soportaban el olor. Bokhee, Dokhee y Sunja se dirigieron a la cala con cuatro hatos enormes. Con las faldas remangadas y anudadas, las mujeres se agacharon junto al agua y colocaron sus tablas de lavar. El agua helada les congelaba las pequeñas manos de piel gruesa y áspera tras años de trabajo. Bokhee frotaba las camisas húmedas sobre la tabla de madera ondulada mientras su hermana menor, Dokhee, organizaba la ropa sucia restante a su lado. Sunja estaba atareada con unos pantalones oscuros, manchados de sangre y vísceras de pescado, que pertenecían a uno de los hermanos Chung.

—¿Te sientes distinta estando casada? —le preguntó Dokhee. Las muchachas habían sido las primeras en conocer la noticia, justo después de que registraran el matrimonio. Se habían quedado más sorprendidas que los huéspedes—. ¿Te ha llamado *yobo*?

Bokhee levantó los ojos de su labor para observar la reacción de Sunja. Debería haber amonestado a su hermana por su impertinencia, pero ella también tenía curiosidad.

—Todavía no —dijo Sunja. La boda había tenido lugar tres días antes, pero por falta de espacio, Sunja todavía dormía en la misma habitación que su madre y las criadas.

—Me gustaría casarme —dijo Dokhee.

Bokhee se rio.

—¿Quién se casaría con una chica como nosotras?

—Me gustaría casarme con un hombre como el pastor Isak —dijo Dokhee sin parpadear—. Es guapo y amable. Te mira con tanta amabilidad cuando

habla contigo... Incluso los huéspedes lo respetan, aunque no sabe nada del mar. ¿Os habéis fijado?

Eso era verdad. Los huéspedes se reían sistemáticamente de la gente de clase alta que había recibido una educación, pero Isak les caía bien. Todavía era difícil para Sunja pensar en él como su marido.

Bokhee golpeó el antebrazo de su hermana.

—Estás loca. Un hombre como ese nunca se casaría contigo. Quítate esas ideas estúpidas de la cabeza.

—Pero se ha casado con Sunja...

—Ella es diferente. Tú y yo somos criadas —dijo Bokhee.

Dokhee puso los ojos en blanco.

—¿Cómo te llama, entonces?

—Me llama Sunja —contestó, relajándose un poco. Antes de conocer a Hansu, Sunja había charlado a menudo con las hermanas.

—¿Estás nerviosa por irte a Japón? —le preguntó Bokhee. La vida en la ciudad le interesaba más que el matrimonio, que le parecía una cosa horrible. Su abuela y su madre se habían matado trabajando. Ella no había oído reírse a su madre ni una sola vez.

—Los hombres dicen que Osaka es más bulliciosa que Busan o Seúl. ¿Dónde vivirás? —le preguntó Bokhee.

—No lo sé. En la casa del hermano de Isak, supongo.

Sunja todavía pensaba en Hansu. Temía volver a encontrarse con él más que nada en el mundo. No obstante, le parecía peor la idea de no volver a verlo jamás.

Bokhee escudriñó el rostro de Sunja.

—¿Estás asustada? No deberías tener miedo. Creo que vas a tener una vida maravillosa allí. Los hombres dicen que hay luz por todas partes: en los trenes, en los coches, en las calles y en todas las casas. Dicen que no hay nada que quieras que no puedas comprar en una tienda de Osaka. Puede que te hagas rica y puedas llevarnos contigo. ¡Podríamos montar una casa de huéspedes allí! —Bokhee estaba encantada con la idea que se le acababa de ocurrir—. En Japón también deben necesitar hospederías. Tu madre podría cocinar y nosotras limpiaríamos y lavaríamos...

—Tienes la cabeza llena de pajaritos —la interrumpió Dokhee. Dio una palmada al hombro de su hermana y dejó una huella húmeda en la manga de su chaqueta.

A Sunja le estaba costando escurrir los pantalones mojados porque eran muy pesados.

—¿La esposa de un sacerdote puede ser rica? —les preguntó.

—¡Puede que los pastores ganen un montón de dinero! —dijo Dokhee—. Y tus suegros son ricos, ¿no?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Sunja. Su madre le había contado que los padres de Isak tenían tierras, pero muchos terratenientes habían tenido que vender sus parcelas a los japoneses para pagar los nuevos impuestos—. No sé si tendremos mucho dinero. Eso no importa.

—Su ropa es muy bonita, y es culto —dijo Dokhee, que no tenía muy claro cómo conseguía el dinero la gente.

Sunja comenzó a lavar otro par de pantalones.

Dokhee miró a su hermana.

—¿Se lo damos ya?

Bokhee asintió porque quería que Sunja dejara de pensar en su partida. La chica parecía ansiosa y triste en lugar de una novia feliz.

—Eres como una hermana pequeña para nosotras, aunque siempre has parecido mayor porque eres lista y paciente —dijo Bokhee, sonriendo.

—Cuando te marches, ¿quién me defenderá cuando tu madre me regañe? Ya sabes que mi hermana no mueve un dedo por mí —añadió Dokhee.

Sunja dejó junto a las rocas los pantalones que estaba lavando. Las hermanas habían estado a su lado desde la muerte de su padre; no podía imaginar la vida sin ellas.

—Queremos darte una cosa.

Dokhee sacó un par de patos tallados en madera de acacia que colgaban de un cordón de seda roja. Eran del tamaño de una mano de bebé.

—El *ajeossi* del mercado nos dijo que los patos se emparejan para toda la vida —dijo Bokhee—. Puede que vuelvas a casa dentro de unos años y nos traigas a tus hijos para que los conozcamos. Se me dan bien los niños. Casi crie a Dokhee, y eso que ella era muy traviesa.

Dokhee se empujó las fosas nasales con el dedo índice para poner cara de cerdito.

—Últimamente has estado muy triste, y sabemos por qué —dijo Dokhee.

Sunja levantó la mirada, con los patos en la mano.

—Echas de menos a tu padre —dijo Bokhee. Las hermanas habían perdido a sus padres de pequeñas.

En el rostro ancho de Bokhee apareció una sonrisa triste. Bajó los ojos, amables y tan diminutos que parecían renacuajos, hacia sus pómulos marcados. Las hermanas eran casi idénticas, aunque la pequeña era más baja y ligeramente más rellenita.

Sunja empezó a llorar y Dokhee la rodeó con sus brazos fuertes.

—Mi *abuji*, ay, mi *abuji*... —dijo Sunja en voz baja.

—No pasa nada, todo irá bien —dijo Bokhee, acariciándole la espalda—. Ahora tienes un buen marido.

Yangjin hizo la maleta de su hija ella misma. Dobló con cuidado cada prenda de ropa y después las amontonó en un cuadrado grande de tela cuyas esquinas anudó con cuidado para formar un asa. Los días antes de la partida de la pareja, Yangjin no dejaba de pensar que había olvidado algo, lo que la obligaba a deshacer los cuatro hatillos y repetir el proceso. Había querido añadir más comestibles para la cuñada de Isak, como azufaias secas, escamas de pimentón, pasta de guindilla, anchoas secas y pasta de soja fermentada, pero el pastor le dijo que no podrían subir demasiadas cosas al *ferry*. «Además, allí podremos comprar lo que queramos», le aseguró.

Bokhee y Dokhee se quedaron en casa la mañana que Yangjin, Sunja e Isak fueron a la parada del *ferry* de Busan. La despedida de las hermanas fue difícil. Dokhee lloró inconsolablemente porque temía que Yangjin se marchara a Osaka con ellos abandonándolas a su suerte en Yeongdo.

La parada del *ferry* de Busan era una estructura práctica de ladrillo y madera que había sido construida precipitadamente. Pasajeros, familiares que habían acudido a despedirlos y vendedores ambulantes merodeaban por la abarrotada y ruidosa terminal. Los viajeros tenían que hacer cola para mostrar sus documentos a la policía y a los funcionarios de inmigración antes de embarcar en el transbordador de Busan hacia Shimonoseki. Mientras Isak hacía cola para hablar con la policía, las mujeres se sentaron en un banco cercano para acudir en caso de que necesitara algo. El enorme *ferry* estaba ya en el muelle, esperando a que terminara la inspección de los pasajeros. El aroma a algas del mar se mezclaba con el olor del combustible de la embarcación; Sunja llevaba todo el día con náuseas y estaba pálida y cansada. Había vomitado hacía poco y ya no le quedaba nada en el estómago.

Yangjin se acercó el hato más pequeño al pecho. ¿Cuándo volvería a ver a

su hija?, se preguntó. El mundo entero se había fracturado. Lo que era mejor para Sunja y el niño ya no parecía importar. ¿Por qué tenían que irse? No podría tener en brazos a su nieto. ¿Por qué no podía irse con ellos? Buscaría trabajo en Osaka. Pero Yangjin sabía que tenía que quedarse. Era su responsabilidad cuidar de las tumbas de sus suegros y de su marido. No podía dejar atrás a Hoonie. Además, si se marchaba a Osaka, ¿dónde viviría?

Sunja hizo una mueca de dolor y se encorvó ligeramente.

—¿Estás bien?

La chica asintió.

—He visto el reloj de oro —le dijo Yangjin. Sunja se cruzó de brazos—. ¿Era de ese hombre?

—Sí —le contestó sin mirarla.

—¿Qué tipo de hombre puede permitirse algo así?

Sunja no contestó. Apenas quedaban un par de hombres delante de Isak en la cola.

—¿Dónde está el hombre que te dio ese reloj?

—Vive en Osaka.

—¿Qué? ¿Es de allí?

—Es de Jeju, pero vive en Osaka. No sé si es allí donde está ahora.

—¿Planeas verlo?

—No.

—No puedes ver a ese hombre, Sunja. Él te abandonó. No es bueno.

—Está casado.

Yangjin tomó aliento y asintió. Sunja ya le había dicho eso antes, pero en aquel momento parecía dispuesta a profundizar.

La muchacha escuchó su voz como si perteneciera a otra persona.

—Yo no sabía que estaba casado. Él no me lo dijo —continuó. Yangjin se quedó callada, con la boca ligeramente abierta—. Un día, en el mercado, unos estudiantes japoneses empezaron a molestarme y él los ahuyentó. Entonces nos hicimos amigos.

Hablar de él parecía natural, pues aunque no tuviera nadie con quien hacerlo, estaba siempre pensando en Hansu.

—Quería ocuparse de mí y del bebé, pero no podía casarse conmigo. Me dijo que tenía esposa y tres hijos en Japón.

Yangjin tomó la mano de su hija.

—No puedes verlo. Ese hombre —Yangjin señaló a Isak—, ese hombre te

ha salvado la vida. Ha salvado a tu hijo. Eres miembro de su familia. Yo ya no tengo derecho a volver a verte. ¿Sabes lo que es eso para una madre? Pronto, tú misma serás madre. Espero que tengas un hijo, para que no tenga que dejarte cuando se case —asintió Sunja—. El reloj. ¿Qué vas a hacer con él?

—Lo venderé cuando llegue a Osaka.

Yangjin quedó satisfecha con aquella respuesta.

—Guárdalo para una emergencia. Si tu marido te pregunta dónde lo conseguiste, dile que te lo di yo.

Yangjin buscó en el monedero que llevaba guardado bajo la blusa.

—Esto perteneció a la madre de tu padre —le dijo, entregándole los dos anillos de oro que su suegra le había regalado antes de morir—. Intenta no venderlos a menos que tengas que hacerlo. Deberías conservar algo por si necesitas dinero. Eres una chica ahorradora, pero para criar a un niño hace falta dinero. Tendrás gastos inesperados, como visitas al médico. Si es un niño, necesitarás dinero para el colegio. Si el pastor no te da dinero para las cosas de la casa, trabaja y ahorra para las emergencias. Gasta lo que necesites, pero mete aunque solo sean cinco monedas en una lata y olvídate de que las tienes. Una mujer siempre debería tener algo ahorrado. Cuida bien de tu marido. Si no lo haces, otra mujer lo hará. Trata a la familia de tu marido con respeto. Obedécelos. Si cometes un error, maldecirán a nuestra familia. Piensa en tu padre, que era un buen hombre y siempre hizo lo mejor para nosotras.

Yangjin intentó recordar qué más se suponía que debía decirle. Era difícil concentrarse.

Sunja guardó los anillos en la bolsa de tela que llevaba bajo la blusa, donde tenía el reloj y el dinero.

—*Omoni*, lo siento.

—Lo sé, ya lo sé. —Yangjin cerró la boca y acarició el cabello de Sunja—. Eres todo lo que tengo. Ahora que te vas, ya no me queda nada.

—Pediré a Isak que te escriba cuando lleguemos.

—Sí, sí. Y si necesitas algo, pídele que me escriba una carta en coreano sencillo y yo buscaré a alguien del pueblo para que me la lea. —Yangjin suspiró—. Ojalá conociéramos las letras.

—Conocemos los números y sabemos sumar. Papá nos enseñó.

—Sí. Tu padre nos enseñó. —Yangjin sonrió—. Tu hogar estará donde esté

tu marido.

Eso era lo que su padre le había dicho cuando se casó con Hoonie. En realidad le dijo: «No vuelvas aquí jamás», pero Yangjin no podía decirle eso a su propia hija.

—Crea un buen hogar para él y tu hijo. Ese es tu trabajo. Ellos no deben sufrir.

Isak regresó. Parecía tranquilo. Decenas de personas habían sido rechazadas por falta de documentos o de dinero, pero Sunja y él fueron admitidos. Cumplían con todo lo exigido y los funcionarios no lo molestarían. Su esposa y él podían irse.

12

Osaka, abril de 1933

Cuando Yoseb Baek se cansó de cambiar el peso de un pie al otro, empezó a caminar por la estación de ferrocarril de Osaka como un hombre en una celda. Si hubiera ido con un amigo, la charla lo habría entretenido y habría conseguido quedarse quieto, pero estaba solo. Yoseb era parlanchín por naturaleza y, aunque su japonés era más que bueno, su acento siempre lo delataba. Con su apariencia, podía acercarse a cualquier japonés y recibir una sonrisa educada, pero dejaría de ser bienvenido tan pronto como dijera algo. Era coreano, después de todo, y por atractiva que fuera su personalidad, lamentablemente pertenecía a una raza maliciosa y artera. Allí había muchos japoneses que eran justos y honrados, pero con los extranjeros se mostraban cautos. *Los listos, sobre todo tienes que tener cuidado con esos... Los coreanos siempre dan problemas.* Después de vivir en Japón durante más de una década, Yoseb había oído de todo. Pero no se sentía ofendido por aquellas cosas; eso le habría parecido patético. El guardia que patrullaba por la estación de Osaka había notado la inquietud de Yoseb, pero esperar la llegada de un tren con nerviosismo no era delito.

El policía no sabía que era coreano, porque los modales y el atuendo de Yoseb no lo delataban. La mayoría de los japoneses afirmaba poder distinguir entre un japonés y un coreano, pero todos los coreanos sabían que eso eran chorradas. Podías hacerte pasar por quien quisieras. Yoseb llevaba la ropa de calle de un empleado modesto de Osaka: pantalones sencillos, camisa de vestir occidental y un pesado abrigo de lana sin señales de uso. Hacía mucho que dejó de usar la ropa elegante que había llevado de Pionyang, trajes caros que sus padres habían encargado a un sastre que cosía para los misioneros

canadienses y sus familias. Durante los últimos seis años, Yoseb había trabajado como capataz en una fábrica de galletas en la que supervisaba a treinta mujeres y dos hombres. En el trabajo tenía que parecer aseado, eso era todo. No necesitaba vestir mejor que su jefe, Shimamura, que había dejado claro que reemplazaría a Yoseb sin pensárselo dos veces. Cada día llegaban a Osaka trenes de Shimonoseki y barcos de Jeju cargados de coreanos hambrientos, de entre los que Shimamura podría elegir al que quisiera.

Yoseb se alegraba de que su hermano menor llegara el domingo, su único día libre. Kyunghee se había quedado en casa preparando un festín, por eso no estaba allí con él. Ambos sentían una curiosidad tremenda por la chica con la que Isak se había casado. Las circunstancias eran asombrosas, pero la decisión de Isak no les sorprendió: el altruismo del joven no tomaría desprevenido a nadie de la familia. De niño, habría dado a los pobres toda su comida y posesiones si se lo hubieran permitido. Isak había pasado su infancia enfermo en la cama, donde leía sin parar. Aunque enviaban a su habitación comida abundante y no quedaba un solo grano de arroz en su cuenco de metal cuando su bandeja regresaba a la cocina, estaba tan delgado como un palillo. Compartía su comida con los criados, naturalmente, pero Yoseb pensaba que una cosa era el arroz y el pescado, y otra muy distinta un matrimonio. ¡Aceptar al hijo de otro hombre era excesivo! Su esposa, Kyunghee, lo había obligado a prometer que no la juzgaría hasta tener la oportunidad de conocerla. Ella, como Isak, de tan buena era tonta.

Cuando el tren de Shimonoseki llegó a la estación, la multitud que esperaba se dispersó con una especie de precisión organizada. Los botones corrieron a ayudar a los pasajeros de primera clase; todos los demás parecían saber a dónde ir. Isak, que era una cabeza más alto que los demás, destacaba entre la multitud. Llevaba un sombrero gris ladeado sobre su bonita cabeza y unas gafas con montura carey sobre su nariz recta. Isak examinó la multitud y, al ver a Yoseb, agitó su huesuda mano derecha en el aire.

Yoseb corrió hacia él. El muchacho se había convertido en un adulto. Isak estaba incluso más delgado de lo que recordaba; su piel pálida era más aceitunada y habían aparecido líneas radiales alrededor de sus ojos amables y risueños. Isak tenía el rostro de su hermano Samoel: el parecido era asombroso. El traje occidental, hecho a mano por el sastre de la familia, colgaba suelto sobre su cuerpo demacrado. El chico tímido y enfermizo que Yoseb había dejado atrás hacía once años había crecido hasta convertirse en

un caballero alto, más delgado de lo habitual tras su reciente enfermedad. ¿Cómo le habían permitido sus padres que fuera a Osaka? ¿Por qué había insistido él?

Yoseb rodeó a su hermano con los brazos y lo abrazó con fuerza. En Japón, la única persona a la que Yoseb tocaba era a su mujer, y resultaba gratificante tener otra piel tan cerca, sentir la barba de su hermano contra sus orejas. Su hermano pequeño tenía vello facial; ¡era asombroso!

—¡Has crecido un montón!

Ambos se rieron porque era verdad y porque había pasado demasiado tiempo desde la última vez que se vieron.

—Hermano —dijo Isak—. Hermano mío.

—Isak, por fin estás aquí. Me alegro mucho —dijo Yoseb. Isak sonrió de oreja a oreja, con los ojos fijos sobre el rostro de su hermano mayor—. Ahora eres mucho más alto que yo. ¡Menuda falta de respeto!

Isak hizo una reverencia, fingiendo disculparse.

Sunja estaba allí, cargada con sus bultos. Se sentía consolada por la confianza y calidez de los hermanos. El hermano de Isak, Yoseb, parecía simpático. Sus bromas le recordaron un poco a Tonel, el huésped. Cuando Tonel descubrió que se había casado con Isak, fingió desmayarse en el suelo de la sala de estar. Momentos después, sacó su cartera y le dio dos yenes (más de dos días del salario de un obrero) para que se comprara algo bueno de comer con su marido cuando llegara a Osaka. «Cuando estés saboreando los pasteles de arroz japoneses, recuérdame, solo y triste en Yeongdo, echándote de menos; imagina el corazón de Tonel rasgado como la boca de una lubina que ha sido pescada demasiado joven». A continuación simuló que lloraba, frotándose los ojos con sus manos carnosas y emitiendo ruidosos *buas*. Sus hermanos le pidieron que se callara y cada uno de ellos entregó a Sunja dos yenes como regalo de bodas.

Sunja hizo una reverencia ante su cuñado.

—¡Y te has casado! —exclamó Yoseb, mirando con atención a la muchacha junto a Isak—. Me alegro de verte de nuevo. Cuando te conocí eras solo una chiquilla y solías seguir a tu padre por todas partes. Puede que tuvieras cinco o seis años. No creo que me recuerdes —continuó. Sunja negó con la cabeza, porque lo había intentado sin conseguirlo—. Recuerdo muy bien a tu padre. Siento mucho tu pérdida; era un hombre muy sabio. Me gustaba hablar con

él. Nunca hablaba de más, pero todo lo que decía estaba bien dicho. Y tu madre hacía unas comidas increíbles.

Sunja bajó los ojos.

—Gracias por dejarme venir aquí. Mi madre le envía sus más profundas gracias por su generosidad.

—Tu madre y tú salvasteis la vida de Isak. Yo te estoy agradecido, Sunja. Nuestra familia debe mucho a tu familia.

Yoseb le quitó a Isak las pesadas maletas, e Isak tomó los hatos más ligeros de Sunja. El hermano mayor se fijó en la curva de su vientre, aunque su embarazo no era demasiado evidente. Apartó los ojos y buscó la salida de la estación. La muchacha no tenía pinta de fresca, ni hablaba como tal. Parecía tan modesta y sencilla que Yoseb se preguntó si no habría sido violada por alguien a quien conocía. Ese tipo de cosas pasaban, y aun así habrían culpado a la chica por incitar a un hombre.

—¿Dónde está mi cuñada? —preguntó Isak, buscando a Kyunghee a su alrededor.

—En casa, cocinándote la cena. Será mejor que tengas hambre. ¡Los vecinos deben estar muriéndose de envidia con los olores que salen de la cocina!

Isak sonrió. Adoraba a su cuñada.

Sunja se pegó la chaqueta al cuerpo, consciente de cómo miraban los transeúntes su vestido tradicional. En la estación, nadie más llevaba un *hanbok*.

—Mi cuñada es una cocinera maravillosa —dijo Isak a Sunja, contento ante la idea de volver a ver a Kyunghee.

Yoseb notó que la gente estaba mirando a la chica. Necesitará ropa, pensó.

—¡Vayamos a casa!

Yoseb los condujo de inmediato fuera de la estación.

La calzada frente a la estación de ferrocarril de Osaka estaba abarrotada de coches; hordas de peatones entraban y salían de las vías principales. Sunja caminaba detrás de los hermanos, que se movían cuidadosamente entre la multitud. Mientras se dirigían a la parada del tranvía, Sunja se giró un instante para ver la estación. El edificio de estilo occidental, un gigante de piedra y cemento, no se parecía a nada que ella hubiera visto antes. La estación de Shimonoseki, que le había parecido grande, era enana comparada con aquella estructura inmensa.

Los hombres caminaban rápidamente y ella intentó mantenerse a su altura. El tranvía se acercaba. En su mente, Sunja ya había estado en Osaka. También, había montado en el *ferry* de Shimonoseki, en el tren de Osaka e incluso en el tranvía que era más rápido que un muchacho corriendo o en bicicleta. Miró asombrada los automóviles que pasaban junto a ellos y que parecían balas de metal sobre ruedas, como Hansu se los había descrito. Sunja era una chica de pueblo, pero había oído hablar de todas aquellas cosas. Aun así, no podía dejar que supieran que ya había oído hablar de los revisores uniformados, de los agentes de inmigración, de los botones y de los tranvías, de las luces eléctricas, las estufas de queroseno y los teléfonos, de modo que en la parada del tranvía permaneció callada y quieta como un brote joven en tierra nueva, recta y atenta para recibir la luz del sol. Había esperado desarraigarse para ver el mundo con Hansu, pero ahora estaba viéndolo sin él.

Yoseb condujo a Sunja hasta el único asiento vacío en la parte de atrás del tranvía y la dejó allí. La muchacha pidió los hatos a Isak y los sostuvo en su regazo. Los hermanos se quedaron cerca y se pusieron al día sobre las noticias familiares. Sunja no prestó atención a la conversación de los hombres. Como antes, sostuvo sus hatos cerca de su corazón y su vientre para inhalar el olor a casa que todavía perduraba en la tela que cubría sus posesiones.

Las amplias calles del centro de Osaka estaban bordeadas por hileras de edificios bajos de ladrillo y tiendas de aspecto elegante. Los japoneses que se habían asentado en Busan se parecían a los de allí, pero en aquel lugar había de más tipos. En la estación había jóvenes con elegantes trajes occidentales que hacían que la ropa de Isak pareciera anticuada y vieja, y mujeres hermosas con kimonos gloriosos que habrían hecho que Dokhee se desmayara de gozo al ver sus llamativos colores y bordados. También había gente que parecía muy pobre y que debía ser japonesa... Eso era algo que nunca había visto en Busan. Los hombres escupían en la calle como si tal cosa. El viaje en tranvía se le hizo corto.

Bajaron en Ikaino, el barrio donde vivían los coreanos. Cuando llegaron a casa de Yoseb, esta parecía muy distinta de las bonitas casas junto a las que habían pasado en el viaje en tranvía desde la estación. El hedor a animal era más fuerte que el olor de la comida cocinándose, e incluso que los olores de las letrinas. Sunja quería cubrirse la nariz y la boca, pero se contuvo.

Ikaino era una especie de aldea caótica compuesta de casas destartaladas y

desiguales. Las casuchas solo se parecían en su pobre construcción y malos materiales. Había algunas entradas recién fregadas y un par de ventanas pulidas, pero la mayoría de las fachadas estaban en mal estado. El interior de las ventanas estaba tapado con periódicos descoloridos y tela asfáltica, y habían usado cuñas de madera para reparar las grietas. El metal de los tejados estaba oxidado. Las casas parecían haber sido levantadas por los propios residentes usando materiales baratos o encontrados; no eran mucho más fuertes que chozas o chabolas. El humo salía por las chimeneas de acero improvisadas. Hacía calor para ser una tarde de primavera; los niños, medio desnudos y en harapos, jugaban a pillar ignorando al hombre borracho que dormía en el callejón. Un niño pequeño estaba cagando junto a una escalera no demasiado lejos de la casa de Yoseb.

Yoseb y Kyunghee vivían en una caja de zapatos con el tejado ligeramente inclinado. Su estructura de madera estaba cubierta de acero ondulado. Un panel de contrachapado con laminado de metal servía como puerta delantera.

—Este lugar solo es adecuado para los cerdos y los coreanos —dijo Yoseb, riéndose—. No es como en casa, ¿verdad?

—No, pero estaremos bien aquí —dijo Isak, sonriendo—. Siento las molestias que vamos a causaros.

Sunja no podía creer la pobreza en la que vivían Yoseb y su esposa. No era posible que el capataz de una fábrica viviera en un barrio tan ruinoso.

—Los japoneses no nos alquilan casas decentes. Compramos esta casa hace ocho años. Creo que somos los únicos coreanos propietarios de una casa en esta calle, pero nadie puede saberlo.

—¿Por qué? —le preguntó Isak.

—No es bueno que se sepa que eres propietario. Aquí todo el mundo cree que los arrendadores son unos canallas; es de lo que todo el mundo se queja. Compré la casa con el dinero que padre me dio al mudarme aquí. Ahora no podría permitírmelo.

De la casa contigua, con las ventanas cubiertas de tela asfáltica, salían chillidos de cerdo.

—Sí, nuestra vecina cría cerdos. Viven con ella y sus hijos.

—¿Cuántos tiene?

—Cuatro niños y tres cerdos.

—¿Todos viven ahí dentro? —susurró Isak. Yoseb asintió, levantando las cejas—. No puede ser tan caro vivir aquí.

El pastor había pensado en alquilar una casa donde vivir con Sunja y el bebé.

—Los inquilinos pagan más de la mitad de sus salarios de alquiler. Los precios de la comida son mucho más altos que en Corea.

Sunja recordó que Hansu tenía varias propiedades en Osaka. ¿Cómo era posible?

La puerta que conducía a la cocina se abrió y Kyunghee sacó la cabeza. Soltó junto a la puerta el cubo que llevaba.

—Pero ¡bueno! ¿Qué estáis haciendo aquí fuera? ¡Entrad, entrad! ¡*Uh-muh!* —gritó Kyunghee. Corrió hacia Isak y sostuvo su cara entre sus manos—. *Uh-muh*, me alegro mucho de verte. ¡Por fin estás aquí! ¡Alabado sea Dios!

—Amén —dijo Isak, dejando que Kyunghee, que lo conocía desde pequeño, lo mimara.

—¡La última vez que te vi fue justo antes de marcharme de Corea! Entrad de inmediato —ordenó a Isak alegremente, y después se dirigió a Sunja—: No sabes cuánto he deseado tener una hermana. ¡He estado muy sola aquí y me moría de ganas de hablar con otra chica! Me preocupaba que hubierais perdido el tren. ¿Cómo estás? ¿Estás cansada? Debes tener hambre.

Kyunghee agarró a Sunja de la mano y los hombres siguieron a las mujeres.

Sunja no había esperado tanto cariño. Kyunghee tenía una cara especialmente bonita: los ojos con la forma y el color de las semillas del caqui y una boca preciosa. Su piel era del color de las peonías blancas. Parecía mucho más atractiva y apasionada que Sunja, que era más de una docena de años menor. La mujer llevaba el cabello oscuro y suave recogido con un alfiler de madera y un delantal de algodón sobre su sencillo vestido occidental azul. Parecía más una colegiala que un ama de casa de treinta y un años.

Kyunghee levantó la tetera de latón que descansaba sobre la estufa de queroseno.

—¿Los has llevado a beber o comer algo en la estación? —preguntó a su marido. Sirvió té en cuatro tazas de terracota.

El hombre se rio.

—¡Me dijiste que volviera a casa tan pronto como fuera posible!

—¡Menudo hermano eres! No importa. Ya están en casa y yo estoy demasiado contenta para enfadarme.

Kyunghee se detuvo junto a Sunja y le acarició el cabello.

La chica tenía la cara ordinaria y plana y los ojos pequeños. Sus rasgos eran pequeños. Sunja no era fea, pero tampoco atractiva de un modo evidente. Su cara y su cuello eran gruesos y tenía los tobillos muy hinchados. Parecía estar nerviosa; Kyunghee sintió lástima por ella y deseó que supiera que no había razón para estarlo. Las dos largas trenzas que colgaban a la espalda de Sunja estaban atadas con tiras finas de cáñamo. Tenía la barriga alta y Kyunghee supuso que el bebé sería un niño.

Sunja hizo una reverencia mientras aceptaba la taza que le ofrecía su cuñada con manos temblorosas.

—¿Tienes frío? No llevas demasiada ropa.

Kyunghee puso un cojín en el suelo, cerca de la mesa baja, e hizo que la chica se sentara allí. Colocó una colcha del color de las manzanas verdes sobre el regazo de Sunja. La muchacha sorbió su té de cebada caliente.

El exterior de la casa ocultaba su confortable interior. Kyunghee, que había crecido en una casa con muchos criados, había aprendido a mantener la casa limpia y acogedora para su marido y para ella. Tenían una casa de seis tatamis con tres habitaciones solo para ellos dos, algo inaudito en aquel enclave coreano abarrotado donde diez podían dormir en una habitación de dos tatamis; no obstante, comparada con las magníficas casas donde su marido y ella habían crecido, aquel lugar era absurdamente pequeño, inadecuado incluso para un criado viejo. La pareja había comprado la propiedad a una viuda japonesa muy pobre que se había mudado a Seúl con su hijo cuando Kyunghee llegó a Osaka para reunirse con su marido. Había muchos tipos de coreanos viviendo en Ikaino y ellos habían aprendido a ser cautos para protegerse de la falsedad y la delincuencia del barrio.

—Nunca prestes dinero a nadie —dijo Yoseb mirando directamente a Isak, que parecía desconcertado ante aquella orden.

—¿No podemos discutir estas cosas después de que hayan comido? Acaban de llegar —le suplicó Kyunghee.

—Si tienes dinero ahorrado o artículos valiosos, dímelo y te los guardaré. Tengo una cuenta en el banco. Todos los que viven aquí necesitan dinero, ropa, cama y comida; hay muy poco que puedas hacer para arreglar sus problemas. Damos limosna en la iglesia, en eso no hay diferencia con el modo en el que nos criamos, y la iglesia la distribuye más tarde. Vosotros no entendéis cómo es la vida aquí. Evitad hablar con los vecinos y nunca dejéis que nadie entre en casa —dijo Yoseb seriamente a la pareja—. Espero que

respetes estas reglas, Isak. Eres una persona generosa, pero eso podría ser peligroso para nosotros. Si la gente cree que tenemos más que ellos, robarán en nuestra casa. No tenemos mucho, Isak, y hay que tener mucho cuidado al ayudar porque, una vez que empiezas a dar, nunca dejarán de pedir. Algunas personas beben y apuestan; todas las madres se desesperan cuando el dinero se acaba. No las culpo, pero primero debemos ocuparnos de nuestros padres y de los padres de Kyunghee.

—Está diciéndoos todo eso porque tuvimos problemas por mí —dijo Kyunghee.

—¿A qué te refieres?

—Cuando llegué aquí di comida a los vecinos y pronto empezaron a pedirnos cada día; yo les entregaba nuestra cena y no entendían que tuviera que guardar algo de comida para el almuerzo de tu hermano al día siguiente. Entonces, un día, entraron en casa y se llevaron nuestra última bolsa de patatas. Dijeron que no habían sido ellos, sino alguien a quien conocían, pero...

—Tenían hambre —dijo Isak, intentando comprender.

Yoseb parecía enfadado.

—Todos tenemos hambre, pero ellos robaron. Tienes que tener cuidado. Solo porque sean coreanos no significa que sean nuestros amigos. Sé extremadamente cuidadoso con otros coreanos; los malos saben que la policía no escuchará nuestras quejas. Han entrado a robar en nuestra casa dos veces. Kyunghee ha perdido sus joyas. —Yoseb miró a Isak de nuevo con una advertencia en sus ojos—. Las mujeres están en casa todo el día. Por eso nunca guardo dinero ni otras cosas de valor aquí.

Kyunghee no dijo nada más. Jamás se le hubiera ocurrido que dar un poco de comida pudiera hacer que le robaran su alianza de boda, los brazaletes y la peineta de jade de su madre. Después de que entraran a robarles por segunda vez, Yoseb estuvo enfadado con ella durante días.

—Freiré el pescado. ¿Por qué no charlamos mientras comemos? —dijo la mujer, sonriendo mientras se dirigía a la diminuta cocina en la parte de atrás.

—¿Puedo ayudarte, por favor? —le preguntó Sunja.

Kyunghee asintió y le dio una palmadita en la espalda.

—No temas a los vecinos. Son buena gente —susurró—. Mi marido... Es decir, tu cuñado tiene razón al ser cauto. Sabe más que nosotras sobre estas cosas. No quiere que nos mezclemos con la gente que vive aquí, así que no lo

hago. He estado muy sola. Me alegro mucho de que estés aquí. ¡Y habrá un bebé! —Los ojos de Kyunghee se iluminaron—. Habrá un niño en esta casa y yo seré tía. Es una bendición.

La congoja en el hermoso rostro de Kyunghee era obvia, pero su sufrimiento y privación la habían hecho mejor en cierto sentido. En todos aquellos años no habían tenido hijos e Isak había contado a Sunja que eso era lo único que Kyunghee y Yoseb habían querido siempre.

La cocina no era más que un fogón, un par de palanganas y una encimera que servía también como tabla de cortar; el espacio era una fracción del tamaño de su cocina en Yeongdo. Había espacio suficiente para ambas, pero no podían moverse demasiado. Sunja se subió las mangas y se lavó las manos con la manguera en el fregadero improvisado del suelo. Había que aderezar la verdura hervida y freír el pescado.

—Querida Sunja... —dijo Kyunghee, tocándole el antebrazo con suavidad—. A partir de ahora nosotras seremos hermanas.

La joven asintió, agradecida por el gesto de cariño. Al ver los platos que su cuñada había preparado sintió hambre por primera vez en días.

Kyunghee levantó la tapadera de una olla: arroz blanco.

—Solo para hoy, para vuestra primera noche aquí. Ahora este es tu hogar.

Después de la cena, las dos parejas caminaron hasta los baños públicos, donde hombres y mujeres se bañaban por separado. Las bañistas eran casi todas japonesas y se negaron a saludar a Kyunghee y Sunja, como era de esperar. Después de quitarse la suciedad del largo viaje y estar un rato a remojo, Sunja se sentía revitalizada. Se pusieron la ropa interior limpia debajo de sus ropas de calle y regresaron a casa, limpios y listos para ir a dormir. Yoseb parecía optimista: sí, la vida en Osaka era difícil, pero las cosas cambiarían a mejor; harían un caldo sabroso con las amargas piedras que bloqueaban su camino. Los japoneses podían pensar de ellos lo que quisieran. Si sobrevivían y prosperaban, eso no importaría. Ahora eran cuatro, dijo Kyunghee, y pronto serían cinco. Juntos serían más fuertes.

—¿Verdad? —dijo.

Kyunghee entrelazó su brazo con el de Sunja. Caminaban un poco por detrás de los hombres.

Yoseb advirtió a su hermano:

—No te metas en política, organizaciones laborales ni ninguna tontería así. Mantén la cabeza baja y trabaja. No recojas ni aceptes panfletos de independentistas o socialistas. Si la policía te descubre con algo así encima, te arrestarán y te meterán en la cárcel. Lo he visto ya.

Isak había sido demasiado joven y enfermizo para participar en el Movimiento de Independencia del Primero de Marzo, pero muchos de sus padres fundadores se habían graduado en el seminario de Pionyang. Muchos de los profesores del seminario se habían movilizado en 1919.

—¿Hay muchos activistas aquí? —susurró Isak, aunque no había nadie cerca.

—Sí, eso creo. Más en Tokio, y algunos escondidos en Manchuria. De

todos modos, cuando dan con ellos, los matan. Si tienen suerte los deportan, pero eso es raro. Será mejor que no hagas nada de eso mientras estés bajo mi techo. No es para eso para lo que te he invitado a Osaka. Tienes trabajo en la iglesia —dijo Yoseb, elevando la voz. Continuó con tono severo—: No dedicarás un solo minuto a los activistas, ¿verdad? Ya no estás solo. Tienes que pensar en tu esposa y tu hijo.

En Pionyang, antes de emprender el viaje hacia Osaka, Isak había pensado en contactar con los patriotas que luchaban contra la colonización. Las cosas estaban empeorando en Corea; incluso sus padres estaban vendiendo parcelas de sus propiedades para pagar los impuestos de las nuevas tasaciones. Yoseb les enviaba dinero. Isak creía que era cristiano resistirse a la opresión. Pero, en un par de meses, todo había cambiado para él. Esos ideales parecían secundarios a su trabajo y a Sunja. Tenía que pensar en la seguridad de los demás.

El silencio de Isak preocupaba a Yoseb.

—La policía militar te hostigará hasta que te rindas o mueras —le dijo—. Y tu salud, Isak... Tienes que tener cuidado de no enfermarse de nuevo. He sido testigo de algunos arrestos. No son como en Corea. Aquí, los jueces son japoneses. La policía es japonesa. Las leyes no están claras. Y no siempre se puede confiar en los coreanos de esos grupos de independentistas. Hay espías que trabajan para ambos bandos. Los grupos de discusión poética tienen espías, y hay espías también en las iglesias. Al final, recogen a todos los activistas como fruta madura caída del mismo estúpido árbol y los obligan a firmar una confesión. ¿Lo comprendes?

Yoseb aminoró el paso.

Kyunghee tocó la manga de su marido desde atrás.

—Yobo, te preocupas demasiado. Isak no va a mezclarse en esas cosas. No les estropees su primera noche.

Yoseb asintió, pero le resultaba difícil controlar la ansiedad y necesitaba advertir a su hermano (aunque eso lo hiciera sonar histérico) para disipar parte de esa preocupación. Yoseb recordaba lo buena que había sido la vida antes de que llegaran los japoneses, pues él tenía diez años cuando el país fue colonizado, y aun así no había podido hacer lo que su hermano mayor, Samoel, había hecho tan valientemente: luchar y morir como un mártir. Las protestas eran para los hombres jóvenes sin familia.

—Papá y mamá me matarán si enfermas de nuevo o si te metes en

problemas. Eso caería sobre mi conciencia. ¿Es que quieres que me muera de pena?

Isak pasó el brazo izquierdo alrededor del hombro de su hermano mayor y lo abrazó.

—Creo que eres cada vez más bajito —le dijo, sonriendo.

—¿Me harás caso? —le preguntó Yoseb tranquilamente.

—Te prometo que seré bueno y que te haré caso. No deberías preocuparte tanto. Te saldrán canas, o perderás el pelo que te queda.

Yoseb se rio. Aquello era lo que necesitaba: tener a su hermano menor a su lado. Era bueno tener a alguien que lo conociera de ese modo, alguien que pudiera burlarse de él así. Su esposa era un tesoro, pero era distinto tener a una persona que te conoce casi desde que nació. La idea de perder a Isak por el turbio mundo de la política lo había asustado tanto que había tenido que echarle un sermón en su primera noche en Osaka.

—Hemos tomado un auténtico baño japonés. Qué maravilla —dijo Isak—. Eso es una de las cosas buenas de este país, ¿verdad?

Yoseb asintió y rezó para que Isak nunca recibiera ningún daño. Su alegría ante la llegada de su hermano fue breve; no se había dado cuenta de lo mucho que se preocuparía por él.

De camino a casa, Kyunghee habló a Isak y Sunja de las famosas tiendas de fideos cerca de la estación de tren y les prometió que los llevaría. Cuando llegaron, Kyunghee encendió la luz y Sunja recordó que era allí donde vivía ahora. La calle estaba silenciosa y oscura, pero una calidez radiante y pura iluminaba la pequeña casucha. Kyunghee condujo a la pareja a su habitación, les dio las buenas noches y cerró la puerta a su espalda.

La habitación sin ventanas era justo lo suficientemente grande para albergar un futón y un baúl que hacía las veces de aparador. La mitad inferior de las paredes había sido empapelada recientemente, los tatamis habían sido cepillados y fregados a mano y Kyunghee había relleno las colchas con algodón nuevo. El dormitorio tenía su propia estufa de queroseno, un modelo de gama media que resultaba más agradable que el de la habitación principal, donde dormían Kyunghee y Yoseb, ya que emitía un zumbido constante y relajante.

Isak y Sunja dormirían en la misma cama. Antes de marcharse de casa, Yangjin había hablado a Sunja de sexo como si todo fuera nuevo para ella; le había explicado qué esperaba su marido y qué relaciones estaban permitidas

durante el embarazo. «Haz lo que puedas para complacer a tu marido. Los hombres necesitan tener sexo».

Una única bombilla eléctrica colgaba del techo y proyectaba su luz pálida en la habitación. Sunja la miró, e Isak levantó también la mirada.

—Debes estar cansada —le dijo.

—Estoy bien.

La muchacha se agachó para desplegar el colchoncillo y la colcha. ¿Cómo sería dormir junto a Isak, que era ahora su marido? Todavía llevaban la ropa de calle. Sunja sacó su pijama del hatillo con su ropa, un camisón de muselina blanca que su madre le había hecho a partir de dos combinaciones viejas. ¿Cómo se cambiaría? Se arrodilló junto a la cama con el camisón en las manos.

—¿Quieres que apague la luz? —le preguntó Isak.

—Sí.

El pastor tiró de la cadena y se escuchó un clic. El dormitorio estaba todavía iluminado por la tenue luz de la habitación contigua, separada por una puerta de papel. Al otro lado de la fina pared estaba la calle: se oían las voces de los peatones y los cerdos de la casa contigua chillaban de vez en cuando. Parecía que la calle estaba dentro, en lugar de fuera. Isak se quitó el traje y se quedó en ropa interior para dormir... prendas que Sunja ya había visto, pues llevaba meses lavando su ropa. Ya lo había visto vomitar, tener diarrea y toser sangre, aspectos de la enfermedad de los que ninguna esposa joven debería haber sido testigo tan pronto. En cierto sentido, habían vivido juntos durante más tiempo y más íntimamente que la mayoría de los recién casados, y ambos se habían visto en situaciones muy comprometidas. No deberían estar nerviosos, se dijo Isak. Y aun así, estaba incómodo. Nunca se había acostado con una mujer y, aunque sabía qué debía pasar, no estaba totalmente seguro de cómo empezar.

Sunja se quitó la ropa. Bajo la luz eléctrica de los baños públicos se había alarmado al descubrir la oscura línea vertical que subía desde su pubis hasta la base de sus pechos redondos. A continuación se puso el camisón.

Como niños recién salidos del baño, Isak y Sunja se metieron rápidamente bajo la colcha azul y blanca, llevando con ellos el aroma a jabón.

Sunja quería decirle algo, pero no sabía qué. Su relación había empezado con una enfermedad, una deshonra y un rescate. Quizá allí, en su nuevo hogar, podrían comenzar de nuevo. Tumbada en aquella habitación que

Kyunghee había preparado para ellos, Sunja se sentía esperanzada. Había intentado recuperar a Hansu recordándolo, pero eso no tenía sentido. Quería dedicarse por completo a Isak y a su hijo. Para hacerlo, tendría que olvidar a Hansu.

—Tu familia es muy amable.

—Ojalá pudieras conocer también a mis padres. Papá es como mi hermano, bondadoso y honesto. Mi madre es una mujer sabia; parece reservada, pero te protegería con su vida. Ella cree que Kyunghee tiene razón en todo y siempre se pone de su lado.

Se rio en voz baja.

Sunja asintió, preguntándose cómo era su propia madre.

Isak acercó la cabeza a la almohada de Sunja y ella contuvo el aliento.

¿Él la deseaba? ¿Cómo era eso posible?

Isak había notado que, cuando Sunja estaba preocupada, arrugaba la frente como si intentara ver mejor. Le gustaba estar con ella, porque era competente y racional. No era una chica desvalida y eso le resultaba atractivo porque, aunque él tampoco estaba indefenso, sabía que no siempre era prudente. Su pragmatismo equilibraría lo que su padre solía llamar «la naturaleza impráctica» de Isak. Su viaje desde Busan habría sido difícil para cualquiera, y más para una mujer embarazada, pero ella no se había quejado ni había pronunciado una mala palabra. Siempre que él se olvidaba de comer, de beber o de ponerse el abrigo, ella se lo recordaba y en su voz no había ni rastro de reproche. Isak sabía hablar con la gente, hacer preguntas y escuchar las preocupaciones ajenas; Sunja parecía saber cómo sobrevivir, y eso era algo que él no siempre sabía hacer. La necesitaba. Un hombre necesitaba una esposa.

—Hoy me siento bien. No he notado en el pecho esa sensación de desgarró
—le dijo.

—Puede que haya sido el baño. Y la buena cena. No recuerdo haber comido nunca tan bien. Este mes hemos comido arroz blanco dos veces. Me siento como si fuera rica.

Isak se rio.

—Ojalá pudiera conseguirte arroz blanco a diario.

Estando al servicio del Señor, se suponía que Isak no debía preocuparse por qué comer, dónde dormir o qué vestir, pero ahora que estaba casado creía que debía ocuparse de las necesidades de su mujer.

—No, no. No me refería a eso. Es solo que me ha sorprendido. No necesitamos comer cosas tan lujosas.

Sunja se riñó a sí misma. No quería que él pensara que era una malcriada.

—A mí también me gusta el arroz blanco —dijo Isak, aunque rara vez pensaba demasiado en lo que comía. Quería tocarle el hombro para consolarla y no habría dudado si hubieran estado vestidos, pero tumbados tan cerca y con tan poca ropa, mantuvo las manos en sus costados.

Ella quería seguir hablando. Parecía más fácil susurrar en la oscuridad; se había sentido incómoda al hablar en el *ferry* o el tren, cuando lo único que tenían era tiempo para largas conversaciones.

—Tu hermano es muy interesante. Mi madre me mencionó que contaba historias muy divertidas y que mi padre siempre se reía...

—No está bien tener favoritos, pero mi relación con mi hermano Yoseb siempre ha sido la más cercana. Cuando éramos pequeños, le reñían un montón porque odiaba ir al colegio. No se le daba bien leer y escribir, pero es bueno con la gente y tiene una memoria impresionante. Nunca olvida nada de lo que escucha y entiende la mayoría de los idiomas al poco de oírlos. Sabe un poco de chino, inglés y también ruso. Siempre se le ha dado bien arreglar máquinas. En nuestra localidad todos lo apreciaban, y nadie quería que se fuera a Japón. Mi padre quería que fuera médico, pero por supuesto eso no era posible si no era capaz de mantenerse quieto estudiando. Los profesores lo castigaban constantemente por no esforzarse lo suficiente. Solía decir que ojalá fuera él el enfermo que tuviera que quedarse en casa. Los profesores venían a casa para darme clase y Yoseb conseguía a veces que yo le hiciera los deberes mientras él se saltaba el colegio para ir a pescar o a nadar con sus amigos. Creo que se marchó a Osaka para no tener que discutir con mi padre. Quería hacer fortuna y sabía que nunca sería médico. No entendía cómo iba a ganar dinero en Corea en una época en la que los coreanos honrados perdían propiedades cada día.

Ninguno de ellos habló y escucharon los ruidos de la calle: una mujer gritando a sus niños que entraran, un grupo de borrachines cantando desafinados «*Arirang, arirang, arariyo...*»³. Pronto escucharon los ronquidos de Yoseb y la ligera y constante respiración de Kyunghee. Era como si estuvieran tumbados junto a ellos.

Isak puso la mano derecha sobre el vientre de Sunja pero no notó ningún movimiento. Ella nunca hablaba del bebé, pero Isak se preguntaba a menudo

qué estaría ocurriendo allí dentro.

—Un niño es un regalo del Señor —dijo.

—Creo que sí.

—Tienes la barriga caliente.

Las palmas de las manos de Sunja estaban ásperas y llenas de callos, pero la piel de su vientre era tan suave y tersa como una buena tela. Isak estaba con su esposa y debería sentirse más seguro de sí mismo, pero no era así. Entre sus piernas, su sexo había alcanzado su tamaño completo... Y eso que le había ocurrido cada mañana desde que era un niño parecía distinto ahora que estaba acostado junto a una mujer. Había imaginado cómo sería, por supuesto, pero no había anticipado el calor, la cercanía de su respiración y el miedo a no gustarle. Le cubrió el pecho con la mano y notó su forma suave y pesada. La respiración de Sunja cambió.

La muchacha intentó relajarse; Hansu nunca la había tocado con tanto cuidado y delicadeza. Cuando se encontraba con él en la cala, el sexo empezaba apresuradamente y sin que ella llegara a entender su significado: los incómodos empujones, el cambio de su expresión al alivio y la gratitud y finalmente la necesidad de lavarse las piernas en el agua fría del mar. Hansu solía acariciarle la mandíbula y el cuello. Le había gustado mucho tocarle el pelo. Una vez había querido que se soltara las trenzas y ella lo había hecho, pero eso había retrasado su vuelta a casa. Su hijo descansaba y crecía en el interior de su cuerpo y él no podía sentirlo porque se había ido.

Sunja abrió los ojos. Isak también tenía los ojos abiertos y estaba sonriéndole, frotándole el pezón con la mano. Su caricia la excitó.

—Yobo —dijo Isak.

Era su marido, y ella lo querría.

A la mañana siguiente, temprano, Isak encontró la Iglesia Presbiteriana Hanguk gracias al mapa que le había dibujado su hermano Yoseb en un trozo de papel encerado. Se trataba de un edificio de madera con tejado a dos aguas a las afueras de Ikaino, a poca distancia del *shotengai* principal, cuya única marca distintiva era una humilde cruz blanca pintada en la puerta de madera oscura.

Hu, el sacristán, un joven chino que había sido criado por el pastor Yoo, condujo a Isak al despacho. Yoo estaba hablando con una pareja de hermanos. Hu e Isak esperaron junto a la puerta. La mujer estaba hablando en voz baja y Yoo asentía empáticamente.

—¿Vuelvo más tarde? —preguntó Isak a Hu en voz baja.

—No, señor.

Hu, que era una persona práctica, examinó al nuevo pastor con atención: Baek Isak no parecía demasiado fuerte. Su evidente atractivo era asombroso, pero Hu creía que un hombre en la flor de su vida debía tener un físico más contundente. El pastor Yoo había sido un hombre grande, capaz de correr largas distancias y de jugar bien al fútbol. Ahora tenía más años y menos tamaño; sufría cataratas y glaucoma.

—El pastor Yoo ha preguntado por usted todas las mañanas. No sabíamos cuándo vendría. Si hubiéramos sabido de su llegada, habríamos ido a recogerlo a la estación.

Hu no tenía más de veinte años; hablaba japonés y coreano muy bien y tenía las maneras de un hombre mucho mayor. Llevaba una camisa blanca y desgastada con el cuello raído metida por dentro de un par de pantalones de lana marrón. Su jersey azul oscuro de lana gruesa estaba remendado en

algunas partes. Su ropa había pertenecido a los misioneros canadienses, que no habían tenido demasiados lujos ellos mismos.

Isak se apartó para toser.

—Niño, ¿quién está contigo?

Yoo se giró hacia la puerta y se empujó las pesadas gafas de pasta sobre la nariz, aunque hacerlo apenas lo ayudaba a ver mejor debido al lechoso velo gris que nublaba sus ojos. Su expresión permaneció tranquila y segura. Tenía buen oído; no podía distinguir las formas junto a la puerta pero sabía que una de ellas pertenecía a Hu, el huérfano manchú que había dejado en su iglesia un oficial japonés. También sabía que estaba hablando con un hombre cuya voz no reconocía.

—Es el pastor Baek —dijo Hu.

Los hermanos que estaban junto al pastor se giraron e inclinaron.

Yoo estaba impaciente por terminar aquella reunión, que no parecía estar cerca de ninguna resolución.

—Acércate, Isak. No es fácil para mí llegar hasta ti —dijo el anciano. Isak obedeció y Yoo le puso la mano derecha sobre la cabeza—. Por fin estás aquí. Aleluya. El Señor te bendiga, querido niño.

—Siento haberlo hecho esperar. Llegué a Osaka anoche —dijo Isak. Las pupilas sin enfocar del anciano estaban bordeadas de plata. No estaba ciego, pero su enfermedad era grave. A pesar de que casi había perdido la vista, el sacerdote parecía vigoroso; su postura era recta y firme.

—Hijo, acércate.

Isak se acercó más. El pastor le agarró las manos y después acunó su rostro entre sus gruesas palmas.

Los hermanos los miraron sin decir nada. En el dintel de la puerta, Hu se sentó sobre sus rodillas para esperar la siguiente orden de Yoo.

—Eres un regalo del Cielo, ¿sabes? —dijo el anciano.

—Gracias por permitirme venir.

—Me alegro de que estés aquí por fin. ¿Has traído a tu esposa? Hu me leyó tu carta.

—Está en casa. Vendrá el domingo.

—Sí, sí. —El anciano asintió—. La congregación estará encantada de tenerte aquí. Ah, ¡deberías conocer a esta familia!

Los hermanos hicieron una reverencia ante Isak. Habían notado que el pastor parecía más contento que nunca.

—Han venido a vernos por un asunto familiar —le explicó antes de dirigirse de nuevo a los hermanos.

La hermana no intentó esconder su enfado. Ambos eran de una aldea rural de Jeju y por eso eran mucho menos formales que los jóvenes de ciudad. La muchacha, que tenía la piel oscura y el cabello negro y fuerte, tenía un aspecto muy saludable; era bastante guapa y parecía muy inocente. Llevaba una camisa blanca de manga larga abotonada hasta el cuello y un *mompei* de color índigo.

—Este es el nuevo pastor, Baek Isak. ¿Deberíamos pedirle consejo?

Por el tono de voz de Yoo, no había posibilidad de que los hermanos se negaran.

Isak sonrió. La muchacha tenía unos veinte años y el chico era menor.

El asunto era complicado pero nada extraordinario: la clave de la disputa era el dinero. La hermana había aceptado dinero de uno de los capataces japoneses de la fábrica textil donde trabajaba. Era mayor que su padre, estaba casado y tenía cinco hijos. La había llevado a restaurantes y regalado baratijas y dinero. La muchacha había enviado todo el dinero a sus padres, que vivían con uno de sus tíos en su localidad natal. El hermano creía que estaba mal aceptar dinero; la hermana no estaba de acuerdo.

—¿Qué quiere de ella? —preguntó el hermano a Isak—. Mi hermana debería poner fin a esta situación. Lo que hace es pecado.

Yoo bajó la cabeza, agotado por su intransigencia.

La hermana parecía furiosa. No quería estar allí, escuchando las acusaciones de su hermano menor.

—Los japoneses le quitaron la granja a nuestro tío y desde entonces él y su familia viven con nuestros padres. No podemos regresar a Corea porque allí no hay trabajo. ¿Qué tiene de malo aceptar el dinero que me da un japonés por cenar con él? —dijo la hermana—. Si me diera el doble, lo aceptaría también. Tampoco me da tanto.

—Espera algo de ti, y encima quiere pagarlo barato —dijo el hermano con expresión disgustada.

—Yo nunca dejaría que Yoshikawa me tocara. Me siento, sonrío y lo escucho hablar de su familia y su trabajo.

No mencionó que le servía la bebida ni que se ponía el carmín que él le compraba, que se quitaba antes de regresar a casa.

—Te paga por coquetear con él. ¡Eso es lo que hacen las prostitutas! —

gritó el hermano—. ¡Las mujeres decentes no van a restaurantes con hombres casados! Mi padre me puso al mando mientras estuviéramos en Japón, me dijo que debía vigilar a mi hermana. ¿Qué importa que ella sea mayor que yo? Es una mujer y yo soy un hombre; no puedo consentir que esta situación continúe. ¡No lo permitiré!

La muchacha tenía diecinueve años y su hermano era cuatro años menor que ella. Vivían con una prima lejana en una casa abarrotada en Ikaino. La prima, una mujer mayor, no se inmiscuía en sus vidas mientras pagaran su parte del alquiler; ella no iba a la iglesia, así que el pastor Yoo no la conocía.

—Nuestros padres se mueren de hambre en Corea. Nuestro tío no puede mantener a su mujer y a sus hijos. A estas alturas, vendería mis manos si pudiera. Dios quiere que honre a mis padres; sería un pecado que no me ocupara de ellos. Y si tengo que perder la honra... —La muchacha empezó a llorar—. ¿No es posible que Yoshikawa sea la respuesta del Señor a mis plegarias?

La joven miró al pastor Yoo, que le cogió las manos e inclinó la cabeza como si rezara.

No era raro escuchar racionalizaciones como aquella, fruto del deseo de transformar los malos actos en buenos. Nadie quería escuchar que Dios no obraba así, que el Señor nunca vería con buenos ojos que una joven comerciara con su cuerpo para seguir un mandamiento. Los buenos resultados no enmendaban los pecados.

—*Aigoo...* —suspiró Yoo—. Qué difícil debe ser cargar con el peso de este mundo sobre tus pequeños hombros. ¿Saben tus padres de dónde estás sacando ese dinero?

—Creen que lo ahorro de mi sueldo, pero con lo que me pagan apenas tenemos para el alquiler y los gastos. Mi hermano tiene que ir al colegio; mi madre me dijo que era mi responsabilidad que terminara sus estudios. Él amenaza con dejarlos para trabajar, pero a la larga esa sería una decisión estúpida. Sin saber leer ni escribir japonés, siempre tendremos malos trabajos.

Isak estaba sorprendido por su lucidez. La chica, al parecer, había pensado en todo. Él tenía media docena de años más que ella y no se le habían ocurrido esas cosas. Isak nunca había dado a sus padres un solo sen de su sueldo, ya que jamás había ganado dinero. Durante su breve labor como pastor adjunto en la iglesia de su localidad, no cobró nada porque la

parroquia contaba con pocos fondos para los clérigos mayores y la congregación tenía grandes necesidades. No estaba seguro de cuánto ganaría allí. Cuando recibió la llamada para trabajar en aquella iglesia, no hablaron de las condiciones; había asumido que cobraría lo suficiente para vivir... y ahora también, para mantener a su familia. Como siempre había tenido dinero en el bolsillo y sus padres jamás le habían negado nada, Isak no se había molestado en calcular sus ganancias o sus gastos. En presencia de aquellos jóvenes, el pastor se sintió un tonto egoísta.

—Señor Yoo, queremos que usted decida por nosotros. Mi hermana no me hace caso y yo no puedo controlar a dónde va después del trabajo. Si sigue viéndose con ese viejo, terminará haciendo algo horrible y a nadie le importará qué será de ella. A usted le hará caso —dijo tranquilamente, para terminar—. Tiene que hacerlo.

La hermana no levantó los ojos. No quería que el pastor Yoo pensara mal de ella. Los domingos por la mañana eran muy especiales porque la iglesia era el único lugar donde se sentía bien. Aunque no hacía nada malo con Yoshikawa, estaba segura de que su esposa no sabía de sus encuentros. A menudo, él intentaba tomarle la mano; eso no parecía malo, pero tampoco inocente. No hacía mucho le había pedido que lo acompañara al maravilloso *onsen* de Kioto, pero ella se había disculpado, diciendo que tenía que ocuparse de las comidas de su hermano.

—Debemos ayudar a la familia en todo lo posible, es cierto —comenzó Yoo. La muchacha parecía visiblemente aliviada—, pero tenemos que ser cuidadosos con nuestra virtud, pues esta es más valiosa que el dinero. El cuerpo es el templo sagrado donde mora el Espíritu Santo. La preocupación de tu hermano es legítima. Dejando la fe de lado y siendo prácticos, tu pureza y reputación también serán importantes en caso de que quieras casarte. El mundo juzga con dureza la impudicia femenina... incluso si esta es fruto de un accidente. Está mal, pero así es como funciona este mundo imperfecto.

—Pero mi hermano no puede dejar el colegio, señor. Se lo prometí a mi madre —dijo la muchacha.

—Es joven. Podría retomar las clases más tarde —replicó Yoo, aunque sabía que eso no era probable.

El hermano se animó al oír esto, pues no había esperado aquella sugerencia. Odiaba el colegio: los profesores japoneses lo consideraban estúpido y los demás chicos se burlaban de él a diario por su ropa y acento. Su plan era

ganar tanto dinero como fuera posible para que su hermana pudiera dejar el trabajo o buscar empleo en otra parte, y también para enviar una parte a Jeju.

La joven empezó a llorar.

Yoo tragó saliva y dijo con calma:

—Tienes razón, sería mejor si tu hermano pudiera ir al colegio. Aunque solo fuera un año o dos, aprendería a leer y escribir. No hay opción mejor que la educación, por supuesto; nuestro país necesita una nueva generación de gente educada para liderarnos.

La joven se tranquilizó, pensando que el pastor se pondría de su lado. No quería seguir viendo a Yoshikawa, un viejo tonto que olía a alcanfor, pero creía que su estancia allí en Osaka tenía un propósito noble, que habría un futuro respetable para ellos si ella trabajaba y su hermano iba al colegio.

Isak escuchó a Yoo con admiración. El anciano era un consejero excepcional, compasivo y al mismo tiempo poderoso.

—Yoshikawa solo quiere tu compañía, por ahora, pero más tarde podría desear otras cosas y entonces estarías en deuda con él. Te sentirías obligada a consentir. Además, podrías temer perder tu trabajo. Para entonces sería demasiado tarde. Es posible que ahora pienses que estás utilizándolo, pero ¿qué diría eso de nosotros? Querida niña, ¿está bien que nos aprovechemos de aquellos que se aprovechan de nosotros?

Isak asintió, de acuerdo y satisfecho con la compasión y sabiduría del pastor. Él no habría sabido qué decir.

—Isak, ¿bendecirás a estos jóvenes? —le preguntó Yoo, e Isak comenzó a rezar por ellos.

Los hermanos se marcharon sin discutir. Sin duda, regresarían el domingo por la mañana para rezar.

El sacristán, que había desaparecido, regresó con tres cuencos grandes de fideos de trigo en una salsa de judías negras. Los tres juntos rezaron antes de comer. Se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas ante la mesa baja que Hu había construido con cajas viejas. La habitación estaba helada, y no ayudaba que no hubiera cojines para sentarse. A Isak le sorprendió haberse fijado en aquello; siempre había creído que no era el tipo de persona que se preocupaba de tales detalles, pero era incómodo estar sentado en un suelo de cemento.

—Come, hijo. Hu es un buen cocinero. Sin él, pasaría hambre —dijo Yoo, y comenzó a comer.

—¿Crees que la joven dejará de salir con su jefe? —le preguntó Hu.

—Si se queda embarazada, la echarán del trabajo y entonces tampoco podrá costear el colegio de su hermano. El capataz es solo uno de esos viejos tontos que desea estar con una chica joven y sentirse enamorado. Pronto querrá acostarse con ella y al final perderá el interés. Los hombres y las mujeres no son muy difíciles de comprender —dijo Yoo—. La muchacha debería dejar de verse con el capataz y cambiar de trabajo, y su hermano debería buscar empleo. Juntos ganarían dinero suficiente para vivir y enviar una parte a sus padres.

A Isak le sorprendió el cambio de tono del pastor: sonaba frío, casi altivo.

Hu asintió y comió sus fideos en silencio como si estuviera reflexionando sobre aquello.

Yoo se dirigió a Isak.

—Lo he visto muchas veces antes. Las jóvenes creen tener la sartén por el mango porque ese tipo de hombre parece muy manejable, cuando en realidad son ellas las que terminan pagando un precio muy alto por sus errores. El Señor perdona, pero el mundo no perdona.

—Sí —murmuró Isak.

—¿Cómo se está adaptando tu mujer? ¿Tenéis espacio suficiente en casa de tu hermano?

—Sí. Mi hermano tiene espacio. Mi esposa está esperando un bebé.

—¿Tan rápido? ¡Qué maravilla! —exclamó Yoo, encantado.

—Eso es estupendo —asintió Hu, con entusiasmo, sonando joven por primera vez. Siempre que ayudaba en misa, lo que más le gustaba era ver a los niños pequeños corriendo por la parte de atrás del sagrario. Antes de llegar a Japón había vivido en un orfanato grande, y le gustaba oír las voces infantiles.

—¿Dónde vive tu hermano?

—A unos minutos de aquí. Tengo entendido que es difícil encontrar una buena vivienda.

Yoo se rio.

—Nadie alquila a los coreanos. Como pastor, tendrás la oportunidad de ver cómo viven aquí los coreanos. No te imaginas: una docena en una habitación que debería ser para dos, familias enteras durmiendo por turnos. Cerdos y

gallinas en el interior de las casas. Sin agua corriente. Sin calefacción. Los japoneses creen que los coreanos son guarros, pero no tienen otra opción que vivir entre la mugre. He visto a aristócratas de Seúl reducidos a la nada, sin dinero para un baño, vestidos con harapos y sin empleo; sin poder trabajar siquiera como porteadores en los mercados y ningún sitio a donde ir. Ni siquiera los que tienen trabajo y dinero pueden encontrar un lugar donde vivir. Algunos ocupan propiedades ilegalmente.

—A los hombres que traen aquí las empresas japonesas... ¿No les proporcionan alojamiento?

—Hay campamentos cerca de las minas o de las grandes fábricas en lugares como Hokkaido, pero no son para familias. Además, las condiciones de los campamentos son deplorables —dijo Yoo sin emoción. Una vez más sonó insensible, y eso sorprendió a Isak del hombre que tan preocupado había parecido por las dificultades de los hermanos.

—¿Dónde vive usted? —le preguntó Isak.

—Duermo en el despacho. En esa esquina. —Yoo señaló la zona junto a la estufa—. Y Hu duerme en esa otra.

—No hay camas ni colchas...

—Están en la alacena. Hu prepara las camas cada noche y las guarda por la mañana. Podríamos hacerte espacio, a ti y a tu familia, si necesitáis quedaros aquí. Eso formaría parte de tu sueldo.

—Gracias, señor, pero creo que por ahora estaremos bien.

Hu asintió. Aunque le habría gustado vivir con un bebé, el edificio de la iglesia era demasiado frío para un niño.

—¿Y dónde prepara la comida?

—Lo hace Hu, en la hornilla que hay en la parte de atrás. También tenemos un fregadero con agua corriente y una letrina. Los misioneros instalaron todo eso, afortunadamente.

—¿Usted no tiene familia? —preguntó Isak a Yoo.

—Mi esposa falleció dos años después de que llegáramos. Eso fue hace quince años. No tuvimos hijos —le explicó—. Pero Hu es como un hijo para mí. Él es mi bendición, y ahora has llegado tú para bendecirnos a ambos.

Hu se sonrojó, encantado con su mención.

—¿Qué tal vas de dinero? —le preguntó Yoo.

—Quería hablar de eso con usted —dijo Isak, sin saber si hacerlo delante de Hu aunque sabía que el sacristán debía estar presente para ser los ojos del

pastor.

Yoo levantó la cabeza y habló con firmeza, como un comerciante duro de roer:

—Tu salario serán quince yenes al mes. No es suficiente para vivir. Hu y yo no cobramos sueldo, solo la comida y el alojamiento. Además, tampoco puedo garantizarte que siempre sean quince yenes. La Iglesia canadiense nos envía algo de ayuda, pero no es constante y apenas recibimos donaciones de los feligreses. ¿Te parece bien?

Isak no sabía qué decir. No tenía ni idea de cuál sería su contribución por vivir en casa de su hermano. No se atrevería a pedir a Yoseb que lo mantuviera a él, a su esposa y a su hijo.

—¿Tu familia puede ayudarte?

Eso había formado parte de los cálculos de Yoo al contratar a Isak. Los padres del joven tenían tierras en Pionyang; sus fuentes le habían mencionado que la familia tenía dinero, así que el sueldo seguramente no sería lo más importante. Según le habían contado, no cobró nada por su trabajo como ayudante del pastor. Isak era enfermizo; no sería un empleado fuerte. Yoo esperaba el apoyo financiero de su familia para la iglesia.

—Yo... No puedo pedir ayuda a mi hermano, señor.

—Oh, ¿no?

—Y mis padres tampoco pueden ayudarme en este momento.

—Entiendo.

Hu sentía lástima por el joven, que parecía tan desconcertado como avergonzado.

—Mis padres han tenido que empezar a vender parcelas grandes de sus tierras para pagar los impuestos, y las cosas no van bien. Mi hermano ha estado enviándoles dinero para que vayan tirando. Creo que también está ayudando a la familia de mi cuñada.

Yoo asintió. Aquello no lo esperaba, aunque tenía sentido, por supuesto. La familia de Isak no sería diferente de las demás a las que el gobierno colonial estaba cobrando escandalosos impuestos. Había esperado que Isak pudiera mantenerse sin depender del sueldo de la iglesia. Con la vista tan mermada, necesitaba un pastor bilingüe que lo ayudara a escribir los sermones y a ocuparse de los asuntos administrativos.

—Supongo que no habrá suficiente con las limosnas... —dijo Isak.

—No.

Yoo negó con la cabeza vigorosamente. Los domingos por la mañana recibían entre setenta y cinco y ochenta feligreses, pero solo cinco o seis de ellos, los mejor posicionados, daban algo al cepillo. El resto apenas podía permitirse dos comidas escasas al día.

Hu recogió los cuencos vacíos de la mesa.

—El Señor proveerá —dijo Hu.

—Sí, hijo mío, bien dicho.

Yoo sonrió. Le habría gustado proporcionarle una educación. El muchacho era inteligente y tenía grandes cualidades; habría sido un buen académico, incluso un pastor.

—Encontraremos un modo —dijo Yoo, dirigiéndose a Isak—. Esto debe ser muy decepcionante para ti.

Su tono de voz era el mismo que había utilizado antes con los hermanos.

—Le estoy muy agradecido por este trabajo, señor. Hablaré con mi familia sobre el sueldo. Hu tiene razón, por supuesto; el Señor proveerá —dijo Isak.

—«Nada me falta, pues todo provees; ¡grande, Señor, es tu fidelidad!»⁴ —cantó el pastor Yoo con su suntuosa voz de tenor—. El Señor te ha traído a nuestra iglesia. Seguramente se ocupará también de nuestras necesidades materiales.

El verano llegó rápidamente. El sol de Osaka parecía calentar más que el sol de Corea y la humedad brutal hacía más lentos los pesados movimientos de Sunja. Sin embargo, su trabajo era fácil porque, hasta que llegara el bebé, Kyunghee y ella solo tenían que ocuparse de sus maridos, que no llegaban a casa hasta última hora de la tarde. Isak estaba en la iglesia día y noche, ocupándose de las necesidades de una congregación creciente, y Yoseb supervisaba la producción de la fábrica de galletas durante el día y reparaba maquinaria en Ikaino por las noches para ganarse un dinero extra. Cocinar, lavar y limpiar para cuatro personas era considerablemente menos oneroso que ocuparse de una hospedería. Comparado con su vida en Busan, Sunja vivía de lujo.

Le encantaba pasar el día con Kyunghee, a quien llamaba «hermana». Después de apenas dos meses se habían vuelto amigas íntimas, un regalo fortuito para dos mujeres que no habían esperado ni pedido demasiada felicidad. Yoseb también se alegraba de que Isak hubiera llevado con él a la muchacha de la hospedería, porque Kyunghee ya no estaba sola todo el día.

Yoseb y Kyunghee habían zanjado la causa del embarazo de Sunja con una invención propia: alguien había abusado de la inocente muchacha e Isak la había rescatado porque hacer sacrificios formaba parte de su naturaleza. Nadie le preguntó los detalles y Sunja no hablaba del asunto.

El matrimonio no había tenido hijos, aunque Kyunghee no perdía la esperanza. La Sara de la Biblia había tenido un hijo en la vejez, y Kyunghee no creía que Dios la hubiera olvidado. Era una mujer devota que solía ayudar a las pobres madres que acudían a la iglesia y un ama de casa ahorradora, capaz de guardar cada sen extra que su marido le confiaba. Había sido idea de ella comprar la casa de Ikaino con el dinero de su dote sumado al que su

suegro les había dado, aunque Yoseb había tenido sus dudas. «Si tenemos que pagar un alquiler, no nos quedará nada cuando el mes termine», dijo Kyunghee. Como la mujer se ceñía a un presupuesto muy estricto, podían enviar dinero a sus padres y a sus suegros, pues ambas familias habían perdido casi toda su tierra cultivable.

El sueño de Kyunghee era tener su propio negocio de *kimchi* y encurtidos en el mercado cubierto cerca de la estación Tsuruhashi, y cuando Sunja apareció, por fin hubo alguien que escuchara sus planes. A Yoseb no le gustaba la idea de que trabajara por dinero. Le gustaba llegar a casa y encontrar a su mujer descansada y guapa y con la cena preparada... La razón ideal para que un hombre trabajara duro, creía. Cada día, Kyunghee y Sunja hacían tres comidas: un desayuno tradicional con sopa, un almuerzo para que los hombres se llevaran al trabajo y una cena caliente. Sin refrigeración o el clima frío de Pionyang, Kyunghee tenía que cocinar a menudo para evitar malgastar.

Hacía un calor inusual a pesar de estar a principios de verano y hacer sopa en la pequeña cocina habría resultado poco apetecible a cualquier ama de casa normal, pero a Kyunghee no le importaba. Disfrutaba yendo al mercado y pensando qué preparar para comer. A diferencia de la mayoría de coreanas de Ikaino, hablaba un japonés decente y sabía negociar con los tenderos.

Cuando Kyunghee y Sunja entraron en la carnicería, Tanaka, el alto y joven propietario, se cuadró y exclamó: «¡*Irasshai!*» para recibirlas.

El carnicero y su ayudante, Koji, estaban encantados de ver a la guapa coreana y a su cuñada embarazada. No eran grandes clientas (de hecho gastaban muy poco dinero) pero eran habituales. Tanaka, que pertenecía a la octava generación que regentaba la tienda, había aprendido de su padre y su abuelo que las pequeñas compras diarias eran más valiosas que las compras grandes e infrecuentes. Las amas de casa eran la columna vertebral de su negocio y las mujeres coreanas no protestaban tanto como las locales, lo que las hacía preferibles. Además, se rumoreaba que uno de los bisabuelos de Tanaka había sido coreano o *burakumin*, de modo que sus padres enseñaron al joven carnicero a ser amable con todos sus clientes. Los tiempos habían cambiado, sin duda, pero la carnicería, una profesión en la que había que tocar animales muertos, seguía siendo ignominiosa. Esa era la razón por la que la casamentera no conseguía concertarle un *omiai*. Tanaka no podía evitar sentir simpatía por los extranjeros.

Los hombres se comieron a Kyunghee con los ojos e ignoraron a Sunja por completo, que ya se había acostumbrado a su invisibilidad siempre que iba con su cuñada a alguna parte. Kyunghee, de rasgos delicados y tan elegante con su falda hasta la rodilla y su blusa blanca que habrían podido confundirla con una maestra o la modesta esposa de un empresario, era bien recibida en casi todas partes. Hasta que hablaba, todos pensaban que era japonesa, y después, los hombres seguían siendo amables con ella. Por primera vez en su vida, Sunja era consciente de su falta de atractivo y de su atuendo inapropiado. En Osaka se sentía fea. Sus ropas tradicionales y desgastadas eran una inevitable insignia que la diferenciaba del resto, y aunque los coreanos viejos y los pobres seguían usándolas, a menudo la miraban con desdén, a pesar de que intentaba pasar desapercibida. En Ikaino nadie la miraba por llevar un *hanbok* blanco, pero fuera del barrio y más allá de la estación de tren, el resquemor contra los coreanos era obvio. Sunja habría preferido llevar ropa de estilo occidental o un *mompei*, pero no tenía sentido gastar dinero en ese momento. Kyunghee le había prometido que le haría ropa nueva después del nacimiento del bebé.

Kyunghee se inclinó educadamente ante los hombres y Sunja retrocedió hasta una esquina de la tienda.

—¿Qué será hoy, Boku? —le preguntó Tanaka.

Después de dos meses, a Sunja todavía le sorprendía escuchar el apellido familiar pronunciado por un japonés. Debido a las exigencias del gobierno colonial, era normal que los coreanos tuvieran dos o tres nombres, pero en Corea apenas había usado el *tsumei* que aparecía en sus documentos de identidad (Junko Kaneda), porque no había ido al colegio ni había tenido relación con instituciones oficiales. El apellido de Sunja era Kim, pero en Japón, donde las mujeres asumían el apellido de su marido, se llamaba Sunja Baek, que se traducía como Sunja Boku. Su *tsumei* era ahora Junko Bando. Cuando lo obligaron a elegir un apellido japonés, el padre de Isak se decidió por Bando porque sonaba como la palabra coreana *ban-deh*, que significaba «objeción». De este modo, convirtió su nombre japonés en una especie de broma.

—¿Qué vas a cocinar hoy, Boku? —preguntó el carnicero.

—Ponme unos huesos de canilla y un poco de carne, por favor. Voy a hacer sopa —dijo Kyunghee. Cuando hablaba japonés parecía una locutora de radio, pues había perfeccionado su acento escuchando programas japoneses.

—Ahora mismo.

Tanaka cogió tres huesos de canilla grandes del montón de huesos de ternera y rabo de buey que mantenía en el refrigerador para los clientes coreanos; los japoneses no usaban los huesos para nada. Envolvió un puñado de carne para guisar.

—¿Eso es todo? —le preguntó. Ella asintió—. Treinta y seis senes, por favor.

Kyunghee abrió su monedero. Dos yenes y sesenta senes tenían que durarle ocho días más, hasta que Yoseb le entregara el sobre con su paga.

—*Sumimasen desu*, ¿cuánto serían solo los huesos?

—Diez senes.

—Por favor, perdóname. Hoy solo me llevaré los huesos. Me llevaré la carne en otro momento, lo prometo.

—Por supuesto.

Tanaka volvió a meter la carne en el aparador. No era la primera vez que un cliente no tenía suficiente dinero, pero a diferencia del resto, los coreanos no le pedían que les fiara, aunque tampoco habría accedido a hacerlo. Se preguntaba cómo sería tener una esposa tan elegante, que se preocupara por sus comidas y fuera ahorradora con el dinero para los gastos. Él era el primogénito y, aunque estaba ansioso por casarse, todavía vivía con su madre.

—¿Vas a hacer sopa? ¿De qué tipo?

—*Seolleongtang* —contestó Kyunghee con una sonrisa, preguntándose si sabría qué era.

—¿Y cómo se hace esa sopa?

Tanaka se cruzó de brazos y se apoyó en el mostrador despreocupadamente, mirando con atención el adorable rostro de Kyunghee. Tenía bonitos hasta los dientes, pensó.

—Primero hay que lavar los huesos muy bien en agua fría. Después se hierven, aunque esa primera agua hay que tirarla porque tiene toda la sangre y las impurezas que no queremos en el caldo. Después se hierve de nuevo con agua limpia y se cuece a fuego lento durante mucho, mucho tiempo, hasta que el caldo está tan blanco como el tofu. Entonces le añadimos rábano *daikon*, cebolleta picada y sal. Está delicioso y es muy bueno para la salud.

—Estaría mejor con algo de carne, imagino.

—¡Y con arroz blanco y fideos! ¿Por qué no? —exclamó Kyunghee,

riéndose. Levantó la mano instintivamente para cubrirse los dientes.

Ambos hombres se rieron de buena gana. Comprendían la broma porque el arroz era caro incluso para ellos.

—¿Y coméis *kimchi* con eso? —le preguntó Tanaka, que nunca antes había tenido una conversación tan larga con Kyunghee. No estaba mal que hablara con ella porque su ayudante y la cuñada de ella estaban presentes—. El *kimchi* es demasiado picante para mí, aunque creo que va genial con pollo o cerdo a la plancha.

—El *kimchi* está delicioso con todo. Te traeré un poco la próxima vez.

Tanaka abrió de nuevo el paquete de los huesos y añadió la mitad de la carne que acababa de guardar en el aparador.

—No es mucho, solo un poco para el bebé. —Tanaka sonrió a Sunja, a la que le sorprendía que el carnicero la hubiera visto—. Tienes que comer bien para que tu hijo sea un súbdito fuerte del Emperador.

—No puedo llevármela gratis —dijo Kyunghee, perpleja. No sabía qué pretendía el carnicero, pero era cierto que aquel día no podían permitirse la carne.

Sunja no había entendido su conversación, solo que habían hablado algo de *kimchi*.

—Esta es mi primera venta del día y ser generoso me dará suerte —dijo Tanaka, tan ufano como cualquier otro hombre tras regalar algo valioso a una mujer atractiva.

Kyunghee colocó los diez senes sobre la immaculada bandeja del mostrador, sonrió y se inclinó ante ambos hombres antes de marcharse.

Una vez fuera, Sunja le preguntó qué había pasado.

—No nos ha cobrado la carne. No he sabido cómo rechazarla.

—Le gustas. Ha sido un regalo. —Sunja se rio. Se sentía como Dokhee, la criada, que bromeaba sobre hombres siempre que tenía la oportunidad. Aunque pensaba en su madre a menudo, había pasado un tiempo desde la última vez que pensó en las hermanas—. A partir de ahora lo llamaré tu novio.

Kyunghee le dio una palmadita en el brazo y negó con la cabeza.

—Ha dicho que es para tu bebé, para que crezca y sea un buen súbdito del país. —Kyunghee hizo una mueca—. Además, Tanaka sabe que soy coreana.

—¿Desde cuándo importan esas cosas a los hombres? La señora Kim, de la casa de al lado, me ha contado que la mujer reservada que vive al final de la calle es japonesa. Su marido es un coreano que destila alcohol en casa. ¡Sus hijos son medio japoneses!

Aquello había sorprendido a Sunja, aunque todo lo que le contaba la señora Kim, la mujer que criaba los cerdos, era sorprendente. Yoseb no quería que Kyunghee y Sunja hablaran con la señora Kim, que además no iba a la iglesia los domingos. Tampoco les permitía hablar con la mujer japonesa, porque a su marido lo enviaban cada dos por tres a prisión por contrabando.

—Si huyes con el simpático carnicero, te echaré de menos —dijo Sunja.

—Aunque no estuviera casada, no elegiría a ese hombre. Sonríe demasiado. —Kyunghee le guiñó el ojo—. Me gusta el cascarrabias de mi marido, que está siempre diciéndome qué tengo que hacer y preocupado por todo. Vamos, ahora tenemos que comprar la verdura, por eso no he comprado la carne. Puede que encontremos algunas patatas para asar. ¿No estaría bien eso para nuestro almuerzo?

—Hermana...

—¿Sí?

—Nosotros no estamos contribuyendo a los gastos de la casa. La comida, el combustible, los *sentos*... En mi vida había visto esos precios. En casa teníamos un huerto, así que nunca comprábamos verdura. ¡Y a qué precio está el pescado! Si supiera cuánto cuesta, mi madre no volvería a comerlo. En casa nos ajustábamos el cinturón, pero no me daba cuenta de lo fácil que lo teníamos... Los huéspedes nos traían pescado gratis, y una manzana cuesta aquí más que las costillas de ternera en Busan. Madre era cuidadosa con el dinero, igual que tú, pero ni siquiera ella podría hacer las cosas deliciosas que haces tú por tan poco. Isak y yo creemos que deberías aceptar el dinero que gana para ayudar con la comida, al menos.

El hecho de que sus cuñados no permitieran que Isak y ella pagaran por nada era difícil de aceptar, aunque no podían permitirse un alquiler aparte. De todos modos, si se mudaran herirían los sentimientos de Kyunghee.

—Estoy segura de que en Corea comías mejor, y cosas más saciantes —dijo Kyunghee con tristeza.

—No, no, no me refiero a eso. Es que nos sentimos mal porque no nos dejáis contribuir a los enormes gastos de casa.

—Yoseb y yo no lo permitiremos. Deberíais estar ahorrando para el bebé.

Tendremos que comprarle ropa y pañales, y algún día irá al colegio para convertirse en un hombre culto. ¿No sería eso genial? ¡Espero que le guste el colegio, como a su padre, y que no evite los libros como su tío!

Pensar en el bebé hizo sonreír a Kyunghee. Aquel niño parecía una respuesta a sus oraciones.

—Mi madre me envió tres yenes en su última carta. Tenemos el dinero que trajimos y lo que Isak ha estado ganando. No deberías tener que preocuparte tanto por los gastos, ni pensar en vender *kimchi* para mantener dos bocas más... Y pronto tres —dijo Sunja.

—Sunja, estás siendo muy desconsiderada. Soy mayor que tú, así que debes hacerme caso. Nos las arreglaremos bien. Si utilizas mi deseo de ganar dinero como excusa para insistir en el tema, tendré que dejar de contarte mi sueño imposible de convertirme en la *ajumma* del *kimchi* de la estación Tsuruhashi. —Kyunghee se rio—. Sé una buena hermana pequeña y déjame soñar en voz alta sobre mi negocio, donde ganaré tanto dinero que podré comprarme un palacio y enviar a tu hijo a la universidad de Medicina de Tokio.

—¿Crees que las amas de casa comprarían el *kimchi* de otra mujer?

—¿Por qué no? ¿No crees que hago un *kimchi* muy bueno? La cocinera de mi familia hacía los mejores encurtidos de Pionyang. —Kyunghee levantó la barbilla y estalló en carcajadas. Tenía una risa contagiosa—. Yo sería una *ajumma* genial. Mi col encurtida estaría deliciosa.

—¿Por qué no empiezas ya? Yo tengo dinero suficiente para comprar col y rábano y puedo ayudarte a hacer el *kimchi*. Sería genial para mí, porque podría quedarme con el bebé en casa en lugar de trabajar en una fábrica.

—Sí, se nos daría realmente bien, pero Yoseb me mataría. Él dice que su mujer nunca trabajará. Nunca. Y tampoco querrá que tú trabajes.

—Pero yo crecí trabajando con mis padres. Él lo sabe. Mi madre servía a los huéspedes y se ocupaba de cocinar, y yo limpiaba y lavaba...

—Yoseb está chapado a la antigua —dijo Kyunghee con un suspiro—. Me casé con un buen hombre, ese fue mi error. Si hubiera tenido hijos, no me sentiría tan inquieta, pero no sé estar sin hacer nada. No es culpa de Yoseb; nadie trabaja más que él. Antiguamente, un hombre en su situación me habría repudiado por no darle un hijo. —Asintió para sí misma, recordando las numerosas historias de mujeres estériles que había escuchado de niña, sin pensar que algo así podría ocurrirle a ella—. Haré lo que mi marido me ordene. Él siempre ha cuidado bien de mí.

Sunja no podía mostrarse de acuerdo ni en desacuerdo, así que dejó que la afirmación pendiera en el aire. Lo que su cuñado Yoseb decía en realidad era que una mujer *yangban* como Kyunghee no podía trabajar fuera de casa; Sunja era la hija de una campesina ordinaria, así que trabajar en el mercado estaba bien en su caso. La distinción no molestaba a Sunja, porque estaba de acuerdo en que Kyunghee era una persona superior a ella en muchos sentidos. No obstante, también sabía que su cuñada estaba desconsolada por la falta de hijos y quizá probar suerte con la venta de *kimchi* la haría un poco más feliz.

Sin embargo, ella no era quien para decirlo. Aquello era lo que su cuñado llamaba «palabrería de mujeres». Sunja sonrió y entrelazó su brazo con el de su cuñada, que se había quedado rezagada, para animarla. Asidas del brazo, fueron a comprar col y rábanos.

Kyunghee no conocía a los dos hombres que había en su puerta, pero ellos sabían su nombre.

El más alto tenía la cara afilada y sonriente, pero el bajito parecía más amable. Iban vestidos de manera similar, con ropa de trabajo (pantalones oscuros y camisas de manga corta), pero ambos llevaban zapatos de cuero de aspecto caro. El más alto, que hablaba con acento de Jeju, sacó una hoja de papel doblada del bolsillo trasero de sus pantalones.

—Tu marido firmó esto —dijo, mostrándole el documento de aspecto formal. Parte del mismo estaba escrito en coreano, pero la mayoría tenía caracteres japoneses y chinos. En la esquina superior derecha, Kyunghee reconoció el nombre y el *hanko* de Yoseb—. Se ha retrasado en el pago.

—Yo no sé nada de esto. Mi marido está en el trabajo ahora —contestó la mujer. Creía que iba a empezar a llorar y puso la mano en la puerta esperando que los hombres se marcharan—. Por favor, venid más tarde, cuando él esté en casa.

Sunja estaba a su lado, con las manos en la barriga. Los hombres no le parecían peligrosos. Físicamente se parecían a los huéspedes de Corea, pero su cuñada estaba aturullada.

—Llegará a casa esta noche. Volved entonces —repitió Sunja, mucho más alto que Kyunghee.

—Tú eres la cuñada, ¿verdad? —le preguntó el más bajo. Tenía hoyuelos cuando sonreía.

Sunja no dijo nada e intentó no parecer sorprendida por el hecho de que supiera quién era.

El más alto siguió sonriendo a Kyunghee. Tenía los dientes grandes y cuadrados encajados en unas pálidas encías rosas.

—Ya hemos hablado con tu marido, pero él no ha cumplido, así que pensamos dejarnos caer y hacerte una visita. —Hizo una pausa y dijo su nombre lentamente—: Baek Kyunghee... Tengo una prima que se llama Kyunghee. Tu *tsumei* es Bando Kimiko, ¿*nee*? —El hombre colocó la mano en la puerta y la empujó ligeramente. Miró a Sunja—. Para nosotros es un placer doble haber conocido también a tu cuñada. ¿A que sí?

Los hombres se rieron de buena gana.

Kyunghee intentó examinar de nuevo el documento que tenía delante.

—No lo comprendo —dijo al final.

—Esta es la parte importante: Baek Yoseb debe a mi jefe ciento veinte yenes. —Señaló el número «120» escrito en *kanjis* del segundo párrafo—. Tu marido debe los dos últimos pagos. Esperamos que consigas que los pague hoy.

—¿Cuánto dinero es? —preguntó Kyunghee.

—Ocho yenes más intereses a la semana —dijo el hombre más bajito; tenía un fuerte acento de la zona de Kyungsangdo—. Puede que tú tengas algo de dinero en casa para pagarnos. En total son unos veinte yenes.

Yoseb acababa de darle el dinero para la comida de las siguientes dos semanas. Tenía seis yenes en el monedero. Si se los entregaba, no tendrían dinero para comer.

—Entonces, ¿el total son ciento veinte yenes? —preguntó Sunja. El documento tampoco tenía sentido para ella.

El hombre bajito parecía un poco preocupado. Negó con la cabeza.

—Ahora es casi el doble, incluidos los intereses. ¿Por qué? ¿Tienes dinero?

—A día de hoy, el total serían doscientos treinta yenes —dijo el hombre más alto. Siempre había sido bueno sumando de cabeza.

—¡*Uh-muh!* —exclamó Kyunghee. Cerró los ojos y se apoyó en la puerta.

Sunja se acercó a ellos.

—Conseguiremos el dinero —dijo, con el mismo tono que habría usado para decirle a Tonel, el huésped, cuándo estaría limpia su ropa. Ni siquiera miró en su dirección—. Volved en tres horas. Antes de que anochezca.

—Os veremos entonces —dijo el más alto.

Las cuñadas caminaron rápidamente hacia la calle comercial cerca de la estación Tsuruhashi. No se entretuvieron en el escaparate de la tienda de telas

ni se detuvieron en el puesto de *senbei*; no saludaron a los amistosos vendedores de verduras. En lugar de eso, sus cuerpos se movieron al unísono hacia su destino.

—No quiero que hagas esto —dijo Kyunghee.

—Mi padre me habló de ese tipo de gente. Si no se paga toda la deuda de inmediato, los intereses suben y suben, y nunca consigues devolverla toda. Padre me dijo que siempre terminas debiendo mucho más de lo que te prestaron. Piénsalo... ¿cómo se convirtieron ciento veinte yenes en doscientos treinta?

Hoonie Kim había sido testigo de cómo sus vecinos lo perdían todo después de pedir prestada una pequeña cantidad de dinero para comprar semillas o maquinaria; cuando los prestamistas reclamaban la deuda, los vecinos terminaban entregándoles todas sus cosechas además del préstamo inicial. El padre de Sunja había despreciado a los prestamistas y la había advertido a menudo sobre los peligros de tener deudas.

—Si lo hubiera sabido, habría dejado de enviar dinero a nuestros padres —murmuró Kyunghee.

Sunja miraba hacia delante, evitando el contacto visual con el resto de transeúntes de la bulliciosa calle. Estaba pensando qué iba a decir en la casa de empeños.

—Hermana, tú viste el letrero en coreano, ¿verdad? —preguntó a Kyunghee—. Eso significa que son coreanos, ¿no?

—No estoy segura. No conozco a nadie que haya estado ahí.

Siguiendo los letreros coreanos fijados a la fachada de ladrillo, las mujeres subieron las amplias escaleras hasta la segunda planta. La puerta de la casa de empeños tenía una ventana con cortina que Sunja abrió con cautela.

Era un día caluroso y sin brisa de junio, pero el hombre mayor tras el escritorio llevaba una corbata de seda verde con una camisa blanca y un chaleco de lana marrón. Las tres ventanas cuadradas con vistas a la calle estaban abiertas y dos ventiladores eléctricos zumbaban silenciosamente en esquinas opuestas del despacho. Dos hombres más jóvenes con similares rostros rechonchos jugaban a las cartas junto a la ventana central. Levantaron la mirada y sonrieron a las dos mujeres.

—Bienvenidas. ¿En qué puedo ayudaros? —les preguntó el empeñador en coreano. Su acento natal era difícil de ubicar—. ¿Queréis sentaros?

Señaló las sillas, pero Sunja dijo que prefería quedarse de pie. Kyunghee se

quedó junto a su cuñada sin mirar a los hombres.

Sunja abrió la palma de la mano para enseñarle el reloj de bolsillo.

—*Ajeossi*, ¿cuánto podría darnos por esto?

El hombre levantó sus cejas negras y grises y sacó una lupa del cajón de su mesa.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Me lo dio mi madre. Es de plata maciza y está chapado en oro —dijo Sunja.

—¿Ella sabe que vas a venderlo?

—Me lo dio para que lo vendiera. Para el bebé.

—¿No preferirías dejarlo empeñado? Así no tendrías que deshacerte de él —le dijo el hombre. Los empeños rara vez se pagaban, y así podría quedarse con el aval.

Sunja habló lentamente:

—Quiero venderlo. Si usted no desea comprarlo, no lo molestaré más.

El hombre sonrió, preguntándose si la chica embarazada ya habría estado con sus competidores. Había tres casas de empeños a apenas unas calles de distancia. Ningún otro era coreano, pero si la muchacha hablaba japonés le resultaría fácil vender el reloj. La guapa mujer que acompañaba a la embarazada parecía japonesa, por como vestía, aunque era difícil saberlo. Era posible que el reloj fuera de la guapa y que esta hubiera llevado a la embarazada para que negociara en su nombre.

—Si necesitas venderlo —dijo el hombre—, para mí siempre es un placer ayudar a una compatriota.

Sunja no dijo nada. «En el mercado, habla poco», le había enseñado su padre.

Kyunghee estaba asombrada porque su cuñada parecía más tranquila que nunca.

El prestamista examinó el reloj con atención, abriendo su carcasa plateada para estudiar el mecanismo visible a través de su trasera de cristal. Era un reloj de bolsillo extraordinario, y resultaba imposible creer que la madre de aquella embarazada hubiera sido dueña de algo así. El reloj tenía apenas un año y ni un solo rasguño. Le dio la vuelta de nuevo y lo dejó sobre el secante de cuero verde de su escritorio.

—Los jóvenes de ahora prefieren los relojes de pulsera. Ni siquiera estoy seguro de poder venderlo.

Sunja había notado que el prestamista había parpadeado con fuerza después de decir esto, pero no había parpadeado ni una sola vez cuando había hablado con ella antes.

—Gracias por examinarlo —dijo Sunja; tomó el reloj y recogió el extremo de su largo *chima*, preparada para salir del despacho. Kyunghee intentó no parecer preocupada—. Muchas gracias por su tiempo. Hasta luego.

—Me gustaría ayudarte —dijo el hombre, elevando la voz ligeramente. Sunja giró en sus talones—. Si necesitas el dinero de inmediato, quizá te sería más fácil venderlo aquí que caminar por ahí en tu estado y con este calor. Yo puedo ayudarte. Parece que pronto tendrás al niño. Espero que sea un niño y que cuide bien de su madre. Puedo ofrecerte cincuenta yenes.

—Doscientos —replicó Sunja—. Vale al menos trescientos. Está fabricado en Suiza y es nuevo.

Los dos hombres junto a la ventana soltaron las cartas y se levantaron de sus asientos. Nunca habían visto a una mujer hablando así.

—Si crees que vale tanto, ¿por qué no lo vendes más caro en otra parte? —le espetó el empeñador, irritado por su insolencia. No soportaba a las mujeres contestonas.

Sunja se mordió el interior del labio inferior. Si lo vendía en una casa de empeños japonesa, temía que el dueño llamara a la policía. Hansu le había dicho que la policía estaba involucrada en casi todos los asuntos.

—Gracias. No le haré perder más el tiempo —dijo Sunja.

El prestamista chasqueó la lengua.

Kyunghee se sintió de repente más segura de su cuñada, que había estado tan desvalida a su llegada a Osaka que había tenido que llevar su nombre y dirección escrita en japonés en una tarjeta por si acaso se perdía.

—¿Qué hace tu madre en Corea? —le preguntó el prestamista—. Parece que eres de Busan.

Sunja hizo una pausa, preguntándose si debía responder a la pregunta.

—¿Trabaja en el mercado?

—Tiene una casa de huéspedes.

—Debe ser una buena negociante.

Había supuesto que su madre sería prostituta o una comerciante de algún tipo que colaboraba con el gobierno japonés. También existía la posibilidad de que el reloj fuera robado. Por su manera de hablar y su atuendo, la embarazada no pertenecía a una familia rica.

—Jovencita, ¿estás segura de que tu madre te dio esto para que lo vendieras? ¿Eres consciente de que necesito tu nombre y dirección por si hay algún problema? —le preguntó. Sunja asintió—. De acuerdo. Ciento veinticinco yenes.

—Doscientos.

Sunja no sabía si conseguiría esa cantidad, pero estaba segura de que el prestamista era codicioso y, si estaba dispuesto a subir a ciento veinticinco desde cincuenta, era porque en las casas de empeño japonesas también lo considerarían valioso.

El hombre se rio a carcajadas. Los jóvenes, que estaban junto a su mesa, se rieron también.

—Deberías trabajar aquí —le dijo el más joven.

El empeñador se cruzó de brazos. Quería el reloj; sabía exactamente quién se lo compraría.

—Papá, deberías darle a la muchacha el precio que pide. ¡Aunque solo sea por lo insistente que es! —dijo el joven, sabiendo que a su padre no le gustaba perder una negociación y que necesitaría un poco de persuasión. Sentía lástima por la chica de la cara regordeta. No era el tipo de muchacha que solía aparecer por allí para vender anillos de oro siempre que estaba en problemas.

—¿Sabe tu marido que estás aquí? —le preguntó el hijo menor.

—Sí —contestó Sunja.

—¿Bebe o apuesta?

Había visto a muchas mujeres desesperadas y la historia era siempre la misma.

—Ninguna de esas cosas —dijo Sunja con voz severa, como si le advirtiera que no hiciera más preguntas.

—Ciento setenta y cinco yenes —dijo el prestamista.

—Doscientos.

Sunja sentía el cálido y suave metal en su palma; Hansu se habría mostrado firme en cuanto al precio.

—¿Cómo sé que voy a poder venderlo? —protestó el hombre.

—Papá —dijo el hijo mayor, sonriendo—, estarías ayudando a una joven madre lejos de casa.

El escritorio del prestamista estaba hecho de una madera que no conocía, de un color marrón oscuro con nudos en forma de gota del tamaño de la mano de

un niño. Contó tres nudos con forma de lágrima sobre la superficie. Cuando fue a recoger setas con Hansu, había árboles de todo tipo. El olor mohoso de las hojas húmedas sobre la alfombra del bosque, las cestas llenas a reventar de setas, el dolor agudo al acostarse con él... Esos recuerdos no la abandonarían. Tenía que librarse de él, tenía que detener aquella evocación eterna de la única persona a la que deseaba olvidar.

Sunja tomó aliento profundamente. Kyunghee se estaba retorciendo las manos.

—Si no desea comprarlo, lo entendemos —dijo tranquilamente, y se giró para marcharse.

El empeñador levantó la mano, indicándole que esperara, y fue a la habitación de atrás donde tenía la caja del dinero.

Cuando los dos hombres regresaron a la casa para el pago, las mujeres estaban en la puerta y no los invitaron a entrar.

—Si te doy el dinero, ¿cómo sabré que la deuda está totalmente saldada? —le preguntó Sunja al más alto.

—Haremos que el jefe te firme un pagaré que diga que está cancelada —le contestó—. ¿Cómo sé que tienes el dinero?

—¿Puede tu jefe venir aquí? —le preguntó Sunja.

—Debes estar loca —replicó el alto, asombrado por su petición.

Sunja tenía la sensación de que no debía dar el dinero a aquellos hombres. Intentó cerrar la puerta un poco para hablar con Kyunghee, pero el alto la empujó con el pie.

—Mira, si de verdad tienes el dinero puedes venir con nosotros. Te llevaremos ahora mismo.

—¿A dónde? —preguntó Kyunghee con voz trémula.

—A la licorería. No está lejos.

El jefe era un joven coreano de aspecto serio no mucho mayor que Kyunghee. Parecía un médico o un profesor: llevaba un traje muy usado y gafas con montura dorada, llevaba el cabello negro peinado hacia atrás y tenía una expresión pensativa. Nadie habría pensado que era prestamista. Su despacho era casi del mismo tamaño que el de la casa de empeños, y en la

pared opuesta a la puerta había un estante con libros en japonés y coreano. Había luces eléctricas cerca de unas butacas de aspecto cómodo. Un muchacho llevó a las mujeres *genmaicha* caliente en tazas de cerámica. Kyunghee comprendía por qué su marido había pedido dinero prestado a un hombre como aquel.

Cuando Kyunghee le entregó el dinero, el prestamista le dio las gracias y canceló la deuda, colocando su sello rojo en el documento.

—Si alguna vez necesitáis otra cosa, por favor, acudid a mí —dijo, mirando a Kyunghee—. Estando lejos de casa debemos ayudarnos los unos a los otros. Estoy a vuestro servicio.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo pidió mi marido este dinero? —le preguntó la mujer.

—En febrero. Somos amigos así que, por supuesto, se lo presté.

La mujer asintió, comprendiendo: Yoseb había pedido el dinero para los billetes de Isak y Sunja.

—Gracias, señor. No volveremos a molestarlo —dijo Kyunghee.

—Tu marido se alegrará mucho de haber zanjado el asunto —dijo, preguntándose cómo habían conseguido aquellas mujeres reunir el dinero tan rápidamente.

Ellas no dijeron nada y volvieron a casa para hacer la cena.

—¿Dónde conseguisteis el dinero? —gritó Yoseb, agarrando el pagaré cancelado.

—Sunja vendió un reloj de su madre —contestó Kyunghee.

Alguien gritaba o un niño lloraba cada noche en su calle, invariablemente, pero el escándalo nunca había salido de su casa. Yoseb, que no se enfadaba fácilmente, estaba furioso. Sunja estaba clavada en la esquina del fondo de la habitación principal, con la cabeza baja y muda como una roca. Las lágrimas bajaban por sus mejillas enrojecidas. Isak todavía no había vuelto de la iglesia.

—¿Tenías un reloj de bolsillo que valía más de doscientos yenes? ¿Sabe Isak algo de esto? —gritó a Sunja.

Kyunghee levantó las manos y se interpuso entre él y Sunja.

—Su madre le dio el reloj para que lo vendiera cuando naciera el bebé.

Sunja se deslizó por la pared, incapaz de seguir de pie. Unos dolores agudos le atravesaban la pelvis y la espalda. Cerró los ojos y se cubrió la cabeza con los antebrazos.

—¿Dónde vendisteis el reloj?

—En la casa de empeños junto al puesto de verdura —dijo Kyunghee.

—¿Habéis perdido la cabeza? ¿Qué tipo de mujer va a una casa de empeños? —Yoseb miró a Sunja con dureza—. ¿Cómo puede una mujer hacer algo así?

Sunja lo miró desde el suelo.

—No es culpa de mi hermana... —le suplicó.

—¿Preguntaste a tu marido si podías ir a una casa de empeños?

—¿Por qué estás tan enfadado? Ella solo estaba intentando ayudarnos. Está embarazada. Déjala en paz.

Kyunghee apartó la mirada, intentando no replicar. Sabía muy bien que Sunja no había hablado con Isak. ¿Por qué tenía Yoseb que pagarlo todo? ¿Por qué controlaba él todo el dinero? La última vez que discutieron fue porque ella quería conseguir trabajo en una fábrica.

—Sunja estaba preocupada por nosotros. Es una pena que tuviera que vender ese reloj tan bonito. Intenta entenderlo, *yobo*.

Kyunghee posó la mano suavemente sobre el antebrazo de su marido.

—¡Mujeres estúpidas! ¿Cómo voy a volver a mirar a esos hombres, cada vez que baje la calle, sabiendo que unas mujeres idiotas pagaron mis deudas? Se me están encogiendo los huevos.

Yoseb nunca antes había hablado de un modo tan vulgar y Kyunghee comprendió que estaba insultando a Sunja. Estaba llamándola estúpida, idiota; a ella también la culpaba por haber permitido que ocurriera. Pero lo más inteligente era pagar la deuda; si Yoseb le hubiera permitido trabajar, habrían tenido ahorros.

Sunja no podía dejar de llorar. El dolor agonizante en la parte baja de su abdomen había regresado con mayor fuerza, y no sabía qué decir. No comprendía qué estaba ocurriendo en su cuerpo.

—*Yobo*, por favor. Por favor, compréndelo —dijo Kyunghee.

Yoseb no dijo nada. Sunja tenía las piernas extendidas como un borracho en la calle y se sostenía la enorme barriga con las manos hinchadas. Quizá no debería haberla dejado entrar en su casa. ¿De dónde había sacado su madre un reloj de oro? Aunque habían pasado años, él había conocido a sus padres. Hoonie Kim era el hijo tullido de dos campesinos que tenían una casa de huéspedes minúscula. ¿Dónde había conseguido algo tan valioso? Sus huéspedes eran principalmente pescadores y hombres que trabajaban en la lonja del pescado. Habría sido creíble que la chica tuviera un par de anillos de oro de treinta o cuarenta yenes de valor, regalo de su madre, y quizá un anillo de jade de diez yenes. ¿Habría robado el reloj?, se preguntó. ¿Era posible que Isak se hubiera casado con una ladrona o una prostituta? No se atrevía a decir esas cosas, así que abrió la puerta de metal ondulado y se marchó.

Cuando llegó a casa, Isak se asustó al ver a las mujeres sollozando. Intentó calmarlas para que pudieran hablar con coherencia y escuchó sus explicaciones fragmentadas.

—Bueno, ¿a dónde ha ido? —preguntó Isak.

—No lo sé. Normalmente no sale. No pensé que...

Kyunghee se detuvo porque no quería angustiar más a Sunja.

—Estoy seguro de que estará bien —dijo Isak, y se dirigió a Sunja—: Yo no sabía que tenías algo tan valioso. ¿Era de tu madre?

Sunja estaba todavía llorando y Kyunghee asintió en su lugar.

Isak volvió a mirar a Sunja.

—¿Sí? ¿Dónde lo consiguió? —le preguntó.

—No le pregunté. Puede que alguien le debiera dinero.

Isak asintió, sin saber qué pensar de aquello.

—Entiendo.

Kyunghee acarició la cabeza febril de Sunja.

—¿Se lo explicarás a Yoseb? —preguntó a su cuñado—. Tú entiendes por qué hemos hecho esto, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Mi hermano pidió el dinero para ayudarme. Sunja vendió el reloj para pagar esa deuda, así que, en realidad, es como si ella hubiera pagado nuestro viaje. Los billetes eran caros, ¿y de qué otro modo habría podido Yoseb reunir todo ese dinero rápidamente? Debería haberlo imaginado. He sido ingenuo e infantil, como siempre, y mi hermano solo estaba cuidando de mí. Es una pena que Sunja tuviera que vender el reloj, pero lo justo es que nosotros paguemos nuestras deudas. Le diré a él todo esto, cuñada. Por favor, no os preocupéis más —dijo a las mujeres.

Kyunghee asintió, sintiéndose por fin un poco mejor.

Un látigo restalló en el costado de Sunja, casi tirándola hacia atrás.

—*Uh-muh. ¡Uh-muh!*

—¿Qué pasa? ¿Es...?

Agua caliente bajó por la pierna de Sunja.

—¿Voy a por la matrona? —les preguntó Isak.

—Llama a Okja... Vive tres casas más abajo, en nuestra acera de la calle —contestó Kyunghee, e Isak salió corriendo de la casa.

—No pasa nada, no pasa nada —murmuró Kyunghee, sosteniendo la mano de Sunja—. Estás de parto. Las mujeres sufren, ¿no es así? Oh, mi querida Sunja, siento mucho que estés sufriendo... —Entonces empezó a rezar por ella—. Señor, por favor, ten piedad...

Sunja tomó un puñado de su falda y se lo metió en la boca para no gritar. Se sentía como si la estuvieran apuñalando repetidas veces. Mordió con fuerza la

áspera tela.

—*Umma, umma* —gimió.

Okja, la matrona, era una coreana cincuentona de Jeju que había ayudado a nacer a la mayoría de los niños del gueto. Tras haber sido instruida por su tía, Okja alimentaba a sus propios hijos con las ganancias que obtenía como matrona, nodriza y niñera. Su marido, padre de sus seis hijos, era como si estuviera muerto, aunque estaba vivo y deambulaba por su casa varios días a la semana en un estupor ebrio. Cuando no estaba ayudando en algún parto, Okja cuidaba de los niños de las mujeres del vecindario que trabajaban en las fábricas y mercados.

El parto de Sunja no fue problemático. El niño era largo y estaba bien formado, y el trabajo de parto, aunque fuera aterrador para la nueva madre, fue breve. Por suerte para la matrona, el bebé no llegó en mitad de la noche sino para interrumpirla mientras hacía la cena. Okja esperaba que su nuera, que vivía con ellos, no hubiera quemado la cebada otra vez.

—Tranquila, tranquila. Lo has hecho muy bien —dijo Okja a la niña que estaba aún llorando por su madre—. El niño es muy fuerte y guapo. ¡Mira todo ese cabello negro! Ahora deberías descansar un poco. El niño necesitará que lo alimentes pronto —la aconsejó, antes de levantarse para marcharse—. Malditas sean estas rodillas.

La matrona se frotó las rodillas y las espinillas y se levantó lentamente, asegurándose de dar tiempo suficiente a la familia para buscar algo de dinero.

Kyunghee sacó su monedero y le entregó tres yenes.

La mujer no parecía impresionada.

—Si tienes alguna pregunta, ven a buscarme.

Kyunghee le dio las gracias; se sentía como una madre ella misma. El niño era precioso. Le dolía el corazón al mirar su carita, la mata de pelo azabache y sus ojos de un negro azulado. Le recordaba a Sansón, el personaje de la Biblia.

Después de bañar al bebé en la palangana abollada que normalmente usaba para salar la col, se lo entregó a Isak envuelto en una toalla limpia.

—Eres padre —dijo Kyunghee, sonriendo—. Es guapo, ¿verdad?

Isak asintió, más satisfecho de lo que imaginaba que se sentiría.

—*Uh-muh*, tengo que hacer sopa para Sunja. Debe tomar sopa ahora

mismo.

Kyunghee fue a ver a Sunja, que ya se había quedado dormida, y dejó a Isak con el niño en la sala de estar. En la cocina, mientras empapaba las algas secas en agua fría, rezó para que su marido volviera a casa pronto.

Por la mañana, la casa parecía diferente. Kyunghee no había dormido. Yoseb no había vuelto todavía. Isak había intentado mantenerse despierto, pero ella lo había mandado a dormir porque tenía que dar un sermón por la mañana y trabajar en la iglesia todo el domingo. Sunja dormía tan profundamente que roncaba. Solo despertaba para amamantar; el niño se enganchaba bien de su pecho y protestaba muy poco. Kyunghee había limpiado la cocina, preparado el desayuno y cosido unas camisetas para el bebé mientras esperaba a Yoseb. Cada pocos minutos, miraba la ventana.

Mientras Isak terminaba de desayunar, Yoseb entró en la casa oliendo a cigarrillo. Tenía las gafas sucias y una barba incipiente. Tan pronto como Kyunghee lo vio, fue a la cocina a por su desayuno.

—Hermano, ¿estás bien? —le preguntó Isak, incorporándose. Yoseb asintió—. El bebé ha nacido. Es un niño —añadió con una sonrisa.

Yoseb se sentó en el suelo junto a la mesa baja de acacia, una de las pocas cosas que había traído de Corea. Tocó la madera y pensó en sus padres.

Kyunghee le colocó la bandeja de comida delante.

—Sé que estás enfadado conmigo, pero deberías comer algo y descansar —le dijo, acariciándole la espalda.

—Hermano, siento lo que ha pasado —dijo Isak—. Sunja es muy joven y estaba preocupada por nosotros. La deuda, en realidad, era mía, y...

—Yo puedo ocuparme de esta familia —replicó Yoseb.

—Es verdad, pero yo te he puesto una carga sobre los hombros que tú no habías anticipado. He sido yo quien te ha colocado en esta posición. La culpa es mía. Sunja pensaba que estaba ayudando.

Yoseb entrelazó las manos. No podía estar en desacuerdo con Isak ni enfadarse con él. Era duro ver el rostro triste de su hermano. Isak necesitaba ser protegido, como una delicada pieza de porcelana. Yoseb se había pasado la noche acunando una botella de *doburoku* en un bar frecuentado por coreanos cerca de la estación de ferrocarril, preguntándose si había sido buena idea traer al frágil Isak a Osaka. ¿Cuánto tiempo viviría Isak? ¿Qué

ocurriría si Sunja, después de todo, no era una buena mujer? Kyunghee estaba muy unida a la chica y, cuando llegara el bebé, tendrían una boca más que alimentar. Sus padres y sus suegros contaban con él. El bar estaba abarrotado de hombres que bebían y reían, pero en el sórdido local que olía a calamar quemado y a alcohol no había ni un alma que no estuviera preocupado por el dinero y aterrorizado por no saber cómo cuidar de su familia en aquella tierra extranjera y difícil.

Yoseb se cubrió la cara con las manos.

—Hermano, eres un buen hombre. Sé cuánto trabajas —dijo Isak. Yoseb estaba llorando—. ¿Perdonarás a Sunja por no hablar contigo primero? ¿Me perdonarás a mí por obligarte a contraer una deuda? ¿Podrás perdonarnos?

Yoseb no dijo nada. El prestamista lo vería como al resto de hombres que vivían de sus mujeres, trabajadoras de fábricas o empleadas domésticas. Su esposa y su cuñada embarazada habían pagado su deuda con lo que probablemente era un reloj robado. ¿Qué podía hacer él?

—Tienes que irte a trabajar, ¿no? —le preguntó Yoseb—. Es domingo.

—Sí. Kyunghee me ha dicho que se quedará aquí con Sunja y el bebé.

—Entonces vamos —dijo Yoseb.

Perdonaría. Era demasiado tarde para cualquier otra cosa.

Cuando los hombres salieron de la casa, Yoseb tomó la mano de su hermano.

—Ahora eres padre.

Isak sonrió.

—Sí.

—Bien —dijo Yoseb.

—Quiero que tú elijas su nombre —le pidió Isak—. Tardaríamos un montón de tiempo en escribir a padre y esperar su respuesta. Tú eres el cabeza de familia aquí...

—No debería ser yo.

—Debes ser tú.

Yoseb tomó aliento. Miró la calle vacía y se le ocurrió.

—Noa.

—Noa —repitió Isak, sonriendo—. Sí. Es estupendo.

—Noa... Porque obedeció e hizo lo que el Señor le pidió. Noa... Porque

creyó cuando era imposible hacerlo⁵.

—Quizá deberías dar tú el sermón de hoy —dijo Isak, dando una palmadita en la espalda a su hermano.

Los dos caminaron rápidamente hacia la iglesia, cerca el uno del otro; uno alto, frágil y decidido y el otro bajo, poderoso y rápido.

¹ Romanos 8:28.

² 1 Tesalonicenses 5:21.

³ Canción folclórica coreana que desde 2012 forma parte del Patrimonio Cultural de la Unesco.

⁴ Estribillo de *Great is Thy Faithfulness*, himno cristiano escrito por Thomas Chisholm a principios del siglo xx.

⁵ Se trata del Noé de la Biblia.

LIBRO II

Madre patria

1939 – 1962

«Creí que no importaba cuántas colinas y arroyos cruzases: el mundo entero era Corea y todos los que vivían en él eran coreanos».

Park Wan-suh

1

Osaka, 1939

Yoseb inhaló profundamente y se detuvo en la entrada... listo para recibir la embestida de un niño de seis años que había esperado toda la semana su bolsa de caramelos masticables. Abrió la puerta delantera, preparándose para lo que vendría.

Pero no ocurrió nada.

No había nadie en la sala de estar. Yoseb sonrió. Noa debía estar escondido.

—¡Yobo! He llegado —gritó en dirección a la cocina.

Cerró la puerta a su espalda.

Después de sacar el paquete de caramelos del bolsillo de su abrigo, dijo dramáticamente:

—Vaya, me pregunto dónde estará Noa. Supongo que no está en casa, así que yo me comeré sus caramelos. O los guardaré para su hermano. Quizá hoy sería un buen día para que el bebé Mozasu probara su primer caramelo. ¡Nunca se es demasiado pequeño para una golosina! Ya tiene un mes. ¡Antes de que me dé cuenta, Mozasu y yo jugaremos a luchar, justo como hago con Noa! Así que necesita algunos caramelos de calabaza para hacerse más fuerte.

Como no oyó un solo sonido, Yoseb abrió el crujiente papel con un ademán ostentoso y simuló que se metía un trozo de caramelo en la boca.

—Vaya, ¡este es el mejor caramelo de calabaza que la *ajumma* de los cerdos ha hecho nunca! ¡Yobo! —gritó—. ¡Ven aquí, tienes que probar esto! ¡Está realmente bueno! —dijo, haciendo ruidos como si masticara mientras buscaba detrás del baúl y del biombo, los lugares donde Noa solía esconderse.

La sola mención a su hermano pequeño, Mozasu, debería haber hecho que el niño saliera de su escondite. Aunque normalmente se portaba bien, últimamente le habían reñido por chingar a su hermano pequeño siempre que tenía la oportunidad.

Yoseb miró en la cocina, pero no había nadie allí. La estufa estaba fría al tacto y las guarniciones se hallaban en la pequeña mesa junto a la puerta. La cacerola del arroz se encontraba vacía. La cena siempre estaba hecha cuando él llegaba a casa. La cazuela de la sopa, medio llena de agua, con patatas y cebollas en su interior, esperaba que la pusieran al fuego. Las cenas del sábado eran las favoritas de Yoseb, porque no trabajaba los domingos, y todavía no había nada preparado. Después de una tranquila cena de sábado, la familia iba junta a los baños públicos. Abrió la puerta trasera de la cocina y sacó la cabeza, solo para mirar las canaletas sucias. En la casa de al lado, la hija mayor de la *ajumma* de los cerdos estaba preparando la cena para su familia y ni siquiera miró desde su ventana abierta.

Debían estar en el mercado, suponía. Yoseb se sentó en un cojín de la habitación principal y abrió uno de sus muchos periódicos. Columnas de palabras impresas sobre la guerra flotaban ante sus ojos: Japón salvaría a China llevando avances tecnológicos a una economía rural; Japón terminaría con la pobreza en Asia y la haría próspera; Japón protegería Asia de las manos perniciosas del imperialismo occidental; y solo Alemania, el verdadero e intrépido aliado de Japón, estaba luchando contra los demonios de Occidente. Yoseb no se creía nada de eso, pero la propaganda era ineludible. Cada día, leía tres o cuatro periódicos para espigar alguna verdad de los huecos y coincidencias. Aquella noche, todos los periódicos repetían prácticamente lo mismo; los censores debían haber trabajado mucho la noche anterior.

En el silencio de la casa, Yoseb empezó a impacientarse. Quería su cena. Aunque Kyunghee hubiera ido a comprar algo al mercado, no había razón para que Sunja, Noa y el bebé se marcharan también. Isak seguiría en la iglesia, sin duda. Yoseb se puso los zapatos.

En la calle nadie sabía dónde se hallaba su esposa y, cuando llegó a la iglesia, su hermano tampoco estaba allí. El despacho estaba vacío excepto por el grupo habitual de mujeres que, sentadas en el suelo con la cabeza inclinada, murmuraban sus oraciones.

Esperó mucho tiempo hasta que las mujeres levantaron las cabezas.

—Perdonad, ¿habéis visto al pastor Baek o al pastor Yoo?

Las mujeres, *ajummas* de mediana edad que iban a rezar a la iglesia casi cada noche, sabían que era el hermano mayor del pastor Baek.

—Se lo han llevado —exclamó la más anciana—, y también al pastor Yoo y al chico chino, Hu. Tiene que ayudarlo...

—¿Qué?

—La policía los arrestó esta mañana. Cuando fueron al santuario sintoísta para la ceremonia, uno de los líderes locales notó que Hu estaba murmurando las palabras del Padrenuestro cuando se suponía que debía estar jurando lealtad al Emperador. El agente de policía que supervisaba el acto preguntó a Hu, y el muchacho le dijo que aquella ceremonia era idolatría y que no lo haría más. El pastor Yoo intentó explicar al policía que el muchacho estaba mal informado y que no pretendía decir eso, pero Hu lo negó. El pastor Baek también intentó quitar hierro al asunto, pero Hu dijo que estaba dispuesto a meterse en el horno encendido. ¡Igual que Sidrac, Misac y Abdénago! ¿Conoce esa historia?⁶

—Sí, sí —dijo Yoseb, molesto por tanto entusiasmo religioso—. ¿Están en comisaría ahora?

Las mujeres asintieron.

Yoseb se marchó corriendo.

Noa estaba sentado en los peldaños de la comisaría de policía. Tenía en brazos a su hermano pequeño, que estaba dormido.

—Tío —susurró el niño, sonriendo aliviado—. Me pesa mucho.

—Eres un buen hermano, Noa —dijo Yoseb—. ¿Dónde está tu tía?

—Está dentro. —Ladeó la cabeza hacia la comisaría, ya que no podía usar las manos—. Tío, ¿puedes coger a Mozasu? Me duelen los brazos.

—¿Puedes esperar aquí un poco más? Volveré ahora mismo, o mandaré a tu madre.

—*Umma* me ha dicho que me dará una golosina si no pellizco a Mozasu y lo dejo dormir. No dejan bebés dentro —dijo Noa con seriedad—. Pero tengo hambre. Llevan ahí muchísimo rato.

—Yo también te daré una golosina, Noa. Volveré ahora mismo —insistió Yoseb.

—Pero, tío... Mo pesa...

—Sí, Noa, pero tú eres muy fuerte.

Noa enderezó los hombros y se sentó recto. No quería decepcionar a su tío, que era su adulto favorito.

Yoseb estaba a punto de abrir la puerta de la comisaría, pero se giró al escuchar la voz del niño.

—Tío, ¿qué hago si Mozasu llora?

—Cántale una canción mientras caminas de un lado a otro. Como hacía yo contigo cuando tú tenías su edad. ¿Lo recuerdas?

—No, no lo recuerdo —dijo Noa, al borde de las lágrimas.

—Volveré ahora mismo.

La policía no les dejaba ver a Isak. Las mujeres estaban esperando en el interior de la comisaría y Sunja salía cada pocos minutos para ver a Noa y a Mozasu, ya que no se permitía la entrada a los niños. Kyunghee estaba junto al mostrador de recepción, ya que era ella quien hablaba japonés. Cuando Yoseb entró en la sala de espera, Kyunghee contuvo el aliento y lo expulsó lentamente. Sunja estaba encorvada, llorando.

—¿Tienen a Isak? —les preguntó Yoseb.

Kyunghee asintió.

—Tienes que hablar en voz baja —le dijo su esposa, acariciando la espalda de Sunja—. No sabemos quién podría estar escuchando.

—Las mujeres de la iglesia me han contado lo que ocurrió. ¿Por qué formó tanto lío ese muchacho? Solo era una reverencia —susurró Yoseb. En Corea, el gobierno colonial reunía a los cristianos cada mañana para hacerlos postrarse en los santuarios. En Japón, los líderes de la comunidad voluntarios los obligaban a hacerlo solo una o dos veces a la semana—. ¿Hay alguna fianza que podamos pagar?

—No creo —dijo Kyunghee—. El policía nos dijo que nos fuéramos a casa, pero esperamos por si lo dejaban salir...

—Isak no puede estar en la cárcel —dijo Yoseb—. No puede.

Yoseb se acercó al mostrador e hizo una reverencia profunda.

—Mi hermano tiene mala salud, señor; ha sido así desde que era niño y

sería difícil para él estar encerrado. Acaba de recuperarse de una tuberculosis. ¿Hay algún modo de que pueda marcharse a casa y volver a comisaría mañana para ser interrogado? —preguntó Yoseb, usando el japonés honorífico.

El agente negó con la cabeza educadamente, indiferente a aquellas peticiones. Las celdas estaban llenas de coreanos y chinos que, según sus familiares, tenían un problema grave de salud que debería excluirlos de pasar tiempo en la cárcel. Aunque el policía lo sentía por el hombre que estaba suplicando por su indolente hermano, no había nada que pudiera hacer. El sacerdote estaría encarcelado mucho tiempo... Aquellos activistas religiosos siempre lo estaban. En época de guerra, debían establecerse medidas severas contra los agitadores, por el bien de la seguridad nacional. Sin embargo, sería absurdo decir todo eso. Los coreanos causaban problemas y después ponían excusas.

—Usted y las mujeres deberían marcharse a casa. El sacerdote está siendo interrogado y no podrán verlo. Están malgastando su tiempo.

—Verá, señor, mi hermano no se opone al Emperador ni al gobierno en ningún sentido. Nunca ha estado involucrado en ningún tipo de actividad contra el gobierno —dijo Yoseb—. Mi hermano no está interesado en política, y estoy seguro de que él...

—No se le permiten visitas. Si resulta absuelto de todos los cargos, puede estar seguro de que será liberado y enviado a casa. —El agente sonrió educadamente—. Nadie quiere mantener en la cárcel a un hombre inocente.

El policía lo creía de verdad: el gobierno japonés era justo y razonable.

—¿Hay algo que pueda hacer? —le preguntó Yoseb en voz baja, palmeándose los bolsillos en busca de su cartera.

—No hay nada que usted o yo podamos hacer —contestó el agente, irritado—. Y espero que no esté sugiriendo un soborno. Un intento así solo agravaría el delito de su hermano. Sus compañeros y él se negaron a mostrar lealtad al Emperador. Es un delito grave.

—No pretendía ofender. Le suplico perdón por mis tontas palabras... Yo jamás insultaría su honor, señor.

Yoseb se habría arrastrado por el suelo de la comisaría si eso hubiera liberado a Isak. Su hermano mayor, Samoel, había sido el valiente, el que se había enfrentado a la policía con audacia y elegancia, pero Yoseb sabía que no él no era ningún héroe. Habría pedido más dinero prestado y vendido su

casa si la policía hubiera aceptado un soborno a cambio de la libertad de Isak; Yoseb no veía sentido a que nadie muriera por su país o algún otro gran ideal. Él solo entendía de supervivencia y familia.

El policía se ajustó las gafas y miró sobre el hombro de Yoseb, aunque no había nadie más allí.

—¿Podría llevar a sus mujeres a casa? Este no es lugar para ellas. El niño y el bebé están fuera. Los coreanos siempre dejan que sus niños jueguen en las calles, incluso de noche. Deberían estar en casa. Si no se ocupan de sus hijos, algún día terminarán en la cárcel —dijo el agente, que parecía agotado—. Su hermano se quedará aquí esta noche. ¿Lo comprende?

—Sí, señor. Gracias, señor. Siento las molestias. ¿Podría traerle sus cosas esta noche?

El policía contestó pacientemente:

—Por la mañana. Puede traerle ropa y comida. Sin embargo, no se permiten libros religiosos. Además, todo material de lectura debe estar en japonés. — El tono de voz del agente era tranquilo y reflexivo—. Desafortunadamente, no puede recibir visitas. Lo siento mucho.

Yoseb quería creer que aquel hombre uniformado no era malo: era solo otro hombre haciendo un trabajo que no le gustaba, cansado al final de la semana. Puede que él también quisiera su cena y un baño. Yoseb se consideraba una persona racional, y era demasiado simplista creer que todos los policías japoneses eran malvados. Además, necesitaba creer que había gente decente vigilando a su hermano; la alternativa era insoportable.

—Entonces traeremos sus cosas mañana por la mañana —dijo Yoseb, mirando a los ojos cautos del agente—. Gracias, señor.

—Cómo no.

El hombre inclinó la cabeza ligeramente.

Dejaron que Noa se comiera todo el caramelo y que jugara fuera, y mientras Sunja preparaba la cena en la cocina, Yoseb respondió las preguntas de Kyunghhee. Llevaba a Mozasu atado a la espalda con una manta corta.

—¿Puedes contactar con alguien? —le preguntó, calmada.

—¿Con quién?

—Los misioneros canadienses —sugirió—. Los conocimos hace algunos años. ¿Recuerdas? Eran muy agradables e Isak dijo que enviaban dinero

regularmente para la iglesia. Quizá ellos podrían explicar a la policía que los sacerdotes no hicieron nada malo.

Kyunghee caminaba en pequeños círculos y Mozasu balbuceaba alegremente.

—¿Cómo podría contactar con ellos?

—¿Por carta?

—¿Puedo escribirles en coreano? ¿Cuánto tiempo tardarían en recibir la carta y contestar? ¿Cuánto tiempo sobrevivirá Isak en...?

Sunja entró en la habitación, desató a Mozasu de la espalda de Kyunghee y se lo llevó a la cocina para amamantarlo. El aroma de la cebada cocida llenó la pequeña casa.

—No creo que los misioneros hablen coreano. ¿Puedes conseguir a alguien que te ayude a escribir una carta en japonés? —le preguntó Kyunghee.

Yoseb no dijo nada. Les escribiría una carta de algún modo, pero no entendía por qué iba a importar a la policía lo que un misionero canadiense tuviera que decir cuando había una guerra en marcha. Una carta tardaría en llegar al menos un mes.

Sunja regresó con Mozasu.

—He reunido algunas cosas para él. ¿Puedo llevarlas mañana por la mañana? —preguntó.

—Yo las llevaré —dijo Yoseb—. Antes de ir a trabajar.

—¿Puedes pedir ayuda a tu jefe? Quizá escuchen a un japonés —sugirió Kyunghee.

—Shimamura no ayudaría a nadie que estuviera en la cárcel. Él cree que los cristianos son rebeldes. La gente que lideró el Primero de Marzo era cristiana, todos los japoneses lo saben. Ni siquiera le digo que voy a la iglesia. No sabe nada. Me despediría si pensara que estoy involucrado en algún tipo de actividad de protesta. Y, entonces, ¿qué sería de nosotros? No hay trabajo para la gente como yo.

Nadie dijo nada después de eso. Sunja llamó a Noa, que seguía en la calle. Era la hora de cenar.

2

Cada mañana, Sunja caminaba hasta la comisaría de policía y les entregaba tres *onigiris* de cebada y mijo. Si había dinero para un huevo de gallina, lo hervía y humedecía en soja y vinagre para acompañar el modesto almuerzo. Nadie sabía con seguridad si recibía la comida. Todos los del vecindario conocían a alguien que había estado en la cárcel y los distintos relatos eran preocupantes en el mejor de los casos y aterradores en el peor. Yoseb no hablaba de Isak, pero su arresto lo había alterado considerablemente. Su cabello, antes de un negro azabache, tenía parches de gris, y sufría intensos dolores estomacales. Dejó de escribir a sus padres porque no podía contarles lo de Isak, así que lo hacía Kyunghée en su lugar, poniendo excusas. En las comidas, Yoseb apartaba gran parte de su ración para Noa, que comía a su lado en silencio. Yoseb y Noa compartían un dolor inmenso por la ausencia de Isak.

A pesar de las numerosas apelaciones personales, nadie había conseguido ver a Isak, pero la familia creía que estaba vivo porque la policía no les había dicho lo contrario. El anciano sacerdote y el sacristán seguían en prisión y la familia esperaba que los tres se apoyaran de algún modo, aunque nadie sabía dónde retenían a los reclusos. Un día después del arresto, la policía acudió a la casa para confiscar los pocos libros y documentos de Isak. Las idas y venidas de la familia eran vigiladas; un detective los visitaba cada pocas semanas para hacer preguntas. La policía clausuró la iglesia, aunque la congregación seguía reuniéndose en secreto en pequeños grupos conducidos por los mayores de la iglesia. Kyunghée, Sunja y Yoseb nunca se reunían con los parroquianos por miedo a ponerlos en peligro. Para entonces, la mayoría de los misioneros extranjeros en Corea y Japón habían regresado a sus países

de origen. Era raro ver a una persona blanca en Osaka. Yoseb había escrito a los misioneros canadienses sobre Isak, pero no había recibido respuesta.

Bajo una considerable coacción, la autoridad competente de la Iglesia Presbiteriana había declarado que la ceremonia forzosa en los santuarios sintoístas era un deber cívico en lugar de uno religioso, aunque el Emperador, jefe de la religión estatal, era visto como una deidad viva. Yoo, un pastor creyente y pragmático, creía que la ceremonia en el santuario donde se exigía que los vecinos se reunieran, era de hecho un ritual pagano para fomentar el sentimiento nacionalista. Aunque la idolatría era un pecado, Yoo había animado a Isak, a Hu y a sus parroquianos a realizar la ceremonia por el bienestar de la comunidad. No quería que sus feligreses, muchos de ellos recién llegados a la fe, fueran sacrificados por la predecible respuesta del gobierno a la desobediencia: prisión y muerte. El pastor Yoo encontraba apoyo a sus ideas en las cartas del apóstol Pablo. Así que, siempre que se celebraba una de estas ceremonias en el santuario más cercano, cuya frecuencia variaba de ciudad en ciudad, el pastor, Isak y Hu asistían junto a todos los demás presentes en la iglesia en ese momento. Sin embargo, debido a su mala visión, el anciano no había sabido que el sacristán Hu murmuraba el Padrenuestro en bucle mientras se postraba, salpicaba agua y entrelazaba las manos como todos los demás. Isak lo había visto, por supuesto, pero no había dicho nada. Si acaso, había admirado su fe y la valentía de aquel gesto de resistencia.

El arresto de Isak había obligado a Sunja a pensar qué ocurriría si llegaba a pasar lo impensable. ¿Le pediría Yoseb que cogiera a sus hijos y se marchara? ¿A dónde iría, y cómo llegaría allí? ¿Cómo mantendría a sus hijos? Kyunghee no le pediría que se marchara, pero aun así... ella no era más que una esposa. Sunja debía tener un plan y dinero por si debía regresar a casa de su madre con sus hijos.

Así que tenía que trabajar. Sería vendedora ambulante. Que una mujer como su madre aceptara huéspedes y trabajara junto a su marido para ganar dinero era una cosa, pero era totalmente distinto que una joven se detuviera en un mercado para vender comida a desconocidos, gritando hasta quedarse ronca. Yoseb había intentado prohibirle que se pusiera a trabajar, pero ella no le había escuchado. Con lágrimas bajando por su rostro, había dicho a su

cuñado que Isak querría que ella ganara dinero para los estudios de los chicos. Ante eso, Yoseb cedió. Sin embargo, prohibió a Kyunghee que trabajara fuera de casa, y su esposa obedeció. Le permitía preparar los encurtidos con Sunja, pero no podía venderlos. Yoseb no podía protestar demasiado, porque la familia necesitaba dinero desesperadamente. En cierto sentido, las dos mujeres intentaron obedecer a Yoseb en su desobediencia; no querían hacerle daño desafiándolo, pero la carga financiera se había vuelto imposible de mantener por un solo hombre.

Su primer día vendiendo tuvo lugar una semana después de que Isak fuera encarcelado. Después de dejar la comida de su marido en la cárcel, se dirigió al mercado con un carrito de madera que contenía una enorme jarra de arcilla llena de *kimchi*. El mercado abierto de Ikaino era un conjunto de tiendas modestas donde vendían artículos del hogar, tela, esteras y artilugios eléctricos, y una colección de vendedores ambulantes con tortitas caseras de cebolleta, rollos de sushi y pasta de soja.

Kyunghee cuidaba de Mozasu en casa. Cerca de los vendedores de *gochujang* y *doenjang*, Sunja vio a dos coreanas jóvenes vendiendo cortezas de trigo. Empujó su carrito hacia ellas con la intención de colocarse entre el puesto de cortezas y el de pasta de soja.

—No puedes apestar nuestra zona —dijo la mayor de las dos vendedoras de cortezas—. Vete a otro lado.

Señaló la zona del pescado.

Cuando Sunja se acercó a las coreanas que vendían anchoas y algas secas, estas fueron incluso más desagradables.

—Si no mueves tu asqueroso carrito, haré que mis hijos se meen en tu olla. ¿Te has enterado, paleta? —la amenazó una mujer alta que llevaba un pañuelo blanco en la cabeza.

Sunja no pudo contestar, porque estaba muy sorprendida. Ninguna de ellas vendía *kimchi* y el olor del *doenjang* también era fuerte.

Siguió caminando hasta que no vio más *ajummas* y terminó cerca de la entrada de la estación de ferrocarril, donde se vendían los pollos vivos. El intenso hedor de las carcasas de animales era abrumador. Había un espacio suficientemente grande para su carrito entre el vendedor de carne de cerdo y las gallinas.

Con un cuchillo gigantesco, el carnicero japonés estaba cortando un puerco del tamaño de un niño. A sus pies había un cubo grande lleno de sangre. En

la mesa que tenía delante había dos cabezas de cerdo. El carnicero era un señor mayor de brazos fuertes y venas pronunciadas. Sudaba abundantemente, y sonrió al verla.

Sunja aparcó su carrito en el espacio vacío junto al puesto del hombre. Siempre que un tren se detenía, podía sentir su desaceleración bajo las sandalias. Los pasajeros salían y muchos de ellos entraban en el mercado, pero ninguno se detenía ante su carrito. Intentó no llorar. Tenía los pechos cargados de leche y añoraba estar en casa con Kyunghee y Mozasu. Se secó la cara con las mangas, intentando recordar cómo lo hacían las mejores *ajummas* del mercado de su localidad.

—*¡Kimchi! ¡Delicioso kimchi! ¡Pruebe nuestro delicioso kimchi y no volverá a hacerlo en casa!* —gritó. Los transeúntes se giraban para mirarla y Sunja, mortificada, apartaba la mirada. Nadie compraba nada. Cuando terminó con el cerdo, el carnicero se lavó las manos, le dio veinticinco senes y Sunja le llenó un envase. No parecía importarle que ella no hablara japonés. El hombre dejó el envase de *kimchi* junto a las cabezas de cerdo y buscó su almuerzo detrás. Entonces colocó un poco de *kimchi* con los palillos sobre el arroz blanco y lo probó.

—*¡Oishi! ¡Oishi nee! Honto oishi* —dijo, sonriendo.

Sunja se inclinó ante él.

A la hora de comer, Kyunghee le llevó a Mozasu para que lo amamantara y Sunja recordó que no tenía más opción que recuperar el coste de la col, el rábano y las especias. Al final del día, debía tener más dinero del que habían gastado.

Kyunghee vigiló el carrito mientras Sunja amamantaba al bebé de cara al muro.

—Yo me asustaría —dijo Kyunghee—. ¿Sabes que te dije que quería ser una *ajumma* del *kimchi*? Creo que no era consciente de lo que se sentiría al estar aquí. Eres muy valiente.

—¿Qué opción tenemos? —dijo Sunja, mirando a su hermoso bebé.

—¿Quieres que me quede aquí? Puedo esperar contigo.

—Te meterías en problemas —contestó Sunja—. Deberías estar en casa cuando Noa vuelva del colegio, y tienes que hacer la cena. Siento no poder ayudarte con las labores, hermana.

—Lo que yo tengo que hacer es fácil —dijo Kyunghee.

Eran casi las dos de la tarde y, a medida que el sol se alejaba, el aire parecía

más fresco.

—No volveré a casa hasta que venda la olla entera.

—¿De verdad?

Sunja asintió. Su bebé, Mozasu, se parecía a Isak. No se parecía en nada a Noa, que tenía la piel aceitunada y un cabello fuerte y reluciente. Los ojos brillantes de Noa se fijaban en todo. Excepto por la boca, Noa era casi idéntico a un joven Hansu. En el colegio, atendía durante las lecciones, esperaba su turno y recibía multitud de halagos porque era un estudiante excelente. Había sido un bebé bueno y Mozasu también era un bebé feliz, encantado de estar en los brazos de cualquier desconocido. Cuando pensaba en cuánto quería a sus niños, se acordaba de sus padres. Sunja se sentía muy lejos de su madre y su padre. En ese momento estaba junto a una ruidosa estación de tren, intentando vender *kimchi*. No había vergüenza en su trabajo, pero no era eso lo que sus padres habían querido para ella. No obstante, sabía que ellos habrían deseado que ganara dinero, sobre todo en esas circunstancias.

Cuando Mozasu terminó de comer, Kyunghee colocó dos rollitos de azúcar y una botella de leche en polvo reconstituida sobre el carrito.

—Tienes que comer, Sunja. Estás dando el pecho y eso no es fácil, ¿verdad? Tienes que beber un montón de agua y de leche.

Kyunghee se giró para que Sunja pudiera ponerle a Mozasu en la bandolera que llevaba a la espalda. Kyunghee se aseguró al bebé con fuerza alrededor de su torso.

—Iré a casa, esperaré a Noa y haré la cena. Tú vuelve pronto a casa, ¿de acuerdo? Somos un buen equipo.

La pequeña cabeza de Mozasu descansaba entre los delgados omoplatos de Kyunghee, y Sunja los observó mientras se alejaban. Cuando estuvieron lejos, gritó:

—¡*Kimchi!* ¡Delicioso *kimchi!* ¡*Kimchi!* ¡Delicioso *kimchi!* ¡*Oishi desu!* ¡*Oishi kimchi!*

Aquel sonido, el sonido de su propia voz, le parecía familiar no porque fuera su voz sino porque le recordaba a todas las veces que había ido de niña al mercado: primero con su padre, más tarde sola, después anhelando ver a su amante. El coro de mujeres voceando siempre la había acompañado, y ahora se unía a ellas.

—¡*Kimchi!* ¡*Kimchi!* ¡*Kimchi* casero! ¡El *kimchi* más delicioso de Ikaino!

¡Más sabroso que el de vuestras abuelas! ¡*Oishi desu, oishi!*

Intentaba sonar alegre porque, en Corea, ella siempre había frecuentado a las *ajummas* más simpáticas. Cuando los transeúntes miraban en su dirección, inclinaba la cabeza y sonreía.

—¡*Oishi!* ¡*Oishi!*

El carnicero levantó la mirada de su mostrador y sonrió, orgulloso.

Aquella tarde, Sunja no regresó a casa hasta que pudo ver el fondo de la cazuela de *kimchi*.

Sunja conseguía vender todo el *kimchi* que Kyunghee y ella hacían y su habilidad en el mercado le había proporcionado una especie de fuerza. Si pudieran hacer más, estaba segura de que se vendería también, pero la fermentación llevaba tiempo y no siempre era posible encontrar los ingredientes adecuados. Aunque consiguieran unas ganancias decentes, el precio de las coles podía dispararse la semana siguiente o peor, podían no estar disponibles. Cuando no había col en el mercado, las mujeres encurtían rábanos, pepinos, ajos o cebolletas, y a veces Kyunghee lo hacía con zanahorias o berenjenas sin ajo ni pasta de guindilla, porque los japoneses preferían ese tipo de preparaciones. Sunja pensaba en la tierra todo el tiempo. El pequeño huerto tras la casa de su madre les había proporcionado todo lo necesario, incluso cuando los huéspedes comían el doble de lo que pagaban. El precio de la comida fresca no dejaba de subir y los obreros no podían permitirse las cosas más básicas. Recientemente, algunos clientes preguntaban si era posible comprar una taza de *kimchi* porque no podían permitirse comprar un frasco entero.

Si no había *kimchi* ni encurtidos, vendía otras cosas. Asaba batatas y castañas; hervía mazorcas de maíz. Tenía dos carritos que enganchaba como los vagones de un tren: un carrito con un hornillo improvisado de carbón y otro solo para los encurtidos. Los carritos ocupaban la mayor parte de la cocina porque tenían que guardarlos dentro de casa por miedo a que los robaran. Sunja dividía los beneficios a partes iguales con Kyunghee y ahorraba cada sen que podía para los estudios de los chicos y para los billetes de vuelta a casa en caso de que tuvieran que marcharse.

Cuando Mozasu cumplió cinco meses, Sunja empezó a vender también caramelo en el mercado. Los productos agrícolas eran cada vez más escasos

y, por azar, Kyunghée consiguió dos sacos de azúcar moreno a precio de mayorista de un tendero japonés cuyo cuñado trabajaba en el ejército.

En su punto habitual junto al puesto del carnicero, Sunja atizó las brasas debajo del cuenco de metal que usaba para fundir el azúcar. La caja de acero que utilizaba como hornillo había estado dándole problemas; tan pronto como pudiera permitírsele, planeaba adaptar una hornilla de verdad a su carrito. Se subió las mangas y movió las brasas para que circulara el aire y aumentara la temperatura.

—*Agasshi*, ¿hoy tienes *kimchi*?

Era una voz de hombre y Sunja levantó la mirada. Tenía la edad de Isak e iba vestido como su cuñado: pulcro pero sin llamar demasiado la atención sobre sí mismo. Iba bien afeitado y tenía las uñas limpias. Los cristales de sus gafas eran muy gruesos y la gruesa montura desmerecía sus bonitos rasgos.

—No, señor. Hoy no hay *kimchi*, solo caramelo. Aunque no está listo todavía.

—Oh. ¿Cuándo volverás a tener *kimchi*?

—Es difícil saberlo. No hay mucha col en el mercado y la última remesa de *kimchi* todavía no está lista —dijo Sunja, y volvió a las brasas.

—¿Un día o dos? ¿Una semana?

La mujer levantó la mirada de nuevo, sorprendida por su insistencia.

—El *kimchi* podría estar listo en unos tres días. Si el tiempo sigue siendo cálido, podrían ser dos, señor. Pero no creo que sea tan pronto —dijo Sunja sin emoción, esperando que él la dejara con la elaboración del caramelo. A veces vendía un par de bolsas a las jóvenes que bajaban del tren a aquella hora.

—¿Cuánto *kimchi* tendrás cuando esté listo?

—Tendré de sobra para venderle. ¿Sabe cuánto va a querer? A la mayoría de mis clientes les gusta traer sus propios recipientes. ¿Cuánto cree que necesitará? —Sus clientes eran coreanas que trabajaban en fábricas y no tenían tiempo para hacer su propio *banchan*. Cuando vendía dulces, sus clientes eran niños y mujeres jóvenes—. Vuelva dentro de tres días. Si trae su propio recipiente...

El joven se rio y se ajustó las gafas.

—Bueno, estaba pensando que quizá podrías venderme todo lo que tengas.

—¡No puede comer tanto *kimchi*! ¿Y cómo guardará el resto para que se mantenga fresco? —contestó Sunja, negando con la cabeza ante aquella

tontería—. Dentro de un par de meses será verano, y ya hace calor.

—Lo siento. Debería haberme explicado. Mi nombre es Kim Changho y soy el gerente del restaurante *yakiniku* que hay junto a la estación Tsuruhashi. Han llegado hasta allí noticias de tu excelente *kimchi*.

Sunja se limpió las manos en el delantal que llevaba sobre su chaleco acolchado de algodón, manteniendo un ojo sobre las brasas.

—Es mi cuñada quien sabe lo que hace en la cocina. Yo solo vendo y la ayudo a preparar.

—Sí, sí, también me han contado eso. Bueno, estoy buscando a alguien que haga todo el *kimchi* y el *banchan* para el restaurante. Podría conseguirte col y...

—¿Dónde, señor? ¿Dónde consigue la col? Hemos buscado por todas partes. Mi cuñada va al mercado cada mañana temprano y aun así...

—Yo puedo conseguirla —dijo él, sonriendo.

Sunja no sabía qué decir. El cuenco de metal para hacer el caramelo ya estaba caliente y era el momento de añadir el azúcar y el agua, pero no quería empezar en ese momento. Si aquella persona hablaba en serio, era importante que la escuchara. Oyó la llegada del tren. Ya había perdido su primera oleada de clientes.

—¿Dónde dice que está su restaurante?

—Es el restaurante grande en la calle tras la estación de tren. En la misma calle que la farmacia... Ya sabe, la de ese boticario japonés tan delgado, Okada. El que lleva unas gafas negras como las mías.

Se empujó las gafas por la nariz y sonrió como un niño.

—Oh, sé dónde está la farmacia.

Allí iban todos los coreanos cuando estaban realmente enfermos y dispuestos a pagar por buenas medicinas. Okada no era un hombre amistoso pero era honrado y tenía fama de poder curar varios males.

El joven no parecía querer aprovecharse de ella, pero no podía estar segura. En los pocos meses que llevaba trabajando como vendedora, había fiado a varios clientes que después no le habían pagado. La gente estaba dispuesta a mentir en las cosas más pequeñas.

Kim Changho le entregó su tarjeta.

—Aquí está la dirección. ¿Puedes traer tu *kimchi* cuando esté terminado? Tráelo todo. Te pagaré en efectivo y te conseguiré más col.

Sunja asintió sin decir nada. Si solo tenía un cliente para el *kimchi*, tendría

más tiempo para hacer otras cosas para vender. Lo más difícil era conseguir col; si aquel hombre podía encontrarla, el trabajo sería mucho más fácil. Kyunghée había estado peinando el mercado con Mozasu a la espalda para encontrar los escasos ingredientes y a menudo regresaba a casa con la cesta casi vacía. Sunja prometió llevarle lo que tenía.

El restaurante tenía la entrada en la calle paralela a la estación de tren. A diferencia del resto de negocios cercanos, su letrero había sido maravillosamente dibujado por un cartelista profesional. Las dos mujeres admiraron las grandes letras negras talladas y pintadas en una enorme placa de madera. Se preguntaban qué significarían esas palabras. Era obviamente un restaurante de *galbi* coreano (el olor de la carne asada llegaba a dos manzanas de distancia) pero el letrero tenía intrincados caracteres japoneses que ninguna de ellas sabía leer. Sunja agarró el manillar de los carritos cargados con el *kimchi* que habían elaborado en las últimas semanas y tomó aliento profundamente. Si las ventas de *kimchi* del restaurante eran estables, tendrían una ganancia regular. Podría comprar huevos más a menudo para las comidas de Isak y Noa y conseguir lana gruesa para Kyunghée, que quería hacer abrigos nuevos a Yoseb y Noa.

Yoseb pasaba poco tiempo en casa y no dejaba de quejarse de la visión y el olor de los ingredientes del *kimchi* esparcidos por la cocina. No quería vivir en una fábrica de *kimchi*. Su descontento era la razón principal por la que las mujeres preferirían vender caramelo, pero el azúcar era mucho más difícil de encontrar que la col o las batatas. Aunque Noa no se quejaba, el olor del *kimchi* lo afectaba a él más que a nadie. Se burlaban de él y lo acosaban tanto como al resto de niños coreanos del colegio, pero ahora que su ropa limpia olía constantemente a cebolla, pimiento, ajo y pasta de gamba, el propio profesor había hecho que Noa se sentara al fondo de la clase cerca del grupo de niños coreanos cuyas madres criaban cerdos en casa. Todo el colegio llamaba *buta* a los niños que vivían con cerdos. Noa, cuyo *tsumei* era Nobuo, se sentaba con los niños *buta* y lo llamaban «caca de ajo».

En casa, Noa pedía a su tía meriendas y almuerzos que no contuvieran ajo, esperando que eso evitara que los niños le dijeran cosas malas. Cuando Kyunghée le preguntó por qué, Noa le contó la verdad. Aunque costaban

más, Kyunghée compraba al niño rollos de pan de leche para desayunar y le preparaba *korokke* de patata o *yakisoba* para su almuerzo en el colegio.

Los niños eran implacables, pero Noa no discutía con ellos; en lugar de eso, se esforzaba más en sus estudios y, para sorpresa de sus profesores, era siempre el primero o segundo en el ranking académico de su clase de segundo. En el colegio no tenía ningún amigo y no salía a jugar a la calle con los niños coreanos. La única persona a la que esperaba con ganas era a su tío, pero aquellos días, cuando Yoseb estaba en casa, no era el mismo.

Kyunghée y Sunja se detuvieron en silencio delante del restaurante, incapaces de entrar. La puerta se encontraba entreabierta, pero no estaba abierto al público. A pesar del entusiasmo inicial de Kyunghée ante la perspectiva de vender más *kimchi*, se había mostrado razonablemente escéptica y se había negado a dejar que Sunja fuera sola a un lugar desconocido. Insistió en acompañarla con Mozasu a su espalda. No le dijeron a Yoseb a dónde iban, pero planeaban contárselo todo después de la primera reunión.

—Me quedaré aquí fuera con el carrito, esperándote —dijo Kyunghée mientras daba palmaditas rítmicas a Mozasu con su mano derecha. El bebé descansaba tranquilo en la bandolera que llevaba a la espalda.

—¿No debería llevar el *kimchi* dentro? —dijo Sunja.

—¿Por qué no le pides que salga él?

—Podemos entrar ambas.

—Esperaré fuera. Pero entraré si no sales pronto, ¿de acuerdo?

—Pero ¿cómo empujarás el carrito y...?

—Puedo empujar el carrito. Mozasu está bien.

El bebé había apoyado la cabeza en su espalda, adormilado, y ella seguía balanceándose constantemente.

—Entra, yo esperaré. Pero pídele a Kim Changho que salga. No te quedes hablando con él ahí dentro, ¿de acuerdo?

—Pero creía que hablaríamos las dos con él.

Sunja miró fijamente a su cuñada sin saber qué debía hacer y entonces se le ocurrió que Kyunghée tenía miedo de entrar en el restaurante. Si no lo hacía y su marido le preguntaba qué había pasado, podría decir sinceramente que ella estuvo fuera todo el tiempo.

3

Abril, 1940

Aquel era el segundo restaurante al que entraba en su vida. El comedor principal era casi cinco veces más grande que el restaurante de *udon* al que había ido con Isak en Busan. El persistente olor de la carne quemada y los cigarrillos rancios de la noche anterior le arañaba la garganta. Había dos hileras de mesas sobre una plataforma elevada cubierta por tatamis. Debajo de ella había un espacio para los zapatos de los clientes. En la cocina abierta, un joven con una camiseta blanca lavaba vasos de cerveza de dos en dos. Con el agua corriendo y el repiqueteo de los vasos, no escuchó a Sunja entrar en el restaurante; la mujer lo miró mientras seguía concentrado en su trabajo, esperando que la viera.

El hombre del mercado no había especificado la hora del día a la que debía aparecer con el *kimchi*, y a ella no se le había ocurrido preguntar si debía acudir por la mañana o por la tarde. Kim Changho no estaba a la vista. ¿Y si había salido, o solo iba a trabajar por las tardes o noches? Si se marchaba sin hablar con nadie, Kyunghee tampoco sabría qué hacer. Su cuñada se preocupaba mucho y Sunja no quería inquietarla.

El agua dejó de caer en el fregadero y el muchacho, agotado tras el turno de noche, estiró el cuello de lado a lado. Al ver a la mujer se sorprendió. Esta llevaba unos pantalones japoneses y una chaqueta acolchada azul descolorida de tanto usarla.

—*Agasshi*, el restaurante está cerrado —le dijo en coreano. No era un cliente, pero tampoco parecía una mendiga.

—Discúlpame. Siento molestarte, pero ¿sabes dónde está Kim Changho? Me pidió que trajera el *kimchi*. No estaba segura de cuándo...

—¡Oh! ¡Eres tú! —El joven sonrió, aliviado—. El jefe acaba de salir. Me dijo que fuera a buscarlo si venías hoy. ¿Por qué no te sientas a esperar? ¿Has traído el *kimchi*? Los clientes llevan semanas quejándose de las guarniciones. ¿Vas a trabajar aquí, entonces? Oye, ¿qué edad tienes?

El muchacho se secó las manos y abrió la puerta de atrás de la cocina. La chica nueva parecía simpática, pensó. La última *ajumma* del *kimchi* había sido una abuela sin dientes que gritaba sin razón a la que habían despedido por beber demasiado. Aquella muchacha parecía más joven que él.

Sunja estaba confusa.

—Espera, ¿Kim Changho no está aquí?

—Siéntate. ¡Volveré ahora mismo!

El chico se marchó corriendo.

Sunja miró a su alrededor y, al darse cuenta de que estaba sola, salió.

Kyunghee susurró:

—El bebé se ha dormido.

Estaba sentada en la banqueta que normalmente colgaba del lateral del carro. El sol brillaba en el cielo y una brisa ligera soplaba contra los esponjosos mechones de cabello y la suave frente de Mozasu. Era muy temprano y apenas había gente por la calle. La farmacia ni siquiera había abierto todavía.

—Hermana, el gerente está de camino. ¿Todavía quieres esperar fuera? —le preguntó Sunja.

—Estaré bien aquí. Tú entra y espera junto a la ventana para que pueda verte. Pero sal cuando él llegue, ¿de acuerdo?

Sunja volvió al restaurante pero no se atrevió a sentarse, así que se mantuvo a un metro de distancia de la puerta. Sabía que podría haber vendido aquel *kimchi* en el mercado. Estaba allí porque el hombre decía que podía conseguir col... Solo eso era suficiente para que lo esperara. Sin la col, no habría trato.

—¡Qué alegría verte! —exclamó Changho, entrando por la puerta de la cocina—. ¿Has traído el *kimchi*?

—Mi cuñada está fuera, vigilando el carrito. Hemos traído mucho.

—Espero que puedas hacer más.

—Ni siquiera lo ha probado —dijo Sunja con calma, confusa por su entusiasmo.

—Eso no me preocupa. He hecho mis deberes. He oído que es el *kimchi* más delicioso de Osaka —dijo, caminando rápidamente hacia ella—.

Salgamos, entonces.

Kyunghee se inclinó tan pronto como lo vio, pero no habló.

—Hola, soy Kim Changho —dijo a Kyunghee, un poco sorprendido por la belleza de la mujer. No sabía qué edad tendría, pero el bebé que llevaba a su espalda no tenía más de seis meses.

Kyunghee no dijo nada. Parecía una muda nerviosa y adorable.

—¿Ese es tu bebé? —le preguntó.

Kyunghee negó con la cabeza, mirando a Sunja. Aquello no era como hablar con los mercaderes japoneses, algo que tenía que hacer para comprar alimentos o cosas que necesitaba para la casa. Yoseb le había dicho en numerosas ocasiones que el dinero y los negocios eran asuntos de hombres, y de repente se sentía incapaz de decir nada. Antes de llegar allí, había planeado ayudar a Sunja con las negociaciones, pero en ese momento sentía que, si decía algo, no serviría de nada o estaría mal.

—¿Sabe cuánto *kimchi* necesitará? —le preguntó Sunja—. Habitualmente, quiero decir. ¿Quiere esperar a hacer una oferta después de probar esta remesa?

—Me quedaré con todo lo que podáis hacer, pero preferiría que lo hicierais aquí. Tengo frigoríficos y un sótano muy frío que podría servir bien para la tarea.

—¿En la cocina? ¿Quiere que aderece las coles aquí? —Sunja señaló la puerta del restaurante.

—Sí —contestó con una sonrisa—. Podéis venir por la mañana para preparar el *kimchi* y las guarniciones. Tengo cocineros que vienen por la tarde para cortar la carne y preparar las marinadas, pero no pueden ocuparse del *kimchi* y el *banchan*. Ese tipo de preparación requiere más habilidad. Los clientes quieren encurtidos caseros. Cualquier idiota puede hacer un adobo o una carne a la parrilla, pero los clientes necesitan una buena variedad de *banchan* para sentir que están cenando como reyes, ¿no os parece? —Sabía que todavía se sentían incómodas ante la idea de trabajar en la cocina de un restaurante—. Además, no querréis que envíe cajas y cajas de coles y verduras a vuestra casa, ¿verdad? Eso no sería cómodo.

—No podemos trabajar en un restaurante —susurró Kyunghee a Sunja—. Deberíamos hacer el *kimchi* en casa. Podrían enviar a alguien a recogerlo, si nosotras no podemos traerlo todo.

—No lo entendéis. Necesito que hagáis mucha, mucha más cantidad de la

que habéis estado haciendo. Necesito *kimchi* y *banchan* para dos restaurantes, aunque este es el mejor ubicado y el que tiene la cocina más grande. Yo os proporcionaré todos los ingredientes, solo tenéis que decirme qué queréis. Os pagaría un buen salario.

Kyunghee y Sunja lo miraron sin comprender qué quería decir.

—Treinta y cinco yenes a la semana. Cada una recibiríais la misma cantidad, así que serían setenta yenes en total.

Sunja abrió la boca, sorprendida. Yoseb ganaba cuarenta yenes a la semana.

—Y, de vez en cuando, podríais llevaros carne a casa —añadió Kim, sonriendo—. Haremos todo lo posible para que disfrutéis trabajando aquí. Quizá podríamos añadir algunos cereales. Y si necesitáis muchas cosas para vuestro uso personal, os cobraré lo que nosotros pagamos por ellas. Todo eso lo resolveremos más tarde.

Después de pagar los ingredientes, Sunja y Kyunghee se embolsarían entre diez y doce yenes a la semana. Si ganaran setenta yenes a la semana, el dinero dejaría de ser una preocupación. En casa nadie había comido pollo o pescado en los últimos seis meses debido al precio; comprar ternera o cerdo había sido imposible. Cada semana compraban huesos para la sopa y derrochaban en el huevo ocasional para los hombres, pero Sunja quería que los chicos, Isak y Yoseb comieran otras cosas además de patatas y mijo. Con ese sueldo, podrían enviar más dinero a sus padres, que estaban sufriendo más de lo que dejaban entrever.

—¿Y podría estar en casa cuando mi hijo mayor, Noa, vuelva del colegio? —preguntó Sunja sin poder contenerse.

—Sí, por supuesto —dijo Kim, como si ya lo hubiera pensado—. Podrías marcharte cuando hubieras terminado con tu trabajo. Supongo que podrías acabar incluso antes de la hora del almuerzo.

—¿Y mi bebé? —Sunja señaló a Mozasu, que dormía en la espalda de Kyunghee—. ¿Puedo traerlo? Él podría estar en la cocina sin nosotras.

Sunja sería incapaz de dejarlo con una de las agobiadas abuelas del vecindario que cuidaban de los niños de las obreras. Cuando no había nadie que los vigilara en casa o si no podían permitirse pagar a las abuelas, algunas mujeres del mercado ataban a sus pequeños a sus carritos con cuerdas; los niños parecían felices, andorreando por ahí o sentados junto a sus madres mientras jugaban con sus juguetes baratos.

—El bebé no causaría muchas molestias —dijo Sunja.

—¿Por qué no? Mientras el trabajo se haga, no me importa que lo traigas. A la hora en la que trabajaréis no hay clientes, así que no molestará. Si tienes que quedarte hasta más tarde y tu hijo mayor quiere venir aquí desde el colegio, tampoco pasará nada. No hay clientes hasta la cena.

Sunja asintió. No tendría que pasar otro frío invierno en la calle, esperando a los clientes y preocupada por Noa y Mozasu.

Viendo que Kyunghee parecía más nerviosa que contenta ante aquella oferta de trabajo que lo cambiaría todo, Sunja dijo:

—Tenemos que consultarlo. Para obtener permiso...

Después de retirar los platos de la cena, Kyunghee llevó a su marido una taza de té de cebada y su cenicero para que pudiera fumar. Sentado con las piernas cruzadas cerca de su tío, Noa jugaba con la peonza de alegres colores que Yoseb le había comprado; la veía girar como si estuviera hipnotizado. El juguete de madera hacía un agradable zumbido contra el suelo. Sunja, que tenía a Mozasu en brazos, observaba a Noa mientras jugaba y se preguntaba cómo estaría Isak. Desde su arresto, Sunja apenas hablaba en casa por miedo a molestar a su cuñado, cuyo temperamento se había alterado mucho. Cuando se enfadaba, se marchaba de casa; a veces, ni siquiera se molestaba en volver hasta muy tarde. Las mujeres sabían que Yoseb se opondría a que trabajaran en el restaurante.

Después de que Yoseb encendiera su cigarrillo, Kyunghee le habló del restaurante. Necesitaban el trabajo, dijo, usando la palabra «trabajo» en lugar de «dinero».

—¿Has perdido la cabeza? ¿Primero prepararéis comida para venderla debajo de un puente junto a una estación de tren y ahora las dos queréis trabajar en un restaurante donde los hombres beben y apuestan? ¿Sabes qué tipo de mujeres van a sitios así? ¿Qué será lo próximo, servir bebidas a los...?

El cigarrillo sin fumar de Yoseb se agitó entre sus dedos temblorosos. No era un hombre violento, pero ya había tenido suficiente.

—¿Has entrado a ese restaurante? —preguntó a su esposa, sin creerse por completo aquella conversación.

—No —contestó Kyunghee—. Me quedé fuera con el bebé, pero era un sitio grande y limpio. Lo vi a través de la ventana. Fui a la reunión con Sunja por si el sitio no era bueno, para que ella no fuera sola. El gerente, Kim

Changho, es un joven educado, deberías conocerlo. No trabajaremos allí si tú no nos das permiso. *Yobo...*

Kyunghee sabía lo enfadado que estaba y se sentía muy mal por ello. No respetaba a nadie más que a Yoseb. Las mujeres siempre se quejaban de sus maridos pero ella no podía decir nada malo sobre él: Yoseb era una persona de fiar que mantenía su palabra. Hacía todo lo que podía para salir adelante y era honrado. Cuidaba de ellos lo mejor que podía.

Yoseb apagó su cigarrillo. Noa dejó de girar su peonza; el niño parecía asustado.

—Puede que, si lo conoces...

Kyunghee sabía que tenían que aceptar aquel trabajo, pero también sabía que su marido se sentiría humillado. Él nunca le había negado nada, excepto la posibilidad de trabajar para ganar dinero. Yoseb creía que el hombre debía ser capaz de mantener a su familia y que la mujer debía permanecer en casa.

—Te pagaría a ti en lugar de a nosotras; podríamos ahorrar el dinero para los niños de Isak y enviar más a tus padres. Podríamos comprar comida mejor para Isak, y enviarle ropa. No sabemos cuándo va a...

Kyunghee se detuvo. Noa se acercó más a su tío, como para protegerlo. El niño acarició la pierna de su tío del mismo modo que su tío le acariciaba la espalda cuando se caía o estaba desanimado por algo que había pasado en el colegio.

Aunque su cabeza estaba llena de argumentos, Yoseb no podía hablar. Tenía dos trabajos a jornada completa como supervisor de dos fábricas de Shimamura, que le pagaba la mitad del salario de un capataz japonés. Recientemente había reparado las imprentas de una fábrica coreana después del trabajo, pero no podía contar con ese ingreso habitualmente. No había mencionado ese último trabajo a su esposa porque prefería que ella pensara que era capataz en lugar de mecánico. Antes de llegar a casa, se frotaba las manos con un cepillo de cerdas y usaba lejía diluida para sacar las manchas de aceite de la maquinaria de debajo de sus uñas. Por mucho que trabajara, nunca había suficiente dinero: los billetes y las monedas desaparecían de sus bolsillos como si estos tuvieran agujeros.

Japón estaba en problemas; el gobierno lo sabía pero nunca admitiría la derrota. La guerra en China no amainaba. Los hijos de su jefe estaban luchando por Japón. El mayor, al que habían enviado a Manchuria, había perdido una pierna el año anterior y después había muerto por la gangrena, y

el más joven había sido enviado a Nanjing para ocupar su lugar. Shimamura había mencionado que Japón estaba en China para estabilizar la región y mantener la paz, pero ni siquiera él parecía creer en esas palabras. Los japoneses estaban hasta el cuello en la guerra en Asia y había rumores de que pronto serían aliados de Alemania en la guerra en Europa.

¿A Yoseb le importaba algo de aquello? Asentía en los momentos adecuados y gruñía afirmativamente cuando su jefe hablaba de la guerra, porque se suponía que tenía que asentir cuando el jefe le contaba sus historias. Sin embargo, todos los coreanos a los que conocía consideraban absurda la guerra que Japón había desplegado en Asia. China no era Corea; China no era Taiwán. China podía perder un millón de personas y seguir adelante. Podían caer algunas zonas, pero era una nación inconmensurablemente grande que aguantaría solo con su resolución y sus números. ¿Los coreanos querían que Japón ganara? Joder, no, pero ¿qué sería de ellos si ganaban los enemigos de Japón? ¿Se salvarían? No parecía probable. Sálvate el culo: en esto era en lo que los coreanos creían. Salva a tu familia. Llénate la barriga. Presta atención y sé escéptico con aquellos que están al mando. Si los nacionalistas coreanos no consiguen recuperar su país, haz que tus hijos aprendan japonés e intenta seguir adelante. Adáptate. ¿No era tan sencillo como eso? Por cada patriota luchando por una Corea libre, por cada traidor luchando por Japón, había diez mil compatriotas que solo intentaban llevar un plato a la mesa. Al final, tu estómago es tu emperador.

Yoseb pasaba preocupado por el dinero cada minuto de cada día. Si se caía muerto, ¿qué ocurriría? ¿Qué tipo de hombre dejaría que su esposa trabajara en un restaurante? Él conocía aquel local de *galbi*... ¿Y quién no? Había tres, el principal junto a la estación de ferrocarril. Los mafiosos cenaban allí. Los propietarios tenían los precios altos para alejar a la gente normal y a los japoneses. Cuando Yoseb necesitó dinero prestado para los billetes de Isak y Sunja, fue allí. ¿Qué era peor, que su mujer trabajara para prestamistas o que él les debiera dinero? Para un coreano, las opciones eran siempre una mierda.

4

Mayo, 1942

Noa Baek no era como el resto de niños de ocho años del barrio. Cada mañana antes de ir al colegio se frotaba la cara hasta que sus mejillas estaban rosas, ponía tres gotas de aceite en su cabello negro y se peinaba hacia atrás como su madre le había enseñado a hacer. Después de un desayuno de gachas de cebada y sopa de miso, se lavaba la boca y comprobaba sus dientes blancos en el espejo de mano pequeño y redondo junto al lavabo. Por muy cansada que estuviera su madre, siempre se aseguraba de planchar las camisas de Noa la noche anterior. Con su ropa limpia y planchada, Noa parecía un niño japonés de clase media de una parte más rica de la ciudad, sin parecido alguno con los niños sucios del gueto al otro lado de su puerta.

En el colegio, a Noa se le daban bien las matemáticas y la lengua, y sorprendió al profesor de gimnasia con su buena coordinación y su velocidad. Cuando las clases terminaban, ordenaba los estantes y barría el suelo de la clase sin que se lo pidieran y se marchaba a casa solo, intentando no llamar demasiado la atención. El chico conseguía no parecer asustado ante los matones y procuraba mantener las distancias, un perímetro de tranquila intimidad que no podía ser perturbada. Cuando llegaba a casa, iba directamente a hacer sus deberes sin detenerse en la calle con los niños vecinos que jugaban hasta la hora de la cena.

Cuando su madre y su tía trasladaron el negocio del *kimchi* al restaurante, la casa dejó de oler constantemente a col fermentada y encurtidos. Noa esperaba que ya no lo llamaran caca de ajo. Si acaso, su casa olía menos a comida que el resto del vecindario porque su madre y su tía la traían ya cocinada del

restaurante. Una vez a la semana, Noa comía carne a la parrilla y arroz blanco.

Como todos los niños, Noa tenía secretos, pero los suyos no eran ordinarios. En el colegio prefería usar su nombre japonés, Nobuo Boku, en lugar de Noa Baek, aunque todos los de su clase sabían que era coreano. Cuando conocía a alguien que no lo sabía, ocultaba ese detalle. Hablaba y escribía japonés mejor que la mayoría de los niños nativos. En clase, temía la mención de la península donde sus padres habían nacido y miraba su cuaderno si el profesor mencionaba algo sobre la colonia de Corea. El otro secreto de Noa era su padre, un sacerdote protestante que estaba en la cárcel desde hacía más de dos años.

El chico intentaba recordar el rostro de su padre, pero no podía. Cuando le pedían que hablara de su familia como deberes de clase, Noa decía que su padre trabajaba como capataz en una fábrica de galletas; si algún niño deducía que Yoseb era su padre, Noa no lo corregía. El gran secreto que ocultaba a su madre, a su tía e incluso a su querido tío era que ya no creía en Dios. Dios había permitido que su amable y bondadoso padre fuera a la cárcel aunque no había hecho nada malo. Durante dos años, Dios no había respondido a sus oraciones, aunque su padre le había prometido que el Señor escuchaba con mucha atención los rezos de los niños. Pero sobre todos los demás secretos, había uno del que Noa no podía hablar: quería ser japonés. Su sueño era abandonar Ikaino y no regresar jamás.

Una tarde de finales de primavera, Noa regresó a casa del colegio y encontró la merienda que le había dejado su madre antes de irse a trabajar esperándolo en la mesa baja donde la familia comía y donde Noa hacía sus tareas. Sediento, fue a la cocina a buscar un poco de agua y, cuando volvió a la sala de estar, gritó. Junto a la puerta había un hombre flaco y sucio derrumbado en el suelo.

Incapaz de levantarse, el hombre apoyó el peso de su torso en el hueco de su codo izquierdo e intentó impulsarse para sentarse, pero no lo consiguió.

¿Debía gritar de nuevo?, se preguntó Noa. ¿Quién lo ayudaría? Su madre y sus tíos estaban en el trabajo, y nadie lo había oído la primera vez. El mendigo no parecía peligroso; estaba enfermo y sucio, pero no podía ser un ladrón. Su tío lo había advertido sobre los ladrones que entraban en las casas

buscando comida o cosas de valor. Tenía cincuenta senes en el bolsillo de su pantalón; había estado ahorrándolos para un libro ilustrado sobre arquería.

El hombre estaba sollozando y Noa se sintió mal por él. Había mucha gente pobre en su calle, pero nadie tenía tan mal aspecto como aquel hombre. El rostro del mendigo estaba cubierto de ampollas y costras negras. Noa buscó en su bolsillo y sacó la moneda. Temiendo que el hombre le agarrara la pierna, se acercó solo lo suficiente para colocarla en el suelo cerca de la mano del hombre. Planeaba retroceder hasta la cocina y correr a la puerta trasera para buscar ayuda, pero el llanto del hombre lo hizo detenerse.

Miró con atención el rostro de barba gris del hombre. Tenía la ropa rasgada y sucia pero parecía uno de los trajes oscuros que llevaba el director de su colegio.

—Soy *appa* —dijo el hombre.

Noa contuvo el aliento y negó con la cabeza.

—¿Dónde está tu madre, niño?

Era su voz. Noa dio un paso adelante.

—*Umma* está en el restaurante —contestó.

—¿Dónde?

Isak estaba confuso.

—Iré a por ella. Iré a por *umma*. ¿Estás bien?

El niño no sabía qué hacer. Todavía tenía un poco de miedo, aunque aquel hombre era sin duda su padre. Los ojos amables bajo los pronunciados pómulos y la piel escamosa eran los mismos. Puede que su padre tuviera hambre. Los huesos de sus hombros y codos, bajo su ropa, parecían ramas de árboles.

—¿Quieres comer algo, *appa*?

Noa señaló la merienda que su madre le había dejado: dos bolas de cebada y mijo.

Isak negó con la cabeza, sonriendo ante la preocupación del niño.

—*Aga*... ¿Puedes traerme un poco de agua?

Cuando Noa regresó de la cocina con el vaso de agua fría, encontró a su padre derrumbado con los ojos cerrados.

—¡*Appa!* ¡*Appa!* ¡Despierta! ¡Te he traído agua! Bebe agua, *appa* —gritó Noa.

Isak abrió los ojos con un parpadeo; sonrió al ver al niño.

—*Appa* está cansado, Noa. *Appa* va a dormir.

—*Appa*, bebe agua.

El niño le sostuvo el vaso.

Isak levantó la cabeza y tomó un trago largo, después cerró los ojos de nuevo.

Noa se inclinó cerca de la boca de su padre para comprobar su respiración. Fue a buscar su almohada y la metió bajo la frondosa cabeza gris de Isak. Lo cubrió con una colcha gruesa y cerró la puerta delantera sin hacer ruido. Corrió hasta el restaurante tan rápido como pudo.

Noa entró en el comedor precipitadamente, pero nadie se fijó en él. A ninguno de los hombres que trabajaban allí le molestaba la presencia de aquel muchacho educado que nunca decía mucho más de sí y no. El pequeño de dos años, Mozasu, estaba durmiendo en el almacén; cuando estaba despierto no paraba quieto, pero dormido parecía la estatua de un ángel. El gerente Kim nunca se quejaba de los hijos de Sunja. Les compraba juguetes y tebeos y de vez en cuando vigilaba a Mozasu mientras trabajaba en la trastienda.

—*Uh-muh*. —Kyunghee levantó los ojos de su trabajo y se alarmó al ver a Noa, sin aliento y pálido, en la cocina—. Estás sudando. ¿Estás bien? Pronto habremos terminado. ¿Tienes hambre?

Estaba agachada y se levantó para prepararle algo de comer, pensando que había ido solo porque se sentía solo.

—*Appa* ha vuelto a casa. Parece enfermo. Está durmiendo en el suelo.

Sunja, que había esperado a que Noa hablara sin decir nada, se secó las manos húmedas en el delantal.

—¿Puedo irme? ¿Podemos marcharnos ya?

Nunca antes se había marchado temprano.

—Yo me quedaré aquí y terminaré. Vete tú. Date prisa. Iré cuando haya terminado.

Sunja tomó a Noa de la mano.

Mientras caminaba calle abajo, Sunja gritó: «¡Mozasu!», y Noa la miró.

—*Umma*, la tía lo llevará a casa —le dijo tranquilamente.

Ella le agarró la mano con más fuerza y caminó rápidamente hacia la casa.

—Tú siempre me tranquilizas, Noa. Siempre me tranquilizas.

Cuando no había nadie alrededor podía ser cariñosa con su hijo. Se suponía que los padres no debían alabar a sus hijos, lo sabía; eso sería una invitación al desastre. Pero su padre siempre la felicitaba cuando hacía algo bien, tenía la costumbre de tocarle la coronilla o darle una palmadita en la espalda incluso cuando no había hecho nada. Los vecinos habrían reprendido a cualquier otro por malcriar a una hija, pero nadie se atrevía a decir nada a aquel padre tullido asombrado por la perfección de los rasgos simétricos y de las extremidades normales de su hija. Disfrutaba viéndola caminar, hablar y hacer sumas sencillas de cabeza. Ahora que ya no estaba, Sunja atesoraba las palabras amables y cariñosas de su padre como gemas preciosas. Nadie debía esperar alabanzas, y menos una mujer, pero sus padres la habían querido. Ella había sido la niña de sus ojos. Quería que Noa supiera lo que era eso, y daba gracias a Dios con todo su ser por bendecirla con sus niños. Los días en los que le parecía imposible vivir otro día más en la casa del hermano de su marido, en los que le resultaba impensable trabajar durante todo el día y levantarse antes del alba para ir a la cárcel a entregar la comida de su marido, Sunja pensaba en su padre, que nunca le había dicho una mala palabra. Él le había enseñado que los niños eran una delicia, que sus hijos eran su delicia.

—¿Parecía muy enfermo? —le preguntó Sunja.

—No sabía si era él. *Appa* siempre iba muy limpio y bien vestido, ¿*nee*?

Sunja asintió. Se había dicho a sí misma hacía mucho que debía esperar lo peor. Los mayores de su iglesia le habían advertido que solían enviar a los prisioneros coreanos a casa cuando estaban a punto de morir, para que no fallecieran en la cárcel. Los prisioneros recibían palizas, los mataban de hambre y los obligaban a estar desnudos para debilitarlos. Justo aquella mañana, Sunja había ido a la cárcel para llevarle comida y la muda de camisetas limpias de aquella semana. Su cuñado tenía razón: su marido no había recibido nada de lo que le enviaban. Mientras caminaba con su hijo por la bulliciosa calle, ajenos a la multitud, se le ocurrió que nunca había pensado en preparar a su hijo para el regreso de Isak. Había estado tan ocupada preparándose para su muerte, trabajando y ahorrando dinero, que no había pensado qué sentiría el muchacho ante el regreso de su padre o, lo que era peor, su muerte. Sentía mucho no haberlo preparado. Verlo así debió ser una conmoción terrible para Noa.

—¿Has merendado? —le preguntó, sin saber qué otra cosa decir.

—Dejé la merienda para *appa*.

Pasaron junto a una pequeña muchedumbre de alegres estudiantes uniformados que salía de una confitería comiendo dulces. Noa bajó la mirada, pero no soltó la mano de su madre. Conocía a los niños, pero ninguno de ellos era amigo suyo.

—¿Tienes deberes?

—Sí, pero los haré cuando llegue a casa, *umma*.

—Nunca me das ningún problema —le dijo, sintiendo sus cinco dedos perfectos entre los suyos, y se sintió agradecida por su solidez.

Sunja abrió la puerta lentamente. Isak estaba en el suelo, dormido. Se arrodilló junto a su cabeza. La piel oscura y moteada se extendía sobre sus cuencas y pómulos. Su cabello y su barba eran casi blancos; parecía años mayor que su hermano Yoseb. Ya no era el guapo joven que la había rescatado de su desgracia. Sunja le quitó los zapatos y los calcetines agujereados. Costras secas de sangre cubrían sus plantas agrietadas y heridas.

El último dedo de su pie izquierdo se había vuelto negro.

—*Umma* —dijo Noa.

—¿Sí? —le preguntó, mirándolo.

—¿Quieres que vaya a buscar al tío?

—Sí —consintió Sunja, intentando no llorar—. Puede que Shimamura no lo deje marcharse temprano, Noa. Si no puede marcharse, dile que yo estoy con Isak. No queremos que el tío se meta en problemas en el trabajo. ¿De acuerdo?

Noa salió corriendo de la casa. No se molestó en cerrar la puerta y la brisa despertó a Isak, que abrió los ojos para ver a su esposa sentada a su lado.

—*Yobo...* —dijo.

Sunja asintió.

—Estás en casa. Estamos muy contentos de que hayas vuelto a casa.

Isak sonrió. Sus dientes, antes rectos y blancos, estaban negros o no estaban, y tenía la fila inferior totalmente rota.

—Has sufrido mucho.

—El sacristán y el pastor murieron ayer. Yo debería haber muerto hace mucho tiempo —dijo. Sunja negó con la cabeza, incapaz de hablar—. Estoy en casa. He imaginado esto cada día, cada minuto. Quizá por eso estoy aquí. Qué difícil debe haber sido para ti.

Su esposa negó con la cabeza y se secó la cara con la manga.

Las mujeres coreanas y chinas que trabajaban en la fábrica sonrieron al ver a Noa. El delicioso aroma de las galletas de trigo recién horneadas lo recibió. Una muchacha que empaquetaba galletas junto a la puerta le susurró en coreano lo alto que se estaba poniendo y le señaló la espalda de su tío. Estaba agachado sobre el motor de la máquina de galletas. La fábrica era larga y estrecha, diseñada como un túnel amplio para facilitar la supervisión de los trabajadores; el propietario había colocado la imponente máquina de galletas junto a su despacho, y la cinta transportadora se movía hacia las filas paralelas de trabajadoras. Yoseb llevaba unas gafas de seguridad y estaba trasteando en el interior del panel de servicio con un par de alicates. Él era el capataz y mecánico de la fábrica.

El estruendo de la pesada máquina bloqueaba el sonido de las conversaciones. Se suponía que las muchachas no podían hablar, pero si susurraban y usaban las mínimas expresiones faciales era casi imposible pillarlas. Cuarenta mujeres solteras, contratadas por sus dedos ligeros y su pulcritud general, empaquetaban veinte finas galletas de trigo en cajas de madera que serían enviadas a los oficiales del ejército en China. Por cada dos galletas rotas se descontaba a las muchachas un sen de su sueldo, lo que las obligaba a trabajar con cuidado además de rápido. Si se comían aunque solo fuera una esquina rota de una galleta, eran despedidas inmediatamente. Al final del día, la más joven reunía las galletas rotas en una cesta forrada de tela, las ponía en bolsas pequeñas y se marchaba al mercado a venderlas con descuento. Si no se vendían, Shimamura vendía las galletas por un precio mínimo a las chicas que habían completado más cajas sin error. Yoseb nunca se llevaba galletas rotas a casa, porque las muchachas ganaban muy poco dinero e incluso aquellas migas de galleta significaban mucho para ellas.

Shimamura, el propietario, estaba sentado en su despacho acristalado del tamaño de un armario de las escobas. El ventanal de cristal le permitía supervisar el trabajo de las chicas. Si descubría algo inadecuado, llamaba a Yoseb y le pedía que advirtiera una vez a la empleada en cuestión. A la segunda advertencia, la muchacha era enviada a casa sin sueldo aunque hubiera trabajado seis días. Shimamura tenía un cuaderno azul con la lista de advertencias junto a los nombres de las mujeres, escritas con su bonita letra.

A su capataz, Yoseb, no le gustaba castigar a las chicas, y Shimamura veía esto como un ejemplo más de la debilidad coreana. El propietario de la fábrica creía que si todos los países asiáticos fueran operados con la eficiencia, atención al detalle y alto nivel de organización japonesa, Asia entera prosperaría y se levantaría, capaz incluso de derrotar al inmoral Occidente. Shimamura se consideraba a sí mismo una persona justa con el corazón demasiado tierno, lo que explicaba que contratara extranjeros aunque muchos de sus amigos no lo hicieran. Cuando le señalaban la naturaleza descuidada de los extranjeros, él replicaba que cómo aprenderían si los japoneses no los enseñaban a rechazar la incompetencia y la pereza. Shimamura creía que había que observar ciertas normas.

Noa había estado en la fábrica solo una vez y a Shimamura no le había gustado. Un año antes, Kyunghee enfermó con fiebre alta y se desmayó en el mercado, así que enviaron a Noa a buscar a Yoseb. Shimamura había permitido de mala gana que Yoseb se ocupara de su mujer. A la mañana siguiente, explicó a su capataz que aquel incidente no se repetiría. ¿Cómo iba a dirigir dos fábricas llenas de máquinas sin la presencia de un mecánico competente?, le preguntó Shimamura. Si la esposa de Yoseb se ponía enferma de nuevo, tendría que confiar en un vecino o un miembro de la familia; Yoseb no podía marcharse de la fábrica a mitad de la jornada. Las galletas eran pedidos de guerra que tenían que enviarse a tiempo. Aquellos hombres estaban arriesgando sus vidas para luchar por el país; todas las familias debían hacer sacrificios.

De modo que, cuando Shimamura volvió a ver al niño solo un año después de aquella charla incómoda que no hubiera querido tener, se puso furioso. Abrió su periódico y fingió no ver al niño que tocaba la espalda de su tío.

Yoseb se giró, sorprendido.

—*Uh-muh*, Noa, ¿qué estás haciendo aquí?

—*Appa* está en casa.

—¿De verdad?

—¿Puedes venir ahora? —le preguntó Noa. Su boca formó una pequeña O roja.

Yoseb se quitó las gafas y suspiró.

Noa cerró la boca y bajó la mirada. Su tío tendría que pedir permiso, como su madre había tenido que pedírselo a la tía Kyunghee o al señor Kim, igual que él tenía que preguntar a su profesor si podía ir al baño. A veces, cuando

el día era soleado, Noa soñaba con ir a la bahía de Osaka sin decírselo a nadie. Había estado allí una vez con su padre, una tarde de sábado cuando era muy pequeño, y siempre había pensado que sería agradable volver.

—¿Está bien?

Yoseb estudió la expresión de Noa.

—El pelo de *appa* se ha vuelto gris. Está muy sucio. *Umma* está con él. Me ha dicho que, si tú no puedes venir, no pasa nada. Solo quería que lo supieras. Que supieras que *appa* está en casa.

—Sí, está bien. Me alegro de saberlo.

Yoseb miró a Shimamura, que tenía el periódico abierto y fingía leer aunque no había duda de que estaba observándolo con atención. Su jefe jamás le permitiría que se fuera a casa en ese momento. Además, a diferencia del día en el que Kyunghee se desmayó, Shimamura sabía que Isak estaba en la cárcel porque el sacristán se había negado a participar en la ceremonia sintoísta. Periódicamente, la policía se presentaba allí para interrogar a Yoseb y hablar con Shimamura, que lo defendía y decía considerarlo un coreano modélico. Si se marchaba, perdería su trabajo y también su avalista si la policía decidía interrogarlo.

—Escucha, Noa, habré terminado el trabajo en menos de tres horas y después correré a casa. Sería una irresponsabilidad marcharme ahora. Tan pronto como haya terminado, iré a casa más rápido de lo que tú puedes correr. Dile a tu *umma* que volveré a casa de inmediato. Y si tu *appa* pregunta, dile que su hermano llegará muy pronto.

Noa asintió, sin comprender por qué estaba llorando su tío.

—Tengo que terminar, Noa, así que vete a casa corriendo. ¿De acuerdo?

Yoseb se puso sus gafas de seguridad y le dio la espalda.

Noa se dirigió a la entrada rápidamente. El aroma dulce de las galletas escapaba por la puerta. El niño nunca había comido una de esas galletas, nunca había pedido una.

5

Noa entró en casa con la cabeza y el corazón palpitando con fuerza por la carrera. Tragando profundas bocanadas de aire, dijo a su madre:

—El tío no puede marcharse del trabajo.

Sunja asintió, pues era lo que había esperado. Estaba bañando a Isak con una toalla húmeda.

El hombre tenía los ojos cerrados pero su pecho se alzaba y caía ligeramente, puntuado de vez en cuando por una serie de dolorosas toses. Una manta ligera cubría sus largas piernas. Crestas de tejido cicatrizado surcaban diagonalmente los hombros y el torso descolorido de Isak, formando intersecciones desordenadas con forma de diamante. Cada vez que Isak tosía, su cuello enrojecía.

Noa se acercó a su padre en silencio.

—No, no, quédate ahí —dijo Sunja con seriedad—. *Appa* está muy enfermo. Tiene un mal resfriado.

Subió la manta hasta los hombros de Isak, aunque todavía no estaba limpio. A pesar del jabón y de que había cambiado el agua de la palangana varias veces, su cuerpo emitía un hedor agrio y tenía piojos en la cabeza y la barba.

Isak había estado despierto unos minutos, después de que la violenta tos lo despertara, pero en ese momento abrió los ojos y la miró sin reconocerla.

Sunja le cambió la compresa sobre su frente febril. El hospital más cercano estaba a un largo viaje en tranvía, y aunque pudiera llevarlo sola, podrían esperar toda la noche antes de que los atendiera un médico. Si lo sentaba en el carrito del *kimchi* y lo llevaba a la parada del tranvía, posiblemente conseguiría subirlo al vehículo, pero entonces ¿qué haría con el carrito? No pasaría por la puerta del tranvía. Noa podría empujarlo de nuevo hasta casa, pero ¿cómo movería a Isak desde la parada hasta el hospital? ¿Y si el

conductor no los dejaba subir? Más de una vez había sido testigo de cómo el conductor del tranvía había pedido a una persona enferma que bajara.

Noa se sentó junto a las piernas de su padre para alejarse de sus toses. Sentía la necesidad de acariciar la sobresaliente rodilla de su padre, de tocarlo, de asegurarse de que era real. El niño sacó el cuaderno de su cartera para hacer sus tareas sin dejar de vigilar la respiración de Isak.

—Noa, ponte de nuevo los zapatos. Ve a la botica y pide al farmacéutico Kong que venga. Dile que es importante, que *umma* le pagará el doble.

Sunja decidió que, si el farmacéutico coreano no acudía, pediría a Kyunghhee que rogara al farmacéutico japonés que fuera a su casa, aunque aquello era improbable.

El niño se levantó y se marchó sin un murmullo. Sunja oyó sus pasos rápidos y constantes en la calle.

Estrujó la toalla de mano que estaba usando para bañar a Isak sobre la palangana de latón. Tenía la espalda, amplia y huesuda, cubierta de ampollas recientes de las últimas palizas y un sinfín de cicatrices más antiguas. Se sintió enferma mientras lavaba su cuerpo oscuro y magullado. No había nadie tan bueno como Isak. Él había intentado entenderla, respetar sus sentimientos; ni una sola vez había sacado a relucir su deshonra. La había consolado pacientemente tras perder los embarazos entre Noa y Mozasu. Al final, cuando dio a luz a su hijo, se alegró mucho, pero ella había estado demasiado preocupada por cómo sobrevivirían con tan poco dinero para disfrutar de su felicidad. Ahora que había vuelto a casa para morir, ¿qué importaba el dinero? Debería haber hecho más por él; debería haber intentado conocerlo como él intentó conocerla a ella, pero ahora era demasiado tarde. Incluso demacrado, su belleza era notable. Él era lo contrario a ella: Sunja era gruesa y baja, Isak era esbelto y de largas extremidades... Incluso su pie hecho trizas estaba bien formado. Los ojos de Sunja eran pequeños y nerviosos; los de Isak eran grandes y comprensivos. El agua de la palangana estaba gris y Sunja se levantó para cambiarla de nuevo.

Isak se despertó. Vio que Sunja llevaba pantalones de campesina y se alejaba de él. La llamó: «*Yobo*», pero ella no se giró. Isak no podía elevar la voz. Era como si su voz estuviera muriendo, aunque su mente siguiera viva.

—*Yobo* —murmuró, extendiendo la mano hacia ella, pero Sunja casi había llegado a la cocina. Estaban en la casa de Yoseb, en Osaka. Aquella tenía que ser la realidad porque estaba despertando de un sueño donde era un niño. En

el sueño, Isak estaba sentado en una rama baja del castaño del jardín de su infancia; el aroma de las flores de castaño todavía perduraba en su nariz. Era como muchos de los sueños que había tenido en prisión donde, mientras soñaba, era consciente de que el sueño no era real. En la vida real, él nunca había trepado a un árbol. Cuando era pequeño, el jardinero de su familia lo ayudaba a sentarse debajo de aquel mismo árbol para que respirara un poco de aire puro, pero nunca había sido suficientemente fuerte para trepar como hacía Yoseb. El jardinero solía decir que Yoseb era un mono. En el sueño, Isak se abrazaba a las gruesas ramas con fuerza, incapaz de romper el abrazo del ramaje verde oscuro, de los grupos de flores blancas con sus corazones de color rosa oscuro. Unas voces alegres de mujeres lo llamaron desde la casa. Quería ver a su vieja niñera y a su hermana, aunque ambas habían muerto hacía años; en el sueño, estaban riéndose como niñas.

—*Yobo...*

—*Uh-muh.* —Sunja soltó la palangana en el umbral de la cocina y corrió hacia él—. ¿Estás bien? ¿Puedo traerte algo?

—Esposa mía —dijo lentamente—. ¿Cómo has estado?

Isak se sentía adormilado e inseguro, pero aliviado. El rostro de Sunja era distinto del que recordaba: un poco mayor, más cansado.

—Cuánto debes haber luchado. Lo siento mucho.

—*Shh...* Debes descansar —le dijo Sunja.

—Noa. —Dijo el nombre del niño como si hubiera recordado algo bueno—. ¿Dónde está? Estaba aquí antes.

—Ha ido a buscar al boticario.

—Parece muy fuerte. Y listo. —Era difícil pronunciar las palabras, pero tenía la mente despejada y quería decirle todas las cosas que había estado reservando para ella—. ¿Estás trabajando en un restaurante? ¿Cocinas allí?

Isak comenzó a toser y no pudo parar. Motas de sangre salpicaron la blusa de Sunja, que le secó la boca con una toalla.

Cuando intentó sentarse, Sunja colocó su mano izquierda bajo la cabeza de Isak y la derecha sobre su pecho para calmarlo, temiendo que se hiciera daño. La tos destrozaba su cuerpo. Tenía la piel caliente incluso a través de las mantas.

—Por favor, descansa. Hablaremos luego. Más tarde.

Él negó con la cabeza.

—No, no. Quiero... Quiero decirte algo —insistió. Sunja posó las manos

sobre su regazo—. Mi vida no ha sido importante.

Isak intentó leer los ojos de Sunja, tan llenos de angustia y cansancio. Necesitaba que ella comprendiera que le estaba agradecido por esperarlo, por cuidar de la familia. Le dolía pensar que ella había estado trabajando y ganando dinero para su familia porque él no podía mantenerlos. Con la inflación por la guerra, habría sido difícil conseguir dinero. Los guardias de la prisión se quejaban sin cesar de los precios de las cosas; nadie tenía suficiente para comer, decían. *Deja de quejarte de los bichos en las gachas.* Isak había rezado sin cesar por su familia.

—Te traje aquí e hice tu vida más difícil.

Ella sonrió sin saber qué decir. *Tú me salvaste.* En lugar de eso, dijo:

—Tienes que ponerte bien. —Sunja lo cubrió con una manta más gruesa; estaba ardiendo, pero tiritaba—. Hazlo por los chicos, por favor. Recupérate.

¿Cómo voy a criarlos sin ti?

—Mozasu... ¿Dónde está?

—En el restaurante con Kyunghee. Nuestro jefe deja que lo tengamos allí mientras trabajamos.

Isak parecía despierto y concentrado, como si su dolor hubiera remitido. Quería saber más sobre sus hijos.

—Mozasu —dijo Isak, sonriendo—. Mozasu. Él salvó a su pueblo de la esclavitud...

Le dolía tanto la cabeza que tuvo que cerrar de nuevo los ojos. Quería ver crecer a sus dos hijos, quería verlos terminar el colegio y casarse. Isak nunca había sentido un gran interés por la vida y ahora, justo cuando quería vivir hasta ser muy viejo, lo habían enviado a casa para morir.

—Tengo dos hijos —dijo—. Tengo dos hijos. Noa y Mozasu. Que el Señor bendiga a mis hijos.

Sunja lo observó con atención. En su rostro había una expresión extraña, aunque parecía estar en paz. Sin saber qué otra cosa hacer, la mujer empezó a hablar.

—Mozasu se está haciendo mayor... Siempre está contento y es muy extrovertido. Tiene una risa maravillosa. Va corriendo a todas partes. ¡Es muy rápido!

Movió los brazos para imitar al pequeño corriendo y empezó a reír, e Isak rio con ella. Entonces se le ocurrió que había otra persona en el mundo a la que le interesaba tanto como a ella saber lo bien que estaba creciendo

Mozasu, y que en su ausencia había olvidado la dicha de mostrar orgullo por sus chicos. Aunque sus cuñados estaban encantados con los niños, Sunja no podía ignorar la tristeza de la pareja por su infertilidad; a veces intentaba esconder su alegría por miedo a que pensarán que presumía de ellos. En su localidad natal, tener dos hijos sanos y buenos era equivalente a tener grandes riquezas. Ella no tenía casa ni dinero, pero tenía a Noa y Mozasu.

Isak abrió los ojos, y miró el techo.

—No puedo irme hasta que los vea, Señor, no puedo irme hasta que haya bendecido a mis hijos. Señor, déjame quedarme hasta entonces...

Sunja inclinó la cabeza y ella también rezó.

Isak cerró los ojos de nuevo. Le temblaban los hombros por el dolor.

Su esposa le colocó la mano derecha sobre el pecho para comprobar su débil respiración.

La puerta se abrió y, como era de esperar, Noa había vuelto a casa solo. El boticario no podía ir en ese momento pero había prometido visitarlos más tarde aquella noche. El muchacho regresó a su lugar a los pies de Isak e hizo sus sumas mientras su padre dormía. Noa quería enseñar a Isak sus deberes; incluso el profesor Hoshii, que era el más duro de su curso, decía que a Noa se le daba bien escribir y que debía esforzarse para mejorar su raza de analfabetos. «¡Un coreano trabajador puede animar a diez mil a rechazar su naturaleza perezosa!».

Isak siguió durmiendo y Noa se concentró en su trabajo.

Más tarde, cuando Kyunghee llegó a casa con Mozasu, la casa pareció cobrar vida por primera vez desde el arresto de Isak. Este despertó brevemente para ver a Mozasu, que no lloró al ver al hombre esquelético. Mozasu lo llamó «Papá» y le tocó la cara con ambas manos, como hacía siempre que alguien le caía bien. Le golpeó las mejillas hundidas con sus manos blancas y regordetas. El niño estuvo unos minutos sentado a su lado pero, tan pronto como Isak cerró los ojos, Kyunghee se lo llevó porque no quería que enfermara.

Cuando Yoseb volvió a casa, esta se volvió sombría de nuevo porque él no podía ignorar lo evidente.

—¿Cómo han podido? —dijo Yoseb, mirando con dureza el cuerpo de Isak—. Hermano mío, ¿por qué no podías decir que venerabas al Emperador,

aunque no fuera cierto? ¿No sabes que lo más importante es vivir?

Isak abrió los ojos, pero no dijo nada y los cerró de nuevo. Sentía los párpados tan pesados que era doloroso mantenerlos abiertos. Quería hablar con Yoseb, pero las palabras se quedaban atrapadas en su garganta.

Kyunghee llevó a su marido un par de tijeras, una larga cuchilla, una taza de aceite y un cuenco con vinagre.

—Los piojos y las liendres no se morirán. Deberíamos afeitarlo. Debe picarle mucho —dijo la mujer con los ojos húmedos.

Agradecido a su esposa por darle algo que hacer, Yoseb se subió las mangas, vertió la taza de aceite sobre la cabeza de Isak y le masajeó el cuero cabelludo.

—Isak, no te muevas —dijo Yoseb, intentando mantener la voz controlada—. Voy a librarme de esos bichos cabrones.

Pasó la cuchilla por la cabeza de Isak y tiró el pelo cortado en el cuenco de metal.

—*Yah...* Isak, ¿recuerdas cómo nos cortaba el pelo el jardinero cuando éramos niños? Yo aullaba como un animal enloquecido, pero tú nunca lo hacías. Te sentabas allí como un pequeño monje, tranquilo y pacífico, y nunca te quejabas. —Yoseb sonrió ante el recuerdo. A continuación hizo una pausa, deseando que lo que veía ante él no fuera cierto—. Isak, ¿por qué te traje a este infierno? Estaba muy solo sin ti. Me equivoqué al traerte aquí, ¿sabes? Y ahora estoy siendo castigado por mi egoísmo. —Apoyó la cuchilla en el cuenco—. Yo no estaré bien si te mueres, ¿lo comprendes? No puedes morirte, hermano. Isak, por favor, no te mueras. ¿Cómo voy a seguir sin ti? ¿Qué voy a decir a nuestros padres?

Isak siguió dormido, ajeno a su familia, que rodeaba su cama.

Yoseb se secó los ojos y cerró la boca, apretando con fuerza la mandíbula. Agarró la cuchilla de nuevo y trabajó incesantemente para eliminar los mechones de cabello gris que quedaban en su cabeza. Cuando la cabeza quedó pulida, le empapó la barba en aceite.

El resto de la noche, Yoseb, Kyunghee y Sunja lo libraron de piojos y liendres y echaron los bichos en tarros de queroseno; solo pararon para meter a los niños en la cama. Más tarde, el boticario apareció para decirles lo que ya sabían. No había nada que un hospital o un médico pudieran hacer por Isak.

Al amanecer, Yoseb regresó al trabajo. Sunja se quedó con Isak y Kyunghhee fue al restaurante. Yoseb no protestó porque Kyunghhee tuviera que ir a trabajar sola. Estaba demasiado cansado para discutir, y necesitaban el dinero. Fuera de la casa, la calle estaba llena del bullicio matinal de los hombres y mujeres que se dirigían al trabajo y de los niños que corrían hacia el colegio. Isak dormía en la sala de estar y su respiración era rápida y superficial. Estaba limpio y suave como un niño; le habían afeitado todo el pelo del cuerpo.

Después de terminar su desayuno, Noa soltó sus palillos con cuidado y miró a su madre.

—*Umma*, ¿podría quedarme en casa? —le preguntó. Nunca se había atrevido a pedir una cosa así, ni siquiera cuando la situación había sido horrible en el colegio.

Sunja levantó los ojos de su labor, sorprendida.

—¿Te sientes mal?

El niño negó con la cabeza.

Isak, que estaba medio despierto, había oído la petición del niño.

—Noa...

—¿Sí, *appa*?

—*Umma* me ha dicho que eres un buen estudiante.

El niño sonrió pero, por costumbre, se miró los pies.

Cuando recibía notas altas en el colegio, en lo primero que pensaba era en su padre.

Yoseb había contado al niño muchas veces que su padre había sido un prodigio, que había aprendido coreano, chino clásico y japonés a partir de los libros, sin apenas profesores. Cuando fue al seminario, Isak ya había leído la Biblia varias veces.

Cuando el colegio le parecía difícil, saber que su padre era un hombre cultivado había fortalecido su resolución de aprender.

—Noa...

—¿Sí, *appa*?

—Hoy debes ir al colegio. Cuando yo era pequeño, me habría encantado ir con el resto de niños al colegio.

El muchacho asintió, pues su padre ya le había contado antes aquel detalle.

—¿Qué otra cosa podemos hacer excepto perseverar, mi niño? Debemos cultivar nuestros talentos. Lo que más alegraría a tu *appa* es que siguieras

haciéndolo tan bien como hasta ahora. Vayas a donde vayas, representarás a nuestra familia y por eso debes ser una persona excelente: en el colegio, en la ciudad y en el mundo. No importa lo que digan los demás, ni lo que hagan — dijo Isak, e hizo una pausa para toser. Sabía que ir a un colegio japonés debía ser duro para el niño—. Debes ser una persona diligente de corazón humilde. Ten compasión por todos, incluso tus enemigos. ¿Lo comprendes, Noa? Los hombres pueden ser injustos, pero el Señor es justo. Ya lo verás. Lo harás — dijo Isak, y su voz exhausta se desvaneció.

—Sí, *appa*.

El profesor Hoshii también le había dicho que tenía una responsabilidad como coreano: algún día serviría a su comunidad como un buen hijo del benevolente Emperador y daría ejemplo al resto de coreanos. El niño miró la cabeza recién afeitada de su padre. Su coronilla calva era blanca y contrastaba con sus mejillas oscuras y hundidas. Parecía a la vez joven y viejo.

Sunja se sentía mal por el niño, que nunca había pasado un día a solas con sus padres. Cuando ella era niña, aunque hubiera otros alrededor, habían estado solo los tres: su padre, su madre y ella, un triángulo invisible. Cuando pensaba en su vida en Corea, esta cercanía era lo que echaba de menos. Isak tenía razón sobre el colegio, pero no quedaba mucho tiempo. Moriría pronto. Ella habría dado cualquier cosa por estar un rato más con su padre, pero ¿cómo iba oponerse a los deseos de su marido? Cogió la cartera y se la entregó a Noa, que estaba cabizbajo.

—Después del colegio ven directamente a casa, Noa. Estaremos aquí —dijo Isak.

Noa seguía clavado en el suelo, incapaz de apartar los ojos de su padre por miedo a que desapareciera. El niño no había sido consciente de cuánto había extrañado a su padre hasta su regreso. El dolor de echarlo de menos había salido a la superficie en su pequeño pecho cóncavo y se sentía ansioso porque sabía que el dolor regresaría. Si se quedaba en casa, estaría seguro de que su padre estaba bien. Ni siquiera tendrían que hablar. ¿Por qué no podía él estudiar en casa, como su padre había hecho? Noa quería preguntarlo, pero replicar no estaba en su naturaleza.

Isak, sin embargo, no quería que Noa lo viera así. El niño ya tenía miedo y no había necesidad de hacerlo sufrir más de lo que ya lo había hecho. Había

muchas cosas que todavía no le había contado sobre la vida, sobre el aprendizaje, sobre cómo hablar con Dios.

—¿Es muy duro el colegio? —le preguntó Isak.

Sunja se giró para mirar el rostro del niño; ella nunca había pensado en eso.

Noa se encogió de hombros. El trabajo estaba bien, no era imposible. Los buenos estudiantes, a los que admiraba, eran todos japoneses y no hablaban con él. Ni siquiera lo miraban. Creía que, si fuera una persona normal en lugar de un coreano, disfrutaría yendo al colegio. No podía decirle eso a su padre ni a nadie más, porque estaba seguro de que él nunca sería un japonés normal. El tío Yoseb decía que algún día regresarían a Corea. Noa suponía que la vida sería mejor allí.

Con su cartera de libros y su almuerzo, Noa se detuvo en la puerta para memorizar el rostro amable de su padre.

—Niño, ven aquí —le dijo Isak.

Noa se acercó a él y se arrodilló a su lado. *Por favor, Dios, por favor. Por favor, haz que mi padre se ponga bien. Lo pediré solo una vez más. Por favor.* Noa cerró los ojos con fuerza.

Isak le tomó la mano.

—Eres muy valiente, Noa. Mucho, mucho más valiente que yo. Vivir cada día con aquellos que se niegan a reconocer tu humanidad exige un gran valor.

Noa se mordió el labio inferior y no dijo nada. Se secó la nariz con la mano.

—Mi niño —dijo Isak, soltando la mano de su hijo—. Mi niño querido. Mi bendición.

6

Diciembre, 1944

Como la mayoría de las tiendas de Osaka que no tenían nada que vender, el restaurante cerraba frecuentemente, pero los tres trabajadores que quedaban aparecían seis días a la semana. La comida prácticamente había desaparecido de los mercados; cuando las provisiones llegaban y las tiendas abrían durante medio día, las colas eran largas y la oferta era escasa y de baja calidad. Podías esperar seis horas para comprar pescado y volver a casa con un puñado escaso de anchoas secas o peor aún, sin nada en absoluto.

Solo si tenías contactos entre militares de alto rango conseguías parte de lo que necesitabas; por supuesto, si tenías una gran cantidad de dinero siempre podías recurrir al mercado negro. Enviaban a los niños solos en tren para conseguir en la provincia un huevo o una patata a cambio del kimono de la abuela. Kim Changho, que estaba a cargo de las compras del restaurante, tenía dos almacenes: uno que podía ser inspeccionado por los líderes de las asociaciones vecinales, a los que les gustaba hacer visitas sorpresa a las cocinas de los restaurantes; y otro detrás de un falso muro en el sótano lleno de comida comprada en el mercado negro. A veces, los clientes (normalmente hombres de negocios adinerados de Osaka y viajeros extranjeros) traían su propia comida y alcohol al restaurante. Los cocineros ya no estaban y Kim se ocupaba de todo el trabajo nocturno: él cocinaba la carne y lavaba los platos de los clientes ocasionales.

Era una mañana suave y ventosa del duodécimo mes del año. Cuando Sunja y Kyunghee llegaron para trabajar, Kim pidió a las mujeres que se sentaran

en la mesa cuadrada que estaba apartada contra la pared fuera de la cocina. Era allí donde normalmente hacían sus comidas y descansos. Ya había colocado una tetera sobre la mesa. Una vez sentados, Kyunghee les sirvió una taza.

—El restaurante cerrará mañana —anunció Kim.

—¿Durante cuánto tiempo? —le preguntó Sunja.

—Hasta que la guerra haya terminado. Esta mañana entregamos los últimos utensilios de metal que nos quedaban. La cocina está ahora casi vacía. Nos han requisado todos los tazones de acero, los cuencos, las cacerolas, las espumaderas y los palillos metálicos. Aunque pudiera comprar nuevos para permanecer abiertos, la policía descubriría que los tenemos y los confiscaría de nuevo. El gobierno no nos paga por lo que se lleva. No podemos seguir reemplazando material. —Kim tomó un sorbo de té—. Bueno, tiene que ser así.

Sunja asintió. Se sentía mal por Kim, que parecía angustiado. El hombre miró brevemente a Kyunghee.

—¿Y qué harás tú? —le preguntó Kyunghee.

Kim, que era más joven que Isak, la trataba como a una hermana. Últimamente siempre iban juntos al mercado, para que ella confirmara que era un civil si lo detenían. La policía y los líderes de las asociaciones vecinales, en su búsqueda de desertores, interrogaban por rutina a cualquier hombre que no fuera de uniforme. Para librarse de ellos, se había acostumbrado a salir con unas gafas oscuras de ciego.

—¿Encontrarás otro trabajo? —le preguntó Kyunghee.

—No te preocupes por mí. Al menos no tengo que combatir —se rio, tocándose las gafas; su mala visión lo había librado de ir a la guerra y también de trabajar en las minas a las que otros coreanos habían sido forzados—. Y eso está muy bien, porque soy un cobarde.

Kyunghee negó con la cabeza.

Kim se levantó.

—Esta noche tenemos unos clientes de Hokkaido. He guardado dos sartenes y algunos cuencos para la comida; usaremos eso. Kyunghee, ¿vienes conmigo al mercado? —le preguntó. A continuación se dirigió a Sunja—: ¿Te quedarás aquí por si viene el hombre del licor? Se suponía que iba a traer un paquete hoy. Ah, el cliente ha pedido tu *doraji muchim* para esta noche.

He dejado un paquete de raíz seca en la despensa de abajo. Encontrarás el resto de ingredientes allí.

Sunja asintió, preguntándose cómo había encontrado raíz de campanillas y aceite de sésamo.

Kyunghee se levantó y se puso su viejo abrigo azul sobre su jersey y sus pantalones de trabajo. Seguía siendo una mujer adorable, delgada y de piel clara, pero tenía pequeñas arrugas en los ojos y unas líneas de expresión aparecían junto a su boca cuando sonreía. El trabajo duro en la cocina había estropeado sus manos blancas y suaves, pero a ella no le importaba. Yoseb, que la agarraba de la mano derecha para dormir, no parecía haber notado las zonas rojas y descamadas de sus palmas, resultado de día tras día encurtiendo. Después de la muerte de Isak, Yoseb se había convertido en un hombre diferente: estaba taciturno, melancólico, y solo le interesaba el trabajo. Su cambio había transformado su casa y su matrimonio. Kyunghee intentaba animar a su marido, pero poco podía hacer para disipar su tristeza y su silencio. En casa nadie parecía hablar excepto los niños. Yoseb apenas se parecía en nada al muchacho del que se había enamorado. Se había convertido en un hombre roto y cínico, algo que ella nunca habría anticipado. Kyunghee solo era ella misma en el restaurante. Allí bromeaba con Kim como si fuera un hermano menor y se reía con Sunja mientras cocinaban. Ahora, incluso ese lugar desaparecería.

Después de que Kim y su cuñada se marcharan al mercado, Sunja cerró la puerta. Cuando se giró hacia la cocina, escuchó que llamaban.

—¿Habéis olvidado algo? —preguntó, abriendo la puerta.

Hansu estaba ante ella con un abrigo negro sobre un traje de lana gris. Su cabello seguía siendo oscuro y su rostro era más o menos el mismo, un poco más ancho en la mandíbula. Instintivamente, Sunja miró si llevaba los zapatos de cuero blanco que solía llevar en el pasado. Vestía unos zapatos de cordones de cuero negro.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Hansu tranquilamente, entrando en el restaurante. Sunja se detuvo a varios pasos de él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Este es mi restaurante. Kim Changho trabaja para mí.

Sunja se desplomó en el asiento más cercano, con la mente nublada.

Hansu la había localizado once años antes, cuando vendió el reloj de plata que él le había regalado. El prestamista había intentado venderle aquel reloj y el resto había sido un trabajo de investigación sencillo. Desde entonces, Hansu había estado siguiéndola a diario. Cuando metieron a Isak en la cárcel, supo que necesitaría dinero y creó aquel puesto de trabajo para ella. Sunja descubrió que el usurero que había prestado dinero a Yoseb trabajaba también para él. De hecho, la esposa de Hansu era la hija mayor de Morimoto, un poderoso prestamista japonés de Kansai que había adoptado legalmente a Hansu porque no tenía varones. Koh Hansu, cuyo nombre legal era Haru Morimoto, vivía en una casa enorme a las afueras de Osaka con su esposa y sus tres hijas.

Hansu la condujo de nuevo a la mesa donde había estado sentada apenas unos minutos antes con Kim y Kyunghee.

—Tomemos un poco de té. Quédate aquí, iré a por una taza. Pareces afectada por mi aparición.

Como sabía dónde estaba todo, Hansu regresó de la cocina con una taza.

Sunja lo miró fijamente, incapaz de hablar.

—Noa es un niño muy listo —dijo él con orgullo—. Es muy guapo y un deportista excelente.

Sunja intentó no parecer asustada. ¿Cómo sabía esas cosas? Entonces recordó cada conversación que había tenido con Kim sobre sus hijos. Noa y Mozasu habían estado con ella en el restaurante en numerosas ocasiones, cuando no había colegio.

—¿Qué quieres? —le preguntó por fin, intentando parecer más tranquila de lo que se sentía.

—Tienes que marcharte de Osaka inmediatamente. Convince a tu hermana y a tu cuñado. Se trata de la seguridad de los niños. Si no quieren marcharse, hay poco que puedas hacer. Tengo un lugar preparado para ti y los chicos.

—¿Por qué?

—Porque pronto empezarán los bombardeos de verdad.

—¿De qué estás hablando?

—Los americanos van a bombardear Osaka en cuestión de días. Los B-29 han estado en China. Tienen bases en las islas. Los japoneses están perdiendo la guerra. El gobierno sabe que no puede ganar, pero no lo admitirá. Los americanos saben que hay que detener al ejército, pero los militares japoneses

matarán a todos sus hombres antes de admitir su error. Por suerte, la guerra terminará antes de que recluten a Noa.

—Pero todos dicen que Japón lo está haciendo bien.

—No debes creer lo que oigas a los vecinos ni lo que digan los periódicos. Ellos no saben nada.

—Shh...

Sunja miró a su alrededor instintivamente, la ventana que daba a la calle y la puerta delantera. Si lo pillaban diciendo esas cosas, lo enviarían a la cárcel por traición. Ella había repetido muchas veces a sus niños que nunca jamás debían decir nada negativo sobre Japón o la guerra.

—No deberías hablar así. Podrías meterte en problemas...

—Nadie puede oírnos.

Sunja se mordió el labio inferior y lo miró, incapaz todavía de creer a sus ojos. Habían pasado doce años. Aun así, tenía ante ella el rostro que tanto había amado. Le había gustado su cara tanto como el resplandor de la luna y el agua fría y azul del mar. Hansu estaba sentado frente a ella y le devolvió la mirada con amabilidad. No obstante, permaneció compuesto, seguro de cada palabra que pronunciaba. No había vacilación en él. Él era diferente de su padre, de Isak, de su cuñado y de Kim. Era distinto a cualquier otro hombre que hubiera conocido nunca.

—Sunja, tienes que marcharte de Osaka. No hay tiempo para pensarlo. He venido aquí a avisarte porque las bombas van a destruir la ciudad.

¿Por qué no había aparecido antes? ¿Por qué se había mantenido al margen, como una sombra vigilante sobre su vida? ¿Cuántas veces la había visto sin que ella lo viera a él?

La ira que sentía hacia él la sorprendió.

—Ellos no se marcharán, y yo no puedo...

—Te refieres a tu cuñado. No es problema tuyo que él sea tonto. Tu cuñada se marchará contigo si se lo pides. Esta ciudad está hecha de madera y papel; solo sería necesaria una cerilla para incinerarla. Imagina qué ocurriría con una bomba americana. —Hizo una pausa—. Tus hijos morirán. ¿Es eso lo que quieres? Yo ya he enviado a mis hijas lejos, hace mucho. Un padre debe tomar decisiones; los niños no pueden protegerse solos.

Entonces Sunja lo comprendió: Hansu estaba preocupado por Noa. Tenía una esposa japonesa y tres hijas, pero no tenía hijos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes lo que ocurrirá?

—¿Cómo supe que necesitabas trabajo? ¿Cómo sé a qué colegio va Noa, que su profesor de matemáticas es un coreano que finge ser japonés, que tu marido murió porque no consiguió salir de la cárcel a tiempo, y que tú estás sola en este mundo? ¿Cómo sé lo que tengo que hacer para mantener a salvo a mi familia? Mi trabajo es saber lo que otros no saben. ¿Cómo supiste tú que debías hacer *kimchi* y venderlo en una esquina para ganar dinero? Lo supiste porque querías sobrevivir. Yo también quiero hacerlo, y para ello tengo que saber cosas que otros no saben. Ahora estoy diciéndote algo valioso; estoy diciéndote algo que puede salvar las vidas de tus hijos. No malgastes esta información. El mundo puede irse al infierno, pero tú tienes que proteger a tus hijos.

—Mi cuñado no abandonará su casa.

Él se rio.

—La casa será pronto un montón de cenizas. Los japoneses no le darán un sen por ella cuando haya desaparecido.

—Los vecinos dicen que la guerra terminará pronto.

—La guerra acabará pronto, pero no del modo que ellos creen. Los japoneses ricos ya han enviado a sus familias al campo. Ya han convertido su dinero en oro. A los ricos no les importa la política; dirían cualquier cosa por salvar su pellejo. Tú no eres rica, pero eres lista, y yo estoy diciéndote que tienes que marcharte hoy.

—¿Cómo?

—Kim te llevará a ti, a tus cuñados y los chicos a una granja a las afueras de la prefectura de Osaka. Un granjero de la zona me debe un favor. Tiene una casa grande y comida de sobra. Tendréis que trabajar para él hasta que la guerra termine, pero os dará un lugar donde dormir y más que suficiente para comer. Tamaguchi no tiene hijos. Os tratará bien.

—¿Por qué has venido?

Sunja comenzó a llorar.

—No es el momento de hablar de eso. Por favor, no seas tonta. Eres lista. Es el momento de ponerse en marcha. El restaurante será destruido, igual que tu casa —dijo, hablando rápidamente—. Este edificio está hecho de madera y algunos ladrillos. Tu cuñado debería vender su casa de inmediato al siguiente idiota y largarse. O, al menos, debería llevarse con él las escrituras de la propiedad. Pronto, la gente huirá de aquí como ratas, así que tenéis que marcharos ahora, antes de que sea demasiado tarde. Los norteamericanos

terminarán con esta estúpida guerra. Puede que sea esta noche, puede que sea dentro de un par de semanas, pero esta guerra absurda no durará mucho más. Los alemanes también están perdiendo.

Sunja entrelazó las manos. La guerra había durado demasiado. Todo el mundo estaba harto de ella. Sin el restaurante, la familia se moriría de hambre aunque todos trabajaran y ganaran dinero. Sus ropas estaban llenas de jirones y agujeros. La tela, el hilo y las agujas no estaban disponibles en el mercado. ¿Cómo tenía Hansu los zapatos tan brillantes, si nadie tenía cera para pulirlos? Kyunghee y ella odiaban las reuniones interminables de la asociación vecinal, pero si no iban, los líderes les arrebataban sus raciones. Los últimos simulacros militares habían sido ridículos: los domingos por la mañana, abuelas y niños pequeños tenían que practicar el combate con lanzas de bambú afiladas. Decían que los soldados norteamericanos violaban a las mujeres y a las niñas y que era mejor matarse que rendirse ante tales bárbaros. En la trastienda del restaurante había un alijo de lanzas de bambú para los trabajadores y los clientes, por si los estadounidenses llegaban. Kim guardaba dos cuchillos de caza en el cajón de su mesa.

—¿Puedo volver a casa? ¿A Busan?

—Allí no hay nada para comer, y no sería seguro para ti. Se están llevando muchas mujeres de las aldeas pequeñas.

Sunja parecía desconcertada.

—Ya te lo he dicho antes: nunca creas a nadie que te diga que tiene trabajo para ti en una fábrica de China o alguna de las otras colonias. Esos trabajos no existen. ¿Me entiendes?

Su expresión era más seria.

—¿Está bien mi madre?

—Ella no es joven, así que no se la llevarán. Intentaré descubrirlo.

—Gracias —dijo en voz baja.

Sunja había estado tan preocupada por sus hijos que no había prestado suficiente atención al bienestar de su madre. En las escasas cartas de Yangjin, que le escribía un profesor de la aldea, decía que estaba bien. Parecía más preocupada por Sunja y los niños que por ella misma. Llevaba tantos años sin ver a su madre como a Hansu.

—¿Estarás preparada para marcharte esta noche?

—¿Por qué va a escucharme mi cuñado? ¿Cómo voy a explicarle...?

—Dile que Kim te ha dicho que debéis marcharos hoy. Él está hablando

ahora con tu cuñada. Dile que a Kim le ha pasado esta información privilegiada su jefe. Puedo enviarlo a tu casa para que hable con tu cuñado.

Sunja no dijo nada. No creía que nadie pudiera convencer a Yoseb para marcharse.

—No deberías dudar. Tienes que proteger a los niños.

—Pero mi hermana...

—¿Qué pasa con ella? Escúchame: tienes que anteponer a tus hijos sobre todos los demás. ¿Es que no sabes eso a estas alturas? —le preguntó. Ella asintió—. Tráelos a todos aquí al atardecer. Kim mantendrá abierto el restaurante. Nadie debe saber a dónde vais. Tenéis que salir de aquí antes de que todos los demás lo intenten. —Hansu se levantó y la miró con seriedad—. Deja a los demás atrás si tienes que hacerlo.

El día que Hansu le dijo que llevara a los niños al campo, Yoseb recibió una oferta de trabajo. Aquella misma tarde, el amigo de un amigo había pasado por la fábrica de galletas de Yoseb y le había hablado del puesto: una fábrica de acero en Nagasaki necesitaba un capataz para supervisar a los obreros coreanos. Había un campamento donde los hombres podían alojarse, incluyendo cama y comida, pero Yoseb no podía llevar a su familia. El sueldo era casi el triple de su salario actual. La familia estaría separada un tiempo. Cuando Yoseb llegó a casa, entusiasmado por la oferta, Kyunghee y Sunja tenían también noticias. La mano de Hansu estaba detrás de todo pero ¿qué podía decir Sunja?

Al atardecer, Kim trasladó a las mujeres y los niños a la granja de Tamaguchi. A la mañana siguiente, Yoseb dejó su trabajo en la fábrica, hizo una maleta y cerró la casa. Aquella misma tarde se dirigió a Nagasaki, recordando el momento en el que había abandonado Pionyang para dirigirse a Osaka... La última vez que se marchó solo de viaje.

Pasaron pocos meses antes de que comenzaran los bombardeos pero, cuando empezaron, se prolongaron durante todo el verano. Hansu se equivocó en el momento, pero tenía razón en que el barrio quedaría reducido a cenizas.

A Tamaguchi, un granjero de cincuenta y ocho años con plantaciones de batatas, no le importaba tener todas aquellas manos extra. Sus trabajadores regulares y los temporeros habían sido reclutados hacía años y no había hombres en buenas condiciones físicas para reemplazarlos. Varios de sus antiguos trabajadores habían muerto ya en Manchuria, dos habían sido muy

mal heridos en batalla y había pocas noticias de los demás, que habían sido enviados a Singapur y Filipinas. Cada mañana, cuando Tamaguchi se levantaba de su futón, sufría los dolores que acompañaban el envejecimiento; no obstante, se sentía aliviado de ser viejo porque no tendría que luchar en aquella guerra estúpida. La escasez de hombres perjudicaba al crecimiento de su granja en un momento en el que había una demanda creciente de patatas. Tamaguchi podía pedir el precio que quisiera, aunque fuera ilegal; estaba ganando tanto dinero que se había visto obligado a esconder parte de su botín en varios puntos de la granja. Estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para exprimir cada gota de oro de aquella desgracia nacional.

Cada día, Tamaguchi recogía patatas, removía la tierra y sembraba. Sin hombres resultaba casi imposible terminar las infinitas tareas de la granja, y sin hombres tampoco había nadie que se casara con las dos hermanas de su mujer a las que se había visto obligado a acoger, dos chicas de ciudad inútiles que no estaban hechas para ningún tipo de trabajo. Con sus parloteos y males inventados, las hermanas distraían a su esposa de sus labores; Tamaguchi esperaba no tenerlas con ellos mucho tiempo más. Afortunadamente, los padres de su esposa estaban muertos. Para el trabajo de temporada, Tamaguchi había tenido que contratar ancianos y mujeres, que se quejaban sin parar de la dificultad de plantar en el caluroso verano y de cosechar en el frío invierno.

Nunca se le habría ocurrido contratar coreanos o alojarlos en su granja cuando había rechazado a tantos japoneses de la ciudad que buscaban refugio, pero no podía negarse a una petición de Koh Hansu.

Tras recibir el telegrama de Hansu, el granjero y su estresada mujer, Kyoko, arreglaron el granero para hacerlo habitable para la familia coreana de Osaka. Unos días después de su llegada, sin embargo, Tamaguchi descubrió que era él quien se había llevado la mejor parte del trato. Hansu le había proporcionado dos mujeres fuertes que sabían cocinar, limpiar y arar; un joven que no veía bien pero que podía cavar y levantar peso; y dos niños muy listos que obedecían las instrucciones a la perfección. Los coreanos comían mucho, pero se ganaban su parte y no molestaban a nadie. Además, nunca se quejaban.

Desde el primer día, Tamaguchi puso a Noa y a Mozasu a cargo de alimentar a las tres vacas, ocho cerdos y treinta gallinas; tenían que ordeñar las vacas, recoger los huevos y limpiar el gallinero. Los niños hablaban

japonés como nativos, así que podía llevarlos al mercado para ayudarlo a vender; al mayor se le daban genial los cálculos y su letra era suficientemente pulcra para el libro de cuentas. Las dos mujeres coreanas, que eran cuñadas, eran buenas amas de casa y muy trabajadoras. La más delgada, que estaba casada, no era joven pero era muy guapa y su japonés era bastante bueno, por lo que Kyoko la puso a cargo de cocinar, lavar y remendar. La más bajita, la viuda callada, se ocupaba con destreza del huerto y trabajaba en el campo junto al hombre joven. Los dos trabajaban como un par de bueyes. Por primera vez en años, Tamaguchi se sentía relajado. Incluso su esposa estaba menos irritable y lo reprendía a él y a sus hermanas menos de lo habitual.

Cuatro meses después de su llegada, un camión apareció en la granja al atardecer. Hansu bajó del vehículo; llevaba con él una mujer coreana mayor. Tamaguchi corrió a recibirlos. Normalmente, los hombres de Hansu venían por las noches para recoger la mercancía y venderla en la ciudad, pero rara vez lo visitaba el jefe en persona.

—Tamaguchi.

Hansu hizo una reverencia. La anciana se inclinó ante Tamaguchi. Llevaba un traje tradicional y un hato de tela en cada mano.

—Señor Koh.

Tamaguchi se inclinó, sonriendo a la anciana. Al acercarse, descubrió que la mujer no era muy mayor; de hecho, podría ser más joven que él. Su rostro bronceado estaba macilento y desnutrido.

—Esta es la madre de Sunja. Kim Yangjin *desu* —dijo Hansu—. Ha llegado hoy de Busan.

—Kim-*u* Yangjin.

El granjero dijo cada sílaba lentamente mientras asimilaba que tenía un nuevo huésped. Examinó su rostro, buscando algún parecido con la joven viuda madre de los dos niños. Había alguna similitud en la boca y la mandíbula. Las manos tostadas de la mujer eran fuertes como las de un hombre, con largos dedos nudosos. Sería una buena trabajadora, pensó.

—¿La madre de Sunja? ¿De verdad? Bienvenida, bienvenida —dijo el granjero, sonriendo.

Yangjin, con la mirada baja, parecía asustada. También estaba agotada.

Hansu se aclaró la garganta.

—¿Cómo están los chicos? Espero que no te estén dando ningún problema.

—No, no. En absoluto. ¡Son excelentes trabajadores! Unos niños

maravillosos.

Tamaguchi lo decía en serio. No había esperado que los niños fueran tan competentes. Como no tenía hijos, había esperado que los niños de ciudad fueran malcriados y tan vagos como sus cuñadas. En su aldea, incluso los granjeros más prósperos se quejaban de los idiotas de sus hijos, así que Tamaguchi y su esposa no envidiaban demasiado a los que eran padres. Además, Tamaguchi no tenía ni idea de cómo serían los coreanos. No era un hombre intolerante, pero el único coreano al que conocía personalmente era Koh Hansu y su relación, poco ordinaria, había comenzado con la guerra. Era un secreto a voces que varias de las granjas más grandes vendían sus productos en el mercado negro de la ciudad a través de Koh Hansu y su red de distribución, pero nadie se quejaba. Los extranjeros y la *yakuza* controlaban el mercado negro y había graves represalias por no venderles la mercancía. Ayudar a Koh Hansu era un honor; los favores creaban deudas y el granjero estaba decidido a hacer todo lo que pudiera por él.

—Por favor, entra a tomar el té. Debes estar sediento. Hoy hace mucho calor.

Tamaguchi entró en la casa. Antes de quitarse los zapatos, ofreció zapatillas a sus invitados.

A la sombra de los recios y antiguos álamos, el interior de la enorme casa estaba agradablemente fresco. El olor a hierba del tatami nuevo recibió a los invitados. Kyoko, la esposa de Tamaguchi, estaba en la sala de estar con paneles de cedro sentada en un cojín de seda azul mientras cosía una camisa de su marido; sus dos hermanas, tumbadas boca abajo con los tobillos cruzados, pasaban las páginas de una vieja revista de cine que habían leído tantas veces que se sabían los textos de memoria. Las tres mujeres, excepcionalmente bien vestidas para nadie en particular, parecían fuera de lugar en la granja. A pesar de la carestía general, la mujer del granjero y sus hermanas no habían sufrido ninguna privación. Kyoko llevaba un elegante kimono de algodón, más adecuado para la esposa de un comerciante de Tokio, y las hermanas vestían unas bonitas faldas de color azul marino y blusas de algodón, como si fueran colegialas de una película americana.

Cuando las hermanas levantaron las barbillas para ver quién había entrado en casa, sus caras pálidas y bonitas emergieron bajo los largos flequillos de sus modernos cortes a media melena. La guerra había llevado tesoros de incalculable valor al hogar de los Tamaguchi: valiosos rollos de caligrafía,

rollos de tela, más kimonos de los que las mujeres podían vestir, alacenas lacadas, joyas y platos; reliquias familiares que los habitantes de la ciudad habían estado dispuestos a intercambiar por un saco de patatas y una gallina. No obstante, las hermanas añoraban la vida en la urbe: las películas nuevas, las tiendas de Kansai y las cegadoras luces eléctricas. Estaban cansadas de la guerra, de los interminables campos verdes y de la vida en la granja en general. Con las barrigas llenas y una buena cama, solo sentían desprecio por el olor de la lámpara de aceite, por los ruidosos animales y por su rústico cuñado, que siempre estaba hablando de los precios de las cosas. Las bombas americanas habían arrasado los cines, los grandes almacenes y sus adoradas confiterías, pero el brillante recuerdo de esos placeres urbanos seguía alimentando su creciente descontento. Diariamente se quejaban a su hermana mayor, la más sencilla y sacrificada de las tres, de quien se habían burlado en el pasado por casarse con un primo lejano de pueblo y que ahora tenía oro y kimonos para sus dotes.

Cuando Tamaguchi se aclaró la garganta, las chicas se sentaron e intentaron parecer atareadas. Asintieron a Hansu y miraron el mugriento dobladillo de la falda larga de la coreana, incapaces de evitar una mueca.

Yangjin hizo una profunda reverencia ante las tres mujeres y se quedó junto a la puerta sin esperar a que la invitaran a entrar, cosa que no ocurrió. Desde donde estaba, Yangjin podía ver una porción de la espalda encorvada de una mujer que trabajaba en la cocina, pero no parecía Sunja.

Hansu también vio a la mujer de la cocina y preguntó a la esposa de Tamaguchi:

—¿Es Sunja la que está en la cocina?

Kyoko volvió a inclinarse ante él. El coreano era demasiado arrogante para su gusto, pero sabía que su marido lo necesitaba más que nunca.

—Bienvenido, señor Koh. Me alegro de verlo —dijo Kyoko, levantándose de su asiento. Echó a sus hermanas una mirada de reproche que las hizo levantarse e inclinarse ante el invitado—. La mujer de la cocina es Kyunghee. Sunja está sembrando los campos. Por favor, siéntese. Le traeremos algo frío para beber.

La mujer hizo un ademán a Ume, la hermana más joven y esta caminó fatigosamente hasta la cocina para buscar un *oolong-cha* frío.

Hansu asintió, intentando no mostrar su irritación. Había esperado que Sunja trabajara, pero no se le había ocurrido que iba a hacerlo en el campo.

Kyoko notó el desagrado del hombre.

—Seguramente querrá ver a su hija, señora. Tako, por favor, acompaña a nuestra invitada hasta su hija.

Tako, la mediana de las tres hermanas, obedeció porque no tenía otra opción; no tenía sentido desafiar a Kyoko, que podía seguir enfadada durante días castigándola con su silencio. Hansu dijo a Yangjin en coreano que siguiera a la chica, que iba a llevarla con Sunja. Mientras Tako se ponía los zapatos en el vestíbulo empedrado, captó un poco del peculiar hedor agrio de la mujer, agravado por dos días de viaje. Qué asco, pensó. Tako caminó rápidamente delante de ella, manteniendo tantos pasos entre ambas como podía.

Después de que Kyoko sirviera el té que Ume había ido a buscar a la cocina, las mujeres desaparecieron, dejando a los hombres solos en la sala de estar para que hablaran.

El granjero preguntó a Hansu si tenía noticias sobre la guerra.

—No puede durar mucho más. Los alemanes están siendo aplastados y los norteamericanos solo acaban de empezar. Japón perderá esta guerra. La cuestión es cuándo —dijo Hansu sin rastro de pesar o alegría—. Cuanto antes termine esta locura, mejor, así no tendrán que morir más buenos chicos. ¿No crees?

—Sí, sí. Así es —contestó Tamaguchi en un susurro, desanimado. Él quería que Japón ganara, por supuesto, y no había duda de que Hansu conocía la realidad, pero aunque Japón no ganara, el granjero no deseaba que la guerra terminara todavía. Se hablaba de usar batatas fermentadas como combustible de avión; si eso ocurría, aunque el gobierno pagara poco (si es que pagaba algo), los precios en el mercado negro subirían todavía más, porque en las ciudades estaban desesperados por encontrar comida y alcohol. Con solo una o dos cosechas más, Tamaguchi tendría suficiente oro para comprar las dos grandes parcelas de tierra junto a la suya. El dueño de las parcelas se estaba haciendo viejo y cada vez estaba menos interesado en trabajar. Ser el propietario de toda la zona sur de la región en una única parcela continua había sido el mayor deseo de su abuelo.

Hansu interrumpió la ensoñación del granjero.

—Bueno, ¿cómo te va con ellos?

Tamaguchi asintió.

—Son una gran ayuda. Me gustaría que no tuvieran que trabajar tanto pero, como sabes, me faltan hombres...

—Sabían que tendrían que trabajar.

Hansu asintió para tranquilizarlo. Sabía que con su trabajo estaban pagando la comida y la cama además de un gran beneficio para el granjero, pero eso le parecía bien siempre que tratara bien a Sunja y su familia.

—¿Te quedarás con nosotros esta noche? —le preguntó Tamaguchi—. Es demasiado tarde para viajar, y así cenarás con nosotros. Kyunghee es una cocinera excepcional.

Tako no tuvo que caminar demasiado con la anciana. Cuando Yangjin vio a su hija encorvada en el enorme y oscuro campo, se agarró el dobladillo de su larga falda y la enrolló alrededor de su cuerpo para liberar sus piernas. Corrió tan rápido como pudo en dirección a su hija.

Sunja, que había oído los pasos apresurados, levantó la cabeza de su labor. Una mujer diminuta con un *hanbok* blanco grisáceo corría hacia ella. Soltó la azada. Los hombros pequeños, el recogido gris en la nuca, el lazo de la chaquetilla formando un suave rectángulo: *umma*. ¿Cómo era posible? Sunja pisó las hileras de tubérculos para llegar hasta ella.

—Oh, mi niña. Mi niña. Oh, mi niña.

Sunja abrazó a su madre con fuerza y pudo sentir el filo de su clavícula bajo la tela de la blusa. Su madre había encogido.

Hansu cenó rápidamente y después fue al establo para hablar con los demás. Solo quería sentarse con ellos sin que le prestaran demasiada atención. Habría preferido comer con Sunja y su familia, pero no quería ofender a Tamaguchi. Durante la comida solo había pensado en ella y en el chico. Nunca habían compartido una comida. Su deseo de estar con ellos era difícil de explicar, incluso a sí mismo. Cuando llegó al establo se dio cuenta de que Kyunghee había preparado dos cenas en la cocina de los Tamaguchi: una japonesa para la familia Tamaguchi y una coreana para los demás. En el establo, los coreanos comían en una mesa baja cubierta por un hule que Kim

había construido para ellos con unos tablones sobrantes. Sunja acababa de retirar los platos. Todos levantaron la mirada cuando Hansu entró.

Los animales estaban más tranquilos por la noche, pero no en silencio. Los olores eran más fuertes de lo que Hansu recordaba, pero sabía que pronto lo notaría menos. Los coreanos vivían en el fondo del establo y los animales en la parte delantera, con un pajar entre ellos. Kim había construido una división de madera; los niños y él dormían en un lado y las mujeres en el otro.

Yangjin, que estaba sentada en el suelo entre sus nietos, se levantó y se inclinó ante él. De camino a la granja le había dado las gracias numerosas veces, y ahora que se había reunido con su familia, seguía repitiendo «gracias, gracias» mientras abrazaba a sus nietos, que parecían avergonzados. Chillaba como una vieja coreana.

Kyunghee estaba todavía en la cocina de la granja, lavando los platos de la cena. Cuando terminara, prepararía la habitación de invitados para Hansu. Kim estaba en el cobertizo tras el granero donde se bañaban, calentando agua para todos. Kyunghee y Kim se habían ocupado de las tareas nocturnas de Sunja para permitirle estar con su madre. Ninguno de ellos sospechaba la razón por la que Hansu se había tomado la molestia de traer a Yangjin desde Corea. Mientras Yangjin sollozaba, Sunja miró a Hansu, incapaz de entender a aquel hombre que nunca había abandonado su vida.

Hansu se sentó en el grueso montón de heno frente a los niños.

—¿Habéis cenado bien? —les preguntó en coreano.

Los niños levantaron la mirada, sorprendidos de que Hansu hablara coreano tan bien. Habían creído que era japonés, porque iba muy bien vestido y porque Tamaguchi lo trataba con respeto.

—Tú eres Noa —dijo Hansu, examinando el rostro del niño con atención—. Tienes doce años.

—Sí, señor —contestó Noa. El hombre llevaba una ropa muy elegante y unos preciosos zapatos de cuero. Parecía un juez o alguien importante sacado del póster de una película.

—¿Te gusta estar en la granja?

—Está bien, señor.

—Yo tengo casi seis años —lo interrumpió Mozasu, algo que hacía por costumbre siempre que su hermano mayor hablaba—. Aquí comemos un montón de arroz. Yo podría comer cuencos y cuencos de arroz. Tamaguchi dice que tengo que comer bien para crecer. ¡Dice que no coma patatas, que

coma arroz! ¿A usted le gusta el arroz, señor? —preguntó a Hansu—. Noa y yo nos bañaremos esta noche. En Osaka no podíamos bañarnos a menudo porque no había combustible para calentar el agua. Me gustan más los baños en la granja porque la bañera es más pequeña que la del *sentō*. ¿A usted le gusta bañarse? El agua está muy caliente pero te acostumbras, ¿*nee*? Y si no salgo del agua, las puntas de los dedos se me arrugan como las de un viejo. —Mozasu abrió los ojos de par en par—. Pero la cara no se me arruga, porque soy joven.

Hansu se rio. El pequeño no tenía nada de la formalidad de Noa. Parecía un espíritu libre.

—Me alegro de que estéis comiendo bien. Es bueno saberlo. Tamaguchi dice que sois unos trabajadores excelentes, chicos.

—Gracias, señor —dijo Mozasu. Quería hacerle algunas preguntas más, pero se detuvo cuando el hombre se dirigió a su hermano.

—¿Cuáles son tus tareas, Noa?

—Limpiamos los establos, alimentamos a los animales y nos ocupamos de las gallinas. También llevo las cuentas de Tamaguchi cuando vamos al mercado.

—¿Echas de menos el colegio?

Noa no contestó. Añoraba hacer problemas de matemáticas y escribir en japonés. Añoraba la tranquilidad mientras hacía sus deberes, porque mientras estudiaba nadie lo molestaba. En la granja nunca tenía tiempo de leer, y tampoco tenía libros propios.

—Me han dicho que eres muy buen estudiante.

—El año pasado apenas fui a clase.

En Osaka habían cancelado las clases a menudo. A diferencia del resto de niños, a Noa le disgustaban las prácticas con bayonetas y los absurdos simulacros de ataques aéreos. Aunque no había querido separarse del tío Yoseb, estar en la granja era mejor que estar en la ciudad, porque allí se sentía a salvo. En la granja nunca oía aviones y había muchos menos simulacros de bombardeos. Las comidas eran abundantes y deliciosas. Comía huevos cada día y bebía leche fresca. Dormía profundamente y se despertaba sintiéndose bien.

—Cuando la guerra termine, supongo que volverás al colegio. ¿Te gustaría? —le preguntó Hansu.

Noa asintió.

Sunja se preguntó cómo se las apañarían entonces. Después de la guerra había planeado regresar a Yeongdo, pero su madre decía que allí no quedaba nada. El gobierno había subido los impuestos al dueño de la hospedería y este había vendido el edificio a una familia japonesa. Las criadas habían encontrado trabajo en una fábrica de Manchuria y no había noticias de ellas. Cuando Hansu encontró a Yangjin, estaba trabajando como ama de llaves para un mercader japonés que vivía en Busan, y dormía en la despensa.

Hansu sacó dos tebeos del bolsillo de su chaqueta.

—Toma.

Noa los aceptó con ambas manos, como su madre le había enseñado. Estaban escritos en coreano.

—Gracias, señor.

—¿Sabes leer coreano?

—No, señor.

—Podrías aprender —sugirió Hansu.

—La tía Kyunghee nos ayudará a leerlos —dijo Mozasu—. El tío Yoseb no está aquí, pero cuando lo veamos la próxima vez, lo sorprenderemos.

—Deberíais aprender a leer coreano. Quizá regreséis algún día —dijo Hansu.

—Sí, señor —contestó Noa. Imaginaba que Corea era un lugar pacífico donde él sería normal. Su padre le había contado que Pionyang, donde él había nacido, era una ciudad preciosa; Yeongdo, la localidad de su madre, era una isla tranquila con pesca abundante en sus aguas azules verdosas.

—¿De dónde es usted, señor? —le preguntó Noa.

—De Jeju. No está lejos de Busan, el lugar de donde es tu madre. Es una isla volcánica. Hay naranjos. Dicen que la gente de Jeju descende de los dioses —dijo, guiñando el ojo—. Un día te llevaré allí.

—Yo no quiero vivir en Corea. ¡Quiero quedarme aquí, en la granja! —exclamó Mozasu. Sunja le acarició la espalda—. *Umma*, deberíamos quedarnos en la granja para siempre. El tío Yoseb vendrá pronto, ¿verdad?

Kyunghee entró entonces, pues había terminado su trabajo. Mozasu corrió hacia ella con los tebeos.

—¿Puedes leérmelos?

El niño la condujo hasta el montón de futones doblados que usaban como sillas.

Kyunghee asintió.

—Noa, ven. Os leeré esto, niños.

Noa se inclinó rápidamente ante Hansu y se unió a Kyunghee y Mozasu. Yangjin siguió a Noa, dejando a Sunja en la mesa. Cuando Sunja empezó a levantarse, Hansu le indicó que se sentara.

—Quédate. —Hansu parecía serio—. Quédate un poco más. Quiero saber cómo estás.

—Estoy bien. Gracias —contestó con voz temblorosa—. Gracias por traer a mi madre.

Necesitaba decir más cosas, pero era difícil.

—Tú me preguntaste por ella y pensé que estaría mejor aquí. Las cosas están mal en Japón, pero en Corea es peor. Es posible que la situación mejore cuando la guerra termine, pero empeorará antes de estabilizarse.

—¿A qué te refieres?

—Cuando los norteamericanos ganen, no sabemos qué harán los japoneses. Saldrán de Corea, pero ¿quién se hará cargo del país? ¿Qué pasará con todos esos coreanos que apoyaron a los japoneses? Reinará el caos. Habrá más derramamiento de sangre. No querrás estar allí. No querrás que tus hijos estén allí.

—¿Qué harás tú? —le preguntó.

Él la miró directamente.

—Cuidaré de mí y de mi gente. ¿Crees que confiaría mi vida a un puñado de políticos? La gente que está al mando no sabe nada. Y a los que saben, no les importa.

Sunja pensó en aquello. Puede que tuviera razón, pero ¿por qué debía confiar en él? Apoyó las manos en el suelo para levantarse, pero Hansu negó con la cabeza.

—¿Tan difícil es para ti hablar conmigo? Por favor, siéntate.

Sunja se sentó.

—Tengo que velar por mis hijos. Tú deberías entenderlo.

Los niños miraban con atención las páginas del tebeo. Kyunghee estaba leyendo los diálogos con emoción, e incluso Yangjin, que no sabía leer, se rio con los niños ante las tonterías que decían los personajes. Estaban absortos en el tebeo, entretenidos y tranquilos.

—Te ayudaré —dijo Hansu—. No tienes que preocuparte por el dinero ni por...

—Ahora estás ayudándonos porque no tengo otra opción. Cuando la guerra

termine, trabajaré para mantenerlos. Ahora estoy trabajando para ganarnos la estancia...

—Cuando la guerra acabe, podría buscarte una casa y darte dinero para los chicos. Los niños deberían ir al colegio en lugar de limpiar estiércol de vaca. Tu madre y tu cuñada podrían vivir contigo. Podría conseguirle un buen trabajo a tu cuñado.

—No puedo explicárselo a mi familia —dijo Sunja.

Se sentía como si hubiera estado mintiendo todo el tiempo. ¿En qué estaba pensando Hansu? Seguramente ya no la deseaba. Era una viuda de veintinueve años con dos niños pequeños a los que alimentar y educar. Sunja no era vieja, pero no creía que ningún hombre la deseara. Si antes no había sido guapa, ahora ni siquiera era atractiva. Era una mujer normal con cara de campesina y la piel manchada y arrugada por el sol. Su cuerpo era fuerte y recio, más ancho que cuando era joven. En su vida la habían deseado dos hombres, y le era difícil imaginar que eso volviera a ocurrir. A veces se sentía como un animal de granja que algún día sería inútil. Antes de que ese día llegara, tenía que asegurarse de que sus hijos estuvieran bien cuando ella se fuera.

—Tienes hijos, ¿no?

—Tres hijas.

—¿Y qué dirías a tus hijas de mí? ¿De nosotros? —susurró.

—Mi familia no tiene nada que ver contigo.

—Lo comprendo. —Sunja tragó saliva. Tenía la boca seca—. Te estoy agradecida por esta oportunidad... de trabajar y de estar a salvo. Pero, cuando la guerra termine, conseguiré otro trabajo y mantendré a los niños y a mi madre. Trabajaré hasta que ya no pueda más.

Sunja se levantó del suelo y se quitó el heno de los pantalones.

Incapaz de respirar con normalidad, le dio la espalda y miró el buey; sus gigantescos ojos oscuros estaban llenos de un sufrimiento sin fin. ¿Los habrían visto hablar los demás? Parecían concentrados en el tebeo. Sunja se cubrió la mano izquierda con la derecha; a pesar de haberse lavado, tenía las cutículas llenas de tierra.

Una vez más, Hansu no se equivocaba. La guerra terminó antes de lo que él había predicho, pero ni siquiera él podría haber imaginado las bombas finales. Un búnker había protegido a Yoseb de lo peor, pero cuando por fin salió a la calle, la pared en llamas de una casa de madera cercana le golpeó el costado derecho, tragándose en llamas azules y naranjas. Alguien que lo conocía de la fábrica apagó el fuego y los hombres de Hansu lo encontraron en un triste hospital de Nagasaki.

Era una noche estrellada, cautivadoramente tranquila después de una estación llena de cigarras, cuando Hansu llevó a Yoseb a la granja de Tamaguchi en un camión militar americano. Mozasu fue el primero en ver el camión y el pequeño corrió rápidamente a la cerca de los cerdos para sacar las lanzas de bambú. La familia se quedó junto a la puerta entreabierta del establo, observando el camión mientras se acercaba.

—Tomad —dijo Mozasu, entregando las lanzas huecas a su madre, a su abuela, su hermano y su tía, y guardándose dos para él. Kim Changho estaba bañándose. Susurró a su hermano—: Tienes que avisar a Kim, que está en el baño. Dale su arma.

El niño entregó a Noa una lanza para Kim y se guardó otra para él. El pequeño agarró su lanza con fuerza, preparado para atacar. El agujereado jersey que había heredado de Noa caía sobre sus pantalones de trabajo hechos con sacos de harina. Era alto para tener seis años.

—La guerra ha terminado —le recordó Noa con firmeza—. Probablemente sean los hombres de Hansu. Suelta esa cosa antes de que te hagas daño.

El camión se detuvo y dos coreanos que trabajaban para Hansu sacaron a Yoseb, vendado y profundamente sedado, en una camilla.

Kyunghee soltó la lanza, dejándola caer sobre la suave tierra, y puso la

mano en el hombro de Mozasu para estabilizarse.

Hansu salió de la cabina del camión mientras el conductor, un soldado americano pelirrojo, se quedaba atrás. Mozasu miraba de soslayo al soldado. El conductor tenía la piel pálida y llena de pecas y el cabello del amarillo rojizo del fuego; no parecía malo, y Hansu no estaba asustado. Cuando estaban en Osaka, Haru, el líder de la asociación vecinal que se hallaba a cargo de las raciones, había advertido a los niños del vecindario que los estadounidenses mataban indiscriminadamente, de modo que todos debían huir si veían soldados. El suicidio era preferible a ser capturado. Cuando el conductor vio a Mozasu mirándolo, lo saludó con la mano y le mostró sus dientes blancos y rectos.

Kyunghee se acercó a la camilla lentamente. Al ver las quemaduras de Yoseb se tapó la boca con ambas manos. A pesar de las aterradoras noticias sobre los bombardeos, había creído que Yoseb seguía con vida, que no moriría sin que ella lo supiera. Había rezado por él continuamente y por fin estaba con ella. Cayó de rodillas y bajó la cabeza. Todo el mundo se mantuvo en silencio hasta que se levantó. Incluso Kim estaba llorando.

Hansu asintió a la guapa mujer llorosa y le dio un paquete grande envuelto en papel y un tubo de unguento para las quemaduras del ejército americano.

—Dentro hay algunas medicinas. Mezcla una cucharilla muy pequeña de polvo con agua o leche y dáselo por la noche para que pueda dormir. Cuando se acabe no habrá más, así que debería dejar de tomarlo poco a poco. Te suplicará más, pero tienes que decirle que estás intentando que dure.

—¿Qué es? —le preguntó. Sunja se quedó junto a su cuñada sin decir nada.

—Lo necesita. Es para el dolor, pero no sería bueno que siguiera tomándolo porque es adictivo. De todos modos, tendrás que seguir cambiándole los vendajes. Tienen que estar esterilizados; hierva la tela antes de usarla. Hay más en el paquete. Necesitará el linimento porque su piel se está tensando. ¿Podrás hacerlo?

Kyunghee asintió, todavía mirando a Yoseb. Su boca y su mejilla casi habían desaparecido, como si lo hubiera devorado un animal. Era un hombre que había hecho todo lo que había podido por su familia... Le había ocurrido aquello porque se había marchado a trabajar.

—Gracias, señor. Gracias por todo lo que hace por nosotros —dijo Kyunghee a Hansu, que negó con la cabeza y no dijo nada. Los dejó para

hablar con el granjero. Kim, que para entonces ya había regresado del baño, siguió a Hansu hasta la casa.

Las mujeres y los niños guiaron a los hombres que llevaban la camilla al interior del granero y le hicieron espacio en un cajón de caballos vacío. Kyunghee movió allí su cama.

Un poco después, Hansu y los hombres se marcharon sin decir adiós.

El granjero no se quejó por tener un coreano más en su propiedad porque el resto de coreanos hacían la parte de Yoseb además de la suya; la época de la cosecha se acercaba y los necesitaba. Aunque ninguno lo había mencionado, Tamaguchi creía que pronto le pedirían dinero para marcharse y estaba decidido a dejar hecho tanto trabajo como pudiera antes de que regresaran a Osaka. Les había dicho que podían quedarse tanto tiempo como quisieran y lo había dicho en serio. Tamaguchi había contratado a soldados que habían regresado para pequeños trabajos, pero se quejaban de las tareas más pesadas y se negaban a trabajar con extranjeros. Aunque reemplazara a todos los coreanos por veteranos japoneses, Tamaguchi necesitaría a Hansu para transportar sus batatas a los mercados. Los coreanos podían quedarse.

El camión regresaba regularmente, pero Hansu no volvió en semanas. Yoseb sufría. Había perdido la audición del oído derecho. O gritaba de furia, o lloraba de agonía. El polvo medicinal se había acabado y Yoseb no estaba mucho mejor. Por las noches lloraba como un niño y había poco que pudieran hacer para ayudarlo. Durante el día intentaba ayudar en la granja, reparando herramientas o intentando clasificar las patatas, pero el dolor era tan grande que no podía trabajar. De vez en cuando, Tamaguchi, que detestaba el alcohol, le daba un poco de sake por lástima. Sin embargo, cuando Kyunghee empezó a pedirselo a diario, le dijo que no podía darle más; no porque fuera un tacaño, que no lo era, sino porque no tenía intención de tener un borracho en su propiedad.

Hansu regresó un mes después. El sol de la tarde había comenzado su descenso y los obreros acababan de regresar al campo después del almuerzo para empezar el segundo turno. Yoseb estaba solo en el establo, tumbado en su camastro lleno de paja.

Al oír los pasos, el hombre levantó la cabeza y volvió a apoyarla sobre la almohada de paja.

Hansu colocó dos cajas enormes a su lado y se sentó en el grueso tablón de madera junto a la cama que usaban como banco. A pesar de su traje bien cortado y de sus brillantes zapatos de cuero, Hansu parecía cómodo en la granja, indiferente a los fuertes olores de los animales y a las corrientes de aire frío.

—Tú eres el padre del chico, ¿verdad? —le preguntó Yoseb.

Hansu estudió el rostro cicatrizado del hombre, los límites desiguales de una mandíbula que antes caía en pendiente. La oreja derecha de Yoseb era ahora el capullo cerrado de una flor, plegada sobre sí misma.

—Por eso haces todo esto —añadió.

—Sí. Noa es mi hijo.

—Estamos en deuda contigo... Algo que quizá no podamos pagarte nunca —dijo Yoseb. Hansu levantó las cejas pero no dijo nada. Siempre era mejor no hablar mucho—. Pero aquí no tienes nada que hacer. Mi hermano dio su apellido al niño. Nunca debería descubrir que no era su hijo.

—Yo también puedo darle un apellido.

—Ya lo tiene. Estaría mal hacerle eso al niño.

Yoseb frunció el ceño; el menor movimiento le dolía. Noa tenía los gestos de su hermano menor: desde su manera de hablar, con las cadencias medidas de Isak, al modo en el que comía, con pequeños bocados y masticando con pulcritud. Se comportaba exactamente igual que Isak. Siempre que Noa tenía tiempo libre, cogía sus viejos libros de ejercicios y practicaba caligrafía, aunque nadie le decía que lo hiciera. Yoseb nunca habría creído que aquel *yakuza* fuera el padre biológico de Noa de no ser porque la mitad superior de la cara del niño era prácticamente una imagen reflejada de la de Hansu. Con el tiempo, Noa también se daría cuenta. No se lo había mencionado a Kyunghee, pero aunque ella hubiera adivinado la verdad, no le habría contado sus sospechas para proteger a Sunja, que era para ella más que una hermana.

—No tienes hijos —dijo Yoseb, adivinando de nuevo.

—Tu hermano fue muy amable al ayudar a Sunja, pero yo me habría ocupado de ella y de mi hijo.

—No parece que ella quisiera eso.

—Me ofrecí a ocuparme de ella, pero no quiso ser mi esposa en Corea porque tengo una mujer en Osaka.

Tumbado sobre su espalda, Yoseb miró fijamente el techo del granero.

Irregulares haces de luz atravesaban las vigas. Las columnas de polvo flotaban hacia arriba en líneas diagonales. Antes del incendio, nunca se había fijado en cosas tan pequeñas; tampoco había odiado a nadie. Aunque no debía, Yoseb odiaba a aquel hombre: su ropa cara, sus zapatos relucientes, su confianza sin fisuras que apestaba a diabólica invulnerabilidad. Lo odiaba por no sufrir dolor. No tenía derecho a reclamar al hijo de su hermano.

Hansu notó el enfado de Yoseb.

—Ella me pidió que me fuera, así que lo hice aunque tenía planeado regresar. Cuando volví, ya se había ido. Y estaba casada. Con tu hermano.

Yoseb no sabía qué creer. Isak no le había contado casi nada de Sunja; su hermano parecía creer que era mejor olvidar el origen de Noa.

—Deberías dejar a Noa en paz. Tiene familia. Después de la guerra, haremos todo lo posible por devolverte lo que te debemos.

Hansu cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió antes de hablar.

—Pagué por ti, hijo de puta. Pagué por tu vida. Pagué por la vida de todos vosotros. Todos estaríais muertos sin mí.

Yoseb se movió un poco de lado a lado e hizo una mueca de dolor. A veces se sentía como si todavía estuviera entre las llamas.

—¿Te lo dijo Sunja? —le preguntó Hansu.

—Solo hay que mirar la cara del niño. Además, nadie se tomaría tantas molestias y sé que no eres ningún santo. Sé lo que eres...

Hansu se rio a carcajadas. Era casi una falta de respeto a la franqueza de Yoseb.

—Volveremos a Corea —dijo Yoseb, cerrando los ojos.

—Pionyang está controlada por los rusos; los estadounidenses están a cargo de Busan. ¿Quieres volver a un sitio así?

—No será así para siempre —dijo Yoseb.

—Allí os moriréis de hambre.

—Ya estoy harto de Japón.

—¿Y cómo volverás a Pionyang o Busan? Ni siquiera podrías salir de la granja andando.

—La empresa me debe el sueldo. Cuando me recupere, volveré a Nagasaki para recoger mi paga.

—¿Cuándo fue la última vez que leíste un periódico?

Hansu sacó de una de las cajas un manojo de periódicos coreanos y japoneses que había traído para Kim. Puso el montón junto al camastro de

Yoseb.

Yoseb miró los periódicos pero se negó a cogerlos.

—No habrá dinero para ti. —Habló lentamente, como si Yoseb fuera un niño—. La empresa no te pagará. Nunca. No hay ningún registro de tu trabajo y tú no puedes demostrarlo. El gobierno está deseando que todos los coreanos pobres se vayan, pero no va a darte un billete. No va a darte ni un sen por las molestias.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo lo sabes? —le preguntó Yoseb.

—Lo sé. Conozco Japón —dijo Hansu.

Parecía personalmente decepcionado. Había vivido entre los japoneses toda su vida adulta. Su suegro era sin duda el prestamista japonés más poderoso de Kansai. Hansu podía decir con seguridad que los japoneses eran intratables cuando se ponían a ello. En eso eran exactamente igual que los coreanos, aunque su terquedad era más discreta y difícil de detectar.

—¿Sabes lo difícil que es sacarle dinero a un japonés? Si no quieren pagarte, nunca te pagarán. Vas a malgastar el tiempo —continuó. A Yoseb le ardía y le picaba todo el cuerpo—. Cada día, por cada barco que parte hacia Corea lleno de idiotas que quieren volver a casa, llegan dos barcos a rebosar de refugiados que regresan porque allí no hay nada para comer. En Corea están desesperados. Trabajan por un poco de pan duro. Las mujeres se prostituyen después de dos días de hambre, uno si tienen niños que alimentar. Estás viviendo el sueño de un hogar que ya no existe.

—Mis padres están allí.

—No. No, no están —afirmó. Yoseb se giró para mirar a Hansu a los ojos—. ¿Por qué crees que solo he traído a la madre de Sunja? ¿De verdad crees que no pude encontrar a tus padres y a tus suegros?

—No sabes qué ha sido de ellos —dijo Yoseb. Ni él ni Kyunghee habían tenido noticias de ellos en más de un año.

—Los fusilaron. Fusilaron a todos los terratenientes que fueron suficientemente tontos para quedarse por allí. Los comunistas dividen a la gente en categorías sencillas.

Yoseb empezó a llorar y se cubrió los ojos.

Había que contar una mentira y a Hansu no le importó hacerlo. Si sus padres no estaban ya muertos, se morirían de hambre o morirían de viejos, inevitablemente. Podrían haberlos fusilado. Las condiciones en el norte ocupado por los comunistas eran horribles. Muchos propietarios habían sido

arrestados, asesinados y lanzados a fosas comunes. No, no sabía con seguridad si los padres de Yoseb estaban vivos o no, y sí, podría haberlo descubierto si no le hubiera importado arriesgar a algunos de sus hombres para encontrarlos, pero no veía el sentido. No entendía qué provecho podría sacar a sus vidas. Había sido fácil encontrar a la madre de Sunja: apenas dos días de búsqueda. En general, sería preferible que Yoseb y Kyunghee hubieran perdido a sus padres porque Sunja los habría seguido a ciegas a Corea por algún absurdo sentido del deber. Yoseb y Kyunghee estarían mejor en Japón, por ahora. Hansu jamás permitiría que su hijo fuera a Pionyang.

Abrió uno de los paquetes y sacó una botella grande de *soju*. La destapó y se la pasó a Yoseb; después salió del granero para hablar con Tamaguchi sobre un pago.

Tras terminar su trabajo, Sunja regresó al granero y encontró a Hansu esperándola. Estaba sentado solo junto a los comederos en el extremo opuesto, a buena distancia de los niños, que estaban leyendo. Yoseb dormía profundamente. Kyunghee y Yangjin estaban en la casa haciendo la cena mientras Kim descargaba los sacos de patatas en el cobertizo. Hansu la saludó y le pidió que se acercara; ya no sentía la necesidad de ser discreto.

Sunja se detuvo junto al banco delante de Hansu.

—Siéntate, siéntate —insistió, pero ella se negó.

—Tamaguchi me ha dicho que quiere adoptar a tus hijos —dijo Hansu tranquilamente con una sonrisa.

—¿Qué?

—Le he dicho que tú nunca te separarías de ellos. Incluso se ha ofrecido a quedarse solo con uno, el pobre hombre. No te preocupes. No puede hacerlo.

—Pronto volveremos a Pionyang —dijo Sunja.

—No. Eso no va a ocurrir.

—¿A qué te refieres?

—Allí todo el mundo está muerto. Los padres de Kyunghee. Tus suegros. Todos fueron fusilados por tener propiedades. Esas cosas ocurren cuando los gobiernos cambian. Tienes que librarte de tus enemigos, y los propietarios son enemigos de los obreros —dijo Hansu.

—*Uh-muh*.

Sunja se sentó por fin.

—Sí, es triste, pero no hay nada que hacer.

Sunja era una mujer pragmática, pero incluso ella pensaba que Hansu estaba siendo inusualmente cruel. Cuanto más trato tenían, más segura estaba de que en su juventud no había estado enamorada de él sino de la idea que se había forjado en su mente sin apenas conocerlo.

—Deberías pensar en la educación de Noa. Le he traído algunos libros para que empiece a preparar los exámenes de admisión.

—Pero...

—No podéis regresar a Corea. Vais a tener que esperar hasta que la situación sea más estable.

—Eso no es decisión tuya. Mis hijos no tienen futuro aquí. Si no podemos volver ahora, lo haremos cuando sea seguro.

Le había temblado la voz, pero había dicho lo que tenía que decir.

Hansu se quedó en silencio un momento.

—Lo que decidas hacer más tarde es otra cosa, pero mientras, Noa debería empezar a estudiar para la universidad. Ya tiene doce años.

Sunja había estado pensando en la educación de Noa pero no había sabido cómo ayudarlo. Además, ¿cómo pagaría la universidad? Ni siquiera tenían dinero suficiente para el billete de vuelta a casa. Sin que Yoseb lo oyera, las tres mujeres hablaban de aquello continuamente. Tenían que regresar a Osaka para encontrar un modo de ganar dinero de nuevo.

—Mientras esté en este país, Noa debería estudiar. Corea será un caos durante mucho tiempo. Además, ya es un buen estudiante japonés. Cuando vuelva, tendrá una licenciatura de una buena universidad japonesa. Eso es lo que todos los coreanos ricos están haciendo: enviar a sus hijos al extranjero. Si Noa consigue entrar en una universidad, yo pagaré la matrícula. También pagaré los estudios de Mozasu. Podría conseguirles profesores particulares cuando regreséis...

—No —dijo Sunja en voz alta—. No.

Hansu decidió no discutir con ella porque sabía que era cabezota. Señaló las cajas junto a la cama de Yoseb.

—He traído carne y pescado seco. También hay fruta enlatada y tabletas de chocolate de Estados Unidos. He traído las mismas cosas para la familia de Tamaguchi, así que no tenéis que compartirlas con ellos. En la caja de abajo hay tela; todos necesitáis ropa, creo. Hay tijeras, hilo y agujas —añadió,

orgulloso de sí mismo por haberse acordado de esas cosas—. La próxima vez traeré lana.

Sunja no sabía qué hacer. No es que no estuviera agradecida; se sentía impotente, avergonzada de su vida. Se tocó el cabello despeinado con las manos bronceadas por el sol. Tenía las uñas sucias. No quería que él la viera así. De repente, pensó que nunca volvería a ser bonita.

—He traído algunos periódicos. Haz que alguien te los lea. Todos dicen lo mismo... No podéis volver ahora. Sería terrible para los chicos.

Sunja lo miró.

—Así fue como conseguiste que viniera aquí, y como ahora estás intentando retenerme en Japón. Dijiste que sería mejor para los chicos, así que los traje a la granja.

—No me equivoqué.

—No me fío de ti.

—Estás intentando hacerme daño, Sunja, pero eso no tiene sentido. — Hansu negó con la cabeza—. Recuerda: tu marido habría querido que los niños fueran a la universidad. Yo también quiero lo mejor para vosotros, Sunja. Tú y yo... Somos buenos amigos. Siempre seremos buenos amigos. Siempre tendremos a Noa —dijo tranquilamente. Esperó a ver si ella decía algo, pero era como si una puerta se hubiera cerrado en su rostro—. Tu cuñado lo sabe. Lo de Noa. Yo no se lo he dicho, lo ha descubierto él —le desveló. Sunja se cubrió la boca con la mano—. No tienes que preocuparte, todo irá bien. Si quieres regresar a Osaka, Kim hará los preparativos. Rechazar mi ayuda sería egoísta por tu parte; deberías dar a tus hijos todas las oportunidades. Yo podría abrirles muchas puertas.

Antes de que Sunja pudiera hablar, Kim regresó al granero. Pasó junto a los niños, que seguían absortos en sus libros.

—Jefe, me alegro de verte. ¿Te traigo algo de beber?

Hansu dijo que no.

Sunja se dio cuenta entonces de que no le había ofrecido nada.

—Bueno, ¿estás listo para regresar a Osaka? —preguntó Hansu a Kim.

—Sí, señor —contestó el hombre, sonriendo. Sunja parecía angustiada, pero prefirió no decirle nada.

—Niños —gritó Hansu hacia el fondo del granero—, ¿qué tal los libros?

Kim los llamó para que se acercaran y los niños corrieron hacia él.

—Noa, ¿quieres volver al colegio? —le preguntó Hansu.

—Sí, señor, pero...

—Si quieres volver al colegio, tendrás que regresar a Osaka de inmediato.

—¿Y la granja? ¿Y Corea? —preguntó Noa, enderezando la espalda.

—No podrás regresar a Corea en un tiempo, pero mientras, no deberías dejar que se te vacíe la cabeza —dijo Hansu, sonriendo—. ¿Qué te parecen los libros que te he traído? ¿Son difíciles?

—Sí, señor, pero quiero memorizarlos. Creo que necesito un diccionario.

—Te conseguiremos uno —dijo Hansu con orgullo—. Tú estudia, y yo te enviaré a la universidad. Un niño no debería tener que preocuparse del precio de la matrícula. Es importante que los coreanos mayores ayudemos a los jóvenes en sus estudios. ¿De qué otro modo seremos una gran nación, si no apoyamos a nuestros niños?

Noa sonrió de oreja a oreja y Sunja no pudo decir nada.

—Pero yo quiero quedarme en la granja —lo interrumpió Mozasu—. Esto no es justo. Yo no quiero volver al colegio. Odio el colegio.

Hansu y Kim se rieron.

Noa tiró de Mozasu hacia él y se inclinó. A continuación se marcharon al otro extremo del granero.

Cuando estuvieron suficientemente lejos de los adultos, Mozasu le dijo a Noa:

—Tamaguchi dijo que podíamos vivir aquí para siempre. Dijo que éramos como sus hijos.

—Mozasu, no podemos seguir viviendo en este granero.

—Me gustan las gallinas. Esta mañana, cuando he ido a por los huevos, no me han picado ni una sola vez. En el granero se duerme bien, sobre todo desde que la tía Kyunghée nos hizo esas mantas de heno.

—Bueno, pensarás diferente cuando te hagas mayor —dijo Noa, sosteniendo los gruesos volúmenes para preparar los exámenes—. *Appa* habría querido que fuéramos a la universidad y nos convirtiéramos en personas educadas.

—Yo odio los libros —dijo Mozasu con el ceño fruncido.

—A mí me encantan. Podría leer todo el día y no hacer nada más. A *appa* también le encantaba leer.

Mozasu se lanzó contra su hermano para empezar una batalla. Noa se rio.

—Hermano, ¿cómo era *appa*?

El pequeño se sentó y miró a su hermano con seriedad.

—Era alto y tenía la piel tan clara como tú. Llevaba gafas, como yo. Era muy bueno estudiando y le gustaban los libros. Le encantaba aprender. Era feliz cuando leía, o eso me dijo.

Noa sonrió.

—Como tú —dijo Mozasu—. No como yo. Bueno, a mí me gustan los tebeos.

—Eso no es lectura de verdad —replicó Noa. Mozasu se encogió de hombros—. Siempre era bueno con *umma* y conmigo. Solía burlarse del tío Yoseb para hacerlo reír. *Appa* me enseñó a escribir las letras y a recordar las tablas de multiplicar. Fui el primero del colegio en sabérselas al dedillo.

—¿Era rico?

—No. Los sacerdotes no pueden ser ricos.

—Yo quiero ser rico —dijo Mozasu—. Quiero tener un camión enorme y un chófer.

—Pensaba que querías vivir en un granero —contestó Noa, sonriendo—, y recoger huevos de gallina cada mañana.

—Preferiría tener un camión como Hansu.

—Yo preferiría ser un hombre culto como *appa*.

—Yo no —dijo Mozasu—. Quiero ganar un montón de dinero para que *umma* y la tía Kyunghée no tengan que trabajar más.

9

Osaka, 1949

Después de que la familia regresara a Osaka, Hansu puso a Kim a cargo de la recaudación de las cuotas a los propietarios de las tiendas del mercado Tsuruhashi. A cambio de estos pagos, el clan de Hansu daba a los propietarios protección y apoyo. Naturalmente, nadie quería pagar estas sumas, que no eran insignificantes, pero no había demasiadas opciones. En los casos raros en los que alguien se declaraba pobre o en los que algún idiota se negaba a pagar, Hansu enviaba a otros hombres en lugar de a Kim para solucionar la situación. Para un tendero, estos pagos eran una práctica establecida hacía mucho, solo un coste más del negocio.

Cualquiera que trabajara para Hansu tenía que dar la imagen adecuada de la organización; los hombres que trabajaban para él, tanto japoneses como coreanos, se esforzaban por mantener un perfil bajo y evitar cualquier tipo de atención negativa innecesaria. Excepto por su miopía, corregida por sus gruesas gafas, Kim era un hombre de aspecto agradable: humilde, competente y educado. Hansu prefería que Kim se ocupara de la recaudación porque era efectivo y siempre educado. Kim era el envoltorio limpio de un trabajo sucio.

Era sábado por la noche y Kim acababa de recaudar los pagos de la semana, más de sesenta fajos de dinero en efectivo, todos envueltos en papel y marcados con el nombre del negocio. Nadie se había negado a pagar. Cuando se acercó al automóvil aparcado de Hansu, Kim se inclinó ante su jefe, que estaba saliendo del coche. Su chófer los recogería más tarde.

—Vamos a tomar algo —dijo Hansu, dando unas palmaditas en la espalda de Kim. Caminaron en dirección al mercado. En el trayecto, los hombres con

los que se cruzaban no dejaban de inclinarse ante Hansu, y él les respondía asintiendo. Sin embargo, no se detuvo con nadie.

—Voy a llevarte a un sitio nuevo. Con chicas guapas. Supongo que te gustará la idea después de vivir tanto tiempo en un granero.

Kim se rio, sorprendido. Su jefe normalmente no hablaba de esas cosas.

—Te gusta la casada, lo sé —dijo Hansu mientras caminaban por la estrecha calle comercial. Kim siguió caminando, incapaz de responder—. La cuñada de Sunja todavía es muy guapa. Su marido ya no puede hacerlo. Cada vez bebe más, ¿*nee*?

Kim se quitó las gafas y limpió los cristales con su pañuelo. Yoseb le caía bien y se sentía mal por no defenderlo. Bebía un montón, pero no era un mal hombre. Estaba claro que la gente del barrio todavía lo admiraba. En casa, cuando se sentía bien, ayudaba a los niños con los deberes y les enseñaba coreano. A veces, arreglaba máquinas para algunas fábricas cuyos dueños conocía, pero en su condición no podía trabajar regularmente.

—¿Cómo es la casa? —le preguntó Hansu.

—Nunca había vivido tan bien —contestó Kim, y era verdad—. Las comidas son deliciosas y todo está muy limpio.

—Las mujeres necesitan un hombre que cuide de ellas. Pero me preocupa que estés demasiado unido a la casada.

—Jefe, he estado pensando en regresar a Corea. No a Daegu, sino al norte.

—¿Otra vez con esto? No. Fin de la discusión. No me importa que vayas a esas reuniones socialistas, pero no empieces a creerte esa mierda de regresar a la madre patria. Los líderes de *Mindan* no son mejores. Al final, en el norte te matarán y en el sur te morirás de hambre. Todos odian a los coreanos que han estado viviendo en Japón, lo sé. Si te vas, no cuentes conmigo. Para nada.

—El líder, Kim Il Sung, luchó contra el imperialismo japonés...

—Conozco a sus hombres. Algunos puede que se crean el mensaje, pero la mayoría solo quiere el sobre con el sueldo cada semana. La gente importante que vive aquí jamás regresará. Ya lo verás.

—Pero ¿no te parece que debemos hacer algo por nuestro país? Esos extranjeros están dividiendo la nación en...

Hansu puso ambas manos sobre los hombros de Kim y lo miró con seriedad.

—No has estado con una chica en tanto tiempo que no puedes pensar con sensatez. —Sonrió, después se puso serio de nuevo y resopló—. Escucha,

conozco a los líderes tanto de la Asociación como de *Mindan*. Los conozco muy, muy bien...

—Pero *Mindan* no es más que una marioneta de los americanos...

Hansu sonrió a Kim, divertido por la sinceridad del joven.

—¿Cuánto hace que trabajas para mí?

—Tenía doce o trece años cuando me diste trabajo.

—¿Cuántas veces he hablado de política contigo? —le preguntó. Kim intentó recordar—. Nunca. En realidad no. Soy un hombre de negocios. Y quiero que tú seas un hombre de negocios. Y siempre que acudas a esas reuniones, quiero que pienses por ti mismo, y quiero que pienses en tu propio interés. La gente, tanto japoneses como coreanos, está jodida porque sigue pensando en el grupo. Pero esta es la verdad: no existen los líderes benevolentes. Yo te protejo porque trabajas para mí. Si actúas como un idiota y vas contra mis intereses, entonces no podré protegerte. En cuanto a esos grupos coreanos, tienes que recordar que, digan lo que digan, los hombres que están al mando son solo hombres, no mucho más listos que los cerdos. Y nosotros comemos cerdos. Viviste con ese granjero, Tamaguchi, que vendía batatas a precios obscenos cuando los japoneses se morían de hambre durante la guerra. Violó la normativa bélica y yo lo ayudé, porque él quería dinero y yo también. Probablemente cree que es un japonés decente, respetable, incluso un orgulloso patriota; ¿no lo son todos? Es un malísimo japonés, pero un hombre de negocios muy listo. Yo no soy un buen coreano, y tampoco soy japonés. Soy muy bueno ganando dinero. Este país se desmoronaría si todo el mundo se creyera esa mierda samurái. Al Emperador tampoco le importa una mierda nadie. Así que no voy a decirte que no vayas a ninguna reunión o que no te unas a ningún grupo, pero no olvides esto: a esos comunistas no les importas. No les importa nadie. Estás loco si crees que se preocupan por Corea.

—A veces me gustaría volver a ver mi patria —dijo Kim en voz baja.

—Para la gente como nosotros, la patria no existe.

Hansu sacó un cigarrillo y Kim se apresuró a encenderlo.

El joven no había vuelto a Corea desde hacía más de veinte años. Su madre murió cuando era niño y su padre, granjero, falleció poco después; su hermana mayor hizo lo que pudo por él pero al final se casó y desapareció, dejándolo a su suerte. Kim quería ir al norte para ayudar con la reunificación,

pero también quería ir a Daegu para limpiar las tumbas de sus padres y hacer un *jesa* adecuado ahora que podía permitírselo.

Hansu dio una larga calada a su cigarrillo.

—¿Crees que me gusta estar aquí? No, no me gusta estar aquí. Pero aquí sé qué esperar. No querrás volver a ser pobre. Changho, trabajas para mí, tienes comida y dinero de sobra, así que has empezado a tener ideas... Es normal. El patriotismo es solo una idea, como lo es el capitalismo o el comunismo. Pero las ideas pueden hacer que los hombres olviden sus propios intereses. Y los que están al mando se aprovechan de los idealistas. No puedes arreglar Corea. Ni cien como tú o cien como yo podríamos arreglar Corea. Los japoneses se han marchado y ahora Rusia, China y Estados Unidos se disputan nuestro país de mierda. ¿Crees que puedes oponerte a ellos? Olvídate de Corea. Concéntrate en algo que puedas tener. ¿Quieres a la casada? Bien, entonces líbrate del marido o espera a que se muera. Eso es algo que puedes arreglar.

—Ella no va a dejarlo.

—Es un perdedor.

—No, no, no lo es —dijo Kim con seriedad—. Y ella no es el tipo de mujer que...

No podía seguir hablando de eso. Aunque esperara a que Yoseb muriera, estaba mal desear la muerte de un hombre. Creía en muchas cosas, incluida que una mujer debe ser fiel a su marido. Si Kyunghee abandonara a un hombre lisiado, no se merecería su devoción.

Al final de la calle, Hansu se detuvo y señaló con la cabeza un bar de aspecto sencillo.

—¿Quieres pasar un rato con una chica, o quieres regresar a casa y desear a la mujer de otro?

Kim miró el pomo de la puerta y la abrió. Dejó que su jefe entrara primero antes de seguirlo al interior.

La nueva casa en Osaka era dos tatamis más grande que la antigua y más sólida: estaba construida con pizarra, madera maciza y ladrillo. Como Hansu había predicho, los bombardeos derribaron la casa original. Kyunghee se había cosido las escrituras legales en el forro de su abrigo bueno y, cuando llegó el momento, el abogado de Hansu hizo que el gobierno municipal las

reconociera. Con el dinero que Tamaguchi les dio tras marcharse de la granja, Yoseb y Kyunghee compraron la parcela adyacente. Reconstruyeron la casa con la ayuda de la constructora de Hansu. Una vez más, Yoseb ocultó a sus vecinos que era el propietario de la casa; siempre era prudente parecer más pobre de lo que eras. El exterior de la casa era casi idéntico al resto de viviendas de su calle en Ikaino. La familia había acordado que Kim viviera con ellos y, cuando Yoseb se lo pidió, no pudo negarse. Las mujeres empapelaron las paredes con papel de buena calidad y compraron cristal fuerte y grueso para sus pequeñas ventanas. Gastaron un poco más en una buena tela para hacer colchas cálidas y cojines para el suelo, y compraron una mesa baja coreana para las comidas y para que los niños hicieran los deberes.

Aunque a juzgar por su fachada no parecía mucho más que una choza grande, por dentro era una casa excepcionalmente limpia y bien organizada con una cocina que tenía suficiente espacio para guardar los carritos de comida durante la noche. Contaba con una letrina a la que podía entrarse desde la puerta de la cocina. Yangjin, Sunja y los niños dormían en la habitación central, que durante el día servía de sala de estar; Yoseb y Kyunghee dormían en la habitación grande junto a la cocina que servía de despensa, y Kim dormía en el diminuto cuarto delantero cuyas dos paredes estaban hechas de puertas correderas de papel. Los siete (tres generaciones y un amigo de la familia) vivían en la casa de Ikaino. Considerando el barrio en el que estaban, su alojamiento era casi lujoso.

Aquella noche, cuando Kim regresó a casa, todos estaban dormidos. Hansu le había pagado una chica coreana excepcionalmente atractiva y Kim se fue al dormitorio con ella. Después había querido ir a un baño público, pero los que estaban cerca de la casa cerraban durante la noche. Se lavó tan bien como pudo en la pileta junto a la letrina, pero todavía tenía en la boca el sabor ceroso del pintalabios rosa nacarado de la chica.

La muchacha era joven, veinte años si acaso, y cuando no estaba en las habitaciones, trabajaba como camarera. La guerra y la ocupación americana la habían endurecido, como al resto de chicas que trabajaban en el bar, y como era tan guapa, había estado con muchos hombres. Respondía al nombre de Jinah.

En una de las habitaciones de la parte de atrás reservadas para los clientes que pagaban, Jinah cerró la puerta y se quitó su vestido de flores. No llevaba ropa interior. Su cuerpo era largo y delgado, con los pechos altos y redondos

de una joven que no necesitaba sujetador y las piernas finas de una campesina hambrienta. Se sentó en su regazo, restregándose suavemente para ponerlo duro, y después lo condujo con cuidado a la cama roja del suelo. Lo desnudó, lo lavó con una toalla húmeda y caliente y le colocó un profiláctico con su boca pintada. Había pasado mucho tiempo desde que había estado con una chica. Solo había estado con putas, pero aquella era la que tenía la cara y la figura más bonita y entendía por qué costaba tanto, aunque esta vez no pagara él. Jinah lo llamó *oppa* y le preguntó si quería penetrarla, y él asintió, asombrado por su habilidad, a la vez encantadora y profesional. Lo empujó con cuidado para que se tumbara, subió sobre sus caderas y se lo introdujo de una sola vez. Le besó la frente y el pelo, dejando que él enterrara la cabeza entre sus pechos mientras follaban. No sabía si estaba fingiendo, pero parecía gustarle lo que hacía, a diferencia del resto de putas, que fingían ser virginales. No hubo falsas protestas, y Kim estaba tan excitado que se corrió casi de inmediato. Ella se quedó entre sus brazos un instante y después se levantó para buscar una toalla. Mientras lo limpiaba, le dijo que era muy atractivo y le pidió que regresara pronto a verla, porque ella no dejaría de pensar en su anguila. Kim se habría quedado a pasar la noche para acostarse de nuevo con ella, pero Hansu estaba esperándolo en el bar.

En su habitación, alguien había preparado su cama. Kim se tumbó sobre su camastro limpio de algodón almidonado e imaginó los dedos delgados de Kyunghye suavizando las mantas sobre las que él descansaba. Como siempre, se imaginó haciendo el amor con ella. A una mujer casada no le sorprendería el sexo, pero se preguntó si ella lo disfrutaría tanto como Jinah había parecido hacerlo. ¿Qué pensaría de ella si era así? En el granero, él siempre se quedaba dormido antes que las mujeres; aquel horario le venía bien, porque no soportaba la idea de que Yoseb se acostara con ella. Por suerte, en la granja nunca había oído ningún ruido, y tampoco en aquella casa. Estaba seguro de que Yoseb ya no se acostaba con su mujer y este conocimiento le daba permiso para amarla a ella y no odiarlo a él. De este modo, ella también era suya. Hansu había notado sus sentimientos porque eran obvios; no podía resistirse a su rostro dulce, a sus movimientos tranquilos y elegantes. Pensaba que, si conseguía estar con ella, se moriría. ¿Cómo sería estar con ella cada noche? Cuando trabajaban juntos en el restaurante y cuando se quedaba a

solas con ella en la granja, casi se había vuelto loco para evitar abrazarla. Lo que había impedido que lo hiciera era el conocimiento de que ella no lo habría correspondido; quería a su marido y amaba a *Yesu Kuristo*, su dios, en quien Kim no podía creer y quien no permitía que sus seguidores tuvieran sexo fuera del matrimonio.

Kim cerró los ojos y deseó que Kyunghee abriera la fina puerta de papel de su habitación. Se quitaría el vestido como había hecho la puta y lo besaría. Él la abrazaría, le haría el amor y desearía morir, porque su vida en aquel momento sería perfecta. Imaginó sus pechos pequeños, su vientre y sus piernas pálidas, la sombra de su pubis. Volvió a tener una erección y se rio en silencio, pensando que aquella noche era como un muchacho, porque creía que podría hacerlo una y otra vez y nunca tendría suficiente. Hansu se equivocaba al pensar que una puta bonita le quitaría a Kyunghee de la mente; de hecho, en ese momento la deseaba más, mucho más, de lo que nunca lo había hecho. Había probado algo dulce y fresco aquella noche y ahora quería un cubo inmenso de ello... Suficiente para sumergirse en él.

Kim se tocó y se quedó dormido con las gafas puestas.

Por la mañana, Kim se levantó antes que los demás y se fue a trabajar sin desayunar. Aquella noche, mientras caminaba hacia casa, se fijó en un par de hombros delgados que empujaban un carrito de golosinas. Corrió para alcanzarla.

—Déjame a mí.

—Oh, hola —dijo Kyunghee, con una sonrisa de alivio—. Esta mañana, cuando vimos que no estabas, nos preocupamos por ti. No te vimos anoche. ¿Has comido?

—Estoy bien. No tienes que preocuparte por mí.

Se fijó en que el montón de bolsas que usaba para envolver los caramelos había desaparecido.

—Te has quedado sin bolsas. ¿Se te ha dado bien hoy?

Ella asintió, sonriendo de nuevo.

—Lo he vendido todo, pero el precio del azúcar moreno ha subido de nuevo. Quizá haga gelatina, se necesita menos azúcar. Tengo que encontrar algunas recetas nuevas.

Kyunghee dejó de caminar para secarse la frente con el dorso de la mano.

Kim le quitó el carrito para empujarlo.

—¿Sunja ya está en casa? —le preguntó.

Kyunghee asintió. Parecía preocupada.

—¿Qué pasa?

—Espero que no discutan esta noche. Mi marido está siendo muy duro con todos últimamente. Además, está...

No quería decir nada más. La salud de Yoseb estaba decayendo con rapidez, pero por desgracia estaba suficientemente bien para sentir el horrible malestar de sus quemaduras y heridas. Cualquier detalle le molestaba y, cuando se enfadaba, ya no se contenía. Su sordera lo hacía gritar, algo que nunca había hecho antes de la guerra.

—Es por los estudios de los chicos. Ya sabes.

Kim asintió. Yoseb había estado diciendo a Sunja que los chicos tenían que ir a centros coreanos porque la familia tenía que estar preparada para regresar. Los chicos tenían que aprender coreano. Hansu decía a Sunja lo contrario. Sunja no decía nada, pero todo el mundo sabía que era un mal momento para regresar.

La calle que conducía a su casa estaba vacía. Al ponerse el sol, el ocaso emitía una tenue luz gris y rosa.

—Esta tranquilidad es agradable —dijo ella.

—Sí.

Kim agarró el manillar del carrito un poco más fuerte.

Algunos mechones de su recogido se habían soltado y Kyunghee se metió el cabello detrás de las orejas. Incluso al final de un largo día de trabajo, todavía había algo muy limpio y alegre en su expresión; eso no podía ser ensuciado.

—Anoche gritó a Sunja de nuevo por lo de los colegios. La intención de mi marido es buena. Además, sufre mucho dolor. Noa quiere ir a un centro japonés. Quiere ir a la universidad Waseda. ¿Te lo puedes imaginar? ¡Una universidad tan grande como esa! —Sonrió, orgullosa del gran sueño de su sobrino—. Y, bueno, Mozasu no quiere ir a ningún colegio. Por supuesto, no está claro cuándo podremos regresar, pero los niños tienen que aprender a leer y escribir. ¿No te parece?

Kyunghee tenía ganas de llorar, pero no sabía por qué.

Kim sacó del bolsillo de su abrigo un pañuelo que usaba para limpiar sus gafas y se lo ofreció.

—Hay muchas cosas que no podemos controlar —le dijo. Ella asintió—. ¿Quieres regresar a Corea?

Kyunghee contestó sin mirarlo a la cara.

—No puedo creer que mis padres estén muertos. En mis sueños siguen vivos. Me gustaría verlos de nuevo.

—Pero no puedes volver ahora. Es peligroso. Cuando las cosas mejoren...

—¿Crees que eso será pronto?

—Bueno, ya sabes cómo somos.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—A los coreanos. Nos gusta discutir. Todos piensan que son más listos que los demás. Supongo que quien esté al mando luchará con todas sus fuerzas por mantener el poder.

Repitió lo que Hansu le había dicho porque su jefe tenía razón, sobre todo cuando se trataba de ver lo peor en la gente... En eso siempre tenía razón.

—Entonces, ¿tú no eres comunista? —le preguntó.

—¿Qué?

—Vas a esas reuniones políticas. Creía que, si tú ibas, quizá no serían tan malos. Están contra el gobierno japonés y quieren reunificar el país, ¿verdad? Quiero decir, ¿no están los estadounidenses tratando de dividir el país? En el mercado se oyen cosas, pero es difícil saber qué creer. Mi marido dice que los comunistas son mala gente; son los que fusilaron a nuestros padres. ¿Sabes? Mi padre sonreía a todo el mundo. Siempre hacía cosas buenas.

Kyunghee no comprendía por qué habían matado a sus padres. Su padre había sido el tercer hijo, así que su parcela era muy pequeña. ¿Habían matado los comunistas a todos los propietarios, incluso a los insignificantes? Sentía curiosidad por saber qué pensaba Kim, porque era un buen hombre y sabía mucho del mundo.

Kim se apoyó en el carrito y la miró con atención. Quería consolarla. Sabía que estaba pidiéndole consejo y eso lo hacía sentirse importante. Con una mujer como aquella a su lado, puede que ni siquiera le importara la política.

—¿Hay tipos distintos de comunistas? —le preguntó.

—Creo que sí. No sé si yo soy comunista. Estoy en contra de que los japoneses tomen Corea de nuevo y tampoco quiero que los rusos y los chinos la controlen. Ni los norteamericanos. Me pregunto por qué no pueden dejar Corea en paz.

—Pero acabas de decirlo, porque discutimos. Supongo que es como cuando

dos vecinas se enfadan y los demás no dejan de oír comentarios sobre la maldad de la una o de la otra. Si las vecinas quisieran la paz, olvidarían todo lo demás y recordarían que antes eran amigas.

—Creo que deberíamos ponerte a ti al mando —dijo Kim, empujando el carrito hacia la casa. A pesar de que había sido un paseo breve, estar con ella lo hacía feliz, aunque también la deseaba más. Había ido a esas reuniones para salir de casa, porque a veces estar cerca de ella era demasiado. Vivía allí porque necesitaba verla cada día. La amaba. Eso nunca cambiaría, pensaba. Su situación era imposible.

A apenas unos metros de casa, caminaron lentamente, murmurando esto y aquello sobre lo ocurrido en el día, satisfechos y solo un poco menos tímidos. Él seguiría sufriendo por amor.

10

Osaka, enero de 1953

Sunja estaba tan preocupada por el dinero que se había despertado en mitad de la noche para hacer caramelos. Cuando Yangjin notó que su hija no estaba en la cama, fue a la cocina.

—¿No duermes más? —le preguntó—. Enfermarás si no duermes.

—*Umma*, estoy bien. Deberías volver a la cama.

—Soy vieja. Ya no necesito dormir tanto —dijo Yangjin, poniéndose el delantal.

Sunja estaba intentando ganar un dinero extra para las clases particulares de Noa. Había suspendido su primer intento en los exámenes de Waseda por muy pocos puntos y estaba seguro de que podría pasarlos en la siguiente convocatoria si conseguía un tutor de matemáticas. El precio de los profesores particulares era desorbitado. Las mujeres estaban intentando ganar más para que Noa pudiera dejar su trabajo como contable y estudiar a jornada completa, pero era difícil cubrir los gastos de la familia y las facturas médicas de Yoseb con el sueldo del muchacho y sus ganancias vendiendo comida. Cada semana, Kim les daba dinero por su habitación y su comida. Había intentado añadir algo para las clases de Noa, pero Yoseb prohibió a las mujeres que aceptarían más de lo que era razonable. Yoseb no permitiría que Sunja aceptara dinero de Hansu para los estudios de su hijo.

—¿Has dormido algo? —le preguntó Yangjin.

Sunja asintió y extendió un paño limpio sobre los trozos grandes de azúcar moreno para amortiguar el sonido del mortero.

Yangjin estaba agotada. Le faltaban tres años para los sesenta. Cuando era joven, había creído que podía trabajar más que nadie bajo cualquier

circunstancia, pero ya no se sentía así. Últimamente se había sentido cansada e impaciente; las cosas más pequeñas la molestaban. Se suponía que la edad te hacía más paciente, pero en su caso se sentía más enfadada. A veces, cuando un cliente se quejaba del tamaño de las porciones, quería increparlo. Últimamente, lo que más la irritaba era el silencio imposible de su hija. Le daban ganas de zarandearla.

La cocina era la habitación más cálida de la casa y las luces eléctricas emitían una luz constante. Las dos bombillas del techo creaban sombras descarnadas sobre las paredes empapeladas, como si fueran dos calabazas solitarias colgando de vides sin hojas.

—Todavía pienso en nuestras chicas —dijo Yangjin.

—¿En Dokhee y Bokhee? ¿No encontraron trabajo en China?

—No debí dejar que se marcharan con esa embaucadora de Seúl. Pero las chicas estaban tan entusiasmadas por viajar a Manchuria y ganar dinero... Me prometieron que volverían cuando tuvieran suficiente dinero para comprar la hospedería. Eran buenas chicas.

Sunja asintió, recordando lo dulces que eran. Ella ya no conocía gente así. Parecía que la ocupación y la guerra los habían cambiado a todos, y ahora la guerra en Corea estaba empeorando las cosas. La gente que antes era amable parecía cauta e insensible. Solo quedaba inocencia en los niños más pequeños.

—Oí en el mercado que a las chicas que iban a trabajar en fábricas se las llevaban a otra parte y que tenían que hacer cosas horribles con los soldados japoneses. —Yangjin hizo una pausa, todavía frustrada—. ¿Crees que puede ser verdad?

Sunja había oído las mismas historias y Hansu le había advertido en más de una ocasión que tuviera cuidado con los reclutadores coreanos que trabajaban para el ejército japonés y prometían buenos trabajos que eran falsos, pero no quería que su madre se preocupara más. Molió el azúcar tan finamente como pudo.

—¿Y si se llevaron a las chicas para eso? —le preguntó Yangjin.

—*Umma*, no lo sabemos —susurró Sunja. Encendió el fuego de la hornilla y vertió azúcar y agua en la sartén.

—Fue eso lo que ocurrió. Siento que fue así. —Yangjin asintió para sí misma—. A tu *appa*... Le habría apenado mucho saber que hemos perdido la

hospedería... *Aigoo*. Y ahora esta guerra de Corea. No podemos regresar porque el ejército se llevaría a Noa y a Mozasu, ¿verdad?

Sunja asintió. No dejaría que sus hijos se convirtieran en soldados.

Yangjin se estremeció. El aire que se filtraba a través de la ventana de la cocina le agujoneaba la piel seca y tostada, así que colocó un paño en el alféizar. La anciana se cerró el chaleco desgastado de algodón sobre su pijama. Empezó a moler azúcar para la siguiente remesa mientras Sunja vigilaba la cacerola burbujeante sobre el fuego bajo.

Sunja removi6 la cacerola hasta que el azúcar se caramelizó. Busan, comparado con Osaka, parecía pertenecer a otra vida; Yeongdo, su pequeña isla rocosa, se mantenía imposiblemente fresca y soleada en su memoria, aunque no había regresado en veinte años. Cuando Isak había intentado explicarle el cielo, ella había imaginado el lugar donde nació como el Paraíso, una belleza limpia y resplandeciente. Incluso el recuerdo de la luna y las estrellas de Corea parecía diferente de la fría luna de Japón. Por mucho que se hablara sobre lo mal que estaban las cosas en Corea, para Sunja era difícil imaginar distinto a la preciosa casita que su padre había cuidado tan bien junto al mar vidrioso y verde, el abundante huerto que les había dado sandías, lechugas y calabacines, y el mercado al aire libre donde las delicias nunca se agotaban. Mientras estaba allí, no lo había valorado lo suficiente.

Las noticias que llegaban de Corea eran tan terribles (cólera, hambre y soldados que raptaban a tus hijos, incluso a los niños pequeños) que su exigua vida en Osaka parecía lujosa en comparación a pesar de sus patéticos intentos de reunir suficiente dinero para enviar a Noa a la universidad. Al menos estaban juntos. Al menos podían trabajar para conseguir una vida mejor. La guerra de Corea había estimulado el comercio en Japón, y había más trabajo para todos. Los americanos seguían al mando, así que las mujeres podían comprar azúcar y trigo. Aunque Yoseb prohibía a Sunja que aceptara dinero de Hansu, cuando gracias a sus contactos Kim encontraba alguno de los escasos ingredientes que las mujeres necesitaban, ellas sabían que no tenían que hacer demasiadas preguntas ni hablar de ello con Yoseb.

Tan pronto como el caramelo se enfrió en la sartén metálica, las mujeres trabajaron rápidamente para cortarlo en cuadrados iguales.

—Dokhee solía burlarse de mí por lo desordenada que soy cortando cebolla —dijo Sunja, sonriendo—. Y no podía aguantar lo lentamente que lavaba las ollas de arroz. Cada mañana, cuando fregaba el suelo, me decía: «Usa

siempre dos trapos para limpiar el suelo. Primero, barre, después limpia con un trapo limpio y a continuación dale una pasada con el otro». Dohkee era la persona más limpia que he conocido nunca.

Mientras pronunciaba estas palabras, Sunja recordó la cara sencilla y redonda de Dokhee poniéndose seria mientras daba las instrucciones. Sus expresiones, sus maneras y su voz regresaron a su memoria y Sunja, que no rezaba a menudo, oró a Dios en su corazón por las chicas. Rezó para que no se las hubieran llevado los soldados. Isak solía decir que no podemos saber por qué algunos sufrimos más que otros; decía que no debemos apresurarnos a juzgar cuando hay otros que están soportando una agonía. ¿Por qué ella se había salvado, y las chicas no? ¿Por qué estaba ella en aquella cocina con su madre cuando había tantos muriéndose de hambre en Corea? Isak solía decir que Dios tenía un plan y Sunja creía que podía ser cierto, pero eso le daba poco consuelo cuando pensaba en las muchachas. Esas chicas habían sido más inocentes que sus hijos cuando todavía eran muy pequeños.

Cuando Sunja levantó la mirada, vio que su madre estaba llorando.

—Esas chicas perdieron a su madre y después a su padre. Debería haber hecho más por ellas. Intenté ayudarlas a casarse, pero no teníamos dinero. El destino de la mujer es sufrir. Debemos sufrir.

Sunja sabía que su madre tenía razón, que habían engañado a las chicas. Seguramente estarían muertas. Le puso la mano en el hombro. El cabello de la anciana era casi todo gris y, durante el día, llevaba el anticuado recogido en la nuca. Era de noche y la escasa trenza gris colgaba en su espalda. Los años de trabajo al aire libre habían arrugado su bronceado rostro ovalado llenando su frente y su boca de profundas ranuras. Durante tanto tiempo como podía recordar, su madre había sido la primera en levantarse y la última en irse a la cama; incluso cuando las chicas ya trabajaban con ellas, su madre había trabajado tanto como la más joven. Nunca había hablado mucho, pero al hacerse mayor tenía mucho más que decir. Sunja nunca sabía de qué hablar.

—*Umma*, ¿te acuerdas de cuando recogíamos las patatas con *appa*? Las preciosas patatas de *appa*. Eran gordas y blancas y estaban buenísimas cocinadas en las brasas. No he comido patatas tan buenas desde entonces...

Yangjin sonrió. Habían vivido épocas felices. Su hija no había olvidado a Hoonie, que había sido un padre maravilloso. Habían muerto muchos de sus bebés, pero habían tenido a Sunja. Ella todavía la tenía.

—Al menos los chicos están a salvo. Quizá es por eso por lo que estamos

aquí. Sí. Quizá es por eso por lo que estamos aquí. —Yangjin hizo una pausa y su rostro se animó—. ¿Sabes? Tu Mozasu es muy gracioso. Ayer dijo que quería vivir en Estados Unidos y llevar traje y sombrero como en las películas. ¡Dijo que quería tener cinco hijos!

Sunja se rio, porque eso sonaba muy propio de Mozasu.

—¿Estados Unidos? ¿Y qué le dijiste?

—¡Le dije que me parece bien siempre que venga a visitarme con sus cinco hijos!

La cocina olía a caramelo y las mujeres trabajaron hasta que la luz del sol inundó la casa.

El colegio era una agonía. Mozasu tenía trece años y era alto para su edad. Tenía los hombros anchos y los brazos musculados y parecía más masculino que algunos de sus profesores. Como no sabía leer ni escribir al nivel de su curso (a pesar de los prodigiosos esfuerzos de Noa por enseñarle los *kanjis*), habían trasladado a Mozasu a una clase llena de niños de diez años. Mozasu hablaba japonés tan bien como sus compañeros; si acaso, tenía una impresionante agilidad de palabra que le servía bien en sus batallas verbales con los chicos mayores. En matemáticas seguía el ritmo de la clase, pero escribir y leer japonés lo aburría brutalmente. Sus profesores decían que era un coreano tonto y Mozasu estaba contando los minutos para terminar con aquel infierno. A pesar de la guerra y las privaciones académicas, Noa había terminado el instituto y, siempre que no estaba trabajando, estudiaba para los exámenes de admisión de la universidad. Nunca salía de casa sin un libro de texto y una de las viejas novelas en inglés que compraba al librero.

Seis días a la semana, Noa trabajaba para Hoji, un alegre japonés que era propietario de la mayoría de las casas de su vecindario. Se rumoreaba que Hoji era parte *burakumin* o coreano, pero nadie hablaba demasiado de su humillante linaje porque era el casero de todo el mundo. Era posible que el rumor mezquino de que no era un japonés puro hubiera sido extendido por un inquilino descontento, pero a Hoji no parecía importarle. Como su contable y secretario, Noa llevaba sus libros en un orden excelente y escribía las cartas a los departamentos municipales en su nombre con un hermoso japonés. A pesar de sus sonrisas y bromas, Hoji era despiadado cuando se trataba de conseguir el dinero del alquiler. Pagaba muy poco a Noa, pero el muchacho

no se quejaba. Podría haber ganado más dinero trabajando para coreanos en el negocio del *pachinko* o en los restaurantes *yakiniku*, pero Noa no quería eso: quería trabajar en una empresa japonesa y tener un trabajo de oficina. Como casi todos los empresarios japoneses, Hoji normalmente no contrataría coreanos, pero su sobrino era profesor de Noa en el instituto y lo había recomendado como su alumno más brillante.

Por la noche, Noa ayudaba a Mozasu con sus deberes aunque ambos sabían que era inútil, porque Mozasu no tenía interés en memorizar los *kanjis*. Como su sufrido tutor, Noa se concentró en enseñar a su hermano a sumar y a escribir lo básico. Con destacable paciencia, nunca se enfadaba cuando Mozasu salía mal parado en los exámenes. Noa sabía cómo era el colegio para los coreanos; la mayoría lo dejaban y él no quería eso para Mozasu, así que no se concentraba en las notas de los exámenes. Incluso pedía al tío Yoseb y a su madre que evitaran enfadarse con las notas del pequeño. Decía que el objetivo era conseguir que las habilidades de Mozasu fueran superiores a las de la media de trabajadores. Si Noa no se hubiera esforzado tanto con él, Mozasu habría hecho lo que hacían casi todos los chicos coreanos del barrio en lugar de ir al colegio: buscar chatarra para venderla, reunir comida podrida para los cerdos que criaban las madres en sus casas o peor, meterse en problemas con la policía por delitos menores.

Después de ayudar a Mozasu, Noa estudiaba inglés con un diccionario y un libro de gramática. En ese momento se cambiaban los papeles y Mozasu, que estaba más interesado en el inglés que en el japonés o el coreano, ayudaba a su hermano mayor a aprender nuevo vocabulario haciendo ejercicios con palabras y frases inglesas.

En el horrible colegio local, Mozasu se quedaba solo durante el almuerzo y el recreo. Había cuatro coreanos más en la clase, pero todos usaban sus nombres japoneses y se negaban a hablar de sus raíces, sobre todo en presencia de otros coreanos. Mozasu sabía con certeza quiénes eran, porque vivían en su calle y conocía a sus familias. Todos eran más pequeños que él, tenían solo diez años, así que Mozasu se mantenía al margen sintiendo por ellos tanto lástima como desprecio.

La mayoría de coreanos en Japón tenían al menos tres nombres. Mozasu era Mozasu Boku, la japonización de Moses Baek, y rara vez usaba su apellido japonés, Bando, el *tsumei* que aparecía en sus documentos del colegio y de residencia. Con el nombre de una religión occidental, el apellido

evidentemente coreano y su dirección en aquel gueto, todos sabían qué era; no tenía sentido negarlo. Los niños japoneses no querían cuentas con él, pero a Mozasu ya no le importaba una mierda. Cuando era más pequeño le fastidiaba que se metieran con él, aunque mucho menos de lo que molestaba a Noa, que lo había compensado superando a sus compañeros académica y deportivamente. Cada día, antes de que el colegio comenzara y después de que terminara, los muchachos más grandes gritaban a Mozasu: «Vuelve a Corea, capulloapestoso». Si eran muchos, Mozasu seguía caminando; si solo eran uno o dos gilipollas, no dejaba de golpearlos hasta que veía sangre.

Mozasu sabía que estaba convirtiéndose en uno de los coreanos malos. La policía arrestaba a menudo a los coreanos por robar o destilar alcohol. Cada semana, alguien de su calle se metía en problemas con la policía. Noa decía que por culpa de los que quebrantaban la ley los juzgaban a todos. En todas las calles de Ikaino había un hombre que pegaba a su mujer y chicas que trabajaban en bares donde se decía que aceptaban dinero a cambio de favores. Noa decía que los coreanos tenían que superar la discriminación trabajando más duro y siendo mejores. Mozasu solo quería pegar a todo el que dijera cosas malas de él. En Ikaino, había ancianas que maldecían y hombres tan borrachos que dormían fuera de sus casas. Los japoneses no querían que los coreanos vivieran cerca de ellos, porque no eran limpios, vivían con cerdos y sus niños tenían piojos. Decían que los coreanos eran peores que los *burakumin* porque estos al menos tienen sangre japonesa. Noa le contó a Mozasu que sus antiguos profesores le decían que era un buen coreano y Mozasu comprendió que, con sus malas notas y sus malos modales, esos mismos profesores pensarían que él era un mal coreano.

¿Y qué cojones le importaba? Si unos críos de diez años pensaban que era estúpido, le parecía bien. Si pensaban que era violento, le parecía bien. Si era necesario, les arrancaría todos los dientes de la boca. *¿Creéis que soy un animal?*, pensaba Mozasu. *Entonces seré un animal y os haré daño.* Él no pretendía ser un buen coreano. ¿Qué tenía eso de bueno?

Antes de que llegara la primavera, un par de meses antes del fin de la guerra de Corea, un chico nuevo de Kioto llegó a su clase. Tenía once años, para cumplir doce. Haruki Totoyama era un niño pobre, estaba claro por su uniforme desgastado y sus zapatos cutres. Además, era flaco y miope. El chico tenía la cara pequeña y triangular y los demás lo habrían aceptado si alguien no hubiera dicho que vivía en la calle que limitaba con el gueto

coreano. El rumor de que Haruki era *burakumin* se extendió rápidamente, aunque no lo era. Entonces se descubrió que el hermano pequeño de Haruki tenía la cabeza con forma de melón. A pesar de ser japonesa, la madre de Haruki no había conseguido encontrar un lugar mejor donde vivir porque muchos de los caseros japoneses pensaban que su familia estaba maldita. Haruki no tenía padre; su ausencia habría sido comprensible si hubiera muerto luchando en la guerra, pero la verdad era que, cuando su hermano nació, el padre echó un vistazo al niño y se largó.

A diferencia de Mozasu, Haruki quería encajar y se esforzaba mucho, pero ni siquiera los niños más pobres le daban una oportunidad. Lo trataban como a un animal enfermo. Los profesores, que seguían el ejemplo de los líderes estudiantiles, mantenían las distancias con Haruki. El niño nuevo había esperado que aquel colegio fuera diferente del antiguo en Kioto, pero veía que allí tampoco tendría una oportunidad.

En el almuerzo, Haruki se sentó al final de la mesa. Tenía dos asientos vacíos a cada lado, como un paréntesis invisible, mientras el resto de niños de uniformes oscuros se apiñaban como una tensa hilera de granos de maíz negros. Mozasu, que siempre se sentaba solo, observó al niño nuevo que de vez en cuando intentaba hablar con el resto, aunque, por supuesto, nunca recibía una respuesta.

Después de un mes así, Mozasu habló con él en el aseo de los chicos.

—¿Por qué intentas caerles bien? —le preguntó.

—¿Qué otra opción tengo? —contestó Haruki.

—Puedes decirles que se vayan a la mierda y seguir con tu vida, como yo.

—¿Y qué tipo de vida tienes tú? —le preguntó Haruki. No pretendía ser antipático; solo quería saber si había una alternativa.

—Mira. A veces, cuando no caes bien a la gente, no es culpa tuya. Mi hermano me lo dijo.

—¿Tienes un hermano?

—Sí. Trabaja para Hoji, ¿sabes? El casero.

—¿Tu hermano es el muchacho de las gafas? —le preguntó Haruki. Hoji también era su casero.

Mozasu asintió con una sonrisa. Estaba orgulloso de Noa, que causaba una estupenda impresión en el vecindario. Todos lo respetaban.

—Será mejor que regrese a clase —dijo Haruki—. Me meteré en problemas si llego tarde.

—Eres un cagón —le espetó—. ¿De verdad te importa que te echen una bulla de mierda? El profesor Kara es incluso más cagón que tú. —Haruki tragó saliva. Mozasu continuó—: Si quieres, dejaré que te sientes conmigo durante el recreo.

Él nunca había hecho una oferta así antes, pero no creía que pudiera aguantar verlo intentando hablar con aquellos gilipollas una vez más, y siendo rechazado. De un modo extraño, ver sus esfuerzos era doloroso y vergonzante.

—¿De verdad? —dijo Haruki, sonriendo.

Mozasu asintió y, ni siquiera de adultos, olvidaron cómo se hicieron amigos.

11

Octubre, 1955

Mozasu tenía una fotografía de Rikidozan, el luchador, pegada en el interior de la tapa del baúl donde guardaba sus cosas especiales, como sus tebeos favoritos, monedas viejas y las gafas de su padre. A diferencia del luchador coreano, a Mozasu no le gustaba acercarse demasiado a su oponente ni forcejear demasiado. Rikidozan era conocido por su famoso golpe de kárate y, de manera similar, Mozasu tenía una puntería letal en sus golpes.

Con el paso de los años había pegado a muchos chicos diferentes: les había pegado cuando lo insultaban, cuando la tomaban con su amigo Haruki, y cuando se burlaban de su madre o su abuela en el puesto de golosinas de la estación Tsuruhashi. Para entonces, Sunja ya se había acostumbrado a las notas y a las visitas de los profesores, consejeros y padres enfadados. Había poco que ella pudiera hacer para evitar que su hijo se peleara y le aterraba que se metiera en problemas graves o que discutiera con el chico equivocado. Después de cada incidente, Yoseb y Noa hablaban con él y las peleas cesaban durante un tiempo. Sin embargo, cuando lo incitaban, Mozasu golpeaba a cualquiera que se lo mereciera.

Cuando Sunja le preguntaba qué había pasado, siempre podía esperar dos cosas de él: una disculpa sincera por avergonzarla a ella y a la familia, y la excusa de que no había empezado él. Sunja lo creía. Su hijo, que tenía dieciséis años, no era violento por naturaleza. Evitaba las peleas cuando y tanto como podía, pero cuando las cosas se tornaban feas, ponía fin al acoso con un puñetazo rápido y efectivo en la cara del instigador. Mozasu había roto la nariz a varios chicos y amoratado muchos ojos. Para entonces, solo un tonto testarudo o un abusón nuevo en el colegio molestaban a Mozasu.

Incluso los profesores respetaban la autoridad física del chico; todos sabían que no abusaba de su poder y que prefería que lo dejaran en paz.

Para mantenerse alejado de los problemas, Mozasu tenía que ir al puesto de golosinas después del colegio. Kyunghée se quedaba en casa con Yoseb y Noa quería que Mozasu ayudara a su madre y a su abuela. Cuando la familia tuviera dinero suficiente para comprar un local y montar una tienda, esperaban que Mozasu ayudara a su madre y a su abuela a llevarla. Mozasu no quería hacer eso. Trabajar en el mercado era cosa de mujeres y, aunque el muchacho las respetaba, no quería hacer caramelo ni vender *taiyaki* el resto de su vida.

No le importaba ayudar a su madre y abuela llevándoles más carbón para la caja debajo de la parrilla del *taiyaki* y del quemador de caramelo. Al final del día, Sunja y Yangjin se sentían aliviadas por tener a un chico fuerte que empujara los carritos hasta casa, ya que ellas habían estado trabajando desde el alba. Sin embargo, entre las cuatro y las siete no había suficiente trabajo para Mozasu, porque Sunja y Yangjin podían cocinar los dulces y atender a los clientes sin él. Nunca había mucha tarea entonces.

Era una tarde de finales de otoño. El negocio estaba extremadamente flojo y las mujeres del mercado charlaban unas con otras porque había muy pocos clientes. Mozasu puso la excusa de ir a por un poco de *gimbap* al otro extremo del mercado y a nadie pareció importarle. En realidad fue a ver a Chiyaki, la chica que vendía calcetines.

Era una huérfana japonesa de dieciocho años cuyos padres habían muerto en la guerra. Ella había sobrevivido y trabajaba con sus ancianos abuelos, que eran dueños de la enorme tienda de calcetines. Pequeña y con curvas, Chiyaki era una muchacha coqueta. No le caían demasiado bien las demás mujeres y prefería la compañía de los muchachos que trabajaban en el mercado. Chiyaki se burlaba de Mozasu porque ella era dos años mayor que él, pero de todos los chicos que le gustaban, creía que él era el más guapo. Era una pena, pensaba, que fuera coreano, porque sus abuelos la desheredarían si salía con él. Ambos lo sabían, pero hablar no tenía nada de malo.

Cuando los abuelos de Chiyaki se marchaban a casa por la tarde y la dejaban sola para atender y cerrar la tienda, Mozasu y otros chicos se acercaban a hacerle compañía. Chiyaki había dejado el colegio años atrás porque odiaba a las chicas estiradas que mandaban allí. Además, sus abuelos no veían sentido a que terminara sus estudios. Estaban arreglando su

matrimonio con el hijo mediano de un fabricante de tatamis que a Chiyaki le parecía muy aburrido. A ella le gustaban los muchachos bien vestidos que le regalaban el oído. A pesar de su interés por los chicos, era muy inocente y nunca había hecho nada con nadie. Heredaría la tienda de sus abuelos y era suficientemente guapa para conseguir que cualquier chico la llevara a una cafetería, si quería. Su valor era evidente, y lo que más le gustaba era conseguir que un hombre le entregara su devoción.

Cuando Mozasu llamó al marco de la puerta y le ofreció el famoso *taiyaki* de su abuela, todavía caliente de la plancha, Chiyaki sonrió y se relamió. Olió el pastelillo con agrado y después le dio un pequeño mordisco.

—*¡Oishi! ¡Oishi!* Muchas gracias, Mozasu. Vaya, un joven guapo que sabe hacer dulces. Eres perfecto, *¿nee?*

Mozasu sonrió. Era adorable; no había otra como ella. Decían que hablaba con un montón de chicos, pero aun así disfrutaba en su compañía. Además, él nunca la había visto con otro, así que no sabía si los rumores eran ciertos. Tenía una figura bonita y llevaba un carmín de color frambuesa que hacía que su pequeña boca pareciera deliciosa.

—*¿Qué tal el negocio?* —le preguntó.

—No va mal. No me preocupa. Sé que hemos ganado suficiente para la semana porque lo dijo el abuelo.

—La señora de las sandalias nos está mirando —dijo Mozasu. Watanabe era la dueña de la tienda de enfrente y amiga de la abuela de Chiyaki.

—Esa vieja bruja... La odio. Otra vez va a irle con el cuento a mi abuela, pero no me importa.

—*¿No te meterás en problemas por hablar conmigo?*

—No. Solo me meteré en problemas si sigo dejando que me traigas dulces —le dijo.

—Bueno, entonces no lo haré más.

—*¡Iyada!*

Chiyaki dio otro bocado a su pastel y negó con la cabeza como una niña tozuda.

Ambos levantaron la mirada cuando un joven vestido de oficinista se detuvo delante de la tienda. Chiyaki señaló el taburete vacío en la esquina y Mozasu se sentó y se entretuvo leyendo el periódico.

—*¿En qué puedo ayudarlo, señor?* —le preguntó Chiyaki. Había estado allí

antes, cuando sus abuelos todavía no se habían marchado, pero había regresado—. ¿Quiere ver otra vez esos calcetines negros?

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó el hombre con entusiasmo.

—Claro. Estuvo aquí esta mañana.

—¡Una chica tan guapa como tú se acuerda de mí...! Eso me gusta. Me alegro de haber vuelto.

Mozasu levantó los ojos del periódico y volvió a bajarlos.

—¿Cuántos quiere?

—¿Cuántos tienes?

—Al menos veinte pares de su número.

A veces le compraban hasta diez pares. Una vez, una madre compró dos cajas para su hijo, que estaba en la universidad.

—Compraré dos, pero me llevaré más si tú me los pones.

Mozasu dobló el periódico y miró al hombre, que no pareció notar su enfado.

—Entonces le envolveré estos dos —dijo la muchacha.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Chiyaki.

—Tengo una prima con ese nombre. Vaya, eres muy guapa. ¿Tienes novio? —le preguntó. Chiyaki no contestó—. ¿No? Entonces deberías ser mi novia.

El hombre le puso el dinero en la mano y la retuvo.

Chiyaki sonrió. Ya había tratado con hombres así antes y sabía lo que estaba sugiriendo. Fingió no entender. Mozasu estaba celoso, pero a ella no le importaba. Levantó un poco el pecho. En los baños, las mujeres mayores siempre miraban sus pechos redondos y firmes y le decían que tenía suerte.

El hombre miró exactamente donde Chiyaki quería y dijo:

—Genial. ¿A qué hora te recojo? Te invitaré a *yakitori*.

—No va a poder ser —dijo la muchacha, metiendo el dinero en la caja—. Eres demasiado mayor para mí.

—Qué graciosa.

—No eres mi tipo —le dijo Chiyaki, sin miedo.

—Eres demasiado joven para tener un tipo. Gano mucho dinero y sé follar. —El hombre la rodeó con los brazos, le puso las manos en el trasero y apretó—. Tienes un buen culo. También tienes buenas tetas. Cierra la tienda, venga.

Mozasu se levantó de su silla en silencio y caminó hasta el hombre. Le dio un puñetazo en la boca tan fuerte como pudo. El hombre cayó al suelo con

sangre en el labio. Por el dolor de sus nudillos, Mozasu sabía que le había aflojado algún diente.

—Deberías coger los calcetines y largarte a casa —le dijo.

El hombre miró la sangre de su camisa azul y sus pantalones como si perteneciera a otra persona.

—Voy a llamar a la policía —lo amenazó.

—Adelante, llama a la policía —le dijo Chiyaki. Agitó los brazos frenéticamente para llamar a la mujer de las sandalias, que ya corría hacia allí—. Mozasu, vete. Date prisa, márchate. Vete. Yo me ocuparé de esto.

Mozasu regresó rápidamente al puesto de golosinas.

La policía lo encontró enseguida. Solo un par de minutos antes, Mozasu había regresado al puesto con sangre en la mano y había contado a su madre y a su abuela lo que había ocurrido con Chiyaki.

El policía confirmó la historia.

—Su hijo golpeó a un caballero que estaba comprando calcetines. Este tipo de comportamiento requiere una explicación. La joven dice que ese hombre estaba intentando abusar de ella y que su hijo la protegió, pero el cliente lo niega —dijo el agente.

Goro, el propietario del salón de *pachinko*, que se dirigía al puesto para su aperitivo de media tarde, corrió hacia ellos cuando vio al policía.

—Hola, agente —lo saludó, y guiñó el ojo a Sunja—. ¿Va todo bien?

Mozasu estaba sentado en el viejo taburete de madera junto al carrito. Parecía sentirse culpable por dar problemas a su madre y a su abuela.

—Mozasu ha defendido a la muchacha que trabaja en la tienda de calcetines de un hombre que intentaba abusar de ella. Le golpeó la cara —dijo Sunja con tranquilidad. Mantuvo la cabeza alta y se negó a disculparse por miedo a que eso fuera como admitir la culpabilidad de su hijo. El corazón le latía tan fuerte que creía que los demás podían oírlo—. Él solo estaba intentando ayudarla.

Yangjin asintió con firmeza y acarició la espalda de Mozasu.

—¿*Maji*? —dijo Goro, riéndose—. ¿Es eso cierto, agente?

—Bueno, eso es lo que dice la joven de la tienda. La señora Watanabe ha confirmado su versión de los hechos. El hombre que fue golpeado lo niega, pero otros tenderos me han dicho que es un depravado que a menudo molesta

a las chicas jóvenes que trabajan aquí. —El policía se encogió de hombros—. No obstante, el hombre cree que tiene la mandíbula rota. Tiene dos dientes sueltos. Tengo que advertir al joven que no puede ir por ahí golpeando a la gente, aunque estén haciendo algo mal. Debería haber llamado a la policía.

Mozasu asintió. Se había metido en problemas antes, pero era la primera vez que alguien llamaba a la policía. Sabía que su padre había sido encarcelado injustamente. Últimamente, Noa no dejaba de advertirle que, como los coreanos en Japón ya no eran ciudadanos, si se metía en problemas podían deportarlo. Su hermano le había dicho que pasara lo que pasara tenía que respetar a la policía y ser muy educado aunque fueran groseros o injustos con él. Solo un mes antes, Noa le había contado que un coreano debía ser el doble de bueno. Una vez más, Mozasu se sintió mal por causar problemas y temió la expresión de decepción que sin duda aparecería en la cara de Noa.

Goro miró al muchacho y a Sunja, una de sus *ajummas* favoritas del mercado.

—Agente, conozco a esta familia. Son muy trabajadores y Mozasu es un buen chico. No volverá a meterse en problemas. ¿Verdad, Mozasu?

Goro lo miró fijamente.

—*Hai* —contestó Mozasu.

El policía repitió su sermón sobre que los ciudadanos jamás deben tomarse la justicia por su mano y Mozasu, Sunja y Goro asintieron como si el agente fuera el mismo Emperador. Cuando se marchó, Goro golpeó la nuca de Mozasu con su sombrero de fieltro. El joven hizo una mueca aunque, por supuesto, no le había dolido.

—¿Qué vais a hacer con este chico? —preguntó Goro a las mujeres, que parecían exasperadas y contentas a la vez.

Sunja se miró las manos. Había probado todo lo que se le había ocurrido y estaba a punto de pedir ayuda a un desconocido. Yoseb y Noa se enfadarían con ella, pero tenía que probar algo distinto a lo que habían intentado hasta entonces.

—¿No podría ayudarlo? —le preguntó Sunja—. El chico podría trabajar para usted. No tendría que pagarle mucho...

Goro hizo un ademán para que se callara. Negó con la cabeza y dirigió su atención a Mozasu. Eso era todo lo que necesitaba oír.

—Escucha, mañana por la mañana dejarás el colegio y empezarás a trabajar para mí. Tu madre no necesita estos follones. Cuando te despidas en el

colegio, te dirigirás a mi tienda. Vas a trabajar mucho y yo te pagaré lo que te merezcas. Yo no robo a mis empleados; si trabajas, cobras. ¿Lo pillas? Y mantente alejado de la chica de los calcetines. Solo te dará problemas.

—¿Necesitas un chico nuevo en tu salón? —le preguntó Sunja.

—Claro, pero no para pelear. Ese no es el único modo de ser un hombre —dijo, sintiendo lástima por el chico que no tenía padre—. Ser un hombre significa que sabes controlar tu carácter. Tienes que cuidar de tu familia. Eso es lo que hace un buen hombre. ¿De acuerdo?

—Señor, es muy amable por darle una oportunidad. Sé que trabajará muy...

—Eso ya lo sé —dijo Goro a Sunja, sonriendo—. Lo convertiremos en un buen trabajador y eso lo mantendrá lejos de la calle.

Mozasu se levantó de su taburete y se inclinó ante su nuevo jefe.

12

Marzo, 1956

Goro era un coreano gordo y elegante bastante popular con las mujeres guapas. Su madre había sido buscadora de orejas de mar en la isla de Jeju y, en el vecindario de Ikaino donde Goro vivía solo en una modesta casa independiente, se decía que él también había sido un nadador ágil y poderoso. Dicho esto, era bastante difícil imaginarlo haciendo algo más allá de contar historias divertidas y comer los sabrosos aperitivos que le gustaba prepararse en su cocina. Había algo atrayente y sensual en sus gruesos brazos redondeados y en su barriga hinchada; quizá fuera la suavidad de su piel bronceada o cómo le quedaban los trajes bien cortados, haciéndolo parecer una foca ufana deslizándose por las calles de la ciudad. Era un buen orador, el tipo de hombre que podría vender leña a un leñador. Aunque sus tres salones de *pachinko* le daban dinero de sobra, vivía con sencillez y prefería evitar los hábitos caros. Era conocido por ser generoso con las mujeres.

Mozasu llevaba seis meses trabajando para Goro en su salón principal, haciendo lo que fuera necesario. En ese tiempo, el muchacho de dieciséis años había aprendido más sobre el mundo que en todos sus años de colegio. Ganar dinero era diez veces más fácil y más agradable que intentar meterse los *kanjis* que no servían para nada en la cabeza. Fue un alivio tremendo olvidarse de los libros y de los exámenes. En el trabajo casi todos eran coreanos, así que nadie decía estupideces sobre su origen. Mientras estaba en el colegio, Mozasu había creído que las burlas no lo molestaban demasiado, pero cuando las malas palabras desaparecieron totalmente de su vida diaria, se dio cuenta de la tranquilidad con la que se podía vivir. No se había metido en una sola pelea desde que empezó a trabajar para Goro.

Cada sábado por la noche, Mozasu entregaba a su madre el sobre con su sueldo y ella, a cambio, le entregaba una paga. Sunja usaba lo que necesitaba para los gastos de la casa y ahorraba todo lo que podía porque Mozasu quería ser su propio jefe algún día. Cada mañana, Mozasu corría al trabajo y se quedaba tan tarde como podía mantener sus ojos abiertos; era feliz barriendo las colillas de los cigarrillos o lavando las tazas sucias cuando Kayoko, la chica de la cocina, estaba ocupada.

Una mañana suave de marzo, solo un par de horas después del amanecer, Mozasu entró por la puerta trasera del salón y encontró a Goro calibrando las patillas metálicas de la máquina elegida. Cada día, antes de que el salón abriera, Goro golpeaba suavemente un par de patillas de las máquinas de *pachinko* con su diminuta maza de goma. Las golpeaba muy ligeramente para alterar el curso de las bolas y afectar a los premios de la máquina. Nunca sabía qué máquina elegiría Goro o en qué dirección movería las patillas. En la zona había otros salones de *pachinko* que eran decentes, pero Goro era el más exitoso porque tenía buena mano, un verdadero don con la maza. Los ajustes minúsculos que hacía frustraban a los clientes habituales que estudiaban las máquinas antes de la hora del cierre para conseguir los mejores premios por la mañana, aunque existía suficiente predictibilidad para producir atractivos premios por sorpresa, lo que hacía que los clientes volvieran para probar suerte una y otra vez. Goro estaba enseñando a Mozasu a golpear las patillas y, por primera vez en su vida, alguien le decía que era un buen estudiante.

—Buenos días, Goro —dijo Mozasu, entrando en el salón.

—Llegas pronto otra vez, Mozasu. Bien por ti. Kayoko ha hecho arroz con pollo; deberías desayunar algo. Eres un muchacho grande, pero tienes que engordar un poco más. ¡A las mujeres les gusta tener donde agarrar! —Goro se rio de buena gana, levantando las cejas—. ¿No es cierto?

Mozasu sonrió porque no le importaban las bromas. Goro hablaba con él como si también hubiera estado con muchas mujeres cuando, de hecho, nunca había estado con una chica.

Mozasu se sentó junto a su jefe.

—Mi madre hizo sopa esta mañana, así que ya he comido. Gracias.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien, bien.

A pesar de la fuerte oposición de Noa a que Mozasu trabajara en un salón

de *pachinko*, Sunja le había permitido trabajar con Goro porque era un hombre muy respetado en Ikaino. Mozasu se metía en peleas tan a menudo que temía por su seguridad, por eso le había dejado abandonar el colegio. El muchacho nunca terminaría sus estudios, pero Noa seguía intentando entrar en Waseda y aquel era el consuelo de la familia, que al menos uno de los chicos sería un hombre culto como su padre.

—¿Qué tal va su negocio? El azúcar es una sustancia adictiva. Eso es bueno para ganar dinero, ¿*nee*?

Se rio mientras golpeaba suavemente una patilla tras otra.

Mozasu asintió. Estaba orgulloso del puesto de golosinas que su madre, su tía y su abuela tenían en el mercado abierto junto a la estación de tren.

Querían tener una tienda en condiciones, pero habría que esperar hasta que tuvieran dinero para comprar el local porque nadie alquilaba a coreanos en las buenas ubicaciones. Mozasu quería ganar suficiente dinero para pagar las clases particulares de Noa y para comprar a su madre una tienda preciosa.

Goro entregó la maza a Mozasu.

—Prueba tú.

Mozasu golpeó las patillas mientras Goro lo observaba.

—Anoche fui a ver a mi amiga Miyuki y bebimos demasiado. Mozasu, no seas como yo, no malgastes todo tu tiempo libre con chicas ligeras de cascos —dijo Goro, sonriendo—. Bueno, a menos que sean muy guapas.

—Miyuki es guapa —dijo Mozasu.

—*Soo nee*. Tiene unas tetas preciosas y el vientre de una sirena. Las mujeres están muy ricas. ¡Como el caramelo! No sé cómo voy a sentar la cabeza algún día. Aunque, claro, no sé por qué debería hacerlo. Verás, Mozasu, yo ya no tengo padres y, aunque eso me entristece, lo cierto es que a nadie le importa si me caso o no. —El hombre asintió. No parecía muy preocupado por eso—. ¿Y tú con quién saliste anoche?

Mozasu sonrió.

—Sabes que estuve aquí hasta el cierre. Después me fui a casa.

—Entonces, ¿ni siquiera perseguiste a Kayoko por la cocina?

—No.

Mozasu se rio.

—Ah, sí, creo que eso lo hice yo. Pobre chica, tiene muchas cosquillas. No es fea y algún día tendrá un cuerpo bonito, pero por ahora es demasiado joven

para mí. Un día, alguien le comprará un poco de carmín y de polvos, y ella nos dejará. Y así son las mujeres.

Mozasu no entendía por qué estaría interesado su jefe en la chica de la cocina cuando normalmente salía con actrices y bailarinas.

—No obstante, Kayoko es perfecta para hacerle cosquillas. Tiene una risa bonita. —Goro golpeó la rodilla de Mozasu con la suya—. ¿Sabes, Mozasu? Me gusta tener jóvenes aquí. Hacéis que este sitio parezca más alegre.

Goro tenía a Mozasu en el salón principal porque decía que su energía era maravillosa. No podía permitirse contratar suficientes empleados en todos sus salones. No hacía tanto tiempo que él había hecho el mismo trabajo que hacía Mozasu, al poco tiempo de abrir su primer salón. Goro levantó la mirada; miró al chico y frunció el ceño.

Mozasu miró a su jefe, desconcertado.

—Todos los días llevas la misma camisa blanca y el mismo pantalón negro. Pareces aseado, pero tienes pinta de conserje. Tienes dos camisas y dos pares de pantalones, ¿no es así? —le preguntó Goro con amabilidad.

—Sí.

Mozasu bajó la mirada. Su madre le había planchado la camisa la noche anterior. No tenía mal aspecto, pero Goro tenía razón; no parecía alguien importante. No tenían dinero para gastar en ropa. Después de la comida, las clases particulares de Noa y el transporte, las facturas del médico del tío Yoseb se comían todo el efectivo restante. Había empeorado y permanecía encamado la mayor parte del día.

—Necesitas algunas prendas más. Vamos. ¡Kayo! —gritó Goro—. Voy a salir con Mozasu un rato. No dejes que entre nadie, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —gritó Kayoko desde la cocina.

—Pero tengo que colocar las bandejas de bolas y barrer la entrada. Hay que limpiar las máquinas, y quería ayudar a Kayoko con las toallas de mano...

Mozasu repasó sus tareas matinales, pero su jefe ya estaba en la puerta.

—¡Mozasu, vamos! No tengo todo el día. ¡No puedes seguir teniendo ese aspecto! —gritó con una sonrisa, sin que la confusión del chico lo alterara en lo más mínimo.

La mujer que abrió la pequeña puerta de madera se sorprendió al ver al chico alto junto a su cliente, el señor Goro.

Mozasu reconoció a la madre de Haruki de inmediato. Nunca había estado en casa de su amigo pero la había visto en la calle muchas veces, y Haruki los había presentado.

—¡Señora Totoyama! Hola.

Mozasu se inclinó ante ella.

—Hola, Mozasu. Bienvenido. Me habían dicho que estabas trabajando para Goro.

El empresario sonrió.

—Es un buen chico. Siento venir tan temprano, Totoyama, pero Mozasu necesita algunas cosas.

Cuando Mozasu entró, lo sorprendió lo pequeña que era la vivienda. El espacio era un tercio del tamaño de su casa. Era básicamente una habitación diminuta dividida por un biombo de pared a pared; en la parte delantera estaban la máquina de coser, los maniqués de sastre, la mesa de trabajo y las telas. Algún tipo de incienso de madera de sándalo cubría los olores a *shoyu* y *mirin* de la cocina. La habitación estaba meticulosamente limpia. Era difícil creer que Haruki viviera en un sitio tan pequeño con su madre y su hermano. Al ver a su madre, echó de menos a su amigo. Mozasu no había visto a Haruki desde que dejó el colegio para empezar a trabajar.

—Mozasu va a ser mi nuevo encargado de las mañanas. El más joven hasta ahora.

—¿Eh? —exclamó Mozasu en voz alta.

—Pero un encargado no puede parecer el chico que limpia las máquinas y reparte las toallas de manos y las tazas de té —continuó Goro—. Totoyama, por favor, hazle dos chaquetas adecuadas y pantalones a juego.

Totoyama asintió con seriedad y sacó el metro para tomar las medidas de sus hombros y brazos. Con un lápiz pequeño tomó notas en un cuaderno hecho con papel de estraza usado.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Puedo salir ya?

Era una voz masculina y mayor pero con el tono suplicante de un niño pequeño.

—Disculpad, mi hijo tiene curiosidad. Normalmente no tenemos clientes tan temprano.

Goro le indicó con un ademán que fuera a ver a su hijo.

Cuando se marchó de la habitación, el hombre hizo una mueca triste.

—El muchacho es...

Mozasu asintió, porque sabía lo del hermano menor de Haruki. Habían pasado casi seis meses desde la última vez que había visto a su amigo, que seguía en el colegio. Haruki quería llegar a ser agente de policía. Ninguno de ellos se había dado cuenta de que el colegio había hecho que su relación fuera posible hasta que uno de ellos la dejó; no habían tenido oportunidad de verse desde entonces porque Mozasu trabajaba todo el día.

Las paredes correderas entre las habitaciones estaban hechas de papel y finas tablas de madera, y Goro y Mozasu podían oírlo todo.

—Daisuke, mamá volverá ahora mismo, ¿*nee*? Estoy en la otra habitación. Puedes oírme, ¿*nee*?

—Mamá, ¿ha vuelto el hermano del colegio?

—No, no, Daisuke. Haruki se marchó hace solo una hora. Debemos esperarlo con paciencia. No volverá a casa hasta dentro de mucho rato. Mamá tiene que hacer unas chaquetas a un buen amigo de Haruki. ¿Puedes quedarte aquí haciendo tu puzle?

—¿Es Mozasu? —le preguntó. Mozasu miró la puerta cerrada, sorprendido al escuchar su nombre—. Quiero conocerlo, mamá. Es el chico coreano. ¿Puedo conocerlo, por favor? Mi hermano dice que Mozasu suelta muchos tacos. ¡Quiero escucharlos!

Daisuke se echó a reír.

Goro dio unas palmaditas a Mozasu en la espalda como si intentara consolarlo de algún modo. Mozasu notó su comprensión y amabilidad.

—¡Oh, mamá! ¡Mamá! Quiero conocer al amigo coreano de Haruki. ¡Oh, mamá, por favor!

Daisuke se calló de repente y la voz de Totoyama bajó hasta un murmullo grave como el arrullo de un pájaro.

—Daisuke, Daisuke, Daisuke —repitió. Pronunció su nombre hasta que el muchacho se tranquilizó.

—Debes quedarte aquí y hacer tu puzle para ayudar a mamá. ¿De acuerdo? Eres mi niño bueno. Haruki volverá a casa en unas horas. Querrá ver cuánto has progresado con los puzles.

—Sí, mamá, sí. Primero jugaré con mi peonza y después haré mis puzles. ¿Crees que podremos comer arroz hoy? Si tenemos clientes, ¿podremos comer arroz? A veces compras arroz cuando tenemos clientes. Quiero una bola de arroz grande, mamá.

—Luego, Daisuke. Hablaremos de eso más tarde. Daisuke, Daisuke,

Daisuke —murmuró.

Totoyama regresó a la habitación y se disculpó. Goro no dijo nada. Por primera vez, el empresario parecía preocupado. Sonreía mucho a Totoyama, pero sus ojos caídos mostraban su angustia al mirar el rostro estoico y amable de la mujer.

—Quizá deberías hacer al chico dos chaquetas, dos pares de pantalones y un abrigo para el invierno. Siempre lleva algún harapo encima. Quiero que mis clientes vean que los empleados de mis salones van bien vestidos.

Goro le entregó algunos billetes y Mozasu se apartó. Buscó algún rastro de su amigo en la diminuta habitación, pero no había fotografías, libros ni imágenes. Había un espejo de medio cuerpo junto a la cortina del probador.

—Enviaré a Kayoko más tarde para que puedas hacerle algo que encaje con el uniforme de Mozasu. Creo que deberían llevar una corbata de rayas, o alguna otra cosa de rayas que conjunte. Vi eso en un salón de Tokio el mes pasado. La chica debería llevar un vestido con delantal. Quizá el delantal debería ser de rayas. ¿Qué opinas? Bueno, eso te lo dejo a ti. A la chica habrá que hacerle dos o tres uniformes. Deberían ser de tela recia.

Goro sacó algunos billetes más y se los puso en las manos.

Totoyama se inclinó una y otra vez.

—Esto es demasiado —dijo, mirando el dinero.

Goro se dirigió a Mozasu.

—Deberíamos volver ya. ¡Los clientes estarán impacientes por tocar sus máquinas!

—Goro, tendré listas las chaquetas y los pantalones a finales de semana. Lo último será el abrigo. Mozasu tendrá que venir otra vez para probarse la chaqueta. Por favor, ¿podrías venir en tres días?

Mozasu miró a Goro, que asintió con firmeza.

—Vamos, Mozasu. No debemos hacer esperar a los clientes.

Mozasu siguió a su jefe hasta la calle. Había sido incapaz de encontrar allí algún rastro de su amigo, que en ese momento debía estar sufriendo las clases de la mañana.

Totoyama se inclinó cuando se marcharon y se quedó en el umbral hasta que giraron la esquina y ya no pudieron verla; entonces cerró la puerta con pestillo a su espalda. Aquel mes habría dinero para el alquiler y la comida. La mujer se sentó al otro lado de la puerta y lloró aliviada.

—Tiene que haber un modo de reunir ese dinero —dijo Kyunghee.

—Tenemos lo que queda de los ahorros para la tienda —sugirió Yangjin.

—Casi no hay nada —susurró Sunja. Intentar ahorrar dinero mientras pagaban las facturas médicas era como verter aceite en una jarra rota.

Las mujeres estaban en la cocina, hablando en voz baja por miedo a despertar a Yoseb. Su última infección de piel le provocaba una comezón terrible y no lo dejaba descansar. Acababa de irse a la cama después de tomar un buen trago de medicina china. El herborista le había dado una dosis muy fuerte esta vez y había funcionado. Después de tantos años, las mujeres se habían acostumbrado al alto precio de las medicinas, pero aquel brebaje había sido asombrosamente caro. Los fármacos normales ya no le funcionaban, y sufría mucho. Mozasu, que cada semana entregaba el sobre con su sueldo a su madre, decía que todo lo que les quedara tras restar los gastos de la casa debía destinarse a que su tío Yoseb recibiera los mejores cuidados posibles. Noa opinaba lo mismo. A pesar del ahorro y la diligencia familiar, el dinero parecía desvanecerse con cada visita a la botica. ¿Cómo pagarían la matrícula de Waseda?

Al final, Noa había aprobado el examen de admisión. Aquel debería haber sido un buen día, quizá el más importante de la vida familiar, pero no sabían cómo pagar ni siquiera una parte del primer pago de la matrícula. Además, la universidad estaba en Tokio y necesitaría comida y cama en la ciudad más cara del país.

Noa pretendía seguir trabajando para Hoji hasta casi el primer día de universidad y después conseguir un trabajo en Tokio. Sunja no lo veía

posible. Los coreanos no encontraban trabajo fácilmente y no conocían a nadie en Tokio. El jefe de Noa, Hoji, estaba furioso porque su mejor contable iba a dejar el trabajo para estudiar algo tan inútil como Literatura Inglesa. Hoji no lo ayudaría a conseguir trabajo en Tokio.

Kyunghee creía que debían comprar otro carrito y colocarlo en otra zona de la ciudad para intentar duplicar sus ganancias, pero Yoseb no podía quedarse solo. Ya no podía caminar y los músculos de sus piernas se habían atrofiado tanto que, los que antes eran muslos gruesos y poderosos, ahora parecían cañas huesudas cubiertas de cicatrices.

No estaba dormido y podía oírlos. Las mujeres estaban en la cocina, preocupadas por la matrícula de Noa. Ya habían estado inquietas mientras estudiaba para el examen, y ahora que por fin había aprobado, su inquietud se había duplicado. De algún modo tendrían que vivir sin el sueldo de Noa, cubrir los gastos de su educación y pagar sus medicamentos. Sería mejor que estuviera muerto. Todo el mundo lo sabía. En su juventud, lo único que Yoseb había querido era cuidar de su familia; ahora que era incapaz de hacerlo, ni siquiera podía morir para ayudarlos. Lo peor había ocurrido: estaba devorando el futuro de su familia. En Corea podría haber pedido a alguien que lo llevara a la montaña para morir, quizá devorado por los tigres. Vivían en Osaka y allí no había animales salvajes, solo herboristas caros y médicos que no podían ayudarlo a mejorar, que lo mantenían justo en el nivel de agonía suficiente para que temiera la muerte mientras se odiaba a sí mismo.

Lo que le sorprendió fue que, al notar la cercanía de la muerte, la rotundidad de esta lo aterraba. Había muchas cosas que no había conseguido hacer, e incluso más cosas que no debería haber hecho. Pensaba en sus padres, a quienes nunca debería haber abandonado; en su hermano, a quien nunca debería haber traído a Osaka; y en el trabajo de Nagasaki, que nunca debería haber aceptado. No tenía hijos. ¿Por qué lo mantenía Dios con vida? Estaba sufriendo y, en cierto sentido, podía lidiar con eso, pero estaba provocando el sufrimiento de otros y no sabía por qué tenía que seguir viviendo y recordando la sucesión de decisiones terribles que en su momento no habían parecido tan terribles. ¿La vida era así para la mayoría de la gente? Desde el incendio, en los pocos momentos en los que se sentía lúcido y agradecido por respirar sin dolor, Yoseb intentaba ver lo bueno de su vida, pero no podía. Estaba postrado en la cama y se pasaba el día reflexionando

sobre los errores que, a posteriori, parecían tan evidentes. Ya no estaba cabreado con Corea ni con Japón; sobre todo, estaba enfadado con su propia estupidez. Rezaba para que Dios lo perdonara por ser un viejo tan desagradecido.

—Yobo... —llamó en voz baja. No quería despertar a los chicos, que estaban durmiendo en la habitación del fondo, ni a Changho, que dormía en el cuarto delantero. Yoseb golpeó el suelo suavemente por si Kyunghee no lo oía.

Cuando la vio en el umbral, le pidió que llamara a Sunja y a Yangjin.

Las tres mujeres se sentaron en el suelo junto a su cama.

—Lo primero que debéis hacer es vender mis herramientas. Algo valdrán. Con eso quizá podréis pagar los libros y el traslado. Deberíais vender todas las joyas que tengáis. Eso también ayudará —les dijo. Las mujeres asintieron. Entre las tres tenían dos anillos de oro todavía—. Mozasu debería pedir a su jefe, Goro, un adelanto de su sueldo por el importe de la matrícula, el alojamiento y la comida de Noa. Y los cuatro tendréis que trabajar para pagar la deuda. Durante los descansos entre clases, Noa tendrá que buscarse un trabajo temporal y ahorrar. El chico tiene que ir a Waseda. Se merece ir. Aunque nadie contrate coreanos aquí, con su licenciatura podría volver a Corea y trabajar por un sueldo mejor. O mudarse a Estados Unidos. Aprenderá a hablar inglés. Tenemos que pensar en su educación como una inversión.

Quería decir más. Quería disculparse por no ganar dinero y por los gastos que les había causado, pero en ese momento no podía hacerlo.

—El Señor proveerá —dijo Kyunghee—. Siempre ha respondido a nuestras necesidades. Cuando salvó tu vida, salvó también las nuestras.

—Enviadme a Mozasu cuando llegue a casa. Le diré que debe pedir un adelanto a Goro para pagar la matrícula.

Sunja negó con la cabeza.

—Noa no permitirá que su hermano menor pague su matrícula —le dijo, sin mirarlo mientras hablaba—. Ya me lo ha dicho. Koh Hansu se ofreció a pagar la matrícula y la estancia. Aunque Mozasu consiguiera un adelanto...

—No. ¡Esto son tonterías de una mujer que habla sin pensar! ¡No puedes aceptar dinero de ese canalla! Es dinero sucio.

—Shh... Por favor, no te enfades —dijo Kyunghee con suavidad. No quería que Kim Changho los oyera hablar así de su gente—. Noa dice que

conseguirá un trabajo en Tokio y es cierto que se ha negado a que Mozasu pague su matrícula. Dice que él se ocupará. Tú sabes que Noa no se irá si Mozasu tiene que pagarlo.

—Debería estar muerto —dijo Yoseb—. Preferiría estar muerto a tener que escuchar esto. ¿Cómo va a trabajar mientras estudia en una universidad como Waseda? Es imposible. Un chico que estudia tanto como él, debe ir. Si Noa acepta el préstamo, yo mismo se lo pediré a Goro. Le diré que tiene que hacerlo.

—Pero no sabemos si Goro nos prestará ese dinero. Y pedírselo podría perjudicar a Mozasu en su trabajo. Yo tampoco quiero que Koh Hansu pague la matrícula, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Podemos considerarlo un préstamo y devolvérselo con intereses para que Noa no le deba nada —sugirió Sunja.

—Pedir un préstamo a Goro y dañar el futuro de Mozasu en el *pachinko* es preferible a aceptar dinero de Koh Hansu —dijo Yoseb con firmeza—. Ese hombre es malo. Si aceptas su dinero para Noa, jamás te lo quitarás de encima. Quiere controlar al muchacho, lo sabes. Para Goro, sería solo dinero.

—Pero ¿por qué es el dinero del *pachinko* más limpio que el de Koh Hansu? Koh Hansu tiene empresas de construcción y restaurantes. No hay nada malo en esas cosas —dijo Kyunghee.

—Cállate.

Kyunghee frunció los labios. La Biblia decía que una persona sabia debe controlar su lengua; no todo lo que querías decir debía ser dicho.

Sunja tampoco dijo nada. Ella nunca había querido nada de Hansu, pero pensaba que era preferible pedírselo a un hombre que ya había ofrecido el dinero que molestar a un total desconocido. Goro ya había sido muy generoso con Mozasu, y el joven estaba muy contento en su trabajo. No quería avergonzarlo, ahora que acababa de empezar. El muchacho había estado hablando de abrir su propio salón algún día. Además, sabía que Noa no permitiría que Mozasu pidiera ese dinero. Yoseb podía insistir todo lo que quisiera, pero Noa no cedería.

—¿Y Kim Changho? ¿No podría ayudarnos él? —preguntó Yangjin.

—Ese hombre trabaja para Koh Hansu. Changho no tiene tanto dinero y, si lo consigue, se lo habría dado su jefe. Estas deudas no son fáciles, pero Goro es nuestra mejor opción. No nos cobrará unos intereses desorbitados ni hará daño a Noa. Mozasu estará bien —contestó Yoseb—. Ahora voy a descansar.

Las mujeres salieron de la habitación y cerraron la puerta.

Al día siguiente, Hansu pidió a Noa que fuera a su despacho de Osaka con su madre. Aquella misma noche, sin decírselo a la familia, madre e hijo fueron a ver a Hansu. En el despacho había dos secretarios vestidos con trajes negros y camisas blancas, y uno de ellos les llevó té en delicadas tazas de porcelana azul sobre una bandeja lacada bordeada de pan de oro blanco. La sala de espera estaba llena de hermosos arreglos florales. Tan pronto como Hansu terminó su llamada, un secretario los condujo al inmenso despacho de madera de Hansu. Este estaba sentado en una butaca de cuero negro detrás de un escritorio de caoba traído de Inglaterra.

—¡Enhorabuena! —exclamó Hansu, levantándose de su enorme butaca—. Me alegro mucho de que hayáis venido. ¿Vamos a comer sushi? ¿Podéis?

—No, no, gracias. Tenemos que regresar a casa —contestó Sunja.

Noa miró a su madre, preguntándose por qué no podía ir a cenar. No tenían planes. Después de la reunión, probablemente irían a casa y comerían algo sencillo que preparara la tía Kyunghee.

—Os he pedido que vinierais porque quiero que Noa sepa que ha conseguido algo grande. No solo para él mismo o su familia, sino para todos los coreanos. ¡Vas a ir a la universidad! ¡Y a Waseda, una excelente universidad japonesa! Estás haciendo todo lo que un gran hombre debe hacer en su juventud: estás proporcionándote una educación. Muchos coreanos no pueden ir a la universidad, pero tú sigues estudiando y estudiando. E incluso cuando los exámenes no te salen bien, perseveras. ¡Te mereces una gran recompensa! Es estupendo. Estoy muy orgulloso. Muy orgulloso.

Hansu sonrió de oreja a oreja.

Noa sonrió tímidamente. Nadie había armado tanto jaleo por ello. En casa todos se habían alegrado, pero estaban angustiados por los costes. Noa también había estado preocupado por el dinero, pero sentía que, de algún modo, todo saldría bien. Había trabajado desde el instituto y seguiría trabajando en Waseda. Después de aprobar el examen de admisión, se sentía como si pudiera hacer cualquier cosa. No le importaba trabajar en lo que fuera con tal de ir a clase y estudiar.

—Siento pedirte esto, pero hace un tiempo dijiste que podrías ayudar a Noa con la matrícula —dijo Sunja—. ¿Crees que sería posible?

—*Umma*, no. —Noa se sonrojó—. Conseguiré un trabajo. No hemos venido para esto. Kim dijo que Koh quería que viniéramos para felicitarme. ¿*Nee*?

Noa estaba sorprendido por la petición de su madre. A ella no le gustaba pedir nada. Ni siquiera le gustaba llevarse muestras gratis en la panadería.

—Noa, estoy pidiendo un préstamo. Se lo devolveremos todo. Con intereses —dijo Sunja. No había querido pedirlo en ese momento pero era mejor así, pensaba. De ese modo, Noa conocería los términos desde el principio. No había ningún modo de hacer aquello perfectamente, pero intentaría hacerlo lo mejor posible—. Tenemos que pagar la matrícula. Si pudieras ayudarnos, te escribiremos un documento y lo sellaremos con mi *hanko*. Lo he traído.

Sunja asintió para enfatizar sus palabras. Por un segundo, se preguntó: ¿y si dice que no?

Hansu se rio y negó con la cabeza.

—Eso no será necesario, y Noa no tendrá que preocuparse por la matrícula, el alojamiento o los libros. Ya me he ocupado de ello. Tan pronto como Kim Changho me contó la buena noticia, envié el dinero a la universidad. Llamé a un amigo de Tokio que le ha encontrado una buena habitación cerca de la universidad; te llevaré a verla la semana que viene. Después le pedí a Kim Changho que os pidiera que vinierais para invitaros a cenar. Así que ahora vamos a comer sushi. ¡El muchacho se merece una cena gloriosa!

Hansu miró a Sunja con una súplica en los ojos. Deseaba mucho celebrar el gran logro de su hijo.

—¿Has pagado la matrícula y le has buscado habitación en Tokio? ¿Sin mi permiso? Se suponía que sería un préstamo —dijo, sintiéndose angustiada.

—Señor, es demasiado generoso. Mi madre tiene razón, deberíamos devolverle el dinero. Buscaré trabajo en Tokio. Quizá pueda ayudarme con eso en lugar de pagar mis gastos. Me gustaría pagármelos yo. Creo que puedo hacerlo.

—No, tú tienes que estudiar. Has tenido que presentarte a ese examen una y otra vez, y no porque no seas listo. Eres muy listo, pero no has tenido tiempo de estudiar como un estudiante normal. Has tardado mucho más de lo que necesitabas porque no tenías tutor y tenías que trabajar a tiempo completo para ayudar a tu familia. No has tenido toda la ayuda externa que un niño japonés de clase media habría tenido. Y durante la guerra estuviste en esa

granja sin ir a clase. No. No seguiré observando de brazos cruzados mientras tu madre y tú fingís que las reglas de los humanos no se aplican a vosotros. Un buen estudiante no debería tener que preocuparse por el dinero. Debería haberme impuesto antes. ¿Por qué deberías tardar más en licenciarte? ¿Quieres que yo sea un anciano cuando salgas de Waseda? Tú estudia y aprende tanto como puedas. Yo lo pagaré —dijo Hansu, sonriendo—. Hazlo a mi modo. Sé listo, Noa. Esto es lo menos que puedo hacer por la siguiente generación; es lo que haría un coreano responsable de cierta edad.

Noa se inclinó.

—Señor, ha sido muy amable con nuestra familia. Le estoy muy agradecido.

Noa miró a su madre, que seguía sentada en silencio a su lado. Retorcía el asa de su bolsa de loneta artesanal, cosida con los restos de la tela de un abrigo de Mozasu. Se sentía mal por ella, porque era una mujer orgullosa y aquello estaba humillándola. Sabía que ella quería pagarle la matrícula.

—Noa, ¿puedes salir y decirle a Mieko que llame al restaurante? —le preguntó Hansu.

Noa miró a su madre de nuevo, que parecía perdida en su pesada silla de respaldo alto.

—¿*Umma*?

Sunja miró a su hijo, que ya estaba junto a la puerta. Sabía que él quería ir a cenar con Hansu. El muchacho estaba muy guapo y parecía contento. No podía imaginar lo que aquello significaría para él. Noa no había rechazado a Hansu; había aceptado el dinero porque deseaba mucho ir a esa universidad. En su mente, podía oír a Yoseb gritándole: que parara esto de inmediato, que era una mujer idiota que no había pensado bien las cosas. Pero el muchacho, su primogénito, era feliz. Había conseguido aquel logro tremendo, casi imposible, y no podía arrebatárselo en un instante por falta de dinero. Asintió y su hijo comprendió que cenarían con Hansu.

Cuando la puerta se cerró y Hansu y Sunja se quedaron a solas en el despacho, la mujer insistió:

—Quiero que sea un préstamo. Y quiero que quede documentado para poder demostrarle a Noa que yo le pagué la universidad.

—No, Sunja. Esto es lo que tengo que hacer. Es mi hijo. Si no me dejas ayudarlo en esto, se lo diré.

—¿Estás loco?

—No. Pagar sus estudios no es nada para mí económicamente, pero lo es todo para mí como su padre.

—Tú no eres su padre.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo Hansu—. Es hijo mío. Tiene mi ambición. Tiene mis habilidades. No dejaré que mi sangre se pudra en las alcantarillas de Ikaino.

Sunja agarró su bolsa y se levantó. Yoseb no se equivocaba, pero ella no podía dar marcha atrás.

—Vámonos. El chico espera fuera. Debe tener hambre —dijo Hansu.

Abrió la puerta y dejó que ella saliera primero.

Diciembre de 1959

Un sábado por la mañana, Kyunghee quiso ir a la iglesia mientras los demás estaban en el trabajo. Unos misioneros de Estados Unidos que hablaban japonés pero no coreano estaban de visita en la parroquia y el pastor le había pedido que lo ayudara a recibirlos, ya que su japonés no era demasiado bueno. Normalmente, ella no podía salir de casa porque no podía dejar solo a Yoseb, pero Changho se había ofrecido a echarle un ojo. No estaría fuera mucho tiempo y él quería hacer una última cosa por ella.

Changho estaba sentado en el cálido suelo con las piernas cruzadas cerca de la cama de Yoseb para ayudarlo a hacer algunos de los estiramientos que el médico le había recomendado.

—Entonces, ¿estás decidido? —le preguntó Yoseb.

—Debo ir. Es el momento de regresar a casa.

—¿De verdad? ¿Mañana?

—Por la mañana tomaré el tren a Tokio y desde allí me dirigiré a Niigata. El barco zarpa la semana que viene.

Yoseb no dijo nada. Su rostro se contorsionó un poco por el dolor al levantar la pierna derecha hacia el techo. Changho mantenía la mano derecha debajo del muslo de Yoseb para ayudarlo a bajar lentamente. Cambiaron a la pierna izquierda.

Yoseb exhaló sonoramente después de hacer dos repeticiones más.

—Si esperas hasta que me muera, podrías llevar mis cenizas y enterrarlas allí. Eso estaría bien, supongo, aunque no creo que importe mucho al final. ¿Sabes? Todavía creo en el Cielo. Creo en Jesús, después de todo esto. Supongo que es el resultado de estar casado con Kyunghee; su fe me acerca

al Señor. No soy un buen hombre, pero creo que me salvaré. Mi padre me dijo una vez que, cuando mueres y vas al Cielo, abandonas tu cuerpo. Por fin podré librarme de él. Eso estará bien. Yo también siento que estoy listo para volver a casa.

Changho puso el brazo derecho debajo de la cabeza de Yoseb y este levantó los brazos sobre su cabeza lentamente y después los bajó. Sus brazos eran mucho más fuertes que sus piernas.

—No debes hablar así. No es tu momento. Todavía estás aquí, y tu cuerpo sigue fuerte.

Changho agarró la mano buena de Yoseb, en la que no había cicatrices de quemaduras. Notaba los huesos delicados del hombre. ¿Cómo había sobrevivido tanto tiempo?

—Y... Si esperas... Si esperas hasta que muera, podrás casarte con ella —dijo Yoseb—. Pero no puedes llevártela allí. Te lo pido. Es lo único que te voy a pedir.

—¿Qué?

Changho negó con la cabeza.

—No me fío de los comunistas. No quiero que Kyunghee vuelva a Corea mientras ellos siguen al mando. Esto no puede durar para siempre. Japón pronto volverá a ser un país rico y Corea no siempre estará dividida. Tú todavía eres rico. Podrías seguir ganando dinero aquí y cuidar de... —Yoseb no pudo decir su nombre—. La he hecho sufrir mucho. Se enamoró de mí cuando solo era un muchacho. Siempre supe que estaríamos juntos, incluso de niños. Ella era la chica más guapa que había visto nunca. ¿Sabes? Nunca he querido estar con otra mujer. Jamás. No solo porque es preciosa, sino porque es muy buena. Jamás, ni una sola vez, se ha quejado de mí. Y no he sido un marido para ella desde hace mucho tiempo. —Suspiró. Tenía la boca seca—. Sé que te preocupas por ella. Confío en ti. Me gustaría que no trabajaras para ese canalla, pero no hay demasiado trabajo ahí fuera. Lo comprendo. ¿Por qué no esperas hasta que me muera? —Cuanto más hablaba, más seguro estaba de que aquello era lo correcto—. Quédate aquí. Yo moriré pronto, lo noto. Además, aquí te necesitan. Pero no puedes arreglar ese país. Nadie puede.

—Yoseb, no vas a morir.

—Debo hacerlo. Debemos intentar reconstruir la nación. No podemos pensar solo en nuestro bienestar.

Incluso mientras Yoseb decía esto, Changho pensó de nuevo en la posibilidad de estar con ella, algo a lo que había renunciado.

Cuando Kyunghhee regresó a casa de la iglesia, vio a Changho sentado en el banco delante de la tienda de alimentación a una manzana de casa. Estaba leyendo un periódico y bebiendo zumo de una botella de cristal. Changho era amigo del propietario y le gustaba aquel punto tranquilo debajo del toldo en la bulliciosa intersección.

—Hola —dijo Kyunghhee, que se alegraba de verlo—. ¿Cómo está Yoseb? No es fácil estar encerrado, ¿verdad? Gracias por echarle un ojo. Será mejor que regrese. Tú quédate aquí.

—Está bien. Acabo de salir. Antes de quedarse dormido, me pidió que le comprara algunos periódicos para cuando despierte. Quería que saliera a tomar el aire.

Kyunghhee asintió y le dio la espalda para volver a casa.

—Esperaba tener la oportunidad de hablar contigo.

—¿Sí? Entonces volvamos a casa. Será mejor que empiece a preparar la cena. Yoseb tendrá hambre.

—Espera. ¿Puedes sentarte un momento conmigo? ¿Te traigo un zumo de la tienda?

—No, no. Estoy bien.

Sonrió y se sentó con las manos entrelazadas sobre su regazo. Llevaba su abrigo de invierno de los domingos sobre un vestido de lana azul marino y sus bonitos zapatos de cuero.

Sin demora, Changho le contó lo que su marido había dicho, casi palabra por palabra. Estaba nervioso, pero sabía que tenía que hacerlo en ese momento.

—Podrías venir conmigo. El primer barco zarpará la semana que viene, pero podríamos ir más tarde. Corea necesita gente con energía para reconstruir el país. Se supone que tendremos nuestro propio apartamento con las últimas comodidades, y estaremos en nuestro propio país. Comeremos arroz blanco tres veces al día. Podríamos llevar allí sus cenizas y visitaremos las tumbas de tus padres. Haremos un *jesa* en condiciones. Podríamos volver a casa. Podrías ser mi esposa.

Estupefacta, Kyunghhee no dijo nada. No podía creer que Yoseb la hubiera

ofrecido a otro hombre, pero tampoco podía creer que Changho estuviera mintiendo. Lo único que tenía sentido era que Yoseb estuviera tan preocupado por ella que no le importara sugerir algo así. Después de la reunión en la iglesia, había pedido al pastor que rezara por el viaje de Changho y por su bienestar en Pionyang. Changho no creía en Dios ni en la cristiandad, pero Kyunghee había querido que el pastor rezara por él, porque no sabía qué más hacer por el hombre. Si el Señor lo protegía, entonces ella no se preocuparía tanto.

Él le había dicho que se marchaba hacía solo una semana; le resultaba difícil pensar en su partida, pero era lo correcto. Kim era un hombre joven que creía en construir un gran país para otros. Lo admiraba, porque no tenía necesidad de hacerlo. Tenía un buen trabajo y amigos. Pionyang ni siquiera era su localidad natal; Changho era de Kyungsangdo. Era ella quien era del norte.

—¿Sería posible? —le preguntó.

—Pero dijiste... Dijiste que querías irte. Pensaba que te casarías con alguien allí.

—Pero tú sabes que... me importas. Que siempre me has importado.

Kyunghee miró a su alrededor. El tendero estaba sentado al fondo y no podría oírlos sobre el ruido de la radio. Pasaban algunos coches y bicicletas por la carretera, no muchos porque era sábado por la mañana. Los molinetes blancos y rojos colocados sobre la marquesina de lona giraban lentamente con la ligera brisa invernal.

—Si tú me dijeras que es posible...

—No puedes decir estas cosas —dijo Kyunghee amablemente. No quería herirlo. Todos esos años se había nutrido de su adoración y amabilidad, pero también le había provocado angustia porque ella no debía sentir lo mismo por él. Habría estado mal—. Changho, tienes toda la vida por delante. Debes encontrar una mujer joven y tener hijos con ella. No pasa un día en el que no lamente no haber podido tenerlos con mi marido. Sé que este era el plan del Señor para mí, pero creo que tú deberías tener hijos. Serías un marido y un padre maravilloso. Yo no puedo pedirte que me esperes. Sería inmoral.

—¿Es porque no quieres que espere? Lo haría si me lo pidieras.

Kyunghee se mordió el labio. Sintió frío de repente y se puso sus mitones de lana azul.

—Tengo que hacer la cena.

—Me marcho mañana. Tu marido dice que debería esperar. ¿No era eso lo que tú querías? ¿Que él te diera permiso? ¿No haría eso que estuviera bien a los ojos de tu dios?

—Yoseb no puede cambiar las leyes de Dios. Mi marido está vivo y yo no quiero apresurar su muerte. Me importas mucho, Changho; has sido el mejor amigo para mí. No sé si soportaré que te marches, pero sé que no podemos ser marido y mujer. Incluso hablar de esto mientras él está vivo debe estar mal. Espero que lo comprendas.

—No. No lo comprendo. Nunca lo comprenderé. ¿Cómo puede tu religión permitir tanto sufrimiento?

—No es solo sufrimiento. No lo es. Espero que me perdones. Espero que... Changho dejó la botella de zumo con cuidado sobre el banco y se levantó.

—Yo no soy como tú —dijo—. Yo solo soy un hombre. No quiero ser un santo. Solo un hombre sin importancia que ama su patria.

Se marchó, caminando en dirección contraria a la casa y no regresó hasta aquella noche tarde, cuando todos estaban dormidos.

Por la mañana temprano, cuando Kyunghee fue a la cocina a por agua para Yoseb, vio que la puerta de la habitación de Changho estaba abierta. Miró dentro y descubrió que se había marchado. La ropa de cama estaba pulcramente doblada. Changho nunca había tenido muchos objetos personales, pero la habitación parecía incluso más vacía sin su montón de libros y su par extra de gafas descansando sobre ellos. Se suponía que la familia iba a acompañarlo a la estación de Osaka para verlo marchar, pero había tomado un tren temprano.

Kyunghee estaba junto a la puerta, llorando, cuando Sunja le tocó el brazo. Llevaba el delantal de trabajo sobre el camisón.

—Se marchó en mitad de la noche. Me dijo que lo despidiera de todos. Yo lo vi porque me levanté para hacer caramelo.

—¿Por qué no esperó, para que pudiéramos ir con él a la estación de tren?

—Dijo que no quería causar tantas molestias, que tenía que irse. Intenté hacerle el desayuno, pero insistió en que compraría algo más tarde. No podía pararse a comer.

—Quería casarse conmigo. Después de que Yoseb muriera. Yoseb le dijo que le parecía bien.

—*Uh-muh* —resolló Sunja.

—Pero eso no habría estado bien, ¿verdad? Él debería casarse con alguien joven. Tiene derecho a tener hijos y yo no habría podido dárselos. Ya ni siquiera tengo el periodo.

—Quizá tú eres más importante para él que los hijos.

—No. No soportaría decepcionar a dos maridos. Kim es un buen hombre.

Sunja asió la mano de su cuñada.

—¿Le dijiste que no?

Su cuñada tenía la cara húmeda por las lágrimas y Sunja se las secó con una esquina de su delantal.

—Tengo que ir a por agua para Yoseb —dijo Kyunghee, recordando de repente por qué se había levantado.

—Hermana, a él no le habría importado no tener niños. Habría sido feliz solo estando contigo. Tú eres un ángel en este mundo.

—No. Soy una egoísta. Yoseb no lo es.

Sunja no lo entendía.

—Fue egoísta mantener aquí a Kim, pero lo hice porque significaba mucho para mí. Rezaba cada día pidiendo el valor para dejarlo marchar, pues sé que el Señor quería que lo dejara ir. No puede estar bien que dos hombres sientan eso por ti y lo permitas.

Sunja asintió, pero no tenía sentido. ¿Se suponía que solo podías tener una persona en tu vida? Su madre había tenido a su padre y a nadie más. ¿Quién había sido para ella, Hansu o Isak? ¿La había amado Hansu, o solo había querido utilizarla? Si el amor exigía sacrificio, entonces Isak la había amado de verdad. Kyunghee había servido a su marido lealmente y sin quejarse. No había nadie tan amable y adorable como su cuñada... ¿Por qué no podía amarla más de un hombre? ¿Por qué se marchaban los hombres siempre que no conseguían lo que querían? ¿O es que Changho se había hartado de sufrir? Sunja habría deseado que su cuñada le hubiera pedido que esperara, pero si lo hubiera hecho, no habría sido Kyunghee. Changho había amado a alguien que no podía traicionar a su marido, y quizá esa era la razón por la que la había querido. Kyunghee no podía traicionarse a sí misma.

Su cuñada se dirigió a la cocina y Sunja la siguió un par de pasos por detrás. El sol de la mañana atravesó la ventana de la cocina, cegándola y proyectando un halo resplandeciente alrededor de la ligera silueta de su cuñada.

15

Tokio, 1960

Fue necesario algún tiempo, pero después de dos años en Waseda Noa por fin se sentía cómodo allí. Siempre un estudiante excelente con buenos hábitos y, después de algunos traspies y varios intentos fallidos, Noa aprendió a escribir ensayos de Literatura Inglesa y a hacer exámenes a nivel universitario. La vida en la universidad era el paraíso comparada con el instituto, donde había aprendido y memorizado muchas cosas que ya no valoraba. Ninguna de sus asignaciones parecía trabajo; Waseda era dicha pura para él. Leía tanto como podía sin forzar sus ojos y siempre tenía tiempo para leer, escribir y pensar. Los profesores de Waseda se preocupaban de verdad por sus alumnos y Noa no comprendía cómo alguien podía quejarse.

Hansu le había conseguido un apartamento bien equipado y le había dado una asignación generosa, así que no tenía que preocuparse por el alojamiento, el dinero o la comida. Vivía con sencillez y conseguía enviar algún dinero a casa cada mes. «Tú solo tienes que estudiar —le había dicho Hansu—. Apréndelo todo. Lléname la mente de conocimiento; es el único poder que nadie podrá arrebatarte». Hansu nunca le decía que estudiara, sino que aprendiera, y se le ocurrió que había una gran diferencia. Aprender era como jugar, no como trabajar.

Noa podía comprar todos los libros que necesitaba para sus clases y, cuando no encontraba alguno en la librería, lo único que tenía que hacer era ir a la inmensa biblioteca de la universidad, que apenas utilizaban sus compañeros. No comprendía a los estudiantes japoneses que lo rodeaban, porque parecían mucho más interesados en las cosas de fuera de la universidad que en aprender. Sabía muy bien por su experiencia en el colegio y en el instituto

que los japoneses no querían relacionarse demasiado con los coreanos, así que se mantenía en un segundo plano, no muy distinto de cuando era niño. Había algunos coreanos en Waseda pero también los evitaba, porque parecían demasiado interesados en política. Durante uno de sus almuerzos mensuales, Hansu le había dicho que la gente de izquierdas era «una panda de llorones» y los de derechas «tontos como piedras». Noa estaba solo casi siempre, pero no se sentía solo. Después de dos años seguía entusiasmado por estar en Waseda, por tener una habitación tranquila donde leer. Como un hombre muerto de hambre, Noa se llenaba la mente, ansioso por encontrar buenos libros. Había leído a Dickens, Thackeray, Hardy, Austen y Trollope; después se trasladó al continente para leer a Balzac, Zola y Flaubert antes de enamorarse de Tolstoi. Su favorito era Goethe; debía haber leído *Las penas del joven Werther* al menos una docena de veces.

Si tenía un deseo vergonzoso, era este: ser un europeo de una época pasada. No quería ser un rey o un general; era demasiado mayor para unos deseos tan simples. Si acaso, quería una vida muy sencilla llena de naturaleza, libros y quizá algunos niños. Sabía que más tarde en la vida también quería estar solo para leer y estar tranquilo. En su nueva vida en Tokio había descubierto el jazz, y le gustaba ir a los bares solo y escuchar los discos que los propietarios elegían. Escuchar música en vivo era demasiado caro, pero esperaba poder ir a un club de jazz algún día, cuando volviera a tener trabajo. Pedía una bebida que apenas tocaba para pagar su asiento en el bar y después regresaba a su habitación, leía un poco más, escribía cartas a su familia y se iba a dormir.

Cada pocas semanas, ahorra parte de su paga y compraba un billete de tren barato para ir a casa y visitar a su familia. A primeros de cada mes, Hansu lo llevaba a comer sushi para recordar a Noa su misión en este mundo con algún propósito superior que ninguno de ellos terminaba de expresar. Su vida le parecía ideal; y Noa estaba agradecido.

Aquella mañana, mientras caminaba a través del campus hacia su seminario sobre George Eliot, escuchó que alguien lo llamaba por su nombre.

—¡Bando, Bando! —gritó una mujer. Era la belleza más radical del campus, Akiko Fumeki.

Noa se detuvo y la esperó. Ella nunca le había hablado antes. De hecho, Noa le tenía un poco de miedo. Siempre discutía con la profesora Kuroda, una mujer de voz suave que había crecido y estudiado en Inglaterra. Aunque la profesora era educada, Noa sabía que Akiko no le caía demasiado bien; el

resto de estudiantes, sobre todo las mujeres, apenas la toleraban. Noa sabía que lo mejor era mantenerse lejos de los estudiantes que no gustaban a los profesores. En el aula, se sentaba en primera fila; Akiko lo hacía al fondo, bajo las enormes ventanas.

—Oye, Bando, ¿cómo estás? —le preguntó Akiko, sonrosada y sin aliento. Le habló informalmente, como si hubieran hablado muchas veces antes.

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bueno, ¿qué opinas de la última obra maestra de Eliot? —le preguntó.

—Es excelente. Todo lo de George Eliot es perfecto.

—Tonterías. *Adam Bede* es aburrido. Casi me morí leyendo esa cosa. *Silas Marner* es apenas tolerable.

—Bueno, *Adam Bede* no es tan excitante o sofisticado como *Middlemarch*, pero sigue siendo una representación maravillosa de una mujer valiente y un hombre honrado...

—Oh, por favor.

Akiko puso los ojos en blanco y se rio de él.

Noa también se rio. Sabía que estudiaba Sociología porque todos habían tenido que presentarse el primer día de clase.

—¿Has leído toda la obra de George Eliot? Es impresionante —le dijo Noa, ya que nunca había conocido a nadie que lo hubiera hecho.

—Eres tú el que lo lee absolutamente todo. Es agotador, y casi estoy enfadada contigo por ello. Pero también te admiro. No obstante, si te gusta todo lo que lees, no podré tomarte en serio. Puede que no reflexiones lo suficiente tus lecturas.

Lo dijo con expresión seria, sin preocuparse lo más mínimo por ofenderlo.

—*Soo nee*.

Noa sonrió. No se le había ocurrido que un libro que un profesor eligiera y admirara pudiera ser inferior incluso con relación a otras obras de ese mismo autor. A su profesora le encantaba *Adam Bede* y *Silas Marner*.

—Te sientas muy cerca de la profesora. Creo que está enamorada de ti.

Noa se detuvo, sorprendido.

—La señora Kuroda tiene sesenta años. Quizá setenta.

Caminó hacia la puerta del edificio y la abrió para Akiko.

—¿Crees que las mujeres dejan de tener deseo cuando cumplen sesenta? Es absurdo. Ella es probablemente la mujer más romántica de Waseda. Ha leído demasiadas novelas. Tú eres perfecto para ella. Se casaría contigo mañana

mismo. Oh, ¡qué gran escándalo! Tu George Eliot también se casó con un jovencito, ¿sabes? ¡Aunque su novio intentó matarse en su luna de miel!

Akiko se rio a carcajadas y los estudiantes que estaban subiendo la escalera hacia las aulas la miraron. Todos parecían desconcertados por su interacción, ya que Noa era casi tan famoso por su frialdad como Akiko por su belleza.

Una vez en clase, ella se sentó en su asiento de siempre al fondo y Noa ocupó su silla junto a la profesora. Abrió su cuaderno y sacó su pluma; miró la hoja de papel en blanco con líneas de pálida tinta azul. Estaba pensando en Akiko. De cerca era incluso más guapa.

La señora Kuroda se sentó para dar su clase. Llevaba un jersey verde guisante sobre una blusa blanca y una falda de *tweed* marrón. En sus pies diminutos llevaba un par de infantiles merceditas. Era tan pequeña y delgada que daba la sensación de que podía salir volando como un pliego de papel o una hoja seca.

La clase de Kuroda fue fundamentalmente un extenso análisis psicológico de la heroína de *Daniel Deronda*, la egocéntrica Gwendolen Harleth que cambia como resultado de su sufrimiento y de la bondad de Daniel. La profesora puso un gran énfasis en que el destino de una mujer está determinado por su posición económica y sus perspectivas de matrimonio. Como era de esperar, la profesora comparó a Gwendolen con la vanidosa y codiciosa Rosamond Vincy de *Middlemarch*, pero argumentó que, a diferencia de esta, Gwendolen alcanza la anagnórisis y peripecia aristotélica. Kuroda se pasó la mayor parte de la clase hablando de Gwendolen; al final, justo antes de terminar, habló un poco sobre Mirah y Daniel, los judíos del libro. La profesora les habló un poco del sionismo y del papel de los judíos en las novelas victorianas.

—Los hombres judíos son mostrados a menudo como seres excepcionalmente brillantes, y las mujeres suelen ser hermosas y trágicas. Aquí tenemos una situación en la que el hombre desconoce su propia condición de forastero. Es como Moisés, el niño del Génesis que descubre que es judío en lugar de egipcio...

Mientras decía esto, Kuroda miró a Noa pero él no se dio cuenta porque estaba tomando notas.

—Sin embargo, cuando Daniel descubre que es judío, se siente libre para amar a la virtuosa Mirah, una cantante de tanto talento como su madre, y ambos se marchan a Israel.

La profesora Kuroda suspiró lentamente, como si estuviera satisfecha con el final de Eliot.

—Entonces, ¿está diciendo que es mejor que la gente se enamore de aquellos de su misma raza? ¿Que la gente como los judíos tiene que vivir en su propio país? —preguntó Akiko sin levantar la mano. No parecía creer en esa formalidad.

—Bueno, creo que George Eliot expresa que hay una gran nobleza en el hecho de ser judío y querer ser parte de un Estado judío. Eliot reconoce que ese pueblo ha sido a menudo perseguido injustamente. Tienen derecho a su propio Estado. Sufrieron mucho en la guerra y eso no puede volver a ocurrir. Los judíos no hicieron nada malo, pero los europeos... —La profesora bajó la voz, como si temiera que alguien la escuchara y se metiera en problemas—. Es complicado, pero Eliot se adelantó a sus contemporáneos al pensar en el tema de la discriminación basada en la religión. ¿*Nee*?

Había nueve estudiantes en la clase y todos asintieron, incluido Noa, pero Akiko parecía enfadada.

—Japón era aliado de Alemania —dijo Akiko.

—Eso no es parte de esta discusión, Akiko.

La profesora abrió su libro nerviosamente, deseando cambiar de tema.

—Eliot se equivoca —dijo Akiko, decidida—. Puede que los judíos tengan derecho a su propio Estado, pero no veo la necesidad de que Mirah y Daniel abandonen Inglaterra. Creo que ese argumento de la nobleza o de una nación mejor para el pueblo perseguido es una excusa para expulsar a todos los extranjeros indeseados.

Noa no levantó la mirada. Se descubrió escribiendo todo lo que Akiko decía porque lo perturbaba pensar que pudiera ser verdad. Había admirado el valor y la bondad de Daniel en el libro y no había pensado demasiado en la intención política de Eliot. ¿Era posible que Eliot estuviera sugiriendo que los extranjeros, por muy admirables que fueran, debían abandonar Inglaterra? Aunque en aquel momento toda la clase despreciaba a Akiko, él admiró su valor por pensar de un modo tan distinto y sugerir una verdad difícil. Se sentía afortunado de estar en la universidad y no en otros entornos donde la persona al mando siempre tenía razón. No obstante, hasta que escuchó a Akiko mostrando su desacuerdo con la profesora, no había pensado por sí mismo ni se le había ocurrido mostrarse en desacuerdo en público.

Después de clase caminó a casa solo, pensando en ella; quería estar con

Akiko, aunque no fuera fácil. El martes siguiente, antes de que comenzara la clase, Noa se marchó temprano para sentarse a su lado. La profesora intentó no mostrarse dolida por esta deserción, pero por supuesto lo estaba.

16

Osaka, abril de 1960

En cierto momento de los últimos cuatro años, Mozasu había trabajado como encargado en los seis salones de *pachinko* de Goro. Su jefe había abierto varios salones nuevos uno tras otro y Mozasu lo había ayudado en todas las inauguraciones. El joven tenía veinte años y hacía poco más que ocuparse de los salones y arreglar lo que fuera necesario mientras Goro buscaba nuevos locales y aparecía con ideas inspiradas para su creciente imperio que, por extraño que pareciera, funcionaban. En los negocios, Goro no podía fracasar, o eso parecía, y acreditaba parte de su buena suerte a la disposición de Mozasu para trabajar sin cesar.

Era abril y temprano por la mañana cuando Mozasu llegó al despacho del gerente en Paradaisu Seis, el salón de *pachinko* más reciente.

—*Ohayo*. El coche está esperando. Voy a llevarte a ver a Totoyama para que te haga ropa nueva. Vamos —dijo Goro.

—¿*Maji*? ¿Por qué? Tengo trajes suficientes para este año y el que viene. Soy el encargado mejor vestido de Osaka —dijo Mozasu, riéndose. A diferencia de su hermano Noa, a Mozasu nunca le había interesado la ropa. Vestía los trajes bien cortados que Goro quería que se pusiera solo porque su jefe era muy exigente con el aspecto de su plantilla. Los trabajadores de Goro eran una extensión de sí mismo, o eso creía, y también era muy estricto con su higiene personal.

Mozasu tenía muchas cosas que hacer y no le apetecía ir al taller de Totoyama. Estaba ansioso por llamar a la prensa para publicar anuncios buscando nuevos empleados. Paradaisu Seis necesitaba hombres para trabajar

en el último turno y, como Paradaisu Siete, estaría terminado en un mes, tenía que empezar a pensar en contratar también para él.

—Tienes la ropa adecuada para ser encargado, pero necesitarás trajes nuevos para ser el gerente del Siete.

—¿Ehh? ¡Yo no puedo ser el gerente del Siete! —exclamó Mozasu, sorprendido—. Ese es el trabajo de Okada.

—Se ha ido.

—¿Qué? ¿Por qué? Si estaba deseando ser gerente.

—Robaba.

—¿Qué? No me lo creo.

—*Honto desu* —dijo Goro, asintiendo—. Lo pillé. Sospechaba de él, pero eso me lo confirmó.

—Es terrible. —Mozasu no podía imaginar por qué alguien robaría a Goro. Sería como robar a tu propio padre—. ¿Por qué lo hizo?

—Apostaba. Debía dinero a algunos matones. Decía que iba a devolvérmelo, pero las pérdidas eran cada vez mayores. Ya sabes lo que pasa. De todos modos, su amante vino esta mañana a disculparse por él. Está embarazada. Por fin la deja embarazada y va y pierde el trabajo. Será idiota.

—Oh, mierda.

Mozasu recordó todas las veces que Okada había hablado de que quería un hijo. Incluso una hija le parecería bien, decía. Okada estaba loco por los niños y el *pachinko*. Pero, a pesar de su experiencia, ningún salón de Osaka lo contrataría si Goro lo había despedido por robar. Nadie robaba a Goro.

—¿Ha pedido perdón?

—Por supuesto. Lloró como un niño. Le dije que se fuera de Osaka. No quiero verle la cara nunca más.

—*Soo nee* —dijo Mozasu. Se sentía mal por Okada, que siempre había sido amable con él. Su madre era coreana y su padre japonés, pero siempre decía que se sentía coreano porque era un hombre apasionado—. ¿Está bien su esposa?

Mozasu sabía que Goro se llevaba bien con ambas mujeres.

—Sí. Su esposa y su amante están bien, pero le dije a la amante que se asegurara de que no vuelva a aparecer por aquí. No seré tan amable con él la próxima vez —dijo Mozasu asintiendo—. Vamos al taller de Totoyama, estoy harto de sentirme triste. Ver a sus chicas me animará.

Mozasu siguió a su jefe al coche. Sabía que no debía preguntar por su

nuevo sueldo; a Goro no le gustaba hablar de dinero, por extraño que resultara. El sueldo de gerente sería mejor que el de encargado. Mozasu había estado ahorrando para la tienda de golosinas de su madre y estaban muy cerca de tener suficiente para comprar un pequeño local cerca de la estación de tren. Ahora que la salud del tío Yoseb había empeorado, la tía Kyunghee no podía hacer caramelo para vender cuando estaba en casa. Solo trabajaban en el puesto su madre y su abuela, y Noa estaba en su tercer año en Waseda, Tokio, así que suponía que cualquier dinero extra sería bueno para la familia. Cada sábado por la noche, Mozasu se sentía orgulloso al entregar a su madre el grueso sobre de su sueldo; ella había intentado incrementar la paga, pero él se había negado a aceptar nada más que el importe del autobús. No necesitaba demasiado porque comía en la cafetería de los empleados y Goro le compraba la ropa de trabajo. Mozasu trabajaba siete días a la semana y dormía en casa; si era muy tarde, dormía en una de las habitaciones para los empleados del salón.

La puerta del salón se cerró tras ellos cuando salieron.

—Jefe, no lo sé. ¿Crees que los chicos me escucharán, como hacían con Okada? —le preguntó Mozasu. No es que no fuera ambicioso, pero disfrutaba siendo el encargado de la mañana o de la tarde. Se le daba muy bien. Ser gerente era más serio; todos respetaban al gerente. Estaría al mando siempre que Goro no estuviera allí. Okada tenía casi treinta y cinco años y era tan alto como un jugador de béisbol—. Me siento halagado y agradecido, pero ¿sabes? Creo que el resto de gerentes podrían...

—Cállate, chico. Sé lo que estoy haciendo. Eres más listo que el resto de gerentes y sabes resolver problemas solo. El Siete es el salón más importante. Si yo estoy supervisando los demás, necesito que tú seas avisado.

—Pero el Siete va a necesitar casi cincuenta empleados. ¿Cómo se supone que voy a encontrar cincuenta hombres?

—En realidad vas a necesitar al menos sesenta hombres y veinte chicas guapas para los mostradores de premios.

—¿En serio? —Mozasu siempre se apuntaba a los impresionantes planes de Goro, pero aquello parecía demasiado incluso para él—. ¿Cómo voy a encontrar...?

—Lo harás. Siempre lo haces. Y puedes contratar a las chicas que quieras para los mostradores de premios: okinawenses, *burakumin*, coreanas,

japonesas... No me importa. Que sean graciosas y guapas, pero no tan frescas que asusten a los hombres. Las chicas siempre son importantes.

—No me había dado cuenta de que el dormitorio alojaría a tantos...

Goro sonrió de oreja a oreja.

—Te preocupas demasiado. Por eso vas a ser perfecto.

Mozasu pensó en ello y tuvo que mostrarse de acuerdo. Nadie se preocupaba por los salones tanto como él.

En el viaje en coche al taller de Totoyama, Goro habló con su chófer de lucha libre mientras Mozasu se mantenía en silencio. En su mente estaba haciendo listas de todas las cosas que había que hacer en el Siete. Mientras pensaba en qué hombres debería trasladar del resto de salones, se dio cuenta de que estaba listo, después de todo, para convertirse en gerente de un salón, y eso lo hizo sonreír un poco. Goro nunca se equivocaba; quizá tampoco se confundía con él. Mozasu no era tan listo como su hermano, que estaba estudiando Literatura Inglesa en Waseda y podía leer novelas gordísimas en inglés sin la ayuda del diccionario. Noa quería trabajar para una empresa japonesa; él no habría querido trabajar en un salón de *pachinko*. Noa creía que, cuando la familia comprara la confitería, Mozasu trabajaría allí. Como la mayoría de los japoneses, su hermano no creía que los salones de *pachinko* fueran respetables.

El coche se detuvo delante de un edificio de ladrillo rojo que había sido una fábrica textil antes de la guerra. Un enorme caqui protegía del sol la puerta de metal gris. Totoyama, que confeccionaba todos los uniformes de los negocios de Goro, había ganado y ahorrado lo suficiente para trasladar allí su taller desde su casa cerca de Ikaino. Ella y sus hijos, Haruki y Daisuke, vivían ahora en tres de las habitaciones traseras; usaban el resto del edificio como taller. Tenía media docena de ayudantes que trabajaban seis días a la semana cosiendo uniformes. Por el boca a boca, había recibido encargos de otros empresarios coreanos de Osaka y ahora hacía uniformes para restaurantes *yakiniku* y otros salones de *pachinko* de la región de Kansai, pero los pedidos de Goro siempre tenían prioridad porque había sido él quien la había recomendado a los demás.

Cuando Goro llamó al timbre, Totoyama abrió la puerta ella misma. Una aprendiz les llevó un té aromático y galletas de trigo importadas en una

bandeja lacada. Totoyama condujo a Mozasu ante el espejo para tomarle medidas. Con alfileres en la boca, midió la anchura de sus largos brazos.

—Has adelgazado, Mozasu —le dijo la mujer.

—*Soo nee* —contestó—. Goro me dice que tengo que comer más.

Goro asintió mientras mordisqueaba las galletas y bebía una segunda taza de *genmaicha*. Estaba sentado en un banco de cedro cubierto por cojines de color índigo. Se sentía tranquilo viendo trabajar a Totoyama. Siempre se encontraba mejor cuando resolvía problemas. Okada había resultado ser un ladrón, así que se había librado de él. Ahora iba a ascender a Mozasu.

El espacioso taller había sido encalado recientemente, pero los suelos de madera estaban desgastados y viejos. Se limpiaban cada día, pero los trocitos de tela y los hilos de la mañana ensuciaban las zonas alrededor de las mesas. En la luz sesgada del tragaluz, una pálida columna de motas de polvo atravesaba la habitación. El enorme taller tenía seis máquinas de coser y había una muchacha sentada ante cada una de ellas. Intentaban no mirar a los hombres, pero no podían evitar sentirse atraídas por el joven que iba a la tienda al menos una vez al año. Mozasu se había vuelto muy atractivo. Tenía la mirada decidida de su padre y su sonrisa agradable. Le gustaba reír y esa era una de las razones por las que a Goro le caía tan bien el chico. Mozasu era entusiasta y poco dado a los cambios de humor. Llevaba un uniforme de encargado que habían cosido en aquel taller, y las chicas que habían trabajado en su ropa se sentían conectadas con él aunque no lo admitirían. Ellas sabían que no tenía novia.

—Hay una cara nueva aquí —dijo Goro, cruzando los brazos sobre el pecho. Examinó a las chicas con atención y sonrió. Se levantó de su asiento y caminó hacia ellas. Hizo una reverencia, y aquello fue curioso porque él era una persona importante. Las chicas se levantaron a la vez y se inclinaron ante él. Goro negó con la cabeza e hizo una mueca divertida, arrugando la nariz para hacerlas reír.

—Sentaos, sentaos —dijo.

Tenía una cercanía cómica combinada con cierta suavidad física. Para hacer reír a las mujeres, caminaba contoneando los hombros. Era un hombre recio y bajito que se movía de un modo divertido y a quien le gustaba coquetear con todo tipo de mujeres. Todo el mundo se acordaba de él; todo el mundo quería caerle bien. Como hacía tantas tonterías era fácil olvidar que era un empresario poderoso y suficientemente rico para tener siete salones de

pachinko. Una palabra suya bastaba para que un hombre adulto se marchara de Osaka para siempre.

—Eriko, Reiko, Midori, Hanako y Motoko, ¿*nee*?

Goro recitó sus nombres y se detuvo ante la chica nueva.

—Goro *desu* —dijo, presentándose—. Tienes unas manos preciosas.

—Yumi *desu* —contestó la joven, ligeramente molesta por distraerse de su labor.

Totoyama dejó de tomar medidas y miró a la chica nueva con el ceño fruncido. Cosiendo, Yumi era más pulcra que las demás, pero a menudo se mostraba distante a propósito y almorzaba sola o leía durante los descansos en lugar de hablar con sus compañeras. Su destreza y su naturaleza personal eran independientes del hecho de que tenía que respetar a Goro, seguirle la corriente incluso. Para Totoyama, Goro era un gran hombre, alguien realmente bueno. Aunque bromeaba con las chicas, nunca era inapropiado. Goro nunca había pedido a ninguna de las chicas que saliera con él o que hiciera algunas de las cosas malas que sus otros clientes masculinos habían intentado. Yumi llevaba dos meses trabajando para ella. Por sus documentos, Totoyama sabía que era coreana, pero utilizaba su nombre japonés y nunca hablaba de sus orígenes. A Totoyama no le importaban estos siempre que la empleada hiciera su trabajo. Yumi era una muchacha elegante con buena piel y un escote llamativo. No tenía una buena figura para un kimono, pero tenía el tipo de curvas que gustaban a los hombres. Era normal que Goro se hubiera fijado en ella.

—Goro, así que Mozasu será el nuevo gerente del Siete, ¿no? —le preguntó Totoyama—. Es maravilloso, con lo joven que es.

Mozasu bajó los ojos, evitando las miradas de curiosidad y asombro de todas las costureras excepto de Yumi, que seguía cosiendo.

—Sí. Mozasu necesitará tres trajes oscuros. Usa una buena tela, por favor. También quiero algunas corbatas bonitas, distintas de las demás. Algo elegante, que lo haga parecer mayor.

Mozasu se detuvo delante del espejo triple y miró a Yumi, que estaba trabajando con esmero. Era adorable. Tenía los hombros delgados y amplios y el cuello largo, lo que le recordaba una ilustración de un cisne en una caja de detergente.

Cuando Totoyama terminó de tomar medidas a Mozasu, los hombres regresaron al coche.

—Yumi, la chica nueva, es muy guapa. Tiene un culo tremendo —dijo Goro.

Mozasu asintió.

Goro se rio.

—¡Vaya, el chico trabajador por fin se interesa por alguien! Esa chica sería buena para ti.

La semana siguiente, cuando Mozasu regresó solo para la prueba, Totoyama estaba terminando con un cliente y pidió a Yumi que le entregara su traje.

Yumi le entregó el traje a medio terminar y le señaló el probador tras la cortina de color índigo.

—Gracias —le dijo Mozasu en japonés.

Ella no dijo nada. Se quedó allí, impasible, esperando a que Totoyama le permitiera marcharse.

Cuando Mozasu salió, Yumi estaba delante del espejo con un alfilerero de lana escarlata. Totoyama seguía ocupada con el otro cliente.

Yumi le miró el cuello y ladeó la cabeza. La solapa necesitaba algunos cambios.

—Soy Mozasu Boku. Es un placer conocerte —se presentó. Yumi miró la solapa con el ceño fruncido y sacó un alfiler para marcar el lugar. Mozasu se rio—. No irás a pincharme, ¿verdad? —dijo, riéndose. La modista lo rodeó para comprobar el tiro—. ¿De verdad no vas a decir nada?

—No estoy aquí para hablar contigo sino para comprobar cómo te queda el traje.

—Quizá podríamos hablar durante la cena —dijo Mozasu, repitiendo una frase que había oído usar a Goro con las mujeres. Mozasu nunca había pedido salir a una chica, pero ahora era el gerente del Paradaisu Siete. Para una chica, eso debía resultar impresionante.

—No, gracias.

—Venga ya, todo el mundo tiene que comer. —Aquella era otra de las frases típicas de Goro—. Tu trabajo termina sobre las siete y media. Lo sé porque he estado aquí antes para recoger uniformes.

—Después del trabajo, voy a clase. No tengo tiempo para tonterías.

—¿Yo soy una tontería?

—Sí.

Mozasu sonrió. Aquella chica no hablaba como nadie que conociera.

—¿Qué estás estudiando?

—Inglés.

—Yo sé inglés. Puedo ayudarte.

—Tú no sabes inglés.

—*Hello, Miss Yumi. My name is Moses Baek. How are you?* —le preguntó, repitiendo las frases que había practicado con Noa—. *What kind of weather are you having in Tulsa, Oklahoma? Is it rainy or dry? I like hamburgers. Do you like hamburgers? I work at a place called Paradise*⁷.

—¿Dónde has aprendido eso? Ni siquiera terminaste el instituto —dijo Yumi.

—¿Cómo sabes tú eso? —le preguntó Mozasu con una sonrisa.

—No importa —dijo la muchacha, viendo que Totoyama se acercaba.

—*Miss Yumi, do you like the fascinating novels of Mr. Charles Dickens? He is my brother's favorite author. I think his books are very long. There are no pictures in his books*⁸.

Yumi sonrió un poco y se inclinó ante su jefa antes de indicarle las zonas que necesitaban retoques. Se inclinó de nuevo antes de dejarlos para volver a su máquina de coser.

—Siento mucho haberte hecho esperar, Mozasu. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Goro?

Mozasu le respondió educadamente y, cuando la mujer casi había terminado con los alfileres, se giró y estornudó dramáticamente, curvando la espalda como para encorvarse hacia delante y rasgando las costuras cuidadosamente hilvanadas.

—Oh, soy un idiota. Lo siento mucho —dijo mirando a Yumi, que intentaba no reírse—. ¿Quiere que vuelva mañana o pasado mañana? Podría venir antes del cierre.

—Oh, sí, por favor —dijo Totoyama, evaluando las costuras rasgadas, y ajena a las miradas entre los dos jóvenes—. Lo tendremos listo mañana por la noche.

Octubre, 1961

Mozasu se apoyó en el arce frente al taller de Totoyama, ligeramente oculto tras su tronco. Allí era donde habían acordado encontrarse. Tres noches a la semana, Mozasu recogía a Yumi después del trabajo. Durante casi un año la había acompañado a la clase de inglés en la iglesia; después iban a la habitación que la joven tenía alquilada y ella preparaba una cena sencilla. A menudo hacían el amor antes de que Mozasu regresara a Paradaisu Siete, donde trabajaba hasta el cierre antes de quedarse dormido en su habitación en los alojamientos de los empleados.

Ya era octubre y, aunque la primera brisa nocturna todavía no había perdido el flexible calor del verano, las hojas de los árboles estaban empezando a dorarse. Sobre su cabeza, el árbol creaba un encaje de metal bruñido contra el cielo nublado. Obreros y otros hombres de uniforme regresaban a casa del trabajo y los niños pequeños salían de sus casas para recibir a sus padres. El año anterior, la calle donde Totoyama tenía su nuevo taller había mejorado, pues muchas familias se habían mudado a las casas abandonadas cerca del río. A un vendedor de verdura le había ido tan bien en aquel punto antes desolado que alquiló el local adyacente para que su cuñado vendiera tela. La nueva panadería que vendía pasteles de estilo portugués, que perfumaban la calle deliciosamente, había conseguido suficiente fama en Osaka para crear largas colas cada mañana.

Las costureras de Totoyama saldrían un poco más tarde de lo habitual, así que Mozasu estudió su lista arrugada de palabras para trabajar en casa. Nunca había valorado demasiado su memoria cuando estaba en el colegio, pero descubrió que recordaba muy bien las palabras y frases en inglés. Aquello le

resultaba útil para impresionar a Yumi. A diferencia de la mayoría de las chicas, a las que les gustaba que les regalaran dinero, vestidos o golosinas, a la novia de Mozasu solo le interesaba aprender. Yumi parecía feliz cuando Mozasu contestaba correctamente a su profesor, el reverendo John Maryman. Yumi, que deseaba vivir en Estados Unidos, quería aprender muy bien inglés.

Quedaba poca luz natural para leer; la sombra de un hombre pasó a su lado impidiéndole distinguir las palabras. Un par de zapatos masculinos formales se detuvieron a unos pasos de él y Mozasu levantó la mirada.

—¿Es posible que estés estudiando, Mozasu? ¿*Honto*?

—¡Vaya, Haruki! —gritó Mozasu—. ¿Eres tú? ¡No te he visto desde no sé cuándo! —Agarró la mano de su amigo con entusiasmo y se la estrechó—. Siempre pregunto a tu madre por ti. Está realmente orgullosa. No presume, pero ya sabes, a su manera callada y educada. ¡Y mírate! ¡Haruki el policía! —Mozasu silbó, mirando el uniforme de la academia—. Pareces un tipo realmente serio. Me dan ganas de cometer un crimen. Tú no me delatarías, ¿verdad?

Haruki sonrió y golpeó el hombro de Mozasu con el puño, sintiéndose tímido junto a su viejo amigo del colegio. Había sido difícil mantenerse lejos de Mozasu, pero Haruki lo había hecho porque sus sentimientos por él se habían vuelto demasiado fuertes. Con los años había tenido otros encaprichamientos y algunos encuentros con desconocidos. Últimamente le había interesado un compañero de la academia, Koji, otro tipo duro y divertido. Como había hecho con Mozasu, Haruki hacía todo lo posible por mantenerse alejado de Koji porque sabía que debía dibujar una gruesa línea entre lo público y lo privado.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿No vives cerca de la academia?

Haruki asintió.

—Tengo la semana libre.

—¿Sí? ¿Cuándo serás policía? Cuándo saldrás de la academia, quiero decir. Mozasu se rio y fingió una reverencia formal.

—En dos años.

Al ver a Mozasu junto al arce, Haruki había temido cruzar la calle. Su sola imagen le resultaba abrumadora. De niño, Haruki había adorado a Mozasu, que lo había salvado de la angustia del colegio. Cuando dejó las clases para trabajar para Goro y su trabajo lo absorbió, Haruki sintió su pérdida como un golpe letal en el pecho. Después de que Mozasu se marchara para trabajar en

el salón de *pachinko*, los borregos, brujas y demonios del instituto emergieron, obligando a Haruki a retirarse a cualquier santuario disponible. Había pasado todo su tiempo libre llenando sus cuadernos de bocetos con ilustraciones a lápiz en la seguridad de la clase de una amable profesora de dibujo. En casa era siempre igual: su hermano menor nunca crecería y su madre no dejaría de trabajar hasta que le fallaran los ojos. Su profesora de dibujo, cuyo marido y hermanos eran agentes de policía, había sugerido a Haruki que fuera a la academia de policía. Curiosamente, la profesora no se había equivocado. A Haruki le encantaban las reglas y jerarquía de la academia. Hacía lo que le mandaban, y lo hacía muy bien. Además, era fácil empezar en un sitio nuevo donde nadie lo conocía.

—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó Haruki. El sol estaba poniéndose y tenía un color rojo anaranjado.

—Estoy esperando a Yumi. Trabaja para tu madre. Aunque se supone que nadie sabe lo nuestro. Por supuesto, no creo que a tu madre le importara. No soy un mal tipo.

—No diré nada —dijo Haruki, pensando que Mozasu estaba más atractivo. Siempre había admirado su frente suave, su nariz fuerte y sus dientes blancos y pulcros, pero con su traje de gerente parecía un hombre adulto a cargo de su propia vida.

Las ventanas del taller seguían iluminadas y las chicas trabajaban con las cabezas oscuras inclinadas sobre las mesas. Mozasu podía imaginar los delgados dedos de Yumi volando sobre la tela. Cuando se concentraba en su trabajo, no era posible distraerla. Era así con todo, y podía trabajar durante horas. Mozasu no podía soñar estar callado tanto tiempo; echaría de menos el bullicio del salón de *pachinko*. Le encantaban todas las piezas que componían su ruidoso negocio. Su padre, un pastor presbiteriano, había creído en el designio divino; Mozasu pensaba que la vida era como aquel juego donde el jugador podía ajustar las patillas pero también esperar la incertidumbre de los factores que no podía controlar. Comprendía por qué sus clientes querían jugar a algo que parecía prefijado pero que también dejaba espacio para el azar y la esperanza.

—¿La ves? —Mozasu la señaló con orgullo—. ¡Allí! En la cuarta mesa desde el...

—Yumi. Sí, la conozco. Es una buena costurera. Una persona muy elegante. Tienes suerte —le dijo Haruki—. ¿Y qué tal tu trabajo? ¿Has

conseguido forrarte?

—Deberías venir a verme, ahora estoy en el Paradaisu Siete. Ven mañana. Estaré allí casi todo el día y toda la noche, excepto cuando quede con Yumi para llevarla a su clase de inglés.

—No sé. Debería pasar tiempo con mi hermano mientras esté en casa.

—He oído que está enfermo.

—Por eso he venido a casa. Mi madre dice que está un poco raro. No le da problemas ni nada, pero dice que habla cada vez menos. Los médicos no saben qué hacer. Quieren que viva en una institución. Dicen que sería más feliz allí, viviendo con otra gente como él, pero yo lo dudo. Esos sitios son un poco... —Haruki succionó aire entre sus dientes apretados—. Por supuesto, mi madre jamás lo permitiría. Daisuke es un buen niño.

Haruki habló en voz baja; siempre había sabido que Daisuke sería su responsabilidad cuando su madre ya no pudiera ocuparse de él. Haruki solo se casaría con alguien dispuesto a cuidar bien de Daisuke y de su madre.

—Yumi dice que estaría mejor en Estados Unidos, pero, claro, ella cree que todo el mundo estaría mejor en Estados Unidos. Dice que allí no es como aquí, en Japón, donde una persona no puede ser diferente.

Mozasu pensaba que su novia estaba irracionalmente a favor de Estados Unidos y de cualquier cosa estadounidense. Como su hermano Noa, Yumi pensaba que el inglés era el idioma más importante y que Estados Unidos era el mejor país.

Mozasu se encogió de hombros.

—Yumi dice que allí hay mejores médicos.

—Probablemente sea verdad.

Haruki sonrió. A menudo había deseado vivir en algún sitio donde no lo conociera nadie.

Cuando Yumi salió al punto de encuentro, reconoció al hijo mayor de su jefa. Habría sido absurdo girarse, así que siguió caminando.

—Ya conoces a Haruki —dijo Mozasu a Yumi, sonriendo—. Él era mi único amigo en el instituto. ¡Y ahora va a luchar contra el crimen!

Yumi asintió, sonriendo incómodamente.

—Yumi, me alegro de verte. Gracias a ti he vuelto a ver a mi amigo después de muchos, muchos años.

—¿Has vuelto a casa de la academia, Haruki?

Yumi mantuvo la postura formal y recatada.

Haruki asintió y se excusó diciendo que Daisuke lo esperaba en casa. No obstante, antes de dejarlos, prometió visitar a Mozasu en el salón de *pachinko* la mañana siguiente.

La clase de inglés se desarrollaba en la enorme sala de juntas de la nueva iglesia coreana, construida recientemente gracias a las grandes donaciones de algunas familias *yakiniku* adineradas. A pesar de su nombre europeo, John Maryman era un coreano que había sido adoptado de niño por misioneros norteamericanos. El inglés era su idioma materno. Como resultado de su dieta mejor, rica tanto en proteínas como en calcio, John era mucho más alto que los coreanos y japoneses. Con su metro ochenta causaba asombro allá donde iba, como si un gigante hubiera descendido del cielo. Aunque hablaba bien japonés y coreano, lo hacía con acento americano. Además de su tamaño, sus modales eran llamativamente extranjeros. A John le gustaba burlarse de la gente que no conocía bien y, si algo era divertido, se reía más alto que nadie. De no haber sido por su paciente esposa coreana, que poseía un gran *noonchi* y era capaz de explicar con tacto que John no sabía comportarse de otro modo, se habría metido en problemas a menudo por sus muchos tropiezos culturales. John parecía demasiado dicharachero para ser pastor presbiteriano. Era un buen hombre cuya fe e inteligencia eran irreprochables. Su madre, Cynthia Maryman, que había heredado un negocio de neumáticos, lo había enviado a Princeton y Yale para estudiar Teología y, para deleite de sus padres, había regresado a Asia para predicar el Evangelio. Su bonita piel era más oliva que dorada y sus ojos oscuros parecían constantemente divertidos e invitaban a las mujeres a desear su presencia.

Yumi, a la que normalmente era difícil ganarse, admiraba a su profesor, a quien todos los alumnos llamaban reverendo John. Para ella, John representaba un mundo mejor donde los coreanos podían ser algo más que putas, borrachos o ladrones. La madre de Yumi, que era prostituta y alcohólica, se acostaba con hombres por dinero o bebida; su padre, su chulo y un borracho violento, había estado en la cárcel a menudo. Yumi creía que sus tres hermanastras mayores eran sexualmente tan indiscriminadas y ordinarias como animales de establo. Su hermano había muerto siendo muy pequeño y, poco después, a los catorce años, Yumi huyó de casa con su hermana menor. Consiguieron sobrevivir con pequeños trabajos en fábricas textiles hasta que

la pequeña murió. Con los años, Yumi se había convertido en una modista excelente. Se negaba a visitar a su familia, que vivía en una de las peores zonas de Osaka. Si veía a una mujer que se parecía a ella, Yumi se cruzaba de acera o daba media vuelta. Viendo películas americanas había decidido que un día viviría en California, y planeaba convertirse en costurera de Hollywood. Conocía a algunos coreanos que habían regresado al norte de Corea y muchos más que habían vuelto al sur, pero ella no sentía apego por ninguna de las dos opciones. Para Yumi, ser coreana era solo otra horrible carga, como ser pobre o tener una familia indigna de la que no podías librarte. ¿Por qué irse a vivir allí? Tampoco se imaginaba quedándose en Japón, que era como una madrastra a la que quieres y que se niega a quererte, así que Yumi soñaba con Los Ángeles. Hasta que conoció a Mozasu, con sus fanfarronadas y sus sueños desproporcionados, Yumi nunca se había acostado con un hombre, y ahora que se había unido a él, quería que ambos se fueran a Estados Unidos a construir una vida donde no fueran despreciados o ignorados. No se imaginaba criando a un niño en Japón.

La clase de inglés tenía quince pupilos que asistían tres noches a la semana. Hasta que Mozasu apareció, Yumi había sido la mejor estudiante del reverendo. Mozasu le llevaba una enorme ventaja porque, sin pretenderlo, había estado estudiando con su hermano Noa durante años, pero a Yumi no le importaba. Era un alivio que él fuera mejor que ella en eso, porque ganaba más dinero y siempre era amable con ella.

Al principio de cada clase, el reverendo John recorría el aula haciendo preguntas.

—*Moses* —dijo el reverendo John con su voz de docente—, *how is the pachinko parlor? Did you make a lot of money today?*

Mozasu se rio.

—*Yes, Pastor John. Today, I earned lot money. Tomorrow, I make more! Do you need money?*

—*No, thank you, Moses. But please remember to help the poor, Moses. There are many among us.*

—*The pachinko money isn't mine, Pastor John. My boss is rich, but I am not a rich man yet. One day, I will rich.*

—*You will be rich.*

—*Yes, I will be rich man, Pastor John. A man must have money.*

John sonrió a Mozasu con amabilidad, deseando quitarle de la cabeza

aquellas ideas idólatras, pero se dirigió a Yumi.

—*Yumi, how many uniforms did you make today?*

Yumi sonrió y su rostro se coloreó.

—*Today, I made two vests, Pastor John?*

John continuó con los demás y animó a los reservados estudiantes a hablar entre ellos además de responderle a él. Quería que los coreanos hablaran bien; quería que nadie los menospreciara. Había dejado atrás su cómoda vida en Princeton, Nueva Jersey, porque sentía lástima por los coreanos pobres de Japón. En su maravillosa infancia, llena del cariño de sus amables padres, siempre se había sentido mal por los coreanos que habían perdido su país, por la gente como Mozasu y Yumi que nunca habían estado en Corea. Se decía que los coreanos estaban regresando a la madre patria pero, en cierto sentido, todos ellos habían perdido ese concepto. Sus padres lo habían adoptado solo a él y no tenía hermanos conocidos. Como John siempre había sido muy feliz con sus padres, se sentía culpable por los muchos que no habían sido elegidos. ¿Por qué él? Le habría gustado saberlo. Había muchos adoptados descontentos, estaba seguro, pero John sabía que su suerte había sido mejor que la de muchos otros. «Elegido» era la palabra que su madre usaba siempre. «Te elegimos, querido John. Tenías la sonrisa más adorable, incluso de pequeño. Las mujeres del orfanato adoraban tenerte en brazos porque eras un niño muy cariñoso».

La clase de inglés no era parte de su trabajo como pastor. Él no hacía proselitismo con sus alumnos, de los que la mayoría no eran parroquianos. A John le encantaba el sonido de las palabras inglesas, cómo hablaban los estadounidenses. Quería dar aquello a los coreanos pobres de Osaka. Anhelaba que tuvieran otra lengua que no fuera el japonés.

Como sus estudiantes, John había nacido en Japón de padres coreanos. Sus padres biológicos lo habían dejado con su casero. John no sabía qué edad tenía exactamente. Sus padres le habían dado el cumpleaños de Martin Luther, el 10 de noviembre. El único hecho que conocía sobre sus padres biológicos era que habían dejado su habitación alquilada a primera hora de la mañana, sin pagar la renta y dejándolo a él atrás. Su madre adoptiva decía que la razón había de ser que el casero tenía dinero y casa, y que a donde ellos iban, no tendrían aquellas cosas para darle. Su sacrificio al dejarlo había sido un acto de amor, le había dicho su madre cada vez que John preguntaba por ellos. No obstante, siempre que John veía a un coreano mayor que

podiera tener la edad de sus padres, se preguntaba si sería su padre o su madre. No podía evitarlo. Le habría gustado darles dinero ahora, porque John era un hombre muy rico; le habría gustado conocer a sus padres biológicos y darles una casa donde estuvieran calientes y comida cuando tuvieran hambre.

Mientras el reverendo bromeaba con el amor por los dulces de las dos hermanas del fondo, Mozasu golpeó suavemente la rodilla de Yumi con la suya. El joven tenía los muslos largos y apenas tuvo que moverse para rozar la falda que cubría las bonitas piernas de Yumi. Ella lo apartó, ligeramente molesta, aunque en realidad no le importaba.

El reverendo John había preguntado a la hermana menor qué hacía cuando llovía, y en lugar de escuchar a la chica tartamudeando en inglés y buscando la palabra «*umbrella*», Mozasu se descubrió mirando a Yumi. Le encantaba mirar su suave perfil, el modo en el que sus ojos oscuros y tristes se encontraban con sus pómulos altos.

—*Moses, how can you learn English if you are just staring at Yumi?* —le preguntó John, riéndose.

Yumi se sonrojó de nuevo.

—*Compórtate* —susurró a Mozasu.

—*I cannot stop, Pastor John. I love her* —declaró Mozasu, y John aplaudió encantado.

Yumi miró sus notas.

—*Will you two marry?* —le preguntó el reverendo.

Yumi parecía desconcertada por aquella pregunta, aunque no debería estarlo. Podían confiar en la discreción del pastor.

—*She will marry me* —dijo Mozasu—. *I am confident.*

—¿Qué? —exclamó Yumi.

Las mujeres del fondo estaban casi llorando de risa. Dos hombres en el centro golpearon sus escritorios, aclamándolos con entusiasmo.

—*This is fun* —dijo John—. *I think we are witnessing a proposal.* «Pro-posal» significa petición de matrimonio.

—*Of course, you will marry me, Yumi. You love me, and I love you very much. We will marry. You see* —dijo Mozasu tranquilamente—. *I have plan*¹⁰.

Yumi puso los ojos en blanco. Mozasu sabía que ella quería ir a Estados Unidos, pero él quería quedarse en Osaka y abrir su propio salón de *pachinko* en un par de años. Cuando fuera rico, pretendía comprar a su madre, tíos y

abuela una casa enorme. Decía que, si querían regresar a Corea, ganaría tanto dinero que les construiría un palacio allí. No podría ganar tanto dinero en Los Ángeles, le había explicado. Él no podía dejar a su familia y Yumi lo sabía.

—Tú y yo nos queremos, ¿*soo nee*, Yumi?

Mozasu sonrió y le tomó la mano.

Los alumnos aplaudieron alegremente y golpearon el suelo con los pies como si estuvieran viendo un partido de béisbol.

Yumi inclinó la cabeza, mortificada por su comportamiento, pero no podía enfadarse con él. Él era el único amigo que había tenido.

—Bueno, entonces tendremos que preparar la boda —dijo John.

Tokio, marzo de 1962

—¿Está casado? —le preguntó Akiko. Tenía los ojos brillantes por la expectación.

—Sí. Está casado y su mujer espera un hijo para dentro de un par de meses —respondió Noa, casi desafinando.

—Quiero saber más sobre tu familia. Vamos —le rogó.

Noa se levantó para vestirse.

Ella no podía evitarlo. Akiko estaba estudiando para ser socióloga. Le gustaba recabar piezas de información y su amante era su puzle favorito. Aun así, cuanto más preguntaba ella, más reticente se mostraba él. Cuando respondía con aquella voz aguda, ella se había habituado a contestar: «¿Sooo?», como si los detalles de la vida de Noa fueran asombrosos. Todo en él le resultaba deslumbrante, pero Noa no quería ser fascinante. Él solo quería estar con ella. No le importaba que Akiko concentrara su interés en algún desconocido; era mucho más atrayente escuchar sus intentos de desmitificar a otros.

Él era el primer amante coreano que había tenido. En la cama, quería que le hablara coreano.

—¿Cómo decís «guapa»? —le había preguntado apenas unas horas antes.

—*Yeh-puh-dah*.

Una palabra tan sencilla sonaba extraña al decírsela a ella. Akiko era impresionante; «guapa» no era suficiente para describir su belleza. *Ah-reum-dop-da*, debería haberle dicho, pero no lo hizo. Demostraba ser una socióloga excelente al no preguntar la palabra coreana para «amor», porque sin duda Noa habría revelado su vacilación en la traducción.

Como no quería ser un espécimen bajo su lupa, Noa no hablaba sobre su madre, que había vendido *kimchi* y más tarde golosinas para que él pudiera ir al colegio, ni de su padre, que había muerto tras un duro encarcelamiento durante la era colonial. Aquellos aspectos de su biografía habían ocurrido mucho tiempo atrás, por lo que a él concernía. Le molestaba la curiosidad de la muchacha. Akiko era una japonesa de clase alta que había crecido en Minami-Azabu; su padre tenía una empresa y su madre jugaba al tenis con expatriados en un club privado. A Akiko le encantaba el sexo duro, los libros extranjeros y hablar. Ella lo había perseguido y Noa, que nunca antes había tenido novia, no sabía qué pensar.

—Vuelve conmigo —dijo ella con coquetería, tocándose la camisa de algodón blanco.

Noa regresó al futón.

Después de hacer el amor entre clases, habían estado tumbados en la habitación alquilada de Noa, un espacio excepcionalmente grande para un estudiante universitario con dos ventanas cuadradas que dejaban entrar la luz de la mañana y un inmenso espacio para un futón doble y una alfombra de pelo beige. Altos montones de novelas cubrían su enorme mesa de pino: Dickens, Tolstoi, Balzac y Victor Hugo. La elegante lámpara eléctrica con tulipa de cristal estaba apagada. Noa no era capaz de imaginar nada tan agradable como aquella habitación y no podía creer su suerte por lo increíblemente bajo que era el alquiler. El casero era un amigo de Hansu que se lo había dejado amueblado con cosas nuevas y elegantes, ideales para un estudiante de literatura e inglés. Noa solo había tenido que llevar su ropa en la vieja maleta de su padre.

Akiko afirmaba que ningún otro estudiante vivía en un sitio tan bonito, ni siquiera los que vivían en su propia casa en Tokio. Ella vivía en un apartamento precioso de Minami-Azabu con su familia, pero en una habitación con la mitad del tamaño de la de Noa; pasaba todo su tiempo libre en casa de ella. Había cosas suyas en su mesa, en su baño y en su armario. La idea habitual de que las chicas son más ordenadas que los chicos no era cierta en su caso.

A pesar de los esfuerzos de Akiko, Noa no podía hacerlo de nuevo tan pronto. Avergonzado, terminó de vestirse. Ella se levantó para prepararse una taza de té.

Allí no había cocina, pero Noa tenía una tetera eléctrica que Hansu le había

comprado. Lo único que Noa tenía que hacer era estudiar, había dicho Hansu. «Aprende todo lo que puedas. Aprende en nombre de todos los coreanos, por cada coreano que no ha podido ir a una universidad como Waseda». Hansu pagaba la matrícula completa antes del inicio de cada curso. Sin tener que preocuparse por el dinero, Noa estudiaba con mayor fervor que nunca. Releía y estudiaba tantos ensayos críticos como encontraba. Su único alivio del trabajo era aquella chica adorable de la que se había enamorado. Era brillante, sensual y creativa.

—¿Cómo es? —le preguntó Akiko, vertiendo hojas de té en la tetera de hierro.

—¿Quién?

—Koh Hansu, tu benefactor. Dentro de diez minutos te irás para encontrarte con él. Lo haces el día uno de cada mes.

Noa no se lo había contado pero, por supuesto, ella lo había adivinado. Akiko quería conocer a Hansu. Había preguntado numerosas veces si podía acompañarlo, pero Noa no creía que fuera apropiado.

—Es un buen amigo de la familia, ya te lo he dicho. Mi madre y mi abuela lo conocieron antes de venir a Japón. Él es de Jeju, que no está muy lejos de Busan. Tiene una constructora.

—¿Es guapo?

—¿Qué?

—Que si es tan guapo como tú. Los hombres coreanos son realmente guapos.

Noa sonrió. ¿Qué podía responder a eso? Por supuesto, no todos los coreanos eran guapos, como no todos los coreanos eran feos. Solo eran hombres. A Akiko le gustaba hacer generalizaciones positivas sobre los coreanos y otros extranjeros. Se reservaba sus palabras más duras para los japoneses adinerados.

Akiko soltó su taza, tiró de él juguetonamente y Noa cayó sobre su espalda en el futón. La chica se montó sobre él a horcajadas y se quitó su camisa. Llevaba un sujetador y bragas de algodón blanco. Estaba preciosa, pensó Noa. Su cabello negro rodeaba su rostro como un halo de plumas brillantes e iridiscentes.

—¿Se parece a ti?

Akiko se frotó contra él.

—No, no. Somos muy diferentes. —Noa exhaló y la apartó con suavidad de

sus labios, desconcertado por su propia respuesta—. Es decir, no lo sé. Es un hombre generoso. Ya te lo he dicho antes: no tiene hijos y sus hijas no quieren ir a la universidad, así que ha estado ayudándome. Mi intención es devolvérselo todo. Ha ayudado a mi familia en épocas difíciles. Él es mi benefactor; eso es todo.

—¿Por qué tienes que devolvérselo? ¿No está forrado?

—No lo sé. —Noa fue a por unos calcetines de la cómoda—. Eso no importa. Es una deuda. Se lo devolveré.

—¿No quieres quedarte conmigo?

Akiko se quitó el sujetador para revelar sus pechos del tamaño de una copa de champán.

—Estás tentándome, preciosa, pero debo irme. Te veré mañana, ¿*nee*?

Aunque consiguiera tener otra erección, cosa que dudaba, no había tiempo para sexo en ese momento.

—¿No puedo ir a conocerlo, Noa? ¿Cuándo voy a conocer a tu familia?

—Él no es de mi familia, y no lo sé. Yo tampoco conozco a la tuya.

—No querrías conocer a mis padres. Son unos racistas. *Honto desu*.

—Oh —dijo Noa—. Bueno, te veré mañana. Cierra, por favor.

El restaurante de *sushi* estaba a menos de dos kilómetros de su casa. El interior había sido repanelado recientemente con cedro y las paredes emitían el tenue aroma a limpio de la madera nueva. A Hansu le gustaba encontrarse allí con Noa cada mes, en la sala privada de la parte de atrás. Nadie los molestaba excepto para llevarles plato tras plato de manjares excepcionales traídos de las lejanas islas de pescadores de Japón.

Normalmente los dos hombres hablaban sobre las clases porque Hansu tenía curiosidad por saber cómo era asistir a una universidad tan asombrosa y legendaria. Él no había ido al colegio ni a la universidad. Hansu había aprendido solo a leer y escribir coreano y japonés y, tan pronto como pudo permitírselo, contrató profesores particulares para aprender los *kanjis* y *hanjas* necesarios para leer los difíciles periódicos japoneses y coreanos. Conocía a muchos hombres ricos, a muchos hombres fuertes y hombres valientes, pero quienes más lo impresionaban eran los hombres cultos que sabían escribir bien. Buscaba amistad con grandes periodistas porque admiraba la claridad con la que expresaban sus pensamientos y puntos de

vista sobre las noticias del día. Hansu no creía en nacionalismos ni religiones y ni siquiera en el amor, pero confiaba en la educación. Sobre todo, creía que un hombre debía aprender constantemente. Despreciaba los despilfarros de cualquier tipo y, cuando sus tres hijas abandonaron los estudios por las fruslerías y el cotilleo, empezó a despreciar a su mujer, que había permitido que aquello ocurriera. Las chicas tenían buenas mentes y recursos ilimitados, pero ella no había dado ninguna importancia a esas cosas. Las chicas estaban perdidas, pero tenía a Noa. Le emocionaba que pudiera leer y escribir inglés a la perfección, un idioma que sabía que era esencial en el mundo. Noa le había recomendado libros y Hansu los había leído, porque quería saber todas las cosas que conocía su hijo.

La extraordinaria capacidad del joven era algo que Hansu sabía que había que apoyar. No estaba seguro de qué querría hacer Noa cuando se licenciara; él intentaba no decir demasiado porque estaba claro que Noa tenía sus propias ideas. Hansu quería respaldarlo, igual que quería hacerlo con los buenos planes de negocios.

Los dos se sentaron con las piernas cruzadas en el prístino suelo de tatami con una mesa baja de madera de acacia entre ambos.

—Deberías comer más erizo. El cocinero hizo que lo trajeran anoche desde Hokkaido para nosotros —dijo Hansu. Disfrutaba viendo comer a Noa, un estudiante pobre, aquellas cosas raras que él consumía regularmente.

Noa asintió en agradecimiento y se terminó su parte. No disfrutaba comiendo así, y tampoco aquel tipo de comida. Noa sabía cómo se comportaba la gente educada japonesa y podía imitar sus modales sin error, así que comía cualquier cosa que le pusieran delante y se mostraba agradecido. Sin embargo, él prefería devorar rápidamente un cuenco nutritivo de comida sencilla. Se alimentaba como la mayoría de los coreanos: la comida sabrosa era solo el combustible necesario, algo que había que engullir apresuradamente antes de volver al trabajo. Los japoneses ricos consideraban ese tipo de almuerzos (mucha cantidad, sabores fuertes y velocidad considerable) poco menos que vulgares. En presencia de su benefactor, Noa imitaba a la clase alta japonesa porque no quería decepcionarlo, aunque no estaba interesado en la comida ni en pasar mucho tiempo sentado. Akiko también se burlaba de él por esto, pero ellos no iban a restaurantes lujosos así que tenía pocas consecuencias en su relación.

A Noa le gustaba estar con Hansu, pero era tedioso ver beber a otra persona

mientras comía tan poco. Obviamente, Hansu podía beber un montón y aun así dirigir una exitosa empresa constructora, pero Noa recelaba de cualquier forma de bebida. De pequeño pasaba a menudo camino del colegio sobre hombres que dormían en la calle la borrachera de la noche anterior. Cuando trabajaba como contable para el arrendador de Ikaino, vio muchos padres que no podían pagar el alquiler, muchas familias expulsadas de sus hogares, y el problema siempre comenzaba con un par de copas inofensivas el día del cobro. Cada invierno, un montón de coreanos alcohólicos sin hogar morían congelados cerca del río Sumida, ajenos al frío letal. Noa no bebía. Hansu podía beberse botellas enteras de sake o *soju* sin sufrir ningún efecto visible, así que de acuerdo a la tradición coreana, Noa le llenaba el vaso una y otra vez, alargando la comida incluso más.

Mientras Noa servía sake en el vaso de Koh llamaron suavemente a la puerta corredera de papel. Se sobresaltó.

—Adelante —dijo Hansu.

—Disculpe, señor Koh —dijo la joven camarera, que no llevaba maquillaje. Vestía un kimono de día sencillo de color índigo con un *obi* de color topo.

—¿Sí? —dijo Hansu.

Noa sonrió a la camarera, que parecía y se comportaba como una niña pequeña bien educada.

—Hay una dama que dice que le gustaría saludarlo.

—¿En serio? —preguntó Hansu—. ¿A mí?

—Sí.

La camarera asintió.

—Muy bien —dijo Hansu. Poca gente sabía que comía en aquel restaurante. Quizá era una de las secretarias de su jefe con un mensaje privado, pero era extraño, porque normalmente enviaban a hombres del clan para tales recados. Su chófer y su guardaespaldas hacían guardia fuera y evitarían que alguien peligroso llegara hasta él. Sin duda habrían examinado a la mujer.

La camarera cerró la puerta y llamó de nuevo un par de minutos después.

Esta vez, Noa se puso en pie y abrió la puerta él mismo. Le vino bien estirar las piernas.

—Akiko —dijo Noa, momentáneamente boquiabierto.

—Hola —contestó ella, esperando junto a la camarera hasta que la invitaran a entrar.

—¿Es amiga tuya, Noa? —le preguntó Hansu, sonriendo a aquella criatura preciosa que parecía japonesa.

—Sí.

—Bienvenida. Por favor, toma asiento. ¿Querías verme?

—Noa pensó que debería pasar por aquí para saludar a su benefactor. Insistió tanto que no pude negarme —dijo Akiko, sonriendo.

—Sí —dijo Noa, sin saber por qué estaba confirmando su historia pero sin tener una versión alternativa—. Debería haberte mencionado que Akiko podría pasar por aquí. Siento que te haya pillado por sorpresa.

—Para nada. Me alegro mucho de conocer a una amiga tuya. Debes almorzar con nosotros. —Hansu se dirigió a la camarera, que seguía junto a la puerta—: Por favor, trae cubiertos y un vaso de sake para la amiga de Noa.

Estaba encantado con la idea de que el chico quisiera presentarle a su novia y quería darle la bienvenida.

Inmediatamente, colocaron un servicio completo para Akiko. El cocinero en persona les llevó un plato de ostras fritas salpicado de escamas transparentes de sal inglesa. Noa sirvió a Hansu un vaso de licor, después Hansu sirvió uno para Akiko.

—Por los nuevos amigos —brindó Hansu, levantando su vaso.

La joven pareja se quedó junto a la puerta del restaurante mientras Hansu subía a su coche. Akiko y Noa hicieron una profunda reverencia en dirección al asiento del pasajero, donde Hansu estaba sentado. El chófer cerró la puerta del pasajero, se inclinó ante la pareja y se puso tras el volante para llevar a Hansu a su siguiente reunión.

—No entiendo por qué estás tan enfadado —dijo Akiko, todavía sonriendo como una colegiala japonesa aunque Hansu ya se había ido—. Koh es maravilloso. Me alegro de haberlo conocido.

—Has mentido —dijo Noa con voz temblorosa. No quería hablar por miedo a decir algo horrible, pero no pudo contenerse—. Yo... Yo no te pedí que vinieras. ¿Por qué le has dicho eso? Podría haber salido mal. Ese hombre es importante para nuestra familia. Está pagando mi educación. Le debo mucho.

—No ha pasado nada. Ha sido un almuerzo normal con la familia en un restaurante elegante. No es para tanto. He estado en montones de comidas así. Me he comportado perfectamente y le he caído bien —dijo Akiko, desconcertada por su irritación. Ella siempre había estado segura de su habilidad para ganarse a los adultos—. ¿Te avergüenzas de mí? —le preguntó, riéndose.

Era curioso, pero descubrió que le gustaba discutir con Noa, que normalmente era tan tranquilo y callado que no sabía qué le pasaba por la mente. Además, aquello era culpa de su novio: era tan reservado que se había sentido obligada a ir a aquel almuerzo sin invitación. No lo había hecho para molestarlo. Al contrario, Noa debía alegrarse de que le importara tanto que quisiera conocer a sus amigos.

—Tú no me habrías invitado. He hecho bien en venir.

Le tocó el brazo y él se apartó.

—¿Por qué, Akiko? ¿Por qué tienes que tener siempre razón? ¿Por qué tienes que tener siempre el control? ¿Por qué no puedo decidir yo cuándo y dónde vas a conocer a alguien de mi círculo personal? Yo nunca te haría eso a ti. Yo respetaría tu intimidad —le espetó Noa, y se llevó la mano a la boca.

Akiko lo miró sin comprender. No estaba acostumbrada a que ningún hombre le dijera que no. Noa tenía las mejillas coloradas; estaba teniendo problemas para sacar las palabras. Aquel no era el mismo hombre que podía explicarle párrafos difíciles de sus textos de sociología o ayudarla con sus deberes de estadística. Su amable y prudente Noa estaba furioso.

—¿Qué pasa? ¿Es que te avergüenzas de ser coreano?

—¿Qué? —Noa retrocedió un paso. Miró a su alrededor, por si alguien los oía discutir—. ¿Qué estás diciendo?

La miró como si estuviera trastornada.

Akiko se tranquilizó y habló lentamente.

—A mí no me avergüenza que tú seas coreano. Creo que es genial que seas coreano. No me molesta para nada. Podría fastidiarle a alguien ignorante, o incluso a mis padres, que son muy racistas, pero a mí me encanta que seas coreano. Los coreanos son listos y trabajadores, y los hombres son muy guapos —dijo, sonriendo con coquetería—. Estás enfadado. Mira, si quieres, puedo prepararlo para que conozcas a toda mi familia. Serán afortunados de conocer a un coreano excelente. Eso quizá cambie el modo en el que...

—No —dijo Noa, negando con la cabeza—. No. Estoy harto de esto.

Akiko se acercó a él. Una mujer mayor pasó junto a ellos y los miró, pero la chica no le prestó ninguna atención.

—Noa, ¿por qué estás tan enfadado conmigo? Sabes que creo que tú eres el mejor. Volvamos a casa y dejaré que me folles.

Noa la miró fijamente. Ella siempre creería que era otra persona, alguien que no era él sino su fantasioso ideal de un extranjero; Akiko siempre se sentiría especial porque se había rebajado a estar con alguien que todos los demás odiaban. La presencia de Noa demostraría al mundo que ella era una buena persona, una persona educada, alguien liberal. A Noa no le importaba ser coreano cuando estaba con ella; de hecho, no le importaba ser coreano o japonés, en general. Él quería ser, solo ser él mismo, significara lo que significara eso; a veces quería olvidarse de lo que era. Pero eso no era posible. Jamás sería posible con ella.

—Meteré tus cosas en una caja y la enviaré a tu casa por mensajero. No

quiero verte más. Por favor, no vengas a verme de nuevo.

—Noa, ¿qué estás diciendo? —dijo Akiko, estupefacta—. ¿Es este el famoso carácter coreano que nunca antes había visto?

La chica se rio.

—Lo nuestro no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser.

No se le ocurría nada más y quería evitarle la crueldad de lo que había descubierto, porque ella no creería que no era diferente de sus padres, que verlo solo como un buen coreano era lo mismo que verlo solo como un mal coreano. Ella no podía ver su humanidad y Noa se dio cuenta de que aquello era lo que más deseaba: ser visto como un ser humano.

—Es tu padre, ¿no? —le preguntó Akiko—. Tiene exactamente tu misma cara. Me dijiste que tu padre murió, pero no está muerto. No querías que lo conociera porque no deseabas que supiera que tu padre es un *yakuza*. ¿De qué otro modo se explicaría ese coche ridículo y ese chófer uniformado? ¿De qué otra manera podría estar pagándote ese apartamento enorme? Ni siquiera mi padre podría permitirse ese apartamento, ¡y tiene una empresa de exportación! Venga, Noa, ¿cómo puedes enfadarte conmigo cuando lo único que quería era saber más de ti? No me importa a qué se dedica tu padre. Eso no importa... No me importa que seáis coreanos. ¿No lo ves?

Noa giró en sus talones y se marchó. Caminó hasta que ya no pudo oírle gritar su nombre. Caminó rígida y tranquilamente, sin creer que una persona a la que había amado (sí, la había amado) pudiera terminar siendo alguien a quien no conocía. Quizá ya sabía todo eso sobre ella, pero no lo había visto. No había querido verlo. Cuando llegó a la estación de tren, bajó las escaleras lentamente hacia el arcén. Se sentía como si fuera a derrumbarse. Tomaría el primer tren a Osaka.

Llegó a casa a última hora de la tarde. Su tía Kyunghee se sobresaltó cuando abrió la puerta. Noa estaba consternado y quería hablar con su madre. El tío Yoseb estaba durmiendo en la habitación del fondo y su madre estaba en el cuarto delantero, cosiendo. El muchacho no se quitó el abrigo. Cuando Sunja apareció en la puerta, Noa le preguntó si podía salir a hablar.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le preguntó Sunja, poniéndose los zapatos.

Noa no respondió. Salió a esperarla.

Condujo el camino desde la calle comercial hasta un punto donde había muy poca gente.

—¿Es verdad? —preguntó a su madre—. Lo de Koh Hansu.

El joven no podía decir las palabras en voz alta, pero tenía que saberlo.

—La razón por la que paga mis estudios y por la que está siempre cerca de mí. Estuvisteis juntos... —dijo. Era más fácil decir eso que lo otro.

Sunja se estaba abotonando el descolorido abrigo de lana y dejó de andar para mirar la cara de su hijo. Entonces lo comprendió. Yoseb había tenido razón. No debería haber permitido que Hansu pagara su educación, pero no había conseguido encontrar otro modo. Noa había ido a trabajar cada día, y había ahorrado todas sus ganancias, y había estudiado cada noche hasta que sus ojos estaban rojos y ojerosos por la mañana, y al final había conseguido aprobar el examen de admisión para Waseda.

¿Cómo podría haberle dicho ella que no? No podían pedir un préstamo para aquello. Nadie más podría haberlos ayudado. Siempre había temido la presencia de Hansu en la vida de Noa. ¿Lo ataría ese dinero?, se había preguntado. Pero no aceptar el dinero... ¿Habría sido posible?

Un muchacho como Noa, que había trabajado tanto, se merecía cumplir su sueño de estudiar y llegar a ser alguien. Durante toda su vida, los profesores de Noa habían dicho de él que era un estudiante ideal, mucho más listo que todos los demás; «un motivo de orgullo para vuestro país», habían dicho, y eso había alegrado mucho a su marido Isak porque sabía que los japoneses pensaban que los coreanos no valían nada, que solo eran adecuados para las tareas más sucias, peligrosas y humillantes. Isak había dicho que Noa ayudaría al pueblo coreano con la excelencia de su carácter y su trabajo, y que nadie podría menospreciarlo. Isak había animado al chico a conocerlo todo tan bien como pudiera y Noa, un buen hijo, había hecho todo lo posible por ser el mejor. Isak había querido mucho al chico. Sunja no podía decir nada, tenía la boca seca. Lo único que podía pensar era lo bueno que había sido Isak al dar a Noa un apellido y otorgarle su protección.

—¿Cómo es posible? —Noa negó con la cabeza—. ¿Cómo pudiste engañarlo?

Sunja sabía que se refería a Isak e intentó explicarse.

—Lo conocí antes que a tu padre. Yo no sabía que Koh Hansu estaba casado. Era una niña y creía que se casaría conmigo. Pero no podía, porque

ya lo estaba. Cuando estaba embarazada de ti, tu padre, Isak, se alojó en nuestra posada; se casó conmigo aunque lo sabía todo. Baek Isak te quiso como su hijo. La sangre no importa. ¿Lo comprendes? Cuando eres joven puedes cometer errores graves. A veces confías en las personas equivocadas, pero estoy muy agradecida de que seas mi hijo y muy agradecida de que tu padre se casara conmigo...

—No —dijo, mirándola con desdén—. No puedo comprender un error de ese tipo. ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Quién más lo sabe?

Su voz sonó más fría.

—No creía que fuera necesario decírselo a nadie. Escúchame, Noa, el hombre que decidió ser tu padre es Baek...

Noa actuó como si ni siquiera la hubiera oído.

—Entonces, el tío Yoseb y la tía Kyunghee... ¿Ellos lo saben?

No conseguía entender que nadie se lo hubiera dicho.

—Nunca hablamos de ello.

—¿Y Mozasu? ¿Él es hijo de Baek Isak? No se parece a mí.

Sunja asintió. Noa había llamado a su padre Baek Isak; nunca antes había hecho eso.

—Entonces es mi hermanastro...

—Conocí a Koh Hansu antes que a tu padre. Siempre he sido fiel a Baek Isak, mi único marido. Koh Hansu nos encontró cuando tu padre se hallaba en la cárcel. Estaba preocupado porque no teníamos dinero.

Una parte de ella siempre había temido que Noa lo descubriera, pero llegado ese momento había confiado en que el chico lo comprendiera, porque era muy listo y siempre había sido un niño dócil que nunca le había dado motivos de preocupación. Pero el joven que estaba ante ella era como metal frío y la miraba como si no recordara quién era.

Noa dejó de moverse y tomó aire profundamente. Exhaló; se sentía muy mareado.

—Por eso nos ha ayudado siempre... Por eso nos llevó a esa granja durante la guerra. Por eso nos traía cosas.

—Estaba intentando asegurarse de que estabas bien. Quería ayudarte. Eso no tuvo nada que ver conmigo. Yo fui alguien a quien conoció hace mucho tiempo.

—¿Sabes que es un *yakuza*? ¿Es eso verdad?

—No. No, no lo sabía. No sé a qué se dedica. Cuando yo lo conocí, era un

corredor que vivía en Osaka y compraba pescado en Corea para empresas japonesas. Es empresario. Tiene una constructora y varios restaurantes, creo. No sé qué más hace. Apenas he hablado con él. Eso lo sabes.

—La *yakuza* es la gente más indecente de Japón. Son delincuentes, criminales. Extorsionan a los comerciantes, venden drogas, controlan la prostitución y hacen daño a gente inocente. Los peores coreanos son miembros de esos grupos. He estado aceptando dinero para mi educación de un *yakuza*, ¿y a ti te pareció aceptable? Jamás conseguiré lavar esta mancha de mi nombre. No puedes ser muy lista. ¿Cómo vas a conseguir sacar algo limpio de algo sucio? Y ahora, me has ensuciado —dijo Noa lentamente, como si estuviera descubriéndolo a medida que se lo decía—. Los japoneses me han dicho toda mi vida que mi sangre es coreana, que los coreanos son agresivos, violentos, criminales, enredantes y mentirosos. Toda mi vida he tenido que soportar eso. He intentado ser tan honrado y humilde como era Baek Isak, y nunca he levantado la voz. Pero esta sangre, mi sangre, es coreana, y ahora descubro que mi sangre es también sangre de *yakuza*. Jamás podré cambiar eso, no importa lo que haga. Habría sido mejor no haber nacido. ¿Cómo has podido arruinarme así la vida? ¿Cómo pudiste ser tan imprudente? Una madre tonta y un padre delincuente. Estoy condenado.

Sunja lo miró con asombro. Si hubiera sido un niño pequeño le habría dicho que se callara, que vigilara sus modales, que jamás hay que faltar el respeto a los padres, pero en ese momento no podía decir eso. ¿Cómo iba a defender a un mafioso? El crimen organizado existía en todas partes, suponía, y sabía que hacían cosas malas, pero también conocía que muchos coreanos tenían que trabajar para la mafia porque no había otro trabajo para ellos. El gobierno y las buenas empresas no contrataban coreanos, ni siquiera a los que tenían estudios. Todos esos hombres tenían que trabajar y eran mucho más amables y respetuosos que los vagos que no hacían nada. Muchos de ellos vivían en su vecindario. Pero no podía decirle eso a su hijo, porque Noa había estudiado, trabajado e intentado salir de aquel barrio y pensaba que todos los que no lo habían hecho no eran demasiado listos. Él no podía entenderlo. Su hijo no podía sentir compasión por aquellos que no lo intentaban.

—Noa —dijo Sunja—. Perdóname. Lo siento. Yo solo quería que fueras a la universidad. Sé cuánto lo deseabas. Sé lo duro que habías...

—Tú. Tú me has quitado la vida. Yo ya no soy yo —dijo, señalándola con el dedo. Le dio la espalda y regresó a la estación.

20

Osaka, abril de 1962

No recibían cartas a menudo y, cuando llegaba alguna, la familia entera se reunía alrededor de la cama de Yoseb para que la leyera. Estaba tumbado sobre su espalda, con la cabeza apoyada en una almohada rellena de trigo sarraceno. Por supuesto, Sunja había reconocido la letra de su hijo en el sobre. Aunque era analfabeta, sabía leer su nombre tanto en japonés como en coreano. Normalmente era Kyunghee quien leía las cartas en voz alta y pedía ayuda a Yoseb cuando había caracteres difíciles que no reconocía. La vista de Yoseb había empeorado; ya no podía leer sus queridos periódicos, así que se los leía Kyunghee. A veces, si esta le describía el carácter, Yoseb adivinaba cuál era por el contexto. Kyunghee leyó en voz clara y suave. Sunja estaba pálida de miedo y Yangjin miraba fijamente la fina hoja de papel, preguntándose qué tendría que decir su nieto. Yoseb tenía los ojos cerrados, pero estaba despierto.

Umma,

He abandonado Waseda. Me he marchado del apartamento. Estoy en una nueva ciudad y he encontrado trabajo.

Esto puede ser muy difícil de entender para ti, pero te pido que no me busques. He pensado mucho en esto. Este es el único modo de vivir conmigo mismo y mantener mi integridad. Quiero empezar una nueva vida, y para hacer eso no hay otra manera.

He tenido que pagar algunas facturas para empezar, pero tan pronto como gane algún dinero más os enviaré una parte tan a menudo como pueda. No descuidaré mi deber. Además, ganaré suficiente dinero para pagar a Koh Hansu. Por favor, asegúrate de que nunca se pone en contacto conmigo. No deseo conocerlo.

Te envió saludos a ti, al tío Yoseb, a la tía Kyunghee, a la abuela y a Mozasu. Siento no haber tenido la oportunidad de despedirme adecuadamente, pero no regresaré. Por favor, no os preocupéis por mí. Esto no se puede remediar.

Tu hijo,

Noa.

Noa había escrito su breve mensaje en japonés sencillo en lugar de en coreano, un idioma que nunca había escrito bien. Cuando Kyunghee terminó de leer, nadie dijo nada. Yangjin acarició la rodilla de su hija y se levantó para ir a la cocina a preparar la cena, dejando que Kyunghee rodeara con el brazo a su cuñada, que estaba sentada, muda y pálida.

Yoseb exhaló. ¿Nada traería al chico de vuelta?, se preguntó. No creía que fuera posible. Había sufrido demasiadas pérdidas en su vida. Cuando Isak murió, Yoseb había pensado en los hijos de su hermano y había prometido cuidar de ellos. Noa y Mozasu no eran suyos, pero ¿qué importaba eso? Él había querido ser un buen padre para ellos. Después de la guerra, después de su accidente, se había resignado a morir y solo esperaba con impaciencia el futuro de los chicos. Su estúpido corazón no podía evitar sentir esperanza. La vida había parecido casi insoportable; aunque Yoseb estaba casi desconectado de los vivos, confinado en su camastro, su familia había persistido. La vida continuaba. Noa era tan parecido a Isak que había sido posible olvidar que el padre biológico del chico era otra persona... alguien totalmente diferente de su amable Isak. Pero ahora el pobre chico había descubierto de algún modo que su progenitor era otro. El muchacho había decidido dejarlos y su despedida era un castigo. Yoseb podía comprender su enfado, pero quería otra oportunidad de hablar con él, de decirle que un hombre debe aprender a perdonar... a discernir lo que es importante, pues vivir sin perdón era una especie de muerte con respiración y movimiento. Sin

embargo, Yoseb no tenía energía suficiente para levantarse de su camastro y mucho menos para buscar a su querido sobrino, un chico que era como carne de su carne.

—¿Podría haberse marchado al norte? —preguntó Kyunghee a su marido—. Él no haría algo así, ¿verdad?

Sunja miró a su cuñado.

—No, no.

La almohada de Yoseb hizo un ruido de gravilla cuando movió la cabeza de lado a lado.

Sunja se cubrió los ojos con las manos. Nadie que fuera al norte regresaba. Si no había ido allí, todavía habría esperanza. Kim Changho se había marchado el último mes de 1959 y en más de dos años solo habían tenido noticias de él dos veces. Kyunghee rara vez hablaba de él, pero tenía sentido que su primer pensamiento hubiera sido Pionyang.

—¿Y Mozasu? ¿Qué le decimos? —preguntó Kyunghee. Todavía con la carta de Noa en la mano, acarició la espalda de Sunja con la mano libre.

—Esperad hasta que pregunte por él. El chico está muy ocupado ahora. Si pregunta, decidle que no sabéis. Más tarde, si tenéis que hacerlo, decidle que su hermano ha huido —dijo Yoseb, con los ojos todavía cerrados—. Decidle que la universidad era demasiado dura para Noa, que se marchó de Tokio y está demasiado avergonzado para regresar a casa después de tantos intentos para aprobar los exámenes de acceso. Por lo que sabemos, esa podría haber sido la razón.

Le enfermaba decir esas palabras, así que no dijo nada más.

Sunja no podía hablar. Mozasu nunca se creería eso, aunque ella no podía decirle la verdad porque se iría a buscar a su hermano. Y tampoco podía contarle lo de Hansu. Mozasu apenas dormía últimamente porque tenía demasiadas responsabilidades en el trabajo y Yumi había sufrido un aborto apenas unas semanas antes. El chico no necesitaba más preocupaciones.

Desde la tarde en la que Noa regresó a casa de la universidad para hablar con ella, Sunja había pensado a diario en ir a Tokio a hablar con él, pero no podía hacerlo. Había pasado un mes, y ahora esto. ¿Qué le había dicho él? «Tú me has quitado mi vida». Había abandonado Waseda. Sunja se sentía incapaz de pensar, de respirar incluso. Lo único que quería era volver a ver a su hijo. Si eso no era posible, sería mejor morir.

Yangjin salió de la cocina, secándose las manos húmedas en el delantal, y

les dijo que la cena estaba lista. Yangjin y Kyunghee miraron a Sunja.

—Deberías comer algo —dijo Kyunghee.

Sunja negó con la cabeza.

—Tengo que ir. Tengo que encontrarlo.

Kyunghee le agarró el brazo, pero Sunja se soltó y se levantó.

—Déjala ir a buscarlo —dijo Yangjin.

Resultó que Hansu vivía a solo treinta minutos de distancia en tren. Su casa, ridículamente inmensa, destacaba en la tranquila calle. Un par de altas puertas talladas de caoba, flanqueadas por gigantescos ventanales, ocupaba el centro de la estructura de piedra caliza de dos plantas como las fauces de un coloso. La casa había sido la residencia de un diplomático norteamericano después de la guerra. Cortinajes opacos ocultaban el interior, haciendo que mirar fuera imposible. De joven, Sunja había imaginado dónde viviría Hansu, pero nunca habría podido imaginar algo así. Vivía en un castillo, eso era lo que parecía. El taxista le aseguró que aquella era la dirección.

Una criada joven de cabello corto con un reluciente delantal blanco abrió la puerta solo hasta la mitad. El señor de la casa no estaba, dijo en japonés.

—¿Quién es? —preguntó una mujer mayor, saliendo del salón. Dio unas palmaditas a la criada y esta se apartó. La puerta se abrió completamente para exponer la majestuosa entrada.

Sunja se dio cuenta de quién debía ser esa mujer.

—Koh Hansu, por favor —dijo en su mejor japonés—. Por favor.

—¿Quién eres?

—Me llamo Boku Sunja.

La esposa de Hansu, Mieko, asintió. La mendiga era sin duda una coreana que quería dinero. Los coreanos eran muchos y desvergonzados, y se aprovechaban de la naturaleza bondadosa de su marido hacia sus compatriotas. Ella no envidiaba su generosidad, pero desaprobaba el descaro de los mendigos. Era de noche y aquel no era momento para que una mujer de cualquier edad fuera por ahí pidiendo.

Mieko se dirigió a la criada.

—Dale lo que pida y échala. Si tiene hambre, hay comida en la cocina.

Eso era lo que haría su marido. Su padre también había creído en la hospitalidad hacia los pobres.

La criada se inclinó mientras la señora se alejaba.

—No, no —dijo Sunja en japonés—. No dinero, no comida. Hablar con Koh Hansu, por favor. Por favor.

Unió las manos como si rogara.

Mieko regresó, caminando lentamente. Los coreanos podían ser tan insistentes como niños malcriados. Eran ruidosos y estaban desesperados y no tenían ni la frialdad ni la serenidad de los japoneses. Sus hijas tenían la mitad de esa sangre, pero por suerte no elevaban la voz ni tenían costumbres estrafalarias. Su padre había adorado a Hansu y había afirmado que no era como los demás y que sería un buen marido para ella, porque era un hombre de verdad y la cuidaría bien. Su padre no se equivocaba; bajo la dirección de su marido, la organización se había hecho más fuerte y rica. Sus hijas y ella tenían una enorme riqueza en Suiza, así como innumerables fajos de yenes ocultos en las paredes de piedra de su casa. No le faltaba nada.

—¿Cómo has sabido que vive aquí? ¿De qué conoces a mi marido? —preguntó Mieko a Sunja.

Sunja negó con la cabeza porque no comprendía bien qué estaba preguntándole la mujer. Comprendía la palabra «marido». Su esposa era sin duda japonesa, una mujer de unos sesenta años con el cabello corto y gris. Era muy guapa, con ojos grandes y unas pestañas inusualmente largas. Llevaba un kimono verde pálido sobre su elegante físico. El carmín de sus labios era del color de las ciruelas. Parecía una modelo de kimonos.

—Ve a buscar al jardinero. Él habla coreano.

La esposa de Hansu extendió la mano izquierda e indicó a Sunja que esperara junto a la puerta. Se fijó en su ropa de algodón, áspera y gastada, y en sus manos cansadas y manchadas por el trabajo al aire libre. La coreana no podía ser muy vieja; todavía tenía los ojos bonitos, pero su juventud había pasado. Su cintura era ancha, por haber tenido hijos. No era suficientemente atractiva para ser una de las putas de Hansu. Que ella supiera, todas las amantes de Hansu eran prostitutas japonesas, algunas más jóvenes que sus hijas, pero ellas sabían bien que no debían acercarse a su puerta.

El jardinero llegó corriendo a la puerta de la casa desde el patio de atrás, donde estaba quitando las malas hierbas.

—¿Sí, señora? —dijo, inclinándose ante la dueña de la casa.

—Es coreana —dijo Mieko—. Pregúntale cómo sabía dónde vive el señor.

El chico miró a Sunja, que parecía aterrada. Llevaba un abrigo gris claro

sobre su ropa de trabajo de algodón. Era más joven que su madre.

—*Ajumoni* —dijo a Sunja, intentando no alarmarla—. ¿En qué puedo ayudarte?

Sunja sonrió al chico y se echó a llorar al ver la preocupación de sus ojos. Él no tenía la frialdad de la criada y la esposa.

—Estoy buscando a mi hijo, ¿sabes? Y creo que tu señor sabe dónde está. Necesito hablar —tuvo que dejar de hablar para respirar entre sollozos— con tu señor. ¿Sabes dónde está?

—¿Cómo sabe que mi marido vive aquí? —preguntó de nuevo la esposa de Hansu.

En su deseo de ayudar a la desesperada mujer, el muchacho había olvidado la pregunta de su señora.

—La señora quiere saber cómo sabes que el señor vive aquí. *Ajumoni*, tengo que darle una respuesta, ¿lo comprendes?

El chico miró detenidamente el rostro de Sunja.

—Yo trabajaba para Kim Changho en un restaurante propiedad de tu señor. Kim Changho me dio su dirección antes de marcharse al norte. ¿Conoces al señor Kim? Se fue a Pionyang.

El chico asintió, recordando al hombre alto con las gafas gruesas que siempre le daba calderilla para caramelos y jugaba al fútbol con él en el patio trasero. Kim se había ofrecido a llevarse al chico con él al norte en el barco de la Cruz Roja, pero su señor lo había prohibido. El señor nunca hablaba de Kim y se enfadaba si alguien sacaba el tema.

Sunja miró al muchacho fijamente, como si él mismo pudiera encontrar a Noa.

—Verás, tu señor podría saber dónde está mi hijo. Tengo que encontrarlo. ¿Crees que podrías decirme dónde está? ¿Está aquí ahora? Sé que él querría verme.

El muchacho bajó la mirada y negó con la cabeza, y en ese momento Sunja levantó los ojos y miró el interior de la casa de Hansu.

El majestuoso y cavernoso vestíbulo a la espalda del chico parecía el interior de una vieja estación de tren, con sus techos altos y sus pálidas paredes blancas. Imaginó a Hansu descendiendo por la escalera tallada de madera de cerezo para preguntar qué pasaba. Esta vez, le suplicaría su ayuda de un modo que nunca había hecho antes. Le rogaría piedad, le pediría que

usara todos sus recursos y no se apartaría de su lado hasta que encontrara a su hijo.

El chico se dirigió a la señora y le tradujo todo lo que Sunja había dicho.

La esposa de Hansu examinó a la mujer llorosa.

—Dile que no está. Dile que estará fuera mucho tiempo. —Mieko se giró y, mientras se alejaba, añadió—: Si necesita dinero para el billete de tren o comida, envíala a la parte de atrás y dale lo que necesite; de lo contrario, que se marche.

—*Ajumoni*, ¿necesitas dinero o comida? —le preguntó.

—No, no. Solo necesito hablar con tu señor. Por favor, muchacho. Por favor, ayúdame —dijo Sunja.

El chico se encogió de hombros porque no sabía dónde estaba Hansu. La criada, cuyo delantal blanco resplandecía bajo las brillantes luces eléctricas del vestíbulo, se quedó junto a la puerta como una centinela y miró la distancia como para dar a aquella pobre gente cierta privacidad.

—*Ajumoni*, lo siento, pero mi señora quiere que te marches. ¿Te gustaría ir a la cocina? Está en la parte de atrás de la casa. Puedo darte algo para comer. La señora dice...

—No. No.

La doncella cerró la puerta lentamente mientras el chico seguía fuera. Él nunca había atravesado aquella puerta y nunca esperaba hacerlo.

Sunja se dirigió a la calle oscura. Una media luna era visible en el cielo nocturno. La señora había regresado al salón para estudiar sus revistas de flores, y la criada reanudó su trabajo en la despensa. Desde la casa, el chico observó a Sunja caminando hacia la calle principal. Quería decirle que el señor iba a casa muy de vez en cuando, que rara vez dormía allí cuando regresaba. Viajaba por todo el país por su trabajo. El señor y la señora eran muy educados el uno con el otro, pero no parecían un matrimonio normal. Quizá la gente rica era así, pensó el chico. No se parecían en nada a sus padres. Su padre había sido carpintero antes de morir de un mal del hígado. Su madre, que nunca dejaba de trabajar, lo había adorado, aunque nunca había conseguido ganar dinero. El jardinero sabía que el señor se quedaba a veces en un hotel de Osaka; los criados y el cocinero hablaban de su impresionante apartamento en Tokio, pero ninguno de ellos había estado allí, solo el chófer, Yasuda. El chico nunca había pensado demasiado en ello. Nunca había estado en Tokio ni en ningún otro sitio además de Osaka, donde

nació, y Nagoya, donde vivía ahora su familia. Los únicos que sabían con seguridad dónde estaba el señor eran Yasuda y su fornido guardaespaldas, Chiko, pero nunca se le habría ocurrido preguntarles por el paradero del señor. A veces, iba a Hong Kong o Corea, decían.

En la calle vacía solo estaba la pequeña coreana que caminaba lentamente hacia la estación de tren. El jardinero corrió rápidamente para alcanzarla.

—*Ajumoni, ajumoni*, ¿dónde vives?

Sunja se detuvo y se giró hacia el chico, preguntándose si habría recordado algo.

—En Ikaino. ¿Conoces la calle comercial?

El chico asintió, se encorvó y se agarró las rodillas para recuperar el aliento. Miró el rostro redondo de la mujer.

—Vivo a tres manzanas de la calle comercial, junto a los baños públicos. Me llamo Baek Sunja o Sunja Boku. Vivo en la casa con mi madre y mis cuñados, Baek Yoseb y Choi Kyunghee. Solo tienes que preguntar dónde vive la mujer que vende dulces. También vendo golosinas en el mercado de la estación de tren con mi madre. Siempre estoy en el mercado. ¿Me buscarás si descubres dónde está Koh Hansu? Y cuando lo veas, ¿le dirás que necesito verlo? —le preguntó Sunja.

—Sí, lo intentaré. No lo vemos a menudo. —El chico se detuvo porque no le parecía bien decirle que Hansu nunca estaba en casa. No lo había visto en muchos meses, quizá incluso un año—. Pero si veo a mi señor, le diré que has venido. Estoy seguro de que la señora también se lo dirá.

—Toma.

Sunja buscó en su monedero algo de dinero para el chico.

—No, no, gracias. Tengo todo lo que necesito. Estoy bien.

El chico miró las suelas de goma gastadas de los zapatos de Sunja; eran idénticos a los que su madre llevaba al mercado.

—Eres un buen chico —le dijo, y entonces empezó a llorar de nuevo, porque toda su vida Noa había sido su alegría. Había sido una fuente constante de fuerza para ella, que había esperado tan poco de esta vida.

—Mi *umma* trabaja en un mercado de Nagoya; ayuda a otra mujer que vende verdura —le dijo sin planearlo. No había visto a su madre y sus hermanas desde Año Nuevo. La única persona con la que hablaba en coreano allí era con el señor.

—Ella también debe estar deseando verte.

Sunja sonrió débilmente, sintiendo lástima por el chico. Le rozó el hombro y echó a caminar hacia la estación de tren.

6 Daniel 3:17.

7 «Hola, señorita Yumi. Me llamo Moses Baek. ¿Cómo estás? ¿Qué tiempo estáis teniendo en Tulsa, Oklahoma? ¿Llueve o hace sol? Me gustan las hamburguesas. ¿A ti te gustan las hamburguesas? Trabajo en un lugar llamado Paraíso».

8 «Señorita Yumi, ¿te gustan las fascinantes novelas del señor Charles Dickens? Es el autor favorito de mi hermano. Yo creo que sus libros son demasiado largos. Y no tienen dibujos».

9 —¿Qué tal el salón de *pachinko*? ¿Has ganado mucho dinero hoy?

—Sí, reverendo John. Hoy he ganado mucho dinero. ¡Mañana ganaré más! ¿Necesitas un préstamo?

—No, gracias, Mozasu. Acuérdate de ayudar a los pobres, por favor. Hay muchos entre nosotros.

—El dinero del *pachinko* no es mío, reverendo. Mi jefe es rico, pero yo todavía no lo soy. Un día soy rico.

—Serás rico.

—Sí, seré rico, reverendo John. Un hombre debe tener dinero.

—Yumi, ¿cuántos uniformes has hecho hoy?

—Hoy he hecho dos chalecos, reverendo.

10 —Moses, ¿cómo vas a aprender inglés si no haces más que mirar a Yumi?

—No puedo evitarlo, reverendo, la quiero.

—¿Vais a casaros?

—Va a casarse conmigo. Estoy seguro.

—Tiene gracia. Creo que estamos presenciando una proposición.

—Claro que te casarás conmigo, Yumi. Me quieres, y yo te quiero un montón. Nos casaremos, ya lo verás. Tengo un plan.

LIBRO III

Pachinko

1962 – 1989

Propongo la siguiente definición de nación: una comunidad política imaginada inherentemente limitada y soberana.

Es *imaginada* porque los miembros de incluso la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, aunque en sus mentes viva la imagen de su comunión...

La nación es imaginada como *limitada* porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones...

Es imaginada como *soberana* porque el concepto nació en una época en la que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado...

Por último, se imagina como *comunidad* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo y horizontal. En última instancia, es esta fraternidad la que ha hecho posible en los dos últimos siglos que tantos millones de personas estén dispuestas no tanto a matar como a morir por imaginaciones tan limitadas.

Benedict Anderson

1

Nagano, abril de 1962

Noa no tenía intención de detenerse en la cafetería junto a la estación de ferrocarril de Nagano, pero lo cierto era que no sabía a dónde ir. No había planeado nada, lo que era impropio de él, pero después de abandonar Waseda, sus días habían tenido poco sentido. Reiko Tamura, una alegre profesora de secundaria que había sido muy amable con él, era de Nagano, y por alguna razón siempre había considerado la ciudad natal de aquella mujer como un lugar poblado de japoneses amables y benevolentes. Recordaba las historias que la profesora les había contado de su infancia, de nevadas que eran tan severas que, cuando salía de su pequeña casa para ir al colegio, apenas podía ver las luces de las farolas. En Osaka había nevado ocasionalmente, pero nada parecido a los temporales de los que Tamura les hablaba. Siempre había querido visitar la localidad de su profesora; en su mente, siempre estaba cubierta de nieve blanca. Esa mañana, cuando el hombre de la taquilla le preguntó a dónde iba, él contestó: «A Nagano, por favor». Por fin estaba allí. Se sentía seguro. Tamura también le había hablado de las excursiones escolares al famoso templo Zenkoji, donde comía su modesto almuerzo al aire libre con sus compañeros.

Sentado solo en una pequeña mesa no lejos de la barra, Noa se bebió su té marrón y tomó solo un par de bocados de su tortilla de arroz antes de pensar en visitar el templo. Lo habían educado en la cristiandad pero sentía respeto por los budistas, sobre todo por aquellos que habían renunciado a los placeres del mundo. Se suponía que el Señor estaba en todas partes, eso era lo que Noa había aprendido en la iglesia, pero ¿se mantendría Dios lejos de templos y santuarios? ¿Ofendían esos lugares a Dios, o comprendía Él a aquellos que

deseaban rezar a algo, cualquier cosa? Como siempre, Noa deseó haber pasado más tiempo con Isak. Pensar en él lo entristecía, y pensar en Hansu, su padre biológico, lo avergonzaba. Koh Hansu no creía en nada más que en su propio esfuerzo: ni en Dios, ni en Jesús, ni en Buda ni en el Emperador.

El corpulento camarero se acercó con una tetera.

—¿Está todo a su gusto, señor? —le preguntó el camarero mientras le rellenaba la taza—. ¿No le gusta la comida? ¿Demasiada cebolleta? Siempre le digo al cocinero que pone demasiada...

—El arroz está muy bueno, gracias —contestó Noa, dándose cuenta de que había pasado algún tiempo desde la última vez que había hablado con alguien. El camarero tenía una sonrisa amplia, ojos pequeños como renacuajos y los dientes torcidos. Sus orejas eran grandes y sus lóbulos gruesos... Rasgos físicos que los budistas admiraban. Miró a Noa fijamente, aunque la mayoría de los japoneses habrían apartado la mirada por educación.

—¿Se quedará un tiempo con nosotros?

El camarero miró la maleta de Noa, que estaba junto a la silla vacía.

—¿Uhm?

Noa estaba sorprendido por la pregunta personal del camarero.

—Siento ser tan entrometido. Mi madre siempre dice que terminaré metiéndome en problemas porque soy demasiado curioso. Perdóneme, señor, no soy más que un pueblerino charlatán —dijo el camarero, riéndose—. No lo he visto antes por aquí. Siento que la cafetería esté tan tranquila. Normalmente tenemos muchos más clientes, gente muy interesante y respetable. Cuando conozco a alguien nuevo no puedo evitar hacerle unas preguntas, pero sé que no debería.

—No, no. Es natural querer saber las cosas. Lo entiendo. Estoy aquí de visita, aunque he oído cosas tan buenas sobre Nagano que creo que podría gustarme vivir aquí.

Noa se sorprendió al escucharse decir esto. Le parecía fácil hablar con aquel desconocido. No se le había ocurrido quedarse a vivir en Nagano, pero ¿por qué no? ¿Por qué no quedarse un año, al menos? No regresaría a Tokio ni a Osaka, eso lo había decidido.

—¿Se muda aquí? ¿A vivir? ¿Honto? Qué maravilla. Nagano es un lugar muy especial —dijo el camarero con orgullo—. Toda mi familia es de aquí. Siempre hemos sido de aquí. Dieciocho generaciones, y yo soy el más tonto

de mi familia. ¡Esta es mi pequeña cafetería, que mi madre me compró para evitar que me metiera en problemas! —exclamó, riéndose—. Todo el mundo me llama Bingo. Es un juego de América. Lo jugué una vez.

—Nobuo *desu* —dijo Noa, sonriendo—. Nobuo Ban *desu*.

—¡Señor Ban, señor Ban! —canturreó Bingo alegremente—. Una vez me enamoré de una chica bajita de Tokio que se llamaba Chie Ban, pero ella no me quería a mí. ¡Claro que no! Las chicas guapas no me quieren. Mi esposa, que es muy alta, no es bonita, ¡pero me quiere! —Se rio de nuevo—. ¿Sabe? Es estupendo que vaya a quedarse en Nagano. Yo solo he estado en Tokio una vez, y fue suficiente para mí. Es sucio, caro y está lleno de... —El camarero se detuvo—. Espere, usted no es de Tokio, ¿verdad?

—No. Soy de Kansai.

—Ah, me encanta Kansai. He estado en Kioto dos veces y me pareció demasiado caro para un hombre sencillo como yo, al que le gusta el delicioso *udon* y que cree que debe poder comerlo por una suma razonable. Prefiero el *udon* poco pasado —le explicó Bingo. Noa sonrió. Era agradable oírlo hablar—. Bueno, ¿en qué trabajará? Un hombre debe tener trabajo, mi madre siempre dice eso.

Bingo se llevó la mano derecha a la boca, avergonzado por ser tan directo, pero era incapaz de hablar menos. El desconocido era guapo y parecía humilde, y Bingo admiraba a la gente callada.

—¿En qué trabajaba en Kansai? —le preguntó, levantando sus cejas escasas.

Noa miró su comida, apenas sin tocar.

—Bueno, he trabajado como contable. También sé leer y escribir en inglés. Quizá algún pequeño negocio necesite un contable o un traductor para sus documentos comerciales...

—Un joven como usted podría trabajar en un montón de sitios. Déjeme pensar. —El rostro redondo de Bingo se puso serio. Se golpeó la pequeña barbilla con el dedo índice—. Usted parece muy listo.

Noa sonrió.

—No sé decirle, pero es muy amable por su parte.

—Uhm. —El camarero hizo una mueca—. Señor, no sé si es quisquilloso, pero si necesita trabajo inmediato, el salón de *pachinko* contrata gente de

fuera del pueblo. Los trabajos de oficina no son tan comunes últimamente.

—¿*Pachinko*?

Noa intentó no parecer ofendido. ¿Pensaba el camarero que era coreano? La mayoría de los japoneses nunca asumían que fuera coreano a menos que les dijese su apellido, Boku. En su tarjeta de identificación de Waseda aparecía su *tsumei*, Nobuo Bando. Noa no estaba seguro de por qué había eliminado el “-do” de su apellido al presentarse a Bingo, pero ahora era demasiado tarde para cambiarlo.

—No sé demasiado sobre *pachinko*. Nunca he...

—Oh, no pretendía ofenderlo. He oído que pagan muy bien. Takano, el gerente del mejor salón de Nagano, es un gran caballero. Quizá no trabajaría en un salón de *pachinko* normal, pero Cosmos Pachinko es un establecimiento estupendo regentado por una antigua familia de la zona. ¡Cambian sus máquinas muy a menudo! Sin embargo, no contratan extranjeros.

—¿Eh?

—No contratan coreanos ni chinos, pero eso no debería afectarle porque usted es japonés.

Bingo asintió varias veces.

—*Soo desu* —asintió Noa.

—Takano siempre está buscando trabajadores que sean listos. Paga bien. Pero no contrata extranjeros.

Bingo asintió de nuevo.

—Sí, sí —dijo Noa, como si lo entendiera. Mucho tiempo atrás había aprendido a seguir asintiendo incluso cuando no estaba de acuerdo, porque notaba que ese movimiento hacía que la gente siguiera hablando.

—Takano es un cliente regular. Ha estado aquí justo esta mañana. Cada mañana toma su café en la mesa junto a la ventana. —Bingo la señaló—. Café solo con dos azucarillos. Sin leche. Esta mañana me ha dicho: «Bingo, tengo un dolor de cabeza que no se me quita porque es muy difícil encontrar buenos trabajadores. Los idiotas de por aquí tienen calabazas por cabeza, y las semillas no son cerebros».

El camarero se sujetó la cabeza con sus dedos gruesos y carnosos en una imitación cómica del angustiado Takano.

—Oiga, ¿por qué no va y le dice a Takano que lo envió yo? —le dijo Bingo, sonriendo. Aquello era lo que más le gustaba hacer: ayudar a la gente

y hacer presentaciones. Ya había arreglado tres matrimonios de amigos del instituto.

Noa asintió y le dio las gracias. Años después, Bingo contaba a todo el mundo que él había sido el primer amigo del señor Ban en Nagano.

El despacho de Takano estaba ubicado en un edificio a casi dos manzanas del inmenso salón de *pachinko*. Por el aspecto conservador del inmueble de ladrillo, habría sido imposible conocer el propósito de aquella oficina. Noa habría pasado de largo si Bingo no le hubiera dibujado un mapa en una hoja de cuaderno. Excepto por el número, el edificio no tenía letrero.

Hideo Takano, el gerente del salón, era un japonés de aspecto astuto en la treintena. Llevaba un precioso traje de lana oscuro con una corbata de rayas púrpura y un pañuelo de bolsillo a juego; cada semana pagaba a un chico del vecindario para que puliera sus zapatos de cuero hasta que brillaran. Vestía tan bien que parecía el dependiente de una tienda de ropa en lugar de un hombre que trabajaba en una oficina. Detrás de su mesa había dos cajas negras del tamaño de puertas. Su enorme despacho tenía media docena de habitaciones adyacentes de tamaño modesto, todas llenas de trabajadores con camisas blancas: la mayoría hombres y señoritas de rostros discretos. Takano tenía un pequeño bulto en el puente de su bonita nariz y unos ojos redondos y negros que caían hacia abajo. Cuando hablaba, sus ojos suaves eran expresivos y directos.

—Siéntate —dijo Takano—. Mi secretaria dice que estás buscando un puesto de oficinista.

—Mi nombre es Nobuo Ban. El señor Bingo, de la cafetería, me ha dicho que está buscando personal. He llegado recientemente de Tokio, señor.

—¿Te envía Bingo? Pero aquí no necesito a nadie que me sirva café. — Detrás de su enorme mesa metálica, Takano se inclinó hacia delante—. Vaya, parece que después de todo, Bingo escucha mis tristes problemas. Pensaba que solo era yo quien escuchaba los suyos.

Noa sonrió. El hombre parecía bastante simpático; no parecía alguien que odiaría a los coreanos. Se alegraba de haberse puesto corbata y una camisa limpia. Koh Hansu había mencionado a menudo que un hombre debía estar bien vestido cada día. Para los coreanos, esto era especialmente importante: parecer limpio y arreglado. En toda situación, incluso en las que tienes

derecho a estar enfadado, un coreano debe hablar con sobriedad y calma, le había dicho.

—Bueno, amigo de Bingo, ¿qué sabes hacer? —le preguntó Takano.

Noa se sentó más recto.

—Tengo experiencia como contable y he trabajado para un arrendador de Kansai. He recaudado el pago de las rentas y he llevado los libros durante varios años antes de ir a la universidad...

—¿Sí? ¿A la universidad? ¿De verdad? ¿A cuál?

—Waseda —contestó Noa—, pero no he terminado mi licenciatura en Literatura. He estado allí tres años.

—¿Literatura? —Takano negó con la cabeza—. No necesito a un empleado que lea novelas cuando debería estar trabajando. Necesito un contable que sea listo, pulcro y honrado. Tiene que aparecer cada mañana a la hora que tenga que hacerlo, sin resaca y sin problemas de faldas. No quiero perdedores. Despido de inmediato a los perdedores.

Después de decir esto, Takano ladeó la cabeza. Noa parecía muy respetable; entendía por qué se lo había enviado Bingo.

—Sí, señor. Por supuesto. Soy un contable muy preciso, y también soy bueno escribiendo cartas, señor.

—Modesto.

Noa no se disculpó.

—Si me contrata, señor, lo haré lo mejor posible.

—¿Cómo dices que te llamas?

—Nobuo Ban.

—No eres de aquí.

—No, señor. Soy de Kansai.

—¿Por qué dejaste la universidad?

—Mi madre murió y yo no tenía suficiente dinero para terminar los estudios. Esperaba ganar bastante para retomar la licenciatura algún día.

—¿Y tu padre?

—Está muerto.

Cuando los forasteros le decían que sus padres estaban muertos, Takano nunca se lo creía, pero fuera como fuera, no le importaba.

—Bueno, ¿por qué debería enseñarte el oficio, si puedes marcharte cualquier día para seguir con tus estudios de Literatura? No estoy interesado en ayudarte a terminar tu educación universitaria. Necesito un contable que se

quede por aquí. ¿Lo harás tú? No te pagaré muy bien al principio, pero podrás ascender. ¿Qué diablos ibas a hacer con la literatura, de todos modos? Eso no da dinero. Yo no terminé el instituto y podría contratarte o despedirte cien veces. Tu generación está llena de tontos.

Noa no contestó. Su familia pensaba que quería trabajar en una empresa, pero eso no era totalmente cierto. Su sueño secreto era convertirse en profesor de inglés en un instituto. Había pensado que si, se licenciaba en Waseda, le sería posible encontrar un buen trabajo en un centro privado. Los institutos públicos no contrataban coreanos, pero creía que esa ley cambiaría algún día. Incluso había considerado hacerse ciudadano japonés. Sabía que así al menos podría trabajar como tutor privado.

—Bueno, ahora no tienes dinero para la universidad y necesitas un trabajo, de lo contrario no estarías aquí. ¿Dónde estás viviendo?

—He llegado hoy a Nagano. Iba a buscar una casa de huéspedes.

—Puedes dormir en los dormitorios que hay detrás del salón. Al principio tendrás que compartir habitación. En las habitaciones no se fuma y no puedes llevar chicas. Se te permite hacer tres comidas en la cafetería. Puedes comer tanto arroz como quieras. Hay carne dos veces a la semana. En cuanto a las mujeres, hay hoteles para ese tipo de cosas. No me importa lo que hagas en tu tiempo libre, pero te debes a la empresa. Soy un gerente muy generoso, pero si me fallas, serás despedido de inmediato y sin sueldo.

Noa se preguntó si su hermano menor hablaba así a sus empleados. El hecho de que fuera a trabajar en un salón de *pachinko* como Mozasu, un chico que había fracasado en los estudios, le resultaba desconcertante.

—Puedes empezar hoy. Busca a Ikeda en el despacho contiguo. Tiene el pelo gris. Haz lo que él te diga. Es mi jefe de contabilidad. Te tendré un mes a prueba. Si lo haces bien, te pagaré un buen salario. No tendrás gastos. Podrás ahorrar bastante.

—Gracias, señor.

—¿De dónde es tu gente?

—De Kansai —contestó Noa.

—Es verdad, me lo has dicho. ¿De qué parte?

—Kioto —contestó.

—¿Qué hacen tus padres?

—Están muertos —repitió, esperando terminar con las preguntas.

—Sí, me lo has dicho. ¿Y qué hacían antes de morir?

—Mi padre trabajaba en una tienda de *udon*.
—¿Sí? —Takano parecía perplejo—. ¿Un vendedor de fideos consiguió enviar a su hijo a Waseda? ¿En serio?
Noa no dijo nada. Habría deseado mentir mejor.
—No serás extranjero, ¿verdad? Júralo.
Noa intentó parecer sorprendido por esa pregunta.
—No, señor. Soy japonés.
—Bien, bien —contestó Takano—. Sal de mi despacho y ve a ver a Ikeda.

El dormitorio del salón de *pachinko* alojaba a sesenta empleados. En su primera noche, Noa durmió en uno de los cuartos más pequeños, compartiéndolo con un trabajador mayor que roncaba como un motor roto. En menos de una semana, estableció una rutina. Cuando despertaba, Noa se lavaba la cara rápidamente después de haberse bañado la noche anterior en los baños públicos y bajaba a la cafetería donde el cocinero servía arroz, caballa y té. Trabajaba metódicamente y se ganó a Ikeda, que nunca había conocido a un contable tan listo. Cuando pasó el mes de prueba, Noa continuó trabajando allí. Años más tarde, descubrió que había caído bien al propietario japonés desde el principio. Después del primer mes, el propietario dijo a Takano que diera a Noa un aumento y un cuarto mayor a final de año, pero no antes, para que los demás no se quejaran de favoritismo. El propietario sospechaba que Nobuo Ban era coreano, pero no dijo nada porque, siempre que nadie más lo supiera, eso no importaba.

2

Osaka, abril de 1965

En tres años, Yumi había perdido dos embarazos y estaba encinta de nuevo. Contra el consejo de su marido, Mozasu, había trabajado durante los embarazos anteriores. A su manera callada y deliberada, la jefa de Yumi, Totoyama, había insistido en que trabajara desde casa esta vez. Yumi se había negado.

—Yumi, en esta época no hay mucho trabajo y tú necesitas descansar —decía Totoyama, pero Yumi solo volvía a casa ocasionalmente antes de que oscureciera demasiado.

Fue una tarde de finales de primavera. Yumi acababa de terminar un pedido de corbatas para los uniformes de un hotel cuando sintió unos dolores agudos en la parte baja del abdomen. Esta vez, Totoyama se negó a oír una palabra de protesta. Mandó llamar a Mozasu, que recogió a su esposa y la llevó a un famoso obstetra en el centro de Osaka del que Totoyama había oído hablar en lugar de al médico habitual de Yumi en Ikaino.

—Es obvio, señora Boku. Tiene la presión sanguínea muy alta. Las mujeres como usted a menudo luchan contra sus embarazos —dijo el médico tranquilamente.

Se alejó de la camilla y regresó a su escritorio. Su despacho había sido pintado recientemente y aún perduraba un ligero olor a pintura. Con la excepción del póster médico con los órganos reproductores femeninos, en el despacho todo era blanco o de acero inoxidable.

Yumi no dijo nada y pensó en lo que el médico había dicho. ¿Sería verdad?, se preguntó. ¿Había abortado sus embarazos anteriores luchando de algún modo contra ellos?

—Los abortos anteriores no me preocupan. Es un suceso triste, por supuesto, pero los abortos revelan la sabiduría de la naturaleza. Lo mejor es no dar a luz cuando no es bueno para la salud. Un aborto indica que la mujer puede concebir, así que no se trata necesariamente de un asunto de infertilidad. Pero, en este embarazo concreto, no veo demasiado peligro para el niño; hay peligro solo para la madre, de modo que el resto del embarazo debe permanecer en reposo.

—Pero tengo que trabajar —dijo Yumi, que parecía aterrada.

El médico negó con la cabeza.

—Yumi —dijo Mozasu—, tienes que escuchar al doctor.

—Puedo trabajar menos. Me iré a casa temprano, como Totoyama me pide siempre.

—Señora Boku, es posible que la madre muera de preclamsia. Como médico, no puedo permitirle trabajar. Mis pacientes deben escucharme, de lo contrario no podemos trabajar juntos.

El famoso doctor apartó la mirada y fingió repasar los documentos sobre su mesa, seguro de que Yumi seguiría siendo su paciente. Sería tonta si eligiera lo contrario. Hizo algunos apuntes sobre su dieta y le aconsejó que evitara los dulces y comer demasiado arroz. No debía ganar demasiado peso, ya que retendría una enorme cantidad de agua y el bebé podría ser demasiado grande para un parto vaginal.

—Por favor, llámeme en cualquier momento si no se siente bien. Esto es muy importante. Debemos tomar precauciones por si tenemos que atender el parto antes de tiempo. Señora Boku, no hay necesidad de ser estoica. Eso puede venir después de tener al niño. Antes de tener a su primer hijo, toda mujer tiene derecho a mostrarse un poco caprichosa. —El médico sonrió a la pareja—. Ten todos los antojos que quieras y pide muchas almohadas extra por la noche.

Mozasu asintió, agradecido por el humor del médico y por su tono inflexible. Cualquier médico bueno tendría que igualar la cabezonería de su esposa. Mozasu nunca había tenido razones para mostrarse en desacuerdo con Yumi en nada importante, pero se preguntaba si no lo habría hecho porque había sabido que ella no lo escucharía de todos modos.

Cuando la pareja regresó a casa, Yumi se tumbó en el futón, con el cabello oscuro desordenado y extendido por la estrecha almohada. Mozasu estaba sentado en la cama, a su lado, con las piernas cruzadas, sin saber qué más decir a su mujer, que no había querido un vaso de agua ni nada para comer. Con ella se sentía un poco tonto, porque siempre era muy fuerte y lista. Los objetivos de Yumi siempre le habían parecido absurdos y fantásticos. A veces, se preguntaba cómo se había permitido soñar tanto. Él nunca la había visto llorar o quejarse por algo difícil. Sabía que Yumi no quería estar en casa sola, sin poder trabajar ni ir a sus clases de inglés.

—¿Quieres que te traiga tus libros de inglés? —le preguntó.

—No —dijo, sin mirarlo—. Tienes que volver a trabajar, ¿*nee*? Yo estaré bien. Puedes irte.

—¿No puedo traerte nada? ¿Cualquier cosa?

—¿Por qué no podemos ir a Estados Unidos? Allí podríamos tener una buena vida.

—¿Recuerdas lo que dijo el abogado de inmigración? Sería casi imposible.

—El reverendo Maryman podría ayudarnos.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ni tú ni yo vamos a convertirnos en misioneros. Ni siquiera crees en Dios. Además, ¿qué podría hacer yo en Estados Unidos para ganar tanto dinero como aquí? No voy a volver a estudiar. No soy un universitario; soy tu zoquete. Cuento contigo para que pienses por los dos, y pronto, por los tres. —Se rio, esperando que ella sonriera—. Yumi, muy pronto abriré mi propio salón en Yokohama y, si tiene éxito, ganaré más dinero que veinte licenciados universitarios juntos. ¿Te imaginas? Entonces podré comprarte cualquier cosa que quieras. Si no tengo éxito, todavía podría trabajar para Goro y viviríamos bien.

—Yo sé cómo ganar dinero.

—Sí, lo sé. Sé que eres independiente. Pero para mí sería un placer comprarte algo que tú no pudieras conseguir por ti misma. Y te prometo que te gustará Yokohama; es una ciudad internacional. Allí hay estadounidenses a montones. Tan pronto como tengas al bebé, y si el médico dice que está bien, te llevaré de visita. Nos quedaremos en un hotel precioso y podrás ver cómo es. Y será más fácil para ti estudiar inglés allí. Podríamos buscarte un tutor, y podrías ir a la universidad si quisieras —dijo Mozasu. Aunque intentaba no pensar en Noa porque eso lo entristecía, Mozasu no podía evitar pensar en su

hermano, que había abandonado Waseda y se había marchado sin explicación.

—A los japoneses no les gustamos. ¿Cómo vivirá aquí nuestro hijo? —le preguntó Yumi.

—A algunos japoneses les gustamos mucho. Nuestra hija vivirá aquí con nosotros. Ella vivirá como nosotros.

Desde el primer embarazo, Mozasu había determinado que el bebé era una niña... Una niña justo como Yumi.

Acarició la frente de su esposa. Su mano oscura parecía enorme sobre su frente pequeña y pálida. A pesar de que era una mujer muy joven, Yumi era tan severa como una anciana y capaz de superar las tareas más difíciles, pero cuando estaba triste tenía la cara de una niña decepcionada, perdida y desamparada. Le encantaba su cara, cómo mostraba cada uno de sus sentimientos; podía estar en silencio, pero Yumi era incapaz de esconderse de los demás.

—¿Qué otra cosa podríamos hacer? —le preguntó Mozasu, mirándola para esperar la respuesta—. Además de ir a Estados Unidos.

Él nunca había entendido qué esperaba ella encontrar allí. A veces se preguntaba si Noa no se habría ido a Estados Unidos, aquel lugar mágico que tantos coreanos de Japón idealizaban.

—¿Qué más, Yumi? ¿Qué otra cosa te gustaría hacer?

Ella se encogió de hombros.

—No quiero quedarme en casa hasta que llegue el bebé. No me gusta la idea de convertirme en una holgazana.

—Tú nunca serás una holgazana. Eso es imposible. —Se rio—. Cuando el bebé llegue, y será pronto, tendrás que correr tras ella. Las dos seréis las mujeres más rápidas de Osaka... Siempre fuera de casa.

—Mozasu, puedo sentirla moviéndose. No he perdido al bebé.

—Claro que no. El médico ha dicho que el bebé está bien. La pequeña será igual que tú. Le daremos un hogar maravilloso. Vas a ser una madre maravillosa —le aseguró. Yumi sonrió, sin creerlo pero deseando que tuviera razón—. He llamado a mi madre. Vendrá esta noche.

Su esposa arrugó los ojos, preocupada.

—Te cae bien, ¿*nee*?

—Sí —dijo Yumi.

Era cierto. Yumi admiraba a su suegra aunque seguían siendo desconocidas.

Sunja no era como la mayoría de las suegras; nunca se metía en nada, y su reluctancia a dar su opinión solo se había incrementado después de la desaparición de Noa. Cuando Mozasu y Yumi le pidieron a ella y a la abuela de Mozasu que se mudaran a su casa, Sunja rechazó el ofrecimiento, diciendo que sería mejor que la joven pareja viviera sola, sin dos viejas molestándola.

—Creí que quería quedarse con su madre y la tía Kyunghee.

—Sí, pero quiere ayudarnos. Vendrá sola. No será permanente. La abuela se quedará con la tía Kyunghee para ayudarla con la tienda. Les contrataré algunas chicas para reemplazar a mi madre mientras esté aquí.

Después de dos semanas de reposo en cama, Yumi sentía que iba a volverse loca. Mozasu le había comprado una televisión, pero no tenía interés en verla y el ardor de estómago le impedía leer. Tenía las muñecas y los tobillos tan hinchados que, si se empujaba la muñeca ligeramente con el pulgar, dejaba una impresión profunda en su carne. Solo los movimientos del bebé y el hipo ocasional mantenían a Yumi pegada a su futón y evitaban que huyera por la puerta. Desde su llegada, su suegra había permanecido en la pequeña habitación junto a la cocina; no importaba cuántas veces hubiera insistido Mozasu en que se quedara en la habitación más grande junto al dormitorio principal que nadie usaba. Sunja se ocupaba de cocinar y limpiar. Sin importar a qué hora de la noche llegara a casa Mozasu, ella le tenía la cena preparada.

Era por la mañana cuando Sunja llamó a la puerta de Yumi para llevarle el desayuno.

—Entra, *omoni* —dijo Yumi. Su propia madre no sabía preparar una taza de té ni cocer arroz, en contraste con la madre de Mozasu, que había mantenido a toda su familia con su habilidad en la cocina.

Como siempre, Sunja le llevó una bandeja con una variedad de platos tentadores, todo cubierto con un paño blanco limpio. Sonrió a su nuera.

Yumi, que normalmente habría disfrutado de unas comidas tan buenas, se sentía mal porque lo único que conseguía no vomitar últimamente eran las gachas de arroz.

—Me sabe fatal quedarme en la cama todo el día mientras tú trabajas tanto

—dijo Yumi, esperando que Sunja se quedara para hablar con ella—. ¿Has desayunado?

—Sí, he comido. Tú trabajas mucho siempre, pero ahora se supone que debes descansar. Un embarazo no es una cosa fácil. Mi madre tuvo seis abortos antes de tenerme a mí —le contó—. Quería venir para cuidar de ti, pero le dije que se quedara en casa.

—Seis abortos... Yo solo he tenido dos.

—Dos tampoco es fácil —dijo Sunja—. Deberías desayunar. Tú y el bebé necesitáis alimentaros.

Yumi se incorporó un poco.

—Hoy Mozasu se ha marchado temprano a Yokohama.

Sunja asintió. Le había preparado el desayuno antes de que tomara el tren de la mañana.

—Entonces lo has visto. —Yumi admiró la bandeja—. Esto tiene una pinta deliciosa.

Sunja esperaba que su nuera comiera. Estaba aterrada por si abortaba de nuevo, pero no quería parecer preocupada. Se arrepintió de mencionar el número de abortos que había sufrido su madre. El pastor de la iglesia la había advertido sobre los pecados de una lengua descuidada; siempre era mejor hablar menos, pensaba Sunja.

—Gracias por cuidar tanto de nosotros.

Sunja negó con la cabeza.

—Esto no es nada. Tú harás esto también por tus hijos —dijo Sunja.

A diferencia de las *ajummas* del mercado, con sus ondas de permanente negras y repeinadas, Sunja no se había teñido el cabello entrecano y lo llevaba corto como un hombre. Su figura madura era sólida, ni pequeña ni grande. Había trabajado de sol a sol durante tantos años que este había tallado pequeñas ranuras en su rostro redondo y oscuro. Como una monja budista, Sunja no llevaba maquillaje, ni siquiera crema hidratante. Era como si hubiera decidido hacía tiempo que no le preocupaba su aspecto más allá de la limpieza, como si pagara una penitencia por haberse preocupado antes por esas cosas, cuando de hecho no lo había hecho.

Yumi tomó la cuchara.

—¿Te ha hablado Mozasu de mi madre?

—Me dijo que trabajaba en un bar —contestó Sunja.

—Era prostituta. Mi padre era su proxeneta. No estaban casados.

Sunja asintió y miró la bandeja de comida sin tocar. Cuando Mozasu le habló de la familia de Yumi, Sunja había imaginado algo así. La ocupación y la guerra habían sido difíciles para todos.

—Estoy segura de que es una buena persona. Estoy convencida de que se preocupaba mucho por ti.

Sunja lo creía de verdad. Ella había querido a Hansu y después había querido a Isak. Sin embargo, lo que sentía por sus chicos, Noa y Mozasu, era más grande que el amor que había sentido por los hombres; ese amor por sus hijos era como la vida y la muerte. Después de la marcha de Noa, se sentía medio muerta. No podía imaginar que una madre pudiera sentirse de otro modo.

—Mi madre no es una buena persona. Nos pegaba. Lo único que le importaba era beber y el dinero. Después de que mi hermano muriera, si mi hermana y yo no hubiéramos huido, nos habría puesto a trabajar. Haciendo lo mismo que ella. Ni una sola vez me dijo una palabra amable —dijo Yumi. Nunca le había contado aquello a nadie.

—Mozasu me dijo que tu hermana falleció.

Yumi asintió. Tras escapar de casa, las niñas encontraron refugio en una fábrica textil abandonada. En invierno, ambas enfermaron con fiebre alta, pero su hermana murió mientras dormía. Yumi se había quedado junto al cadáver de su hermana durante casi un día, esperando morir ella también.

Sunja se acercó a ella.

—Mi pobre niña, has sufrido demasiado.

Yumi no dio a luz una niña. Su bebé, Solomon, fue un niño enorme de más de cuatro kilos, incluso más grande de lo que el famoso médico había esperado. El parto duró más de treinta horas y el médico tuvo que llamar a un colega para que lo ayudara durante la noche. El bebé estaba fuerte y sano. En cuestión de un mes, Yumi se recuperó por completo y regresó al trabajo, a donde se llevaba también a Solomon. El día de su primer cumpleaños, Solomon eligió el billete nuevo en lugar del pincel, la cuerda o los pasteles... Eso significaba que tendría una vida rica.

3

Yokohama, noviembre de 1968

Cuando el encargado del salón fue a decirle a Mozasu que la policía estaba esperándolo en su despacho para verlo, asumió que se trataba de algo relacionado con los permisos de las máquinas de *pachinko*. Era esa época del año. Cuando llegó a su despacho, reconoció a los jóvenes de la comisaría y los invitó a sentarse, pero ellos se quedaron de pie y se inclinaron sin decir una palabra al principio. El encargado, que se había quedado junto a la puerta, era incapaz de mirarlo a los ojos; con la preocupación, Mozasu no se había dado cuenta de que su empleado estaba muy serio.

—Señor —dijo el más bajo de los dos agentes—, su familia está en el hospital y hemos venido para llevarlo allí. El capitán habría venido él mismo pero...

—¿Qué?

Mozasu se apartó del escritorio y se dirigió a la puerta.

—Su mujer y su hijo fueron atropellados por un taxi esta mañana. Cerca del colegio de su hijo. El conductor estaba ebrio de la noche anterior y se quedó dormido al volante.

—¿Están bien?

—Su hijo tiene una fractura en el tobillo. Por lo demás está bien.

—¿Y mi esposa?

—Murió en la ambulancia antes de llegar al hospital.

Mozasu salió corriendo del despacho sin su abrigo.

El funeral se celebró en Osaka y Mozasu siempre recordaría algunas partes vívidamente y otras nada en absoluto. Durante la ceremonia había sostenido la pequeña mano de Solomon, temiendo que, si la soltaba, el niño desaparecería. A sus tres años y medio y apoyado en sus muletas, el pequeño insistió en saludar a cada persona que había acudido a presentar sus respetos a su madre. Después de una hora, consintió en sentarse pero no se marchó del lado de su padre. Varios testigos habían relatado que Yumi había empujado a su hijo a la acera cuando el taxi perdió el control. En el funeral, el amigo de la infancia de Mozasu, Haruki Totoyama, le había indicado que Yumi había tenido unos reflejos increíbles en un momento de tanta tensión.

Acudieron varios cientos de personas. Era gente a la que Mozasu conocía de su negocio y muchos más de la iglesia de su padre, donde su abuela y la tía Kyunghee todavía iban a rezar. Mozasu hizo todo lo posible por saludarlos, pero apenas podía hablar; era como si hubiera olvidado el coreano y el japonés. No quería seguir adelante sin Yumi, pero eso era algo que no podía decir. Ella era su amante, pero más que nada, había sido su sabia amiga. Nunca podría reemplazarla. Y sentía que le había hecho una gran injusticia por no habérselo dicho nunca. Había esperado tener una vida larga con ella, no solo unos pocos años. ¿A quién se lo contaría, cuando un cliente hiciera algo divertido? ¿A quién le contaría que su hijo lo había hecho sentirse tan orgulloso, apoyado en sus maletas y estrechando la mano de todos los adultos y siendo más valiente que ninguna otra persona presente? Cuando los asistentes lloraban al ver al pequeño con su traje negro, Solomon les decía: «No lloréis». Calmó a una mujer histérica diciéndole: «Mamá está en California». Cuando la mujer los miró, desconcertada, ni Solomon ni Mozasu le explicaron qué significaba aquello.

Mozasu nunca la había llevado allí. Habían tenido la intención de hacerlo. Con alguna dificultad, hubiera sido posible que consiguieran los pasaportes, pero él no se había molestado en intentarlo. La mayoría de los coreanos de Japón no podían viajar. Si querías un pasaporte japonés que te permitiera volver a entrar en el país sin problemas, tenías que convertirte en ciudadano japonés... Algo que era casi imposible y que nadie que conociera haría, de todos modos. De lo contrario, si querías viajar, podías conseguir un pasaporte de Corea del Sur a través del *Mindán*, pero pocos querían estar afiliados a la República de Corea, ya que el empobrecido país estaba gobernado por un dictador. Los coreanos que estaban afiliados a Corea del Norte no podían ir a

ninguna parte, aunque a algunos se les permitía viajar a Corea del Norte. Aunque casi todos los que habían regresado al norte estaban sufriendo, había muchos más coreanos en Japón cuya ciudadanía estaba afiliada con el norte más que con el sur. Al menos, el gobierno norcoreano les enviaba dinero para que se escolarizaran, decía todo el mundo. No obstante, Mozasu no dejaría el país donde había nacido. ¿A dónde iba a ir, de todos modos? De acuerdo, en Japón no los querían, ¿y qué?

Imágenes de su esposa llenaban su mente, e incluso mientras los asistentes hablaban, lo único que podía oír era a Yumi practicando frases de sus libros de inglés. No importaba cuántas veces dijera Mozasu que no emigraría a Estados Unidos; Yumi no había perdido la esperanza de que un día vivirían en California. Últimamente había estado sugiriendo Nueva York.

«Mozasu, ¿no crees que sería maravilloso vivir en Nueva York o en San Francisco? —le preguntaba de vez en cuando, y era su trabajo decir que él no conseguiría decidirse entre las dos costas—. Allí a nadie le importará que no seamos japoneses».

*Hello, my name is Yumi Baek. This is my son, Solomon. He is three years old. How are you?*¹¹. Una vez, cuando Solomon le preguntó qué era California, ella le contestó: «El Cielo».

Después de que la mayoría de los asistentes del funeral se marcharan, Mozasu y Solomon se sentaron al fondo del salón. Mozasu acarició la espalda del niño y su hijo se apoyó en él, encajándose en el hueco del brazo derecho de su padre.

—Eres un buen hijo —le dijo Mozasu en japonés.

—Tú eres un buen papá.

—¿Quieres que vayamos a comer algo?

Solomon negó con la cabeza y levantó la mirada cuando un hombre mayor se acercó a ellos.

—Mozasu, ¿estás bien? —le preguntó el hombre en coreano. Era un caballero de aspecto viril y unos sesenta o setenta años que llevaba un traje negro caro con solapas estrechas y una corbata oscura.

La cara le resultaba familiar, pero Mozasu no conseguía ubicarlo. Se sentía incapaz de contestarle. Como no quería ser maleducado, sonrió, pero quería que lo dejaran en paz. Puede que fuera un cliente o un empleado del banco; Mozasu no podía pensar en ese momento.

—Soy yo, Koh Hansu. ¿Tan viejo estoy? —Hansu sonrió—. Tú tienes la

misma cara, por supuesto, pero te has convertido en un hombre. ¿Este es tu chico?

Hansu tocó la cabeza de Solomon. Aquel día, casi todo el mundo había tocado el brillante cabello castaño del niño.

Mozasu saltó de su asiento.

—*Uh-muh*. Claro que sé quién eres. Ha pasado mucho tiempo. Mi madre estuvo buscándote un tiempo pero no consiguió dar contigo. Para ver si sabías dónde está Noa. Ha desaparecido.

—Ha pasado mucho tiempo, es cierto. —Hansu le estrechó la mano—. ¿Habéis tenido noticias de Noa?

—Bueno, sí y no. Envía dinero a mi madre todos los meses, pero no nos dice dónde está. En realidad envía un montón de dinero, así que no puede irle mal. Ojalá supiéramos dónde está...

Hansu asintió.

—A mí también me envía dinero. Para saldar su deuda conmigo, dice. Quiero devolvérselo, pero no sé cómo. He pensado en dárselo a tu madre para que se lo guarde.

—¿Todavía estás en Osaka? —le preguntó Mozasu.

—No, no. Ahora vivo en Tokio. Cerca de mis hijas.

Mozasu asintió. De repente se sintió débil y quiso sentarse de nuevo. Cuando el chófer de Hansu apareció, el hombre prometió visitar a Mozasu otro día.

—Señor, siento mucho molestarlo, pero hay un pequeño problema. La joven dice que se trata de una emergencia.

Hansu asintió y salió del edificio con su chófer.

Mientras se acercaba al coche, la nueva chica de Hansu, Noriko, lo llamó desde el interior.

La belleza de larga melena aplaudió cuando lo vio abrir la puerta. Su laca de uñas de color rosa nacarado brillaba en la punta de sus dedos.

—¡Por fin estás aquí! —gritó alegremente.

—¿Qué pasa? —le preguntó Hansu—. Estaba ocupado.

—Nada. Estaba aburrida y echaba de menos a mi tiito —contestó—. Llévame de compras, por favor. Te he esperado en el coche mucho tiempo, y

muy pacientemente. ¡Y tu chófer no es divertido! ¡Mis amigas de Ginza me han dicho que esta semana han llegado unos bolsos muy bonitos de Francia!

Hansu cerró la puerta del coche. Las ventanas a prueba de balas bloqueaban la luz del sol. Las luces interiores del Mercedes iluminaron el rostro ovalado de Noriko.

—Me has llamado porque quieres ir de compras, ¿*nee*?

—Sí, tío —dijo con dulzura, y extendió su bonita manita sobre el regazo del hombre como si fuera la pata de un gatito. A sus clientes ricos les encantaba aquella pantomima de la sobrina malcriada. Los hombres deseaban comprar a las chicas cosas bonitas. Si quería quitarle sus braguitas blancas de algodón, tendría que comprarle tantos artículos lujosos de Francia como quisiera durante meses y meses. Koh Hansu era el cliente más importante del bar de alterne donde Noriko trabajaba; la madama le había contado que a Koh Hansu le gustaba consentir a sus nuevas chicas. Aquella era su segunda cita para almorzar y en la primera le había comprado un bolso de Christian Dior antes de comer. Noriko, antigua participante de concursos de belleza de dieciocho años, no estaba acostumbrada a que la hicieran esperar en un coche. Llevaba su vestido de crepé de seda color melocotón más caro con tacones a juego y un collar de perlas de verdad que le había prestado la madama.

—¿Fuiste al instituto? —le preguntó.

—No, tío. No soy una buena estudiante —dijo ella con una sonrisa.

—No, claro que no. Eres estúpida. Y yo no soporto la estupidez.

Hansu golpeó a la chica tan fuerte que la sangre manó de su boca rosa.

—¡Tío, tío! —gritó. La muchacha dio unos manotazos al puño cerrado del hombre.

Él la golpeó una y otra vez y le aplastó la cabeza contra el lateral del coche hasta que dejó de hacer ruido. La sangre le cubría la cara y el escote de su vestido melocotón. El collar estaba salpicado de puntos rojos. El conductor se mantuvo inmóvil en la parte delantera hasta que Hansu terminó.

—Llévame al despacho y después llévala de vuelta con la madama. Dile que no me importa lo guapas que sean sus chicas, no soporto a las mujeres sin sesera. Estaba en un funeral. No regresaré al bar hasta que quiten esta cosa ignorante de mi vista.

—Lo siento, señor. Ella dijo que era una emergencia, que tenía que hablar con usted o empezaría a gritar. No supe qué hacer.

—Jamás debe darse prioridad a una puta sobre un funeral. Si estaba enferma, deberías haberla llevado a un hospital. De lo contrario, que grite todo lo que quiera. ¿Qué importa eso, zoquete?

La chica seguía viva. Se quedó desplomada y medio inconsciente en la esquina del amplio asiento trasero, como una mariposa aplastada.

El chófer estaba aterrado porque todavía podía castigarlo. No debería haber escuchado las historias de una prostituta. Un teniente de la organización había perdido parte de su dedo anular por no alinear adecuadamente los zapatos de los invitados en el apartamento de Koh Hansu, cuando era mucho más joven y todavía no había ascendido.

—Lo siento, señor. Lo siento mucho. Por favor, perdóneme.

—Calla. Llévame al despacho.

Hansu cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el reposacabezas de cuero.

Después de dejar a Hansu, el chófer condujo a Noriko al bar donde trabajaba. La horrorizada madama la llevó al hospital y, aunque los cirujanos hicieron todo lo posible, la nariz de la muchacha nunca volvió a ser la misma. Noriko estaba acabada. La madama no podría recuperar sus gastos, así que la envió a un *toruko* donde tendría que bañar y servir a los hombres desnuda hasta que fuera demasiado vieja para ese trabajo. En el agua caliente, sus tetas y su culo durarían media docena de años como mucho. Después tendría que encontrar otra cosa que hacer.

Seis días a la semana, Sunja llevaba a su nieto al colegio y después lo recogía. Solomon asistía a un jardín de infancia internacional donde solo se hablaba inglés. En el colegio hablaba inglés y, en casa, japonés. Sunja le hablaba en coreano y él respondía en japonés salpicado de algunas palabras coreanas. A Solomon le encantaba ir al colegio y Mozasu creía que era bueno mantenerlo ocupado. Era un niño alegre que quería complacer a sus profesores y sus mayores. Allá donde iba lo precedía la noticia de la muerte de su madre, envolviendo al niño en una especie de nube protectora; los profesores y las madres de sus amigos estaban atentas a su bienestar. Solomon estaba seguro de que vería a su madre en el cielo, creía que ella podía verlo desde allí. Lo visitaba en sus sueños, contaba, y le decía que echaba de menos abrazarlo.

Por las noches, abuela, padre e hijo cenaban juntos aunque Mozasu tuviera

que regresar al trabajo justo después de comer. El amigo de Mozasu, Haruki Totoyama, había ido a visitarlo dos veces y ellos habían ido una vez a Osaka a ver a la familia, ya que el tío Yoseb no estaba en condiciones de viajar.

Casi al final de otro día de colegio, Sunja esperaba pacientemente fuera del jardín de infancia junto a las dulces niñeras filipinas y a las amistosas madres occidentales que también esperaban para recoger a sus hijos. Sunja no hablaba con ellas, pero sonreía y asentía al verlas. Como siempre, Solomon fue uno de los primeros en salir corriendo. Gritó adiós a sus profesores y se apresuró a abrazar a su abuela antes de unirse al resto de chicos para correr a la tienda de golosinas de la esquina. Sunja intentaba mantener el paso. No vio a Hansu, que había estado observándola desde su coche.

Sunja llevaba un abrigo de lana negra, nada caro pero tampoco harapiento. Parecía comprado en una tienda. Había envejecido mucho y Hansu sintió lástima por ella. Tenía poco más de cincuenta años pero parecía mucho mayor. De joven había estado en forma y era lista y muy atractiva. El recuerdo de su tersura y vitalidad lo excitó. Con los años, el sol había oscurecido su rostro y cubierto sus manos de pálidas manchas marrones. Riscos superficiales se habían asentado en su antes tersa frente. En lugar de las trenzas oscuras y brillantes de su mocedad, ahora llevaba el cabello corto y casi gris. Su cintura era más ancha. Hansu recordó sus pechos grandes y sus adorables pezones rosas. Nunca habían pasado más de algunas horas juntos y él siempre había deseado hacerle el amor más de una vez al día. Había estado con muchas mujeres jóvenes, pero la inocencia y confianza de Sunja lo había excitado más que las putas que estaban dispuestas a hacer cualquier cosa.

Sus bonitos ojos seguían siendo los mismos, brillantes y duros como cantos rodados; la luz titilaba en ellos. La había amado apasionadamente, como solo un hombre mayor puede amar a una chica joven que puede devolverle su juventud y vigor; la había amado con una especie de gratitud. Sabía que la había querido más que a ninguna otra. Ya no era hermosa, pero todavía la deseaba. El recuerdo del día que la tomó en el bosque lo excitaba a menudo, y si no hubiera estado solo en el coche, se habría masturbado, feliz por la extraña erección.

Hansu pensaba en ella varias veces cada día. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Estaría bien? ¿Pensaría en él? Su mente volvía con ella tan a menudo como con su padre muerto. Cuando Hansu descubrió que había estado buscándolo para descubrir dónde estaba Noa, no contactó con ella

porque tampoco él tenía noticias. No quería decepcionar a Sunja. Había usado todos sus recursos para localizar a su hijo, pero había sido inútil. Noa había desaparecido de un modo tan perfecto que, si Hansu no hubiera hecho que inspeccionaran los registros de las morgues de todo Japón regularmente, habría pensado que estaba muerto. En el funeral de Yumi descubrió que Noa todavía mandaba dinero a su madre. Aquello era un alivio: significaba que estaba vivo y vivía en alguna parte de Japón. El plan de Hansu había sido encontrar a Noa primero y después contactar con Sunja, pero el funeral de Yumi le había recordado que el tiempo no jugaba a su favor. El mes anterior, su médico le había diagnosticado cáncer de próstata.

Cuando Sunja pasó junto a su coche, Hansu bajó la ventanilla.

—Sunja, Sunja.

Ella contuvo el aliento.

Hansu dijo a su chófer que esperara y abrió la puerta del coche él mismo para salir.

—Oye, llegué tarde al funeral de Yumi. Mozasu me dijo que te habías marchado. Ahora vives con él, ¿verdad?

Sunja se detuvo en la acera y lo miró. Los años no parecían pasar por él. ¿De verdad habían pasado once años desde la última vez que lo vio? Había sido en su despacho, con Noa, y después en aquella cena cara para celebrar la admisión en Waseda. Noa llevaba seis años desaparecido. Sunja miró a su nieto, que había entrado en la tienda con el resto de niños para hojear tebeos y debatir qué golosinas comprar. Sin responder, se marchó en dirección a Solomon. Mozasu le había mencionado que Hansu había ido al funeral y que, cuando le preguntó por Noa, no le había dicho nada.

—¿No puedes detenerte un momento para hablar conmigo? El pequeño está bien. Está en la tienda. Puedes verlo a través del escaparate.

Solomon estaba con un grupo de niños ante el quiosco rotatorio de tebeos.

—Le supliqué a tu esposa que te dijera que estaba buscándote. Aunque ella no lo hiciera, estoy segura de que el jardinero te dio mi mensaje. Desde que te conozco he hecho todo lo posible para no ser nunca una carga para ti; jamás te he pedido nada. Han pasado seis años desde que fui a tu casa. Seis. — Hansu abrió la boca, pero Sunja siguió hablando—. ¿Sabes dónde está?

—No.

La mujer echó a andar hacia la tienda de golosinas.

Hansu le rozó el brazo y Sunja lo empujó con la palma de la mano

haciéndolo retroceder un paso. El chófer y el guardaespaldas, que estaban cerca del coche, corrieron hacia él pero Hansu los detuvo.

—Estoy bien —murmuró.

—Vuelve a tu coche —dijo la mujer—. Vuelve a tu deshonesto vida.

—Sunja...

—¿Por qué me molestas ahora? ¿No te das cuenta de que me has destrozado? ¿Por qué no puedes dejarme en paz? Noa se ha marchado. Ya no queda nada entre nosotros.

Los ojos húmedos y brillantes de Sunja parpadearon, ardiendo como linternas. Su rostro joven brilló a través del viejo.

—¿Puedo llevaros a ti y a Solomon a casa? Quizá podríamos ir a una cafetería. Tengo que hablar contigo.

Sunja miró los enormes cuadrados de cemento bajo sus pies, incapaz de detener las lágrimas.

—Quiero recuperar a mi hijo. ¿Qué le hiciste?

—¿Cómo puedes culparme de eso? Yo solo quería que fuera a la universidad.

Sunja sollozó.

—La culpa es mía por dejar que lo conocieras. Eres una persona egoísta que siempre consigue lo que quiere, sin importar las consecuencias. Ojalá no te hubiera conocido nunca.

Los transeúntes los observaron hasta que Hansu los miró fijamente, obligándolos a apartar la mirada. El niño seguía en la tienda.

—Eres el peor tipo de hombre que existe, porque no paras hasta salirte con la tuya.

—Sunja, me estoy muriendo.

4

Solomon estaba sentado en silencio entre Sunja y Hansu, en el asiento trasero del enorme automóvil, abrazado a sus tebeos de *Tetsuwan Atomu* y *Ultraman*.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó Hansu.

Solomon levantó tres dedos.

—*Soo nee*. ¿Vas a leer esos tebeos? —le preguntó, señalando los cómics nuevos del niño—. ¿Sabes leer ya?

Solomon negó con la cabeza.

—Voy a esperar hasta que Toto venga esta noche para que me los lea.

El pequeño abrió su cartera roja y guardó dentro los tebeos.

—¿Quién es Toto? —le preguntó Hansu.

—Es un amigo de mi papá, de cuando eran pequeños. Es un policía japonés de verdad. Atrapa asesinos y ladrones. Lo conozco desde que nació.

—¿Sí? ¿Todo ese tiempo?

Hansu sonrió.

El pequeño asintió con seriedad.

—Abuela, ¿qué vas a prepararle a Toto para cenar? —le preguntó Solomon.

—*Jeon* de pescado y *jorim* de pollo —contestó Sunja. El amigo de Mozasu, Haruki Totoyama, llegaría aquella noche y se quedaría con ellos el fin de semana. Ya había planificado todas las comidas.

—Pero a Toto le gusta el *bulgogi*. Es su comida favorita.

—Haré eso mañana por la mañana. Él no se marchará hasta el domingo por la tarde.

Solomon parecía preocupado.

Hansu, que había estado observando al niño con atención, dijo:

—A mí me encanta el *jorim* de pollo. Es el tipo de receta que solo se come

en una buena casa. Cualquiera podría tomar *bulgogi* en un restaurante, pero solo tu abuela sabe hacer...

—¿Quieres conocer a Toto? Es mi mejor amigo grande.

Sunja negó con la cabeza, pero Hansu la ignoró.

—Conozco a tu padre desde que era un niño de tu edad. Me encantaría cenar en tu casa. Gracias, Solomon.

En la entrada, Sunja se quitó el abrigo y ayudó a Solomon con el suyo. Con el brazo derecho levantado y el izquierdo pegado al cuerpo, el niño corrió al salón para ver *Tetsuwan Atomu*. Hansu siguió a Sunja hasta la cocina.

La mujer puso unas cortezas de gamba en una cesta pequeña, sacó un yogur para beber del frigorífico y lo puso todo junto en la bandeja redonda de Ultraman.

—¡Solomon! —llamó.

El niño acudió a la cocina a por la bandeja y se la llevó con cuidado al salón para ver su serie.

Hansu se sentó ante la mesa de desayuno de estilo occidental.

—Esta es una buena casa.

Sunja no contestó.

Era una casa nueva de tres dormitorios en la zona de Yokohama donde vivían los occidentales. Por supuesto, Hansu había pasado por allí antes; había visto el exterior de cada lugar donde Sunja había vivido. Exceptuando la granja durante la guerra, aquel era el primero en el que entraba. El mobiliario parecía el de las películas americanas: sofás tapizados, mesas altas de madera, lámparas de techo de cristal y butacas de cuero. Hansu suponía que la familia dormía en camas en lugar de en futones o en el suelo. No había nada antiguo en la casa, ni rastro de nada coreano o japonés. Las ventanas de la amplia cocina tenían vistas al jardín de rocas de los vecinos.

Sunja no hablaba, pero tampoco parecía enfadada. Estaba ante la hornilla, de espaldas a él. Podía distinguir la silueta de su cuerpo bajo su jersey de color camel y sus pantalones de lana marrón. La primera vez que la vio se fijó en su pecho, grande y lleno bajo la tradicional blusa coreana. Siempre había preferido a las mujeres de senos grandes y trasero abundante. Nunca la había visto totalmente desnuda; solo habían hecho el amor al aire libre y ella siempre había llevado puesto el *chima*. Su esposa, que era conocida por su

gran belleza, no tenía pecho, caderas ni culo, y había temido follar con ella porque odiaba que la tocaran. Antes de irse a la cama, Hansu tenía que bañarse; después de hacer el amor, ella tenía que darse un largo baño sin importar la hora que fuera. Después de dar a luz a las tres niñas, él dejó de intentar buscar al niño; ni siquiera su suegro, a quien Hansu adoraba, había dicho nada sobre sus amantes.

Hansu creía que Sunja había sido tonta por negarse a ser su esposa en Corea. ¿Qué importaba que estuviera casado en Japón? Habría cuidado magníficamente de ella y de Noa. Habrían tenido otros hijos. Nunca habría tenido que trabajar en el mercado ni en la cocina de un restaurante. No obstante, tenía que admirarla por no aceptar su dinero como cualquier jovencita hacía aquellos días. En Tokio, un hombre podía comprarse una chica con un frasco de perfume francés o un par de zapatos de Italia.

Aunque Hansu estaba cómodo recordando el pasado en su cocina, Sunja estaba más que inquieta viéndolo sentado ante la mesa del desayuno. Desde el día que lo conoció había sentido su presencia a su alrededor. Él era una constante indeseada en su imaginación. Y después de la desaparición de Noa, era como si padre e hijo la hubieran hechizado. Hansu estaba ahora en su cocina, esperando pacientemente su atención. Iba a quedarse a cenar. En todos aquellos años, nunca habían comido juntos. ¿Por qué había ido? ¿Cuándo se marcharía? Era su costumbre aparecer y después desaparecer, y mientras hervía agua para el té pensó que cuando se girara él habría desaparecido. ¿Y entonces qué?

Sunja abrió una lata azul de galletas de mantequilla importadas y puso algunas en un plato. Llenó la tetera de agua caliente y añadió un pellizco generoso de hojas de té. Era fácil recordar una época en la que no había dinero para comprar té, y una época en la que no había té para comprar.

—A principios de cada mes, Noa me envía dinero con una breve nota en la que dice que está bien. Los matasellos son siempre diferentes —dijo la mujer.

—He buscado a Noa, pero no quiere que lo encontremos. Todavía estoy buscándolo. Sunja, él también es mi hijo.

¿Cómo puedes culparme de eso?, le había dicho Hansu. Sunja le sirvió una taza de té y se excusó.

El reflejo en el espejo del baño la decepcionó. Tenía cincuenta y dos años.

Su cuñada Kyunghee, que siempre había usado sombrero y guantes para protegerse de las arrugas y las manchas, parecía mucho más joven que ella aunque era catorce años mayor. Sunja se tocó el cabello corto y canoso. Nunca había sido guapa y ahora estaba segura de que ningún hombre la deseaba. Esa parte de su vida había terminado con el padre de Mozasu. Era fea y estaba arrugada; su cintura y sus muslos eran gruesos. Su rostro y sus manos pertenecían a una mujer pobre y trabajadora, y por mucho dinero que tuviera ahora en el monedero, nada podría hacerla atractiva. Hacía mucho tiempo había querido a Hansu más que a su propia vida. Incluso cuando rompió con él había deseado que regresara, que la buscara, que la retuviera.

Hansu tenía setenta años, aunque había cambiado muy poco; si acaso, sus rasgos habían mejorado. Todavía se cortaba el denso cabello blanco con cuidado y lo peinaba con aceite perfumado; con su elegante traje de lana y sus zapatos hechos a mano, Hansu parecía un refinado diplomático, un anciano atractivo. Nadie lo habría tomado por un jefe de la *yakuza*. Sunja no quería salir del baño. Antes de marcharse de casa ni siquiera se había molestado en mirarse en el espejo. No era horrible ni daba vergüenza verla, pero había llegado prematuramente a la etapa en la vida de una mujer en la que nadie se fija en ella cuando entra o sale de una habitación.

Sunja abrió el grifo del agua fría y se lavó la cara. A pesar de todo, quería que él la deseara un poco... Aunque era vergonzoso reconocerlo. En su vida había habido dos hombres; eso era mejor que ninguno, suponía, y desde luego tenía que ser suficiente. Sunja se secó la cara en una toalla de mano y apagó la luz.

Hansu estaba comiéndose una galleta en la cocina.

—¿Te gusta vivir aquí? —le preguntó. Ella asintió—. El niño está muy bien educado.

—Mozasu se asegura de ello.

—¿Cuándo llegará a casa?

—Pronto. Será mejor que haga la cena.

—¿Puedo ayudarte a cocinar? —se ofreció, e hizo ademán de quitarse la chaqueta. Sunja se rio—. Por fin. Creí que habías olvidado cómo sonreír.

Ambos apartaron la mirada.

—¿Te estás muriendo? —le preguntó.

—Cáncer de próstata. Tengo muy buenos médicos y no creo que me muera de esto. No demasiado pronto, en cualquier caso.

—Entonces has mentido.

—No, Sunja. Todos estamos muriéndonos.

Sunja estaba enfadada con él por mentir, pero también se sentía agradecida. Lo había querido y no soportaba la idea de que se fuera de su vida.

Solomon chilló de alegría cuando la puerta se abrió. Se remangó el suéter rojo rápidamente y levantó el brazo izquierdo para doblarlo en una L; con la mano derecha dividió su antebrazo izquierdo para formar una cruz descentrada. El niño hizo sonidos intermitentes para anunciar los rayos láser que emitía su mano izquierda y mantuvo su feroz pose.

Haruki cayó al suelo. Gimió e hizo el sonido de una explosión.

—Ah, ¡el *kaiju* ha sido derrotado! —gritó Solomon, y saltó sobre Haruki.

—Me alegro mucho de verte —dijo Mozasu a Hansu—. Este es mi amigo Haruki Totoyama.

—*Hajimemashite*. Totoyama *desu*.

Solomon adoptó de nuevo su postura.

—Ten piedad, Ultraman. El *kaiju* Toto tiene que saludar a tu abuela.

—Me alegro de verte —dijo Sunja.

—Gracias por alojarme estos días.

Solomon se movió entre Sunja y Haruki.

—¡*Kaiju* Toto!

—¡*Hai!* —gritó Haruki.

—Papá me compró un Ultraman nuevo ayer.

—Qué suerte, qué suerte —dijo Haruki, sonando envidioso.

—Te lo enseñaré. ¡Vamos!

Solomon tiró de Haruki, y el adulto se precipitó dramáticamente hacia el dormitorio del niño.

Hansu tenía un informe de cada persona de la vida de Sunja. Lo sabía todo sobre el agente Haruki Totoyama, el hijo mayor de una costurera que tenía un taller de uniformes en Osaka. No tenía padre y sí un hermano menor mentalmente discapacitado. Haruki era homosexual y estaba prometido con una mujer mayor que trabajaba para su madre. A pesar de su relativa juventud, había sido muy condecorado en su comisaría.

La charla mientras cenaban fue alegre y relajada.

—¿Por qué no puedes mudarte a Yokohama y vivir con nosotros? —preguntó Solomon a Haruki.

—Uhm... Es tentador, ¿*nee*? Entonces podría jugar a Ultraman todos los días. *Soooo*. Pero Soro, mi madre y mi hermano viven en Osaka. Creo que se supone que yo también tengo que vivir allí.

—Oh. —Solomon suspiró—. No sabía que tenías un hermano. ¿Es mayor o menor?

—Menor.

—Me gustaría conocerlo —dijo el niño—. Podríamos ser amigos.

—*Soo nee*, pero él es muy tímido.

Solomon asintió.

—La abuela también es tímida.

Sunja negó con la cabeza y Mozasu sonrió.

—Me gustaría que te mudaras aquí con tu hermano —dijo Solomon en voz baja.

Haruki asintió. Antes de que Solomon naciera no había estado muy interesado en los niños. Tener un hermano discapacitado desde pequeño lo había hecho temer la responsabilidad de cuidar de otra persona.

—Mi novia, Ayame, prefiere Tokio a Osaka. Quizá ella también sería más feliz aquí —dijo Haruki.

—Entonces podrías mudarte aquí cuando te cases —dijo el niño.

Mozasu se rio.

—*Soo nee*.

Hansu se sentó más recto.

—El jefe de policía de Yokohama es amigo. Por favor, avísame si finalmente quieres un traslado y puedo ayudarte —se ofreció Hansu. Sacó su tarjeta de visita y se la ofreció al joven agente, que la recibió con ambas manos y una pequeña inclinación de cabeza.

Mozasu levantó las cejas.

Sunja, que había estado callada, siguió observando a Hansu. Por supuesto, recelaba de su ayuda. El hombre no era una persona ordinaria; era capaz de acciones que ella jamás entendería.

5

Nagano, enero de 1969

Un laberinto de archivadores y escritorios de metal creaba una madriguera de trabajadores en las oficinas de Cosmos Pachinko. En el caos de muebles, Risa Iwamura, la jefa del archivo, no destacaba demasiado. En general, Risa era guapa de cara y tenía buena figura. Sin embargo, era distante y evitaba que los que la rodeaban se tomaran demasiadas confianzas con ella, como si quisiera apagar sus luces para minimizar cualquier posibilidad de atracción o atención. Vestía con sobriedad, con blusas blancas y faldas baratas de poliéster negro que exigían poco mantenimiento; llevaba los zapatos negros de una anciana. En invierno, una de sus dos chaquetas de lana gris cubría sus hombros delgados como una capa; su único ornamento era un reloj de pulsera barato plateado que consultaba a menudo, aunque nunca parecía tener ningún sitio a donde ir. Mientras trabajaba, Risa necesitaba poca ayuda; se anticipaba a las necesidades de sus jefes y ejecutaba su labor sin que tuvieran que recordárselo.

Noa había vivido en Nagano casi siete años, haciéndose pasar por un japonés llamado Nobuo Ban. Había trabajado diligentemente para el propietario de Cosmos Pachinko y se había instalado en una pequeña vida invisible. Era un empleado valioso y el propietario lo dejaba en paz. El único tema que su jefe sacaba cada enero, cuando daba a Noa su paga extra y el discurso de Año Nuevo, era el matrimonio: un hombre de su edad y posición debería tener su propio hogar e hijos. Noa había sido nombrado gerente después de que Takano, el hombre que lo había contratado, se mudara a Nagoya para llevar los múltiples negocios que Cosmos tenía allí. No obstante, Noa seguía viviendo en los dormitorios del salón de *pachinko* y

comiendo en la cafetería del personal. Aunque ya había devuelto a Hansu la matrícula de Waseda y el importe de su alojamiento en Tokio, seguía mandando dinero a su madre cada mes. No gastaba casi nada en sí mismo, más allá de lo estrictamente necesario.

Después del discurso de aquel Año Nuevo, Noa reflexionó sobre el consejo de su jefe. Se había fijado en Risa. Aunque ella nunca hablaba de ello, todo el mundo sabía que provenía de una familia de clase media con un triste escándalo a sus espaldas.

Cuando Risa tenía catorce años, su padre, un médico muy querido de la localidad, había dispensado una medicación inadecuada a dos pacientes durante una epidemia de gripe, que murieron como resultado. Poco después, el médico se quitó la vida, dejando a su familia desposeída y manchada. Risa no se había casado, ya que un suicidio en la familia podía ser indicativo de una enfermedad mental hereditaria; aun peor, muchos creían que su padre había hecho algo tan terrible que merecía morir. Sus familiares no acudieron al funeral y dejaron de visitar a Risa y a su madre. La madre de Risa jamás se recuperó de la conmoción y ya no salía de la casa ni siquiera para hacer recados. Cuando la muchacha terminó el instituto, Takano, un antiguo paciente de su padre, la contrató para hacer el trabajo de oficina.

Noa había reparado en su preciosa letra en los documentos incluso antes de fijarse en ella. Era posible que estuviera enamorado del modo en el que escribía el número dos: sus líneas paralelas expresaban una especie de libertad en el interior de la caja invisible que contenía los trazos del ideograma. Si Risa escribía aunque solo fuera una descripción ordinaria en una factura, Noa la leía con atención, no por lo que decía, sino porque detectaba que había una especie de espíritu danzante en la mano que escribía de un modo tan elegante.

Cuando una noche de invierno le preguntó si quería cenar con él, ella contestó, sorprendida: «¿*Maji*?». Entre las trabajadoras del archivo, Nobuo Ban era un tema de discusión fascinante, aunque las chicas interesadas se habían rendido hacía mucho. Fueron necesarias dos cenas, quizá incluso menos, para que Risa se enamorara de Noa, y los dos jóvenes reservados se casaron ese mismo invierno.

En su noche de bodas, Risa estaba asustada.

—¿Me dolerá?

—Puedes decirme que pare. Preferiría hacerme daño yo antes que hacértelo

a ti, esposa mía.

Ninguno de ellos se había dado cuenta de lo solos que habían vivido durante tanto tiempo hasta que la soledad quedó interrumpida por un afecto genuino.

Cuando Risa se quedó embarazada, dejó el trabajo y se quedó en casa para criar a su familia con tanta eficiencia como había mostrado en los archivos del exitoso negocio de *pachinko*. Primero tuvo gemelas; un año después, dio a luz a un niño; otro año después de eso, una niña.

Cada mes, Noa viajaba por trabajo durante dos días, pero por lo demás mantenía una especie de agenda estable que hacía posible que trabajara seis días a la semana para Cosmos y que se ocupara de su familia. Por extraño que resultara, no bebía ni iba a los clubs, ni siquiera para agasajar a la policía o para negociar con los comerciales de máquinas de *pachinko*. Noa era honrado, preciso, y podía lidiar con cualquier complicación del negocio, desde los impuestos a las licencias de las máquinas. Además, no era codicioso. El propietario de Cosmos respetaba que Noa evitara el *mizu shobai*. Por supuesto, Risa se alegraba de ello: era fácil perder los afectos de un marido ante una chica de alterne ambiciosa.

Como todas las madres japonesas, Risa era voluntaria en los colegios de los niños y hacía todo lo que podía para asegurarse de que sus cuatro hijos estuvieran bien. Ocuparse de su familia le evitaba tener que involucrarse con la gente del exterior; puede que la muerte de su padre la hubiera expulsado de los círculos de gente normal de clase media, pero ella había conseguido crear su propia tribu.

El matrimonio era estable y ocho años pasaron rápidamente. La pareja no discutía. Noa no quería a Risa como había querido a su novia de la universidad, pero pensaba que eso era bueno. Se había prometido que nunca más sería tan vulnerable. Aunque estaba viviendo una segunda oportunidad gracias a su esposa y sus hijos, no se sentía como si hubiera renacido. Todavía cargaba con la oscura y pesada roca de sus orígenes coreanos en su interior. No perdía la cautela, pues no pasaba un día que no temiera ser descubierto. Lo único que seguía haciendo era leer sus novelas en inglés.

Después de casarse ya no comía en la cafetería de los empleados: se permitía almorzar en un restaurante barato donde comía solo. Cuando

terminaba releía a Dickens, Trollope o Goethe durante treinta minutos al día, y recordaba quién era en su interior.

Las gemelas cumplieron siete años en primavera y la familia fue al castillo Matsumoto para un pícnic de domingo. Risa había planeado la salida para animar a su madre, que parecía cada vez más retraída. Los niños estaban locos de contentos porque comerían helado de regreso a casa.

La viuda del médico, Iwamura, nunca había sido una mujer fuerte; de hecho, a menudo se mostraba desvalida. Seguía siendo infantilmente bonita: tenía las mejillas suaves y pálidas, unos labios naturalmente rojos y el cabello teñido de negro. Vestía vestidos sencillos de color beige y chaquetas de lana de las que cerraba solo el último botón. Su expresión era perpetuamente la de una niña pequeña a la que ha decepcionado su regalo de cumpleaños. Dicho eso, no podía decirse que fuera ignorante. Había sido la esposa de un médico y, aunque su muerte había destruido sus preciadas ambiciones sociales, ella no había renunciado a sus deseos para su única hija. Ya había sido suficientemente malo que trabajara en el negocio del *pachinko*; ahora también estaba casada con un hombre que también trabajaba en ese sórdido negocio. En su primera reunión con Nobuo Ban había sospechado que habría algo inusual en su pasado, ya que decía no tener familia. Sin duda, era extranjero. Recelaba de su carácter. Sin embargo, había algo triste bajo sus refinados modales que le recordaba a su difunto esposo, y la viuda se sintió obligada a pasar por alto sus orígenes siempre que nadie los descubriera.

Una pequeña multitud estaba reuniéndose delante de Matsumoto. El famoso docente, muy popular entre los lugareños, estaba a punto de comenzar su charla sobre el castillo más antiguo de Japón. El anciano de despeinadas cejas blancas y ligera joroba había llevado un caballete y estaba colocando sus fotografías y gráficos de tamaño póster. El hijo de Noa, que apenas se había comido media bola de arroz, saltó de su asiento y corrió hacia el guía. Risa estaba guardando las cajas de comida vacías y pidió a Noa que se mantuviera cerca de Koichi, un minúsculo niño de seis años con una cara y una cabeza llamativamente bien formadas. No tenía miedo a los desconocidos y hablaba con cualquiera. Una vez, en el mercado, dijo al verdulero que su madre había quemado la berenjena de la semana anterior. Los adultos disfrutaban hablando con Koichi.

—*¡Sumimasen, sumimasen!* —gritó el niño mientras se abría camino a través del grupo que escuchaba con atención la introducción del guía a la historia del castillo.

La multitud se apartó para dejar pasar al niño. El guía sonrió a Koichi y continuó.

El pequeño escuchaba boquiabierto y su padre se quedó al fondo.

El guía pasó a la siguiente imagen del caballete. En la vieja fotografía en blanco y negro, el castillo se inclinaba dramáticamente como si el edificio fuera a derrumbarse. La gente exclamó educadamente al ver la famosa imagen. Los turistas y niños que nunca antes la habían visto miraron la imagen con atención.

—*¡Cuando este magnífico castillo comenzó a inclinarse, la gente recordó la maldición de Tada Kasuke!*

El guía abrió mucho sus ojos de párpados gruesos para dar énfasis a sus palabras.

Los adultos de la zona asintieron. No había ni un alma en Nagano que no hubiera oído hablar del líder del siglo XVII Matsumoto, que había liderado el Levantamiento de Jokyo contra los impuestos injustos y que fue ejecutado con otros veintisiete, incluyendo a sus dos hijos pequeños.

—*¿Qué es una maldición?* —preguntó Koichi.

Noa frunció el ceño, porque habían repetido multitud de veces al niño que no debía hacer preguntas en momentos inadecuados.

—*¿Una maldición?* —repitió el guía antes de hacer una pausa dramática—. Una maldición es algo terrible, espeluznante. ¡Y una maldición con poder moral es lo peor! Tada Kasuke fue injustamente perseguido cuando solo intentaba salvar a toda la buena gente de Nagano de la explotación de aquellos que vivían en este castillo. ¡A su muerte, pronunció una maldición contra el codicioso clan Mizuno!

El guía parecía inflamado por su propio discurso.

Koichi quería hacer otra pregunta, pero sus hermanas gemelas, que estaban ahora a su lado, le pellizcaron la poca carne alrededor del codo derecho. Koichi tenía que aprender a no hablar tanto, pensaban; controlarlo era un deber de la familia.

—Casi doscientos años después de la muerte de Tada Kasuke, el clan gobernante intentó todo lo que estuvo en su mano para apaciguar al espíritu

del mártir y eliminar la maldición. ¡Debió funcionar, porque la estructura del castillo está recta de nuevo!

El guía elevó ambos brazos dramáticamente y señaló el edificio a su espalda. La multitud se rio.

Koichi miró la imagen tamaño póster del castillo inclinado.

—¿Cómo? ¿Cómo se elimina una maldición? —preguntó, incapaz de contenerse.

Su hermana Ume le dio un pisotón, pero a Koichi no le importó.

—Para apaciguar a los espíritus, el clan gobernante proclamó que Tada Kasuke era un mártir y le concedió un título. También le construyeron una estatua. ¡Al final, la verdad debe saberse!

Koichi abrió la boca de nuevo, pero esta vez Noa se acercó para agarrar a su hijo y llevárselo a su madre, que permanecía sentada con la abuela en un banco. Aunque estaba en el jardín de infancia, a Koichi todavía le encantaba que lo cogieran en brazos. La gente sonrió.

—Papá, eso ha sido muy interesante, ¿*nee*?

—*Hai* —contestó Noa. Cuando lo tenía en brazos siempre se acordaba de Mozasu, que se quedaba dormido con facilidad con su cabeza redonda apoyada en su hombro.

—¿Puedo echarle una maldición a alguien? —le preguntó Koichi.

—¿Qué? ¿A quién quieres echarle una maldición?

—A Umeko. Me ha dado un pisotón a propósito.

—Eso no ha estado bien, pero tampoco merece una maldición, ¿*nee*?

—Pero puedo eliminarla si quiero.

—Oh, eso no es tan fácil de hacer, Koichi. ¿Y qué harías si alguien te echara una maldición a ti?

—*Soo nee*.

Koichi se puso serio al pensarlo y sonrió cuando vio a su madre, a quien quería más que a nadie. Risa estaba tejiendo un jersey mientras charlaba con la abuela. Las bolsas del pícnic estaban a sus pies.

La familia Ban paseó por los alrededores del castillo y, cuando los niños se aburrieron, Noa los llevó a comer helado como les había prometido.

6

Yokohama, julio de 1974

Haruki Totoyama se casó con Ayame, la encargada del taller de uniformes de su madre, porque su madre quiso que lo hiciera. Resultó ser una decisión sabia. Cuando su madre fue diagnosticada de cáncer de estómago y ya no pudo ocuparse del taller ni cuidar del hermano de Haruki, Daisuke, Ayame supo exactamente qué hacer. Durante dos años, Ayame dirigió el negocio con destreza, cuidó de su suegra enferma y se ocupó de Daisuke. Cuando Totoyama murió por fin después de un gran sufrimiento, Haruki preguntó a su agotada esposa qué debía hacer con la tienda de su madre y la respuesta de Ayame lo sorprendió por completo:

—Deberíamos venderla y mudarnos a Yokohama. No quiero seguir viviendo en Osaka. Nunca me ha gustado trabajar en el taller. Lo hacía porque no quería decepcionar a tu madre. Ya no tenemos que preocuparnos por el dinero. Si me queda tiempo libre, me gustaría aprender a hacer pasteles. A Daisuke le gustan los pasteles. Me quedaré en casa y cuidaré de él.

Haruki no sabía qué pensar de aquello, pero no podía negarse.

Con el dinero de la venta del negocio y su herencia, Haruki compró un apartamento de tres dormitorios cerca del antiguo cementerio de Yokohama. El apartamento tenía un horno doble para Ayame. El jefe de policía de Yokohama ofreció a Haruki el mismo puesto que tenía en Osaka. Naturalmente, Mozasu y Solomon se alegraron de que Haruki se mudara a Yokohama. No obstante, tras la llegada de la familia de Haruki, a Solomon no se le permitió visitar su casa ni conocer a su hermano menor, que tenía pánico a los niños.

Daisuke tenía casi treinta años aunque mentalmente no pasaba de los cinco o seis. No podía salir a menudo porque el ruido, la multitud y las luces brillantes lo perturbaban. La enfermedad y muerte de su madre había sido catastrófica para él, pero Ayame, que había trabajado mucho tiempo para ella, era capaz de tranquilizarlo. Creó una rutina predecible para él en su nuevo hogar, y como había tantos extranjeros en Yokohama, consiguió encontrar una maestra de educación especial estadounidense dispuesta a ir a su casa y trabajar con él cinco días a la semana. Daisuke nunca podría ir a un colegio normal, conseguir trabajo o vivir solo, pero Ayame creía que podía hacer y saber más de lo que se esperaba de él, que era muy poco. Haruki le estaba agradecido por su consideración. No podía evitar admirar la habilidad de su esposa para resolver problemas y ocuparse de tantas cosas nuevas sin quejarse nunca. Era cinco años mayor que él, la hija mayor de una familia budista muy conservadora, y asumía que su crianza estricta tenía mucho que ver con su paciencia y aguante. Su madre le dijo en más de una ocasión que Ayame lo amaba, aunque no se lo merecía.

Daisuke dormía una siesta a primera hora de la tarde, tomaba un almuerzo tardío y después tenía tres horas de clase con lecciones, juegos y cuentos con su profesora, la señorita Edith. Durante sus clases, Ayame iba al baño público y a hacer la compra. El calor de julio en Yokohama era más suave que en Osaka y a Ayame no le importaba caminar después del baño. Invariablemente, el polvo de la calle y la humedad le estropeaban la sensación de pureza, pero Ayame se alegraba de estar sola. Le quedaba más de una hora antes de que Edith se marchara, así que tomó la vía verde a través del parque junto al cementerio. Todavía no había oscurecido y el día tenía una luz azulada. Bajo el dosel de hojas verdes, Ayame se sentía limpia y contenta. Para la cena había planeado comprar un par de pinchos del *yakitori* que tanto gustaba a Daisuke y que una pareja mayor vendía a cierta distancia de su apartamento.

Al pasar junto a un matorral escuchó el ligero susurro de las ramas. Desde su infancia le habían encantado los pájaros, incluso los enormes cuervos negros que la mayoría de los niños temían, de modo que se acercó con cautela al denso grupo de árboles. Mientras se acercaba, vio a un hombre atractivo apoyado contra un árbol con los ojos cerrados. Tenía los pantalones

por las rodillas y había otro hombre arrodillado ante él, con la cabeza a la altura de su pálida cadera. Ayame contuvo el aliento y retrocedió en silencio. Los hombres no la habían visto. No estaba en peligro, pero aceleró el paso con el corazón latiendo como si fuera a salirse de su cuerpo. La hierba seca atravesaba sus sandalias. Ayame corrió hasta llegar a la zona pavimentada, donde podía ver peatones.

En la bulliciosa calle frente al cementerio, nadie se fijó en ella. Se secó el sudor de la frente. ¿Cuándo había sido la última vez que su marido la había deseado? Que se casaran había sido sugerencia de su madre y, en su breve noviazgo, Haruki había sido considerado y amable. Ella no era virgen cuando se casó; se había acostado con dos hombres que se habían negado a casarse con ella. Había existido otro hombre, un distribuidor de tela que la había rondado durante meses, pero cuando Ayame descubrió que estaba casado, se negó a ir al motel con él, porque solo se había acostado con los anteriores como un modo para llegar a casarse, y con aquel no tenía sentido. A diferencia de los demás, Haruki nunca le había pedido que fuera con él a un motel. Ella pensaba que habría sido incómodo para él, puesto que ella trabajaba con su madre. No podía evitar admirar su ética y buenos modales.

Su matrimonio había sido consumado. Al principio, cuando Haruki y ella intentaban tener un bebé, hacían el amor regularmente; rápida y limpiamente, respetando los deseos de Ayame cuando no era el momento adecuado del mes. Después de dos años, los médicos habían determinado que ella era estéril y parecía que Daisuke se convertiría efectivamente en su hijo. No habían vuelto a hacer el amor. Ella nunca había estado interesada en el sexo y él no se acercaba a ella para esas cosas.

Ayame seguía el horario de Daisuke y se iba a la cama temprano, mientras que Haruki se despertaba tarde y se iba a la cama tarde. Sus distintos horarios de sueño evitaban que tuvieran encuentros regulares en la cama. Aunque ella no estuviera interesada en el sexo, era consciente de que, en general, los hombres lo necesitaban, y eso era preferible a que su marido no quisiera acostarse con ella. Ayame se culpaba de que Haruki ya no hiciera el amor con ella. Era mayor. Su rostro amarillento era ordinario y redondo y estaba demasiado delgada, con unas piernas y brazos larguiruchos. Para intentar engordar comía todo lo que podía, sobre todo golosinas, pero le era imposible ganar peso. En su adolescencia, sus hermanos se habían burlado de ella por estar más plana que el suelo. Si hubiera querido, podría haber usado ropa de

estudiantes de secundaria. Cada día, por costumbre y funcionalidad, Ayame se ponía uno de los muchos jerséis de colores oscuros que ella misma tejía. Tenía jerséis de todos los colores y tejidos. En verano, eran de lino o algodón.

Cuando llegó al puesto de *yakitori* favorito de Daisuke, sacó su monedero de la bolsa donde guardaba las cosas del baño y pidió a la anciana alitas de pollo, mollejas y pechuga con cebolletas. Mientras la mujer preparaba el pedido tras el humeante mostrador, Ayame recordó el rostro extasiado del hombre apoyado en el tronco. ¿Querría Haruki que se arrodillara ante él? Por supuesto, ella sabía que los hombres y mujeres hacían muchas cosas, pero no había visto a nadie más haciendo el amor. Había leído dos novelas de D. H. Lawrence. A sus treinta y siete años, Ayame quería saber más sobre el sexo. ¿Se avergonzaría Haruki de ella?

La mujer comprobó la diminuta esfera de su reloj de pulsera, un regalo de cumpleaños de la madre de Haruki. Todavía quedaban cuarenta minutos hasta que tuviera que regresar a casa. Ayame dio media vuelta.

Cuando regresó a los matorrales, los dos hombres se habían marchado pero en su lugar había al menos cinco parejas más. Mujeres y hombres estaban tumbados en las zonas más apartadas, y dos hombres que no llevaban pantalones se acariciaban el uno al otro mientras susurraban. Había una pareja recostada sobre un grueso pliego de papel de estraza marrón que hacía ruido cada vez que se movían. Una mujer alta la vio mirando pero no se detuvo; en lugar de eso, cerró los ojos y gimió de placer mientras el hombre le masajeaba los pechos. Parecía querer que Ayame los mirara, y eso la animó a acercarse. El sonido de los suaves gemidos de los amantes era como el canto de los pájaros al final de la tarde. Se acordó de Daisuke, que querría cenar.

Tres días después, tras otro largo baño, Ayame fue directamente al parque detrás del cementerio. Reconoció a una mujer y un hombre, pero también había otros a los que no parecía importarles su solitaria presencia. Todos allí formaban parte del secreto de los demás, y Ayame se sentía segura entre ellos. Cuando ya se marchaba, una chica encantadora se acercó a ella.

—¿Por qué vienes tan temprano? De noche es mucho mejor.

Ayame no sabía qué decir, pero le pareció que sería maleducado no responder.

—¿A qué te refieres?

—Si quieres hacer cosas, más tarde hay más gente. —La chica se rio—. ¿No te gusta hacer cosas?

Ayame negó con la cabeza.

—Yo, esto... No.

—Si tienes dinero, podría hacerte cosas yo. Prefiero hacerlo con chicas.

Ayame contuvo el aliento. La chica era rolliza de un modo muy bonito y tenía las mejillas sonrosadas. Tenía unos preciosos brazos blancos, tan regordetes y suaves como los de una mujer en una pintura italiana. Con su blusa de crepé semitransparente y su falda estampada de color azul marino, parecía una atractiva oficinista. La muchacha tomó la mano de Ayame y la deslizó en el interior de su blusa; Ayame notó la suave elevación de los grandes pezones de la chica.

—Me gusta este hueso entre tu cuello y tus hombros. Eres muy guapa. Ven a verme, suelo estar aquí al atardecer. Hoy he empezado antes porque tengo una cita, pero llega un poco tarde. Normalmente estoy cerca de esos arbustos. Me gusta chupar cosas. ¿Nee? —dijo, riéndose y se humedeció los labios con su lengua de color fresa—. Y puedo traer algunos juguetes para ti —añadió, antes de regresar a su puesto.

Desconcertada, Ayame asintió y se marchó a casa. La mano izquierda le quemaba y se acarició la clavícula con ella, en la que nunca había reparado.

Los tres meses siguientes, Ayame se aferró a su vieja ruta hacia el *sentō* y fue directa desde allí a las calles comerciales para hacer la compra. Regresó fielmente a sus rutinas con Daisuke y, mientras se bañaba, intentaba no pensar en aquella chica. Ayame no era una ignorante; incluso de pequeña había sabido que la gente hacía muchas cosas curiosas. Lo que la desconcertaba era aquel deseo tardío de saber más, aunque no tenía a nadie a quien preguntar. Su marido no parecía haber cambiado: era trabajador y educado y rara vez estaba en casa. Era cariñoso con Daisuke. Cuando tenía tiempo libre iba a ver a su amigo coreano, Mozasu, y a su hijo Solomon, o llevaba a su hermano a dar un paseo por el parque o al *sentō* para dejar a Ayame algún tiempo a solas. De vez en cuando, los tres iban al mismo restaurante *yakiniku* donde el propietario les daba una sala privada en la parte de atrás. A Daisuke le gustaba cocinar su propia comida en la parrilla.

Después de que Daisuke se quedara dormido por las noches, las veladas eran tranquilas. Ayame leía libros de recetas y revistas de costura y de crochet.

A pesar de sus grandes esfuerzos, ya no era solo en el *sentō*: Ayame pensaba en la chica todo el día, mientras horneaba un esponjoso bizcocho o quitaba el polvo a los muebles. Lo que la confundía era que la chica de la blusa verde parecía muy sana y divertida, nada parecido a lo que había visto en las películas dramáticas sobre mujeres extraviadas de malas familias. La chica era tan seductora como una cara sandía vendida en unos grandes almacenes.

Era sábado por la noche, a finales de noviembre, y Daisuke se había quedado dormido antes de lo habitual. Haruki estaba en comisaría poniéndose al día con los informes porque allí había suficiente silencio para trabajar sin que lo molestaran. Ayame estaba en la sala de estar intentando leer un libro sobre técnicas inglesas de horneado, pero su mente no dejaba de vagar. Cerró el libro y decidió darse otro baño, aunque ya había tomado uno ese día. Daisuke roncaba suavemente cuando se marchó de casa.

Se sumergió en el agua caliente del *sentō* temiendo que alguien pudiera ver el deseo en su rostro. Se preguntó si conseguiría reunir el valor para pedirle a su marido que le hiciera el amor. Cuando las puntas de sus dedos se arrugaron, se vistió y se peinó el cabello. Fuera, las farolas brillaban con fuerza y la acera negra resplandecía en la noche. Ayame caminó hacia el cementerio.

A pesar del frío, había demasiados amantes para contarlos. Algunas parejas observaban cómo otras hacían el amor y se masturbaban. Había cuerpos desnudos amontonados bajo los grandes árboles y una hilera de hombres con otros de rodillas ante ellos. Observar sus caras resultaba fascinante. Quería que Haruki la tomara en sus brazos y le hiciera el amor salvajemente. Apenas había un poco de luz en el cielo nocturno, solo una pequeña luna deformada y un leve rocío de estrellas de invierno. Ayame caminó a través de los hombres y mujeres. Junto a un roble impresionante, dos hombres hacían el amor; el más alto, cuyos brazos rodeaban al más joven, llevaba un traje gris muy parecido al que ella había hecho para su marido. La mujer se acercó y lo vio con los ojos cerrados mientras abrazaba al joven de la camiseta interior de algodón que jadeaba de excitación. Se escondió al otro lado del follaje. Contuvo el aliento y observó a su marido haciendo el amor. Lo era. Era él.

Cuando Haruki y el joven de la camisa blanca acabaron, se pusieron la ropa

sin hablar y se alejaron sin decirse adiós. No vio a Haruki dando dinero al joven, pero eso podía haber ocurrido antes; no sabía cómo funcionaban aquellas cosas. ¿Importaría que le hubiera pagado?, se preguntó.

Ayame se sentó en las raíces de un viejo árbol no lejos de una pareja que jadeaba y se miró fijamente las puntas de los dedos, que estaban lisas de nuevo. No tenía otra opción que esperar hasta que él se hubiera alejado, pero si llegaba a casa antes que ella tendría que decirle que había estado en el *sentō*, lo que no era verdad.

—Hola. —La chica llevaba una blusa blanca esta vez y resplandecía en la oscuridad haciéndola parecer un ángel—. ¿Has traído dinero?

Se agachó para ponerse al nivel de Ayame y acercó el escote a su cara como si fuera a amamantarla. Se abrió la blusa y le mostró los senos sobre las copas de tela de su sujetador.

La chica era preciosa. Ayame se preguntó por qué no poseía ella unos rasgos tan adorables y atractivos en lugar de aquel cuerpo marchito que no podía ni concebir ni ser amado.

—Puedes pagarme después, si quieres. —La chica miró la bolsa de Ayame—. Te has dado un baño, como una niña buena, y estás limpia. Ven con mamá. Puedes lamarme, eso me gusta. Después yo te lo haré a ti. Pareces asustada, ¿por qué? Esto va a ser muy bueno y dulce.

La muchacha le agarró la mano derecha y se la metió bajo la falda; Ayame sintió a otra mujer por primera vez. Su sexo era suave y tierno.

—¿*Daijoubu*?

Se acercó a Ayame de rodillas, le tomó la mano izquierda y se metió el dedo anular en la boca mientras se subía a su regazo. Aspiró su cabello húmedo.

—Casi puedo beberme tu champú. Hueles muy bien. *Aka, aka*, te sentirás mejor mientras hacemos el amor. Estarás en el paraíso.

Ayame se escondió en la calidez del cuerpo de la chica.

Mientras abría la boca, la chica le acercó la bolsa.

—¿Tienes el dinero aquí? Necesito mucho. Mamá tiene que comprar muchas cosas para estar guapa para su bebé.

Ayame retrocedió y empujó a la chica, que cayó hacia atrás.

—Eres repugnante. Repugnante —dijo, levantándose.

—¡Vieja zorra flacucha! —gritó la chica, y Ayame oyó su risa gutural alejándose mientras corría—. ¡Eres tan fea que tienes que pagar para

conseguir amor!

No dejé de correr hasta que llegó al *sentō*.

Cuando por fin regresó a casa, Haruki estaba preparando un aperitivo para su hermano.

—*Tadaima* —dijo en voz baja.

—¿Dónde has estado, Ayame? —le preguntó Daisuke con expresión preocupada. Tenía el rostro asimétrico de un hombre pálido y flaco con los ojos extraordinarios de un niño muy pequeño, desguarnecidos y capaces de expresar alegría. Llevaba el pijama amarillo que ella le había planchado aquella mañana.

Haruki asintió y sonrió. Nunca antes había encontrado a su hermano solo. Cuando llegó, Daisuke estaba llorando en su cama, llamando a su madre. No quería decírselo a Ayame para que no se sintiera mal por llegar tarde.

—Estaba en el baño, Daisuke. Siento mucho llegar tarde. Pensé que estabas dormido, y hacía tanto frío que fui a darme otro baño.

—Tenía miedo... Tenía miedo... —dijo Daisuke, y sus ojos se humedecieron de nuevo—. Quería que viniera mamá.

Se sentía incapaz de mirar a Haruki a la cara. Todavía no se había quitado el traje.

Daisuke se acercó a ella y Haruki se quedó junto a la encimera guardando la caja de *senbei*. Recitó con voz cantarina las frases que le gustaba repetir siempre que ella volvía a casa del *sentō*.

—Ayame está limpia. Se ha dado un baño. Ayame está limpia. Se ha dado un baño.

—¿Estás cansado? —le preguntó la mujer.

—No.

—¿Quieres que te lea un cuento?

—*Hai*.

Haruki los dejó en la sala de estar leyendo un cuento sobre trenes antiguos. Ayame asintió cuando su marido le dio las buenas noches antes de irse a la cama.

7

Yokohama, marzo de 1976

Un agente se había jubilado antes de terminar el informe de un suicidio que finalmente había acabado sobre la mesa de Haruki. Un chico coreano de doce años había saltado desde la azotea de su edificio de apartamentos. La madre estaba demasiado histérica para ser interrogada en el momento, pero estaba dispuesta a recibir a Haruki aquella noche después del trabajo.

Los padres del chico vivían cerca del barrio chino. El padre era ayudante de fontanero y la madre trabajaba en una fábrica de guantes. Tetsuo Kimura, el chaval que se había suicidado, era el mayor de tres y tenía dos hermanas.

Antes de que la puerta del apartamento se abriera, los olores familiares del ajo, el *shoyu* y el *miso* fuerte que los coreanos preferían recibieron a Haruki en el pasillo húmedo. Todos los inquilinos del edificio de seis plantas, propiedad de un coreano, eran también coreanos. La madre del muchacho, cabizbaja y tímida, lo invitó a pasar al interior del apartamento de tres dormitorios. Haruki se quitó los zapatos de calle para ponerse las zapatillas que le ofreció. El padre, con un mono de trabajo limpio, estaba sentado en la sala de estar con las piernas cruzadas sobre un cojín azul. La madre preparó una bandeja con tazas y galletas envueltas. El padre tenía un libro en su regazo.

Después de entregar al padre su tarjeta de visita, Haruki se sentó en uno de los cojines. La madre le sirvió una taza de té y se sentó sobre sus rodillas.

—Usted todavía no ha visto esto —dijo el padre, entregándole el libro a Haruki—. Debería saber qué ocurrió. Esos niños deberían ser castigados.

El hombre, de torso alargado, tez cetrina y mandíbula cuadrada, no lo miró al hablar.

El libro era un anuario de secundaria. Haruki abrió el grueso volumen por la página marcada con un trozo de papel. Había hileras y columnas de fotografías en blanco y negro de estudiantes, todos con uniforme: algunos sonreían, otros mostraban los dientes; en general había pocas variaciones. De inmediato localizó a Tetsuo, que tenía la cara alargada de su madre y la boca pequeña de su padre. Se trataba de un chico de aspecto apacible con los hombros estrechos. Había algunos mensajes escritos a mano sobre las fotografías.

«Tetsuo, buena suerte en el instituto. Hiroshi Noda».

«Dibujas muy bien. Kayako Mitsuya».

Haruki debía parecer confuso, porque no veía nada inusual. Entonces el padre le pidió que mirara la última página.

«Muérete, coreano de mierda».

«Deja de pedir paguitas. Los coreanos estáis arruinando el país».

«No le caes bien a nadie».

«Los coreanos son unos delincuentes y unos cerdos. Lárgate de mi país. ¿Qué estás haciendo aquí?».

«¡¡¡Hueles a ajo y basura!!!».

«¡Si pudiera te cortarías la cabeza yo mismo, pero no quiero ensuciar mi cuchillo!».

La caligrafía era variable y parecía falsificada. Algunas letras estaban sesgadas a la derecha o a la izquierda; los distintos autores habían intentado a propósito ocultar sus identidades.

Haruki cerró el anuario y lo dejó a su lado en el suelo. Tomó un sorbo de té.

—¿Su hijo nunca mencionó que los demás lo molestaban?

—No —respondió la madre rápidamente—. Nunca se quejaba. Nunca. Decía que nunca lo habían discriminado.

Haruki asintió.

—No fue por ser coreano. Ese tipo de cosas pasaban antiguamente, pero ahora la situación ha mejorado. Conocemos a muchos japoneses amables — continuó la madre.

Incluso con el anuario cerrado, Haruki podía ver las palabras en su mente. El ventilador que había en el suelo hacía circular una corriente constante de aire caliente.

—¿Ha hablado con sus profesores? —le preguntó la mujer.

El agente jubilado lo había hecho. Los profesores habían dicho que el niño

era un buen estudiante pero demasiado callado.

—Sacaba unas notas estupendas. Los demás le tenían envidia porque era más listo que ellos. Mi hijo aprendió a leer con tres años —dijo la madre.

El padre suspiró y posó la mano con suavidad en el antebrazo de su esposa para que no hablara más.

—El invierno pasado, Tetsuo nos preguntó si podía dejar de ir a clase para trabajar en la verdulería de su tío —le explicó—. Es una tienda pequeña cerca del parque, bajando la calle. Mi cuñado estaba buscando a un chico para romper las cajas y ocuparse de cobrar. Tetsuo dijo que quería trabajar con él, pero le dijimos que no. Ninguno de nosotros terminamos el instituto y no queríamos que él lo dejara. No tenía sentido que trabajara en algo así, que dejara los estudios siendo tan buen alumno. Mi cuñado apenas sobrevive, así que mi hijo no habría cobrado demasiado. Mi esposa quería que consiguiera un buen trabajo en una fábrica de electrónica. Si hubiera terminado el instituto, entonces... —El padre se cubrió la cabeza con sus manos grandes y ásperas, presionando su escaso cabello—. Trabajar en el sótano de una tienda, hacer inventario... Esa no es una vida fácil, ¿sabe? Mi hijo tenía talento. Recordaba cualquier cara y la dibujaba a la perfección. Podía hacer muchas cosas que nosotros no sabíamos hacer.

—Mi hijo era trabajador y honrado —dijo la madre con calma—. Nunca hizo daño a nadie. Ayudaba a sus hermanas a hacer sus deberes...

Su voz se quebró.

De repente, el padre se giró para mirar a Haruki.

—Los chicos que escribieron eso deberían ser castigados. No espero que vayan a la cárcel, pero no deberían permitirles escribir cosas así. —Negó con la cabeza—. Debería haber dejado los estudios. Habría sido mejor que trabajara en el sótano de una tienda o pelando cebollas en un restaurante *yakiniku*. Preferiría que mi hijo viviera así, a no tenerlo. A mi esposa y a mí nos han tratado mal aquí, pero es porque somos pobres. Hay coreanos ricos a los que les va mejor. Pensábamos que sería distinto para nuestros hijos.

—¿Nacisteis aquí? —les preguntó Haruki. Su acento no era diferente del de los japoneses nacidos en Yokohama.

—Sí, por supuesto. Nuestros padres vinieron de Ulsan.

Ulsan estaba en lo que en ese momento era Corea del Sur, pero Haruki suponía que la familia estaba afiliada al gobierno de Corea del Norte, como muchos de los coreanos. *Mindan* era mucho menos popular. Los Kimura

probablemente no podían pagar la matrícula de los colegios norcoreanos y enviaban a sus hijos a la escuela local japonesa.

—¿Son ustedes *chosenjin*?

—Sí, pero ¿qué importa eso? —preguntó el padre.

—No importa. No debería importar. Disculpe. —Haruki miró el anuario—. ¿Lo sabe el colegio? Lo de estas notas. En el informe no se decía nada sobre ningún otro estudiante.

—Me tomé la tarde libre para enseñárselo al director. Me dijo que era imposible saber quién había escrito esas cosas —dijo el padre.

—*Soo, soo* —dijo Haruki.

—¿Por qué no pueden ser castigados los niños que escribieron esto? ¿Por qué? —preguntó la madre.

—Hay varios testigos que lo vieron saltar de la azotea, y estaba solo. Nadie empujó a su hijo. No podemos arrestar a todos los que dicen o escriben algo malvado...

—¿Por qué no puede la policía obligar al director a...? —El padre lo miró fijamente y, al ver la expresión de derrota de Haruki, apartó la mirada—. Vosotros trabajáis para asegurarnos de que nada cambie nunca. *Sho ga nai. Sho ga nai.* Eso es lo único que oigo.

—Lo siento. Lo siento —dijo antes de marcharse.

A las ocho de la tarde, Paradaisu Yokohama estaba abarrotado. La avalancha volcánica de campanillas, el repiqueteo de las bolitas en los cuencos de metal en miniatura, los pitidos y destellos de las luces de colores y los gritos guturales de bienvenida del obsequioso personal eran como un indulto al doloroso silencio en su cabeza. A Haruki ni siquiera le importaban las densas volutas de humo de tabaco que se elevaban como una capa de bruma gris sobre las cabezas de los jugadores sentados ante las hileras e hileras de animadas máquinas verticales. Tan pronto como Haruki entró en el salón, el encargado japonés corrió hacia él y le preguntó si quería té. El señor Boku estaba en el despacho, reunido con un representante, y bajaría pronto. Haruki y Mozasu cenaban juntos todos los jueves y él estaba allí para recogerlo.

Era justo decir que casi todos los del salón querían ganar algún dinero extra apostando. No obstante, los jugadores también acudían allí para escapar de

las calles siniestramente silenciosas donde pocos decían hola, para alejarse de los hogares sin amor donde las esposas dormían con los niños en lugar de con sus maridos, y para evitar los sofocantes trenes en la hora punta donde estaba bien empujar pero no estaba bien hablar con desconocidos. Cuando Haruki era más joven, no había jugado demasiado al *pachinko*, pero desde que se mudó a Yokohama se permitía buscar algo de consuelo allí.

No tardó nada en perder varios miles de yenes, así que compró otra bandeja de bolas. Haruki no era derrochador con su herencia, pero su madre había ahorrado tanto que tendría suficiente aunque lo despidieran y perdiera una fortuna. Cuando Haruki pagaba a jóvenes para que se acostaran con él, podía permitirse ser generoso. De todos los vicios, el *pachinko* parecía insignificante.

Las pequeñas bolas de metal zigzagueaban rítmicamente a lo largo de la cara rectangular de la máquina y Haruki movía el dial continuamente para que siguiera en marcha. *No*, habría querido decir al padre de Tetsuo, *¿cómo podría encontrar al culpable de un crimen que no existe? No puedo castigarlo y no podría haberlo evitado*. No, no podía decir esas cosas. A nadie. Nunca había podido. Desde que era niño, Haruki había querido ahorcarse y ese pensamiento todavía lo frecuentaba. De todos los crímenes, el que mejor comprendía era el suicidio; si hubiera podido, primero habría matado a Daisuke y después se habría suicidado. Pero nunca podría matar a Daisuke y ahora no podía hacerle algo tan horrible a Ayame. Ellos eran inocentes.

La máquina se detuvo de repente. Levantó la mirada y vio a Mozasu con el cable del enchufe. Llevaba un traje negro con un pin rojo de Paradaisu Yokohama en la solapa de su chaqueta.

—¿Cuánto has perdido, tonto?

—Un montón. La mitad de mi sueldo.

Mozasu sacó la cartera y ofreció a Haruki un fajo de billetes de yen, pero Haruki no lo aceptó.

—Ha sido culpa mía. A veces gano, ¿no?

—No a menudo.

Mozasu metió el dinero en el bolsillo del abrigo de Haruki.

En el *izakaya*, Mozasu pidió una botella de cerveza y sirvió a Haruki. Estaban sentados en la barra, en taburetes de madera tallada. El propietario les sirvió un plato de soja salteada porque siempre empezaban con eso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Mozasu—. Estás hecho una mierda.

—Un chaval se ha tirado de una azotea. Hoy he tenido que hablar con sus padres.

—Vaya. ¿De qué edad?

—Estaba en secundaria. Coreano.

—¿Eh?

—Deberías haber visto lo que los putos críos le escribieron en el anuario.

—Probablemente la misma mierda que escribieron en el mío.

—¿*Maji*?

—Sí. Todos los años, un grupo de cabezas huecas me decían que volviera a Corea o que me muriera lentamente. Cosas de críos cabrones.

—¿Quién? ¿Alguien a quien conociera?

—Fue hace mucho tiempo. Además, ¿qué vas a hacer? ¿Arrestarlos? —Mozasu se rio—. Entonces, ¿estás triste por eso? ¿Por el chico?

Haruki asintió.

—Tienes debilidad por los coreanos —dijo Mozasu, sonriendo—. Qué idiota.

Haruki empezó a llorar.

—¿Qué diablos? Oye, oye.

Mozasu le dio unas palmaditas en la espalda.

El camarero apartó la mirada y limpió el espacio de la barra que acababa de abandonar un cliente.

Haruki se agarró la cabeza con la mano derecha y cerró los ojos húmedos.

—El pobre crío no pudo aguantarlo más.

—Oye, tío, no hay nada que tú puedas hacer. Este país no va a cambiar. Los coreanos como yo no podemos marcharnos. ¿A dónde vamos a ir? Pero los coreanos de Corea tampoco están cambiando. En Seúl llaman a la gente como yo bastardos japoneses, y en Japón solo soy un sucio coreano más sin importar cuánto dinero gane o lo simpático que sea. Así que, ¿qué demonios? Toda esa gente que volvió al norte está muerta de hambre o muerta de miedo.

—Mozasu buscó los cigarrillos en sus bolsillos—. La gente es horrible en todas partes. Bebe un poco de cerveza.

Haruki bebió un poco y se atragantó.

—Cuando era niño quería morirme —confesó Haruki.

—Yo también. Todos los putos días pensaba que sería mejor que me muriera, pero no podía hacerle eso a mi madre. Más tarde, cuando dejé el colegio, no volví a sentirme así. Cuando Yumi murió, no sabía si lo conseguiría, ¿sabes? Pero entonces no podía hacerle eso a Solomon. Y mi madre, bueno, ya sabes, ha cambiado después de la desaparición de Noa. No sería capaz de decepcionarla tanto. Ella dice que mi hermano se marchó porque se sentía superado en Waseda y estaba avergonzado. No creo que eso sea cierto. En el colegio nunca hubo nada difícil para él. Está viviendo en alguna parte y no quiere que lo encontremos. Creo que se cansó de intentar ser un buen coreano, que se rindió. Yo nunca fui un buen coreano. —Mozasu encendió su cigarrillo—. Pero las cosas mejoran. La vida es una mierda, pero no todo el tiempo. Etsuko es genial. No esperaba encontrar a alguien como ella. ¿Sabes? Voy a ayudarla a abrir un restaurante.

—Es una mujer agradable. Puede que te cases otra vez.

A Haruki le caía bien la nueva novia japonesa de Mozasu.

—Etsuko no quiere casarse de nuevo. Sus hijos ya la odian lo suficiente. Convertirían su vida en un infierno si se casara con un coreano que trabaja en el *pachinko*.

Mozasu resopló.

Haruki seguía estando triste.

—Hombre, la vida va a seguir zarandeándote, pero tienes que seguir jugando.

El policía asintió.

—Antes siempre pensaba que, si mi padre no se hubiera largado, todo iría bien —dijo Haruki.

—Olvídalo. Tu madre era una gran mujer; mi esposa creía que era lo mejor de lo mejor: dura y lista y siempre justa con todo el mundo. Tenerla a ella fue mejor que tener cinco padres. Yumi decía que era la única japonesa para la que trabajaría.

—Sí. Mamá era una gran mujer.

El propietario les llevó las ostras fritas y los pimientos *shishito*.

Haruki se secó los ojos con una servilleta y Mozasu le sirvió otro vaso de cerveza.

—No sabía que los chicos escribían esas cosas en tus anuarios. Tú siempre

me protegías. Y yo no lo sabía.

—Olvídalo. Estoy bien. Ahora estoy bien.

8

Nagano, agosto de 1978

El chófer de Hansu encontró a Sunja en la puerta norte de la estación de Yokohama, como le habían pedido, y la condujo hasta el automóvil negro en cuya parte de atrás estaba Hansu sentado.

Sunja se acomodó en el asiento de terciopelo y se tiró de la chaqueta para cubrir la curva de su barriga de *ajumma*. Llevaba un vestido importado de un diseñador francés y unos zapatos de cuero italianos que la novia de Mozasu, Etsuko, había elegido para ella. A sus sesenta y dos años, Sunja parecía lo que era: la madre de dos hombres adultos, una abuela y una mujer que se había pasado la mayor parte de su vida trabajando al sol. A pesar de la ropa de una adinerada matrona de Tokio, su piel arrugada y manchada y el cabello corto blanco la hacían parecer vieja y ordinaria.

—¿A dónde vamos?

—A Nagano —contestó Hansu.

—¿Es allí donde está?

—Sí. Se hace llamar Nobuo Ban. Lleva allí dieciséis años. Está casado con una mujer japonesa y tiene cuatro hijos.

—¡Solomon tiene cuatro primos! ¿Por qué no nos lo dijo?

—Ahora es japonés. En Nagano nadie sabe que es coreano. Su esposa y sus hijos no lo saben. En su mundo todos creen que es japonés.

—¿Por qué?

—Porque no quiere que nadie sepa nada de su pasado.

—¿Tan fácil es hacer eso?

—Bastante fácil. Además, a nadie le importa lo suficiente para indagar.

—¿A qué te refieres?

—Dirige un salón de *pachinko*.

—¿Como Mozasu?

Había coreanos en cada aspecto del negocio del *pachinko*, desde los salones y los premios a los fabricantes de las máquinas, pero ella nunca habría esperado que Noa se dedicara a lo mismo que Mozasu.

—*Soo nee*. ¿Cómo está Mozasu? —le preguntó Hansu.

—Bien.

Sunja asintió. Le estaba costando concentrarse.

—¿Le va bien el negocio?

—Ha comprado otro salón en Yokohama.

—¿Y Solomon? Debe estar muy grande ya.

—Le va bien en el colegio. Estudia mucho. Quiero saber más cosas sobre Noa.

Hansu sonrió.

—Es bastante rico.

—¿Sabe que vamos a verlo?

—No.

—Pero...

—Él no quiere vernos. Bueno, no quiere verme a mí. Quizá quiera verte a ti, pero en ese caso te habría dicho dónde está.

—Entonces...

—No deberíamos hablar con él hoy, pero he pensado que querrías verlo con tus propios ojos. Va a estar en su despacho.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —dijo Hansu, cerrando los ojos y apoyándose contra el reposacabezas cubierto de encaje blanco. Estaba tomando varios medicamentos que le hacían sentirse mareado.

Su plan era esperar hasta que Noa saliera de su despacho como hacía normalmente para almorzar en el restaurante de *soba* al otro lado de la calle. Cada día, tomaba un almuerzo sencillo en un restaurante diferente y los miércoles comía *soba*. Los investigadores privados de Hansu le habían detallado la vida de Noa en Nagano en un informe de veintiséis páginas, y lo que resultaba más llamativo era su inquebrantable necesidad de rutina. Noa no bebía alcohol, no apostaba y no tonteaba con mujeres. No practicaba ninguna religión y su esposa y sus cuatro hijos vivían en una casa modesta como cualquier otra familia japonesa de clase media.

—¿Crees que almorzará solo?

—Siempre lo hace. Hoy es miércoles, así que comerá *zaru soba*. Habrá terminado en menos de quince minutos, leerá un poco de su novela en inglés y después regresará a su despacho. Por eso tiene tanto éxito, creo. No comete errores. Noa tiene un plan.

Había una especie de orgullo territorial en la voz de Hansu.

—¿Crees que querrá verme?

—Es difícil saberlo —le dijo—. Deberías esperar en el coche y verlo desde allí; después el chófer nos llevará de vuelta a Yokohama. Podemos volver la semana que viene si quieres. Quizá podrías escribirle primero.

—¿Qué diferencia hay entre hoy y la semana que viene?

—Puede que, si lo ves y sabes que está bien, no necesites hablar con él. Él ha elegido esta vida, Sunja, y quizá quiere que lo respetemos.

—Es mi hijo.

—Y el mío.

—Noa y Mozasu son mi vida —dijo Sunja. Hansu asintió. Él nunca había sentido eso por sus hijos. En realidad no—. He vivido solo por ellos.

No estaba bien decir eso. En la iglesia, el pastor decía que las madres se preocupaban demasiado por sus hijos y que esa veneración por la familia era un tipo de idolatría. Uno no debía amar a la familia más que a Dios, contaba. El pastor decía que la familia nunca te daría lo que solo Dios puede darte. Pero ser madre y querer tanto a sus hijos la había ayudado a entender un poco por lo que Dios había pasado. Ahora Noa tenía sus propios hijos; quizá él entendería cuánto había vivido ella por él.

—Mira. Está saliendo —dijo Hansu.

La cara de su hijo solo había cambiado un poco. El cabello canoso en las sienes sorprendió a Sunja, pero Noa tenía cuarenta y cinco años y ya no era un estudiante universitario. Llevaba unas gafas de montura redonda muy parecidas a las que Isak solía llevar, y su traje negro caía con sencillez sobre su cuerpo delgado. Su rostro era una copia del de Hansu.

Sunja abrió la puerta del coche y salió.

—¡Noa! —gritó, corriendo hacia él.

Noa se giró y miró a su madre, que estaba a menos de diez pasos de él.

—*Umma* —murmuró.

Se acercó a ella y le tocó el brazo. No había visto llorar a su madre desde el funeral de Isak. No era el tipo de mujer que lloraba fácilmente y se sentía mal por ella. Había imaginado que aquel día llegaría y se había preparado para ello, pero ahora que estaba allí, lo sorprendió su propia sensación de alivio.

—No te pongas así. Deberíamos ir a mi despacho —le dijo—. ¿Cómo has llegado aquí?

Sunja no podía hablar porque estaba jadeando. Tomó aliento profundamente.

—Koh Hansu me ha traído. Él te encontró y me trajo aquí porque yo quería verte. Está en el coche.

—Entiendo. Bueno, puede quedarse allí.

Cuando regresó a la oficina, sus empleados se inclinaron ante él. Sunja lo siguió hasta su despacho. Noa le ofreció asiento y cerró la puerta.

—Tienes buen aspecto, *umma*.

—Ha pasado mucho tiempo, Noa. He estado muy preocupada por ti —le dijo, pero al ver su expresión dolida, se detuvo—. Pero me alegro de que me hayas escrito. He ahorrado todo el dinero que me has enviado. Ha sido muy considerado por tu parte. —Noa asintió—. Hansu me ha dicho que estás casado y tienes niños.

Noa sonrió.

—Tengo un chico y tres niñas. Son muy buenos. Todos estudian mucho excepto mi hijo, que juega muy bien al baloncesto. Es el favorito de mi esposa. Se parece a Mozasu y también actúa como él.

—Sé que a Mozasu le gustaría verte. ¿Cuándo vendrás a vernos?

—No lo sé. No sé si podré.

—¿No hemos malgastado suficiente tiempo? Todos estos años... Noa, ten piedad. Ten piedad, por favor. Yo era una niña cuando conocí a Hansu. No sabía que estaba casado y, cuando lo descubrí, me negué a ser su amante. Entonces tu padre se casó conmigo para que pudieras tener un apellido. Toda mi vida he sido fiel a tu padre, Baek Isak, que fue un gran hombre. Incluso después de su muerte, he sido leal a su...

—Entiendo lo que hiciste. Sin embargo, mi padre biológico es Koh Hansu. Eso no puede cambiarse —dijo Noa sin emoción.

—Sí.

—Soy coreano y trabajo en este negocio indecente. Supongo que llevar la *yakuza* en la sangre es algo que te controla. Nunca podré librarme de él. —Se rio—. Esta es mi maldición.

—Pero tú no eres un *yakuza* —protestó Sunja—. ¿No es cierto? Mozasu es dueño de varios salones de *pachinko* y es muy honrado. Siempre está diciendo que es posible ser un buen jefe y evitar a la mala gente si...

Noa negó con la cabeza.

—*Umma*, yo soy honrado, pero en este negocio hay gente a la que no puedes evitar. Dirijo una empresa muy grande y hago lo que tengo que hacer.

Noa hizo una mueca, como si hubiera probado algo agrio.

—Eres un buen chico, Noa. Sé que lo eres... —dijo Sunja, y se sintió tonta por llamarlo chico—. Es decir, estoy segura de que eres un buen hombre de negocios. Y honrado.

Los dos se quedaron en silencio. Noa se cubrió la boca con la mano derecha. Su madre era una anciana y parecía agotada.

—¿Quieres un poco de té? —le preguntó. En el transcurso de los años, Noa había imaginado que su madre o su hermano aparecían en su casa, que lo descubrirían allí en lugar de en su despacho blanco bañado por el sol. Su madre se lo había puesto más fácil, acudiendo allí en lugar de a su casa. ¿Iría Hansu a su despacho?, se preguntó. Había tardado más en encontrarlo de lo que había esperado.

—¿Te gustaría comer algo? Puedo pedir...

Sunja negó con la cabeza.

—Deberías venir a casa.

Él se rio.

—Esta es mi casa. Ya no soy un niño.

—No me arrepiento de haberte tenido. Eres un tesoro para mí. No me marcharé...

—Aquí nadie sabe que soy coreano. Ni una sola persona.

—Yo no se lo diré a nadie. Lo comprendo. Haré lo que...

—Mi esposa no lo sabe. Su madre jamás lo toleraría. Mis hijos no lo saben, y yo no se lo diré. Mi jefe me despediría; no contrata a extranjeros. *Umma*, nadie puede saberlo...

—¿Tan horrible es ser coreano?

—Es horrible ser yo.

Sunja asintió y se miró sus manos entrelazadas.

—He rezado por ti, Noa. He rezado a Dios para que te proteja. Es lo único que puede hacer una madre. Me alegro de que estés bien.

Cada mañana iba a la primera misa y rezaba por sus hijos y sus nietos. Había rezado para que llegara aquel momento.

—Los niños, ¿cómo se llaman?

—¿Qué importa eso?

—Noa, lo siento. Tu padre nos trajo a Japón y después sabes que no pudimos marcharnos, debido primero a la guerra aquí, y después a la guerra allí. En Corea no había vida para nosotros y ahora es demasiado tarde. Incluso para mí.

—Yo volví —dijo el hombre.

—¿A qué te refieres?

—Ahora soy ciudadano japonés y puedo viajar. Fui a Corea del Sur de visita. Para ver mi supuesta patria.

—¿Eres ciudadano japonés? ¿Cómo? ¿De verdad?

—Es posible. Siempre es posible.

—¿Y fuiste a Busan?

—Sí, y visité Yeongdo. Es diminuta pero preciosa. —Los ojos de Sunja se llenaron de lágrimas—. *Umma*, ahora tengo una reunión. Lo siento. ¿Por qué no nos vemos la semana que viene? Yo iré. Quiero ver a Mozasu. Ahora tengo que ocuparme de algunos asuntos urgentes.

—¿De verdad? ¿Vendrás? —Sunja sonrió—. Oh, gracias, Noa. Me alegro mucho. Eres un buen...

—Será mejor que te marches. Te llamaré esta noche cuando estés en casa.

Sunja se levantó rápidamente y Noa la acompañó al punto donde se habían encontrado. No miró el coche de Hansu.

—Hablaremos más tarde —dijo, y cruzó la calle hacia su edificio.

Sunja observó a su hijo hasta que entró en el edificio y después llamó a la puerta del pasajero del coche de Hansu. El chófer salió y le abrió la puerta.

Hansu asintió.

Sunja sonrió, sintiéndose ligera y esperanzada.

El hombre la miró con atención y frunció el ceño.

—No deberías haberlo visto.

—Ha ido bien. Vendrá a Yokohama la semana que viene. Mozasu se

alegrará mucho.

Hansu ordenó al chófer que partiera y la escuchó hablar sobre su reunión.

Aquella noche, cuando Noa no la llamó, Sunja se dio cuenta de que no le había dado su número de teléfono en Yokohama. Por la mañana, Hansu se puso en contacto con ella. Noa se había disparado un par de minutos después de que Sunja saliera de su despacho.

9

Yokohama, 1979

Etsuko Nagatomi amaba a sus tres hijos, pero no los quería a todos igual. Ser madre le había enseñado que ese tipo de injusticia emocional era quizá inevitable.

A media mañana, ya había terminado todo lo que tenía que hacer para la fiesta de Solomon y estaba sentada en su despacho en la parte de atrás del amplio restaurante con paneles de madera de abedul. Tenía cuarenta y dos años, había nacido en Hokkaido y se había mudado a Yokohama seis años antes, después de su divorcio. Conservaba una belleza juvenil que le parecía más importante que ser propietaria de un restaurante. Etsuko llevaba su cabello de color azabache en un recogido que resaltaba su rostro alegre y ovalado. Desde lejos parecía severa, pero de cerca su cara era alegre, y sus pequeños ojos amistosos no se perdían nada. Se aplicaba el maquillaje con experticia, pues había usado carmín y polvos desde la secundaria, y el traje de lana roja de Saint Laurent que Mozasu le había comprado favorecía a su esbelta figura.

Aunque Etsuko normalmente se habría sentido satisfecha yendo tan por delante de lo planificado, aquel día no lo estaba. No dejaba de mirar el mensaje que le había mandado su hija Hana, que estaba en el instituto, desde un número de Tokio que no conocía. ¿Cómo había llegado hasta allí desde Hokkaido? Las llamadas de su hija podían durar cinco minutos o una hora, dependiendo, y Mozasu pronto iría a recogerla. Su novio era un hombre paciente en muchos sentidos, pero le gustaba que ella fuera puntual. Etsuko marcó de todos modos y Hana respondió al primer tono.

—He estado esperando.

—Lo siento. Acabo de recibir el mensaje.

Etsuko temía a su hija de quince años pero intentó sonar firme, como era con sus empleados.

—¿Dónde estás?

—Estoy embarazada de cuatro meses.

—¿*Nani*?

Etsuko casi podía ver los ojos grandes e imperturbables de su hija. Hana se parecía a las chicas de los cómics, con su bonita cabeza de chupón y su pequeño cuerpo infantil. Vestía para llamar la atención (faldas cortas, blusas transparentes y botas de tacón alto) y, en consecuencia, recibía esa atención de todo tipo de hombres. Ese era su *ummei*, pensó Etsuko; su exmarido solía descartar aquella idea del destino como una explicación perezosa para las malas decisiones que tomaba la gente. A pesar de ello, la vida no había hecho más que confirmar su creencia de que, efectivamente, existía un patrón. Para Etsuko, esto tenía que ocurrir porque de niña ella no había sido diferente. Cuando tenía diecisiete años se quedó embarazada de Tatsuo, el hermano mayor de Hana.

Etsuko y Hana permanecieron en silencio, pero la mala cobertura telefónica crepitaba como una fogata.

—Estoy en Tokio, en casa de un amigo.

—¿De quién?

—Es solo el primo de un amigo que vive aquí. Escucha, quiero ir a tu casa de inmediato.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees? Tienes que ayudarme con esto.

—¿Lo sabe tu padre?

—¿Eres estúpida?

—Hana...

—Sé cómo llegar. Tengo dinero. Te llamaré cuando esté allí.

Hana colgó.

Dos años después del divorcio, cuando Hana tenía once, le había preguntado a Etsuko si podían hablar como amigas en lugar de como madre e hija y ella había accedido porque se sentía agradecida de que su hija siguiera hablando con ella, fuera como fuera. Además, aceptó porque, cuando ella era

niña, había mentido a sus padres sobre todo. Pero Etsuko descubrió que dejar de ser madre también tenía sus inconvenientes. No podía hacer preguntas entrometidas y, si sonaba demasiado preocupada (algo que Hana odiaba), su hija colgaba el teléfono y no llamaba en semanas.

Etsuko se arrepentía de muchas cosas de su vida en Hokkaido, pero lo que más sentía era lo que su reputación había hecho a sus hijos. Sus hijos mayores, ya adultos, todavía se negaban a hablar con ella. Y saliendo con Mozasu solo había empeorado las cosas. Su hermana Mari y su madre la presionaban para que terminara con la relación. El negocio de las tragaperras era sucio, decían; el *pachinko* olía a pobreza y a delincuencia. Pero ella no se rendiría. Mozasu le había cambiado la vida. Era el único hombre al que nunca había engañado, algo que Etsuko jamás había creído posible.

La primavera antes de su treinta y seis cumpleaños, cuando todavía estaba casada y vivía en Hokkaido, Etsuko sedujo a otro de sus novios de instituto. Desde hacía tres años había tenido una serie de aventuras con distintos hombres de su adolescencia. Lo que más la sorprendía era lo difícil que le había parecido la primera vez y lo sencillo que había sido el resto. Los hombres casados estaban deseando que otra mujer los llamara. No era ningún problema llamar a un hombre con el que se había acostado veinte años antes e invitarlo a su casa para almorzar mientras sus hijos estaban en el colegio.

Aquella primavera empezó a acostarse con un novio de su primer año de instituto. Se había convertido en un atractivo mujeriego casado que todavía tenía tendencia a hablar demasiado. Una tarde, en su diminuta sala de estar de Hokkaido, mientras el casanova se vestía para regresar a su despacho, se quejó del hecho de que ella no dejaría a su marido, que prefería la compañía de sus compañeros de trabajo a la de su esposa. Posó la cabeza entre sus pequeños pechos y dijo: «Pero yo puedo dejar a mi mujer. Pídeme que lo haga». Ella no dijo nada. Etsuko no tenía intención de dejar a Nori y a los niños. Su queja por su marido no era porque fuera aburrido o no estuviera en casa suficiente. Nori no era una mala persona. Era solo que no lo conocía, después de diecinueve años de matrimonio, y dudaba que alguna vez lo hiciera. Él no parecía necesitarla excepto para que hiciera el papel de esposa y madre de sus hijos. Para Nori, eso era suficiente.

No había una buena excusa para su comportamiento, lo sabía. Pero por la noche, cuando Nori se sentaba en la mesa de la cocina para tomarse una cena que se había enfriado porque había llegado a casa tarde de nuevo después de

otra reunión de empresa, esperaba que llegara algo, algún entendimiento, algún sentimiento. Mientras lo miraba comer con los ojos clavados en el cuenco de arroz quería zarandearlo, porque en toda su vida nunca había esperado ese tipo de soledad. En aquella época, alguien le entregó un folleto religioso al salir del supermercado. En la portada, un ama de casa de mediana edad estaba representada como mitad esqueleto mitad carne. Al pie de la página decía: «Cada día estás más cerca de la muerte. Ya estás medio muerta. ¿De dónde viene tu identidad?». Había tirado el folleto casi tan pronto como lo recibió, pero la imagen se quedó con ella durante mucho tiempo.

La última vez que vio al casanova, este le dio un montón de poemas que había escrito para ella. Mientras se marchaba por la puerta de la cocina le confesó que solo la había amado a ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras le decía que su corazón era de ella. Durante el resto del día, Etsuko dejó de lado las labores domésticas para leer y releer aquellos poemas sensibleros y eróticos. No sabía si eran buenos o no, pero le gustaban. En su interior, Etsuko estaba asombrada por el esfuerzo que debieron requerir, y pensaba que, a su llamativa manera, él la quería. Al final, aquella aventura le había dado lo que había buscado en todas las demás: la seguridad de que lo que había entregado con tanta libertad en su juventud no había muerto ni desaparecido.

Aquella noche, mientras su familia dormía, Etsuko se metió en la bañera de madera y se ruborizó con lo que le parecía una victoria. Después del baño, se puso su *yukata* azul y blanca y se dirigió al dormitorio, donde su inocente marido roncaba suavemente. Una cosa estaba clara: si necesitaba que todos los hombres que la habían querido siguieran queriéndola, siempre estaría dividida, siempre sería infiel y nunca sería una buena persona. Se dio cuenta de que ser una buena persona era algo a lo que, después de todo, no había renunciado por completo. ¿Moriría viviendo de aquel modo? Por la mañana dijo al casanova que no la llamara más, y no lo hizo. Sencillamente pasó a la siguiente ama de casa guapa de la ciudad.

Pero un par de meses después, Nori encontró los poemas que ella debería haber destruido y la golpeó por primera vez desde que se casaron. Sus hijos intentaron detenerlo y Hana, que entonces solo tenía nueve años, gritó y gritó. Aquella noche Nori la echó de casa y ella se dirigió a casa de su hermana. Más tarde, el abogado le dijo que sería inútil que intentara conseguir la custodia de los niños puesto que no tenía trabajo ni habilidades. Tosió con lo

que parecía educación o incomodidad y añadió que, además, sería inútil debido a lo que había hecho. Etsuko asintió y decidió renunciar a sus hijos, pensando que no debía molestarlos más. Después, siguiendo una oferta de trabajo para camareras en un restaurante, Etsuko se mudó a Yokohama, donde no conocía a nadie.

Quería creer que estar con Mozasu estaba cambiándola. Que estuviera siéndole fiel lo tomaba como una prueba de ello. Una vez había intentado explicárselo a su hermana, pero Mari había contestado: «Una serpiente que muda la piel sigue siendo una serpiente». Y su madre, al enterarse de que Mozasu quería casarse con ella, dijo: «¿*Honto*? ¿Con un coreano del *pachinko*? ¿Es que no has hecho daño suficiente a tus pobres hijos? ¿Por qué no los matas y terminas de una vez?».

Las penas por los errores que cometías tenían que pagarlas todos los miembros de tu familia. Pero ella no creía que alguna vez pudiera cancelar esa deuda.

Mozasu pasó a recogerla a mediodía. Irían a por Solomon al colegio para llevarlo a hacerse su tarjeta de extranjería. Los coreanos nacidos en Japón después de 1952 tenían que dar parte en la oficina del distrito al cumplir catorce años para solicitar el permiso de permanencia en Japón. Cada tres años, Solomon tendría que renovarlo a menos que se marchara de Japón para siempre.

Tan pronto como Etsuko subió al coche, Mozasu le recordó que se pusiera el cinturón de seguridad. La mujer todavía estaba pensando en Hana. Antes de marcharse había llamado al médico; habían concertado la cita para la operación a finales de semana.

Mozasu le tomó la mano. Etsuko pensaba que había fuerza en su cara, poder en su cuello recto. No había conocido a muchos coreanos antes que a él, pero imaginaba que sus rasgos faciales cuadrados eran los tradicionales coreanos: su mandíbula amplia, sus dientes blancos y rectos, el cabello negro y grueso y los ojos risueños, rasgados y poco profundos. Tenía un cuerpo relajado y delgado que le recordaba al metal. Cuando le hacía el amor se ponía serio, casi como si estuviera enfadado, y eso le provocaba un intenso placer. Sus movimientos físicos eran deliberados y enérgicos, y ella quería rendirse a ellos. Siempre que leía sobre algo o alguien coreano, se preguntaba

cómo sería Corea. El difunto padre de Mozasu, un pastor cristiano, era del norte; su madre, que tenía una tienda de golosinas, había nacido en el sur. Su madre era de apariencia y comportamiento tan humilde que podía ser confundida por una modesta ama de casa en lugar de la madre del millonario propietario de varios salones de *pachinko*.

Mozasu tenía un regalo envuelto del tamaño de un bloque de tofu. Ella reconoció el papel plateado de su joyería favorita.

—¿Es para Solomon?

—No. Es para ti.

—¿Eh? ¿Por qué?

Era un reloj de oro y diamantes en una caja de terciopelo granate.

—Es un reloj de amante. Lo compré la semana pasada. Se lo enseñé a Kuboda, el nuevo encargado de noche, y me dijo que estos relojes sofisticados son lo que se regala a las amantes porque cuestan lo mismo que un anillo de diamantes, anillo que no puedes regalarles porque ya estás casado.

Mozasu levantó las cejas, divertido.

Etsuko comprobó si el cristal que los separaba del chófer estaba cerrado; lo estaba. Se sonrojó.

—Dile que pare el coche.

—¿Qué pasa?

Etsuko apartó la mano. Quería decirle que ella no era su amante, pero en lugar de eso se echó a llorar.

—¿Por qué? ¿Por qué lloras? Cada año, durante los tres últimos años, te he traído un anillo de diamantes, cada uno más grande que el anterior, y tú me has dicho siempre que no. Cada vez, he vuelto al joyero y nos hemos emborrachado juntos. Nada ha cambiado para mí. —Suspiró—. Eres tú la que dice que no, la que rechaza al *yakuza* del *pachinko*.

—Tú no eres de la *yakuza*.

—Claro que no soy de la *yakuza*. Pero todo el mundo cree que los coreanos somos mafiosos.

—A mí no me importa nada de eso. Se trata de mi familia.

Mozasu miró por la ventana y, cuando vio a su hijo, lo llamó.

El coche se detuvo y Solomon subió al asiento del copiloto. La división de cristal se abrió y metió la cabeza para decir hola. Etsuko le enderezó el cuello arrugado de la camisa blanca.

—*Arigato very much* —dijo el niño. A menudo mezclaba palabras en distintos idiomas como broma. Volvió a su asiento y cerró la partición de cristal para poder charlar con Yamamoto, el chófer, del partido de los Tigres de la noche anterior. Los Tigres tenían un entrenador americano aquel año y Solomon tenía muchas esperanzas en la temporada. Yamamoto no era tan optimista.

Mozasu le sujetó la muñeca izquierda y le puso el reloj.

—Eres una mujer muy rara. Te he comprado un regalo, dame las gracias. No quería decir que fueras mi...

A Etsuko le dolía el puente de la nariz; creía que iba a empezar a llorar de nuevo.

—Hana me ha llamado. Va a venir a Yokohama. Hoy.

—¿Está bien?

Mozasu parecía sorprendido.

Etsuko iba a Hokkaido dos veces al año a ver a sus hijos. Mozasu no los conocía.

—Podría ir a la fiesta de Solomon. Conocería al cantante famoso —dijo Mozasu.

—No sé si le gusta Hiromi —contestó. Etsuko no tenía ni idea de si a Hana le gustaba la música pop. De niña, no había sido de esas que cantan o bailan. La mujer miró la nuca salpicada de gris del chófer. El hombre asentía con consideración mientras Solomon hablaba, y sus tranquilos gestos parecían íntimos. Deseaba que hubiera algo como el béisbol de lo que pudiera hablar con su hija... Un tema seguro que pudieran visitar sin pullas ni agresiones.

Etsuko le contó a Mozasu que Hana tenía cita con un médico de Yokohama. Cuando él le preguntó si estaba enferma, ella negó con la cabeza.

Así era como había resultado la vida. Su hijo mayor, Tatsuo, tenía veinticinco años y había tardado ocho años en licenciarse en una universidad de cuarta categoría. Su segundo hijo, Tari, un tímido joven de diecinueve años, había suspendido los exámenes de admisión y trabajaba como acomodador en un cine. No tenía derecho a esperar que sus hijos conservaran las aspiraciones de la gente de clase media: licenciarse en la universidad de Tokio, conseguir trabajo en la Banca Industrial de Japón, casarse con alguien de buena familia. Ella los había convertido en parias y no había modo de volver a transformarlos en gente de bien.

Etsuko se quitó el reloj y volvió a guardarlo en la caja de terciopelo. Lo

dejó en el espacio entre ellos, sobre la blonda blanca que cubría los asientos negros de cuero. Él se lo entregó de nuevo.

—No es un anillo. Ahórrame el viaje a la joyería.

Etsuko sostuvo la caja en sus manos y se preguntó cómo era posible que siguieran juntos, él sin rendirse y ella sin ceder.

La oficina del distrito de Yokohama era una colosal caja gris con un letrero ilegible. El primer funcionario al que vieron era un hombre alto con la cara estrecha y una mata de cabello negro alborotada por los lados. Miró a Etsuko sin disimulo, recorriendo con los ojos sus pechos, sus caderas y sus dedos enjorados. Iba demasiado elegante, comparada con Mozasu y Solomon que llevaban camisa blanca, pantalón oscuro y zapatos de vestir negros. Parecían los amables misioneros mormones que solían pasar con sus bicicletas por el pueblo de Etsuko cuando era niña.

—Su nombre... —El empleado miró con los ojos entornados el formulario que Solomon había rellenado—. So-ro-mon. ¿Qué tipo de nombre es ese?

—Es de la Biblia. Era un rey. El hijo del rey David¹². Un hombre de gran sabiduría. Ese nombre me lo puso mi tío.

El chico sonrió al funcionario como si estuviera compartiendo un secreto con él. Era un muchacho educado, pero como había ido al colegio internacional con americanos y otros extranjeros, a veces decía cosas que un japonés nunca diría.

—So-ro-mon, un rey. De gran sabiduría. —El funcionario sonrió con superioridad—. Los coreanos ya no tienen reyes.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Etsuko.

Rápidamente, Mozasu la hizo retroceder.

La mujer miró a Mozasu. Su carácter era mucho peor que el de ella. Una vez, cuando el cliente de un restaurante había intentado que ella se sentara con él, Mozasu, que aquella noche estaba allí, se acercó, lo levantó a pulso y lo lanzó fuera del local rompiéndole las costillas. No esperaba una reacción menor en aquel momento, pero Mozasu evitó los ojos del funcionario y miró la mano derecha de Solomon.

—Disculpe, señor —dijo con una sonrisa, sin rastro de irritación o enfado—. Tenemos prisa por volver a casa porque es el cumpleaños del chico. ¿Hay

algo más que debamos hacer? —Mozasu entrelazó las manos a su espalda—. Muchas gracias por su comprensión.

Confuso, Solomon se giró hacia Etsuko y ella le lanzó una mirada de advertencia.

El funcionario señaló el fondo de la sala y dijo a Mozasu y Etsuko que se sentaran. Solomon se quedó ante el mostrador. En la sala larga y rectangular con forma de vagón y ventanillas corriendo paralelas a los muros había media docena de personas sentadas en bancos, leyendo periódicos o cómics. Etsuko se preguntó si eran coreanos. Desde sus asientos, podían ver a Solomon hablando con el funcionario, pero no oír nada.

Mozasu se sentó y se levantó de nuevo. Le preguntó si quería una lata de té de la máquina y ella asintió. Tenía ganas de abofetear al funcionario. En el instituto, una vez abofeteó a una chica mandona y había sido satisfactorio.

Cuando Mozasu regresó con su té, ella le dio las gracias.

—Tú debías saber... —Etsuko hizo una pausa—. Deberías haberle advertido. Es decir, ¿le dijiste que hoy no sería tan fácil?

No pretendía ser crítica, pero cuando las palabras abandonaron su boca sonaron bruscas, y lo sentía.

—No. No le dije nada. —Mozasu abrió y cerró los puños rítmicamente—. Vine aquí con mi madre y mi hermano Noa para obtener mi primer permiso de residencia. El funcionario era normal. Incluso agradable. Por eso te pedí que vinieras, pensé que venir acompañado de una mujer sería de ayuda. —Exhaló por las fosas nasales—. Fue estúpido esperar amabilidad.

—No. No. No deberías haberle dicho nada. Yo no debería haber dicho algo así.

—Es inútil. Yo no puedo cambiar su destino. Es coreano. Tiene que conseguir esos papeles, y tiene que seguir todos los pasos que dicta la ley. Una vez, en una oficina como esta, un funcionario me dijo que yo era un invitado en su país.

—Tú y Solomon nacisteis aquí.

—Claro. Mi hermano Noa también nació aquí. Y ahora está muerto —dijo. Etsuko suspiró—. De todos modos, el funcionario no estaba equivocado. Esto es algo que Solomon debe entender: podemos ser deportados. No tenemos patria. La vida está llena de cosas que él no va a poder controlar, así que debe adaptarse. Mi chico tiene que sobrevivir.

Solomon regresó con ellos. A continuación le sacarían una fotografía y después tendría que ir a otra sala para que le tomaran las huellas. Entonces podrían volver a casa. La última empleada era una mujer rechoncha; su uniforme verde claro favorecía su pecho grande y sus hombros redondos. Tomó el dedo índice de la mano izquierda de Solomon y lo mojó con cuidado en el tarro lleno de espesa tinta negra. Solomon pegó el dedo en una tarjeta blanca como si fuera una pintura infantil. Mozasu apartó la mirada y suspiró. La funcionaria sonrió al chico y le dijo que recogiera su tarjeta en la siguiente sala.

—Vamos a por tu chapita de perro —dijo Mozasu.

Solomon miró a su padre.

—¿Uhm?

—Es lo que los perros debemos tener.

La funcionaria se puso furiosa.

—Las huellas y las tarjetas de extranjería son de vital importancia para los archivos gubernamentales. No hay que sentirse insultado por esto. Es una regulación de inmigración exigida para los extranje...

Etsuko dio un paso adelante.

—Pero tú no tienes que llevar a tus hijos a que le tomen las huellas el día de su cumpleaños, ¿verdad?

El cuello de la mujer enrojeció.

—Mi hijo está muerto.

Etsuko se mordió el labio. No quería sentir lástima por la mujer, pero sabía lo que era perder a sus hijos: era como si estuvieras maldita y nada pudiera eliminar la desolación de tu vida.

—Los coreanos hacen un montón de cosas buenas por este país —dijo Etsuko—. Hacen los trabajos difíciles que los japoneses no quieren hacer, pagan impuestos, obedecen las leyes, crían buenas familias y crean trabajo...

La funcionaria asintió compasivamente.

—Los coreanos siempre me decís eso.

—Ella no es coreana —le espetó Solomon.

Etsuko le tocó el brazo y los tres salieron de aquella habitación sofocante. Quería salir de la caja gris y ver la luz del exterior de nuevo. Añoraba las montañas blancas de Hokkaido. Y aunque nunca lo había hecho en su infancia, quería caminar por los bosques fríos y nevados bajo las hileras de

oscuros árboles sin hojas. En la vida había demasiado insulto y dolor y ella no tenía más remedio que recoger la parte que le tocaba. Pero ahora deseaba llevarse la humillación de Solomon y añadirla a su montón, aunque ya estaba muy cargada.

10

Una de las camareras de su madre le había llevado una Coca-Cola y estaba sentada en una mesa cercana a la barra jugando con la pajita. Tras perder la permanente, su cabello había vuelto a ser liso y de su color natural, un negro rojizo. Lo llevaba corto y extendido sobre sus pequeños hombros. Vestía una blusa de algodón blanco bien planchada y una falda de tablas oscura hasta las rodillas, con calcetines de lana gris y zapatos escolares. No se había vestido así desde que estaba en primaria. Su vientre era plano, pero sus senos como brotes parecían más grandes; por lo demás, no había modo de saber que estaba embarazada.

Cerrado para el evento privado, el comedor del restaurante estaba preparado para la fiesta. Mantel de lino blanco cubrían una docena de mesas redondas y en el centro de cada una de ellas había un elegante arreglo floral y velas. Un ayudante estaba en una esquina de la habitación, llenando un globo rojo tras otro con una bombona de helio. Los dejaba flotar hasta el techo.

Etsuko y Solomon entraron en el restaurante en silencio. Él había insistido en ir allí a saludar a la hija de Etsuko antes de volver a casa para cambiarse. Al principio se quedó boquiabierto al ver la decoración y la dramática transformación de la sala. Después, al ver a la chica en la mesa vacía, preguntó:

—¿Es ella?

—Sí.

Hana sonrió tímidamente. Su curiosidad mutua era evidente. La adolescente señaló los globos que ocultaban el techo y, antes de que Etsuko tuviera la oportunidad, Solomon contestó rápidamente en japonés:

—Es mi cumpleaños. ¿Por qué no vienes a la fiesta? Habrá una cena americana y después iremos a una discoteca de verdad.

—Si quieres, podría quedarme —contestó Hana.

Etsuko frunció el ceño. Tenía que hablar con el cocinero sobre el menú, pero se sentía reacia a dejarlos solos. Unos minutos después, cuando regresó de la cocina, estaban suspirando como un par de jóvenes amantes. La mujer miró su reloj y dijo a Solomon que se diera prisa en llegar a casa. En la puerta, gritó:

—¡Oye, te veré en la fiesta!

Y Hana sonrió como una cortesana mientras le decía adiós con la mano.

—¿Por qué le has dicho que se vaya? Me estaba divirtiendo.

—Porque tiene que vestirse.

—He visto eso.

Hana le señaló las bolsas que había cerca de la entrada. Se trataba de un centenar de bolsas de fiesta en cuatro largas hileras que tenían que ser transportadas a la discoteca, cada una llena de varias cintas, un reproductor Sony Walkman, revistas de adolescentes importadas y cajas de bombones.

—Ojalá mi padre fuera un *yakuza*.

—Hana, él no es...

Etsuko miró a su alrededor para ver si alguien las oía.

—El hijo de tu novio no parece un niño.

—No lo tiene fácil.

—¿Que no lo tiene fácil? Colegios privados americanos, millones en el banco y un chófer. Ten algo de perspectiva, madre.

—Hoy ha tenido que ir a la oficina del distrito para pedir permiso para quedarse en Japón otros tres años. Si se lo hubieran denegado, podría haber sido deportado. Tiene que llevar una tarjeta de extranjería y...

—Oh, ¿en serio? Pero no lo han deportado, ¿verdad? Y ahora va a tener una bonita fiesta que es mejor que la mayoría de las bodas.

—Nació en este país y le han tomado las huellas el día de su cumpleaños, como si fuera un delincuente. Es solo un niño. No ha hecho nada malo.

—Todos somos delincuentes. Mentirosos, ladrones, putas... Eso es lo que somos. —Los ojos de color carbón de la chica parecían duros y viejos—. Nadie es inocente aquí.

—¿Por qué eres tan insensible?

—Soy la única que todavía te habla.

—Te he pedido perdón suficientes veces.

Etsuko intentó controlar su voz, pero las camareras estaban oyéndolo todo.

De repente, eso ya no importaba.

—He pedido cita —dijo, mirando el rostro pálido y furioso de su hija. Hana levantó la mirada—. Pasado mañana nos ocuparemos de tu problema. No deberías ser madre. No tienes ni idea de lo duro que es.

La firme línea de los labios de Hana se arrugó. Se cubrió su bonita cara de personaje de cómic con las manos y comenzó a llorar.

Etsuko no sabía si debía decir algo. En lugar de eso, puso la mano sobre la cabeza de su hija. Hana hizo una mueca, pero Etsuko no apartó la mano de inmediato. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tocado el sedoso cabello de su hija.

Cuando Etsuko vivía en la abarrotada casa de tres habitaciones de Hokkaido, con el tejado con goteras y la cocina diminuta, ciertas labores la habían ayudado a mantener la cordura. En ese momento, con una especie de dolor punzante, Etsuko recordó cómo devoraban sus hijos las gambas que había frito para la cena, amontonadas en platos con papel debajo. Incluso a mediados de julio había merecido la pena ponerse delante de una sartén caliente para sacar las gambas rebozadas del burbujeante aceite de cacahuete porque, para sus hijos, las gambas de mamá eran mejores que los caramelos, decían. Y el pasado se alzó como una ola oscura y recordó cuánto le había gustado peinar el cabello recién lavado de Hana cuando sus mejillas todavía seguían rosas después del baño caliente.

—Sé que tú no nos querías. Mis hermanos me lo dijeron y yo les dije que se equivocaban aunque sabía que era cierto. Me aferré a ti porque no iba a dejarte abandonar lo que habías empezado. ¿Cómo puedes decirme lo duro que es tener hijos? Ni siquiera has intentado ser madre. ¿Qué derecho tienes? ¿Qué te convierte en madre?

Etsuko se quedó callada, totalmente paralizada al descubrir que el modo en el que ella se veía era en realidad como la veían sus hijos. Pensaban que era un monstruo.

—¿Cómo puedes pensar que no os quería?

Recordó todas las cartas, regalos y dinero que había enviado y que los chicos habían devuelto. Y peor: las llamadas telefónicas para saber cómo estaban en las que su marido no decía nada más que *moshi-moshi* antes de pasar el teléfono a Hana porque era la única que aceptaba la llamada. Etsuko quería justificarse, hablar de sus numerosos y repetidos intentos, ofrecer pruebas. Ser madre era lo que la definía, más que ninguna otra cosa: más que

ser hija, esposa, mujer divorciada, novia o dueña de un restaurante. No lo había hecho bien, pero lo era y eso la había cambiado para siempre. Desde el momento en el que Tatsuo nació había estado llena de dolor y dudas porque sabía que nunca sería suficientemente buena. Aunque había fracasado, ser madre era eterno; era una parte de su vida que no terminaría con su muerte.

—Pero... Pero... No me he casado con Mozasu. Ni siquiera vivo con él. Para no empeorar las cosas para ti y tus hermanos.

Hana echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¿Se supone que debo darte las gracias por este gran sacrificio? ¿No te has casado con un mafioso coreano y quieres que te felicite por ello? No te has casado con él porque no quieres sufrir. Eres la persona más egoísta que conozco. Quieres acostarte con él y utilizar su dinero para abrir un sitio elegante pero no casarte con él; esa es tu decisión egoísta. No lo has hecho por mí ni por mis hermanos. —Hana se secó la cara con la manga de la camisa—. No quieres que te juzguen, por eso no te has casado con él. Por eso te marchaste de Hokkaido para esconderte en la gran ciudad. Crees que eres una víctima, pero no lo eres. Te largaste porque tienes miedo, y te acostaste con todos esos hombres porque tenías miedo de hacerte vieja. Eres débil y patética. No me hables de sacrificios, porque no me creo una mierda.

Hana empezó a llorar de nuevo.

Etsuko se derrumbó en la silla. Si se casaba con Mozasu, eso demostraría a todos los de Hokkaido que ningún japonés decente se acercaría a una mujer como ella. Dirían que se había casado con un mafioso. Si se casaba con él, ya no la considerarían la elegante propietaria de un exitoso restaurante en la mejor zona de Yokohama, una imagen en la que ella misma creía a medias. Mozasu creía que ella era mejor persona de lo que era en realidad, pero a Hana no la engañaba. Etsuko agarró la bolsa de viaje de su hija y la levantó para marcharse.

El apartamento de Etsuko estaba en un lujoso edificio a cuatro manzanas del restaurante. De camino allí, Hana había dicho que ya no quería ir a la fiesta. Quería que la dejaran en paz y dormir hasta la mañana siguiente. Etsuko abrió la puerta de su apartamento y acompañó a Hana a su dormitorio. Ella dormiría en el sofá aquella noche.

Hana se tumbó en el futón y su madre cubrió su cuerpo delgado con una colcha ligera y apagó la luz. La chica se acurrucó en posición fetal; todavía tenía los ojos abiertos pero no decía nada. Etsuko no quería dejarla. A pesar

de todo, sentía una especie de satisfacción porque estaban juntas de nuevo. Hana había acudido a ella para que la cuidara. Se sentó en el borde de la cama y acarició el cabello de su hija.

—Todavía tienes el mismo olor —le dijo Hana en voz baja—. Solía pensar que era tu perfume. Se llamaba Alegría, ¿*nee*?

—Todavía lo uso.

—Lo sé —dijo Hana, y Etsuko se contuvo para no oler sus propias muñecas—. Pero no es solo el perfume, son todas las cremas y cosas que te pones las que forman ese olor. Solía pasear por los centros comerciales preguntándome qué sería. El olor de *mamá*.

Etsuko quería decir muchas cosas, pero sobre todo quería asegurarle que intentaría no cometer más errores.

—Hanako...

—Ahora quiero dormir. Vete a la fiesta de ese chico y déjame en paz.

Su voz seguía sonando fría, pero se había suavizado.

Su madre se ofreció a quedarse, pero Hana le dijo que se marchara. Le mencionó que el día siguiente lo tenía libre. Quizá podrían ir a comprar una cama y una cómoda.

—Así podrías volver a visitarme siempre que quisieras. Podría prepararte una habitación.

Hana suspiró, pero su expresión estaba vacía.

Etsuko no sabía qué quería su hija.

—No estoy diciendo que tengas que irte. Sobre todo después de... —Etsuko se puso las puntas de los dedos en los labios, pero los apartó rápidamente—. Puedes quedarte. Incluso podrías ir a clase aquí.

Hana movió la cabeza sobre la almohada e inhaló, pero no dijo nada.

—Puedo llamar a tu padre. Para preguntarle.

La chica se subió la colcha hasta la barbilla.

—Si quieres...

Etsuko tenía que regresar al restaurante, pero se quedó en el sofá algunos minutos. Cuando era una joven madre solía haber un único momento en el que sentía algo de paz, y era siempre después de que sus hijos se fueran a la cama. Deseó ver a sus hijos como eran entonces: sus piernas regordetas y blancas, sus peinados de cacerola mal hechos porque no podían sentarse quietos en el peluquero. Deseó poder retirar las veces que había reñido a sus hijos solo porque estaba cansada. Había cometido demasiados errores. Si la

vida permitiera revisiones, los dejaría quedarse en la bañera un poco más, les leería un cuento más antes de dormir y les prepararía otra bandeja de gambas.

Los invitados a la fiesta de Solomon eran hijos de diplomáticos, banqueros y expatriados ricos de América y Europa. Todo el mundo hablaba inglés en lugar de japonés. Mozasu había elegido el colegio internacional de Yokohama porque le gustaba la idea de que estudiara con occidentales. Tenía ambiciones concretas para su hijo: Solomon hablaría un inglés inmejorable además de un perfecto japonés; crecería entre gente cosmopolita de clase alta; y, por último, trabajaría para una empresa americana en Tokio o Nueva York, una ciudad en la que Mozasu nunca había estado pero que imaginaba que era un lugar donde todos recibían un trato justo. Quería que su hijo fuera un hombre de mundo.

Una hilera de limusinas negras serpenteó por la calle. Al salir del restaurante, los niños daban las gracias a Mozasu y Etsuko por la cena. Mozasu organizó a los niños delante del restaurante y ordenó: «Ladies first», una expresión que había aprendido viendo películas americanas. Las niñas subieron en los brillantes coches de seis en seis y se marcharon; después se fueron los chicos. Solomon subió al último coche con sus mejores amigos: Nigel, el hijo de un banquero inglés, y Ajay, hijo de un ejecutivo exportador indio.

La discoteca era sofisticada y estaba tenuemente iluminada. Del alto techo colgaban veintitantas bolas de espejos a distintas alturas que inundaban la extensa sala de paneles de luz diminutos que destellaban y oscilaban con los movimientos de las bolas. Conseguían que cualquiera que caminara por allí resplandeciera como un pez debajo del agua. Después de que todos llegaran y

se sentaran en las mesas, el jefe de ceremonias, un atractivo filipino, subió al escenario. Tenía una voz rítmica y bonita.

—¡Queridos amigos de Solomon Baek! ¡Bienvenidos a Ringo! —exclamó, e hizo una pausa para los vítores de los chicos—. Para la fiesta de cumpleaños de Solomon, Ringo tiene el placer de presentaros a la estrella más brillante de Japón... y algún día del mundo: ¡Ken Hiromi y los Siete Caballeros!

Los niños no podían creérselo. El telón se alzó para revelar a los siete miembros del grupo de rock y el cantante emergió de la parte de atrás. Hiromi parecía completamente normal, su aspecto era casi decepcionante. Vestía como un empresario que ha olvidado su corbata y llevaba unas gafas de montura gruesa como las de las portadas de sus discos. Su pelo estaba impecablemente peinado. No podía tener más de treinta años.

Solomon no dejaba de negar con la cabeza, perplejo y deleitado. Los niños corrieron a la pista para bailar frenéticamente. Cuando el espectáculo terminó, el maestro de ceremonias les pidió a todos que se reunieran alrededor del escenario. Ichiro, el cocinero, apareció con una tarta de helado espectacular con forma de diamante de béisbol. Unas velas altas y finas iluminaban la enorme superficie del pastel. Una niña gritó:

—¡No olvides pedir un deseo, cielo!

Solomon apagó las velas de un soplido y todos aplaudieron y gritaron.

Etsuko le entregó el cuchillo ornamentado para que cortara el primer trozo. Un foco lo iluminó mientras colocaba la larga hoja serrada sobre el pastel.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó.

—Creo que lo tengo dominado —dijo el niño, usando ambas manos para hacer un corte recto.

Entonces, Etsuko vio la tinta bajo sus uñas. La mayor parte se había ido al lavarse, pero una sombra de la mancha permanecía en la punta de sus uñas.

Solomon la miró y sonrió.

La mujer guio su brazo con suavidad. Después del primer corte, Solomon le devolvió el cuchillo y ella cortó los restantes. Los camareros repartieron el pastel e Hiromi, que estaba sentado a solas, aceptó un trozo. Mozasu entregó a Solomon un sobre azul lleno de billetes de yen y le dijo que se lo entregara al cantante. Ken Hiromi pidió a Solomon que se sentara con él. Bajo aquella luz, pensó Etsuko, nadie más notaría la tinta.

El grupo tocó de nuevo y más tarde un DJ puso canciones populares para

los chicos. Cuando la fiesta decayó, Etsuko se sentía agradablemente agotada, como cuando el restaurante cerraba. Mozasu estaba sentado en un reservado bebiendo champán, y ella se sentó a su lado. Mozasu llenó la copa y se la entregó, y ella se la bebió en dos tragos. Se rio. Él le dijo que había hecho un buen trabajo y Etsuko negó con la cabeza.

—*Iie* —dijo. Sin pensar, añadió—: Creo que a ella le habría gustado.

Mozasu parecía confundido. Un momento después, asintió.

—Sí. Se habría alegrado mucho por Solomon.

—¿Cómo era?

Etsuko se giró para verle la cara. Pequeños cuadrados de luz danzaban sobre sus rasgos duros.

—Ya te lo he dicho antes. Era una buena mujer, como tú.

Era difícil decir más que eso sobre Yumi.

—No, cuéntame algo concreto sobre ella —insistió. Etsuko quería saber en qué se diferenciaban, no en qué se parecían—. Quiero saber más.

—¿Por qué? Está muerta.

Después de decir eso, Mozasu parecía dolido. Solomon estaba bailando con una adolescente china, alta y con el cabello corto. El sudor de su frente brillaba mientras seguía los elegantes movimientos de la niña. Etsuko miró fijamente su copa de champán vacía.

—Ella quería que se llamara Sejong —dijo Mozasu—, pero es tradición que el padre del marido ponga nombre al nieto. Mi padre está muerto, así que mi tío Yoseb lo llamó Solomon. —Hizo una pausa—. Sejong fue un rey de Corea. Inventó el alfabeto coreano. El tío Yoseb le dio el nombre de un rey de la Biblia. Creo que lo hizo porque mi padre era pastor.

Entonces sonrió.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó Etsuko.

—Porque Yumi —Mozasu dijo su nombre en voz alta y lo sorprendió escuchar sus dos sílabas— estaba muy orgullosa de él. De su hijo. Quería darle la vida de un rey. Ella era como mi padre y mi tío, creo. Orgullosa. Se sentía orgullosa de mí y de mi trabajo. Eso era agradable. Pero, ahora que soy mayor, me pregunto por qué —dijo con melancolía—. ¿De qué tenemos que estar tan orgullosos los coreanos?

—Es bueno estar orgulloso de tus hijos.

Etsuko se alisó la falda. Cuando sus hijos nacieron, lo que ella había sentido era asombro por su perfección física. Se había maravillado ante su forma

humana en miniatura y su buena salud. Pero ni una sola vez pensó en ponerles un nombre histórico... El nombre de un rey. Nunca se había sentido orgullosa de su familia o su país; si acaso, se sentía avergonzada.

—Una de esas chicas se me ha acercado y me ha dicho que Solomon se parece a su madre.

Señaló a un grupo de chicas que estaban en una esquina de la sala. Llevaban unos tops cortos sin tirantes y faldas de punto que colgaban de sus estrechas caderas.

—¿Cómo puede saberlo?

—Se refería a ti.

—Oh. —Etsuko asintió—. Ojalá lo fuera.

—No. No es verdad —dijo Mozasu con tranquilidad, y ella sintió que se lo merecía.

—No soy mejor que la funcionaria de esta tarde, ¿*nee*?

Mozasu negó con la cabeza y colocó la mano sobre las de ella.

¿Por qué creía su familia que el *pachinko* era algo tan horrible? Su padre, que había sido representante comercial, había vendido caros seguros de vida a amas de casa aisladas que no podían permitírselos; Mozasu creaba espacios donde hombres y mujeres adultos podían jugar por dinero. Ambos hombres se habían aprovechado del azar y del miedo a la soledad. Cada mañana, Mozasu y sus hombres revisaban las máquinas para preparar el resultado: solo habría algunos ganadores y un montón de perdedores. Y aun así seguían jugando, porque todos tenían la esperanza de ser los afortunados. ¿Cómo podías enfadarte con los que querían formar parte del juego? Etsuko había fracasado en esto tan importante: no había enseñado a sus hijos a tener esperanza, a creer en la quizá absurda posibilidad de ganar. El *pachinko* era un juego tonto, pero la vida no.

La mujer se quitó su reloj nuevo y lo puso en la mano de Mozasu.

—No es que no quiera un anillo...

Mozasu no la miró, pero se guardó el reloj en el bolsillo.

—Es tarde, casi medianoche —dijo amablemente—. Los niños tienen que volver a casa.

Etsuko se levantó y fue a repartir las bolsas de regalos.

Como no quería que la noche terminara, Solomon dijo que tenía hambre y

los tres regresaron al restaurante. El sitio volvía a estar limpio y parecía abierto al público.

—Un poco de todo —contestó cuando Etsuko le preguntó qué quería comer. Parecía muy contento y a ella le gustaba verlo así. Siempre podía contar con su alegría. Quizá era eso lo que Solomon era para ella y Mozasu.

Mozasu se sentó en una mesa para cuatro al fondo del comedor y abrió la edición nocturna del periódico. Parecía un hombre de mediana edad esperando tranquilamente la llegada de su tren. Etsuko se dirigió a la cocina con Solomon en su estela.

Colocó tres platos blancos en la encimera. Sacó la bandeja de pollo frito y el cuenco de ensalada de patata del frigorífico, platos que Ichiro había preparado siguiendo un libro de recetas americano.

—¿Por qué no ha venido Hana? ¿Está enferma?

—No.

A Etsuko no le gustaba mentir como respuesta a una pregunta directa.

—Es guapa, ¿sabes?

—Demasiado guapa. Ese es su problema.

Una vez, su madre había dicho eso mismo de ella tras el cumplido de un amigo de la familia.

—¿Te has divertido esta noche? —le preguntó.

—Sí. Todavía no me lo creo. ¡Hiromi ha hablado conmigo!

—¿Qué te ha dicho? —Puso dos trozos grandes de pollo en los platos de Mozasu y Solomon y un muslo pequeño en el suyo—. ¿Es simpático?

—Muy simpático y muy guay. Dice que sus mejores amigos son coreanos. Me ha dicho que sea bueno con mis padres.

Solomon no había negado que ella fuera su madre y, aunque eso debería haber sido algo agradable, solo la hizo sentirse más ansiosa.

—Tu padre me ha dicho esta noche que tu madre estaba orgullosa de ti. Que lo estuvo desde el momento en el que naciste.

Solomon no dijo nada.

Etsuko no podía creer que todavía necesitara una madre; ya era mayor y le iba mejor que a la mayoría de los chicos que conocía y cuyas madres estaban vivas. Era casi un hombre.

—Ven al fregadero. Dame la mano izquierda.

—¿Tienes un regalo?

Ella se rio y puso la mano izquierda del niño bajo el grifo.

—Todavía queda tinta.

—¿Pueden obligarme a marcharme? ¿Pueden deportarme de verdad?

—Hoy ha ido todo bien —le contestó mientras frotaba suavemente las puntas de sus dedos y uñas con un cepillo para fregar los platos—. No tienes que preocuparte, Solomon.

El chico parecía satisfecho con su respuesta.

—Hana me ha dicho que ha venido a Yokohama a librarse de un problemilla. ¿Está embarazada? Nigel dejó embarazada a su novia y ella tuvo que abortar.

—¿Tu amigo Nigel?

Recordaba al chico rubio que jugaba con él a la Atari los fines de semana. Solo era un año mayor que Solomon.

—Sí —asintió—. Hana parece una chica genial.

—Mis hijos me odian.

Solomon terminó de quitarse la tinta de debajo de las uñas.

—Tus hijos te odian porque te has ido —le dijo, poniéndose serio—. No pueden evitarlo. Te echan de menos.

Etsuko se mordió el interior del labio inferior. Podía sentir los pequeños músculos en el interior de su boca y se detuvo para no hacerse sangre. Temía mirarlo a la cara y, aunque intentó contenerse, se echó a llorar.

—¿Por qué? ¿Por qué lloras? —le preguntó Solomon con los ojos húmedos—. Siento haberte dicho eso.

Ella inhaló para calmar su respiración.

—Cuando Hana nació, las enfermeras pusieron las huellas de su pie en una tarjeta. Le quitaron la tinta, pero no demasiado bien, así que cuando llegué a casa tuve que lavarla. En realidad no creo que viera nada, porque acababa de nacer, pero sentí que estaba mirándome como si le hiciera daño y no hacía más que llorar y llorar...

—Etsuko, a Hana no le pasará nada. La novia de Nigel está bien. Puede que se casen después de la universidad. Eso dice él...

—No, no. No es eso. Es solo que sentiría mucho que hubieras pensado que no quiero ser tu madre. —Se agarró el vientre e intentó regular su respiración—. He hecho daño a demasiada gente, y tú eres un buen chico, Solomon. Ojalá el mérito fuera mío.

El cabello oscuro y liso del chico le rodeaba la cara, pero no se lo apartó. Había preocupación en sus ojos.

—Hoy es mi cumpleaños. ¿No es curioso que nadie recuerde el momento de su nacimiento ni quién estaba allí? Solo sabes lo que te cuentan. Pero tú estás aquí ahora. Eres una madre para mí.

Etsuko se cubrió la boca con la palma de la mano y dejó que las palabras de Solomon la inundaran. Después del arrepentimiento podía amanecer un nuevo día, e incluso una condena podía encerrar un gran bien. La mujer cerró el grifo y soltó la esponja amarilla en el fregadero. El grifo de metal curvado dejó caer sus últimas gotas, y la cocina se quedó en silencio. Etsuko se acercó para abrazar al chico en su cumpleaños.

12

Osaka, 1979

Cuando se enteró de que su madre tenía cáncer de estómago, Sunja dejó a su hijo y a su nieto Solomon en Yokohama y regresó a Osaka. Durante el otoño y el invierno, Sunja había dormido a los pies de la cama de su madre para relevar a su agotada cuñada, Kyunghee, que había estado cuidando de Yangjin después de que su marido, Yoseb, muriera por fin.

Yangjin vivía en su grueso camastro de algodón, más o menos inmóvil, en la sala de estar, que se había convertido en su dormitorio. La habitación más grande de la casa olía a eucalipto y mandarina. El suelo había sido cubierto recientemente con tatamis nuevos y una doble hilera de plantas en macetas de cerámica había florecido en las dos ventanas. La cesta grande junto a la cama, llena a rebosar de mandarinas de Kyushu (un regalo caro de los parroquianos de la iglesia coreana de Osaka), liberaba un aroma glorioso. El nuevo televisor a color Sony estaba puesto, con el volumen bajo, mientras las tres mujeres esperaban que empezara el programa favorito de Yangjin, *Otras tierras*.

Sunja estaba sentada en el suelo junto a su madre, que se había incorporado tanto como podía, y Kyunghee se encontraba en su lugar habitual al otro lado de la cama, junto a la cabeza de Yangjin. Tanto Sunja como Kyunghee estaban tejiendo partes de un jersey de lana azul marino para Solomon.

Curiosamente, a medida que las extremidades y articulaciones de Yangjin quedaban inutilizadas, una tras otra, y sus músculos se convertían en gelatina, su mente parecía más clara y libre. Podía imaginarse abandonando su cuerpo para correr rápidamente como un ciervo. Apenas podía moverse, difícilmente podía comer nada que pareciera comida. No obstante, el inesperado

dividendo de aquella enfermedad era que, por primera vez en su vida, quizá desde el momento en el que pudo andar y realizar algunas labores, Yangjin no se sentía obligada a trabajar. Ya no podía cocinar, lavar los platos, barrer el suelo, coser, frotar los baños, ocuparse de los niños, hacer la colada, hacer comida para vender, realizar cualquier otra cosa que hubiera que hacer. Su trabajo era descansar antes de morir. Lo único que tenía que hacer era nada. Como mucho, le quedaban algunos días.

Yangjin no estaba segura de qué sería de ella cuando aquello hubiera acabado, pero creía que volvería a casa con todos aquellos que habían muerto antes o iría al reino de Yesu Kuristo. Quería volver a ver a su marido, Hoonie; una vez había escuchado un sermón en la iglesia que decía que en el Cielo los cojos podían caminar y los ciegos ver. Su marido se había opuesto a la idea de Dios, pero ella esperaba que, si había un Dios, comprendiera que Hoonie era un buen hombre que había soportado las restricciones de su cuerpo y que se merecía estar bien. Siempre que Yangjin intentaba hablar sobre la muerte, Kyunghee y Sunja cambiaban de tema.

—Entonces, ¿enviaste el dinero a Solomon? —le preguntó Yangjin—. Quería que le mandaras billetes nuevecitos del banco.

—Sí, se lo mandé ayer —le contestó Sunja mientras le ajustaba la almohada para que viera mejor el televisor.

—¿Cuándo lo recibiré? No hemos tenido noticias tuyas.

—*Umma*, recibirá la tarjeta esta noche o mañana.

Solomon no había llamado para hablar con su bisabuela aquella semana, pero era comprensible. Acababa de celebrar una gran fiesta de cumpleaños y Sunja había sido la que le había recordado que escribiera una carta o telefonara a alguien solo para decir gracias o saber cómo está.

—Probablemente está ocupado con el colegio. Lo llamaré más tarde.

—¿El cantante era de verdad un personaje famoso? —preguntó Yangjin. Mozasu había amueblado la casa y pagaba su mantenimiento desde que las mujeres cerraron su negocio de golosinas; todavía era difícil de entender para Yangjin que su nieto Mozasu tuviera tanto dinero como para contratar gente famosa en el cumpleaños de su hijo.

—¡Eso debe ser muy caro! ¿Seguro que es famoso?

—Bueno, eso fue lo que dijo Etsuko.

Sunja también tenía curiosidad por saber cómo estaría Solomon; había solicitado su tarjeta de extranjería por primera vez. Eso la preocupaba.

El programa empezó y Kyunghhee se acercó rápidamente para ajustar la antena. La imagen mejoró. La conocida música popular japonesa inundó la habitación.

—¿A dónde irá hoy Higuchi?

Yangjin sonrió de oreja a oreja.

En *Otras tierras*, la presentadora Higuchi, una mujer vivaz de edad indeterminada con el cabello teñido de negro, viajaba por todo el mundo y entrevistaba a gente japonesa que había emigrado a otros países. La presentadora no era una mujer normal de su generación: era una periodista que había viajado por todo el mundo, no se había casado, no tenía hijos y podía hacer cualquier pregunta íntima. Se decía que tenía sangre coreana y solo ese rumor ya era suficiente para que Yangjin y Kyunghhee se sintieran identificadas con la valiente y viajera Higuchi. Eran fieles admiradoras suyas. Cuando las mujeres todavía tenían su tiendecita de golosinas, corrían a casa tan pronto como cerraban para no perderse ni un minuto del programa. A Sunja nunca le había interesado, pero ahora lo veía entero por su madre.

—¡La almohada! —pidió Yangjin, y Sunja se la arregló.

Kyunghhee entrelazó las manos mientras el programa empezaba. A pesar de las restricciones, siempre esperaba que Higuchi consiguiera llegar a Corea del Norte. Koh Hansu había dicho a su marido que sus padres y suegros estaban muertos, pero ella todavía anhelaba oír noticias de casa. Además, quería saber si Kim Changho estaba a salvo. No importaba cuántas historias tristes oyera de aquellos cuyos familiares habían regresado; ella no podía aceptar que el joven atractivo de las gafas gruesas hubiera muerto.

Cuando la música de inicio terminó, la voz masculina anunció que Higuchi estaría ese día en Medellín para conocer a una impresionante familia rural que poseía la granja de pollos más grande de Colombia. Higuchi, con un chubasquero de color claro y su famoso *boshi* verde, se asombró de que la familia Wakamura hubiera decidido emigrar a Latinoamérica a finales del siglo XIX y los alabó por lo bien que habían criado a sus hijos para que fueran buenos japoneses. «¡*Minna nihongo hanase-masu!*!». La voz de Higuchi estaba cargada de asombro y admiración.

La cámara se acercó a la señora Wakamura, la matriarca, una mujer pequeña y arrugada que parecía mucho mayor de su edad real de sesenta y siete años. Sus grandes ojos rasgados, enterrados bajo capas de piel que eran

como papel crepé, parecían sabios y amables. Como sus hermanos, ella había nacido en Medellín.

—Las cosas fueron muy difíciles para mis padres, por supuesto. No hablaban español y no sabían nada de pollos. Mi padre murió de un ataque al corazón cuando yo tenía seis años y mi madre nos crio sola. Mi hermano mayor se quedó aquí con nuestra madre, pero los dos restantes fueron a estudiar a Montreal y después regresaron. Mis hermanas y yo siempre hemos trabajado en la granja.

—Este debe ser un trabajo difícil, muy difícil —dijo Higuchi, sin aliento.

—El destino de una mujer es sufrir —dijo la señora Wakamura.

—*Soo, soo.*

La cámara hizo una panorámica para mostrar el interior de la cavernosa granja, un mar en movimiento formado por las plumas blancas de decenas de miles de esponjosas gallinas; algunas crestas de un rojo brillante se movían entre el pálido revuelo.

Por deseo de Higuchi, la señora Wakamura le enumeró la lista de tareas que había tenido desde que fue suficientemente alta para alimentar a las gallinas sin que la picaran.

—Qué duro debió ser todo esto —repetía Higuchi, intentando no hacer una mueca ante los perniciosos olores.

La señora Wakamura se encogió de hombros. Su estoicismo era innegable mientras listaba las tareas del trabajo en una granja de pollos, incluyendo levantar maquinaria pesada mientras caminaba por campos lodosos.

Al final del programa de treinta minutos, Higuchi pidió a la señora Wakamura que dijera algo en japonés a los televidentes.

La mujer miró la cámara con timidez y apartó los ojos como si estuviera pensando.

—Nunca he estado en Japón —dijo, frunciendo el ceño—, pero espero, que esté donde esté y haga lo que haga en la vida, pueda ser una buena japonesa. Espero no llevar nunca vergüenza a mi pueblo.

Una llorosa Higuchi se despidió. Mientras pasaban los créditos finales, la voz en off dijo que Higuchi se dirigía al aeropuerto para llegar a su siguiente destino en *Otras tierras*. «¡Hasta que los compatriotas volvamos a encontrarnos!», se despidió alegremente.

Sunja se levantó y apagó el televisor. Quería ir a la cocina a hervir agua para el té.

—*Go-saeng* —dijo Yangjin en voz alta—. El destino de una mujer es sufrir.
—Sí, *go-saeng* —asintió Kyunghee, repitiendo la palabra «sufrir».

Sunja había oído aquella idea toda su vida, en boca de otras mujeres: que debían sufrir. Sufrir de niñas, sufrir como esposas, sufrir como madres... Morir sufriendo. *Go-saeng*: esa palabra la enfermaba. ¿Qué más había, además de aquello? Había sufrido para dar a Noa una vida mejor y, aun así, eso no había sido suficiente. ¿Debió enseñar a su hijo a aguantar las humillaciones que ella se había tragado como si fueran agua? Al final, él se había negado a sufrir por las condiciones de su nacimiento. ¿Era un error de las madres no avisar a sus hijos de que el sufrimiento llegaría?

—Estás alterada por Noa —le dijo Yangjin—. Lo sé. No piensas en otra cosa. Primero fue Koh Hansu, y ahora es Noa. Estás sufriendo porque te enamoraste de ese hombre horrible. Una mujer no puede cometer un error así.

—¿Qué debería haber hecho? —le espetó Sunja, pero inmediatamente se arrepintió.

Yangjin se encogió de hombros, casi en una imitación cómica de la mujer de los pollos.

—Avergonzaste a tu hijo por tener a ese hombre como padre. Tú provocaste tu propio sufrimiento. Noa, ese pobre chico, vino de una mala semilla. Tuviste suerte de que Isak se casara contigo. Ese hombre fue una bendición. La sangre de Mozasu es mejor, por eso ha tenido tanta suerte en su trabajo.

Sunja se cubrió la boca con ambas manos. A menudo se decía que las viejas hablaban demasiado y decían tonterías, pero parecía que su madre había estado guardándose esas ideas para lanzárselas a ella, una especie de herencia cruel que su madre había planeado dejarle. Sunja no podía discutir con ella. ¿Qué sentido tendría?

Yangjin frunció los labios e inhaló profundamente por la nariz.

—Ese hombre era malo.

—*Umma*, él te trajo aquí. Si no te hubiera traído...

—Es verdad que él me trajo aquí, pero aun así era un hombre horrible. No puedes cambiar eso. Ese pobre chico no tenía ninguna posibilidad.

—Si Noa no tenía ninguna posibilidad, ¿para qué he sufrido? ¿Por qué debí intentarlo siquiera? Si soy tan tonta, si he cometido errores tan imperdonables, ¿no tendrás tú parte de culpa? —le preguntó Sunja—. Yo no... No pretendo culparte.

Kyunghee miró a Yangjin, suplicante, pero la anciana no pareció entender su ruego mudo.

—Yangjin —dijo Kyunghee amablemente—, ¿te traigo algo para beber?

—No —contestó la anciana. A continuación se dirigió a Sunja y señaló a Kyunghee—. Ella se porta mejor conmigo que mi propia familia. Se preocupa por mí más que tú. Tú solo te preocupas por Noa y Mozasu. Has vuelto porque te han dicho que voy a morirme, pero no te preocupas por mí. ¡No te importa nadie más que tus hijos! —chilló Yangjin.

Kyunghee tocó el brazo de la anciana con suavidad.

—No quieres decir esas cosas. Sunja tenía que ocuparse de Solomon, ya lo sabes. Tú misma lo dijiste muchas veces. Y Mozasu necesitaba la ayuda de su madre después de la muerte de Yumi —dijo tranquilamente—. Sunja ha sufrido mucho, sobre todo después de que Noa... —Kyunghee apenas podía pronunciar su nombre—. Y tú has tenido todo lo que necesitabas aquí, ¿verdad?

Intentó sonar tan apaciguadora como era posible.

—Sí, sí, tú siempre has hecho lo mejor por mí. Ojalá Kim Changho se hubiera quedado en Japón. Entonces se habría casado contigo después de la muerte de tu marido. Me preocupa no saber quién cuidará de ti después de mi muerte. Sunja, debes cuidar de Kyunghee. Ella no puede quedarse aquí sola. *Aigoo*, si Kim Changho no hubiera corrido al norte para que lo mataran allí. *Aigoo*. El pobre hombre seguramente murió para nada.

Kyunghee se derrumbó.

—*Umma*, tu medicina te está haciendo decir tonterías —dijo Sunja.

—Kim Changho se fue a Corea porque no podía casarse con nuestra Kyunghee y no quería sufrir más esperando —dijo Yangjin, que había dejado de llorar. Era como ver a un niño cuyas lágrimas se detienen a voluntad—. Él era mucho más agradable que Yoseb. Después de su accidente, Yoseb se convirtió en un borracho, pero Kim Changho era un hombre de verdad. Él habría hecho feliz a nuestra maravillosa Kyunghee, pero está muerto. Pobre Kim Changho. Pobre Kyunghee.

Al ver la expresión desconcertada de Kyunghee, Sunja dijo con firmeza:

—*Umma*, deberías dormir. Vamos a dejarte para que descanses. Debes estar cansada. Vamos, iremos a la habitación del fondo y terminaremos de tejer allí —dijo mientras ayudaba a Kyunghee a levantarse. Antes de salir, Sunja apagó la luz.

—¡No estoy cansada! Vas a marcharte de nuevo, ¿no? Cuando las cosas se ponen difíciles, es fácil irse. Bien. ¡Ahora me moriré para que no tengas que quedarte aquí y puedas volver corriendo con tu querido Mozasu! Ni un solo día de mi vida he sido una carga para ti. Cada minuto que he pasado aquí he trabajado para mantenerme. No he tomado un solo yen más de lo que necesitaba para comer y para poner un techo sobre nuestras cabezas. Siempre he hecho mi parte, ¿sabes? Te crie cuando tu bondadoso padre murió...

Al mencionar a su marido, Yangjin comenzó a llorar de nuevo y Kyunghee corrió hacia ella, incapaz de dejarla tan deprimida.

Sunja observó a Kyunghee mientras esta abrazaba a su madre hasta que se calmaba. No reconocía a su madre; hubiera sido fácil decir que la enfermedad la había cambiado, pero no era tan sencillo, ¿verdad? La enfermedad y la muerte habían revelado sus verdaderos pensamientos, aquellos de los que había estado protegiéndola. Sunja había cometido un error; sin embargo, no creía que su hijo viniera de una mala semilla. Los japoneses decían que los coreanos llevaban demasiada ira y pasión en la sangre. Semillas, sangre... ¿Cómo podías luchar contra unas ideas tan absurdas? Noa había sido un niño sensible que había creído que, si seguía todas las reglas y era el mejor, el mundo dejaría de ser hostil. Su muerte había sido culpa de Sunja por permitirle creer en unos ideales tan crueles.

La mujer se arrodilló junto a la cama de su madre.

—Lo siento, *umma*. Lo siento. Siento mucho no haber estado aquí. Perdóname por todo.

La anciana miró débilmente a su hija, odiándose de repente. Quería decirle que ella también lo sentía, pero la fuerza abandonó su cuerpo, obligándola a cerrar los ojos.

—Tú no eres cristiano, ¿verdad? —preguntó Hana a Solomon. Estaba sentada a su lado en el banco. El pastor había terminado de elogiar a su bisabuela y el organista comenzó a tocar «Tenemos un amigo en Jesús». La misa de difuntos terminaría después de la canción y una oración final.

Solomon intentó hacer callar a Hana educadamente pero, como siempre, la chica era insistente.

—Esto es como una secta, ¿*nee*? Pero no hacéis nada interesante como desnudaros en grupo o sacrificar bebés. He leído que los verdaderos cristianos hacen cosas así en Estados Unidos. Pero vosotros no parecéis de esos. Como eres rico, seguramente tienes que dar un montón de limosna, ¿no?

Hana estaba susurrándole en japonés con los labios cerca de su oreja y Solomon se puso serio como si intentara concentrarse. Podía oler el brillo de labios de fresa.

No sabía qué responderle. Algunos japoneses creían que el cristianismo era una secta. Sus amigos del colegio, que eran extranjeros, no lo veían así, pero no conocía a demasiados japoneses que fueran cristianos.

Hana le clavó el meñique rosa de la mano izquierda en las costillas mientras miraba el coro, que estaba cantando el himno favorito de su bisabuela. La anciana solía tararearlo a menudo.

Como todos en su familia, Solomon era cristiano. Su abuelo paterno, Baek Isak, había sido uno de los primeros pastores presbiterianos de Osaka. Cuando Solomon era pequeño, la gente de la iglesia se refería a su abuelo como un mártir porque había sido encarcelado por su fe y había muerto cuando lo liberaron. Sunja, Mozasu y Solomon iban a misa todos los domingos.

—Casi ha terminado, ¿*nee*? Necesito una cerveza, Solomon. ¿Nos vamos? He sido una buena chica y he aguantado toda la misa.

—Hana, era mi bisabuela —dijo Solomon al final. La recordaba como una anciana amable que olía a aceite de naranja y galletas. No hablaba mucho japonés, pero siempre tenía golosinas y monedas en los bolsillos de su chaleco azul marino—. Deberíamos ser más respetuosos.

—La viejecita está ahora en el cielo. ¿No es eso lo que dicen los cristianos? Hana imitó una cara sosegada.

—Como sea, está muerta.

—Bueno, no pareces muy afectado. Tu abuela Sunja tampoco parece muy triste —susurró—. De todos modos, tú eres cristiano, ¿verdad?

—Sí, soy cristiano. ¿Por qué te importa tanto?

—Quiero saber qué ocurre después de la muerte. ¿Qué pasa con los bebés que mueren?

Solomon no sabía qué decir.

Después de su aborto, Hana se había mudado con su madre. Se había negado a volver a Hokkaido y pasaba los días en el restaurante de Etsuko, aburrida y enfadada por todo. No podía con el inglés en el colegio de Solomon, odiaba a los chicos de su edad y se negaba a ir al instituto local. Etsuko intentaba descubrir qué hacer con ella, pero mientras, la chica había decidido que Solomon era su proyecto y lo seguía en cada oportunidad.

Como todos los demás, Solomon pensaba que Hana era excepcionalmente guapa, pero Etsuko le había advertido que su hija era problemática y que debía salir con chicas de su colegio.

—¡Por fin! La oración ha terminado. Vamos, salgamos antes de que la entrada se llene de gente.

Hana le dio un codazo suave y tiró de él para levantarlo. Solomon permitió que lo sacara del edificio.

En el callejón soleado detrás de la iglesia, Hana apoyó la espalda con un pie en el suelo y el otro contra la pared. Estaba fumando un cigarrillo. Una vez más, le preguntó por qué no podían ir a comprar cervezas.

En su colegio había chicos que bebían, pero a Solomon no le gustaba el sabor y sus amigos siempre se metían en problemas cuando estaban borrachos. Su padre no se habría enfadado con él por algo así y, en cierto

sentido, Solomon se sentía libre para decir que no a sus amigos porque no era algo importante. Pero le era difícil decir que no a Hana porque era implacable cuando quería algo. La chica pensaba que era demasiado cuadrulado.

Dio una profunda calada al cigarrillo e hizo un mohín adorable al exhalar.

—Nada de cerveza. Respeta el funeral de su bisabuela. Nunca se enfada con su padre. Oh, Solomon, deberías ser sacerdote.

Unió las manos para rezar y cerró los ojos.

—No voy a ser sacerdote. ¿Qué debería hacer cuando sea mayor? —le preguntó.

Un chico mayor del colegio había dicho a su grupo de amigos que todas las mujeres eran putas y todos los hombres asesinos; las chicas se preocupaban por tu futuro trabajo porque querían casarse con hombres ricos.

—No lo sé, pastor *Pachinko* —contestó Hana, riéndose—. Oye, se supone que los cristianos no pueden follar antes de casarse, ¿no?

Solomon se cerró la chaqueta. Hacía frío fuera y su abrigo seguía colgado en el armario del pasillo de arriba.

—Sigues siendo virgen, lo sé —insistió, con una sonrisa—. No pasa nada, solo tienes catorce. ¿Quieres hacerlo?

—¿Qué?

—Conmigo. Podríamos hacerlo, ¿sabes? —Volvió a dar una calada a su cigarrillo, aún más sugerente—. Lo he hecho ya. Un montón de veces. Sé lo que te gustaría.

Hana agarró el nudo de la corbata que su padre le había anudado aquella mañana y la soltó lentamente.

Solomon no la miró a la cara.

La puerta trasera de la iglesia se abrió despacio. Etsuko los llamó desde el umbral.

—Hace frío. ¿Por qué no entráis? Solomon, deberías estar con tu padre para saludar a los asistentes, ¿no crees?

Solomon notó la inquietud en la voz de Etsuko. Hana tiró su cigarrillo y lo siguió al interior.

Hana continuó persiguiendo a Solomon en la recepción. Le pidió que adivinara su talla de sujetador. Solomon no tenía ni idea, pero ahora estaba pensando en sus pechos.

Los asistentes, sobre todo gente mayor, los dejaron en paz, así que los dos deambularon por el salón.

—Vamos a por cerveza al 7-Eleven. Podemos bebérsola en mi casa. O podemos ir al parque.

—No me apetece cerveza.

—Puede que te apetezca coño.

—¡Hana!

—Oh, venga ya. Te gusto. Lo sé.

—¿Por qué tienes que hablar así?

—Porque no soy una buena chica, y porque tú no quieres follarte a una buena chica. Sobre todo la primera vez. Nadie quiere. No quiero casarme contigo, Solomon. No necesito tu dinero.

—¿De qué estás hablando?

—Que te den —dijo Hana, y se alejó de él.

Solomon la alcanzó y la agarró del brazo.

La chica sonrió con frialdad. Era como si se hubiera convertido en otra persona. Llevaba un vestido de lana azul marino con cuello blanco que la hacía parecer más joven que él.

Su abuela Sunja apareció a su lado.

—*Halmoni* —dijo Solomon, aliviado al verla. Se sentía excitado cuando estaba con Hana, pero también le ponía nervioso y lo asustaba. En su presencia, le parecía más seguro tener a un adulto cerca. Justo el día anterior la había pillado robando un paquete de barquillos de chocolate en el *conbini*. Cuando la chica salió de la tienda, Solomon se detuvo para dar al dependiente el dinero de los barquillos porque no quería meterlo en problemas. En el negocio de su padre, si faltaba algún artículo, los dependientes eran despedidos de inmediato.

Sunja sonrió. Tocó el brazo de Solomon como para calmarlo. Parecía aturullado.

—Estás muy guapo con tu traje.

—Esta es Hana —dijo Solomon, y Hana se inclinó formalmente ante ella.

Sunja asintió. La chica era muy guapa, pero tenía la barbilla desafiante.

Quería ir a hablar con Mozasu pero se sentía reacia a dejar a Solomon con la chica guapa.

—¿Te veré en casa más tarde? —le preguntó.

Solomon asintió.

Tan pronto como Sunja le dio la espalda, la chica lo sacó del edificio.

Koh Hansu caminaba con bastón. Cuando vio a Sunja en el salón, la llamó. Sunja oyó su voz; aquello era demasiado.

—Tu madre era una mujer dura. Siempre pensé que era más dura que tú.

La mujer lo miró fijamente. Minutos antes de morir, su madre había dicho que aquel hombre le había arruinado la vida, pero ¿era cierto? Él le había dado a Noa; si no se hubiera quedado embarazada, no se habría casado con Isak, y sin Isak no habría tenido a Mozasu ni a su nieto Solomon. No quería seguir odiándolo. ¿Qué dijo José a sus hermanos, que lo habían vendido como esclavo, cuando volvió a verlos? «Vosotros intentasteis hacerme mal, pero Dios intentaba hacer bien, para dar vida a un pueblo numeroso, como hoy somos»¹³. Eso era algo que Isak le había enseñado cuando ella le había preguntado por el mal en el mundo.

—He venido a ver si estás bien. Si necesitas algo.

—Gracias.

—Mi esposa ha muerto.

—Siento oír eso.

—No podía divorciarme de ella porque su padre era mi jefe. Él me adoptó.

Mozasu le había explicado hacía mucho tiempo que, después de que el suegro de Hansu se retirara, él se había convertido en el jefe del segundo clan *yakuza* más poderoso de todo Kansai.

—No tienes que darme explicaciones. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Gracias por venir hoy.

—¿Por qué tienes que ser tan fría? Creí que ahora te casarías conmigo.

—¿Qué? Este es el funeral de mi madre. ¿Por qué sigues vivo, y mi Noa se ha ido? Ni siquiera pude ir al funeral de mi hijo...

—Él era mi único...

—No, no, no. Él era mi hijo. Mío.

Sunja se marchó a la cocina, dejándolo apoyado en su bastón. No podía dejar de llorar y, cuando las mujeres de la cocina la vieron, la abrazaron. Una mujer que no conocía le frotó la espalda con suavidad. Pensaban que estaba llorando por su madre.

14

Yokohama, 1980

Solomon nunca había estado con nadie y fue muy excitante. Hana tenía experiencia y le enseñó a pensar en otras cosas y a cerrar los ojos si se excitaba demasiado porque era importante que esperara hasta que ella hubiera terminado. Las chicas no querían follar otra vez con él si se corría en un minuto, le dijo. Solomon hacía todo lo que Hana le decía que hiciera, no solo porque la adoraba, sino porque quería hacerla feliz. Habría hecho casi cualquier cosa para hacerla reír porque, aunque era lista, apasionada y tan guapa que resultaba casi insoportable, también era una persona triste e insegura. No podía mantenerse quieta; no podía aguantar un día sin beber. El sexo también era importante para ella, así que durante seis meses lo convirtió en su amante ideal, aunque todavía no había cumplido quince años. Ella tenía casi diecisiete.

Todo comenzó después del funeral de Yangjin. Hana compró cerveza y fueron al apartamento de Etsuko. Se quitó el vestido y la blusa y después le quitó la ropa a él. Lo llevó a su cama, le puso un condón y le enseñó lo que tenía que hacer. Él estaba alucinado, y su felicidad divertía a Hana. No se enfadó cuando se corrió de inmediato, pues era lo que había esperado, pero después de eso empezaron las clases.

Cada día se encontraban en casa de Etsuko y hacían el amor varias veces. La madre de Hana nunca estaba en casa y Solomon decía a su abuela que se hallaba con sus amigos. Volvía a casa a cenar, porque su padre lo esperaba en la mesa, y normalmente ella iba al restaurante de Etsuko a comer.

Después de estar con ella, Solomon se sentía diferente; se sentía mayor y más seguro sobre la vida. Seguía siendo un chaval, lo sabía, pero empezaba a

pensar cómo sería estar con ella en todo momento, no solo después del colegio y durante los recreos. Cuando estaba en clase, trabajaba tanto como era posible para poder verla sin pensar en los deberes. Su padre esperaba buenas notas y Solomon era un gran estudiante. Cuando no estaba con ella, se preguntaba qué estaría haciendo. A menudo le preocupaba perderla frente a un chico mayor, pero ella decía que no había nada por lo que preocuparse.

Etsuko y Mozasu no sabían que sus hijos se acostaban, y Hana le dijo a Solomon que nunca debían saberlo.

—Soy tu chica secreta y tú eres mi chico secreto, ¿*nee*? —le dijo.

Una tarde, unos cuatro meses después, Solomon llegó al apartamento y encontró a Hana esperándolo con lencería de color carne y tacón alto. Parecía una hoja central de *Playboy* en tamaño reducido.

—¿Tienes dinero, Solomon? —le preguntó.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Quiero que me lo des. Tengo que comprar cosas para excitarte. Cosas como estas. Son bonitas, ¿*nee*?

Solomon intentó abrazarla, pero ella extendió la mano izquierda.

—El dinero, por favor.

El muchacho sacó su cartera y extrajo un billete de mil yenes.

—¿Para qué lo necesitas? —le preguntó.

—Porque sí. ¿Tienes más?

—Bueno, claro.

Solomon sacó el billete de cinco mil yenes para emergencias que guardaba doblado detrás de la fotografía de carné de su madre. Su padre le había dicho que siempre tenía que llevar dinero por si surgía algún imprevisto.

—Dámelo, por favor.

Se lo entregó y Hana lo puso sobre la mesa con el billete de mil.

La chica caminó lentamente hasta el estante donde Etsuko tenía la radio y buscó en los canales hasta que encontró una canción pop que le gustaba. Se inclinó y comenzó a mover las caderas al ritmo de la música, asegurándose de que él estuviera mirándola. Solomon se acercó a ella, y Hana se giró y le desabrochó los vaqueros. Sin decir una sola palabra, lo empujó contra la butaca y se puso de rodillas. Solomon nunca sabía qué iba a hacer Hana.

La chica se bajó los tirantes de su sujetador de encaje y sacó sus pechos sobre las pequeñas copas para que él pudiera ver sus pezones. Intentó

tocarlos, pero ella le golpeó la mano. Mientras le agarraba el trasero, empezó a hacerle una felación.

Cuando terminó, Solomon vio que Hana estaba llorando.

—Hana, ¿qué pasa?

—Vete a casa, Solomon.

—¿Qué?

—Ya has terminado.

—He venido a verte. ¿De qué va todo esto?

—¡Vete a casa, Solomon! No eres más que un niño que quiere follar. Yo necesito dinero y esto no es suficiente. ¿Qué voy a hacer?

—¿De qué estás hablando?

—Vete a casa y haz los deberes. ¡Vete a cenar con tu papi y tu abuelita! Todos sois iguales. Yo solo soy una hija de padres divorciados. Creéis que no soy nada. Creéis que soy una perdedora porque mi madre era la puta del pueblo.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué estás enfadada conmigo? Yo no pienso eso, Hana. Yo nunca pensaría eso. Puedes venir tú también. Creía que ibas a ir al restaurante de tu madre cuando yo me marchara.

Hana se cubrió el pecho y fue al baño a por su bata. Regresó con una *yukata* roja. Estaba muy callada. Después le dijo que consiguiera más dinero y volviera al día siguiente.

—Hana, somos amigos, ¿*nee*? Yo te quiero. Puedes quedarte con todo mi dinero. Tengo dinero en casa, de mis regalos de cumpleaños, pero mi abuela me lo guarda en su cómoda. No puedo cogerlo todo de una vez. ¿Para qué lo necesitas?

—Tengo que irme, Solomon. No puedo seguir aquí. Tengo que ser independiente.

—¿Por qué? No. No puedes irte.

Solomon había estado pensando en qué trabajaría para que pudieran vivir juntos. Eran demasiado jóvenes para casarse, pero creía que, después de terminar el instituto, podría conseguir trabajo y mantenerla. Se casaría con ella. Una vez, ella le había dicho que si se casaba nunca se divorciaría, porque nunca haría eso a sus hijos. Sus hermanos y ella habían sido tratados peor que leprosos después de que su madre se marchara, le contó. Pero su padre quería que fuera a la universidad en Estados Unidos. ¿Cómo iba a

marcharse sin ella? Se preguntaba si ella iría con él. Podrían casarse cuando terminara la universidad.

—Solomon, voy a irme a Tokio y empezaré a vivir de verdad. No voy a quedarme en este apartamento esperando que un crío de quince años venga a follarme.

—¿Qué?

—Tengo que hacer algo con mi vida. Yokohama es una mierda, y preferiría morir antes que regresar a Hokkaido.

—¿Y ese instituto que te ha buscado tu madre?

—No puedo ir al instituto, no soy tan lista como tú. Quiero salir en la tele, como esas chicas de las series, pero no sé actuar. Tampoco sé cantar. Tengo una voz horrible.

—Quizá podrías aprender a actuar y cantar. ¿No hay escuelas para eso? ¿No podríamos pedir a tu madre que te matriculara en una de ellas?

Hana se animó un instante, después pareció decepcionada de nuevo.

—A ella le parecerá una tontería. No me ayudará. A eso no. Además, no sé leer bien y para ser actriz tienes que leer tus frases y memorizarlas. Una vez vi la entrevista de una actriz realmente buena en la tele y decía que trabaja muy duro leyendo y memorizando. Yo no soy buena en nada... Excepto en el sexo. Pero ¿qué voy a hacer cuando ya no sea guapa?

—Tú siempre serás preciosa, Hana.

La chica se rio.

—No, tonto. Las mujeres pierden la belleza rápidamente. Mi madre ya está vieja. Será mejor que conserve a tu padre, porque no va a encontrar nada mejor.

—¿Por qué no trabajas para tu madre?

—No, preferiría morirme. Odio el olor del *shoyu* y que se me llene el cabello de aceite. Es asqueroso. No puedo imaginarme trabajar todo el día para clientes vagos y gordos que se quejan por nada. Ella también odia a sus clientes. Es una hipócrita.

—Etsuko no es así.

—Dices eso porque tú no la conoces.

Solomon le acarició el pelo y Hana se abrió la bata y se bajó las bragas.

—¿Puedes hacerlo ahora? ¿Otra vez? —le preguntó—. Necesito sentirte en mi interior. Siempre es mejor la segunda vez, porque dura más.

Solomon la tocó, y pudo.

Cada día ella le pedía dinero, y cada día él le daba parte del dinero del cumpleaños de la cómoda hasta que no quedó más. Cuando iba a verla, ella quería probar cosas nuevas, aunque le dolieran mucho, porque decía que tenía que aprender bien. Aunque a él no le gustara cierta práctica, ella lo obligaba a hacerlo y a interpretar otros papeles. Hana aprendió a gemir y a hablar como las chicas de las películas porno. Una semana después de quedarse sin dinero, Solomon encontró una nota que ella había escondido en su estuche de lápices: «Algún día encontrarás una chica realmente buena, alguien que no sea como yo. Te lo prometo. Pero ha sido divertido, ¿*nee*? Yo siempre seré tu flor impura, Solomon».

Aquella tarde, Solomon corrió al apartamento de Etsuko y descubrió que Hana se había marchado. No volvió a verla hasta tres años después, cuando se reunió con él en un famoso *unagiya* de Tokio para darle un jersey antes de que se fuera a la universidad en Nueva York.

15

Nueva York, 1985

—¿Dónde estás? —le preguntó Solomon en japonés—. Tu madre no sabe dónde encontrarte. Todo el mundo está preocupado por ti.

—No quiero hablar de ella —contestó Hana—. Bueno, ¿tienes novia ahora?

—Sí —respondió Solomon sin pensar—. Hana, ¿estás bien?

Por mucho que hubiera bebido, ella solía sonar sobria.

—Háblame de ella. ¿Es japonesa?

—No.

Solomon quería mantenerla al teléfono. Después de marcharse del apartamento de Etsuko, cinco años antes, Hana había pasado por una larga sucesión de bares de alterne en Tokio, negándose a contar a nadie dónde vivía. Su madre ya no sabía qué hacer. Había contratado a un detective pero este había tenido poca suerte buscándola.

—Hana, dime dónde estás y, por favor, llama a tu madre...

—Calla, universitario. O te callas, o cuelgo.

—Oh, Hana. ¿Por qué? —le preguntó con una sonrisa; había echado de menos incluso su arrogancia—. ¿Por qué eres tan difícil, Hana?

—¿Y tú por qué estás tan lejos?

Hana se sirvió un vaso pequeño de vino y Solomon escuchó el borboteo del líquido al golpear el cristal. En Tokio era por la mañana y ella estaba sentada en el suelo de su diminuto apartamento en Roppongi, que compartía con tres camareras más. Dos seguían durmiendo tras el té con whisky de la noche anterior y la tercera todavía no había vuelto a casa de una cita.

—Te echo de menos, Solomon. Echo de menos a mi viejo amigo. Tú has sido mi único amigo. ¿Lo sabes?

—Estás bebiendo. ¿Estás bien?

—Me gusta beber. Beber me hace feliz. Soy muy buena bebiendo. —Se rio y bebió unas gotas de vino. Quería que la botella le durara—. Soy buena bebiendo y follando. *Soo desu nee*.

—Por favor, ¿puedes decirme dónde estás?

—Estoy en Tokio.

—¿Todavía trabajas en el club de Roppongi?

—Sí, pero en otro diferente. Tú no sabes cuál. —La habían despedido hacía dos noches, pero sabía que conseguiría otro trabajo—. Soy una camarera excelente.

—Estoy seguro de que serías excelente en cualquier cosa que decidieras hacer.

—No apruebas mi trabajo, pero no me importa. No soy prostituta. Sirvo bebidas y doy conversación a hombres increíblemente aburridos a los que hago sentirse fascinantes.

—No he dicho que no lo apruebe.

—Mentiroso.

—Hana, ¿por qué no sigues estudiando? Creo que la universidad te gustaría. Tú eres más lista que la mayoría de gente que hay aquí. Quizá podrías estudiar en Estados Unidos, si aprendieras inglés primero. Tu madre y mi padre lo pagarían. Lo sabes.

—¿Por qué no termino primero el instituto? —contestó Hana con brusquedad—. Espera, ¿está tu novia contigo ahora?

—No, pero he quedado con ella pronto.

—No, no te irás con ella, Solomon. Seguirás hablando conmigo porque eres mi viejo amigo y esta noche quiero hablar con mi viejo amigo. ¿Puedes cancelar la cita? Te llamaré otra vez.

—Yo te llamaré a ti. Sí, la cancelaré y después te llamaré.

—No voy a darte mi número. Cancela lo de tu novia y te llamaré en cinco minutos.

—Hana, ¿estás bien?

—¿Por qué no me dices que tú también me echas de menos, Solomon? Antes me echabas de menos desesperadamente. ¿No te acuerdas?

—Sí, lo recuerdo todo.

Cuando quedaron para almorzar después de tres años sin verse, ella le dio un jersey escarlata de cachemir de Burberry como regalo de graduación. «En

Manhattan hace frío, ¿*nee*? El jersey es rojo como el fuego y tan ardiente como nuestro amor». Durante la comida, sin embargo, ella no se había acercado a él. Ni siquiera le rozó el brazo. Olía muy bien, a jazmín y madera de sándalo.

—¿Cómo podría olvidarte? —dijo Solomon en voz baja. Phoebe llegaría en unos minutos. Tenía la llave de su habitación.

—Ah, ahí está. Ahí está mi Solomon. Sé cuándo tienes hambre de mí.

Solomon cerró los ojos. Ella tenía razón; aquello era como el hambre. Cuando Hana lo dejó el dolor había sido casi físico; no había tenido palabras para describir su marcha. Quería a Phoebe, pero no era eso lo que había sentido por Hana.

—Hana, tengo que colgar. Por favor, ¿podría llamarte más tarde? ¿Puedes darme tu número?

—No, Solomon. No puedo darte mi número. Yo te llamaré cuando quiera hablar contigo. Tú no me llamarás. Nadie me llama.

—Y tú te irás cuando quieras marcharte —contestó él.

—Sí, me iré, pero, Solomon, tú nunca te cansarás de mí porque yo nunca te pediré nada. Excepto hoy. Hoy quiero que hables conmigo para que pueda irme a dormir. Ya no puedo dormir, Solomon. No sé por qué, pero ya no puedo dormir. Estoy muy cansada.

—¿Por qué no dejas que tu madre te ayude? Yo estoy en Nueva York. Ni siquiera quieres darme tu número. ¿Cómo voy a ayudarte a...?

—Lo sé, lo sé, ¡estás estudiando para convertirte en un hombre de negocios internacional! ¡Eso es lo que quiere tu papá y Solomon es un buen chico que hará que su papá se sienta orgulloso!

—Hana, tienes que tener cuidado con la bebida, ¿*nee*?

Intentó sonar tranquilo. Si parecía enfadado, Hana colgaría.

La puerta se abrió y era Phoebe, contenta al principio y después desconcertada porque él estaba al teléfono. Solomon sonrió y le indicó que se sentara a su lado. El dormitorio solo tenía una cama estrecha y un escritorio, pero al menos tenía la suerte de disfrutar de una habitación individual. Se llevó el dedo a los labios y Phoebe murmuró si debía irse. Él se detuvo a pensar, después negó con la cabeza.

—¿Le dirás a tu novia que no sales y me ayudarás a dormir? —le preguntó Hana—. Si estuvieras aquí me follarías y me quedaría dormida en tus brazos.

Nunca tuvimos la oportunidad de dormir en la misma cama porque tú todavía eras un niño. Ahora tienes veinte años. Quiero comerte esa polla de hombre.

—¿Qué quieres que haga, Hana? ¿Cómo puedo ayudarte?

—So-lo-mon-Ul-tra-man. Deberías cantar. Deberías cantar para mí. Ya sabes, la canción sobre los rayos de sol. Me gusta esa canción infantil sobre los rayos de sol.

—Te cantaré si me das tu número.

—Tienes que prometerme que no se lo darás a mi madre.

—De acuerdo. ¿Cuál es? —Solomon escribió los números en la solapa trasera de su libro de macroeconomía—. Voy a colgar y te llamaré de nuevo dentro de un par de minutos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella débilmente. Ya se había terminado la segunda botella. Se sentía despierta pero pesada, como si tuviera las extremidades empapadas—. Voy a colgar. Llámame. Quiero oírte cantar.

Cuando colgó, Phoebe le preguntó:

—Oye, ¿qué pasa?

—Un minuto, solo un minuto. Te lo explicaré después.

Llamó al número de su padre y Mozasu contestó.

—Papá, este es el número de Hana. Creo que está en mal estado. ¿Puedes descubrir dónde está solo con el número? ¿Puedes preguntar a Haruki o al detective de Etsuko? Tengo que colgar. Tengo que llamarla otra vez. Sonaba como si estuviera borracha o drogada.

Solomon marcó el número. Era de un restaurante chino de Roppongi.

Phoebe se quitó el abrigo, se desnudó y se metió en la cama. Su cabello oscuro cayó sobre sus pálidas clavículas.

—¿Quién era?

—Hana, la hija de mi madrastra.

—Lo que la convierte en tu hermanastra. ¿La que está trabajando de prostituta?

—No es prostituta. Es chica de alterne.

—Se acuestan con gente por dinero, ¿verdad?

—No. No siempre. A veces. Depende.

—Bueno, ostras, esa es una gran diferencia. Una vez más me has aclarado uno de los aspectos más bonitos de la cultura japonesa. Gracias.

El teléfono sonó y Solomon descolgó rápidamente. Esta vez era Etsuko.

—Solomon. El número. Era de un restaurante chino.

—Sí, lo siento. Pero he hablado con ella, Etsuko. Estaba muy borracha. Dice que ahora trabaja en un club distinto. ¿No te ha dicho su antigua madama dónde está ahora?

—No hemos descubierto nada. La han despedido de dos sitios más. Cada vez que nos acercamos, la despiden por beber demasiado.

—Si me entero de algo te llamaré de inmediato, ¿de acuerdo?

—Allí es de noche, ¿nee?

—*Hai*. Hana me ha dicho que no podía dormir. Me preocupa que esté bebiendo y tomando anfetas. He oído que las chicas hacen eso en los clubs.

—Deberías irte a dormir, Solomon. Mozasu dice que te va bien en la universidad. Estamos orgullosos de ti. Buenas noches.

Phoebe sonrió.

—Así que perdiste la virginidad con tu hermanastra prostituta que ahora está metida en problemas.

—Qué compasiva eres.

—Demasiado liberal y tolerante soy al no enfadarme porque tu ex te llame borracha siendo una trabajadora sexual. O estoy muy segura de mi valía, o estoy muy segura de nuestra relación, o soy una ignorante y no me doy cuenta de que vas a herir mis sentimientos cuando vuelvas con una problemática damisela a quien sé que estás interesado en rescatar.

—No puedo rescatarla.

—Acabas de intentarlo y has fracasado, porque ella no quiere tu ayuda. Quiere morir.

—¿Qué?

—Sí, Solomon. Esa mujer quiere morir. —Phoebe se echó el flequillo hacia atrás y lo miró con cariño. Lo besó en la boca—. Hay un montón de jóvenes problemáticas en este mundo. No podemos salvarlas a todas.

Hana no lo llamó de nuevo. Meses después, Etsuko descubrió que estaba trabajando en un *toruko-buro* de Kabukicho donde bañaba a los hombres por dinero. El detective le dijo a qué hora terminaba su turno y Etsuko la esperó

fuera del edificio. Varias chicas salieron; Hana fue la última en marcharse. Etsuko no podía creer cuánto había envejecido. El investigador le explicó que quizá no la reconocería porque parecía mucho mayor. El rostro de Hana se había arrugado y secado. No llevaba maquillaje y su ropa no parecía limpia.

—Hana —dijo Etsuko.

Su hija la vio y empezó a caminar en la otra dirección.

—Déjame en paz.

—Hana, oh, por favor, Hana.

—Vete.

—Hana, podemos olvidar todo esto. Empezaremos de nuevo. No debería haber intentado que volvieras al instituto. Lo siento.

—No.

—No tienes que trabajar aquí. Tengo dinero.

—No quiero tu dinero. No quiero el dinero del hombre del *pachinko*. Puedo ganar mi propio dinero.

—¿Dónde vives? ¿Podemos ir a tu casa a hablar?

—No.

—No voy a marcharme.

—Sí, sí lo harás. Eres una egoísta.

Etsuko se quedó allí, creyendo que, si no hacía nada más que escuchar y sufrir, quizá podría salvar a su hija.

—Soy una persona horrible. *Soo desu*. Perdóname, Hana.

La chica dejó caer la bolsa grande que llevaba al hombro y las dos botellas de vino que llevaba envueltas en la toalla repiquetearon al caer sobre el pavimento. Lloró con los brazos colgando en sus costados y Etsuko se arrodilló en el suelo y se abrazó a las rodillas de su hija, negándose a dejarla marchar.

16

Tokio, 1989

Solomon se alegraba de estar de nuevo en casa. El trabajo en Travis Brother estaba resultando ser mejor de lo que esperaba. El sueldo era más de lo que se merecía un año después de salir de la universidad y disfrutaba de los numerosos beneficios de haber sido contratado como extranjero en lugar de como local. La gente de Recursos Humanos le buscó un sofisticado agente inmobiliario que le encontró un apartamento decente de una habitación en Minami-azabu, que a Phoebe no le parecía demasiado horrible. Como su empleador corporativo, Travis fue nombrado avalista del alquiler, de modo que Solomon era legalmente un extranjero en Japón. Solomon, que había crecido en la casa de su padre en Yokohama, nunca antes había alquilado un apartamento. Para los inquilinos que no eran japoneses, exigir un avalista era una práctica común, lo que, por supuesto, enfureció a Phoebe.

Después de mucha persuasión, Phoebe decidió seguirlo a Tokio. Estaban pensando en casarse y mudarse juntos a Japón era el primer paso. Ahora que estaba allí, Solomon se sentía mal por ella. Él estaba empleado en la sucursal japonesa de un banco de inversiones británico, así que trabajaba junto a ingleses, americanos, australianos, neozelandeses y algún que otro sudafricano, además de los japoneses que habían estudiado en el extranjero y eran menos provincianos que los demás. Como coreano japonés licenciado en Estados Unidos, Solomon era tanto lugareño como extranjero, con el útil conocimiento del nativo y los privilegios financieros de un expatriado. Phoebe, sin embargo, no disfrutaba de su estatus y privilegios. En lugar de eso pasaba sus días en casa, leyendo o vagando por Tokio sin saber muy bien cuál era su papel allí porque Solomon rara vez estaba en casa. Era imposible

que consiguiera un visado de trabajo, porque no estaban casados; pensaba en dar clases de inglés, pero no sabía cómo encontrar trabajo de tutora. De vez en cuando, cuando un japonés le hacía una pregunta inocente como si era surcoreana, Phoebe tendía a exagerar.

«En Estados Unidos no existe todo eso de *kankokujin* o *chosenjin*. ¿Por qué demonios voy a ser surcoreana o norcoreana? ¡No tiene sentido! Nací en Seattle y mis padres se marcharon a Estados Unidos cuando solo había una Corea —gritaba, contando una de las anécdotas de intolerancia de su día—. ¿Por qué en Japón se distingue todavía a los residentes coreanos que llevan aquí cuatro putas generaciones? Tú naciste aquí. ¡No eres extranjero! Es una locura. Tu padre nació aquí. ¿Por qué tenéis pasaportes surcoreanos? Es rocambolesco».

Ella sabía tan bien como él que, después de que la península se dividiera, los coreanos de Japón tuvieron que elegir un bando, lo que a menudo había afectado a su estatus residencial. Todavía era difícil para un coreano convertirse en ciudadano japonés, y había muchos que consideraban una vergüenza que un coreano intentara convertirse en ciudadano de su antiguo opresor. Cuando contó a sus amigos de Nueva York aquella curiosa anomalía histórica y los generalizados prejuicios étnicos, se mostraron incrédulos ante la idea de que los amistosos y educados japoneses pudieran pensar de ella que era una delincuente, vaga, guarra o agresiva: los rasgos estereotípicos negativos de los coreanos en Japón. «Bueno, todo el mundo sabe que los coreanos no se llevan bien con los japoneses», decían sus amigos inocentemente, como si ambas cosas fueran equivalentes. Pronto, Phoebe dejó de hablar de ello con sus amigos estadounidenses.

A Solomon le parecía peculiar que Phoebe se enfadara tanto por la historia de los coreanos en Japón. Después de tres meses viviendo en Tokio y de leer algunos libros de historia, la joven había decidido que los japoneses nunca cambiarían. «¡El gobierno todavía se niega a reconocer sus crímenes de guerra!». Curiosamente, en aquellas conversaciones Solomon terminaba defendiendo a los japoneses.

Tenían planeado visitar Seúl juntos durante una semana cuando terminara la temporada de mucho trabajo. Solomon esperaba que Seúl fuera una especie de territorio neutral para ellos, un lugar donde sentirse normal ya que ambos eran inmigrantes coreanos, en cierto sentido. Y no les venía mal que Phoebe hablara coreano muy bien, ya que el coreano de Solomon era patético. Había

visitado Corea del Sur con su padre varias veces y allí todos los trataban siempre como si fueran japoneses. No era como volver al hogar, pero era bonito visitarlo. Después de un tiempo, era más fácil hacerse pasar por turistas japoneses que han ido a disfrutar de las buenas barbacoas que intentar explicar a aquellos coreanos orgullosos e hipócritas por qué su primer idioma era el japonés.

Solomon estaba enamorado de Phoebe. Habían estado juntos desde el segundo año de universidad. No se imaginaba la vida sin ella y, aun así, ver su incomodidad allí le hacía darse cuenta de lo distintos que eran. Ambos eran étnicamente coreanos y habían crecido fuera de Corea, pero no eran iguales. En su país, en tierra japonesa, sus diferencias parecían mucho más pronunciadas. No habían tenido sexo en dos semanas. ¿Sería así cuando estuvieran casados? ¿Empeoraría? Solomon pensó en aquellas cosas mientras se dirigía a la partida.

Aquella era su cuarta noche de póker con los chicos del trabajo. Habían pedido a Solomon y a otro recién llegado, Louis, un mestizo de París, que se unieran; el resto de los jugadores eran directores ejecutivos y de proyectos. El grupo cambiaba un poco, pero normalmente eran seis o siete tipos. Nunca ninguna chica. Solomon era un jugador de póker brillante. En la primera noche había jugado con calma y el resultado había sido neutral; en la segunda noche que se sentía más cómodo, quedó segundo; y después de la tercera noche se marchó con más de trescientos cincuenta mil yenes. Los demás estaban molestos, pero pensaba que merecía la pena dejar clara una cosa: cuando quería ganar, podía hacerlo.

Aquella noche planeaba rascarse el bolsillo un poco. Los chicos eran un buen grupo, no eran demasiado paquetes y Solomon esperaba seguir jugando con ellos. No había duda de que lo habían invitado pensando que era un manta; no sabían que se había licenciado en Económicas en Columbia con una doble optativa en Póker y Billar.

Jugaban a Anaconda, también llamado «Pasa la Basura» porque podías librarte de las malas cartas pasándoselas al tipo de tu izquierda: primero tres cartas, después dos cartas y después una más, apostando continuamente. Hasta un idiota podía ganar el juego porque había mucho azar en él, pero Solomon disfrutaba de las apuestas. Le gustaba ver a los demás apostando o plantándose.

Los jugadores se reunían en el sótano de una *izakaya* sin nombre de

Roppongi. El propietario era amigo de Kazu, el jefe de Solomon y el director de proyectos más antiguo de Travis, y les dejaba usar la sala una vez al mes siempre que bebieran suficiente y pidieran mucha comida. Cada mes, uno de ellos pagaba la cuenta. Al principio, los directores pensaron que no era justo hacer que los empleados pagaran, ya que ganaban mucho menos, pero después de que Solomon ganara la tercera partida, algunos dijeron: «El chico puede pagar la cena». Solomon invitaba aquella vez.

Había seis jugadores y el bote eran 300000 yenes. Tres manos después, Solomon lo tenía controlado: no ganaba nada y no perdía nada.

—Oye, Solly —dijo Kazu—, ¿qué pasa? ¿La suerte te ha abandonado, colega?

Su jefe, Kazu, era un japonés que había sido educado en California y Texas y, a pesar de sus trajes hechos a medida y de su elegante dialecto de Tokio, su inglés era el típico de un universitario americano. Su árbol familiar estaba lleno de duques y condes que habían sido despojados de sus títulos después de la guerra, y en su familia materna había ramas relacionadas con familias de sogunes. En Travis, Kazu se encargaba de que las cosas sucedieran. Cinco de los seis tratos bancarios más importantes del año anterior tuvieron lugar gracias a Kazu. Fue él también quien invitó a Solomon a las partidas. Los mayores se quejaron tras perder ante el chico, pero Kazu los hizo callarse diciendo que la competencia era buena para todos.

A Solomon le caía bien su jefe; a todo el mundo le caía bien. Tenía suerte de ser uno de los chicos de Kazu y de haber sido invitado a las famosas noches de póker mensuales. Había tipos en su equipo que llevaban diez años trabajando para Travis y nunca habían sido invitados. Siempre que Phoebe decía que los japoneses eran racistas, Solomon ponía a Etsuko y a Kazu como ejemplo de lo contrario. Etsuko era el ejemplo más obvio de una persona amable y sin prejuicios raciales, pero Phoebe apenas la entendía, ya que el inglés de Etsuko era terrible. Kazu era japonés y había sido más amable con Solomon que la mayoría de los coreanos de Japón, que a veces lo miraban con recelo por ser el hijo de un hombre rico o un competidor en el colegio. Sí, algunos japoneses pensaban que los coreanos eran escoria, pero algunos coreanos realmente lo eran, dijo a Phoebe. Algunos japoneses también eran escoria. No había necesidad de seguir discutiendo el pasado; esperaba que Phoebe lo superara al final.

Era el momento de descartarse, tomar cartas nuevas y hacer apuestas.

Solomon pasó un nueve de diamante y un dos de corazones inútil, después cogió la jota y el tres que necesitaba para un *full*. La suerte nunca lo abandonaba. Siempre que jugaba a las cartas, Solomon se sentía fuerte y tranquilo, como si no pudiera perder; se preguntó si se sentía así porque no le importaba el dinero. Le maravillaba estar en la mesa, le gustaban las tonterías de las que hablaban los chicos. Con aquella mano tenía una buena oportunidad, y el bote superaba los cien mil yenes. Solomon apostó treinta mil. Louis y Yamada, el australiano japonés, no fueron, dejando a Solomon, Ono, Giancarlo y Kazu. Ono estaba impasible y Giancarlo se rascó la oreja.

Ono apostó otros veinte mil y, de inmediato, Kazu y Giancarlo se plantaron.

—Sois dos gilipollas —dijo Giancarlo, riéndose. Tomó un trago largo de su whisky—. ¿Hay más de esos pinchitos de pollo?

—*Yakitori* —dijo Kazu—. Vives en Japón, tío, aprende cómo se llaman los pinchitos de pollo.

Giancarlo le enseñó el dedo, sonriendo y revelando sus dientes pequeños y uniformes.

Kazu llamó al camarero y pidió para todos.

Era el momento de mostrar las cartas y Ono solo tenía dos parejas. Iba de farol.

Solomon mostró sus cartas.

—Qué hijo de puta —dijo Ono.

—Lo siento, señor —se excusó Solomon, acercándose el dinero con un movimiento ligero y practicado.

—Nunca te disculpes por ganar, Solly —le dijo Kazu.

—Puede disculparse un poco por llevarse mi dinero —replicó Giancarlo, y los demás se rieron.

—Tío, no puedo esperar a ponerte a trabajar en una de mis cuentas. Te pasarás el puto fin de semana rodeado de cajas de auditorías de venta y me aseguraré de que solo te asignen secretarías feas —le dijo Ono. Tenía un doctorado en Económicas del MIT y se había casado por cuarta vez. Cada esposa había sido más guapa que la anterior. Como banquero del sector electrónico, había ganado un dinero obscuro durante el boom japonés y todavía trabajaba sin parar. Ono decía que el propósito de trabajar duro era sencillo: el sexo con mujeres guapas lo compensaba todo.

—Te asignaré el peor trato con la máxima auditoría. Solo para ti, mi pequeño amigo.

Ono se frotó las manos.

—Es más alto que tú —dijo Giancarlo.

—El estatus vence sobre el tamaño —contestó Ono.

—*Gomen nasai, Ono, gomen nasai.*

Solomon se inclinó dramáticamente.

—No te preocupes por eso, Solly —le dijo Kazu—. Ono tiene un corazón de oro.

—No es verdad. Soy capaz de guardar rencor para vengarme en el momento más oportuno —dijo Ono.

Solomon levantó las cejas y se estremeció.

—Solo soy un chaval, señor —suplicó—. Tenga piedad. —Empezó a hacer pulcros montones con el dinero que tenía delante—. Solo soy un chaval rico que merece un poco de piedad.

—He oído que eres asquerosamente rico —dijo Giancarlo—. Tu padre está en el negocio del *pachinko*, ¿verdad?

Solomon asintió, sin estar seguro de cómo lo sabía.

—Yo solía salir con una medio japonesa que estaba buenísima y jugaba un montón al *pachinko*. Era un vicio caro. Supongo que los coreanos sabéis apostar. Debéis llevarlo en la sangre —dijo Giancarlo—. Tío, esa chica hablaba y hablaba sobre lo listos que eran los coreanos que regentaban esos salones y sobre cómo tomaban el pelo a los japoneses... Pero, tío, luego hacía esa cosa tan loca con las tetas y...

—Imposible —dijo Kazu—. Tú nunca has salido con una que esté buena.

—Sí, me has pillado. Salí con tu mujer y no está muy buena. Pero es una auténtica...

Kazu se rio.

—Oye, ¿y si jugamos al póker? —Vertió agua con gas en su whisky, aclarando el color considerablemente—. Solly ganará sin hacer trampa.

—No estoy diciendo nada malo. Es un halago. Los coreanos de aquí son listos y ricos, como nuestro chico, Solomon. ¡No estoy diciendo que sea un *yakuza*! No vas a hacer que me maten, ¿verdad, Solly? —le preguntó Giancarlo.

Solomon sonrió con indecisión. No era la primera vez que oía esas cosas, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien había mencionado el negocio de su padre. En Estados Unidos nadie sabía qué era el *pachinko*. Su padre había creído que allí habría menos intolerancia que en las

sucursales de un banco oriental y lo había animado a aceptar aquel trabajo. Giancarlo no estaba diciendo nada distinto de lo que otros japoneses de clase media pensaban o susurraban; solo resultaba raro escuchar algo así viniendo de un italiano blanco que había vivido en Japón veinte años.

Louis cortó las cartas y Kazu las barajó y repartió una mano nueva.

Solomon tenía tres reyes, pero se descartó de ellos uno a uno en tres rondas consecutivas y después se plantó, perdiendo casi diez mil yenes. Al final de la noche, pagó la cuenta. Kazu quería hablar con él, así que salieron a la calle y pararon un taxi.

—**H**as perdido a propósito. Los tres reyes eran tuyos —dijo Kazu a Solomon. Habían salido del *izakaya*. Kazu encendió un Marlboro Light.

Solomon se encogió de hombros.

—Ha sido una tontería. Giancarlo es un despojo social. Es uno de esos blancos que tienen que vivir en Asia porque sus compatriotas no lo soportan. Lleva tanto tiempo en Japón que cree que, cuando los japoneses le hacen la pelota es porque es muy especial. Qué puta fantasía. Dicho eso, en general no es mal tipo. Es competente. Consigue que las cosas se hagan. Ya debes saber que la gente de aquí, incluso los que no son japoneses, dicen las tonterías más grandes de los coreanos, pero tienes que olvidarlo. Cuando yo estaba en Estados Unidos la gente solía decir muchas chorradas sobre los asiáticos, como que todos hablamos chino y que comemos sushi para desayunar. Cuando enseñan la historia de Estados Unidos, se olvidan del campo de internamiento y de Hiroshima. Que les den, ¿verdad?

—Esas cosas no me molestan —contestó Solomon, examinando las oscuras calles en busca de un taxi. Los trenes habían dejado de pasar media hora antes—. Me dan igual.

—De acuerdo, chico duro —dijo Kazu—. Escucha, el éxito tiene sus impuestos, ¿sabes?

—¿Eh?

—Si haces algo bien, tienes que pagar por toda la gente que lo ha hecho peor que tú. Por otra parte, si te va mal, la vida también te hace pagar sus impuestos de mierda. Al final, todo el mundo paga algo.

Kazu lo miró con seriedad.

—Por supuesto, los peores son los impuestos de los mediocres. Esos son una putada. —Kazu tiró su cigarrillo y se cruzó de brazos—. Presta atención:

los que pagan los impuestos de mierda son sobre todo gente que nació en el sitio equivocado o en el momento equivocado y que se aferran al planeta con las uñas rotas. Ni siquiera conocen las putas reglas del juego. No puedes enfadarte con ellos cuando pierden. La vida se folla, se folla y se vuelve a follarse a esos idiotas. —Kazu arrugó la frente con resignación, como si estuviera preocupado por las injusticias de la vida, pero no mucho. Tomó aliento profundamente—. Así que esos perdedores tienen que escalar el Everest para salir del infierno, y quizá uno o dos de cada quinientos mil lo consigue, pero el resto paga los impuestos de mierda toda su vida, y después se mueren. Si Dios existe y es justo, entonces tiene sentido que en el más allá esos tíos consigan los mejores asientos.

Solomon asintió, sin comprender a dónde quería llegar.

Kazu siguió mirándolo fijamente.

—Pero toda esa gente normal de clase media que tiene miedo hasta de su sombra, bueno, esos pagan los impuestos de los mediocres en plazos trimestrales con intereses compuestos. Eso es lo que ocurre cuando juegas sin arriesgarte, amigo mío. Así que, si yo estuviera en tu lugar, no regalaría ninguna partida; usaría cada puta ventaja que pudiera encontrar. Haz papilla al que te joda y no muestres piedad con los tontos del culo, sobre todo si no se lo merecen. Haz llorar a los cagones.

—Entonces, el impuesto del éxito lo pone la envidia de los demás y los impuestos de mierda, la explotación. De acuerdo. —Solomon asintió como si empezara a pillarlo—. ¿Cuál es el impuesto de los mediocres? ¿Cómo puede estar mal...?

—Buena pregunta, joven Jedi. El impuesto por ser mediocre te lo cargas tú y todos los demás que saben que eres mediocre. Es un impuesto más gravoso de lo que crees.

Solomon nunca había pensado en algo así. No se consideraba terriblemente especial, pero nunca se había creído mediocre. Quizá nunca lo había reconocido, ni siquiera ante sí mismo, pero quería ser bueno en algo.

—Jedi, tienes que entender esto: no hay nada peor que saber que eres como todos los demás. Qué existencia tan jodida, tan patética. Y en este gran país, en Japón, el lugar donde nacieron todos mis elegantes ancestros, todo, todo el mundo quiere ser como todos los demás. Por eso es un lugar tan seguro donde vivir, pero es también una ciudad de dinosaurios. Está extinta, colega. Hazte un nombre e invierte el botín en otra parte. Eres joven y alguien

debería contarte la verdad sobre este país. Japón no está jodido porque haya perdido la guerra o hecho cosas malas. Japón está jodido porque ya no está en guerra, y en época de paz todos quieren ser mediocres y se cagan de miedo si son diferentes. La otra razón es que la élite japonesa quiere ser inglesa y blanca. Y eso es patético, delirante y se merece una discusión entera.

Solomon pensaba que parte de aquello tenía sentido. Todos los japoneses a los que conocía creían que pertenecían a la clase media aunque no fuera así. Chicos ricos de su instituto cuyos padres poseían varias membresías de clubes de campo que valían millones y millones se consideraban clase media. Su tío Noa, a quien no había llegado a conocer, al parecer se había suicidado porque quería ser un japonés normal.

Un taxi vacío se acercó a ellos, pero Solomon no lo llamó. Kazu sonrió.

—De modo que, sí, los idiotas van a meterse contigo y a comentar que tu padre tiene salones de *pachinko*. ¿Y cómo sabe eso la gente?

—Yo nunca hablo de ello.

—Todo el mundo lo sabe, Solomon. En Japón, o eres un coreano rico o eres un coreano pobre, y si eres un coreano rico, hay un salón de *pachinko* en algún punto de tu pasado.

—Mi padre es un tío genial. Es increíblemente honrado.

—Estoy seguro de que lo es.

Kazu lo miró de frente, con los brazos todavía cruzados sobre el pecho.

Solomon dudó, pero lo dijo de todos modos:

—No es un mafioso. No hace cosas malas. Es un empresario normal. Paga sus impuestos y no hace nada al margen de la ley. Hay algunos tipos turbios en el negocio, pero mi padre es meticuloso y moral. Tiene tres salones. No es que... —Kazu asintió para tranquilizarlo—. Mi padre nunca ha tomado nada que no sea suyo; ni siquiera le interesa el dinero. Dona gran parte de lo que gana...

Etsuko le había contado que Mozasu pagaba las facturas del asilo a varios de sus empleados jubilados.

—Solly, Solly. No, hombre, no tienes que darme explicaciones. Tampoco es que los coreanos tengan demasiadas opciones en profesiones normales. Estoy seguro de que él eligió el *pachinko* porque no había mucho más. Probablemente es un empresario excelente. ¿Crees que tu habilidad en el póker ha salido de la nada? Puede que tu padre pudiera haber trabajado para Fuji o Sony, pero en esos sitios no iban a contratar a un coreano, ¿verdad?

Dudo que te contrataran a ti ahora, señor Universidad de Columbia. Japón todavía no contrata coreanos para ser profesores, policías o enfermeras. Ni siquiera has podido alquilar tu propio apartamento en Tokio, y eso que ganas un buen sueldo. ¡En el puto 1989! De todos modos, por mucho que intentes mostrarte educado, esto es una puta mierda. Soy japonés pero no soy estúpido. He vivido en Estados Unidos y Europa mucho tiempo y es una locura lo que los japoneses hacen a los coreanos y chinos que nacieron aquí. Es una locura; deberíais rebelaros. No os quejáis lo suficiente. Tu padre y tú nacisteis aquí, ¿verdad? —Solomon asintió, sin comprender por qué Kazu estaba tan encendido por aquello—. Aunque tu padre fuera un sicario, no me importaría una mierda. Y no lo delataría.

—Pero no lo es.

—No, chico, claro que no lo es —dijo Kazu, sonriendo—. Vete a casa con tu novia. Me han dicho que es guapa y lista. Eso es bueno, porque, al final, el cerebro importa más de lo que crees —dijo, riéndose.

El hombre paró un taxi y dijo a Solomon que subiera primero. Todo el mundo decía que Kazu no era un jefe normal, y era cierto.

Una semana después, Kazu puso a Solomon a trabajar en el nuevo proyecto inmobiliario. El chico era el más joven del equipo. Aquella era la transacción guay que todos los de la oficina querían. Uno de los clientes más importantes de Travis quería comprar tierra en Yokohama para construir un campo de golf de primera clase. Casi todos los detalles se habían cerrado; tenían que conseguir que firmaran tres de los propietarios restantes. Dos no eran imposibles, solo caros, pero el tercero era un dolor de cabeza: la anciana no estaba interesada en el dinero y no quería vender. Su parcela estaba en el lugar que ocuparía el undécimo agujero. En la reunión de aquella mañana, con el cliente presente, dos de los directores de operaciones bancarias hicieron una fuerte presentación sobre los beneficios de estructurar la deuda, y Solomon tomó notas con atención. Justo antes del fin de la reunión, Kazu mencionó de pasada que la anciana seguía obstaculizando el progreso. El cliente sonrió a Kazu y le dijo: «Sin duda, serás capaz de manejar el asunto. Confiamos en ti».

Kazu sonrió educadamente.

El cliente se marchó rápidamente y todos los demás salieron de la sala de

reuniones poco después. Kazu detuvo a Solomon antes de que volviera a su mesa.

—¿Qué vas a hacer en la hora del almuerzo, Solly?

—Iba a comer algo abajo. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Vamos a dar un paseo.

El chófer los llevó a la parcela de la anciana en Yokohama. El edificio de cemento gris estaba en condiciones decentes y el jardín delantero parecía bien mantenido. No había nadie en casa. Un viejo pino proyectaba su sombra triangular en la fachada del edificio y un pequeño arroyo borboteaba en la parte de atrás de la casa. Era una antigua fábrica de tintado y ahora la residencia privada de la mujer. Sus hijos habían muerto y no tenía herederos conocidos.

—Bueno, ¿cómo consigues que una persona haga lo que quieres cuando no quiere hacerlo? —le preguntó Kazu.

—No lo sé —dijo Solomon. Suponía que aquello era una especie de salida a terreno y que su jefe quería compañía. Kazu rara vez iba solo a alguna parte.

El coche estaba aparcado en la calle amplia y polvorienta frente a la parcela de la anciana. Si estuviera en casa, habría visto el coche negro detenido a menos de diez metros. Pero nadie salió ni hubo movimiento en el interior.

Kazu miró la casa fijamente.

—Así que es aquí donde vive Sonoko Matsuda. El cliente confía en que consiga que venda.

—¿Podrás? —le preguntó Solomon.

—Eso creo, pero no sé cómo.

—Esto va a sonar estúpido, pero ¿cómo conseguirás que firme si no sabes cómo? —le preguntó Solomon.

—Estoy pidiendo un deseo, Solly. Estoy pidiendo un deseo. A veces, es así como se empieza.

Kazu pidió al chófer que los llevara a un *unagiya* no lejos de allí.

18

Yokohama, 1989

El domingo por la mañana después de misa, Solomon y Phoebe tomaron el tren a Yokohama para almorzar con su familia.

Como siempre, la puerta de casa estaba cerrada pero sin pestillo, así que entraron sin llamar. Un diseñador amigo de Etsuko había reformado la vivienda recientemente y ya no se parecía en nada a la de la infancia de Solomon, llena de muebles americanos oscuros. El diseñador había eliminado la mayoría de las paredes interiores y reemplazado las pequeñas ventanas por gruesos paneles de cristal. Ahora se podía ver el jardín de rocas desde el interior de la casa. Muebles de colores claros, suelos blancos de roble y lámparas de papel escultóricas llenaban el amplio cuadrante junto a la estufa de leña. En la esquina opuesta de la habitación, ramas largas de forsitia florecían en el gigantesco jarrón de cerámica de celadón del suelo. La casa parecía un glamuroso templo budista.

Mozasu salió del cuarto de estar para recibirlos.

—¡Ya estás aquí! —dijo a Phoebe en coreano. Cuando ella pasaba tiempo con la familia de Solomon, el grupo hablaba en tres idiomas. Phoebe en coreano con los mayores e inglés con Solomon, mientras Solomon casi siempre en japonés con los mayores y en inglés con Phoebe; todos traducían alguna parte y conseguían que funcionara de algún modo.

Mozasu abrió el zapatero junto a la puerta y les ofreció zapatillas de estar por casa.

—Mi madre y mi tía llevan toda la semana cocinando. Espero que tengáis hambre.

—Algo huele fenomenal —dijo Phoebe, suavizándose la falda plisada de color azul marino—. ¿Está todo el mundo en la cocina?

—Sí. Perdona, no. Etsuko no puede venir hoy. Le entristece mucho no poder verte. Me ha pedido que la disculpe.

Phoebe asintió y miró brevemente a Solomon. Sonaría maleducado que ella preguntara dónde estaba Etsuko, pero no entendía por qué no lo preguntaba él. Phoebe sentía curiosidad por Etsuko. Era la única persona con la que no podía hablar directamente, porque ninguna hablaba el idioma de la otra. Además, quería conocer a Hana, que nunca estaba por allí.

Solomon agarró a Phoebe de la mano y la condujo a la cocina. Con su familia se sentía más joven de lo normal, casi atolondrado. El aroma de todos sus platos favoritos llenaba el amplio pasillo que conectaba la sala de estar con la cocina.

—¡Ya he llegado! —gritó, como hacía de niño cuando regresaba del colegio.

Kyunghee y Sunja dejaron de trabajar de inmediato y lo miraron, sonriendo. Mozasu sonrió al verlas tan contentas.

—¡Phoebe también ha venido! —exclamó Kyunghee. Se secó las manos en el delantal y se apartó de la gruesa encimera de mármol para abrazarlo.

Sunja la siguió y rodeó la cintura de Phoebe con el brazo. La mujer era una cabeza más bajita que la novia de su hijo.

—Esto es para las dos.

Phoebe le entregó una caja de confites de la sucursal de Tokio de una exclusiva bombonería francesa.

Sunja sonrió.

—Gracias.

Kyunghee desató el lazo para echar un vistazo. Era una caja grande de fruta confitada cubierta de chocolate.

—Esto parece caro —dijo, encantada—. A vuestra edad deberíais estar ahorrando. ¡Pero los confites parecen deliciosos!

Inhaló exageradamente el aroma del chocolate.

—Es genial teneros aquí —dijo Sunja en coreano, rodeando los delgados hombros de Phoebe en un fuerte abrazo.

A Phoebe le encantaba estar con la familia de Solomon. Era mucho más

pequeña que la suya, pero todos parecían muy unidos, como si cada miembro estuviera orgánicamente enlazado a un único cuerpo, sin costuras, mientras que su gigantesca familia parecían coloridas piezas de Lego sueltas en un cubo grande. Los padres de Phoebe tenían al menos cinco o seis hermanos cada uno y ella había crecido con una docena de primos solo en California. Tenían parientes en Nueva York, Nueva Jersey, DC, en el estado de Washington y en Toronto. Había salido con algunos chicos coreanos americanos y había conocido a sus familias, pero la de Solomon era diferente a todas ellas. La familia de Solomon era cariñosa, pero mucho más discreta y atenta. A ninguno de ellos parecía escapársele nada.

—¿Eso es para el *pajeon*? —preguntó Phoebe. El cuenco estaba lleno de una masa cremosa salpicada de finas rodajas de cebollino y almejas en trozos.

—¿Te gusta el *pajeon*? ¡A Solomon también! ¿Cómo lo hace tu *umma*? —le preguntó Kyunghee con tono casual, aunque era bastante intolerante en cuanto a la proporción de cebolleta y marisco.

—Mi madre no cocina —dijo Phoebe, ligeramente avergonzada.

—¿Qué?

Kyunghee contuvo el aliento, horrorizada, y miró a Sunja, que levantó las cejas tan sorprendida como su cuñada.

Phoebe se rio.

—Crecí comiendo pizza y hamburguesas. Y mucho pollo de Kentucky Fried Chicken. Me encantan las mazorcas de maíz de ese sitio —dijo con una sonrisa—. Mamá trabajaba en la consulta médica de mi padre como jefa de personal y nunca estaba en casa antes de las ocho. —Las mujeres asintieron, intentando entenderlo—. Mamá siempre estaba trabajando. Realizaba todo el papeleo médico en la mesa del comedor mientras nosotros hacíamos los deberes. No creo que se haya ido a la cama nunca antes de medianoche...

—Pero ¿no comías nada coreano?

Kyunghee no podía comprenderlo.

—Los fines de semana, sí. En un restaurante.

Las mujeres entendían que la madre estuviera ocupada y que trabajara mucho, pero les parecía inconcebible que una madre coreana no cocinara para su familia. ¿Qué comería Solomon si se casaba con aquella chica? ¿Qué comerían sus hijos?

—No tenía tiempo. Eso es comprensible, pero ¿tu madre sabe cocinar? —le preguntó Kyunghee con indecisión.

—Jamás aprendió. Y ninguna de sus hermanas cocina comida coreana.

Phoebe se rio, porque el hecho de que ninguna de ellas cocinara platos coreanos era un motivo de orgullo. Su madre y sus tías solían menospreciar a las mujeres que cocinaban mucho e intentaban hacerte comer constantemente. Las cuatro eran muy delgadas. Como Phoebe, eran el tipo de mujer que está en movimiento constantemente y está tan concentrada en su trabajo que no parece interesada en comer.

—Mi tía favorita cocina solo los fines de semana, y solo para reuniones y fiestas. Normalmente hace platos italianos. Nuestra familia siempre se reúne en algún restaurante.

A Phoebe le resultaba divertido ver su asombro e incredulidad ante un detalle tan mundano de su infancia. ¿Tan raro era? ¿Por qué tenían que cocinar las mujeres, de todos modos? Su madre era la persona que más quería en el mundo.

—A mis hermanos ni siquiera les gusta el *kimchi*. Mi madre no tiene nunca en el frigorífico, por el olor.

—Oh —suspiró Sunja—. Sois norteamericanos de verdad. ¿Tus tías están casadas con estadounidenses?

—Todos mis tíos están casados con gente que no es coreana. Mis hermanos están casados con coreanas que nacieron en Estados Unidos como yo. El mayor de mis cuñados, que es abogado, habla portugués pero no coreano, ya que creció en Brasil. Estados Unidos está lleno de gente así.

—¿De verdad? —exclamó Kyunghee.

—¿Con quién están casadas tus tías?

—Tengo tíos y tías blancos, negros, daneses, judíos, filipinos, mejicanos, chinos, puertorriqueños y, veamos, tengo un tío y tres tías que son coreanos nacidos en Estados Unidos. Y tengo un montón de primos. Todos estamos mezclados —añadió, sonriendo a las mujeres mayores con immaculados delantales blancos que estaban prestando tanta atención a lo que estaba diciendo que parecían estar tomando notas en sus mentes—. Cuando nos reunimos, en Acción de Gracias y Navidad, es realmente divertido.

—He conocido a varios de ellos —dijo Solomon, preocupado por si su abuela y su tía abuela no aprobaban su familia, aunque sabía que sus miradas eran más curiosas que reprobatorias. Ninguna le había dicho nunca que tuviera que casarse con una coreana, pero sabía que la relación de su padre con Etsuko las hacía sentirse incómodas.

Cuando la sartén estuvo suficientemente caliente, Sunja vertió un poco de masa en ella. Comprobó los bordes y bajó el fuego. Phoebe era alegre y buena para su nieto, pensó. Su madre solía decir que la vida de una mujer es sufrimiento, pero aquello era lo último que quería para aquella chica dulce que tenía una sonrisa cálida y rápida para todo el mundo. No cocinaba, ¿y qué? Si cuidaba bien de Solomon, nada más importaría, aunque esperaba que quisiera tener hijos. Últimamente, Sunja había deseado tener a un bebé en brazos. Qué maravilloso sería no preocuparse por una guerra, por tener comida suficiente o por encontrar refugio. Solomon y Phoebe no tendrían que trabajar como Kyunghee y ella lo habían hecho; solo disfrutarían de sus hijos.

—¿Cuándo vas a casarte con Solomon? —le preguntó Sunja sin apartar la atención de la sartén. Una anciana tenía derecho a preguntar ese tipo de cosas, aunque todavía temía un poco hacerlo.

—Sí, ¿cuándo vais a casaros? ¿A qué estáis esperando? Mi hermana y yo no tenemos nada que hacer... ¡Nos mudaremos a Tokio si quieres ayuda con los bebés y las comidas! —dijo Kyunghee, riéndose.

Solomon negó con la cabeza y sonrió a las tres mujeres.

—Y ahora es cuando me voy a la sala de estar a hablar de cosas de hombres con papá.

—Muchas gracias, Solomon —dijo Phoebe. En realidad no le importaban sus preguntas, porque ella también había estado pensando en ese tema.

Mozasu sonrió y los hombres las dejaron en la cocina.

Padre e hijo se sentaron en las butacas en el centro de la amplia habitación. Sobre la mesa de café ante el largo sofá de respaldo bajo había cestas de frutas y frutos secos. El montón de periódicos del día coreanos y japoneses estaba a medio leer.

Mozasu encendió la televisión y bajó el volumen a las noticias; estaba examinando el teletipo que corría por la pantalla con los precios de las acciones. Los dos hablaban a menudo con la televisión encendida.

—¿Cómo va el trabajo? —le preguntó Mozasu.

—Mucho más fácil que la universidad. El jefe es genial; es japonés, pero fue a la universidad en California.

—¿California? A tu madre le habría gustado eso —dijo Mozasu en voz baja. El chico se parecía mucho a ella, sobre todo en la frente y la nariz.

—¿Dónde está Etsuko? —Solomon miró fijamente el fondo azul del noticiero. Los presentadores estaban hablando de una inundación en Bangkok —. ¿Se trata de Hana? ¿Está bien?

Mozasu sonrió.

—Etsuko te lo contará. Llámala.

Solomon quería saber más, pero su padre no sabía qué había pasado entre los dos jóvenes. A Mozasu no le gustaba hablar de Hana porque eso perturbaba mucho a Etsuko.

—A tu abuela y a tu tía abuela les cae bien Phoebe. Quieren que os caséis.

—Sí, lo he oído. Hace cinco minutos.

Mozasu miró a su hijo.

—¿Phoebe quiere vivir en Japón?

—No estoy seguro. Odia no saber hablar japonés.

—Puede aprender.

Solomon parecía dudar.

—Quiere trabajar. En Japón no es fácil encontrar empleo recién salido de la universidad. Y ella no conoce el idioma. A Phoebe no le gusta quedarse en casa.

Mozasu asintió. La madre de Solomon había sido igual.

—¿Estás bien de dinero?

—Sí, papá —contestó, casi divertido por la preocupación de su padre—. Tengo un buen trabajo. Oye, papá, ¿tú conoces a una anciana llamada Sonoko Matsuda? Es la propietaria de una vieja fábrica textil de Yokohama. No está lejos de la casa de Goro.

—No. —Mozasu negó con la cabeza—. ¿Por qué?

—Kazu, mi jefe, está intentando cerrar un trato inmobiliario y la señora Matsuda no quiere vender la propiedad. Está paralizando el trato. Pensé que quizá tú conocerías a alguien. Conoces a un montón de gente en Yokohama.

—No la conozco a ella, pero, claro, puedo encontrar a alguien que la conozca. Eso no será difícil. ¿Tu jefe quiere que la señora venda?

—Sí. Su parcela es la última pieza importante para la construcción del campo de golf.

—Ah, de acuerdo. Ese tipo de cosas ocurren a veces. Preguntaré a Goro o a Haruki. Uno de ellos la conocerá. Goro acaba de vender su último salón de *pachinko*. Ahora solo tiene negocios en demolición, construcción e inmobiliaria. Quiere que trabaje con él, pero estoy muy ocupado. Es

demasiado tarde para empezar algo nuevo. Además, no comprendo ese negocio tan bien como el *pachinko*.

—¿Por qué no vendes los salones tú también, papá? Podrías jubilarte. Vives acomodado, ¿verdad? El *pachinko* es mucho trabajo.

—¿Qué? ¿Que deje el negocio? El *pachinko* nos pone la comida en la mesa y te ha enviado a ti a la universidad. ¡Soy demasiado joven para jubilarme! — Se encogió de hombros—. ¿Y qué pasaría si vendiera mis salones? Puede que despidieran a mis trabajadores. ¿Y a dónde irían los más viejos? También damos trabajo a la gente que fabrica las máquinas. El *pachinko* es un negocio mayor en Japón que la fabricación de coches.

Mozasu dejó de hablar y subió el volumen de las noticias. Los presentadores estaban hablando del valor del yen.

Solomon asintió y miró la pantalla, intentando prestar atención al telediario. Su padre no parecía nada avergonzado por lo que hacía para ganarse la vida.

Mozasu vio la expresión sombría de su hijo por el rabillo del ojo.

—Esta noche llamaré a Goro y le preguntaré por la anciana. Tu jefe quiere que venda, ¿verdad?

—Eso sería genial. Gracias, papá.

El lunes por la mañana, Mozasu llamó a Solomon a la oficina. Había hablado con Goro. La anciana era coreana, una de esas *chongryon* cuyos hijos regresaron a Pionyang y murieron allí; Matsuda era su *tsumei*. No quería vender la propiedad a los japoneses. Goro creía que la anciana estaba siendo testaruda; dijo que él le compraría la parcela, porque le había asegurado que a él se la vendería. Después, él se la vendería al cliente de Kazu por el mismo precio.

Después de colgar el teléfono, Solomon corrió al despacho de Kazu para contarle la buena noticia.

Kazu lo escuchó con atención. Después, entrelazó las manos y sonrió.

—Excelente trabajo, Jedi. Tengo buen ojo para los ganadores.

19

Tokio, 1989

Incluso en su condición, Hana no podía evitar coquetear.

—No deberías haber venido —dijo—. Estoy fea. Quería estar preciosa cuando volvieras a verme.

—Quería verte —contestó Solomon—. Y estás adorable, Hana. Eso nunca cambiará.

Sonrió, intentando no mostrar su sorpresa ante su cambio físico. Etsuko se lo había advertido, pero aun así era difícil reconocer sus rasgos originales bajo las costras rojizas y el escaso cabello. El esqueleto de su cuerpo dejaba una impresión visible bajo la fina sábana azul del hospital.

—Mamá me ha dicho que te has traído a tu novia a Tokio —dijo Hana. Lo único que no había cambiado era su voz. Era difícil saber si estaba bromeando o no—. Y yo que pensaba que ibas a volver conmigo... Vas a casarte con ella, ¿*nee*? Por supuesto, intentaré perdonarte porque sé que a mí me quisiste primero.

Con la cortina cerrada y la lámpara del techo apagada, la única luz venía de la bombilla de poca potencia junto a su cama. La habitación de la clínica estaba tan oscura como la noche, aunque fuera hacía sol.

—¿Cuándo vas a ponerte mejor? —le preguntó.

—Ven aquí, Solomon. —Hana levantó el brazo derecho, delgado como un palillo y blancuzco. Lo agitó como una elegante varita de muerte—. Te he echado mucho de menos. Si no te hubiera dejado ese verano... Bueno, habría hecho que te casaras conmigo. Pero te habría arruinado la vida... Yo lo arruino todo. Lo arruino todo.

Solomon se sentó en la silla junto a su cama. Etsuko le había dicho que la medicación no estaba funcionando. Los médicos decían que solo le quedaban unas semanas, dos meses como mucho. Tenía el cuello y los hombros cubiertos de lesiones oscuras. Su mano izquierda estaba intacta, pero la derecha estaba tan seca como su cara. Su belleza física había sido tan extraordinaria que a Solomon le parecía especialmente cruel su estado actual.

—Hana, ¿por qué no vas a América para que te vean allí? En Estados Unidos hay muchos avances. Sé que las cosas son mucho mejor allí para este...

No quería jugar a aquel juego estúpido de no hablar de lo que era real. Solo oír la voz de Hana y estar sentado en su habitación, de donde no podía huir de él, le recordaba todas las cosas mágicas y brillantes que había en ella. Había estado colado por ella y aún ahora sentía muchas cosas. No podía concebir su muerte. Quería agarrarla y llevarla corriendo a Nueva York. En Estados Unidos todo parecía reparable; en Japón, los problemas y dificultades tenían que ser aguantados. *Sho ga nai, sho ga nai*. ¿Cuántas veces había oído esas palabras? *Qué remedio*. Su madre, al parecer, odiaba aquella expresión, y en ese momento comprendió su furia contra aquella resignación cultural que violaba sus creencias y deseos.

—Oh, Solomon. No quiero ir a Estados Unidos. —Hana exhaló sonoramente—. No quiero vivir. Estoy preparada para morir, ¿sabes? Solomon, ¿alguna vez has querido morir? Yo he deseado morir desde hace muchos años, pero era demasiado cobarde para decirlo o para hacer algo que cumpliera mi deseo. Tú quizá podrías haberme salvado, pero ¿sabes? Ni siquiera alguien tan maravilloso como tú, ni siquiera tú, mi Solomon, lo hubieras conseguido. Todo el mundo desea morir en algún momento, ¿*nee*?

—Esa primavera. Cuando te marchaste. Quise morir.

Solomon se quedó callado; nunca había admitido aquello ante nadie. A veces olvidaba aquel momento, pero estar con ella volvía su memoria nítida y cruel.

Hana frunció el ceño y empezó a llorar.

—Si me hubiera quedado nos habríamos amado mucho el uno al otro, pero estaba segura de que te haría daño. No soy una buena persona, y tú sí lo eres. No debías estar conmigo. Es sencillo. Mamá me contó que te hiciste un análisis en Estados Unidos para el seguro de vida y que estás bien. Me alegro mucho de eso. Eres la única persona a la que nunca he querido hacer daño. Y

mamá dice que tu novia es una chica agradable y educada como tú. No quiero saber si es guapa. Dime que es horrorosa pero que tiene un buen corazón. Sé que es coreana. *Tsugoi*, Solomon. Eso es genial. Deberías casarte con ella. Puede que la gente deba casarse con otros con sus mismos orígenes. Quizá la vida sea más fácil así. Voy a imaginar que tienes tres o cuatro niños coreanos preciosos... con una bonita piel y cabello coreano. Tú tienes un pelo maravilloso, Solomon. Me habría gustado conocer a tu madre. Ponle mi nombre a una de tus niñas, ¿*nee*? Porque, bueno, yo no voy a tener ninguna. Prométeme que querrás a la pequeña Hana, y que pensarás en mí.

—Cállate —le dijo en voz baja, sabiendo que ella no le haría caso—. Por favor. Por favor, cállate.

—Sabes que eres el único al que he querido. *Hatsukoi* fue una idea estúpida para mí hasta que te conocí. He estado con muchos hombres, Solomon, y eran asquerosos. Todas las cosas horribles que les dejé hacer... Me arrepiento mucho de todo ello. A ti te quise, porque eres bueno.

—Hana, tú eres buena.

Ella negó con la cabeza, pero por un instante pareció tranquilizarse.

—Después de que mamá se marchara hice cosas malas con algunos chicos. Por eso vine a Tokio. Estaba muy enfadada cuando te conocí; después, cuando estaba contigo, dejé de sentirme tan mal. Pero no podía con ello así que me marché y empecé a alternar. No quería amar a nadie. Después tú te fuiste a América y yo estaba... estaba... —Hana hizo una pausa—. Cuando me emborrachaba, pensaba que vendrías a buscarme. Como en esa película americana. Pensaba que descubrirías dónde vivía, que subirías por una escalera hasta mi ventana y me llevarías contigo. Solía decir a todas las chicas que tú vendrías a por mí. Todas las chicas querían que vinieras a por mí.

Solomon le miró la boca mientras hablaba. Tenía la boca más bonita.

—Es asqueroso, ¿verdad?

—¿Qué?

Se sintió como si alguien lo hubiera abofeteado de repente.

—Esto.

Hana se señaló las lesiones en la barbilla.

—No. No estaba mirando eso.

Ella no lo creyó. Parpadeó rápidamente y se echó hacia atrás, sobre la almohada.

—Ahora quiero descansar, Solomon. ¿Volverás pronto?

—Sí, volveré —le dijo, levantándose de la silla.

Cuando regresó a la oficina, Solomon no podía dejar de pensar en ella. ¿Por qué no la había ayudado Etsuko? Le dolía algo en su interior y el dolor le resultaba familiar. No podía leer los documentos que tenía delante. Se suponía que debía examinar algunas proyecciones de las obras del club de golf, pero era como si hubiera olvidado cómo usar Excel. ¿Qué habría pasado si ella no lo hubiera dejado aquel verano? ¿Habría podido él marcharse a Nueva York y estar lejos de ella tanto tiempo?

Phoebe quería casarse ya; lo sabía, pero ella nunca sacaba el tema porque era orgullosa y quería que él se lo pidiera. Cuando oyó la voz de Kazu en el vestíbulo, Solomon levantó la mirada y vio a su jefe ante él. Los compañeros de Solomon habían salido; Kazu cerró la puerta a su espalda, caminó hasta el aparador junto a la mesa de Solomon y se quedó en el espacio entre este y la enorme ventana.

—Ha muerto —dijo Kazu.

—¿Qué? Acabo de verla.

—¿A quién?

—A Hana. ¿Te ha llamado mi padre?

—No sé quién es esa, tío, pero Matsuda, la anciana, ha muerto, y no tiene buena pinta. Cuando el cliente dijo que quería la parcela, no esperaba que la vendedora muriera un par de días después.

—¿Qué? —Solomon parpadeó—. ¿La vendedora ha muerto?

—Sí. Vendió la propiedad al amigo de tu padre, Goro, y después nuestro cliente se la compró a él. Nuestro cliente no está en problemas, pero huele mal. ¿Sabes a lo que me refiero?

Kazu dijo todo esto con voz tranquila e impassible mientras miraba fijamente a Solomon. Agarró la pelota de béisbol de los Tigres de Hanshin que había sobre el aparador, la lanzó hacia arriba y la atrapó.

—¿Cómo ha muerto?

—No estoy seguro. Podría haber sido un ataque al corazón o un derrame. No lo saben. Al parecer tiene dos sobrinas. No sé si van a causarnos problemas ni qué hará la policía.

—Podría haber muerto por causas naturales. ¿No era vieja?

—Sí, espero que sea eso. No obstante, nuestro cliente ha cancelado esta transacción por ahora porque las noticias podrían afectar su salida a bolsa en primavera.

—¿Qué salida a bolsa?

—Eso no importa. —Kazu suspiró—. Escucha, chico, tengo que dejarte ir. Lo siento, Solomon. Lo siento de verdad.

—¿Qué? ¿Qué he hecho yo?

—Tenemos que hacerlo. No hay otro modo. Creo que el amigo de tu padre se pasó un poco con lo de la venta de la parcela, ¿*nee*?

—Pero no tienes ninguna prueba y estás acusando al amigo de mi padre de algo imposible. Goro nunca haría daño a...

—No estoy acusando al amigo de tu padre de nada. Pero los hechos son que hay una mujer muerta que no quería vender su propiedad. Todos sabían que no quería hacerlo, y poco después de ello, murió.

—Goro pagó un montón de dinero por esa parcela. La pagó a un precio justo, de mercado, y es coreano. No le importaba venderla a un coreano. Pensaba que era así como se suponía que solucionaríamos esta venta. Él no mataría a una anciana por algo así. Toda su vida ha ayudado a esa pobre gente. ¿Qué estás diciendo? Goro hizo esto como favor a mi padre y a mí...

Kazu sostuvo la pelota entre sus manos y miró la alfombra.

—Solly, no me digas nada más. ¿Lo comprendes? Los investigadores van a querer saber qué ocurrió. Puede que no conviertan esto en algo serio, pero el cliente está muy asustado, colega. El cliente quería construir un club de campo, no buscaba involucrarse con la *yakuza*. ¿Sabes el infierno en el que pueden convertirse las reuniones de accionistas?

—¿*Yakuza*? Goro no es *yakuza*.

Kazu asintió y lanzó la bola de nuevo.

—Desafortunadamente, la transacción está contaminada, así que se dejará en suspenso. Esto devengará en un gran coste financiero para el cliente y nos dejará en mal lugar a nosotros como entidad bancaria. Mi reputación...

—Pero el cliente ha conseguido la parcela.

—Sí, pero se suponía que nadie tenía que morir. Yo no quería eso.

Kazu hizo una mueca, como si estuviera saboreando algo agrio.

Solomon negó con la cabeza. En lo único que podía pensar era en las innumerables veces que había escuchado las hilarantes historias de Goro sobre sus muchas novias, y sus ánimos constantes para el futuro. Goro tenía

una extraordinaria lucidez sobre el mundo. Era un gran hombre, decía su padre siempre sobre Goro; un hombre honorable, un auténtico *bushi* que comprende el sacrificio y el liderazgo. Había sido Goro quien había levantado de la nada el negocio de uniformes de la madre de Haruki Totoyama, y solo porque sentía lástima por aquella madre que estaba criando sola a sus dos hijos. Su padre decía que él siempre estaba haciendo cosas buenas por la gente pobre. Era absurdo pensar que Goro había sido responsable de la muerte de la señora. La mujer le había vendido la propiedad porque todo el mundo sabía que era un buen empresario coreano. Todo el mundo lo sabía.

—Recursos Humanos está esperando fuera. Solomon, no sabes cómo funciona esto, no creo que lo sepas porque este es tu primer empleo, pero cuando eres despedido de un banco de inversiones tienes que abandonar el edificio de inmediato por razones de seguridad interna. Lo siento.

—Pero ¿qué he hecho?

—La transacción se ha pospuesto por ahora y no necesitaremos un equipo tan grande. Será un placer darte una referencia. Puedes citar mi nombre para lo que quieras. Yo no mencionaré esto a tus futuros jefes.

Solomon se echó hacia atrás en la silla y miró la mandíbula apretada de Kazu. Hizo una pausa antes de hablar:

—Me trajiste aquí a propósito porque querías que consiguiera que la anciana coreana vendiera. Tú sabías...

Kazu soltó la pelota y se dirigió a la puerta.

—Hermano, te di trabajo. Considérate afortunado —le dijo. Solomon se cubrió la boca con las manos—. Eres un buen chico, Solomon, y tienes futuro en las finanzas, pero no aquí. Si estás insinuando que estás siendo discriminado, algo que los coreanos suelen creer, estarías en un error y serías injusto conmigo. Si acaso, has tenido preferencia sobre los oriundos. Me gusta trabajar con coreanos. Todo el mundo lo sabe. Todo el departamento creía que eras mi favorito. No quería despedirte. Pero no estoy de acuerdo con las tácticas de tu padre.

—¿Mi padre? Él no tiene nada que ver con esto.

—Sí, por supuesto. Fue ese hombre, Goro —dijo Kazu—. Te creo. De verdad. Buena suerte, Solomon.

Kazu abrió la puerta del despacho y dejó que las dos mujeres de Recursos Humanos entraran antes de dirigirse a su siguiente reunión.

La charla con Recursos Humanos pasó rápidamente y sonó como estática de radio en la cabeza de Solomon. Le pidieron su tarjeta de identificación y él la entregó automáticamente. Su mente no dejaba de volver con Hana, aunque creía que debía llamar a Phoebe para explicárselo. Necesitaba aire. Lanzó las cosas en la caja blanca pero dejó la pelota de béisbol sobre el aparador.

Las mujeres de Recursos Humanos lo escoltaron al ascensor y se ofrecieron a mandarle la caja a su apartamento con un mensajero, pero Solomon se negó. A través de la sala de reuniones acristalada vio a los tipos de las noches de póker, pero no a Kazu. Giancarlo lo vio sosteniendo la caja blanca contra su pecho y sonrió ligeramente, después volvió a lo que estaba haciendo. En la calle, Solomon se metió en un taxi y pidió al conductor que lo llevara a Yokohama. No creía que pudiera caminar hasta la estación de tren.

20

Yokohama, 1989

El Café Empire era un restaurante de curri tradicional cerca del barrio chino, un lugar al que Solomon solía ir con su padre los sábados por la tarde cuando era niño. Mozasu todavía comía allí los miércoles, con Goro y Totoyama. Empire servía cinco tipos distintos de curri, solo un tipo de cerveza de barril y tanto té y encurtidos como quisieras. El cocinero, que siempre estaba de mal humor, era hábil con las especias y sus curris no tenían rival en la ciudad.

Aquella tarde, mucho después de la hora del almuerzo, el local estaba casi vacío a excepción de los tres amigos sentados en la mesa de la esquina cerca de la cocina. Goro estaba contando una de sus historias divertidas mientras hacía muecas alocadas y ademanes dramáticos. Mozasu y Totoyama comían el curri caliente y bebían cerveza. Mientras, asentían y sonreían a Goro, animándolo a continuar.

Cuando Solomon abrió la puerta, los cascabeles baratos del quicio tintinearón.

Sin apenas molestarse a mirar mientras limpiaba las mesas, la diminuta camarera gritó: «¡*Irasshai!*!».

Mozasu se sorprendió al ver a su hijo. Solomon se inclinó ante los hombres.

—¿Escaqueándote del trabajo? —le preguntó Mozasu. Los rabillos de sus ojos se arrugaron al sonreír.

—Eso está bien, eso está bien. Escaquéate todo lo que puedas —replicó Goro. Estaba encantado de ver al chico—. He oído que también vas a la oficina los fines de semana. Eso no está bien. Un chico guapo como tú debería estar persiguiendo faldas. Si yo tuviera tu altura y tus estudios, no se

me resistiría una sola mujer de Japón. Estaría rompiendo corazones a un ritmo que escandalizaría a un buen chico como tú.

Goro se frotó las manos.

Totoyama no dijo nada; estaba mirando la mitad inferior del rostro de Solomon, que parecía paralizado: los labios del chico formaban una línea fina y arrugada sobre su barbilla. Totoyama estaba colorado, puesto que solo necesitaba media cerveza pequeña para que el color subiera a sus orejas, nariz y mejillas.

—Solomon, siéntate —dijo Totoyama—. ¿Estás bien?

El policía quitó su maletín de la silla vacía y lo dejó en el suelo de linóleo.

—Yo... —intentó decir Solomon, pero se detuvo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Mozasu—. ¿Quién te ha dicho que estaríamos aquí, cotorreando como viejas? ¿Etsuko?

El muchacho negó con la cabeza.

Mozasu le tocó el antebrazo. Él le había comprado el traje azul oscuro que llevaba, en Brooks Brothers, cuando fue a visitarlo a Nueva York. Había sido agradable poder comprarle a su hijo tantos trajes y accesorios en una tienda americana tan bonita. Para aquello servía el dinero, ¿no era cierto? Para comprar a tu chico todo lo que necesite.

—Come un poco de curri —le dijo Mozasu.

Solomon negó con la cabeza.

Goro frunció el ceño y llamó a la camarera.

—Kyoko, trae un poco de té para el chico, por favor.

Solomon levantó los ojos para mirar al antiguo jefe de su padre.

—No sé cómo empezar, Goro.

—Claro que sí. Habla.

—Mi jefe, Kazu, dice que la señora, ya sabes, la vendedora, ha muerto. ¿Es eso verdad?

—Así es. Fui al funeral —dijo Goro—. Era muy vieja. Murió de un ataque al corazón. Tenía dos sobrinas que han heredado todo ese dinero. Unas chicas agradables. Una está casada y la otra divorciada. Tienen una piel preciosa y unas frentes bonitas y amplias. Caras coreanas de verdad. Me recordaron a mi madre y a mi tía.

La camarera le llevó el té y Solomon sostuvo la taza marrón entre sus manos. Eran las mismas tazas que habían usado en Empire desde que podía recordar.

Totoyama dio unas palmaditas suaves al hombro del chico, como para despabilarlo.

—¿Quién decís que ha muerto?

—La señora. La anciana coreana que le vendió la propiedad a Goro. El cliente de mi jefe quería su parcela y la señora no quería vender a un japonés, así que Goro la compró y se la revendió, pero ahora la señora ha muerto y el cliente ha paralizado el trato. Se han excusado con algo de una salida a bolsa limpia y las posibles investigaciones.

Totoyama miró a Mozasu, que parecía igualmente desconcertado.

—¿La mujer ha muerto?

Mozasu miró a Goro, que asintió con tranquilidad.

—Tenía noventa y tres años y murió un par de días después de venderme la propiedad. ¿Qué tiene eso que ver con nada?

Goro se encogió de hombros. Guiñó el ojo a la camarera y golpeó el borde de su jarra para que le llevara otra cerveza. Después, señaló las jarras vacías de Mozasu y Totoyama y los hombres negaron con la cabeza. Totoyama cubrió la parte superior de su jarra con la mano.

—¿Cuánto pagaste por la parcela?

—Un precio muy bueno, pero no una locura. Después se la vendí a ese cliente por el precio exacto que pagué por ella. Envié al jefe de Solomon las copias del contrato. No gané un solo yen. Este era el primer proyecto de Solomon y...

Mozasu y Totoyama asintieron. Era impensable que Goro hubiera buscado beneficiarse del trabajo de Solomon.

—El cliente la compró por menos de lo que habría pagado de haberla comprado a su nombre —dijo Solomon lentamente, como si Kazu estuviera en la habitación.

—El cliente se llevó una propiedad que nunca habría conseguido de otro modo, porque es japonés y ella se había negado en varias ocasiones a vendérsela. La consiguió barata —gruñó Goro, incrédulo—. Entonces, ¿el cliente dice ahora que no va a construir el club de campo? Tonterías.

—Kazu dice que el proyecto se ha suspendido porque no quieren que las malas noticias contaminen la salida a bolsa.

—¿Qué malas noticias? La anciana murió en paz. Aunque les llevará tiempo quitar el asqueroso olor a coreano —dijo Goro—. Estoy harto de esto.

Totoyama frunció el ceño.

—Si se estuviera cuestionando su muerte, yo lo sabría. No se ha abierto ninguna investigación.

—Escucha, el trato se cerró. Si ese capullo quiere jugártela y quedarse con tu parte, vale. No esperaba que te diera una comisión justa, pero recuerda esto: ese cabrón no volverá a aprovecharse de ti. Vigilaré a ese hijo de puta hasta el día que me muera.

Goro inhaló, después sonrió tranquilamente al muchacho.

—Bueno, Solomon, deberías comer un poco de curri y hablarme de esa chica americana, Phoebe. Siempre he querido ir a Estados Unidos a conocer a las mujeres de allí. Son guapas, muy guapas. —Chasqueó la lengua—. ¡Quiero una novia rubia con el culo grande!

Los hombres sonrieron pero no se rieron como habían hecho antes. Solomon parecía inconsolable.

La camarera llevó a Goro una cerveza y regresó a la cocina; él la observó mientras se alejaba.

—Demasiado delgada —dijo, echándose hacia atrás el tupé teñido de negro.

—Me han despedido —dijo Solomon.

—¿*Nani*? —preguntaron los tres hombres a la vez—. ¿Por qué?

—Kazu dice que el cliente ha paralizado el proyecto. Ya no me necesitan. Dice que si hay una investigación porque la...

Solomon se detuvo antes de decir la palabra *yakuza* porque, de repente, ya no estaba seguro. Su padre no se habría asociado con criminales. ¿Debería hablar delante de Totoyama? Era japonés y tenía un alto rango en la policía de Yokohama; él no sería amigo de delincuentes. Solo esa sugerencia habría herido profundamente a los tres hombres.

Goro estudió el rostro de Solomon y asintió casi imperceptiblemente porque comprendió el silencio del chico.

—¿La incineraron? —preguntó Totoyama.

—Probablemente, pero a algunos coreanos los entierran en Corea —dijo Mozasu.

—*Soo nee* —dijo Totoyama.

—Solomon, la señora murió por causas naturales. La sobrina dijo que fue el corazón. Tenía noventa y tres años. Yo no tuve nada que ver con su muerte. Escucha, tu jefe en realidad no cree que yo matara a la anciana. Si fuera así, estaría demasiado asustado para despedirte. ¿Qué evitaría que lo asesinara a él? Esto son chifladuras propias de una serie de televisión. Se aprovechó de

tus contactos y después te despidió inventándose una excusa. El cliente solo quería que la mierda coreana desapareciera.

—Conseguirás un trabajo mejor en las finanzas. Estoy seguro —dijo Mozasu.

Sin embargo, Goro estaba visiblemente enfadado.

—No deberías volver a trabajar en un sucio banco.

—*Iie*. Solomon tiene una licenciatura en Económicas. Estudió en Estados Unidos para trabajar en un banco americano.

—Travis es un banco británico —dijo Solomon.

—Bueno, puede que ese fuera el problema. Quizá deberías trabajar en un banco estadounidense. Hay montones de bancos de inversiones norteamericanos, ¿*nee*? —dijo Mozasu.

Solomon se sentía mal. Los hombres sentados a aquella mesa lo habían criado. Sabía lo contrariados que estaban.

—No os preocupéis por mí. Conseguiré otro trabajo. Además, tengo ahorrado. Será mejor que me vaya. —Solomon se levantó—. Papá, he dejado una caja en tu despacho. ¿Podrías enviármela a Tokio? No es nada importante.

Mozasu asintió.

—Oye, ¿por qué no te llevo a casa? Podríamos conducir hasta Tokio.

—No, no pasa nada. Tomaré el tren. Es más rápido. Phoebe debe estar preguntándose dónde estoy.

Como Hana no contestó al teléfono, Solomon regresó al hospital. Estaba despierta. Música pop sonaba en la radio. La habitación seguía a oscuras, pero el tema musical animaba la estancia, como si fuera un bar de copas.

—¿Ya has vuelto? Sí que debes haberme echado de menos, Solomon.

Le contó todo lo que había ocurrido y ella lo escuchó sin interrumpirlo.

—Deberías encargarte del negocio de tu padre.

—¿*Pachinko*?

—Sí, *pachinko*. ¿Por qué no? Todos esos idiotas que dicen cosas malas sobre el negocio tienen envidia. Tu padre es una persona honesta. Sería más rico si fuera deshonesto, pero es suficientemente rico. Goro también es un buen tío. Puede que esté en la *yakuza* pero ¿a quién le importa? A mí no. Y si no lo está, estoy seguro de que los conoce a todos. Este mundo es un asco,

Solomon. Nadie está limpio. Vivir te ensucia. He conocido a mucha gente elegante de IBJ y del Banco de Japón, miembros de las mejores familias, y en la cama les gustan un montón de mierdas enfermizas. Muchos hacen cosas muy malas en los negocios, pero no los pillan. La mayoría a los que me he follado robaría si tuvieran la oportunidad. Están demasiado asustados para tener ambición de verdad. Escúchame, Solomon, aquí nunca cambiará nada. ¿Lo entiendes?

—¿A qué te refieres?

—Eres tonto —dijo, riéndose—, pero eres mi tonto.

Sus burlas lo entristecieron. Ya la echaba de menos. Solomon no recordada haberse sentido nunca tan solo.

—Japón nunca cambiará. Nunca integrarán a los *gaijin* y, cariño, aquí tú siempre serás un *gaijin*, nunca serás japonés. ¿*Nee*? Los *zainichi* no pueden marcharse, ¿*nee*? Pero no solo tú. Japón nunca integrará a la gente como mi madre en la sociedad; nunca aceptará a la gente como yo. ¡Y somos japonesas! Estoy enferma. Me lo pegó un japonés dueño de una antigua empresa exportadora. Ahora está muerto. Pero a nadie le importa. Ni siquiera a los médicos, que solo quieren que me muera ya. Así que escucha, Solomon, deberías quedarte aquí y no volver a Estados Unidos, y deberías ocuparte del negocio de tu padre. Hazte tan rico que puedas hacer todo lo que quieras. Pero, mi querido Solomon, nunca van a pensar bien de nosotros. ¿Sabes a lo que me refiero? —Hana lo miró fijamente—. Haz lo que te estoy diciendo que hagas.

—Mi padre no quiere eso para mí. Incluso Goro ha vendido sus salones y ahora trabaja en la inmobiliaria. Papá quería que trabajara en un banco de inversiones norteamericano.

—¿Para qué, para poder ser como Kazu? Conozco a miles de Kazus. No servirían ni para limpiarle el culo a tu padre.

—También hay gente buena en los bancos.

—Y también hay gente buena en el *pachinko*. Como tu padre.

—No sabía que papá te cayera bien.

—¿Sabes? Desde que estoy aquí, me ha visitado cada domingo cuando mamá ha necesitado un descanso. A veces, cuando fingía estar dormida, lo veía rezando por mí en esa silla. Yo no creo en Dios, pero supongo que eso no importa. Nunca había rezado nadie por mí, Solomon —dijo Hana. Solomon cerró los ojos y asintió—. Tu abuela Sunja y tu tía abuela Kyunghee

me visitan los sábados. ¿Lo sabías? Ellas también rezan por mí. Yo no comprendo todo eso de Jesús, pero es un milagro que la gente te toque cuando estás enferma. Las enfermeras temen tocarme. Tu abuela Sunja me agarra las manos, y tu tía abuela Kyunghée me coloca toallas frías en la cabeza cuando tengo fiebre. Son amables conmigo, aunque soy una mala persona...

—Tú no eres mala. Eso no es verdad.

—He hecho cosas terribles —dijo con amargura—. Solomon, cuando era chica de alterne, vendí droga a una chica que terminó con sobredosis. Robé dinero a un montón de hombres. He contado demasiadas mentiras. —Hizo una pausa. Solomon no dijo nada—. Me merezco esto.

—No. Es un virus. Todo el mundo enferma alguna vez.

Solomon le acarició la frente y la besó.

—No pasa nada, Solomon. Ya no hago cosas malas. He tenido tiempo de pensar en mi estúpida vida.

—Hana...

—Lo sé, Solomon. *Otomodachi, ¿nee?*

Fingió hacer una reverencia formal estando tumbada y levantó la esquina de su manta como si sostuviera un pliegue de su falda. El coqueteo permanecía en sus movimientos todavía ligeros. Solomon quiso recordar aquel pequeño gesto para siempre.

—Vete a casa, Solomon.

—De acuerdo —dijo él, y no volvió a verla.

21

Tokio, 1989

—Nunca me cayó bien —dijo Phoebe—. Demasiado lisonjero.

—Bueno, yo debo ser idiota, porque a mí me caía bien —dijo Solomon—. Además, ¿cómo diantres te llevaste esa impresión de Kazu en el poco tiempo que tuviste? Solo lo viste dos minutos cuando nos topamos con él en Mitsukoshi. Y nunca me mencionaste esto.

Derrumbado en la butaca de cuero alquilada, Solomon apenas podía mirar a Phoebe. No estaba seguro de qué reacción había esperado de ella, pero le sorprendía lo tranquila que estaba ante la noticia. Parecía casi contenta. Phoebe estaba sentada en el banco junto a la ventana con las rodillas dobladas contra el pecho.

—Me caía realmente bien —dijo.

—Solomon, ese tío te ha jodido.

Solomon miró su perfil plácido y apoyó la cabeza contra el respaldo de la butaca.

—Es un capullo.

—Ahora me siento mucho mejor.

—Estoy de tu parte.

Phoebe no sabía si debía levantarse y sentarse a su lado. No quería que él pensara que sentía lástima por él. Su hermana mayor solía decir que los hombres odiaban la compasión; en lugar de eso querían empatía y admiración, una combinación que no era fácil.

—Era un farsante. Te hablaba como si fueras su coleguita, como si fuera un tío importante del campus y tú uno de sus «chicos». ¿Esas cosas todavía existen? Odio toda esa mierda de las fraternidades.

Phoebe puso los ojos en blanco.

Solomon estaba pasmado. Phoebe había conseguido sintetizar toda su relación con Kazu de aquel encuentro breve, casi inexistente, en la zona de restaurantes del centro comercial Mitsukoshi. ¿Cómo lo había hecho?

Phoebe se abrazó las rodillas, entrelazando los dedos.

—No te cae bien porque es japonés.

—No te enfades conmigo. No es que no confíe en los japoneses, pero tampoco sé si puedo confiar en ellos por completo. Vas a decirme que he estado leyendo demasiado sobre la Guerra del Pacífico. Lo sé, lo sé, sueno un poco intolerante.

—¿Un poco? Los japoneses también han sufrido. Nagasaki. Hiroshima. Y en Estados Unidos enviaron a los descendientes de los japoneses a campos de internamiento, pero no a los descendientes de los alemanes. ¿Cómo se explica eso?

—Solomon, ya he estado aquí tiempo suficiente. ¿Podemos volver a casa, por favor? Conseguirás una docena de ofertas estupendas en Nueva York. Eres bueno en todo. Nadie hace entrevistas mejor que tú.

—No tengo visado para trabajar en Estados Unidos.

—Hay otros modos de conseguir la ciudadanía.

Phoebe sonrió.

La familia de Solomon había insinuado en innumerables ocasiones que querían que se casara con ella, que debía casarse con ella; la única persona que no lo había dicho explícitamente era él mismo.

Solomon dejó la cabeza inmóvil sobre el respaldo de la butaca. Phoebe podía verlo mirando el techo. Se levantó del banco y caminó hasta el armario de la sala de estar. Abrió las puertas y sacó sus dos maletas. Las ruedas de las maletas rodaron estrepitosamente por el suelo de madera y Solomon levantó la mirada.

—Oye, ¿qué estás haciendo?

—Me voy a casa —dijo.

—No te pongas así.

—Bueno, me parece que perdí mi vida cuando vine aquí contigo, y que tú no lo mereces.

—¿Por qué te estás poniendo así?

Solomon se levantó de la butaca y se detuvo donde ella había estado apenas un momento antes. Phoebe arrastró las maletas tras ella hasta el dormitorio y

cerró la puerta despacio.

¿Qué podía decir? No iba a casarse con ella. Lo había sabido casi tan pronto como aterrizaron en Narita. La confianza y compostura de Phoebe lo había fascinado en la universidad. Su ecuanimidad, que tan importante le había parecido en Estados Unidos, parecía indiferencia y arrogancia en Tokio. Ella había perdido su vida allí, eso era cierto, pero casarse con ella no era una solución.

Después estaba todo aquello de Japón-es-malvado. Claro, había gilipollas en Japón, pero también los había en todas partes, ¿*nee*? Desde que llegaron allí, o ella había cambiado o habían cambiado sus sentimientos por ella. ¿No había pensado en pedirle que se casara con él? Pero cuando ella sugirió la idea de casarse para obtener la ciudadanía, se había dado cuenta de que no quería convertirse en estadounidense. Tenía sentido que lo hiciera; eso habría hecho feliz a su padre. ¿Era mejor ser norteamericano que japonés? Conocía a coreanos que habían obtenido la nacionalidad japonesa y tenía sentido hacerlo, pero tampoco deseaba eso. Quizá algún día. Phoebe tenía razón; era extraño que Solomon hubiera nacido en Japón y tuviera un pasaporte de Corea del Sur. No descartaba nacionalizarse. Quizá otros coreanos no lo entenderían, pero eso ya no le importaba.

Kazu era un mierda, ¿y qué? Era un mal tío, y era japonés. Acaso era eso lo que había aprendido en la universidad de Estados Unidos. Incluso si hubiera cien japoneses malos y uno bueno, se negaba a generalizar. Etsuko era como una madre para él, su primer amor había sido Hana y Totoyama era como un tío para él. Eran japoneses y eran muy buenos. Ella no los conocía como él; ¿cómo podía esperar que lo entendiera?

En cierto sentido, Solomon también era japonés, aunque los japoneses no lo consideraran así. Phoebe no lo entendía. En la identidad no pesaba solo la sangre. El espacio entre Phoebe y él no se cerraría, y si era un hombre decente, tenía que dejarla volver a casa.

Solomon fue a la cocina e hizo café. Sirvió dos tazas y se acercó a la puerta del dormitorio.

—Phoebe, ¿puedo entrar?

—La puerta está abierta.

Las maletas del suelo estaban a rebosar de ropa doblada y enrollada. Los

armarios estaban casi vacíos. Los cinco trajes oscuros y la media docena de camisas blancas de Solomon colgaban de la larga barra con un metro de espacio libre. Las pulcras hileras de zapatos de Phoebe todavía ocupaban la mayor parte del suelo del armario. Eran de cuero negro o marrón; un par de esparteñas rosas que le habían causado unas ampollas terribles destacaban de entre los demás como un llamativo error femenino. En su tercer año de universidad habían ido a una fiesta y ella había tenido que volver al dormitorio descalza desde la Calle 111 con Broadway porque las esparteñas rosas le estaban demasiado estrechas.

—¿Todavía tienes esos zapatos?

—Cállate, Solomon.

Phoebe empezó a llorar.

—¿Qué he dicho?

—Nunca me he sentido tan estúpida, en toda mi vida. ¿Por qué estoy aquí?

La joven tomó aliento profundamente.

Solomon la miró fijamente sin saber cómo consolarla. Le tenía miedo; puede que siempre le hubiera tenido miedo: a su alegría, a su furia, a su tristeza, a su entusiasmo... Sus sentimientos eran muchos y muy extremos. El dormitorio casi vacío, con la solitaria cama alquilada y la lámpara de pie, parecía resaltar su intensidad. En Nueva York, Phoebe había sido vivaz y maravillosa. Allí, era casi inhóspita, incómoda.

—Lo siento —dijo Solomon.

—No. No lo sientes.

Solomon se sentó en la alfombra con las piernas cruzadas y apoyó la larga espalda contra la estrecha pared. Las paredes recién pintadas seguían desnudas. No habían colgado nada en ellas porque el casero les habría cobrado cada agujero de clavo.

—Lo siento —repitió.

Phoebe recogió sus esparteñas y las lanzó al cubo de basura a rebosar.

—Creo que voy a trabajar para mi padre.

—¿En el *pachinko*?

—Sí.

Solomon asintió para sí mismo. Era extraño decir aquello en voz alta.

—¿Te lo ha pedido?

—No. No creo que quiera que lo haga —contestó. Phoebe negó con la cabeza—. Quizá pueda sucederle en el negocio.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No.

Sin decir una palabra, Phoebe siguió haciendo las maletas. Estaba ignorándolo tozudamente pero él siguió mirándola. Era más atractiva que guapa, más guapa que hermosa. Le gustaba su torso largo, su cuello delgado, su cabello corto y sus ojos inteligentes. Cuando se reía de un chiste, su risa era sincera. Nada parecía asustarla; pensaba que todo era posible. ¿Podría él hacerla cambiar de idea? ¿Podría hacerse cambiar de idea a sí mismo? Quizá las maletas eran solo un gesto melodramático. ¿Qué sabía él de mujeres? En realidad solo había estado con dos chicas.

Phoebe enrolló otro jersey y lo lanzó al creciente montón.

—*Pachinko*. Bueno, eso lo hace todo más fácil —dijo la joven al final—. No puedo vivir aquí, Solomon. Aunque quisieras casarte conmigo, no podría vivir aquí. Aquí me falta el aire.

—La noche que llegamos, cuando no pudiste leer las instrucciones del frasco de aspirinas y comenzaste a llorar... Debí saberlo entonces.

Phoebe agarró otro jersey y lo miró fijamente como si no supiera qué hacer con él.

—Tienes que dejarme —dijo Solomon.

—Sí, tengo que hacerlo.

Phoebe se marchó por la mañana. Fue muy propio de ella hacerlo sin el menor ruido. Solomon la llevó al aeropuerto en tren y, aunque fueron educados, ella había cambiado de la noche a la mañana, literalmente. No parecía triste ni enfadada; era cordial. Si acaso, parecía más fuerte que antes. Dejó que Solomon le diera un abrazo de despedida, pero acordaron no hablar en mucho tiempo.

—Será lo mejor —dijo ella, y Solomon se sintió incapaz de hacerla cambiar de decisión.

El joven tomó el tren hacia Yokohama.

El modesto despacho de su padre estaba cubierto de estantes de metal gris y montones de documentos descansaban sobre los aparadores contra las paredes. Debajo de las ventanas altas había tres cajas fuertes con documentos

y las facturas del día. Mozasu estaba sentado detrás de la misma maltratada mesa de roble que había usado como escritorio durante treinta años. Noa había estudiado en aquella mesa para sus exámenes de Waseda y, cuando se mudó a Tokio, se la dejó a Mozasu.

—Papá.

—¡Solomon! —exclamó Mozasu—. ¿Va todo bien?

—Phoebe se ha marchado.

Decírselo a su padre lo hizo real. Solomon se sentó en la silla desocupada.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Porque perdiste el trabajo?

—No. No puedo casarme con ella. Y le dije que prefería vivir en Japón. Trabajar en el *pachinko*.

—¿Qué? ¿En el *pachinko*? No, no. —Mozasu negó con la cabeza—. Conseguirás otro trabajo en la banca. Para eso fuiste a Columbia, ¿*nee*?

Mozasu se tocó la frente, verdaderamente confuso por aquella noticia.

—Es una buena chica. Creí que os casaríais —dijo. Rodeó su mesa y entregó a su hijo un paquete de pañuelos—. ¿*Pachinko*? ¿*Honto*?

—Sí, ¿por qué no?

Solomon se sonó la nariz.

—No quieres hacer esto. No sabes lo que dice la gente.

—Nada de eso es verdad. Tú eres un empresario honrado. Sé que pagas tus impuestos y tienes todas las licencias y...

—Sí, sí, así es. Pero la gente siempre dirá cosas. Siempre dicen cosas horribles, no importa qué. Estoy acostumbrado. Y yo no soy nadie. Tú no necesitas hacer este trabajo. Yo no era listo en el colegio, como mi hermano. Se me daba bien ir de un lado a otro arreglando cosas. Se me daba bien hacer dinero. Siempre mantuve limpio mi negocio y me he mantenido lejos de las cosas malas. Goro me enseñó que no merece la pena mezclarse con los tipos malos. Pero, Solomon, este negocio no es fácil, ¿*nee*? No es solo preparar las máquinas y pedir nuevas y contratar gente que trabaje en el salón. Hay muchas cosas que pueden salir mal. Conocemos a un montón de gente que lo ha perdido todo, ¿*nee*?

—¿Por qué no quieres que trabaje en esto?

—Te envié a esa universidad de Estados Unidos para que nadie... — Mozasu hizo una pausa—. Nadie va a menospreciar a mi hijo.

—Papá, eso no importa. Nada de eso importa, ¿*nee*?

Solomon nunca había visto así a su padre.

—Trabajé y gané dinero porque creí que eso haría de mí un hombre. Creía que la gente me respetaría si era rico.

Solomon lo miró y asintió. Su padre rara vez hablaba de sí mismo, pero había pagado las bodas y funerales de sus empleados y las matrículas de sus hijos.

El rostro de Mozasu se alegró de repente.

—Puedes cambiar de idea, Solomon. Puedes llamar a Phoebe cuando haya llegado a casa y decirle que lo sientes. Tu madre era muy parecida a Phoebe: terca y lista.

—Quiero vivir aquí —dijo Solomon—. Ella no.

—*Soo nee*.

Solomon tomó el libro de cuentas de la mesa de su padre.

—Explícame esto, papá.

Mozasu hizo una pausa. Después, abrió el libro.

Era el primer día del mes y Sunja se había despertado inquieta. Había vuelto a soñar con Hansu. Últimamente había estado apareciendo en sus sueños con el mismo aspecto que tenía cuando era niña, con su traje de lino blanco y sus zapatos blancos de cuero. Siempre decía lo mismo: «Eres mi niña; eres mi niña bonita». Sunja despertaba y se sentía avergonzada. Ya debería haberlo olvidado.

Después del desayuno, iría al cementerio a limpiar la tumba de Isak. Como siempre, Kyunghie se ofrecería a ir con ella, pero Sunja le diría que no hacía falta.

Ninguna de ellas realizaba el *jesa*. Como cristianas, se suponía que no debían creer en el culto a los ancestros. No obstante, ambas viudas seguían queriendo hablar con sus maridos y padres, apelar a ellos, buscar su consejo. Echaban de menos sus viejos rituales, así que Sunja iba al cementerio regularmente. Era curioso, pero Sunja se sentía cerca de Isak de un modo que no había estado mientras él vivía. Entonces se había sentido impresionada por él y por su bondad. Muerto, parecía más accesible.

Cuando el tren de Yokohama llegó a la estación de Osaka, Sunja compró crisantemos de color crema en el puesto de la vieja coreana. La mujer llevaba años allí. Según le había explicado Isak, cuando llegara el momento de estar con Dios tu verdadero cuerpo estaría en el cielo, así que no importaba qué

ocurriera con tus restos. No tenía sentido llevar a un cuerpo enterrado sus comidas favoritas, incienso o flores. No había necesidad de postrarse, porque todos éramos iguales ante los ojos de Dios, decía. Y aun así, Sunja no podía evitar querer llevarle algo bonito a su tumba. En vida, él le había pedido muy pocas cosas; cuando pensaba en él, lo recordaba como alguien que había alabado la belleza de las creaciones divinas.

Se alegraba de no haber incinerado a Isak. Había querido tener un lugar donde los chicos pudieran visitar a su padre. Mozasu visitaba la tumba a menudo y, antes de desaparecer, Noa también lo había hecho. ¿Ellos también habrían hablado con su padre? Nunca se le había ocurrido preguntarles y ahora era demasiado tarde.

Últimamente, cada vez que iba al cementerio se preguntaba qué habría pensado Isak de la muerte de Noa. Isak habría entendido el sufrimiento de su hijo, habría sabido qué decirle. Noa había sido incinerado por su esposa, de modo que no había tumba que visitar. Sunja hablaba con Noa cuando estaba sola. A veces, algo muy sencillo como un trozo delicioso de caramelo de calabaza la hacía lamentar que, ahora que tenía dinero, no pudiera comprarle lo que tanto le había gustado de niño. *Lo siento, Noa, lo siento.* Habían pasado once años de su muerte; el dolor no se había ido, pero su borde afilado se había vuelto tan romo y suave como el cristal marino.

Sunja no había ido al funeral de su hijo. No había querido que su esposa y sus hijos supieran de ella, pues ya les había hecho suficiente mal. Si no lo hubiera visitado aquel día, Noa quizá seguiría vivo. Hansu tampoco había acudido al funeral. Noa tendría cincuenta y seis años.

En su sueño de la noche anterior, Sunja se había alegrado de que Hansu fuera a verla de nuevo. Se encontraron en la playa para hablar, cerca de su vieja casa de Yeongdo, y recordar el sueño era como ver la vida de otra persona. ¿Cómo era posible que Isak y Noa hubieran muerto y Hansu siguiera vivo? ¿Cómo podía ser eso justo? Hansu estaba en algún lugar de Tokio, postrado en una cama de hospital bajo la vigilante mirada de las enfermeras y sus hijas. No había vuelto a verlo y no deseaba hacerlo. En sus sueños, él era tan intenso como lo había sido cuando era una chiquilla. No era a Hansu a quien echaba de menos, ni siquiera a Isak. Lo que volvía a ver en sus sueños era su juventud, sus inicios y sus deseos... porque así era como se había convertido en una mujer. Sin Hansu, Isak y Noa no habría peregrinado a aquella tierra. Más allá de la cotidianidad de aquella vida de *ajumma*, había

vivido momentos de resplandeciente belleza, y también gloria. Aunque nadie lo supiera, era cierto.

Había un consuelo: la gente a la que querías estaba siempre contigo, eso lo había aprendido. A veces se detenía delante de la taquilla del tren o del escaparate de una librería y podía sentir la pequeña mano de Noa cuando era un niño; cerraba los ojos y pensaba en su olor dulce y herbal y recordaba que él siempre lo hacía lo mejor posible. En esos momentos, se alegraba de estar sola para aferrarse a aquel espejismo.

Tomó un taxi desde la estación de tren al cementerio y caminó muchas hileras hasta la bien mantenida tumba de Isak. No tenía que limpiar nada, pero le gustaba pasar el trapo por la lápida de mármol antes de hablar con él. Sunja se puso de rodillas y limpió la lápida plana y cuadrada con los paños que había llevado de casa. El nombre de Isak estaba tallado en japonés y coreano. 1907-1944. El mármol blanco estaba limpio y caliente por el sol.

Había sido un hombre guapo y elegante. Sunja recordaba cómo lo habían admirado las criadas; Bokhee y Dokhee nunca habían visto a un hombre tan apuesto. Mozasu se parecía más a ella y tenía su rostro ordinario, pero poseía el porte recto de su padre y su zancada firme.

—*Yobo* —dijo—, Mozasu está bien. La semana pasada me llamó porque Solomon perdió su trabajo en ese banco extranjero y ahora quiere trabajar con su padre. ¿Te imaginas? Me pregunto qué opinarías tú de esto.

El silencio la animó.

—Me gustaría saber cómo estás...

Dejó de hablar cuando vio a Uchida, el encargado de mantenimiento. Sunja estaba sentada en el suelo con su traje pantalón de lana negro. Miró su bolso, que se hallaba en el suelo: era un bolso caro y de marca que Etsuko le había comprado para su septuagésimo cumpleaños.

El encargado se detuvo ante ella. Se inclinó y Sunja le devolvió el saludo con una sonrisa.

El hombre debía tener cuarenta o cuarenta y cinco años; Uchida parecía más joven que Mozasu. ¿Qué edad aparentaría ella? Su piel estaba muy arrugada por el sol y su cabello corto era totalmente blanco. No importaba: setenta y siete años no le parecían demasiados. ¿La habría escuchado el encargado murmurando en coreano? Desde que dejó la tienda de golosinas, su limitado japonés se había deteriorado. No era terrible, pero últimamente se sentía tímida al hablar con nativos. Uchida levantó su rastrillo y se marchó.

Sunja puso ambas manos sobre el mármol blanco, como si pudiera tocar a Isak desde donde estaba.

—Ojalá pudieras decirme qué será de nosotros. Ojalá. Ojalá supiera que Noa está contigo.

A varias hileras de ella, el encargado limpiaba las hojas mojadas de las lápidas. De vez en cuando la miraba y Sunja se sentía avergonzada por estar hablando con una tumba. Quería quedarse un poco más. Intentando parecer ocupada, la mujer abrió la bolsa de lona para guardar los trapos sucios. En el fondo de la bolsa encontró las llaves de su casa en el llavero de acrílico con las fotos en miniatura de Noa y Mozasu.

Sunja empezó a llorar, sin poder contenerse.

—Señora Boku.

—¿*Hai*?

Sunja miró al encargado.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? Tengo un termo con té en el cobertizo. No es demasiado bueno, pero está caliente.

—No, no. Gracias. Debe ver gente llorando continuamente —dijo en un maltrecho japonés.

—No, en realidad viene muy poca gente, pero su familia acude regularmente. Tiene dos hijos y un nieto, Solomon. El señor Mozasu viene cada uno o dos meses. No he visto al señor Noa desde hace once años, pero solía venir el último jueves de cada mes. Podía ajustarse un reloj con su visita. ¿Cómo está? Es un hombre muy amable.

—¿Noa venía aquí? ¿Venía antes de 1978?

—*Hai*.

—¿Desde 1963 a 1978? —Eran los años que él había pasado en Nagano. Dijo las fechas de nuevo, esperando que su japonés fuera correcto. Sunja señaló la fotografía de Noa en el llavero—. ¿Venía aquí?

El encargado asintió con convicción al ver la fotografía y miró el cielo como si intentara ver una especie de calendario en su mente.

—*Hai, hai*. Vino en esos años, y también antes. El señor Noa me aconsejó que fuera al colegio, e incluso se ofreció a ayudarme si quería.

—¿De verdad?

—Sí, pero le dije que tenía la cabeza hueca y que no serviría de nada mandarme al colegio. Además, me gusta estar aquí. Es un sitio tranquilo. Todos los que vienen son muy amables. Él me pidió que nunca mencionara

sus visitas, pero no lo he visto en más de una década y me pregunto si se ha mudado a Inglaterra. Me dijo que leyera buenos libros y me trajo algunas traducciones del gran autor británico Charles Dickens.

—Noa, mi hijo, ha muerto —dijo Sunja. El encargado abrió la boca ligeramente—. Mi hijo, mi hijo... —repitió Sunja en voz baja.

—Me entristece mucho oír eso, señora Boku. De verdad que sí —dijo el encargado con tristeza—. Esperaba poder decirle que, después de leer todos los libros que me trajo, compré algunos más. He leído toda la obra del señor Dickens, pero mi favorito es el primero que él me trajo, *David Copperfield*. Admiro a David.

—A Noa le encantaba leer. Era lo que más le gustaba.

—¿Usted ha leído al señor Dickens?

—No sé leer —le contestó Sunja.

—¿*Maji*? Si es la madre de Noa, usted también debe ser muy lista. Quizá podría ir a clases nocturnas para adultos. Es lo que Noa me aconsejó que hiciera.

Sunja sonrió al encargado, que parecía esperanzado en enviar a una anciana al colegio. Recordó a Noa intentando convencer a Mozasu para que continuara con sus estudios.

El encargado miró su rastrillo. Hizo una reverencia y se excusó para regresar al trabajo.

Cuando desapareció de su vista, Sunja hizo un agujero con las manos de unos treinta centímetros de profundidad y enterró allí la fotografía del llavero. Cubrió el agujero con tierra y hierba y después se limpió las manos lo mejor que pudo con su pañuelo, pero le quedó tierra debajo de las uñas. Aplanó la tierra y peinó la hierba con los dedos.

Recogió sus bolsas. Kyunghée estaría esperándola en casa.

¹¹ «Hola, me llamo Yumi Baek. Este es mi hijo Solomon. Tiene tres años. ¿Cómo estás?».

¹² Salomón en español.

¹³ Génesis 50, 20.

Agradecimientos

La idea para la historia se me ocurrió en 1989.

Estaba en mi tercer año de universidad y no sabía qué iba a hacer tras licenciarme. En lugar de meditar sobre mi futuro, buscaba distracciones. Una tarde asistí a lo que entonces se llamaba *Master's Tea*, una serie de conferencias de un invitado en Yale. Nunca antes había estado en una. Un misionero estadounidense que vivía en Japón estaba dando una charla sobre los *zainichi*, un término que se usaba a menudo para describir a los coreanos japoneses que habían emigrado en la época colonial o sus descendientes. Algunos coreanos de Japón no desean ser llamados *zainichi* porque el término significa, literalmente: «extranjero que reside en Japón», lo que no tiene sentido porque a menudo son la tercera, cuarta y quinta generación de coreanos en el país. Hay muchos coreanos étnicos que son ahora ciudadanos japoneses, aunque la opción de adquirir la ciudadanía no es fácil. También hay muchos que se han casado con japoneses o que tienen una herencia coreana parcial. Lamentablemente, hay una larga y problemática historia de discriminación legal y social contra los coreanos y aquellos que tienen orígenes coreanos en Japón. Hay algunos que nunca revelan su herencia coreana, aunque su identidad étnica podría ser rastreada a través de sus documentos de identidad y los registros gubernamentales.

El misionero habló de esta historia y relató la vivencia de un adolescente que había sido acosado e insultado en su anuario por sus orígenes coreanos. El chico se tiró de un edificio y murió. No olvidé esto.

Me licencié en la universidad en 1990, en Historia. Fui a la universidad de Derecho y estudié allí durante dos años. Después de dejarlo, en 1996, decidí escribir sobre los coreanos en Japón. Escribí muchos relatos y borradores que

nunca fueron publicados. Estaba abatida. Entonces, en 2002, *The Missouri Review* publicó el relato *Motherland*, sobre un chico coreano japonés al que toman las huellas y entregan su tarjeta de extranjero residente en su cumpleaños, y más tarde ganó el premio Peden. Además, presenté un relato ficcionado de la historia que había oído en la universidad y recibí la beca de la New York Foundation for the Arts. Con ese dinero, tomé clases y pagué una niñera para poder escribir. Este reconocimiento temprano fue crítico, porque tardé mucho en publicar algo. Además, la beca del NYFA confirmaba mi terca creencia de que las historias de los coreanos en Japón debían ser contadas de algún modo a pesar de que gran parte de sus vidas habían sido despreciadas, negadas y borradas.

Quería transmitir bien este mensaje; sin embargo, sentía que no tenía todo el conocimiento y las habilidades para hacerlo adecuadamente. Ansiosa, hice una gran labor de investigación y escribí el borrador de una novela sobre la comunidad coreana en Japón. Aun así, no estaba satisfecha. Entonces, en 2007, mi marido recibió una oferta de trabajo en Tokio, y nos mudamos aquí en agosto. En el terreno, tuve la oportunidad de entrevistar a docenas de coreanos y descubrí que no había entendido bien la historia. Los coreanos en Japón habían sido víctimas históricas, pero cuando los conocí en persona, ninguno era solo eso. La amplitud y complejidad de la gente que conocí en Japón me enseñó una lección tan importante que dejé a un lado mi viejo borrador y comencé a escribir la novela de nuevo en 2008, y continué escribiendo y revisándola hasta su publicación.

He tenido esta historia conmigo durante casi treinta años. Por tanto, hay mucha gente a la que debo dar las gracias.

Speer Morgan y Evelyn Somers de *The Missouri Review* fueron los primeros en creer en esta historia. El NYFA me concedió la beca cuando quise rendirme. Gracias.

Cuando viví en Tokio, un gran número de individuos aceptaron sentarse conmigo y responder a mis muchas preguntas sobre los coreanos en Japón, así como sobre la vida de un expatriado, la economía internacional, la *yakuza*, la historia del cristianismo colonial, la labor policial, la inmigración, *Kabukicho*, póker, Osaka, el negocio inmobiliario en Tokio, el liderazgo en Wall Street, *mizu shobai*, y por supuesto, el *pachinko*. Cuando no podíamos vernos en persona, hablábamos por teléfono o respondían a mis preguntas por correo electrónico. Estoy en deuda con las siguientes personas generosas:

Susan Menadue Chun, Jongmoon Chun, Ji Soo Chun, Haeng-ja Chung, Kangja Chung, el reverendo Yean Won Chung, Scott Callon, Emma Fujibayashi, Stephanie y Greg Guyett, Mary Hauet, Danny Hegglin, Gen Hidemori, Tim Hornyak, Naoki Miyamoto, Rika Nakajima, Sohee Park, Alberto Tamura, Peter Tasker, Jane y Kevin Quinn, Hyang Yang, Paul Yang, Simon Yoo y Chongran Yun.

Tengo que decir aquí que habría sido imposible escribir esta novela sin la sabiduría de los siguientes autores: David Chapman, Haeng-ja Chung, Haruko Taya Cook, Theodore F. Cook, Erin Chung, George De vos, Yasunori Fukuoka, Haeyoung Han, Hildi Kang, Sangjun Kang, Sarah Sakhae Kashani, Jackie J. Kim, Changsoo Lee, Soo im Lee, John Lie, Richard Lloyd Parry, Samuel Perry, Sonia Ryang, Tessa Morris-Suzuki, Stephen Murphy-Shigematsu y Mary Kimoto Tomita. Aunque confío profundamente en sus conocimientos, cualquier error en los hechos es mío.

Quiero dar las gracias a mis amigos y familia en Japón, Corea del Sur y Estados Unidos por su amor, confianza y comprensión. Sin ellos, habría sido imposible escribir, revisar y reescribir este libro: el reverendo Harry Adams, Lynn Ahrens, Harold Augenbraum, Karen Grigsby Bates, Dionne Bennett, Stephana Bottom, Robert Boynton, Kitty Burke, Janel Anderberg Callon, Scott Callon, Lauren Cerand, Ken Chen, Andrea King Collier, Jay Cosgrove, Elizabeth Cuthrell, Junot Díaz, Charles Duffy, David L. Eng, Shelley Fisher Fishkin, Roxanne Fraser, Elizabeth Gillies, Rosita Grandison, Lois Perelson Gross, Susan Guerrero, Greg y Stephanie Guyett, Shinhee Han, Mary Fish Hardin, el reverendo Matthew Hardin, Robin Marantz Henig, Deva Hirsch, David Henry Hwang, Mihoko Iida, Matthew Jacobson, Masa y Michan Kabayama, Henry Kellerman, Robin F. Kelly, Clara Kim, Leslie Kim, Erika Kingetsu, Alex y Reiko Kinmont, Jean Hanff Korelitz, Kate Krader, Lauren Kunkler Tang, el reverendo Kate Latimer, Wendy Lamb, Hali Lee, Connie Mazella, Christopher W. Mansfield, Kathy Matsui, Jesper Koll, Nancy Miller, Geraldine Moriba Meadows, Tony y Suzanne O'Connor, Bob Ouimette, Asha Pai-Sethi, Kyoungsoo Paik, Jeff Pine, Cliff y Jennifer Park, Sunny Park, Tim Piper, Sally Gifford Piper, Sharon Pomerantz, Gwen Robinson, Catherine Salisbury, Jeannette Watson Sanger, Linda Roberts Singh, Tai C. Terry, Henry Tricks, Erica Wagner, Abigail Walch, Nahoko Wada, Lindsay Whipp, Kami Wicoff, Neil y Donna Wilcox y Hanya Yanagihara.

Mis primeros lectores Dionne Bennett, Benedict Cosgrove, Elizabeth Cuthrell, Junot Díaz, Christopher Duffy, Tom Jenks, Myung J. Lee, Sang J. Lee y Erica Wagner me regalaron su valioso tiempo, su perspicacia y el valor necesario para perseverar. Gracias.

En 2006 conocí a mi agente Suzanne Gluck, y sigo estando profundamente agradecida por su amistad, sabiduría y bondad. Quiero dar las gracias a Elizabeth Sheinkman, a Cathryn Summerhayes, a Raffaella De Angelis y a Alicia Gordon por su brillante trabajo y generosa confianza. Agradezco a Clio Seraphim su amable apoyo.

Aquí declaro mi profunda gratitud a mi increíble editora Deb Futter, cuya agudeza, inteligencia y cuidado excepcional dieron forma a este libro. Gracias, Deb. Mi brillante editor, Jamie Raab, ha estado conmigo desde el principio, y es un orgullo poder llamarlo mi amigo. Quiero reconocer a la talentosa gente de Grand Central Publishing y Hachette Book Group: Matthew Ballast, Andrew Duncan, Jimmy Franco, Elizabeth Kulhanek, Brian McClendon, Mari Okuda, Michael Pietsch, Jordan Rubinstein, Karen Torres y Anne Twomey. Estoy muy agradecida a Chris Murphy, Dave Epstein, Judy DeBerry, Roger Saginario, Lauren Roy, Tom McIntyre, y la excelente gente de ventas de HBG. También muchas gracias a mi fantástico corrector, Rick Ball. Como siempre, muchas gracias al maravilloso Andy Dodds, cuya pasión y excelencia siempre me inspiran. Y gracias a la exquisita Lauren Cerand.

Mamá, papá, Myung, y Sang: gracias por vuestro amor. Christopher y Sam: vosotros llenáis mi vida de asombro y gracia. Gracias por ser mi familia.

MJL

Glosario de palabras y expresiones coreanas y japonesas

Abuji: «Padre», en coreano.

Agasshi: En coreano, «señorita», mujer joven o que todavía no se ha casado.

Aigoo: Palabra coreana que expresa frustración.

Ajeossi: «Señor». Es el masculino de **ajumma**.

Ajumma: Señora coreana de mediana edad. Su variante formal es **ajumoni**.

Appa: «Papá» en coreano.

Baek-il: Celebración coreana a los cien días de vida en los que se hacen ofrendas para agradecer la supervivencia de la madre y el bebé al periodo más difícil.

Banchan: En Corea, guarnición que acompaña al arroz.

Bulgogi: Plato coreano de ternera cortada en tiras y marinada en una mezcla de soja, jengibre y ajo.

Burakumin: Familias marginadas por los oficios «impuros» de sus antepasados en el Japón feudal que siguen estando discriminadas en la actualidad.

Buta: «Cerdo» en japonés.

Chima: Falda del **hanbok**. Es larga hasta los pies y la cinturilla se sitúa sobre el pecho.

Chongryon: Abreviación de «Asociación General de Coreanos Residentes en Japón», organización afín a Corea del Norte.

Chosenjin: Coreanos residentes en Japón.

Chuseok: Festival coreano para festejar la cosecha que se celebra durante tres días en una fecha cercana al equinoccio de otoño.

Daijoubu: Expresión japonesa que significa «Todo bien».

Doburoku: Sake que no ha sido filtrado.

Doenjang: Salsa coreana de soja fermentada.

Doraji muchim: Plato coreano que se prepara con la raíz de la campanilla china, salteada y especiada.

Galbi: Plato coreano de costillares de cerdo o ternera cocinados a la parrilla.

Genmaicha: Mezcla de té verde con arroz integral tostado.

Gimbap: Plato coreano que consiste en una base de arroz cocido y otros ingredientes que se enrollan en un alga. Es parecido al *maki* japonés aunque los ingredientes del relleno y el modo de sazonar el arroz difieren.

Gochujan: Salsa coreana de pasta de arroz y guindilla.

Gosari: Helecho cuyos brotes tiernos son comestibles. Es un ingrediente tradicional del *bibimbap*.

Hajimemashite: Expresión japonesa que se utiliza cuando se conoce a otra persona, equivalente a «Encantado» o «Es un placer conocerlo».

Hanbok: Vestido tradicional coreano compuesto por falda larga de cintura alta y chaqueta corta.

Hanko: Sello personal que se estampa con tinta roja.

Honto: «De verdad», en japonés.

Irasshai: «Bienvenido» en japonés.

Iyada: Significa «No quiero», «Ni se te ocurra».

Izakaya: Especie de bar de tapas japonés.

Jeon: Receta coreana que consiste en una especie de tortitas de cebolleta y pescado.

Jesa: Ceremonia coreana que se realiza en el aniversario del fallecimiento de los ancestros en la que se preparan una serie de platos especiales en honor del difunto.

Jorim: Preparación cocida a fuego lento con una salsa con base de soja. Puede ser de carne o de verdura, pescado...

Kaiju: «Monstruo», en japonés.

Kalguksu: Fideos coreanos de trigo que se comen acompañados de un caldo

de marisco y algas.

Kanji: Caracteres usados en la escritura del japonés.

Kimchi: Plato coreano de verdura especiada y fermentada, sobre todo col china.

Korokke: «Croquetas», en japonés.

Maji: «En serio», en japonés.

Mindan: Abreviación de «Unión de Coreanos Residentes en Japón». Una de las primeras actividades de esta organización fue el reclutamiento de voluntarios para luchar en el bando del sur durante la Guerra de Corea.

Mirin: Vino dulce de arroz que se usa para cocinar.

Miso: Pasta de soja fermentada que se usa como condimento.

Mizu shobai: Eufemismo japonés para referirse al negocio de la noche.

Mompei: Pantalones holgados de algodón que solían usar las campesinas.

Nani: «Qué», en japonés.

Noonchi: Es un concepto coreano que se refiere a la habilidad para evaluar y modificar el estado de ánimo de los demás.

Obi: Fajín del kimono.

Ohayo: «Buenos días», en japonés.

Oishi: «Delicioso», en japonés.

Omiai: Cita concertada entre personas desconocidas que buscan una relación estable.

Omoni: «Madre», en coreano.

Ondol: Sistema de calefacción tradicional coreano que consiste en una estufa exterior con conductos que corren bajo el solado de la vivienda.

Onigiri: Bola (normalmente de arroz) rellena de otros ingredientes. Forma parte de la cocina japonesa.

Onsen: Termas de agua volcánica.

Oolong-cha: Té chino tradicional conocido como «té azul».

Oppa: «Hermano mayor», en coreano. Las mujeres usan este término para referirse a los hombres mayores que ellas por los que sienten simpatía o cariño.

Pachinko: Juego de azar cuyo mecanismo es similar al del *pinball*. Consiste en introducir bolas de acero que salen disparadas y deben caer en las ranuras adecuadas para dar premio.

Sen: Moneda japonesa que fue retirada en 1953. Un yen eran cien senes.

Senbei: Galletas saladas de arroz.

Sento: Baño público japonés.

Seolleongtang: Sopa espesa de cebolleta, huesos y carne de ternera.

Sho ga nai: Expresión japonesa que significa «Qué se le va a hacer», «Qué remedio».

Shotengai: Calle comercial japonesa, normalmente peatonal y cubierta, donde hay tiendas y puestos de todo tipo.

Shoyu: Salsa de soja.

Soju: Bebida alcohólica de Corea hecha de arroz.

Sumimasen desu: «Lo siento», en japonés.

Tadaima: Expresión japonesa que se utiliza al volver a casa y significa «Ya estoy aquí».

Taiyaki: Pastel japonés con forma de pez relleno de pasta dulce de judías.

Toruko: Prostíbulo donde los hombres pueden bañar y ser bañados por las mujeres que trabajan allí. Su nombre, *Toruko-buro*, viene de «baño turco».

Tsumei: Nombre japonés de los extranjeros residentes en Japón.

Udon: Fideos gruesos hechos de harina propios de la cocina japonesa.

Uh-muh: Interjección coreana de asombro que podría traducirse como «¡Dios mío!».

Umma: «Mamá», en coreano.

Ummei: «Destino», en japonés.

Unagiya: Restaurante donde sirven distintas preparaciones de anguila.

Yakiniku: Establecimiento japonés de carne a la parrilla donde los comensales cocinan los ingredientes en la propia mesa.

Yakisoba: Receta japonesa de tallarines fritos.

Yakitori: Brocheta de pollo japonesa.

Yakuza: Mafia japonesa que tenía el control de las apuestas, el contrabando, el blanqueo de dinero, la prostitución y el tráfico de drogas y armas. Actualmente existen más de 3000 clanes distintos.

Yangban: Miembro de la aristocracia coreana.

Yukata: Vestimenta tradicional japonesa que se usa en las estaciones cálidas. Es parecido al kimono pero más ligero y fresco.

Zaru soba: Receta fría de fideos de trigo y algas.



Muchos más libros sobre Japón, Corea y otras partes de Asia en:

www.quaterni.es

Síguenos en redes sociales para estar enterado de todo:

